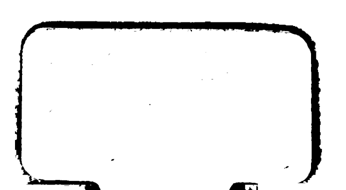

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08169965 8



HISTORIA
DE
MÉJICO,

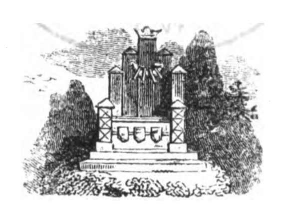
POR

M. DE LARENAUDIÈRE, Philippe François

VICE-PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE JEOGRAFIA.

traducida por

Una sociedad literaria.



BARCELONA.

IMPRENTA DEL IMPARCIAL.

1844.



PANORAMA

UNIVERSAL.

AMÉRICA.

MÉJICO.

HISTORIA

DE MÉJICO

por M. De Larenaudiere.

En aquella parte de América del Norte que se encierra entre los dos océanos, hubo un pueblo guerrero, fundador de un rico y poderoso Imperio. Este pueblo ocupaba algunas de las partes del vasto territorio, que recibió de Cortés el nombre de *Nueva España*, la mas hermosa de las colonias de Europa, hoy, Grande confederacion Mejicana. El Imperio de Azteca (así se llamaba) se habia elevado sobre el terreno, en donde, antiguos monumentos de arquitectura atestiguaban la existencia de un pueblo anterior ya civilizado. En sus artes, en sus leyes, en su cosmogonía, y culto relijioso se reproducian muchos de aquellos rasgos análogos á los que en tiempos remotos se habian observado entre algunas naciones del antiguo mundo. Estaba rodeado de Estados independientes ó tributarios, los cuales, aunque divididos por su forma política, é intereses materiales, hablaban la misma lengua, y seguian el mismo culto. Todo el *Anahuac* parecia una reunion de tribus de una misma familia, y orijinaria de un mismo pais. El estado mejicano, y su poder preponderante habia llegado al mayor desarrollo de sus fuerzas, en conquistas y riquezas, cuando el destino lo puso en las garras de un puñado de Europeos, jente denodada y atrevida mandada por un hombre de jenio. Despues de haber referido los progresos del reinado de Motezuma asistirémos á sus dias de agonía: á esa lucha encarnizada y sangrienta en que todo un pueblo sucumbió, bajo los esfuerzos combinados de los talentos de un guerrero, y de la astucia de un hombre político. Ya pronunciada la victoria, nos detendrémos en la conquista de Cortés, en Méjico, colonia de los Españoles, esplotada por mandarines ambiciosos á quienes, aun dándoles á manos llenas el oro y plata de sus minas, no se podia satisfacer su avaricia. Sometida por espacio de tres siglos al triple yugo del despotismo militar, del fanatismo relijioso, y del monopolio hacendista, encadenada su industria; condenada á no producir por sí, ni para sí, y descaecida sobre un suelo fértil, bajo el mas bello clima de la tierra.

Llegarémos luego al dia, en que oigamos el grito de libertad, hasta en las mas altas cumbres del Anahuac. A este grito veremos á los descendientes de los Indios vencidos y los de los conquistadores, salir de sus viviendas, dar una batalla á los soldados veteranos de Fernando, é impelidos por el cruel instinto de las represalias, cebar en los Españoles ese aborrecimiento hereditario, oculto

durante una larga serie de jeneraciones, bajo la máscara de una obediencia pasiva. Su independencia saldrá de este grande movimiento revolucionario, pero con ella el abuso de la libertad, tan difícil de evitar entre los que jamás han conocido su uso. Largo tiempo se ajitarán los vencedores entre los embarazos del triunfo, en las luchas de ambiciones privadas; en la complicacion sangrienta de las guerras civiles, y en muchos años no conseguirán, como sus vecinos de los Estados-Unidos, fundar un gobierno que se apoye en la instruccion y patriotismo de las masas, sobre la abnegacion personal de los gefes, y saludable despotismo de las leyes.

Mas, antes de emprender la relacion de los hechos, echémos una ojeada rápida sobre el mismo suelo en donde han acontecido.

Méjico es una de aquellas vastas divisiones del continente americano, comprendida entre los dos océanos, los Estados de Guatemala en una línea tirada desde el cabo San Francisco, hasta el nacimiento del rio del Norte, siguiendo luego el curso de los rios *Colorado* y *Sabino* hasta la embocadura de este último.

Los dos tercios de esta grande rejion, están bajo la zona templada, y el otro tercio, encerrado en la zona tórrida, goza en mucha parte y en razon de la elevacion de su suelo, de una temperatura análoga á las primaveras del medio dia de Italia y de España.

El signo que caracteriza á Méjico entre las restantes rejiones del globo, se observa en la estension é inmensa altura de la meseta, que ocupa su interior: llanura conocida antiguamente bajo la denominacion de *Anahuac* y de *Mechoacan*, elevada de dos mil, á dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y seguida de llanuras mucho mas estensas, y no menos uniformes que las del Perú y Nueva Granada, y de tal modo cercanas unas á otras que parece no presentar mas que una sola superficie. La cadena de montañas que forma el terraplen, es la misma que con el nombre de los *Andes* atraviesa toda la América meridional. Allí queda interrumpida por las hendiduras en forma de betas abiertas, y los llanos que la cortan se presentan como valles lonjitudinales profundamente encajonados. Aquí no son mas que rudas mudanzas de terreno, estos declives repentinos. La misma espalda de las montañas forman el terraplen, su direccion indica la de la propia cadena. Las cimas son, dispuestas ú colocadas en fila por líneas, que no tienen ninguna relacion con el eje principal de la cordillera. Los valles son trasversales y poco profundos, y los carruajes pueden ir desde Méjico hasta Santa Fé sobre una lonjitud de mas de quinientas leguas comunes. Es tan sumamente uniforme esta línea, que á ciento y cuarenta leguas de la capital, el suelo está siempre elevado á mil setecientos, ó dos mil setecientos metros, que es la altura del Mon Cenis, de San Gotardo y del gran San Bernardo. Debemos al Sr. Humbold esta noticia de nivelaciones barométricas que enteran claramente de un fenómeno jeológico tan curioso y nuevo.

Sobre este terraplen de *Anahuac* entre Méjico y las pequeñas ciudades de Córdoba y Jalapa, descansan como sobre un zócalo inmenso, cuatro grandes pirámides volcánicas, que rivalizan con los mas elevados picos del continente, y son el *Popocatepetl*, que alcanza hasta cinco mil cuatrocientos metros; el *Yztaccihuatl*, á cuatro mil setecientos ochenta y seis; el *Citlaltepetl*, ó el *pico de Orizaba*, á cinco mil doscientos noventa y cinco, el nevado de *Toluca* y el *Nauhcampatepetl* ó *cofre de Perote* á cuatro mil ochenta y nueve (*). Los dos primeros, *la Montaña humeante* de los Indios, y la *Mujer blanca*, se distinguen igualmente desde Méjico y la Puebla. Percíbense perfectamente sus masas imponentes, y los contornos de su cúspide cubiertos de nieves eternas, separándose de un cielo azul en brillantes destellos. Entraremos mas tarde en estas montañas igneas, examinarémos su composicion, y no se

(1) V. la lám. 1.

olvidará su historia en la topografía detallada del pais, de la que no hacemos aquí mas que una sucinta y jeneral reseña.

Penetrando la cordillera en la antigua Intendencia de Méjico, toma el nombre de *Sierra Madre*. Deja la parte oriental de la meseta para dirijirse al Noroeste, hácia las ciudades de San Miguel y de Guanajuato; al norte de estas dos poblaciones se divide en tres brazos, dilatándose sobre una gran superficie. La mas oriental va á perderse en el Reyno de Leon; la mas occidental, concluye á las orillas del Rio Gila, despues de haber ocupado una parte del territorio de Guadalajara y de la Sonora. El brazo central se insinúa en toda la estension del estado de Zacatecas, y sus puntos culminantes, dividen los principales cursos de las aguas que van á reunirse á los dos mares. El oríjen del Rio-Gila y del rio del Norte sale de la parte opuesta de este brazo central que vuelve á hallarse todavía hasta los 55.° de latitud norte.

La roca porfirítica domina en estas diferentes cadenas, y es el rasgo jeolójico mas sobresaliente. El granito se muestra en los brazos vecinos del grande Océano: el puerto de Acapulco está cortado en esta última roca. Forma tambien la base de las montañas de Misteca y Zacatecas en el estado de Oajaca. El terraplen central del Anahuac parece como un enorme dique de rocas de pórfido, diferentes de las de Europa por contener el zinc y el azufre, sin mezcla de cuarzo. La Sierra Rosa se presenta con sus masas jigantescas de esta misma roca, que asemejan á muros y bastiones arrimados, dando á los alrededores de Guanajuato un aspecto romántico.

Cerca de Mamanchota se ven rocas conocidas en el pais con el nombre de *los órganos*. Despréndense sobre el horizonte á manera de una torre vieja, cuya base descantillada, seria menos ancha que su cúspide (1). Algunos pórfidos desiguales elevan sus colunas sobre las montañas de Jacal y Oyamel, y á su vez están coronadas de pinos y encinas, que contribuyen, segun Humboldt, á dar gracia á este imponente sitio. (2) De estas montañas sacaban los antiguos Mejicanos la piedra itzli ú obsidiana con la que fabricaban sus instrumentos cortantes. El espejuelo, el basalto, el amigdaloide, el calizo primitivo, y otras piedras volcánicas predominan sobre aquella superficie central. Allí existen los grandes depósitos de oro y plata. El estaño y el cobre se encuentran en los estados de Guanajuato y de Valladolid. El hierro abunda en esta última provincia, en Zacatecas, en Guadalajara y en las provincias interiores. El zinc, el antimonio, el mercurio y el arsenico, abundan en diversos puntos. El carbon solo se halla en el Nuevo Méjico. La sal fósil es una de las riquezas de San Luis de Potosí.

Los cráteres están abiertos en casi todas las cimas de la Cordillera. Cinco de estos volcanes ardian todavía en tiempo que el Sr. Humbold visitó á Méjico. Sin embargo, las grandes esplosiones volcánicas, y los temblores de tierra, tan frecuentes en las costas del Océano Pacífico, turban menos el reposo de los habitantes de Méjico, que el de sus vecinos del Sur. Desde 1759, época en que el volcan de Jorullo, salió de la tierra, envuelto en una multitud de conos humeantes, ninguna catástrofe de esta naturaleza ha horrorizado la Nueva-España.

Sin embargo, algunos ruidos subterráneos que se oyeron en Guanajato en el año 1784 y otros fenómenos de esta especie en diversos puntos, confirman, que todo el pais, comprendido entre los 18. y el 22. grados, concentra un fuego activo que de vez en cuando rompe la superficie del globo, aun á grandes distancias de las costas del Océano.

Las tierras mas altas de Méjico ven estenderse á sus piés un recinto

(1) V. la lám. 9. La parte saliente de la roca tiene 142. toesas de elevacion. La altura total de la montaña de donde comienzan *los órganos* hasta la cumbre, es de 1385. toesas.

(2) V. la lám. 21. Este sitio es llamado en el pais el *cerro de las navajas*. Tiene el Jacal 1603 toesas (3124) metres.

de llanuras estrechas hácia el Sur, ensanchándose á medida que se avanza hácia el norte. Las dos pendientes del terraplen al Este y al Oueste no tienen el mismo declive. Las diferencias del terreno entre Méjico y Acapulco sobre el grande Océano, son mucho menos ásperas que entre el mismo punto y Peracruz hácia el Atlántico. De este lado se viaja mayor espacio por la superficie ó terraplen, pero tambien el descenso desde allí es rápido y continuo, particularmente desde Verote á Jalapa, y desde este sitio que es de los mas hermosos habitados, á la Rinconada. Sobre esta línea podemos tomar alguna idea de los climas entrecortados, y de los diversos cultivos de Méjico. En ninguna parte se reconoce con mayor ventaja el órden admirable, con el que, las diferentes tribus vejetales se continuan como por capas ó bancales unas en pos de otras. Todo cambia á medida que uno sube; fisonomía del pais, aspecto del cielo, dimension de las plantas, costumbres de los habitantes, y jénero de cultivo. El viajero que sale de Veracruz acelera el paso, temeroso de adquirir el terrible *vómito prieto* que en estos sitios ardientes mata á muchos con prontitud. Llega hasta Jalapa el arbolado de robles protectores de los hombres, á cuyos piés, un poderoso influjo parece detener esta calamidad como por encanto. Entónces, respirando ya cómodamente bajo un bello cielo azul, y libre del temor de la muerte, goza el viajero con delicia, de los maravillosos espectáculos que ante sus ojos se presentan. Entra en los bosques de líquid-ambar, y allí la frescura del verdor le anuncia que aquella altura es, en donde suspendidas las nubes por cima del Océano, llegan á tocar las cúspides basálticas de la cordillera. A mayor altura le es forzoso renunciar el fruto nutritivo del *Plátano*, que jamás llega á sazon en esta rejion nebulosa, y fria, en donde la necesidad escita al Indio al trabajo y dispierta su industria. Todavía á mayor altura, en el vecindario de San Miguel, se distingue el abeto alternando con los robles, y estos acompañarle hasta las elevadas llanuras de Perote. En estas dos estaciones, el trigo de nuestra Europa y todas los cereales importadas despues de la conquista, se mezclan en los campos de maiz, orijinario del pais, y amigo de todas las temperaturas. Los abetos se presentan luego aislados á la vista del viajero, y solos cubren las rocas, cuyas cimas van á perderse en la zona de las nieves eternas. Así es, que el observador de la naturaleza recorre en aquellos maravillosos parajes y en pocas horas, toda la escala de la vejetacion, desde la heliconia y el plátano, cuyas hojas lustrosas crecen hasta una dimension estraordinaria, hasta la mas reducida sustancia de los árboles resinosos.

Despues de esta configuracion de terreno, que se reproduce casi en todos los puntos de Méjico, se divide su vasto dominio en tres grandes zonas, ó sea en tierras frias, templadas, y calientes. Las últimas que son las mas fértiles, producen azúcar, algodon, añil, plátanos, etc. Pero por una triste compensacion abrigan en su seno la fiebre amarilla, que toma en Méjico el nombre de *vomito prieto*. A esta rejion conocida bajo el nombre de *tierras calientes* pertenecen, una parte del estado de Veracruz; la Península de Yucatan; las costas de Oaxaca; las provincias marítimas del nuevo Santander y Tejas; todo el nuevo reino de Leon; las Costas de la California; la parte occidental de la Sonora, de Cinaloa, y Nueva Galicia, y las meridionales de los Estados de Méjico, Mechoacan y la Puebla. Los puertos de Acapulco, los valles del Papagayo y del Peregrino hacen parte de los lugares de esta tierra, en donde el aire es constantemente mas cálido y malsano. Sobre la pendiente de la Cordilera y á la altura de mil doscientos, á mil quinientos metros, reina perpetuamente una temperatura de primavera que solo varia de cuatro á cinco grados, que son las *tierras templadas*. Allí no se conocen los calores escesivos, ni los frios intensos. El calor mediano de todo el año es de 18 á 20 grados. Este es el buen

clima de *Jalapa,* de *Tusco* y de *Chilpalzingo.* Los terraplenes elevados de mas de dos mil doscientos metros sobre el nivel del Océano, componen la rejion de las tierras frias. El gran valle de Méjico, y el de Actopan se encuentran en esta division. En jeneral la temperatura media de toda la gran planicie de Méjico está en los 17 grados, mientras que en las llanuras mas elevadas, cuya altura absoluta escede de 2500 metros, no se caldea el aire mas allá de 7 á 8 grados. Aquí el olivo no llega jamás á sazon, y si los inviernos no son enteramente crudos, los rayos del sol en el verano son demasiado débiles, para acelerar el desarrollo de las flores y llevar los frutos á su perfecta madurez.

Parece Méjico un depósito arrogante de lo mas bello de todos los paises. Los árboles de la Persia y de la India vienen á mezclarse con el olmo feudal, y las encinas de la antigua Galia; los frutos perfumados del Asia, con los árboles de la Normandía; las flores del oriente, conel aciano, y la misteriosa verbena, y blanca margarita de nuestros campos. Este hermoso terreno americano posée palmeras, plátanos que producen una sustancia alimenticia; campos de maiz desde la rejion fria hasta el ardoroso suelo de las riberas marítimas, la higuera india, (vulgarmente llamada chumba) en donde habita la cochinilla, insecto que nos da el carmin; el *maguey*, del cual saca el Indio un licor espirituoso que ama con pasion. Para sí, y para la Europa, crecen en su variado suelo la Salvia mejicana, el *Pimiento*, (árbol) con su larga vaina; la pimienta de *Tabasco*, el *Convolvulus jalapa* ó el *jalapa* medicinal; la vainilla perfumada que se place á la sombra del liquidambar, y los amirios; los arbustos resinosos de los cuales fluye un bálsamo conocido con el nombre de copaiva y de tolú. Entre sus riquezas vejetales cuenta el arbusto del añil, el cacaotero, ó árbol del cacao, las cañas de azúcar, los algodoneros, plantío de tabacos, é inmensos bosques de caoba, campeche venoso, palo santo, y otras muchas especies de producciones que reclaman el tinte y la ebanistería. Nuestros jardines en estos últimos años, no han podido obtener de la Flora mejicana la *Solvita Fulgens*, cuyas flores carmesíes tienen tanto esmalte, las hermosas *Dalias*, el *Helicantus*, y la delicada *Mentzelia*: (cuantos vejetales útiles, y deliciosos á la vista nos tiene todavía que remitir.)

En medio de las ventajas de su feliz posicion, se halla este pais falto de rios navegables, y jeneralmente es escaso de agua. *El rio del Norte* y el *Colorado* en el norte son las únicas grandes corrientes que pueden fijar la atencion. En toda la parte equinoccial, no se encuentran mas que pequeños riachuelos cuyo desagüe tiene una anchura considerable. La Cordillera da mas bien oríjen á torrentes que á rios. Los lagos de que Méjico abunda, entre los que es preciso citar el *Chapala*, de doble magnitud que el lago de Constanza. El de *Paizcuaro*, uno de los sitios mas pintorescos de ambos continentes. El lago *Mextitlan*, el de *Parras* y los del valle de Méjico, son solo los restos de esos inmensos manantiales, que parecen haber existido antiguamente en las altas llanuras de la Cordillera. La mayor parte de ellos demuestran disminuirse de un año á otro. La hermosa verdura, y la vejetacion vigorosa de sus riberas, ya no son lo que eran en la época, en que los Españoles llegaron á aquella superficie central, y sus partes elevadas, son hoy mas áridas, que en el tiempo en que su aspecto recordaba á los conquistadores las llanuras de las dos Castillas, y escitó á Cortés á dar á esta tierra americana el nombre de Nueva-España.

Las lluvias son frecuentes en el interior de Méjico, además de que la grande altura del suelo acelera la evaporacion. Los manantiales son raros, en las montañas, compuestas en su mayor parte de amigdaloide poroso, y de terrenos hendidos, siendo á veces necesario prescindir de la aridez del suelo en las planicies mas elevadas, y reconocer que la mayor parte de la Nueva-España, pertenece á los

paises mas fértiles de la tierra. Los accesos marítimos no son fáciles en aquellos parajes: toda la costa oriental asemeja á un gran dique, contra el cual los vientos alicios, y el movimiento perpetuo de las aguas del Este á Oeste arrojan arenas, que el Océano ajitado tiene suspensas. Casi toda la costa está llena de escollos y rodeada de bancos, y lo que contribuye á aumentar los peligros de la navegacion en aquellos parajes, son las tempestades, los vientos impetuosos de Nordeste, de Nord-Oueste y de Sud-Oueste, que en ciertas temporadas del año, hacen á su vez, inabordables, tanto el Golfo de Méjico, como las riberas de San Blas de Acapulco y puertos de Guatemala.

Volvamos á la vasta planicie de Méjico. Allí, los lagos rodeados de ciudades populosas: allí los valles cubiertos de flores y árboles frutales, y en altura que en Europa no se ven mas que rocas desnudas y cimas nevadas. Allí grandes espacios cubiertos de muriato de sosa, de cal, y eflorecencias salinas, como en el Tibet y Asia central. Allí, inmensos páramos eriales descoloridos y sin aguas. Allí, bellas é innumerables plantaciones de pitas, que en lo antiguo eran los solos viñedos de los Indios Aztecas. Tambien allí los tesoros metálicos, las ricas minas de oro y plata que hicieron la opulencia de los antiguos pueblos del *Anahuac*, riquezas fatales, sin las que la avaricia europea los hubiese quizás olvidado, y sin las que hubieran continuado libres como los salvajes de los bosques, ó los que van errantes con independencia en los llanos, ú orillas de los grandes rios de las dos Américas.

Preciso es, nos detengamos un momento sobre uno de los puntos mas interesantes de esta gran planicie en el hermoso valle de Méjico, ó de Tenochtitlan, colocadó algo mas arriba que las cimas de nuestros Alpes, mas alto que la mayor parte de los lugares habitados de Europa. Su elevacion, su cultura, sus lagos, sus minas, y otros productos, bastarian por sí solos para llamar la atencion del observador, y merecerle una particular mencion en un punto de vista tan jeneral; pero un interés mas poderoso nos atrae hácia el principal teatro de la historia mejicana.

Este grande valle ocupa el centro mismo de la Cordillera de Anahuac, se ahonda á la espalda de las montañas de pórfido, y de amigdaloide abasaltado, que se prolongan de sud-sud-este, á nord-nord-oueste. Es un grande estanque ovalado de 18 leguas de largo, sobre 12 de ancho, de 67 leguas de circunferencia, y de 245 leguas cuadradas en su superficie, rodeado de una muralla de montañas muy altas, entre las cuales se hacen observar como dos jigantes, los dos volcanes de la Puebla. El fondo de este estanque está á dos mil doscientos setenta y siete metros sobre el nivel del Océano. Cinco lagos dispuestos por escalones ocupan una décima parte de él, y se estendian mucho mas anteriormente. El de Texcuco es el mas bajo de todos. Las aguas que bajan de las alturas que lo circuyen se reunen allí, mas no sale de ellas ningun rio. En nuestra Europa, á una altura tal, el suelo estaria desnudo, y cubierto de rocas parduscas, y de algunas plantas moribundas bajo tan crudo clima; ni poblaciones, ni flores, ni frutos se ofrecerian á la vista; pues bien, aquí se admirar el mas sorprendente de los contrastes; la naturaleza en su verdadera animacion brillante y caprichosa. Allí en donde debiera segun nuestra idea, ser árida, descolorida y silenciosa, súbase á una de las torres de la catedral de Méjico en una mañana de verano, estando el cielo puro y sin nubes, cuando á impulso de un viento seco y libre le dá aquel azul subido y hermoso. Al momento se detiene uno sobre la admirable vejetacion de la colina chapoltepes, revestida de viejos cipreses, plantados por los reyes de la dinastía Azteca, de esos arbustos cuya presencia recuerda los sauces llorones del Oriente. Echando luego una ojeada por todas partes, hasta la cadena circular de las montañas desnudas y cubiertas de hielos perpetuos, se distingue la superficie

ondulatoria de los lagos, ó campos labrados, ó campos llenos de mieses, ó jardines adornados de flores en las que el reino vejetal de ambos mundos rivaliza en hermosura. Naranjos, manzanos, granados, alberchigos, cerezos, etc. mezclan y confunden sus ramas y sus frutos. El Méjico de Cortés, estendiendo á lo lejos sus dilatadas arboledas de alamos blancos y negros, se desarrolla ya no en las aguas, sino hasta la inmediacion del lago Texcuco, cuyas orillas ornadas de ciudades y aldeas recuerdan los mas bellos lagos de las montañas de la Suiza. Aquí existió la cuna del viejo imperio mejicano. Aquí, era donde se elevaba la rica e inmensa capital, con sus templos, pirámides y palacios, y que numerosas jeneraciones de hombres han llegado á señalar la certeza de su tránsito en virtud de grandiosos monumentos.

Carecemos de noticias históricas sobre la poblacion primitiva de esta amena comarca montañosa. No posseemos otras acerca del oríjen de los Americanos en jeneral. No podemos, empero, reconocer con Blumenbach la existencia de una raza puramente Americana, todas las tribus del nuevo Mundo no se asemejan, ni tienen un tipo comun ó sello de igual oríjen. Tampoco creemos con M. Link, que el Asia en los tiempos historicos, haya poblado la América, y por consiguiente que el Mejicano indijena esté emparentado con el del Mogol y demás tribus del Asia oriental. Que hayan existido en lo antiguo comunicaciones entre esta parte del Asia, y la costa nordoueste de la América, es un hecho indisputable, pero suponer otra cosa, que emigraciones parciales, que no han podido jamás alterar en su masa la poblacion de los Americanos, es darles una importancia muy exajerada. Vense en los Americanos ciertas facciones características que no son comunes en las de los demás pueblos del antiguo mundo. La cara, la frente, la nariz, los dientes, las piernas, los piés, el cabello, la barba, el color de la piel, la conformacion de las diversas partes de sus craneos, así que otras particularidades, les distinguen en todo, ó en parte del resto de los hombres del antiguo continente. Los idiomas han presentado cierta identidad de palabras de que se ha querido inferir identidad de oríjen. Malt-Brun ha intentado, con la ayuda de analojías estrañas, trazar líneas de emigracion de algunos pueblos asiáticos hácia el continente Americano. Sesenta y tantas palabras eran la única base de todo su sistema, que M. Klaproth ha combatido, ápesar de haber él mismo descubierto mayor cantidad de palabras semejantes en las lenguas del nuevo y del antiguo mundo. Pero su alta razon no le ha permitido ver en estas semejanzas datos suficientes para identificar paises tan físicamente opuestos. Si la América, dice este mismo sabio, hubiera sido poblada por tribus venidas del Asia Septentrional, deberia ser este acontecimiento anterior á los tiempos históricos, y aun á la grande inundacion que cubrió los lugares menos montañosos de la superficie del globo, pues es imposible que despues de diez y siete siglos hayan podido cambiarse los idiomas de la América, hasta el punto de no hallarse mucho mayor número de voces simpáticas en oríjen con los idiomas del antiguo continente. Todo el mundo sabe, que el griego, el latin, el sirio y otras muchas lenguas guardan ó conservan sus rasgos característicos que no se borran tan prontamente.

Es tambien otro error, el haber querido ver testimonios de identidad en algunas ceremonias relijiosas, y en otros rasgos cosmogónicos de los del Asia, y de las naciones del Anahuac. La relijion de Bouddha que ante todo prohibe el matar las criaturas cualesquiera que sean, nada puede tener de comun con el culto sanguinario de los Mejicanos. Por otra parte, la comparacion de cultos no da sino vagos resultados. Lo mismo debe decirse respeto de ciertas formas de adorno arquitectónico, ó de figuras fantásticas, que, aunque iguales entre los diferentes pueblos, son pruebas insignifican-

tes de antiguas comunicaciones entre ellos.

Acerca del estado antiguo del Anahuac, no tenemos otra autenticidad que las tradiciones de los Aztecas, consignadas en sus tablas geroglíficas, y las orales del mismo pueblo, recojidas en el tiempo vecino á su conquista por los primeros analistas; y para todo aquel, á quien el entusiasmo no ocupa el lugar de la reflexion, queda bien probado, que son testimonios que debe hacerse uso con desconfianza. No teniendo, pues, otros mejores, vamos á servirnos de ellos, pero con circunspeccion.

Desde los tiempos mas remotos parece haber sido habitado Méjico por un gran número de tribus de diferentes razas. Cítase entre las mas antiguas, entre las que se miraban como superiores, los Olmeques ó Hulmecas, cuyas emigraciones alcanzaban hasta el golfo de Nicoya, á Leon de Nicaragua. Los Xicalancas, los Cores, los Tepanecos, los Tarascos, los Mistecas, los Tzapotecas, y los Otomitas ú Otomies. Los Olmecas, y los Xicalancas, que habitaban la llanura de Tlascala se gloriaban de haber subyugado á su llegada, una raza de jigantes, tradiccion que verosilmente se funda en los enormes huesos fósiles de elefantes, hallados en las rejiones elevadas de las montañas del Anahuac (1). Todo el período anterior á la grande emigracion toltesca tampoco figura en las vagas tradicciones de los Mejicanos. En esta emigracion empiezan y nos anuncian que, salidos de una comarca que llamaban Hue-Hue-Tlapalan, ó Tlalpallan, en el año 544, de nuestra era, los Toltecas llegaron á Tollantzinco en el pais del Anahuac en 648, y á Tula hácia el de 670. Iban buscando climas mas suaves y tierras mas fértiles que las suyas, que parecen se hallaban en aquella época sobre cargadas de habitantes, pues veremos abandonar sucesivamente aquella comarca nueva multitud de emigrados, que bajo nombres diversos, vendrán á su vez á ocupar el Anahuac. Los Toltecas se esparcieron allí en poco tiempo, mezclándose con los antiguos poseedores de su suelo.

Estos Toltecas son, para los anticuarios mejicanos modernos, lo que los colonos pelasgos, han sido largo tiempo para los anticúarios de Italia. Toda lo que se pierde en la oscuridad de los tiempos, es mirado como obra de un pueblo en el cual se cree hallar los primeros elementos de la civilizacion. Boturini les hace llegar al Anahuac ricos de todos los conocimientos, que los Aztecas les reconocian con gusto. No adelantando mas los recuerdos históricos de estos, consideraban la edad de los Toltecas, como los siglos heroicos del Anahuac, y dándose un oríjen comun, encontraba su orgullo la cuenta de esta antigüedad. Nosotros estamos lejos de admitirla, y todo nos conduce á pensar, que la civilizacion de aquella parte de Méjico es anterior al establecimiento de los Toltecas; creemos que esta civilizacion no ha venido con los hombres salidos del norte de América, salvajes habitantes de una comarca áspera, pero que es indíjena, y pertenece al pueblo no existente, ó estinguido por las jentes del Norte, que se liga con la civilizacion Guatemalense, ó misteco-Zapoteca, ó mayaquiza, que vive todavía para nosotros en las ruinas de Mitla y de Palenque (1).

De todos modos, es preciso reconocer, que la presencia de los Toltecas en Anahuac, imprimió un gran movimiento en la civilizacion indijena. Los recien llegados se la apropiaron en poco tiempo. En la época de su pujanza fué cuando su nombre borraba, ú oscurecia los demás nombres, y que la tradicion coloca, una gran parte de cuanto se hizo de útil y aun de jigantesco en el pais. A los Toltecas solamente aprovecharon los trabajos de los Indijenas que esta

(1) Tomamos esta esplicacion de M. de Humboldt, en cuanto á Clavigero, aboga fuertemente por los jigantes. Lo contrario nos hubiera admirado.

(1) Bajo este punto de vista, nos reservamos tratar de las antigüedades mejicanas, cuando nos ocupemos de los sitios en los cuales colocamos el primitivo asiento ó cuna de la antigua civilizacion de esta parte de la América.

misma tradicion atribuye el cultivo del maiz y el algodon; el arte de fundir los metales, de remover masas de piedras inmensas, y esculpir sobre ellas caractéres simbolicos; el cortar las piedras preciosas y las mas duras, el abrir caminos y edificar ciudades. A los Toltecas se atribuye tambien el honor de esas grandes pirámides de *Chulula*, de *Papantla* de *Xochicala* y las de *Teotihuacan*, dedicadas al Sol y á la luna; monumentos cuyas fachadas ó frentes exactamente orientadas en la direccion de las paralelas y de los meridianos, presentan algunas analojias con las pirámides de la antigua Asia, y del viejo Ejipto. A ellos se atribuye igualmente un año solar mas perfecto que el de los Griegos y Romanos, pinturas jeroglificas, una cosmogonia, un culto relijioso, y leyes que dan idea de un estado social, distante de la barbarie. Es cierto que en el Analmac los Toltecas cesa on de ser cazadores salvajes; que la forma de su gobierno parecia una especie de monarquía, en donde el Jefe de la relijion tenia gran parte del poder. Esta monarquía, empieza en el año 667, y concluye en 1052. Durante este período de mas de cuatro siglos, solo se cuenta una succecion de ocho reyes, corto número sin duda, pero que se manifiesta en una ley de pais. Queria esta ley, que un reinado fuese siempre igual á cincuenta y dos años, y así se llegaba á esta proporcion. Moria el príncipe antes de haber reinado cincuenta y dos años; un consejo de nobles gobernaba en su nombre hasta concluir aquellos. Por el contrario, llegaba la vida del manarea mas allá del término obligado; entónces renunciaba el cetro, y en el momento se le nombraba un sucesor. Esta rara costumbre que refiere Clavijero, ignoro en que autenticidad la funda.

Tula, á la estremidad septentrional del valle de Méjico se cree haber sido fundada por los Toltecas. Ella era su capital, permanencia de sus reyes y de sus sabios. Un sabio astrólogo llamado Hucmatzim ayudado de los mas hábiles del pais, compuso allí en 708, ó 728, el famoso libro divino, el Teo-Amoxtli, especie de Enciclopedia que abrazaba la historia, la mitolojía, el calendario, y las leyes de la nacion.

Lo que hemos dicho en cuanto al oríjen de los Americanos en jeneral, nos dispensa de investigar el primitivo de los Toltecas. Respecto al sitio que ocupaban antes de su emigracion al Anahuac, á este pais que las pinturas jeroglificas llaman *Hue-Hue-Tlapallun*, ó *Tlalpallan* ó Tollan, ó Aztlan, punto de salida de todos los pueblos viajeros, que desde el septimo, al décimo-tercio siglo vinieron sucesivamente á establecerse sobre la planicie mejicana; puede suponersele al norte del Rio-Gila, y hasta los 42 grados, ó tambien en las rejiones mas septentrionales recorridas por Hearne, Fidler, Mackencie, etc., etc. Este campo de conjeturas es sumamente dilatado: para reducirlo seria necesario proporcionarse notas historicas de las que absolutamente carecemos. Pero sea lo que fuere; si el punto de partida de los Toltecas es desconocido, el acontecimiento que puso fin á su poder en el Anahuac, no lo es tanto. Los anales méjicanos refieren que una epidemia, rápida en su marcha, y tan terrible en sus efectos, como las pestes del viejo continente, destruyó de un golpe toda la poblacion. El Anahuac, en pocos años quedó hecho un basto cementerio. Las tres cuartas partes de sus habitantes perecieron, y sin brazos los campos, sucedió el hambre. El nombre de Tolteca como nacional desapareció. Un buen número de familias se quedaron en el pais, otras fueron á establecerse en el Jucatan; otras á Guatemala y á sus vecinas tierras; y otras se dispersaron por el valle de Méjico, y territorio de Cholula, y de *Tlaximoloyan*. Sirva esta emigracion para esplicar las identidades de culto, de lengua, de instituciones políticas, y de algunas formas artísticas que se han reconocido en muchísimos puntos del Anahuac. Sin embargo esta antigua parte de su historia se halla rodeada de una impenetrable oscuridad. Es la edad heróica del pais, edad de sus fábulas, de sus milagros, de

su mitolojía, y de la aparicion de los fundadores de su culto. Probablemente diversas tribus emparentadas con los Toltecas y salidas como ellos de las mismas comarcas del Norte, fueron á ocupar los campos que habian dejado desiertos. A la llegada de los Chichimecos, es cuando empieza otra vez la vieja historia mejicana, interrumpida por el espacio de cerca dos siglos. El crédulo Torquemada hace ascender á un millon de individuos el número de estas hordas, que es preciso reducir á algunos millares de cazadores salvajes casi desnudos, conduciendo con ellos á sus mujeres é hijos, marchando bajo las órdenes de un jefe ó rey llamado Xolotl adorador del Sol, sin mas culto que el suyo propio. Estos Chichimecas se detienen en 1170 en el valle de Méjico. Mesclanse con los habitantes del pais, y sobretodo con las familias Toltecas con las que se encuentran y cuya lengua hablaban. Aprenden de ellos á cultivar el maiz y el algodon, y á construir edificios fijos. Se inician en los elementos de la civilizacion, y se muestran en pocos años, discípulos intelijentes de maestros comparativamente hábiles. Su rey Xolotl fija su residencia en Tenayuca, seis leguas al norte de Méjico. Allí establece su corte y hace el empadronamiento de sus súbditos. Espárcese la voz de la feliz espedicion en su pais natal, con cuyo motivo, otras siete tribus, que componian la nacion de los Nahuatlacos, emprendieron la marcha para reunirse á él. Eran estos los Xochimilcos, los Chalcos, los Tepanecos, los Colhuas, (*) los Tlahuicas, los Tlascaltecas, y los Aztecas ó Mejicanos (**). Todas estas tribus que parecian aliadas daban á su primitiva patria el nombre de Aztlan ó de Teo-Acolhuacan, y todos usaban el idioma Tolteco y tenian iguales costumbres en su vida salvaje. No marcharon juntas, y fueron llegando sucesivamente al valle de Méjico. Xolotl el Chichimeco las acojió como familias hermanas, y las dejó esparramar en las riberas y contorno de los lagos y establecerse en muchos de los puntos de su territorio. A los pocos años se constituyeron en otros tantos estados separados; y las ciudades de Chochimilco, Chalco Colhuacan, Tlascala y Méjico acreditaron sucesivamente los progresos de su civilizacion (***).

Mientras estos hombres del Norte se ocupaban de su establecimiento en el Anahuac; otros de igual oríjen, la numerosa nacion de los Alcolhuas, vino tambien á aumentar la poblacion de esta comarca.

Nada hay tan oscuro y embrollado entre los antiguos historiadores como el oríjen de esta nacion. Nos limitaremos á algunos hechos. En los primeros años del siglo trece fué cuando estos Alcolhuas, salidos de Teo-Acolhuacan, de que ya hemos hablado, aparecieron en la superficie del Anahuac: tres jefes los acompañaban, que eran tres jóvenes de hermosa figura, voz dulce y persuasiva. Estos consiguieron de Xolotl además de la buena acojida, unirse á su fortuna entregándoles para esposas á sus dos hijas, y á una jóven virjen de Chalco, nacida de parientes Toltecos. Desde entónces los súbditos imitaron á los reyes. Los Chichimecos y los Alcolhuas hicieron varios tratados de alianza, é insensiblemente ambos pueblos sé constituyeron en una sola nacion, y su territorio tomó el nombre de Alcolhuacan. Los Chichimecos que no pudieron acomodarse á la vida seden-

(1) Que es menester no confundir con los Acoluas.

(2) Estos últimos se separaron de los Tlascaltecas en las montañas de Zacatecas, y llegaron despues que los otros. Hablaremos luego mas detalladamente de la emigracion de los Aztecas, que era entónces la mas pobre y débil de estas diferentes tribus, pero que debia un dia dominar sobre el Anahuac, y dar nombre á un poderoso Imperio.

(3) Conviene observar que los nombres de estas tribus no eran los que tenian en su pais, y si, los de distintos puntos de Méjico en los cuales se fijaron, ó de las Ciudades que edificaron. El nombre mismo de Nahuatlacuas (vecinos de los mares) no era nombre nacional: indicaba solamente su primer establecimiento cerca de las orillas del Lago de Texcuco. Esta observacion nos parece muy importante, y sirve para refutar pretendidas identidades con las naciones del Asia oriental, fundadas en los nombres de estas Tribus.

taria y agrícola, que no habian podido abandonar su antigua costumbre de cazadores, se alejaron de esta civilizacion naciente, y trasladándose al Norte, se reunieron con los Otomias, nacion poderosa y bárbara amiga de la vida independiente de los bosques, y que no pudieron someter ni los ejércitos de Motezuma, ni los compañeros de Cortés. Todavía la vemos mucho tiempo despues de la conquista, venir á las manos con los Españoles, y luchar como los últimos campeones de la libertad ámericana.

El cuarto sucesor de Xolotl fué á establecerse á Texcuco, cuyo terreno se prestaba mejor al desarrollo de una gran capital. Esta dinastía Chichimeca-acolhua, ocupó el trono desde el duodécimo siglo hasta la caida del imperio mejicano (1521). Once reyes reinaron durante este período de 330, años. Xolotl, el primero y el mas ilustre de su raza, murió muy anciano. El antiguo Anahuac conservaba de este fundador de la monarquía un bello recuerdo. Ponderaba su enerjía, su valor y su justicia, únicas cualidades que dejan señales indelebles en la memoria de los pueblos. No fueron sus funerales los de un jefe de bárbaros. Ellos, por el contrario, dan una idea del reconocimiento de sus súbditos, y de su estado social. El cuerpo del difunto cubierto de figurillas de oro y de plata bien trabajadas, fué colocado en un especie de caja, sobre un capa de goma copal y otras sustancias aromáticas. Así quedó cinco dias, tiempo necesario para la llegada de los señores convidados á sus obsequios. Despues fué quemado, segun costumbre de los Chichimecos. Reunieron las cenizas en una urna de piedra muy dura que quedó por espacio de cuarenta dias espuesta en una de las salas del real palacio. Cada dia se acercaba la nobleza á pagarle un tributo de lágrimas. Pasado este tiempo fueron en procesion al lugar de la sepultura de los reyes. Era este una caverna cavada en un otero piramidal, de los muchos que hay en aquella parte de las Américas. Allí se colocó la urna, dejándola al cuidado del dios de la muerte.

Los sucesores de Xolol fueron casi todos hombres notables. Texcuco embellecida por ellos, llegó á ser la Atenas del Anahuac, la estancia de sus sabios, de sus poetas y de sus artistas mas célebres. Su historia va ligada á la de los Mejicanos de los cuales vamos á ocuparnos

Recordarán nuestros lectores que la tribu de azteca ó mejicana hizo parte de la grande emigracion de los Nahuatlacos. Los Aztecas pretendian no haber abandonado su patria sino por la órden de un oráculo. Era esta sin duda aquella voz imponente que dice al hombre salvaje. «Cambia tu condicion por otra mejor: abandona un clima crudo por otro de sol ardiente; tierras frias por otras templadas y fértiles. Poseemos una tabla jeroglífica de su emigracion (1). Empieza como nuestras viejas crónicas, por el diluvio, y concluye por el establecimiento de la nacion viajera al sitio mismo de Tenochtitlan ó Méjico. Vese lo primero sobre esta pintura á *Coxcox*, Noé de los Mejicanos, tendido en un barco en medio de las aguas, elevando las manos hácia el cielo. No lejos de él, tambien dentro las aguas aparece una alta montaña, el Ararat de los Aztecas, al pié de la cual, se ven las figuras de Coxcox y su mujer. Una especie de altar colocado sobre el mismo sítio de Aztlan (tierra de las Picazas), es el punto de partida de la nacion. Allí, un grupo de hombres que nacieron mudos, despues del diluvio, en pié delante de una paloma pendiente de un árbol, reciben de ella el don de las lenguas, figuradas por una multitud de virgulillas que le salen del pico. En seguida estos hombres se ponen en marcha, dispuesta á manera de procesion. Siguen por un largo cordon hecho nudos que describe varias sinuosidades, sobre las cuales está trazado el camino. De trecho en trecho algunas figuras jeroglíficas indican los diferentes lugares en donde

(1) V. lámina 3.

los Aztecas han pernoctado, y las ciudades que han edificado (1).

Segun otras tradiciones, los Aztecas, se detuvieron algun tiempo en las orillas del Rio-Gila. Allí se descubren todavía las ruinas de algunas habitaciones; pero estos monumentos que indican un pueblo civilizado ¿podrán acaso ser obras de bárbaros que hallamos un siglo despues bajo miserables chozas de juncos? Los parajes deliciosos del Mechoacan (pais de los Peces) los detuvieron algun tiempo. Muchos de ellos se fijaron en él, el mayor número llegó á Tula, y últimamente á Tepeyacac en donde hoy se eleva el santuario de la vírjen de Guadalupe. Todo este primer período de su historia está cubierto de un colorido fabuloso, debajo del cual se esconden hechos verdaderos. Les conservaremos sus colores, ya que estamos convencidos que no pueden quitarse, sin borrar algunas chispas de verdad.

Los Aztecas, errantes durante algun tiempo por la ribera occidental del lago de Texcuco, fueron despues á agruparse sobre la colina aislada de Chapoltepec. Allí estaban espuestos á caer en manos de los jefes confinantes, quienes les obligaron á buscar un asilo en medio de las aguas, en pequeñas islas próximas á tierra firme. Dieron á su nuevo establecimiento el nombre de Acocolco, (sitio de refujio). Cincuenta años vivieron allí en la mayor miseria, alimentándose de peces, insectos y raices, no teniendo para cubrir sus cuerpos mas que las hojas de la *palma palustris*. Solo la libertad les consolaba; pero no la conservaron mucho tiempo. Uno de sus vecinos halló el medio de arrebatarsela. Ofrecióles tierras para cultivar si querian dejar sus islas en que vivian tan escasos; mas apenas pusieron los piés en tierra firme, cuando se vieron prisioneros del jefe de los *Colhuas*; este era el nombre de su nuevo señor. Afortunadamente para los Aztecas, este reyezuelo fuerte para los desarmados, no lo era bastante para resistir solo á una tribu vecina, la de los Xochimilcos que le hacian la guerra. Sus esclavos los Aztecas se ofrecieron á combatir por él, sin otra recompensa que su libertad. Prometiósela, y vencidos despues los Xochimilcos, el rey de los Colhuas dijo á los Aztecas. «¿En donde están los prisioneros que habeis hecho? Entónces los Aztecas pusieron á sus piés varios sacos llenos de narices y orejas; pero su señor exijia hombres enteros, y no fragmentos de hombres. Queriendo, no obstante, los Aztecas ofrecer un sacrificio á su dios de la guerra, cuya imájen de madera colocada en una urna de cañas, llevaban sobre los hombros cuatro sacerdotes, que les habian precedido en su emigracion; pidieron á su señor algunos objetos de valor para hacer el sacrificio mas solemne. El reyezuelo les envió un pájaro muerto envuelto en un lienzo basto, y para añadir mas irrision al insulto, les anunció que asistiria en persona á la fiesta. Todos los Aztecas se reunieron allí, y despues de un dilatado baile al rededor de su ídolo, condujeron cuatro prisioneros Xochimilcos que habian mantenido escondidos mucho tiempo. Estos desgraciados fueron inmolados con las ceremonias observadas aun, cuando la conquista de los Españoles, y de que hablarémos mas adelante. Este fué el primer sacrificio humano en el Anahuac. Tal fué el espanto del rey de los Colhuas, que se apresuró á desembarazarse de sus feroces esclavos. Dióles la libertad, añadiéndoles saliesen inmediatamente de su pequeño territorio, que era cabalmente lo que los Aztecas deseaban. Despues de haber errado algun tiempo por las inmediaciones de los lagos,

(1) Este cuadro de la emigracion de los Aztecas ha hecho en lo antiguo, parte de la coleccion del doctor Sigüenza que habia heredado pinturas geroglificas de un noble Indiano, Juan de Alba Iztlilzochitl. Sigüenza lo comunicó á Gamelli Careri, quien lo publicó en el tomo 6.º de la relacion de su viaje. M. de Humboldt se inclina á pensar que este cuadro es una copia hecha despues de la conquista por un Indigena, que no ha querido seguir la forma incorrecta del orijinal, pero que ha imitado con escrupulosa exactitud los geroglificos de los nombres y los ciclos, cambiando en un todo las proporciones de las figuras humanas.

se fijaron en fin, en donde hoy se eleva Méjico. Era entónces aquel lugar una reunion de pequeñas islas bajas é inhabitadas. La independencia de que habian gozado antes de su esclavitud en otras islas, les determinó probablemente á preferir esta residencia á cualquiera otra, pero sus historiadores no se contentan con este natural motivo. Quieren que intervenga lo maravilloso en la primera fundacion de sus ciudades. Un oráculo habia anunciado (dicen estos), que los Aztecas concluirian su larga peregrinacion en donde encontrasen una águila sobre un nopal (higuera de Indias), saliendo del hueco de una roca, y esta circunstancia se habia cumplido en la mas grande de las islas. El nombre de Tenochtitlan dado á la ciudad naciente, indica el milagro de la aparicion del dios protector en forma de águila: milagro consagrado en las pinturas jeroglíficas y armas de la ciudad.

Esta hermosa Méjico de nuestros dias, empezó en 1325, por cabañas de juncos, y por un templo de madera dedicado á Huitzilpochtli (1). Pobres sus habitantes en un principio, porque nada producia aquel suelo, bien pronto por medio del contacto con la industriosa Texcuco, se iniciaron en la civilizacion del Anahuac, que hasta entónces les habia sido absolutamente estraña. Sus ensayos de imitacion comenzaron por los objetos de primera necesidad. Al estrecho de la isla en que se habian establecido, agregaron otros islotes vecinos, y engrandecido su territorio pusieron diques, cuyo sistema de construccion les hizo concebir la idea de jardines flotantes de que hablaremos mas tarde, y que parece uno de los trabajos mas antiguos de los Aztecas. Tenochtitlan fué dividida desde este primer período en cuatro cuarteles, puesto cada uno bajo la proteccion de una divinidad especial. El gran templo se elevaba en el centro de esta antigua distribucion que aun existe bajo la invocacion de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María.

Los Mejicanos turbaron por si mismos el reposo de que disfrutaban. Rancias querellas, suscitadas en su primera emigracion, volvieron á reproducirse. El pueblo se dividió en dos partidos. El mas débil abandonó la ciudad, y se retiró á una pequeña isla vecina, que tomó el nombre de Tlatelolco: mas adelante la verémos reunida á Tenochtitlan de la cual se hizo un arrabal, despues de haber formado por mucho tiempo un estado ribal y turbulento.

Los indíjenas que escribieron despues de la conquista española, la historia de la patria, nos han conservado detalles insignificantes sobre los primitivos tiempos de los Aztecas. Debemos limitarnos á los que tratan de las costumbres. He aquí un nuevo rasgo de fanatismo bárbaro, que se enlaza con el oríjen de su culto sanguinario.

En aparieneia, se habia restablecido la paz entre ellos y los Colhuas sus primeros maestros. Sin embargo los sacerdotes rencorosos y crueles resolvieron vengarse de los que les habian tenido en la esclavitvd. Indujeron al rey de Colhuacan á que les confiase su hija única para educarla en el templo de Mexitli, y adorarla despues de su muerte, como á la madre de este dios poderoso. Para mejor engañar supusieron que el mismo ídolo habia hablado, y reclamado la jóven vírjen. El crédulo jefe de los Colhuas concedió su hija á las solicitudes de estos bárbaros. La acompañó en persona é introdujo en el recinto tenebroso del templo, aquí los sacerdotes los separan, y en seguida un gran ruido, se hizo oir en el santuario, y el desgraciado padre no pudo distinguir los jemidos de una víctima espirante. Algunos momentos despues pusieron en sus manos un incensario mandándole encendiese su copa. ¡Infeliz padre! A la pálida luz de la llama que se

(1) Huitzilin designa el colibrí (pájaro). y Opochtli significa izquierda. El Dios estaba pintado con plumas de colibrí, debajo del pié izquierdo. Los Europeos han corrompido el nomnombre de huitzilopochtli en huichilobos y vizlipuzili.

eleva, reconoce á su idolatrada hija atada á un poste sin movimiento y sin vida. A este horrible espectáculo pierde el uso de sus sentidos, no puede gritar ni quejarse, ni lanzarse sobre los asesinos de su hija para bañarse en su sangre. Pierde el juicio. Sus súbditos no se atreven á vengarle. Temen habérselas con un pueblo que se hace terrible por sus escesos de barbarie. La jóven vestal inmolada se coloca entre las divinidades Aztecas bajo el nombre de Teteionan, ó Teteoinan, *madre de los dioses*, ó bien Tocitzin, *nuestra abuela*, diosa que no ha de confundirse con la Eva de los Mejicanos (*Tonantzin*), ó la mujer serpiente.

Hasta el año de 1352, el gobierno de Méjico fué aristocrático. Los mas ricos, los mas instruidos, y los mas valientes componian la nobleza, que dividia el poder con los sacerdotes, dueños del espíritu de los pueblos. Veinte nobles gobernaban el estado pero el ejemplo de las otras naciones del Anahuac obedeciendo á un rey, hizo suponer á los Mejicanos, que esta forma de gobierno aniquilaria las rivalidades de su aristocracia, y los haria mas fuertes y mas poderosos en el esterior. La adoptaron: el sistema de eleccion fué igualmente admitido. Acamapitzin el mas valiente, mas noble y mas prudente de entre ellos, fué elejido por aclamacion. Por parte de la madre pertenecia á la familia real de Colhuacan, y por la de padre al señor de Zumpanco.

Los Mejicanos de Tlatelotco; esta faccion disidente de que ya nos hemos ocupado, siguieron el ejemplo de sus hermanos, y se dieron tambien un rey. Haremos observar que un cúmulo de hechos, durante este período se esplican por la rivalidad de las dos líneas de la familia azteca. Los Tlatelolcos suscitaron á los Mejicanos dos enemigos encarnizados, y los obstáculos mas serios que tuvieran que vencer jamás, en el oríjen de su monarquía.

El sistema feudal de nuestra Europa se encontraba en su vigor en el Anahuac á la época que nos ocupa. La máxima de « ninguna tierra sin señor, » estaba jeneralmente admitida. Las islas en que los Aztecas se habian establecido, se separaban del jefe de los Tepaneucos, quien tomó muy á mal que los Mejicanos se hubiesen dado un rey sin su consentimiento. Para castigarles aumentó el tributo que le pagaban de muchos millares de sueldos, gran cantidad de peces, plantas, legumbres y aves acuáticas. Durante mas de cincuenta años no pudieron los Mejicanos sacudir tan enfadosa dependencia. Acamapitzin fué harto prudente para mantener la paz en la ciudad á que se reducia todo su reino. Engrandecióse con nuevos canales, nuevos diques. Se embelleció con edificios de piedra. Observamos que este pequeño rey Acamapitzin tenia muchas mujeres, de las cuales una sola tomaba el título de reina. Entre su muerte (1389) y la eleccion de su succesor, se cuenta un interregno de cuatro meses, cosa que no volvió á acontecer en lo succesivo.

Un jóven de una bravura á prueba, Huitzlilihuitl le sucedió. La relijion intervino para las ceremonias de su coronacion. Fué unjido por el gran sacerdote con cierto ungüento que no se nombra. Vese á Huitzilihuitl en las pinturas jeroglíficas con una especie de mitra en la cabeza. Sus nobles para darle mas importancia, resolvieron casarlo con la hija de su propio señor, jefe de los Tepaneucos que habitaba en Azcapozalco. La demanda se hizo de rodillas, en los términos mas humildes y aunque concedida, Huitzilihuitl pasado algun tiempo se casó con otra princesa, de la que tuvo á Motezuma á quien veremos luego uno de los mas grandes reyes del Anahuac.

Durante este reinado, salen los Mejicanos de su oscuridad y su indijencia. Denodados auxiliares del rey de Texcuco, le ayudan á castigar á un vasallo rebelde, el príncipe de Xaltocan. Se hacen célebres en la guerra y temibles á sus vecinos. Empiezan á poseer algunas porciones de territorio en su costa firme: á vestirse de ropas de algodon fabricadas por ellos mismos. Se familia-

rizan con los primeros elementos de la industria; y sus relaciones íntimas con Texcuco les inician en la civilizacion de la brillante corte de los reyes Alcolhuas que asemejaba á una de las del Asia. Tal era el número de oficiales de diferentes nombres y empleos. Pintores, escultores, plateros, todos vivian reunidos en corporacion y trabajaban sin cesar en el embellecimiento de la casa real. Entónces el vecindario de Méjico tuvo un aumento considerable. Lo mismo sucedió en Tlatelolco su vecina ciudad rival.

Aquí aparece en la escena un especie de monstruo, hijo del rey de los Tepaneucos, cuñado del rey de Méjico, que las pinturas jeroglíficas llaman Maxtlaton. Se le ve como el jenio maléfico de la familia real de Méjico, persiguiéndola con toda su rabia. Hizo asesinar á su sobrino, hijo de la princesa de Azcapozalco, con la que pretendia haber estado comprometido, antes de casarse con Huitzilihuitl; porque entónces en el Anahuac se casaban los hermanos con sus hermanas. Este crímen llenó de indignacion á toda la nobleza mejicana, y como á esta pertenecia el poder lejislativo, resolvió evitar tales asesinatos haciéndolos inútiles. Decidió, pues, que los hermanos y sobrinos del rey serian llamados al trono con preferencia á sus hijos. Esta ley fué ejecutada á la muerte de Huitzilihuitl en 1409. Su hermano Chimalpopoca le sucedió.

Bajo este reinado sobrevinieron grandes cambios en el Anahuac. Texcuco era á la sazon el estado mas poderoso, y Méjico el mas débil, pero en pocos años esta posicion respectiva de pueblos no fué ya la misma. Habiéndose roto las hostilidades entre Tezozomoc jefe de Azcapozalco é Yxtlilxochitl rey de Texcuco los Mejicanos feudatarios del primero tuvieron que marchar con él, contribuyendo á la victoria que puso el imperio de los Acolhuas en poder de los Tepaneucos. En premio de sus buenos servicios, la hermosa Texcuco les fué entregada como galardon. La preponderancia de los Alcolhuas cayó ante los victoriosos Tepaneucos. Su principal ciudad Azcapozalco se hizo capital del Anahuac. El rey vencido fué asesinado por el rey vencedor, y este murió nueve años despues de su conquista aborrecido de todos los pueblos, dejando en el trono á su hijo Taxatzin en perjuicio de su otro hijo Maxtlaton, quien no queriendo respetar la voluntad paterna se reveló. El asesinato de Taxatzin le dió la corona, pero le faltaba tomar venganza de Chimalpopoca, amigo, consejero y apoyo de su hermano. Pretendese que lo hizo perseguir hasta Méjico, y prenderle en el instante mismo en que el pobre rey, para evitar la esclavitud, iba á ofrecerse en sacrificio á los dioses del imperio; añádese que le dió por prision una jaula de madera con guarda de vista, lo que no le impidió ahorcarse dentro de ella en 1423. Traemos todos estos hechos citados por Clavijero, quien no disimula su inverosimilitud. Las pinturas de la coleccion de Mendoza colocan, bajo el reinado de Chimalpopoca muchas victorias conseguidas por los Mejicanos y la sumision de las ciudades de Chalco y Tequizquiac. Tambien mencionan un combate naval ganado á los mismos habitantes de Chalco, y el intérprete de dicha coleccion añade que el rey prisionero, dejó un gran número de hijos de sus concubinas.

Este momento fué crítico para Méjico. Necesitaba entónces un jeneral que pudiese balancear la fortuna de Maxtlaton. Itzcoatl se habia distinguido en las guerras contra Texcuco, pero nacido de una esclava, la ley le escluia de la sucesion. Las circunstancias no obstante triunfaron de la ley, fué sacrificada la lejitimidad, y el imperio en su cuna se salvó.

El primer pensamiento de este hábil príncipe, fué el de hacerse aliados. Tendió una mano amiga á Nezahualcojotl jóven hijo del último rey de Texcuco, proscripto entónçes y errante de monte en monte y de uno á otro bosque, seguido de fieles servidores; dirijióse á los bravos Tlascaltecas, ó Tlascalanes, mal recompensados de los servicios que habian prestado á Maxtlaton. Creyóse

con ellos bastante fuerte para tentar la suerte de las armas; pero antes quiso apurar todos los medios conciliatorios. Encargó á Motezuma que era su mejor jeneral, (y que subido despues al trono mereció el nombre de *Grande*) fuese á negociar la paz. Recibido Motezuma con desprecio vió además amenazada su vida por el rey de los Texaneucos, debiendo su salvacion á la fuga, regresando á Méjico con la noticia de una guerra inevitable.

A este terrible anuncio, el pueblo se llenó de espanto: Itzcoatl, Motezuma, y los nobles mas principales se esforzaron en alentar su espíritu, pero este pueblo tembloroso les decia. «¿Qüe haremos si somos vencidos? Respondieron los nobles: » nos pondrémos á vuestra disposicion nos entregaremos á vuestra venganza. Así sea, dijo el pueblo, y nosotros os sacrificaremos. Añadiendo luego. «Pero si quedais vencedores sereis nuestros dueños y señores, lo sereis tambien de nuestros hijos y de nuestros nietos; cultivarémos la tierra para vosotros; construirémos vuestras casas, llevarémos vuestras armas y vuestros bajages cuantas veces vayais á la guerra.» Tal es el oríjen de la esclavitud y de la division de las castas en el antiguo Méjico, y estas las bases de aquel estado social qüe encontró Cortés al tiempo de su conquista.

Los Mejicanos y Tepaneucos, solo tenian un paso que andar para encontrarse. Estos dos pueblos combatieron á algunas millas de Tenochtitlan. Rechazados los Mejicanos en un principio, trataban ya de sacrificar á sus jefes, cuando despues de dos dias de una encarnizada lucha, la derrota total de los Tepaneucos, debida á la valentia de la nobleza, puso fin á la tiranía de Maxtlaton que fué cojido y emparedado. Este acontecimiento, el mas memorable de toda la antigua historia americana, cambió completamente la situacion política del Anahuac. Desde esta época, (1425) data el rápido y prodijioso engrandecimiento del imperio mejicano, que reune los territorios de los Tepaneucos y de sus tributarios. Itzcoatl tomó bajo su patronato el pequeño reino de Tacuba; restableció el reino alcolhua de Texcuco. Repuso á Nezahualcojotl en el trono de sus padres, pero bajo el dominio de Méjico. Redujo á tributarios de su corona los príncipes de Cojohuacan y de Xochimilco; obligó á estos jefes vasallos á formar delante de sus banderas, cada vez que saliese á la guerra. Los republicanos de Tlascala, aliados suyos, se marcharon solos y ganaron las montañas, libres del vasallaje, pero orgullosos por la parte de gloria y de botin que les habia tocado.

Los años consecutivos á esta grande revolucion están marcados con nuevos engrandecimientos al sur y al norte, y por el desarrollo de la ciudad de Tenochtitlan ó Méjico, que vió elevar nuevos edificios. Construyóse otro templo que fué consagrado á la jóven vírjen (asesinada), madre del primero de sus dioses. Al fallecimiento de Itzcoatl (1436) los Mejicanos se hallaban cual los Toltecas, los Alcolhuas y Tepaneucos se habian visto á su vez, la nacion mas dominante del Anahuac.

Un jeneral como Motezuma debia naturalmente gobernar el pais que habia sabido defender. Correspondíale el trono como el mas digno: subió á el por aclamacion. Todos los jefes vecinos asistieron á su coronacion. La sangre de las víctimas humanas corrió sobre los altares. Los desgraciados habitantes de Chalco suministraron los prisioneros inmolados á esta horrible fiesta. Bien pronto Motezuma se vió estrechado en el valle de Tenochtitlan. Las barreras alpinas que lo rodean fueron penetradas. Llevóse la guerra al este y al sur, avanzando hasta algunos centenares de millas de la capital, territorio de Oaxaca, y riberas que coronan el golfo de Méjico. Una parte de estas comarcas se hizo tributaria del imperio, pero la providencia vengó á los vencidos. Méjico fué inundado en 1446, por las aguas del lago de Texcucò. Pereció un gran número de sus habitantes. El hambre y la peste aumentaron la mortandad. Entónces empezaron á

elevarse esos inmensos diques, cuyos restos son todavía el asombro de nuestros dias. Uno de ellos no tenia menos de doce mil metros de lonjitud, sobre veinte de latitud. Este dique, parte de él en el lago, consistia en un muro de piedra y arcilla, engorjetado por ambos lados con una fila de empalizadas. De esta obra se ven todavía algunos restos considerables en las llanuras de San Lorenzo. El rey de Texcuco, hombre el mas ilustrado del Anahuac fué el director de estos trabajos.

Bajo el reinado de Motezuma Ylhuicamina, la corte imperial fué numerosa y brillante. Los jefes vencidos y sus comitivas iban á rendir sus homenajes al conquistador. Sirvieron los sacerdotes de instrumento á su elevacion. Aumentó las ceremonias del culto con lo que les dió mas importancia á los ojos de los pueblos. Se instituyeron nuevos ritos. Construyéronse nuevos templos. Todas las instituciones tomaron el color del despotismo teocrático. El poder real hizo acallar las pretensiones aristócratas, y los grandes fueron colocados al rango de la servidumbre del monarca. Al rededor del trono todo fué silencio y respeto: leyes y policía rigurosas, alcanzaban á todos los estados, y mantenian el órden y la sumision en todas las clases. El robo y la embriaguez fueron severamente castigados.

Motezuma murió en 1464 ídolo del pueblo mejicano; temido y respetado de todo el Anahuac que le dió el epiteto de grande y justo.

Su primo Axajacatl le sucedió, á quien el mismo Motezuma lo habia designado á los electores elijiéndole, estos con preferencia á su hermano mayor, probablemente respetando la voluntad del rey difunto. Estaba trazada la política mejicana á estilo de la antigua Roma. La guerra era la vida de Tenochtitlan: nada debia subsistir independiente al rededor del imperio, que nada era sin sus conquistas, que componia sus ejércitos de tributarios obligando á batirse por su cuenta, á los mismos que acababa de vencer, y que no reinaba sino por el prestijio del terror, y la ilusion de la victoria. Axajacatl siguió el ejemplo de su antecesor. Llevó sus armas á cuatrocientas millas de Méjico, sobre las orillas del grande Océano. Una confederacion de ciudades marítimas á la cabeza de las cuales se puso Tehuantepec, fué atacada y sometida, y un inmenso número de prisioneros conducidos á Méjico espiraron bajo la cruel cuchilla del gran sacrificador. Esta carnicería sirvió para la pompa de la coronacion del emperador, que siempre estuvo con las armas en la mano y puso fin al reducido estado de Tlatelolco. Apoderóse de esta ciudad construida á la puerta de Tenochtitlan, habitada por la misma familia y envidiosa de la fortuna de su hermana, como lo son los pobres de los ricos. La dilatada existencia de esta ciudad rival, estaba sin duda en la política mejicana sin lo cual no seria posible esplicarlo. Las fuerzas de ambas ciudades eran demasiado desiguales, particularmente despues de la caida de los Tepaneucos, para que la lucha se hubiese empeñado seriamente. He aquí como Clavijero refiere este acontecimiento. *Moquihuix* rey de los Tlatelolcas habia lealmente ayudado á Motezuma, y traidole sus mejores tropas. Habia tambien contribuido con su persona á mas de una de sus victorias. En recompensa de estos servicios le habia dado Motezuma en casamiento la hermana de Axajacatl, hermosa mejicana, negada á algunos príncipes del Anahuac. Esta preferencia no produjo en Moquihuix aficion á unirse á la suerte de su cuñado. Envidioso de su fortuna, hizo cambiar el aborrecimiento en beneficio de la avaricia, y ocurrióle la idea de aniquilar á Méjico, y heredar por este medio de un solo golpe todo el imperio de Anahuac. Siendo solo, nada podia adelantar. Buscó aliados entre todos los señores vecinos, hasta las fronteras del Mechoacan. Si esta liga formidable se hubiese reunido por un interés comun, no hubiera sido largo tiempo un misterio. La esposa de Moquihuix, cuyo corazon era siempre mejicano, y que probable-

mente tenia motivos para vengarse de su infidelidad, que las mujeres no perdonan sino á los que ya no aman; lo descubrió todo á su hermano y huyó á Méjico con sus cuatro hijos. La guerra no fué larga. Los aliados de Moquihuix, viéndolo á las manos con su enemigo, le dejaron aislado en esta lucha desigual que terminó en pocos dias con la toma de Tlatelolco y la muerte de su rey. Si se quiere dar crédito á las pinturas, el pobre Moquihuix fué conducido vivo á Axajacatl quien le abrió el pecho y le sacó el corazon. Este último hecho es enteramente mejicano. Los jefes aliados de Tlatelolco fueron condenados á muerte y sus tierras reunidas al imperio.

Hácia el tiempo de esta guerra de familia fué cuando todo el Anahuac lloró la muerte del rey de Texcuco, del sabio Nezahualcojotl, uno de los jefes de mas nombradía de la antigua América. Este príncipe fué á quien los Mejicanos habian restablecido en el trono de sus padres despues de la caida de Maxtlalon, y el que, proscripto durante trece años por el usurpador, se hizo admirar por la constancia de su enerjía, y la nobleza de su carácter. Aun fué mas grande en el trono, mostrándose guerrero para con sus enemigos, y justiciero con severidad. Su pueblo era el mas civilizado de toda aquella parte de la América, y tambien le quiso el mas moral. Su código penal abrazó todos los crímenes, todos los delitos: adulterio, sodomia, homicidio, robo, embriaguez, asesinato, traicion. Abrevió los procedimientos, y no permitió su prolongacion mas de ochenta dias (cuatro meses mejicanos), fuese en lo civil ó en lo criminal. Pretendese que hizo morir cuatro de sus hijos, amantes queridos de su madrastra. El menor robo de los productos de la tierra era castigado con el último suplicio; pero para evitar en lo posible tan terrible pena, ordenó que todas las tierras lindantes con los caminos reales, fuesen sembradas, y permitió á los viajeros, á los pobre y á los enfermos, tomar de ellos, sin violar la ley, lo que fuese necesario á su subsistencia. De estas rentas hizo él mismo, el patrimonio de los indíjenas.

Como los despótas del Asia, recorria á menudo disfrazado durante la noche, las calles de la capital, para observar por sí mismo, si la policía cumplia bien; pagaba, alimentaba y vestia de su propio peculio, á los jueces y oficiales de justicia, á fin de que no pudiesen ser corrompidos por las partes. Clavijero nos da un detalle de cuanto le costaba todos los años el maiz, la pimienta, la sal, carne, pescado, etc. Distribuia estas provisiones entre las veinte y nueve ciudades de su reino. Un gran número de mozos eran los encargados de llevar cada dia acuestas la leña necesaria para el consumo de palacio.

El rey de Texcuco no fué solamente un sabio lejislador, todavía es célebre como poeta, y como protector de las artes y de las ciencias. Habia compuesto en honor del criador de cielo y tierra, sesenta himnos. Dos de estas odas ó cánticos se han traducido al idioma español por uno de sus descendientes, D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl. Habia tambien compuesto algunas elejías sobre las ruinas de Azcapozalco, y sobre los infortunios de su juventud: tambien se entregaba al estudio de la naturaleza. Poseia algunas ideas de astronomía y algunos conocimiento de botánica. Habia hecho dibujar todas las plantas y todos los animales de los diversos puntos del Anahuac; y el célebre Hernandez, que vió sus pinturas, hace de ellas un elojio. Su espíritu ilustrado no podia admitirel culto bárbaro de aquellas comarcas. Tentó el proscribir los sacrificios humanos, pero la influencia de los sacerdotes y la credulidad de los pueblos, fueron mas poderosos que su humanidad. Sin embargo los redujo á los prisioneros de guerra solamente. Si se da asenso á los escritores españoles, la relijion del rey de Texcuco era la de un hombre de luces, y superior á las ideas de su tiempo y de su pais. Él adoraba á un solo Dios, y la política únicamente le obligaba á pa-

gar en lo esterior un tributo al culto de sus súbditos. Dícese, que en honor de este mismo Dios hizo construir una torre de nueve pisos, de los cuales el mas elevado estaba pintado de azul, con ornamentos y una cornisa de oro. Allí residian constantemente algunos hombres, cuyo único empleo era llamar ó golpear á ciertas horas del dia sobre una plancha de metal. El rey entónces se arrodillaba, y rogaba al dueño de la tierra; ayunaba tambien en su obsequio en algunas épocas del año (1).

Era entónces, Texcuco embellecida, la ciudad en donde la lengua americana se hablaba con mas pureza y mayor perfeccion. Los pueblos vecinos iban á instruirse en sus escuelas. Sus leyes se habian adoptado por otros pueblos. Dentro de ella se encontraban los mejores artistas, los mejores poetas, los mejores oradores y los mejores historiadores, cuyos talentos se desplegában bajo la proteccion de su monarca. Texcuco estaba á la cabeza de la civilizacion del Anahuac. Sensible es dejarla para volver á la sombría y triste historia de los Mejicanos. Volvemos, pues, á encontrarles con su rey Axajacatl en el valle de Toluca, que entónces no estaba sometida al imperio, pero lo fué despues de varios combates sangrientos, que dieron á los sacerdotes de Méjico un inmenso número de prisioneros para sus sacrificios. El emperador adelantó sus conquistas hasta las fronteras del Mechoacan, quedando interrumpidas por su muerte en 1477.

A este príncipe guerrero sucedió Tizoc, su hermano mayor, cuyo reinado fué corto y oscuro. Se le notaban todos los vicios de los tiranos. Una campaña desgraciada acabó de perderle en el espíritu de los pueblos. Varias jestiones habia practicado para captarse el favor de los sacerdotes; aumentóles sus riquezas; y habiendo hecho reunir de todas partes los materiales necesarios para la construccion de un templo que debia sobrepujar en grandeza y magnificencia, á los que hasta entónces habian existido, le faltó el tiempo para la ejecucion de su proyecto, pues murió envenenado por dos caballeros vasallos, con lo que probablemente vengaron alguna injuria personal. No reinó mas que cuatro años. Los grandes electores del imperio lo reemplazaron con el mejor jeneral del ejército, su hermano Ahuitzotl (1482). Aquí observarémos que siempre era de armas tomar el llamado al trono, ni podia suceder de otro modo en una nacion que no se sostenia sino por sus conquistas. El mas grande suceso de este reinado es la construccion del gran de *teocali* (templo) que los Españoles encontraron en Méjico, y que describiremos al echar una ojeada sobre los monumentos del antiguo Méjico. Los materiales reunidos por su antecesor fueron empleados en este objeto, y aun hizo estraer otros muchos de una veta de Tetzonli, amigdaloide poroso, recientemente esplotada. La inauguracion de este templo fué anunciada á todo el Anahuac. Fueron á ella convidados los reyes aliados, y los pueblos de todos los puntos del imperio se apresuraron á concurrir. Las fiestas duraron muchos dias. Pretenden los historiadores que para solemnizarlas fueron degollados mas de sesenta mil prisioneros. Torquemada hace subir este número á setenta y dos mil. Este es el mas espantoso sacrificio humano de que la historia nos haga memoria, aunque evidentemente ambos números se hallan enormemente exajerados. Téngase presente, que un solo hombre en Méjico, el gran sacerdote sacrificador tenia el derecho de dar el golpe á la víctima; que cada asesinato era acompañado de infinitas ceremonias relijiosas, cuyo cumplimiento exijia algunos minutos, y por mas prontitud que se suponga á este sacerdote verdugo, diez meses mejícanos, (doscientos dias) no hubieran bastado á inmolar se-

(1) Se han estraido estos detalles de los manuscritos de D. Fernando de Alba Ixtililxochitl que acabamos de citar como poeta, y que ha dejado muy curiosos trabajos historicos sobre el reino de Texcuco, y los acontecimientos de la conquista.

tenta y dos mil prisioneros. De otra parte, cualquiera que fuese el número de estos desgraciados, es siempre demasiado grande.

Los anales mejicanos hablan de un temblor de tierra que aconteció en dicha época y destruyó muchas ciudades del Anahuac. Otra calamidad cayó sobre Tenochtitlan. Esta gran capital estuvo á pique de desaparecer bajo las aguas, por la repentina crecida del lago Texcuco, sobre el cual Ahuitzolt, por remediar una larga sequía, habia hecho conducir las abundantes vertientes de Huitzilopochco, que anteriormente se arrojaban al valle de Toluca. Se olvidó de que este mismo lago, desprovisto de aguas en tiempos secos, se hace mas peligroso en los años lluviosos, á medida que lo aumentan los raudales que entran en él. Hizo perecer á un ciudadano de Cojoacan, porque le habia vaticinado el daño á que esponia la capital. Daño del que se convenció bien pronto, puesto que él mismo estuvo próximo á perecer anegado en su propio palacio, en donde entró el agua y subió hasta el primer piso. Afortunadamente el rey de Texcuco, algo mas hábil que su cólega, se encargó de dirijir los trabajos que restablecieron las cosas á su primitivo estado. El dique de Motezuma I, mas dilatado y reparado, preservó á Tenochtitlan de una destruccion completa. La Providencia la reservaba al furor de los conquistadores, y al aborrecimiento de los pueblos independientes del Anahuac. Ahuitzotl embelleció su capital con varios edificios. Adelantó sus conquistas hasta *Quahtematlan* (Goatemala), á mas de novecientas millas de Méjico. Dió al imperio los límites en que los Españoles lo encontraron, y probó, aunque en vano, apoderarse del Mechoacan. Murió en 1502.

Reuníeronse los electores para nombrar un sucesor, y todas las miradas se dirijieron á Motezuma, hijo del rey Axajacatl. Este era uno de aquellos hombres que la Providencia pone en el trono, cuando ha pronunciado la caida de un imperio. Se habia hecho conocer en la guerra como uno de los mejores jenerales del ejército, y al mismo tiempo desempeñaba las funciones sacerdotales. Su esterior grave y devoto le hacia respetar de la multitud. Era hombre disimulado, de accion y palabras elocuentes y tenia una grande influencia en el consejo. Fué pues elejido por unanimidad rey y soberano pontífice. Apresuráronse á participar esta eleccion á sus dos reyes aliados, los cuales fueron desde luego á rendirle homenaje.

Cuando Motezuma supo su nombramiento, se retiró al templo, y allí fué la nobleza en cuerpo á buscarle. Halláronle barriendo el pavimento del santuario; lamentándose de su alta fortuna, y rogando á los dioses retrocediesen de sus labios la capa real, declarándole incapaz de soportar el peso de la corona. Los sacerdotes habian ya penetrado la hipocresía del hombre, y desde aquel momento vieron en él, un peligroso rival. Puédese no obstante suponer, que no fueron indiferentes á los tristes acontecimientos de su reinado, ni á su deplorable fin.

Apenas sentado en el trono, arrojó lejos de sí aquel manto de modestia y de humildad con que se habia cubierto. Se presentó tal cual la naturaleza le habia creado, orgulloso y déspota. Hasta entónces los honores y los empleos, no habian sido la hacienda esclusiva de la nobleza. Motezuma, queriendo apoyarse únicamente en ella, se los concedió todos. Ella sola tuvo el privilejio de la servidumbre y favores del monarca. Esta preferencia impolítica, fué desviando el espíritu afectuoso de la inmensa mayoría de sus súbditos, y debe mentarse como una de las causas de su caida. El reinado de Motezuma ha debido ser juzgado con severidad, tanto por los súbditos que no supo defender, como por los conquistadores de quienes fué el juguete y la víctima. Nosotros, empero, debemos considerarlo por sus hechos.

Los primeros años de su reinado, nos presentan ya una cadena de innovaciones en las instituciones del pais. La voluntad del dueño se hizo

la única ley, y sus medios de gobierno la violencia y el temor. Él no ignoraba ni las miserias, ni las quejas de los pueblos, pero la opresion entraba en su política. No imitaba á sus predecesores, que eran los primeros que marchaban á la guerra, se hacian familiares con todos, y vivian entre sus jenerales y soldados. Motezuma se dejaba ver en público muy rara vez, comunicando tan solo con sus ministros y aun con reserva: creyendo que el aislamiento da mayor realce á la majestad real, decidióse pues, por la divinidad y se entregó á la adoracion.

Hay no obstante otras innovaciones mas felices que van unidas al nombre de Motezuma, y le hacen honor. Desde el principio de su reinado se le ve dedicar el mayor cuidado á la distribucion de la justicia. La ministraba bien y prontamente sin distincion de categorías. Sus ordenanzas contra la ociosidad merecen particular mencion. Exijia que todo hombre tuviese una ocupacion. Sus soldados maniobraban diariamente y eran empleados en los trabajos de utilidad pública. Protejió la agricultura, y con astuta política, atrajo á su devocion las clases bajas de la sociedad, socorriendo sus necesidades. Una ciudad entera (Colhuacan) erijió en un vasto hospicio, en donde los pobres, los soldados enfermos, y los ancianos se alojaban, mantenian y vestian á espensas del estado. Su inclinacion á todo lo que podia aumentar el esplendor del trono le determinó á cambiar el ceremonial de la corte. Multiplicó los detalles y el fausto. Creó una guardia noble encargada de velar continuamente sobre su persona, y se rodeó de una pompa hasta entónces desconocida. Pronto echarémos una ojeada sobre esta magnificencia imperial, sobre los palacios reales y sobre la corte, los grandes y el pueblo, pero nos restan antes algunos sucesos que referir.

A la época que hemos llegado, los límites del imperio, como ya lo hemos dicho, se estendian hasta las fronteras de Goatemala y de Yucatan; pero á poca distancia de la capital, tres estados independientes habian sabido conservar su libertad. Eran estos el Mechoacan y las repúblicas de Tepeca y de Tlascala. Esta fué la primera atacada, y el ejército mejicano, mandado por el hijo mayor del rey y por sus mejores jenerales creyendo marchar á una fácil conquista, fué derrotado. El príncipe que iba á la cabeza pereció en el combate, y los Tlascaleños ayudados de los Chinchimecos, de los Otomias y de todos los refujiados del Anahuac, conservaron su libertad y su territorio, como asimismo sus relaciones comerciales con las comarcas marítimas del golfo, del cual pretendia privarles Motezuma, y que era la verdadera causal de la guerra. El ejemplo de esta vigorosa resistencia fué imitado por los dos restantes estados atacados, y sus respectivos límites se conservaron. Menos felices los Miztecas y Zapotecas sucumbieron en su revuelta. Los ejércitos aztecas atacaron tambien las fronteras de Goatemala, se apoderaron de algunas plazas, é hicieron un gran número de prisioneros. Avanzaron hácia el Yucatan, y estuvieron de contínuo ocupadas en combatir una porcion de pequeños estados, los unos no sometidos, y los otros conquistados ya, buscando siempre los medios de escapar á la opresion del vencedor. Preciso es indicar, que en dicha época, el espíritu de independencia se dispertaba en todo el Anahuac, y que ningun lazo sino el terror agregaba al imperio los diferentes pueblos que á él se hallaban unidos. Habia adquirido el imperio su mayor desarrollo, y la fortuna le habia colmado de todos sus favores. Ostentaba entónces su mayor auje y se acercaba á sus peores dias.

Ya una hambre horrible habia difundido la desolacion en varias provincias, en particular en las cercanías de Méjico, centro de los estados de Motezuma. Fué tal, que se vió obligado como Motezuma I, á permitir á sus súbditos hambrientos, la emigracion á otras rejiones en donde perdieron su libertad. La desgraciada campaña de Tlascala no fué el solo revés ocurrido; en una espedi-

cion lejana contra *Amatla*, azotada una buena parte de la armada mejicana, por un viento norte y por una nevada espesa al paso de las montañas, pereció de frio, y los que se salvaron del rigor del clima, fueron á morir á manos de sus enemigos.

Algunos años antes que tales desastres sucediesen, la aparicion de un cometa habia consternado todo el Anahuac. La multitud le miró como un funesto presajio, como el anuncio de un gran mal. Los enemigos de Motezuma decian que este era un signo precursor del fin del imperio y del despotismo mejicano. Para calmar tal espanto, del que Motezuma temia los resultados, y probablemente para calmar tambien el suyo, ordenó á su astrólogo le esplicase esta aparicion. El astrólogo tan ignorante como el vulgo acerca de la marcha de los cometas, se esplicó en el mismo sentido que aquel, y su malaventurada esplicacion le costó la vida. Se le condenó á muerte de órden del rey para enseñarle á esplicar mas políticamente el tránsito de los cometas. Vemos en una de las pinturas del manuscrito de Tellier en la biblioteca real, que durante cuarenta noches apareció una luz muy viva hácia el este de Méjico: tal vez fuese esta la luz zodiacal, cuya viveza es muy grande, y muy desigual bajo los trópicos, lo que se ignoraba probablemente en la corte de Motezuma. Aun se contaban otros prodijios: deciase que se habian visto en el cielo ejércitos batiéndose: que las aguas del lago se habian repentinamente ajitado sin temblor de tierra, sin el menor viento: que las torres del gran templo de Méjico se habian incendiado de improviso, y que ningun socorro humano bastaba á contener el incendio. En fin, esta otra tradicion: Que un dia vendrian unos hombres *blancos* y *barbudos* á apoderarse del pais: profecía que se creyó y circuló de boca en boca.

A este último vaticinio se une la historia de la princesa Papantzin, hermana de Motezuma, muerta y enterrada, que vuelve del otro mundo, llena de vida á referir á su hermano, que el fin del imperio se aproxima. Que estos hombres blancos montados en bajeles avanzan para derribar los ídolos, y hacer triunfar el culto del verdadero Dios. Que ella misma debe vivir para ser testigo de tan grande acontecimiento, y ser la primera que reciba el bautismo. Toda esta fábula contada gravemente por Clavíjero, es á no dudarlo, obra de frailes españoles. Es una leyenda fundada en la historia fabulosa de Quetzalcoatl, hombre blanco y barbudo, gran sacerdote y lejislador, y que desapareció anunciando que volveria algun dia para gobernar el Anahuac.

Pero lo mas temible para el imperio que los presajios y las predicciones, era, como ya lo hemos dicho, el descontento jeneral de todos los pueblos tributarios. Aun á poca distancia de Méjico la revolucion habia hecho progresos. Los dos hijos del último rey de Texcuco, muerto en 1516 sin designar sucesor, habíanse disputado la corona; reclamó uno de ellos la cooperacion de Motezuma. El otro desafió los ejércitos mejicanos, y los batió diferentes veces. Esta guerra de familia duraba todavía á la llegada de los Españoles, y verémos luego el partido que Cortés supo sacar de estas luchas. Pero dejemos por un momento á Motezuma inquieto por la complicacion de tan graves dificultades interiores y esteriores, impaciente por la mala disposicion de los sacerdotes, y de la desunion que reina entre su propia familia. Dejémosle para aplacar á los dioses, edificar un nuevo templo á la diosa Centeotl, á la diosa de la tierra que va á huir de sus manos; dejémosle multiplicar los sacrificios humanos; volvamos la vista hácia esta parte del horizonte en donde se forma la tempestad. Miremos hácia el oriente: la escuadra de Cortés se ha hecho á la vela, y mientras los vientos la empujan hácia Méjico, tomemos una idea rápida del estado civil, militar, político y relijioso de este grande imperio en los dias de su independencia.

Todo lo que sabemos acerca del culto, la historia, la astrolojía, y las

fábulas cosmogónicas de los Mejicanos, forma un sistema, cuyas totales partes están estrechamente unidas entre sí. Pinturas, bajos relieves, ornamentos de los ídolos y piedras divinas entre los Aztecas, todo lleva el mismo carácter, idéntica fisonomía. Todo parece provenir de un comun oríjen, de una civilizacion primitiva en la gran superficie mejicana, alterada por algunas bárbaras costumbres de los pueblos del norte sin cultura, sucesivamente aglomerados en un antiguo pueblo, comparativamente mas ilustrado.

Comenzarémos por declarar que no es nuestra intencion buscar las relaciones que haya mas ó menos lejanas de esta civilizacion, con las ideas, ó instituciones pertenecientes al antiguo continente. Se encuentran muchos vacíos en la cadena histórica de los hechos, demasiada vaguedad en las identidades, para que pueda emprenderse racionalmente semejante trabajo. No tendríamos en sus probabilidades peligrosas, otros guias que las pinturas jeroglíficas: este informe escrito, enigma de otra edad, no está todavía esplicado ni aplicado. ¿Quién se encargará de dar una existencia física á estas sombras anubladas, y descubrir entre sus tinieblas el nombre de la raza consumida, cuyos conocimientos sirvieron de base á esa reunion cosmogónica y relijiosa, á ese estado social que va á ocuparnos? Mientras una luz imprevista, no nos venga de algun antiguo fragmento americano, nos guardarémos de añadir conjeturas á las que ya existen, y nos limitarémos á reasumir los hechos materialmente conocidos. A las relaciones de *Sahagun*, de *Torquemada*, de *Gomara*, y á las sabias investigaciones de Clavíjero y de Humboldt en particular, se los pedirémos.

En el sistema mitolójico de los Mejicanos, hemos primeramente de considerar, la ficcion cosmogónica de las destrucciones y de las rejeneraciones del universo. Los pueblos de Méjico, dice Gomara, creen segun sus pinturas jeroglíficas, que anteriormente al sol que les alumbra hoy dia (décimosexto siglo) ha habido ya cuatro, que se han apagado uno en pos de otro. En estas cuatro edades la especie humana ha sido aniquilada por las inundaciones, por los terremotos, por un incendio jeneral, y por efecto de los huracanes. Despues de la destruccion del cuarto sol, las tinieblas han cubierto el mundo durante veinte y cinco años. En medio de esta noche profunda, y diez años antes de la aparicion del quinto sol, ha sucedido la rejeneracion de la especie humana. Entónces los dioses crean por quinta vez un hombre y una mujer. En 1552 contaban los Mejicanos, ochocientos cincuenta años desde que apareció el último sol. Torquemada pretende que esta fábula sea de oríjen tolteca; pero debemos un sabio comento de ella, una ilustrada esplicacion al señor Humboldt, segun un dibujo mejicano (1).

La primera edad, esto es, la de los combates contra los jigantes tiene cinco mil doscientos seis años. La calamidad representada en la pintura por un jenio maléfico que baja á la tierra para arrancar la yerba y las flores, hace perecer la primera jeneracion de los hombres. La edad del fuego viene en seguida. Su duracion es de cuatro mil ochocientos cuatro años. No pudiendo salvarse del incendio mas que los pájaros, todos los hombres son trasformados en esta especie volátil, escepto un hombre y una mujer que se salvan dentro de una caverna. Cuatro mil diez años componen la duracion de la tercera edad, que es la del viento. Los hombres perecen por efecto de los huracanes, pero algunos son trasformados en monos. La cuarta edad, la del agua, última de las grandes revoluciones que la tierra ha esperimentado, convierte á todos los hombres en peces, menos un hombre y una mujer que se salvan en el tronco de un árbol. La pintura nos muestra á Coxcox, el Noé de los Mejicanos, y á su mujer Xochiquetzal, sentados sobre el tronco de un árbol cubierto de hojas, flotando sobre las aguas. La

(1) V. lám. 5. épocas de la naturaleza segun la mitolojia Azteca.

reunion de estas cuatro edades nos dan diez y ocho mil veinte y ocho años. En ninguna parte se ve indicado el número de años trascurridos desde el diluvio de Coxcox hasta la fundacion de Méjico; pero por mas próximas que se supongan estas dos épocas, se deduce siempre que los Mejicanos atribuyen al mundo una duracion de mas de veinte mil años. Examinando las pinturas de esta misma lámina se encuentra en las cuatro destrucciones el emblema de los cuatro elementos, la tierra, el fuego, el aire y el agua, y por consiguiente un pensamiento físico en esta fábula mejicana.

La mitolojía mejicana se nos presenta sellada con dos épocas bien distintas, y dos colores enteramente diversos. Entrevemos en su panteon algunos restos de una relijion mucho mas antigua, pero desfigurada por las concepciones salvajes de los Aztecas. Nadie duda que la idea de un Sér supremo, el culto del sol y de los astros, las ofrendas de flores y frutos, presentes que da á la tierra el autor de toda fertilidad, hayan sido los principios relijiosos del llano del Anahuac, en el período civilizado, que precedió á las invasiones sucesivas de las hordas del Norte; y á estas, el culto sanguinario y los dioses que se sonrien al ver la ofrenda del corazon palpitante de la víctima degollada. A estas hordas aplicamos una buena parte de las mil prácticas ridículas y supersticiosas á los que no puede reconocerse otro objeto que la intervencion multiplicada del sacerdote, en todos los negocios domésticos, judiciales, administrativos y militares. Los mas antiguos monumentos del pais, atestiguan la remota existencia del culto del sol. Las pirámides de Teotihuacan, viejas ya, cuando los Aztecas llegaron á Méjico, le eran asimismo consagradas como á la luna, y la tradicion, hablando de la pirámide de Cholula, tan antigua como aquellas, la da igual destino.

La mitolojía de Quetzalcoatl, pertenece á esta edad de oro del Anahuac. Este hombre misterioso, cuyo nombre significa *serpiente revestida de plumas verdes*, era blanco y barbudo. Vino acompañado de estranjeros que usaban trajes negros en forma de sotanas. Su capa estaba sembrada de cruces rojas. Era en Tula el gran sacerdote, y habia hecho su primera aparicion en Panuco. Fundó en diversos lugares congregaciones relijiosas. Se le ve en una pintura mejicana conservada en la biblioteca del vaticano, calmando con la penitencia, la ira del cielo. Imponíase rigurosas mortificaciones, y no escaseaba tormentos á sus carnes. En la época de una grande hambre, 13,060 años despues de la creacion del mundo, este santo hombre se retiró á la montaña que habla (el Catcitepetl), y andaba por ella con los piés desnudos sobre hojas de pita guarnecidas de puntas. Su reino era un reino de paz y de felicidad. Disponia sacrificios de flores y frutos al Grande Espíritu, y se tapaba los oidos cuando se le hablaba de guerra. No gobernaba solo, se reservaba el poder espiritual, y abandonaba los negocios humanos á su compañero *Huemac*; pero como la felicidad ha sido siempre una sombra pasajera y perecedera, el *Grande Espíritu* ofreció á Quetzalcoatl un brevaje que haciéndole inmortal, le inspiró gusto por los viajes. Dirijíose, pasando por Cholula, hácia las costas orientales de Méjico, para llegar al pais que habia sido patria de sus antecesores, cuando los Cholulenses le suplicaron les gobernase, á lo que accedió haciéndolo por espacio de veinte años. Aprovechó este tiempo, enseñándoles el arte de fundir los metales, arregló las intercalaciones del almanaque, mandó ayunos, y oraciones, exortó á los hombres á la paz: no permitió que se ofreciese *á la divinidad* otra cosa que las primicias de las cosechas, y cuando hubo hecho todas estas cosas, miró su mision como concluida en aquel momento, y dirijiéndose á la embocadura del rio Guasacualco ó Huasacoalco, desapareció, habiendo prometido á los Cholulenses que volveria un dia á reinar en su pais para reproducirles la felicidad (1).

(1) Esta tradicion de Quetzalcoatl se ha con-

En la mitolojía mejicana hácia el fin de su imperio, se trasluce la idea vaga de un Sér supremo invisible. El nombre de Teotl con que se designaba se asemeja bastante á la palabra griega Theos. Este Teotl es el que vive, por el que vivimos, que es todo por sí mismo, y lo posee todo en sí propio. Este ser enteramente metafísico, no tiene culto, y los homenajes y oraciones están reservados para otras divinidades mas materiales que formaban su séquito. Una de estas últimas, bajo la figura de un jóven siempre lozano, parece la imájen del Supremo Dios. Otras dos velan por los mortales, desde lo alto de una ciudad celeste y están encargadas de oir las súplicas. El aire tiene su dios, y este dios es Quetzalcoatl de que acabamos de hablar. La mujer serpiente es adorada como á madre del jénero humano, tan fecunda, que siempre pare dos jemelos. El sol, objeto de un culto especial es adorado muchas veces al dia. La luna tiene tambien sus altares, y la tierra se halla puesta bajo la proteccion del guardian de los cielos. El fuego, el agua, las mieses, las yerbas de los prados, las montañas, la noche y el infierno son divinizados; y los dioses del comercio, de la pesca, del vino, de los placeres; y las diosas de la caza, de la medicina y de las flores, toman lugar en aquel vasto panteon. Tambien se sientan allí doscientas sesenta divinidades mas, aunque menos importantes, á quienes se les consagra un dia del año. Pero de todos los dioses mejicanos, el mas reverenciado era el dios de la guerra, Huitzilopochtli, protector del imperío. Algunos le creian un puro espíritu: otros le daban una vírjen por madre. Este era el dios que habia acompañado á los Mejicanos á las orillas del lago. Era él, quien daba la victoria. Jamás se emprendia guerra alguna sin implorar su socorro por medio de súplicas y sacrificios. A él se le reservaban todos los corazones de los prisioneros; su ídolo, monstruo jigantesco sentado en un sitial azul, rodeado por cuatro serpientes con la boca abierta, era una vision horrible.

El dogma de la inmortalidad del alma se unia entre los Aztecas, á las ideas de trasmigracion que desnaturalizaban todo cuanto tiene esta creencia de elevado y consolador. Segun ellos, no gozaba el hombre solo del beneficio de esta inmortalidad. Los animales disfrutaban de igual ventaja. Tres lugares distintos de reposo estaban, con separacion, reservados en el otro mundo, para las almas de los difuntos. Los soldados muertos en el campo de batalla, ó prisioneros del enemigo, y las mujeres que morian de parto habitaban el palacio del Sol. Estas almas, desde los primeros rayos de luz solo esperimentaban placeres que se sucedian de contínuo; el baile y el canto se dividian el dia. Las almas de los guerreros escoltaban al sol, desde su salida hasta la mitad de su carrera y las de las mujeres lo acompañaban en seguida hasta su ocaso. Pasados cuatro años de esta dichosa vida, todas las almas eran trasformadas; ya en nubes, ya en pájaros de brillantes plumas, y ya en leones, ó jaguares (onza americana). El mismo paraiso estaba reservado á todos los nobles mejicanos. El segundo apartamento celeste pertenecia á las almas de los pobres niños sacrificados en los altares de Tlaloc: añadíase tambien, que un lugar privilejiado en el gran templo estaba ocupado por las almas de estas criaturas, y aunque allí invisibles asistian en ciertos dias á las ceremonias relijiosas. Las almas de todos los demás difuntos estaban hacinadas en cierto lugar oscuro denominado infierno: la privacion de la luz era el único tormento que padecian.

Entre los diferentes pueblos del antiguo Anahuac se encuentra la

servado en Méjico algun tiempo despues de la conquista entre los pueblos nuevamente convertidos al cristianismo. El Padre Toribio de Motilinía todavia vió sacrificar en honor del Santo, en la cuna del monte Matlalcuge de Tlascala, y lo mismo en Choluca. Cuando el Padre Sahagun pasó por Xochimilco, todo el pueblo tomandole por uno de los descendientes de este personaje, le preguntaba si venia de Hallpallan á donde se suponia que Quetzalcvatl se habia retirado despues de su desaparicion.

misma tradicion del diluvio con muy cortas variaciones. Bajo los nombres de Coxcox, Teocipactli, ó Tezpi se espresa siempre el mismo Noé. El pico de Colhuacan es el Ararat de los Mejicanos, que igualmente confiaban á una paloma blanca la mision de anunciar la desaparicion de las aguas. Entre los pueblos del Mechoacan se miraba el colibri como mensajero de tan buena nueva. De todos los pájaros enviados por Tezpi, que se habia refujiado en una grande barca con su mujer é hijos, y que con él salvaba un gran número de animales, y todas las semillas cuya conservacion era muy cara al jénero humano, aquel solo habia vuelto.

Hemos dicho ya, hablando de la emigracion de los Aztecas, cuales eran sus ideas acerca de la confusion de las lenguas y dispersion de los pueblos. Allí hallamos todavía algunas semejanzas con las venerables tradiciones del Oriente (1).

Toda esta mitolojía mejicana era comun entre las diversas naciones del Anahuac, y aun entre aquellas que no habian cesado jamás sus hostilidades contra el imperio. Unicamente la divinidad protectora del pais, la divinidad de predileccion era distinta. Como no habia ningun espiritualismo en el culto de estas comarcas, todo en ellas era material, y en el esterior: las imájenes, los ídolos, altares y templos se encontraban en todas partes, en los bosques, en los campos, en los caminos y en las calles. Zumarragua primer obispo de Méjico afirma que solo los franciscanos destruyeron de aquellos veinte y dos mil en ocho años; y Torquemada asciende á mas de cuarenta mil los templos del imperio mejicano. Elévanse á dos mil los que existian solamente en la capital. El número de los sacerdotes debia corresponder al de los altares: Clavíjero lo hace subir á un millon. Cinco mil se empleaban para cuidar los instrumentos, concluida una ceremonia en el templo de Méjico. Era este como los demás templos y conventos del pais, rico en propiedades rentísticas y en esclavos ó sirvientes para cultivarlas. Por esto el estado eclesiástico era ambicionado como un medio de fortuna y un poder político. Los grandes dedicaban sus hijos á esta carrera desde su mas tierna edad, pero el sacerdocio no era para toda la vida. Muchas veces no era mas que un acto temporal de devocion, y solia dejarse por otro estado. Lo mismo sucedia con los votos que hacian las mujeres. Dos grandes dignatarios estaban á la cabeza de la jerarquía eclesiástica; el uno llevaba el nombre de señor espiritual, y el otro el de gran sacerdote: ambos eran elejidos, bien por las corporaciones sacerdotales, ó bien por los delegados del rey, y escojidos entre la alta nobleza. Eran consultados para todos los negocios árduos del estado; la guerra no empezaba nunca sin su aprobacion: su opinion en materia de relijion era infalible. Lease á Torquemada, libro 8, y á Clavíjero, libro 6, en cuanto á los nombres y los deberes de los diferentes clérigos y sacerdotisas, y para todos los detalles fastidiosos de esta numerosa milicia de la que cada ídolo y cada fiesta tenia sus individuos particulares. Unos eran encargados del cuidado material del interior de los templos, empleo que se dividia con las sacerdotisas: otros, de la administracion de las tierras afectas á su entretenimiento y de la percepcion de las rentas que les estaban delegadas: otros tenian el encargo de incensar los ídolos con el betun y el copal al salir y al ponerse el sol, al medio dia y á la media noche, y hacer las ofrendas al sol, cuatro veces al dia; otros, en fin, estaban especialmente encargados de las horribles funciones de sacrificadores, que el gran sacerdote se reservaba para las solas fiestas solemnes. Todos estos ministros del culto vivian en la práctica contínua de la mayor austeridad: castigábase de muerte al que faltaba á la castidad, y morian por la noche apaleados. En algunas ciudades el gran sacerdote no salia jamás del templo y observaba una continencia absoluta.

Tambien habia en el Anahuac órdenes relijiosas de ambos sexos que

(1) V. Gregorio Garcia, Orig. de las lenguas.

vivian bajo la observancia de reglas estrechas. El mas célebre llevaba la invocacion de Quetzalcoalt; se entraba en él desde la infancia. Entre los Totomacos habia un convento consagrado á Centeotl diosa de la tierra; no se admitian en él sino hombres viudos de edad de sesenta años, y cuyo número, aunque limitado tenia influencia infinita. De todas partes iban jentes á consultarles, y sus respuestas tenian fuerza de ley.

Las rogativas, maceraciones, ayunos, ofrendas, incienso á los ídolos, juegos, danzas, cánticos, procesiones, y sobre todo los sacrificios humanos, componian todo el culto de los Mejicanos. Allí no se veia ningun rasgo moral, ningun acto que llamase al hombre á los deberes sociales, á sentimientos de beneficencia, á la práctica de una mútua caridad. Allí solo la imájen terrible de divinidades irritadas, sedientes de sangre, que no se aplacan sino con el suplicio de las víctimas, y un pueblo niño ávido de espectáculos sangrientos, acompañados de la espresion de una alegría estrepitosa y salvajes diversiones, coronando tales ceremonias con hororosos festines de carne humana. Tan execrable relijion asemeja al terror adorado por la credulidad. Repugnan los detalles asquerosos de este bárbaro culto, y por lo mismo abreviarémos su relacion.

En los primeros meses del año, era á Tlaloc, dios de las aguas venerado por los Mejicanos como el verdader principio de la prosperidad de un pais en donde las sequías eran tan frecuentes, á quien se dirijian los homenajes. Se le sacrificaban pobres niños guardados en jaulas como pájaros. Otra fiesta al mismo dios dá la idea de una saturnal. Esparcianse los sacerdotes por los campos, despojaban á los pasajeros, sin eceptuar los reales almacenes, y los preceptores de los impuestos que caian en sus manos. Estos robos en dias fijos parecia una de sus perrogativas, pues ni aun el rey se atrevia á castigarlos cualesquiera que fuesen sus delitos, y á veces hasta asesinaban á los que se resistian.

En la fiesta de Xipe, dios del oro, de las riquezas y de los plateros, los mismos sacerdotes desollaban algunos prisioneros de guerra, y cubiertos con sus pieles, corrian por la ciudad, reclamando las limosnas de los pueblos aterrorizados.

Con ayunos, abstinencias y azotes se preparaban los Mejicanos á celebrar la fiesta de la diosa de la tierra, y algunas víctimas paseadas entre ramilletes y guirnaldas de flores, iban á morir por aquella que dá la vida y alimenta á los hombres.

En el quinto mes salia del templo un sacerdote y recorria la ciudad tocando la flauta. Este era el anuncio de la fiesta de Tezcatlipoca, ó fiesta de la penitencia. Los pecadores se arrojaban al suelo y se comian el polvo de las calles; lloraban sus culpas, y para espiarlas elejian de entre los prisioneros de guerra el mas jóven y hermoso y lo condenaban á muerte. Para este era el fin de un año de placeres, porque durante el se le prodigaba todo cuanto puede desear el hombre; se le dejaba una apariencia de libertad; se le entregaban cuatro muchachas jóvenes para que conociese los placeres del amor; lisonjeaban su vanidad con los vestidos mas lujosos. Sus menores deseos, eran al momento satisfechos; en fin, llegada la hora del sacrificio, el gran sacerdote se le acercaba, prodigandole muchas consideraciones, y le mataba del modo mas respetuoso. Los grandes señores en su calidad de nobles caníbales ó antropofagos, reservaban para su mesa sus dedos y sus brazos.

En la gran fiesta de Huitzilopochtli, puesto que habia muchas, se veian reproducidos semejantes sacrificios. Una estatua de la altura de un hombre, hecha por las manos de los sacerdotes, adornada de cuanto podia anunciar el poder del dios de la guerra, su fuerza destructora, y sus gustos sanguinarios, era adorada con una pompa particular por el rey, los grandes y el pueblo. A una de las fiestas de este dios se consagraba la famosa estatua compuesta de harina de maiz, legumbres y frutos mezclados y amasados con la sangre de los

niños inmolados. La hacian secar cuidadosamente, y aunque era grande pesaba poco. Seguidamente despues de la consagracion, hombres y mujeres se ponian á bailar; estas diversiones se repetian por un mes y durante todo el se inmolaban tambien prisioneros de guerra. Era esta la época de una grande procesion en los pueblos circunvecinos de Tenochtitlan. En cada estacion del obsequio se hacian sacrificios de pájaros, sobre todo de covelando. La procesion entraba á la noche, y los sacerdotes la pasaban dispiertos; al romper el dia en presencia de un corto numero de ellos, y del rey solamente, la estatua de pasta era conducida al medio del gran salon del templo; uno de los sacerdotes le arrojaba una flecha al corazon, y al instante gritaba: *El dios ha muerto.* En seguida la estatua se dividia en dos porciones iguales, la una para los habitantes de Tlatelolco, y la otra para los de la capital: subdividida en fin en millares de partecillas se distribuia por cuarteles, de manera que todo vecino pudiese tomar parte en esta grande comunion.

Todas las fiestas de los Aztecas eran igualmente manchadas de sangre humana, pero cada una de ellas se hacia notar por circunstancias particulares, cuyas intenciones alegóricas se ocultan á nuestra ignorancia. En la fiesta de la madre de los dioses, una jóven virjen era la victíma inmolada, y sus verdugos algunas matronas vetustas, que bailaban á su rededor todo un dia, escitando su valor y resignacion; llegada la noche le cortaban la cabeza. En la fiesta del dios del fuego, cada victíma escojia padrino de entre los principales habitantes, como en un auto fe inquisitorial. Este noble padrino despues de haber bailado, bebido y comido toda la noche con el paciente, y bailado con el largo tiempo al rededor de la hoguera encendida, lo precipitaba en ella, y lo retiraba al instante, para que pudiese ser sacrificado vivo del modo ordinario. En el aniversario de la llegada de los dioses en el duodécimo mes, una de las mayores fiestas del año, se veia repetir este espectaculo horrible. Todas las calles se sembraban de verduras; ramas de arboles entapizaban los frontis de las casas. Los sacerdotes estendian una estera delante del altar de Tezcatlipoca; uno de ellos velaba toda la noche, y cuando en la mañana parecia imprimirse pasos humanos sobre la estera, gritaba: « *El dios ha llegado*, *adoradle*, » y la multitud se ponia de rodillas con el rostro vuelto hacia el oriente, porque de este modo se oraba en el Anahuac: al ponerse el sol todo el pueblo se embriagaba, y muchos dias seguidos se renovaba la misma bellaqueria, y las mismas orjias.

En la fiesta de Centeotl espiraba una mujer al golpe del cuchillo sagrado, y los nobles hacian abundantes distribuciones de víveres al pueblo, y presentes de vasos de oro y de plata á los sacerdotes.

Aun se encuentran en el calendario ritual otro gran número de fiestas, cuyo detalle es á poca diferencia como el que llevamos hecho; mas aunque su nomenclatura sea algo difusa, no podemos pasar en silencio la mas célebre de todas las solemnidades relijiosas, la fiesta secular del ciclo de cincuenta y dos años. Clavijero y Humboltd la han descrito, y tal como aquellos lo hacen vamos á verificarlo.

Era antigua creencia y bastante estendida en el Anahuac, que el fin del mundo aconteceria á la conclusion del ciclo de cincuenta y dos años: que el Sol no volveria á aparecer en el horizonte, y que los hombres serian devorados por los jenios maléficos, bajo un aspecto horrible. En esta grande época se apoderaba la tristeza de todo el viejo Méjico: se apagaba el fuego sagrado de los templos: los relijiosos en sus conventos se entregaban á la oracion. No se atrevian á encender lumbre en las casas: los vestidos estaban rotos: los muebles preciosos hechos pedazos: se despreciaban las cosas terrenas; las mujeres preñadas eran objeto de terror: se les escondia la cara con una máscara de papel de pita; se las encerraba en almacenes de maiz, persuadida la multitud, que en el momento de la gran catástrofe, se

cambiarian estas en tigres y unirian á los jenios maléficos para vengarse de la injusticia de los hombres.

Empezaba la fiesta en la noche del último dia complementario. Los sacerdotes tomaban las vestiduras de sus dioses, y seguidos de un inmenso pueblo, iban en procesion á la montaña de Huixachtecatl dos horas distante de Méjico. Llegados á su cúspide, esperaban en silencio la hora de media noche, hora en que las pleyades (vulgarmente el carro) ocupan el centro del cielo. Un pobre prisionero de guerra esperaba tambien, y cuando dichas estrellas pasaban por el meridiano, caia muerto el desgraciado, abierto el pecho por el cuchillo del gran sacerdote. En la herida abierta se colocaba el estremo del instrumento, destinado á dar lumbres por frotacion; con la madera inflamada se encendia una enorme hoguera en la cual se arrojaba el cadáver de la víctima. El populacho entónces daba ahullidos de alegría; su griteria se repetia por aquellos, que no habiendo podido seguir la procesion, estaban avocados á las azoteas de las casas, sobre los pericuetos y colinas del lago, esperando las primeras centellas de la hoguera que se advertian de casi todos los puntos del valle de Méjico. Mensajeros con teas encendidas, conducian nuevos fuegos de pueblo en pueblo, y los depositaban en los templos desde donde se distribuia á los habitantes. Redoblabase la algazara al aparecer el Sol en el horizonte; y entónces la procesion emprendia su vuelta hácia la ciudad, y el pueblo creia ver á los dioses ocupar de nuevo sus santuarios. Las mujeres salian de su prision: se ponia la jente vestidos nuevos, y los trece dias siguientes se invertian en limpiar los templos, emblanquecer las paredes, renovar los muebles y todo lo demás que era de uso doméstico.

En este relato del culto de los Aztecas se habrá oido repetir á menudo estas palabras «sacrificios humanos.» Grande es nuestra repugnancia al dar algunos detalles acerca de tan lastimoso objeto; debemos sin embargo vencerla para completar el cuadro (1).

Adornada la víctima, como el mismo dios en honor del cual se la iba á sacrificar, en medio de sus verdugos asistia á la fiesta, á los juegos, á los bailes, y á todas las diversiones del dia en que ella debia ser el último espectáculo. Llegado el momento fatal, desnuda y libres las manos, subia sobre la plataforma del templo, acompañada de los sacerdotes que debian sacrificarla. Algunas veces uno de ellos le presentaba, antes de subir, uno de los pequeños ídolos de pasta, y le decia: he *aquí tu dios*. La piedra del sacrificio colocada en lo alto del templo era un trozo de jaspe verde de cinco piés de largo, convexo en su parte superior. Los sacerdotes verdugos, despues de haberse apoderado del paciente, lo estendian sobre el altar. Cuatro de ellos le tenian fuertemente los piés y las manos, y el quinto le pasaba por el cuello un collar de madera, cuya figura era la de una culebra enroscada, y un sexto, el *topiltzin* ó gran sacrificador, con un traje rojo bastante semejante á nuestros escapularios, ornada la cabeza de plumas verdes y amarillas, las orejas de anillos de oro y esmeraldas, y el labio inferior con una pequeña turquesa, enseñaba á los espectadores el ídolo por el que iba á sacrificar, exhortándoles á que le dirijiesen sus oraciones. Armado en seguida de un cuchillo de obsidiana, se acercaba á su víctima, le abria el seno, le arrancaba el corazon que presentaba al Sol; lo arrojaba en seguida á los piés del ídolo, y levantándolo luego, lo ofrecia al mismo ídolo, introduciéndolo en su boca, ó frotándole los labios con tan horrible presente, que al fin lo quemaba, guardando cuidadosamente sus cenizas. Si la víctima desgraciada era

(1) Varios manuscritos jeroglíficos, y en particular el de Veletri, nos ofrecen algunas pinturas de estos espantosos sacrificios, que parecen menos la obra de una ciega y bárbara supersticion, que la combinacion política de un gobierno esencialmente conquistador, buscando un punto de apoyo en el terrorismo relijioso.

un prisionero de guerra, le cortaba la cabeza, y arrojaban su cuerpo del templo abajo. El oficial ó soldado á quien tocaba, se apoderaba del cadáver y se lo llevaba á su casa para hacer con el un horrible festin. Todas estas barbaridades eran comunes en las diferentes naciones del Anahuac que sucesivamente habian adoptado el culto y las costumbres de los Aztecas. (1) En algunas de sus festividades, estos últimos admitian una especie de combate singular entre el verdugo y la víctima, pero era necesario que esta fuese un cautivo distinguido por su grado, ó conocido valor. Entónces el prisionero estaba atado por un pié á una grande rueda de molino y se le armaba de espada y broquel. El que se ofrecia á sacrificarle se presentaba con iguales armas, y se empeñaba el combate á la vista del pueblo. Si el prisionero quedaba vencedor, no solamente se libraba de la muerte, sino que recibia el título y honores que las leyes del pais concedian á los mas famosos guerreros, y el vencido era la víctima, porque era preciso que hubiese una. Los sacerdotes nó querian perder el privilejio de inmolar un hombre, y el pueblo, la diversion de presenciar las convulsiones de la muerte (1).

Toda la cosmogonia de los Mejicanos, sus tradiciones acerca la madre del jénero humano, el recuerdo de una grande inundacion, y de una sola familia salvada de las olas en una almadia: la historia de un edificio piramidal elevado por el orgullo delos hombres, y destruido por la cólera de los dioses: las abluciones practicadas al nacimiento de los niños: los ídolos de harina de maiz distribuidos en partecillas al pueblo reunido al rededor de los templos: la declaracion de los pecados por los penitentes, las asociaciones relijiosas de hombres y mujeres, semejantes á las de nuestros conventos, la creencia de que unos hombres blancos con barbas largas y de mucha santidad de costumbres, habian en tiempo antiguo cambiado el sistema relijioso y político del pais. Todas estas cosas hicieron creer á los relijiosos que acompañaban la armada de Cortés, que en época muy remota, se habia predicado el cristianismo en el nuevo continente. Algunos sabios americanos creyeron asimismo reconocer al apóstol Santo Tomás en el personaje misterioso que los Aztecas, y los Cholulanos designaban con el nombre de Quetzalcoatl. Apoyaban sobre todo tan estravagante sistema en la existencia de ciertas imájenes ó relieves figurando la cruz de los cristianos que se notaban en diversos sitios de esta parte de América. No tenemos necesidad de discutir sobre tales opiniones, porque seria tambien ridículo ocuparse ahora de un asunto que era disimulable á los frailes del siglo diez y seis, hacer el objeto de sus predilecciones.

Si del estado relijioso de Méjico, pasamos al estado civil, mas de una vez tendrémos ocasion de notar la influencia del espíritu teocrático sobre el gobierno de familia y sobre el del estado. Lo hallamos particularmente en la diferencia de los rangos, en la separacion de las profesiones diversas, en la costumbre de la subordinacion y en la casi ilimitada autoridad del superior sobre el inferior.

Todo mejicano nacia libre, aun cuando su madre fuese esclava. El padre no podia privar de la libertad á ninguno de sus hijos, sino en el solo y único caso, que pobre é incapaz de trabajar, no tuviese otro medio de subvenir á su subsistencia. El padre que abandonaba á sus hijos perdia sus bienes y su libertad; el hijo protejido de este modo por la ley, debia al padre respeto y sumision.

De las pinturas de la coleccion de Mendoza, podemos tomar una idea de la vida del mejicano desde su nacimiento hasta su muerte. Acababa de parir una mujer, y su hijo se colocaba en una cuna en la que habia una flor frájil como su vida. Cuatro dias despues, llevaba la comadre al niño á la sala de la recien parida,

(1) V. lám. 11.
(1) V. lám. 12. 14, 15.

lo estendia sobre juncos, lo lavaba en presencia de tres mozos jóvenes que le ponian nombre, celebrando esta fiesta comiendo maiz tostado. Poniause en las manecillas del niño las herramientas del oficio de su padre. Las armas indicaban que era hijo de un guerrero: una rueca y un huso, que era hembra. Todos estos objetos se enterraban en el paraje mismo en donde se acababa de hacer la ceremonia. Esto recuerda el bautismo de los proselitos del judaismo (1).

Si los padres querian consagrar sus hijos al estado eclesiástico lo llevaban al templo el vijésimo dia despues de la ablucion, y depositaban sobre el altar, un presente de ricos vestidos.

A los cinco años, se veian las criaturas de ambos sexos en el interior de la casa paterna, ensayándose á la vista de sus padres, en obras fáciles,como moler maiz,cargar fardos chicos, hilar, y manejar la ahuja.

A los ocho años, se les enseñaban los instrumentos del castigo, se les amenazaba, pero hasta los diez años no eran correjidos. Los castigos variaban segun la edad. Eran estos, pinchazos al cuerpo y á las manos, con puntas de pita: el látigo con mimbres ó varas de rosal: la esposicion al humo de la pimienta; largas corridas de noche por las montañas, calles etc. etc. etc.

A los trece ó catorce años, edad en que las fuerzas empiezan á desarrollarse, los muchachos ayudaban en los trabajos á sus padres, conducian barcas, remaban en el lago, pescaban, trabajaban las telas, y hacian la cocina. Los que un nacimiento mas distinguido llamaba á otras profesiones, como empleos públicos, artes liberales, etc. eran presentados por sus padres á los sacerdotes seminaristas encargados de la instruccion. De ellos aprendian las ceremonias relijiosas; los anales del pais, pintura y escritura, como asimismo el arte de la guerra.

Llegados á la edad de tomar estado (cuyo número de años ya no se indica), se ven los jóvenes siguiendo á los sacerdotes y á los guerreros y recibiendo instrucciones, recompensas y castigos en la carrera que han abrazado.

Ultimamente las mismas pinturas nos presentan al hombre que llega al círculo de los empleos y honores, desde que lo dibujan en la cuna, la cabeza adornada con la cinta de caballero (tentli), teniendo en el brazo el broquel blasonado, segun la usanza del órden al cual pertenece, y ornado con las condecoraciones que recompensan al valor, y sobre todo, el número de prisioneros que ha hecho en la guerra (1).

La educacion mejicana estaba toda confiada á los sacerdotes quienes inspiraban á los discipulos un profundo respeto hácia su padre. El poder de un jefe de familia era muy lato; y el hijo cualquiera que fuese su edad, no dirijia jamás la palabra á su padre sin su permiso. Por lo regular abrazaba, ó seguia el estado ó profesion de su padre. No se despertaba la ambicion en este pueblo sumiso, por el atractivo de mas brillante existencia que la de sus antepasados. Se casaban jóvenes, y se ve en las tablas jeroglíficas, que á los veinte y dos años debia el hombre ser casado, ó bien se le consideraba entregado al culto de los altares. Entónces las jóvenes ya no lo admitian por esposo, y en algunos puntos del Anahuac, por ejemplo en Tlascala, eran los celibatos sumamente despreciados.

He aquí, segun dichas pinturas algunos pormenores de las ceremonias matrimoniales. Llegado el dia de la boda, la que habia ajenciado el casamiento, que por lo comun era una de las mas ancianas y respetables mujeres de la familia del marido, iba á buscar á la jóven comprometida para conducirla al domicilio del novio: la acompañaban algunos parientes y amigos con cierto número de músicos. Cuatro mujeres con teas encendidas alumbraban la comitiva. El novio, su padre y madre, recibian á la muchacha en la

(1) V. lám. 16.

(1) V. lám. 18. y 19.

puerta de su casa, la saludaban, y quemaban incienso á su presencia; despues la introducian en una sala en donde estaban reunidos los convidados, y tendian una estera en el centro de aquella. Sentábanse los desposados en sillas sobre ella, y en seguida uno de los concurrentes, (quizás el sacerdote) ataba una de las faldas del vestido de la novia con uno de los picos de la capa del novio; y esta era la parte sacramental del casamiento; el acto que lo validaba. Dos viejos, y dos viejas, testigos del enlace, les dirijian luego uno despues de otro una especie de instruccion sobre sus nuevos deberes: quemaba el incienso en honor de los dioses; y una comida coronaba el acto en el que la temperancia podia ser violada sin crímen. Cuatro dias despues de la boda iban al templo, y ofrecian á los dioses protectores de la familia la estera sobre la cual habian pasado los novios la primera noche. El divorcio era frecuente en Méjico. Bastaba para verificarse el consentimiento de los dos esposos, pero ya no podian volver á reunirse jamás (1).

Si la intervencion del sacerdote se percibe apenas en las ceremonias matrimoniales, en las que sin embargo algunos escritores le hacen figurar, no sucede así al hacer mencion de los funerales. Luego que moria un Azteca dos viejos dependientes del templo, sacerdotes pobres sin duda, eran llamados: se apoderaban del cadáver y le lavaban la cabeza, lo envolvian con fajas de papel de aloés, vestíanlo como ídolo, representando al dios protector de su familia, ó de las jentes de su profesion. Despues de vestido en esta forma, sentaban al difunto en un sillon, ponian á su lado una jarra de agua, y algunos pedazos de papel emborronados de caractéres ó pinturas jeroglíficas, á manera de pasaportes para que el muerto usase de ellos en el viaje que iba á emprender. Cada uno de estos documentos era una garantia especial contra otro de los peligros del camino. El difunto podia entónces pasar sin temor entre las dos montañas que están en choque continuo, junto á la gran Serpiente; por las tierras del cocodrilo; por el centro de los ocho desiertos, y últimamente franquear las ocho montañas negras, sin ser arrebatado por el viento impetuoso de la tierra de los muertos, tan pesado sobre la cabeza del viajero, que la cascada que cae de lo alto de la roca es tan cortante como el filo del cuchillo del gran sacerdote. Despues quemaban al difunto con sus vestidos, sus armas, é instrumentos de su profesion, á fin de que el calor de este fuego le pudiese defender del helado soplo de aquel terrible viento. Mataban en seguida cierto animal doméstico, especie de perro mejicano, para que fuese buen guardian del finado durante su viaje al otro mundo, y mientras uno de los sacerdotes alimentaba la llama de la hoguera, otros cantaban himnos melancólicos. Cuando todo estaba consumido recojian las cenizas en un puchero de tierra, que metian dentro un ahujero, y ochenta dias despues iban al lugar del sepulcro á derramar maiz y vino.

Tales eran los funerales del pueblo, pero á la muerte de los reyes habia otro lujo en las ceremonias y otra pompa en los sacrificios. Luego que el emperador estaba en peligro de muerte, se cubrian las estátuas de los ídolos con un velo, y apenas habia espirado se disponia un luto jeneral: salian correos para todos los puntos del imperio, con la órden de convidar á los funerales á los feudatarios y principal nobleza. En presencia de estos personajes se lavaba y perfumaba el cuerpo del difunto de modo que quedase precavido de toda corrupcion, colocándolo sobre una estera. Lo velaban muchas noches, y durante ellas, las señales de un dolor profundo, los lloros, suspiros y jemidos eran

(1) Las ceremonias del casamiento, y las negociaciones que le precedian, variaban probablemente segun el rango de los interesados. Los detalles que hace Clavijero en el lib. 6. parece deben aplicarse á las bodas de la nobleza y demás clases ricas de la sociedad V, lám. 16.

de rigurosa etiqueta. Se le cortaban una porcion de sus cabellos, que se guardaban cuidadosamente y le metian en la boca una gruesa esmeralda. Colocábanse sobre sus rodillas diez y siete cobertores riquísimos: cada uno de ellos tendria sin duda su aplicacion simbólica; y encima de todo esto ataban la imájen del ídolo que habia sido objeto de veneracion particular del rey durante su vida. Despues se le cubria el rostro con una máscara embutida de perlas y piedras preciosas, y colocado luego el cuerpo en medio de un inmenso jentío compuesto de nobles, sacerdotes y pueblo, era trasportado al patio interior del gran templo y puesto con sus adornos sobre una grande hoguera. Cada espectador arrojaba en ella como ofrenda sus armas y varios objetos de valor. Un gran número de esclavos y mujeres eran inmolados para que le sirviesen en el otro mundo, como asimismo una porcion de oficiales de su servidumbre, entre los cuales figuraba el encargado de las luces de palacio (1) á fin de que el monarca viese claro en el camino. Su capellan particular tampoco era esceptuado, ni aun el perrillo de que hemos hablado en otro lugar se libraba de tan horroroso holocausto. Las cenizas de la hoguera encerradas en una urna se custodiaban en una de las torres del templo, y no trasladadas á Chapoltepec, como lo ha creido Solis. En estas torres y no en los cementerios tenian sus sepulcros los principales personajes, y se equivoca Acosta cuando supone que en semejantes funerales eran sacrificados algunos parientes del difunto.

En el órden social, tal como el de Méjico, todo lo que no era noble, quedaba encerrado en los límites de su oscura condicion, sin poder salir de ella. Tambien habia una porcion considerable de pueblo, cuya suerte era, á poca diferencia, como la de los aldeanos siervos de los tiempos feudales. No podian mudar de residencia sin licencia de sus amos, estaban como instrumentos de cultivo ligados á la misma tierra, que pasaban con ella de uno á otro poseedor. Podian igualmente ser canjeados con ganado, y darlos en pago, fuese de un terreno, ó de esclavos destinados al servicio particular del señor (1). Los hombres libres que cultivaban para si propios, eran por este último tratados como individuos de una especie inferior.

La nobleza era numerosa: ocupaba todos los empleos públicos, y los grados del ejercito; poseia vastos territorios, y títulos trasmisibles de padres á hijos. Otros títulos les eran concedidos durante su vida, como distinciones personales; y aun otras afectas á ciertas funciones de palacio. Los nobles usaban trajes prohibidos al pueblo. Sus casas se distinguian por su particular construccion. El pueblo se acercaba á ellos con respeto, los ojos bajos, sin atreverse á mirarles cara á cara; y aquellos á su vez, como criados del señor, no se acercaban al rey sino con los piés descalzos, vestidos simplemente, y con toda la humildad de esclavos. Esta jerarquía de respetos y de bajezas, tenia sus reglas y su ceremonial. Las formas del lenguaje se prestaban á su exijencia. El jiro dado á las frases y las palabras de que se servian con los iguales, hubieran sido poco convenientes en la boca de un inferior dirijiéndose á un superior ó persona mas elevada, pues la hubiera tomado por insultos.

El título de Teuctli era el primero entre la nobleza. Para obtenerlo era necesario haber dado pruebas de valor en los campos de batalla, ser

(1) Ugier de camara en España. Nota. del Tr.

(1) Herrera pinta con falsos colores la condicion de estos últimos eslavos, que mira de tal modo envilecidos, y cuya vida se tenia en tan poca cuenta, que podia matarseles sin incurrir en ninguna especie de pena. Clavijero por el contrario, mucho mas instruido, asegura que la esclavitud era jeneralmente suave, y los trabajos moderados y reglados. Segun él se contaban tres suertes mas de esclavos; los prisioneros de guerra, los hombres vendidos, y los malechores. Se sabe que los primeros se reservaban siempre para los sacrificios Los segundos pertenecian en jeneral á la clase de hijos vendidos por sus padres. Herrera, Decad. III. lib. 7, y 17. Clavijero, 1. 360.

de una edad provecta, y poseedor de una gran fortuna: en este último caso, un simple comerciante podia aspirar á este título, tal era por lo menos la costumbre en Cholula, la cual prevaleció tambien en Méjico y Tlascala. El canditato debia someterse á largas penitencias, ayunos rigurosos, á una entera continencia, sacarse sangre todos los dias, sufrir los insultos y las humillaciones; y cuando habia apurado todas las pruebas, y sido juzgado digno de iniciarse, iba en medio de una ceremonia relijiosa á recibir de manos de un sacerdote el título que su sufrido orgullo habia tan bien merecido. El sacerdote entónces le recordaba los deberes que iba á llenar, y el agraciado convidaba á todos los nobles sus iguales y les obsequiaba en su mesa con un gran festin (1).

La nóbleza como cuerpo político gozó en los primeros tiempos del imperio de una verdadera importancia, El poder lejislativo y el electoral para elejir rey los ejercian á la vez. Habia en Méjico treinta nobles de primer rango, y cada uno de ellos tenia en su territorio y bajo su dependencia cerca de cien mil súbditos entre los cuales figuraban trescientos nobles de clase inferior. Cada uno de estos jefes ejercia una jurisdiccion territorial completa; todos imponian contingentes á sus vasallos; todos seguian el estandarte del monarca á la guerra: todos prestaban un número de hombres proporcionado á la estension de sus dominios, y muchos pagaban tributo al rey como á su lejítimo soberano. Este era el gobierno feudal en su forma mas estricta. En este período en que el rey no estaba investido mas que con el poder ejecutivo, su autoridad era en estremo limitada, y no podia ni declarar la guerra, ni disponer de las rentas públicas, sin el asentimiento de su consejo. Pero no existe en la tierra ningun poder rival que consienta estar mucho tiempo estacionado. El mando supremo de los ejércitos que pertenecia á los reyes, sirvió á la estension de su autoridad. El prestijio que se une al título de conquistador, aumentó para ellos el respeto de los pueblos. Su influencia en materias de relijion imprimió en sus personas un carácter sagrado, y las tribus levantadas sobre los pueblos vencidos en lo cual tenian una buena parte, permitieron se desplegase ese fausto seductor y se rodease de una corte pagada y dependiente, concediendo sueldo á una guardia particular. Imposible es determinar la marcha progresiva del poder real. Le vemos ya desarrollarse en el gran Motezuma, y cambiarse insensiblemente en despotismo en pos de sus succesores, y despues en tiranía con el último de los príncipes de este nombre. El despreció de las antiguas leyes, violó los privilejios mas sagrados, y redujo todos sus súbditos á la condicion de esclavos. Los jefes ó nobles de primer rango se habian sometido al yugo con tal repugnancia, que con la esperanza de sacudirlo y recobrar sus primitivos derechos muchos de ellos buscaron la proteccion de Cortés, y se reunieron á un enemigo estranjero, contra un opresor doméstico. No es pues bajo el reinado de Motezuma, y si el de sus predecesores que nosotros podemos reconocer la forma orijinaria, y el espíritu del gobierno mejicano. Los escritores españoles han perpetuado esta confusion, y es imposible sacar de ellos una idea justa del sistema monárquico del imperio, pudiendo aun añadirse, que en los mismos dias de Motezuma, habia límites que la corona no osaba atropellar. Los negocios árduos se deliberaban en consejo. La sesenta y una pintura de Mendoza nos lleva á una sesion de esta asamblea, en donde se ve al monarca, y algunos

(1) Las ceremonias que se practicaban á la recepcion de un Teuctli, variaban segun las provincias, pero en todas ellas vemos las huellas de nuestra caballeria de la edad media. En todas ellas se observa la intervencion de los sacerdotes. El uso de crear Teuctli entre los principales indianos subsistió despues de la conquista. Eran recibidos en nombre del Rey de España: prometian ser súbditos fieles, buenos cristianos, y denunciar toda conspiracion que llegase á su noticia. Prestaban juramento sobre una cruz y los Santos Evangelios.

señores colocados segun sus rangos, ocupados en discutir un negocio de estado. Mas de una vez en los dias críticos de la lucha con los Españoles, verémos todavía á Motezuma consultar con sus consejeros acerca las pretensiones de Córtés.

La organizacion judicial del antiguo Méjico, no indica un pais salvaje. Lleva el doble sello de la eleccion popular y de la voluntad soberana del monarca. Este nombraba los grandes jueces ó majistrados supremos, que residian en Méjico, y en las ciudades mas considerables del imperio. Estos jueces supremos pronunciaban en última apelacion, tanto en lo civil como en lo criminal. Nombraban los jueces inferiores, y recibian las cuentas de los colectores reales. Inferior á ellos habia un tribunal compuesto de un presidente y tres consejeros. Pronunciaban en última instancia sobre ciertos asuntos civiles, mas en lo criminal podia apelarse á los jueces supremos. En cada barrio de la ciudad, un majistrado que nombraba el pueblo, juzgaba en primera instancia los asuntos á el circunscritos; en fin otros majistrados de eleccion comun, y cuyas funciones tienen alguna relacion con las de nuestros comisarios de policía, tenian el encargo de vijilar la conducta de cierto número de familias é instruir diariamente al juez superior de todo lo concerniente al órden público. Todos estos funcionarios decidian con arreglo á las leyes positivas, la mayor parte de ellas tradicionales. La pena de muerte se encontraba á menudo en este código bárbaro. Se ve pronunciada contra los que maltrataban los correos, ó á los embajadores, contra los que quitaban en los campos un límite indicativo de una propiedad; los que empeñaban un combate sin órden de los jefes: los que alteraban los pesos y medidas etc. El divorcio era permitido, pero prohibido al marido matar á su mujer cuando la sorprendia en adulterio. El juez se encargaba de este castigo.

Vemos una infinidad de penas mas ó menos graves, aplicadas á los mas tenues delitos o mezquinas contravenciones. Los sacerdotes eran mejor tratados que los demás ciudadanos: si abusaban de una mujer libre, quedaban indemnizados con la privacion de oficio, mientras los jóvenes seminaristas que incurrian en igual falta eran alguna vez condenados á muerte.

Ahorcaban desapiadadamente á todo hombre y mujer que trocaba el traje de su sexo, y como en Méjico no habia carnaval duróba todo el año esta terrible pena.

Ahorcaban á los tutores infieles, á los que disipaban sus patrimonios en vicios, á los borrachos; pero si estos cumplian los setenta años podian ya embriagarse á su gusto, sin temor de sufrir igual suerte.

A los embusteros se les cortaban las orejas y los labios, y los padres que abandonaban á sus hijos perdian sus bienes y su libertad.

Todas estas disposiciones penales no tenian fuerza de ley, mas que en el imperio propiamente dicho: las provincias conquistadas conservaban sus leyes particulares, lo mismo que sus majistrados y su idioma.

Mas severidad se nota en el código de Texcuco. Todos los ladrones eran ahorcados y los asesinos decapitados, pero lo que es mas estraordinario, que semejante castigo se aplicase á los desgraciados historiadores que se permitian algunas inexactitudes en la pintura de los hechos. En Tlascala se pronunciaba la pena de muerte contra los hijos que faltaban al respeto de sus padres. No se olvide como rasgo característico de las costumbres, que todos los pueblos del Anahuac demostraban gran tendencia á castigar los crímenes y delitos, aun los mas lijeros, pero poca asiduidad en recompensar las virtudes civiles y los talentos.

No se olvide tampoco, que el oficio de ejecutor de las sentencias criminales, no era despreciable entre los Aztecas. No sorprende esto en vista de los honores que se tributaban al jefe supremo de la relijion, encargado de degollar á los prisioneros de guerra. El verdugo figuraba algunas veces entre los majistra-

dos, y en ciertas ocasiones, un juez del tribunal reemplazaba sus funciones. El pregonero merecia tambien su parte de respeto. Mirábanse estos dos personajes como los representantes particulares del monarca.

Conocíanse en Méjico dos especies de prisiones. Una, en donde se encerraban los deudores insolventes y los condenados por delitos de poca importancia, y otra construida á manera de jaula, servia de alojamiento á los prisioneros de guerra, en donde aguardaban la hora del sacrificio. La misma cárcel guardaba los detenidos, cuyo crimen merecia pena capital. Estos eran tratados con toda severidad: los prisioneros de guerra, por el contrario, lo eran perfectamente. Se les daba bien de comer, y se procuraba por todos los medios posibles, alejarles del pensamiento la triste suerte que les aguardaba, proporcionándoles adquirir carnes, que juzgaban como un buen augurio.

Hemos visto á los embajadores, y correos puestos en la misma línea en cuanto á la ley penal, y recibir de ella una proteccion perfectamente igual. Esta estravagante reunion de funciones tan diferentes debe sorprendernos. Esto nos prueba, ó que los embajadores en Méjico no gozaban de las consideraciones que les concedemos en Europa, ó que los correos eran personas muy respetables. Es verdad que el papel de embajador se limitaba á solo misiones especiales y de muy corta duracion: tales eran la notificacion de las órdenes del rey á los jefes tributarios, y la discusion de algunos puntos litijiosos con los príncipes vecinos del imperio. Sin embargo, el embajador era una persona sagrada: los honores que se le hacian estaban en razon del miedo que inspiraba el poder á quien representaba. Si el temor era grande, el embajador era tratado como una divinidad. Se quemaba incienso á su presencia, se le hacia franco de todo gasto, y se le colmaba de regalos.

En cuanto á los correos, eran funcionarios muy útiles, y aun indispensables en un pais en donde las comunicaciones eran tan difíciles: en un pais tan estenso y montañoso, y que carecia de caballos. El servicio de correos se hacia con admirable rapidez. De seis en seis leguas habia establecida una torrecilla sobre una altura. Esta servia de residencia á uno ó á muchos correos que conducian succesivamente los pliegos de una torre á otra, de este modo pasaban de mano en mano sin interrupcion y llegaban, dicen los historiadores, en veinte y cuatro ó treinta horas á trescientas millas de Tenochtitlan. Esto será tal vez algo exajerado, aunque tales mensajeros estuviesen ejercitados desde jóvenes á la carrera, bajo la inspeccion de los sacerdotes. Tambien se les encargaban comisiones de confianza, como decir á los majistrados de viva voz, ó á los jenerales las órdenes del rey, y de dar parte de su ejecucion. Estas comisiones les aproximaban al rango de los embajadores.

Un imperio que está con las armas en la mano desde su orijen hasta su caida, debe tener su estado militar en primer término. Así estaba entre los Aztecas. Todo el que podia batirse era soldado: los jefes ó señores feudatarios, y los príncipes aliados debian aprontar cierto contingente de hombres y marchar á su cabeza, luego que para esto eran intimados. De estos diversos fracmentos se componia el ejército, cuya organizacion no era permanente, y semejaba la de aquellos ejércitos feudales de la edad media. Su jerarquía y su composicion son poco conocidas. Solamente se sabe, que los grados estaban reservados para la nobleza; que era mandado por muchos jenerales de escalas diferentes y distinguidos con plumas, cascos y armaduras particulares. Un jeneral en jefe tenia el mando superior; y el último de los Motezumas habia instituido para el ejército tres órdenes militares: la de los príncipes, la de las águilas y la de los tigres. Los señores condecorados con una de estas órdenes, usaban la insignia en campaña sobre su armadura. La de los caballeros del tigre (Jaguar) por ejemplo se indicaba con las

manchas de aquella fiera. La órden de los príncipes se conceptuaba la primera. Antes de ser Motezuma coronado hacia parte de ella. Todos estos caballeros tenian en palacio sus alojamientos particulares cuando estaban en él de servicio. Las armas de los Aztecas, lo mismo que las de los demás pueblos de América en aquella época, eran buenas para batirse con enemigos que no las tuviesen mejores. Sus guerreros llevaban cierta especie de corazas de algodon de tres centímetros de espesor, que resguardaban el cuerpo desde el cuello hasta la cintura. Un broquel de mimbres en forma de escudo ú ovalado, cubierto de lienzo y plumas, y cuya forma recuerda las armaduras de la Grecia, les servia para debilitar la accion de los dardos. Con el ausilio de una maza hueca, arrojaban piedras con tanta violencia como si salieran de una honda. El soldado que iba casi desnudo al combate, echaba sobre la cabeza de su enemigo una red con grandes mallas, y con la cual se habia fajado el cuerpo. Los jenerales caballeros de la águila ó del tigre, se cubrian de cotas de malla de oro y de cobre, y llevaban unos cascos semejantes á la cabeza de una águila, de una serpiente, de un cocodrilo, ó de un jaguar. Con un sable de tres piés de largo y cuatro pulgadas de ancho, guarnecido por ambos lados de pedazos de obsidiana tan perfectamente afilados como las navajas de afeitar, daban el primer golpe que regularmente era mortal, pero aquel corte se embotaba fácilmente y el arma quedaba inútil. Picas, entre las cuales las habia de quince ó diez y seis piés de lonjitud, terminaban en una punta de cobre muy aguda. Pero el arma mas dañosa que usaban los Aztecas era un dardo que sabian arrojar con admirable destreza. Atravesaba á un hombre de parte á parte. A este dardo estaba atado un cordon largo, con cuyo ausilio el combatiente lo retiraba con prontitud, para arrojarlo de nuevo. Hasta los mismos Españoles temian á esta arma mortífera de la que ni las corazas de hierro podian á veces preservar. La historia de la conquista prueba que los Mejicanos no tenian la menor idea, de lo que nosotros llamamos órden de marcha, órden de batalla, evolucion, táctica, disciplina. Se lanzaban en masa sobre el enemigo, y volvian á la carga, mientras su ánimo no se acobardaba; pero poco era menester para conseguirlo. La muerte de un jeneral; la toma del estandarte real, los llenaba de terror, y al momento emprendian la fuga, aun cuando las apariencias del triunfo estuviesen en su favor. Aunque malos soldados en campo raso, eran muy buenos dentro de las murallas ó en las torres, ó sobre las plataformas de sus templos. Allí era menester matarles para vencerles. Algunos restos de murallas en las fronteras orientales de los Tlascaltecas, pueden dar una idea del sistema de las fortificaciones aztecas y de sus campos atrincherados. Estas murallas, jeneralmente poco elevadas, y muy gruesas (8 á 10 piés de altura sobre 18 de anchura) eran de piedras unidas por una argamasa de cal: representaban una especie de óvalo mas ó menos regular, mas ó menos prolongado, y á las dos estremidades de la circunvalacion, abrian una abertura de unos 7 á 8 piés que servia para penetrar en el recinto. Los Aztecas sabian sacar partido de los accidentes del terreno, y trasformar las alturas naturales en fortalezas, por medio de varios recintos de muros elevados de distancia en distancia, desde la base de la montaña hasta su cima. Las pirámides de Cholula y de San Juan de Teotihuacan; las construcciones de Xochicalco etc. fueron á la vez edificios relijiosos y plazas fuertes. Lo mismo debe decirse de todos los *teocallis* (templos). Clavijero, al conservarnos los nombres de muchos puntos en lo antiguo fortificados, y cuyas ruinas existen todavía, prueba que los pueblos del Anahuac eran menos ignorantes de lo que se les supone en el arte de la defensa, mucho mas adelantado en su pais que el del ataque.

El grande estandarte, especie de baston largo, en el que estaban fi-

jadas las armas del imperio, y el águila desplegadas las alas, lanzándose sobre un tigre, parecia mas bien al *signum* de los Romanos, que á nuestras banderas. Lo colocaban en el centro del ejército llevado por el jeneral en jefe. La vista del soldado se fijaba sobre él, y su pérdida arrastraba consigo la de la batalla. Así se vió en la accion de Otompan, cuando Cortés se apoderó de esta real insignia, que en aquel dia, no era el águila de los Aztecas, sino una red de oro, probablemente las armas de alguna ciudad vecina al lago; adoptadas por esta vez en defecto del grande estandarte. Habia además en su ejército otros pequeños emblemas que pertenecian á cuerpos diferentes, y eran su punto de reunion. Se fijaban á la espalda de los oficiales que las llevaban, y con tanta fuerza que era necesario para apoderarse de ellas hacerlas pedazos.

El derecho de propiedad privada en toda su estension, estaba perfectamente establecido entre los Mejicanos. Conocian la distincion que nosotros hacemos entre la propiedad radical y la moviliaria: entre el usufruto y la propiedad. Los bienes raices y los muebles se trasferian entre ellos por via de canje, venta y succesion. Tampoco ignoraban las donaciones de título gratuito, ó de título oneroso, y en jeneral las formas que reglan las convenciones en las naciones civilizadas, bien que aquellas fuesen muy arbitrarias, y tales cual podria esperarse de las circunstancias sociales en que vivian. Sin embargo, la division de las propiedades en el Anahuac de ninguno modo se asemeja á la que reconocemos en nuestra Europa. La mayor parte de las tierras estaban distribuidas entre la corona, la nobleza, las comunidades de las ciudades ó pueblos, los templos y establecimientos relijiosos. Existia una especie de catastro, en unos lienzos pintados, sobre los cuales cada propiedad estaba indicada en superficie y límites. De una ojeada veia cada uno lo que le pertenecia. Las tierras de la corona estaban iluminadas de color violeta, las de la nobleza encarnado, las de las comunidades amarillo; estos distintos dibujos sirvieron, despues de la conquista, para decidir en las cuestiones que ocurrian entre particulares.

Ciertas tierras de la corona se daban como feudo temporal á los señores llamados, jente ó pueblo de palacio. Estos tenedores no pagaban cuota ni tributo, pero en señal de homenaje, y en determinadas épocas ofrecian al rey flores y pájaros. Algunas veces la donacion no tenia título gratuito, pero era á cargo de ciertos censos, como de cultivar los jardines reales, conservar los palacios, y reedificarlos en caso necesario.

Las tierras nobles dadas por la corona pasaban de padres á hijos, ó á los demás herederos; podian ser vendidas, pero nunca á los plebeyos. En una palabra se concentraba la propiedad radical en manos de la nobleza.

Los bienes raices dependientes de los templos y conventos eran inalienables y semejaban á nuestros terrenos de manos muertas.

En cada distrito, dicen Herrera y Torquemada, se destinaba al pueblo cierto número de tierras en proporcion al de familias. Aquellas se cultivaban por toda la comunidad. Su producto se llevaba á un almacen comun, y se repartia entre las famimias, segun sus necesidades respectivas. Estas tierras se denominaban *altepetlalli*. Ningun individuo de la comunidad podia enagenar su porcion, cuya propiedad, quedaba indivisiblemente consignada á la manutencion de su familia. Esta distribucion de terrenos interesaba todo vecino al bien jeneral, y conciliaba su fortuna con la tranquilidad pública.

Todas las provincias conquistadas eran tributarias de la corona; le pagaban cierto número de frutos, animales, minerales, y otros productos de la tierra y de la industria del pais. La corona tenia en cada poblacion grande, un ajente encargado de colectar estas contribuciones y almacenarlas. En el real tesoro se guardaba una lista de pinturas que

indicaban todas las plazas tributarias y la calidad y cantidad de los tributos. En la coleccion de Mendoza se encuentran treinta y seis cuadros de esta especie, cuya enumeracion detallada seria tan larga como molesta (1).

Estos diferentes tributos unidos á las contribuciones de guerra; á los regalos de los gobernadores de provincia, y feudatarios; y sobre todo á las cuotas sobre tierras, y sobre productos industriales, puestos en venta en los mercados públicos, componian las rentas del estado. Otra coleccion de pinturas indicaba los terrenos sujetos al pago y el tanto de cada contribuyente. Lo mismo sucedia con todos los demás derechos que aunque muy crecidos, no eran ni arbitrarios ni desiguales, y si fijados segun las reglas establecidas, y cada uno conocia la proporcion de las cargas públicas que le tocaban satisfacer.

Como el uso de la moneda acuñada no se habia introducido en Méjico, todos los impuestos se pagaban en productos de la tierra, ó en mercaderías, que se llevaban á los almacenes reales, desde los cuales el rey estraia los objetos necesarios para el alimento, manutencion y armamento de su numerosa comitiva en tiempo de paz, y de sus ejércitos en el de guerra. El populacho que no poseia bienes raices ni hacia comercio alguno, pagaba su parte de cuota en trabajos de diferentes jéneros. Cultivaba las tierras de la corona, trabajaba en las obras públicas y en los edificios que pertenecian al emperador, construyéndolos ó conservándolos.

La agricultura en la nacion Azteca es tan antigua como su establecimiento á orillas del lago. Apenas se hallaron en posesion de algunas tierras que al momento se les ve asiduamente aplicados á hacerlas fructíferas. Son mucho mas notables sus esfuerzos en razon á que carecian de carros y bueyes, y su cultivo se hacia á fuerza de brazos solamente. Laméntase Clavijero de la escasez de noticias trasmitidas acerca de los instrumentos de sus labores. En lugar de hierro para cavar la tierra se servian del cobre: sus hachas de este metal se asemejaban á las nuestras. Entendian bastante bien el riego de las tierras, y esparcian sobre ellas las cenizas de las plantas quemadas, para darlas nuevo vigor. No les era desconocido el arte de los cercados y rodeaban sus campos de ramas de aloés, ó de paredones de piedras secas. Sus granjas ó chozas eran construidas de troncos de árboles colocados unos sobre otros, y con tal arte unidos que la luz no traspasaba; estaban cubiertas de mimbres puestos transversalmente para que las lluvias no las penetrasen. No tenian estos edificios mas que dos aberturas. Dice Clavijero que todavía se encuentran algunos restos de estas granjas, anteriores, sin duda, á la conquista. Pretendese que en ellas se conservaban mejor los granos, que en nuestros silos europeos.

La imperfeccion de los instrumentos de labranza, y demás causas que acabamos de mencionar, han debido necesariamente influir en el desarrollo de la agricultura de los Aztecas. Sus tierras no han debido producir entre sus manos, lo que despues han dado á los Españoles. No obstante, si nuestras cereales y nuestro arroz faltaban á los Aztecas, tenian en recompensa la raiz del casabe que les daba el pan de yuca, alimento comun de los naturales

(1) De estos cuadros puede tomarse una idea casi completa de los productos agrícolas é industriales del antiguo Méjico. Allí se vé que dichos tributos consistian en telas y vestidos de algodon: en plumas de diferentes colóres, en cacao, en pieles de Tigre, (Jaguars) en planchas de oro, cochinilla, maiz, harina de Yuca, polvos de oro, collares, esmeraldas, piedras preciosas de diversos colores, pendientes de ambar ó de cristal guarnecidos de oro; goma elástica, ambarliquido, cal, cañas para fabricar, Juncos chicos para hacer dardos, ó para encerrar sustancias aromáticas; miel, ocre amarillo, cobre, turquesas finas, y ordinarias, papel de pita, esteras, madera, piedras de construccion; copal, pájaros, cuadrúpedos ya para el servicio de la casa de fieras ya para la mesa y águilas vivas. Algunos terrenos estaban destinados al cultivo junto á los caminos militares para que sus productos sirviesen de alimento al ejército, cuando estaba en marcha.

de la América equinoccial desde los mas remotos tiempos, y el maiz, cuyo cultivo, era aun mas importante y jeneral. Estendíase desde las costas hasta el valle de Toluca, alcanzando al territorio de los Otomias, nómadas y bárbaros, es decir, que iba mas allá del rio Grande de Santiago. Era la sola calidad de trigo que los Mejicanos conocian á la llegada de los Europeos, pero este solo bastaba á todas sus necesidades, cuando el tiempo habia sido favorable. El grano de maiz en infusion les producia innumerable variedad de bebidas espirituosas. Del tronco esprimian un zumo azucarado que sabian concentrar por evaporacion. Describiendo Cortes al emperador Cárlos V, todos los jéneros que se vendian en el gran mercado de Tlatelolco, cuando hizo su entrada en Tenochtitlan, nombra á propósito, la miel del tronco de maiz, la miel de abeja y la cera. El *cacomita*, especie de tigridia, daba á los Aztecas una escelente harina (1). Poseian numerosa variedad de tomates, cacahuetes, y diferentes especies de pimientas. Vendíanse en sus mercados las cebollas, los puerros, los ajos, los berros, la borraja, la acedera y los cardos. Los guisantes, coles y nabos no figuran entre sus legumbres. Es probable que no los conociesen. Los cerezos, nogales, manzanos, y moreras sombreaban sus campos y jardines, en donde la fresa y la grosella mostraban asimismo sus frutos. Si el jugo de la uba era desconocido del indijena mejicano, obtenia de otro vejetal el *maguey* de que hemos hablado ya, una bebida que reemplazaba el vino de nuestra Europa. El cultivo de este vejetal se estendia tanto como la lengua azteca. Para el antiguo mejicano era el *maguey* un verdadero beneficio de la providencia; no solamente llenaba la falta del viñedo, si que la del cáñamo, pues sacaba de sus hojas un hilo escelente, y hacia un papel sobre el cual dibujaba sus figuras jeroglificas (2). De su azúcar, muy acre antes de florecer, componian un poderoso cáustico para limpiar las llagas. Sus espinas servian de alfileres y de clavos en los usos domésticos, y en las manos de los sacerdotes desgarraban los brazos y pecho del paciente en los actos de espiacion.

Pero nadie puede olvidar una de las maravillas de la industria azteca: aquellos jardines flotantes, islas de flores y verduras que aun hoy son el ornato de los lagos mejicanos, y cuya creacion es contemporanea de la del mismo Tenochtitlan. La invencion de los *chinampas*, ó jardines flotantes parece remontarse hacia el fin del siglo catorce. La naturaleza mas discreta que los hombres, les sujirió esta idea. Los Mejicanos vieron recorriendo las riberas pantanosas de los lagos de Xochimilco y de Chalco, en la estacion de las grandes aguas, las olas ajitadas llevarse ó arrastrar moles de tierra cubiertas de yerba entrelazada con raices. Dividirse luego estas masas á impulso de los vientos, y mantenerse flotantes largo tiempo, y en seguida formarse de ellas pequeños islotes. Estos indios pobres y espulsados comprendieron todo el partido que podria sacarse de tal descubrimiento, y se apresuraron á crear en mayor escala, lo que la naturaleza hacia en pequeño. Sus primeros *chinampas* no fueron mas que trozos de cesped arrancados en las orillas de los lagos, artificialmente reunidos y sembrados. Bien pronto su industria perfeccionó este sistema de cultivo. Lograron construir almadias, de troncos de árboles, ojarasca, cañas y juncos enlazados unos con otros: las cubrieron con estiercol negro, naturalmente impregnado de muriato de sosa. Sobre estos

(1) Las patatas que los españoles encontraron en la América del Sur, no eran conocidas de los Aztecas en la época del último Motezuma. Fueron introducidas en Méjico al mismo tiempo que los cereales del antiguo continente. Este hecho dice M. Humboldt, es tanto mas importante, en cuanto es uno de aquellos en que la historia de las emigraciones de una planta se liga con la historia de las emigraciones de los pueblos.

(2) Este papel se fabricaba con los filamentos de las hojas de *maguey* (pita americana), se les machacaba en agua, y lo pegaban ó unian por capas, como las hojas del *ciperus* de Ejipto.

islotes fértiles, sembraron toda especie de legumbres de su pais. En ellos cultivaban esas flores brillantes que aman tanto. Vivian en medio de la mas rica vejetacion, en las cabañas rodeadas de magnificas vertientes. Tales fueron los jardines flotantes admirados de los Españoles en los dias de sus conquistas, y de los que han hablado los viajeros como de la mas injeniosa invencion: y tales existen todavía en los lagos de Chalco, en donde pueden admirarse recorriendo el moderno Méjico.

Los metales preciosos, los tesoros subterráneos, que han hecho durante tres siglos la riqueza del Méjico español, y que desde allí se han esparcido en todo el mundo, sin procurar á los Aztecas semejante fortuna por faltarles medios convenientes de esplotacion, no eran sin embargo descuidados por ellos. Parece cierto que no se contentaban con los metales que de dicha calidad encontraban en la superficie de la tierra, en los senos de los rios ni en las quebradas de los torrentes. Sabian tambien el arte de sacar el oro y la plata de las entrañas de la tierra, esplotar sus venas, abrir bocas, y perforar para facilitar comunicaciones. Los Tzapotecas, y los Mistecas separaban el oro por medio de la lavadura de los terrenos de aluvion. Pagaban sus tributos en pepitas ó granos de oro, ó bien en barras de ambos metales, como puede cualquiera observar en las pinturas mejicanas. En tiempo de Motezuma, los naturales trabajaban las venas argentíferas de Tasco. En todas las grandes poblaciones del Anahuac, se elaboraban vasos de oro y plata, aunque este último metal estaba en mucho menos estima entre los Americanos, que entre nosotros. Cortés en una de sus cartas al emperador Cárlos V, hace un magnífico elojio de los plateros y joyeros de Tenochtitlan, y de su maravillosa destreza para imitar cuanto les encargaba (1).

Los Aztecas, antes de la conquista, sacaban de las venas de Tasco, el plomo y el estaño. El cinabrio que servia para los pintores se los daban las minas de Chilapan. El cobre era entre ellos el metal mas jeneralmente usado, reemplazaba al hierro y al acero. Las armas, las hachas, las tijeras, se elavoraban con el cobre sacado de las montañas de Zacatolan. Es de admirar que estos Américanos, tratando por medio del fuego grande variedad de sustancias minerales, entre las cuales está combinado el hierro, no hayan podido alcanzar su descubrimiento por la mezcla de las mismas sustancias combustibles con los ocres amarillos y encarnados, muy comunes en diversos parajes de Méjico.

Las herramientas mejicanas eran á poca diferencia tan cortantes como nuestros instrumentos de acero. Con ellas ejecutaban los escultores grandes obras en pórfido, basalto y otras piedras y rocas de las mas duras.

Los diamantistas y lapidarios, cortaban y perforaban esmeraldas, y

(1) Es muy curioso esto para que dejemos de trasmitirlo íntegro. He aquí el por menor de los objetos preciosos que el conquistador recibió como presente del desgraciado Motezuma, cuando obligó á la nobleza á rendir homenaje al rey de España « Además de una grande porciom de oro y plata, dice Cortés, se me presentaron obras de platería y joyería tan preciosas, que no consintiendo se fundiesen, separé de entre ellas por valor de mas de cien mil ducados, á fin de ofrecerlos á V. A. imperial. Estos objetos eran de una hermosura singular, y dudo que ningun príncipe de la tierra los posea semejantes jamás; y para que V. A. no crea que avázo cosas fabulosas; añado, que cuanto producen la tierra y el agua, y de que el Rey Motezuma pudiese tener noticia, lo habia hecho imitar de oro y plata, de piedras finas, y de plumas de pájaros, y todo con tanta perfeccion, que se creia ver la realidad de los objetos. Aunque me habia dado mucha parte para V. A. hice ejecutar por los naturales del pais otras muchas obras de oro, segun los diseños que entregué á los plateros, tales como imajenes de santos, crucifijos, medallas y collares. Como el *quinto*, ó el derecho sobre la plata pagado á V. A. ascendió á mas de cien marcos, mandé que los plateros indijentes les convirtiesen en platos de diversos tamaños, en cucharas, tasas, y otros vasos para beber. Todas estas obras fueron imitadas con la mayor exactitud. » Aquí no se cree oir la relacion de un embajador europeo enviado á la China ó al Japon, y sin embargo nuestro narrador hubiera tenido poca gracia en mentir, porque ¿ que hubieran ganado sus exajeraciones, cuando Cárlos V. podia por sus propios ojos comparar el elojio con los objetos?

jades sirviéndose solamente de un instrumento de metal y unos polvos silicuos.

A la liga ó trabazon del cobre con el estaño, mas que al temple de los metales, se debia sin duda la estrema fortaleza de aquellos útiles. La obsjdiana que los Aztecas fabricaban tambien instrumentos cortantes, era objeto de muchas esplotaciones: todavía existen señales de ello en inumemerables pozos cabados en la montaña de los Cuchillos cerca del lugar indio de Atotonilco el Grande.

Además de los sacos de cacao de 24,000 granos cada uno y de los fardos chicos de telas de algodon, se empleaban algunos metales como monedas entre los antiguos Mejicanos, es decir, como signo representativo de las cosas. En el gran mercado de Tenochtitlan, se compraban todo jénero de mercancias, en cambio de polvos de oro contenidos dentro tubitos de plumas de aves acuáticas para que fuesen transparentes, y poder reconocer lo grueso de los granos de oro, y su calidad. En algunas provincias usaban por moneda corriente, piezas de cobre á las cuales se les daba la forma de una T. romana. En los alrrededores de Tasco los naturales se servian de piezas de estaño fundidas, tan delgadas como las mas chicas monedas españolas. Sin embargo, la ausencia de un medio de valoracion tan ventajoso y cómodo como nuestra moneda, sujetaba el comercio de los Aztecas á movimiento lento y embarazoso por la naturaleza de los cambios, único modo de transaccion posible en las circunstancias en que se hallaban; y aun este comercio quedaba á menudo estacionado por la estrema dificultad de las comunicaciones. En el antiguo Méjico no habia caminos reales, y si solamente senderos que conducian de un lugar á otro: hasta en lo interior del pais, y aun á poca distancia de la capital, faltaban caminos fáciles para trasladarse de uno á otro distrito. Los Españoles se veian muchas veces obligados á abrirse vias al través de los bosques y cenagales, y cuando Cortés, despues de la conquista se atrevió á marchar desde Méjico á las provincias de Honduras, halló en su transito tan grandes obstáculos, como hubiera podido encontrar en las comarcas mas salvajes de América. Le fué preciso algunas veces atravesar bosques casi impenetrables, llanuras cubiertas de agua, y tierras eriales incultas en las que pensó morir de hambre.

El espíritu de asociacion, nacido de la debilidad individual, y de la conviccion de esta misma debilidad, se aplica en primer término á la conservacion de la vida. En el Anahuac nadie se atrevia á ponerse en camino solo. La moda ó estilo de viajar en caravanas se habia adoptado jeneralmente. Veianse los negociantes salir en cuadrillas de Tenochtitlan, para ir de provincia en provincia á cambiar los productos de Méjico, con los objetos que en su pais faltaban, con las primeras materias de las que su industria no podia privarse, y con cosas raras y preciosas, cuyo lujo entre reyes y grandes del reino se habia hecho una necesidad.

En la enumeracion de los diferentes objetos dados por las Ciudades como tributo, ha podido tomarse una sucinta idea de la reunion de productos naturales ó industriales que entraban en el comercio de de los Aztecas. Para conocerlo completamente, es preciso trasportarse al medio de las plazas comerciales, establecidas en cada una de las ciudades principales, y á sus grandes mercados que celebraban en determinadas épocas, demanera, que no pudiesen perjudicarse los unos á los otros. Cortés nos ha descrito el de Méjico: este mercado-modelo, dos veces mayor que el de Salamanca, dice, circuido todo él de un pórtico inmenso en donde se encuentra espuesto á la vista de una muchedumbre siempre renovada, todo cuanto puede servir á á la vida, al vestido, y al adorno; si el lujo pudiese agotar sus deseos, el hombre sin hogar, hallaria allí todos los materiales necesarios para fabricarse una casa en veinte y cuatro horas. Hay, dice Cortés calles para la caza, para las legumbres, y objetos de jardin, hay tiendas en don-

de los barberos con navajas de obsidiana rapan la cabeza. Hay otras como las de farmacía en las cuales se venden las medicinas preparadas, ungüentos, emplastos, etc. Otras tambien en donde se da de comer y beber pagando. Cada clase de mercaderia se vende en un cuartel separado para evitar la confusion. En medio de la gran plaza se ve un edificio que llaman la Audiencia (Palacio de justicia) en donde estan sentadas diez ó doce personas que juzgan los altercados se suscitan entre compradores y espendendores. Hay siempre entre la multitud algunos inspectores ó vijilantes para observar si se vende con legalidad, y hacer trozos la medidas ó pesos falsos cojidos *infraganti* en manos del vendedor. No debe olvidarse que los Aztecas no hacian uso de los animales de carga para el trasporte de las mercaderias. Los hombres llevaban sobre sus espaldas todo peso, y este uso se conserva todavía en toda la parte montañosa de la Nueva-España.

La separacion de las diversas profeciones entre los Mejicanos es una señal de progreso, que Robertson ha marcado justamente, pero del cual debe suponerse un alto grado de perfeccion absoluta, tal como la concebimos en el viejo continente.

Tanto en las artes mecánicas, como en las liberales, la division del trabajo se habia llevado hasta lo infinito. El artista y el obrero, no tenia que hacer cierta porcion de obra, y jamás salia de su límite: la costumbre y la natural paciencia de los Americanos, suplia la insuficencia y groseria de los instrumentos que tenian á su disposicion.

No conocemos su arquitectura doméstica y monumental, mas que por las relaciones de los primeros conquistadores, y los frailes analistas, pues ningun edificio de este jénero existe ya que pueda servir de prueba. Sabemos que las casas de los pobres se fabricaban de cañas, ó ladrillos sin cocer, cubiertas de una especie de cesped, sobre el cual colocaban hojas de aloés cortadas en forma de tejas. Estas casas no tenian mas que un cuarto, como la de nuestros pobres jornaleros. Toda una familia vivia en él mezclada y en las ciudades cada vecino conservaba en su casa un oratorio pequeño, y una sala de baño. Las casas de los nobles se construian con piedras encarnadas, porosas, lijeras y desmenuzables reunidas por medio de argamasa con la cal. Terminábanse por un techo llano en forma de terrado. Los mismos materiales se empleaban en los palacios de los reyes y los templos. Todos estos edificios, por la misma naturaleza de su construccion, no podian durar mucho tiempo, y aun cuando los Españoles en aquella época, no hubieran destruido por sus cimientos la mayor parte de la poblaciones mejicanas, el tiempo mismo, despues de la conquista se hubiera encargado de consumirlas: apenas puede hoy descubrirse algun vestijio de ellas. Cuando penetremos, siguiendo á Cortés, en el antiguo Méjico, tendremos ocasion de describir algunos de sus principales monumentos.

Seria muy ridiculo establecer la menor comparacion entre el arte arquitectónico mejicano, y el de la antigüedad griega ó romana, ó nuestro gótico, pero es preciso reconocer que sobre la llanura del Anahuac existia un arte bien anterior á los Aztecas y á otros bárbaros del Norte, del cual se habian aprovechado. El corte de las piedras, el aplomo de las paredes, las combinaciones de las diferentes arcadas eran conocidas de ellos. Sus acueductos para conducir las aguas dulces á Tenochtitlan; sus diques para contener los lagos, las calzadas para proporcionarse el terreno propio de edificar, y los caminos por dentro las aguas, se distinguian como otros tantos monumentes de su intelijencia y habilidad.

Cuando los Aztecas llegaron al Anahuac, vieron allí grandes edificios ya viejos, que parecian destinados á casas de relijion. Debemos hacerlos conocer, no para manifestar la obra del pueblo que nos ocupa, sino los modelos que adoptó para la construccion de sus templos.

Los mas antiguos de estos monumentos que son las dos grandes piramides de San Juan de Tenochtitlan, se ven en el valle de Méjico á algunas leguas de la capital. Los indijenas las llaman todavía hoy como las nombraban sus antecesores « *Las casas del Sol y de la luna.* A estas divinidades estaban consagradas: su principal forma no ha cambiado despues de la conquista: tal es ahora, como era á los ojos de los Españoles de aquella época. Estas piramides habian servido de modelo al gran *Teocali* (templo) de Tenochtitlan, segun lo refieren las tradicciones mejicanas. Subian á su cumbre por una escalinata de piedras anchas y cortadas Habia altaritos con cúpulas de madera, y estátuas colosales cubiertas de hojillas de oro sumamente delgadas. La vejetacion del *cactus* y de la pita, y la poderosa mano del tiempo, han destruido el esterior de estas piramides, que formaban cuatro asientos subdivididos en pequeñas gradas de un metro de altura. Su posicion en llanuras no dominadas por ninguna colina hace muy probable, que roca alguna natural pudo servir de núcleo á estos monumentos, cuya estructura interior es todavía un misterio; pues las tradicciones indias que las hacen huecas, no se apoyan en prueba alguna. Lo mas particular es, que al rededor de estas casas del *Sol* y *de la luna*, se vé un grupo, ó por mejor decir, un sistema de pirámides de nueve á diez metros de elevacion á lo mas. Hay muchos centenares dispuestas en formas de calles anchas, alineadas en la direccion de las paralelas, y de los meridianos, y desembocan á las cuatro fachadas de las grandes pirámides. Las pequeñas, segun la tradicion, estaban dedicadas á las estrellas. Es probable que sirvieron de sepulcros á los jefes de las tribus. Todo este llano se llamó en lo antiguo, en lengua azteca ó toltezca el *Micoatl*, ó *el camino de los muertos*.

«A medida que uno se aproxima á estas pirámides viniendo de Otumba, dice M. Bullock, se manifiestan de la manera mas pintoresca, y la forma cuadrada y perfecta de la mas grande se hace mas visibles. La mas chica esta menos conservada: sobre su cima se denotan las ruinas de un antiguo monumento de cuarenta y siete piés ingleses de largo sobre catorce de ancho, construido de piedras sin pulir. Subimos con mas facilidad de lo que esperabamos á la grande pirámide, cuyos terraplenes se distinguen perfectamente, sobre todo el segundo. En varios parajes las higueras han alterado la regularidad de los escalones, pero en ninguno de ellos han destruido la forma regular del monumento, tan regular como la de la grande pirámide de Ejipto. Por todos lados encontrabamos fragmentos de instrumentos, de cuchillos, flechas, puntasde lanza de obsídiana, y sobre la cima que presenta un espacio unido, recojimos estátuas pequeñas, y vasos de tierra, y lo que mas me sorprendió conchas de ostras, que eran las primeras que habia visto en Méjico. Desde aquel punto la vista es admirable. Con ella dominabamos la mayor parte del valle mejicano, en cuyo inmenso cuadro entraba tambien la ciudad.» A presencia de estas reliquias de otra edad, batió Cortés el numeroso ejército mejicano, despues de la terrible noche de desolacion. a Lactual poblacion de Méjico se inquieta muy poco de tal recuerdo: no visita aguel luqar, ni se ocupa mucho de su historia, y aun el mismo indio de aquellos contornos, al preguntarle quien ha hecho las pirámides, contesta sin titubear «*San Franciseo.*»

Al este de este grupo, y oculto entre un espeso bosque que se dilata por la pendiente de la cordillera del lado del golfo de Méjico, se eleva, dice M. Humboldt, la pirámide de Papantla, que la casualidad descubrió hace unos cincuenta años á unos cazadores españoles, pues los indios se complacen en ocultar á los blancos todo lo que sea objeto antiguo de veneracion. La forma de este Teocali, que tenia seis ó quizás siete pisos, es mas avanzada que la de los otros monumentos de este jénero. Está construido como aquellos, de

piedras de sillería, cortada, con bastante regularidad y primor, y todas cubiertas de jeroglíficas esculpidos Vense pequeños nichos dispuestos con mucha simetria, y cuyo número (prosigue M. Humboldt) hace alusion á los trescientos diez y ocho signos simples y compuestos del calendario civil de los Toltecas.

Pero de todos los monumentos piramidales de esta parte del Anahuac, ninguno mas grande, mas antiguo y célebre que el Teocali de Cholula. Llámase hoy *monte hecho á mano*. De lejos parece una colina natural cargada de espesa vejetacion. Sobre una vasta llanura sin árboles grandes, como las planicies de dos mil doscientos metros sobre el nivel del oceano, se desprende este Teocali con cuatro asientos exactamente orientados en sus costados, segun los puntos cardinales; construido por capas de ladrillos, alternadas con otras de arcilla, presentando de este modo el mismo tipo que las pirámides de Teotihuacan y una analojía bastante notable con las de Ejipto (1).

En el interior de este Teocali existian cavidades considerables, destinadas á sepulturas de los indíjenas. Sobre su plataforma que presenta una superficie de cuatro mil doscientos metros cuadrados se elevaba en tiempo de los Aztecas un altarito dedicado al dios del viento. Los Españoles lo han reemplazado con una Iglesia bajo la invocacion de N. S. de los Remedios. Está rodeada de cipreses, y es tal vez, de todos los templos del globo, el mas próximo al cielo. Cada mañana se celebra allí una misa, que dice un cura de raza indiana. Sus co-hermanos los indios de Cholula, entre los cuales, los símbolos de un nuevo culto, no han borrado enteramente la memoria del antiguo, concurren en tropel y de parajes lejanos á la cima de la pirámide para celebrar la fiesta de la Vírjen. Un temor secreto, un respeto relijioso se apoderan del indjíena á la vista de este inmenso monton de ladrillos, sobre el cual sus padres oraron á los dioses de la patria independiente.

Desde esta plataforma, en la que M. Humboldt ha hecho un sinnúmero de observaciones astronómicas, el golpe de vista es admirable. Domínase una llanura cubierta de ricas mieses, de plantaciones de aloés y pitas: de casas de campo, jardines, muchos pueblos con sus elegantes capillas: á Chulula con su gran plaza frecuentada de Indios, sus Iglesias y campanarios elevados; y á la vista del observador en un horizonte mas ó menos aproximado un circuito de montañas azules de donde se lanzan el volcan de la Puebla, el pico de Orizaba, la Sierra de Tlascala, célebre por las tormentas que se forman al derredor de su cima; tres montañas mas elevadas que el monte Blanco, dos de las cuales son todavía volcanes inflamados.

A estas construcciones, que se ligan esclusivamente al sistema relijioso, es necesario añadir otra muy estraordinaria, que parece deber señalarse como una muestra del genio militar de los antiguos pueblos de la superficie central. Este es el monumento de Xochicalco, ó la *Casa de las Flores*, colina aislada de ciento diez y ocho metros de elevacion; masa de rocas á la que la mano del hombre ha dado una forma cónica bastante regular; colina rodeada de un ancho foso, verdadero retrincheramiento, ó si se quiere fortaleza, ó templo fortificado. Todo este monumento está todavía divido por asientos; tiene una plataforma de cerca nueve mil metros cuadrados, circuidos de un número de piedra de silleria, pudiendo servir de defensa á los combatientes. Los viajeros que han examinado de cerca esta obra de los pueblos indíjenas de la América, se admiran de ver lo pulido y bien cortado de las piedras de pórfido que tienen to-

(1) La pirámide de Cholula tiene 170. piés de altura, lo mismo que la pirámide del Sol de san Juan de Teotihuacan, tres metros mas que la tercera de las grandes de Ejipto del grupo de Ghizé la de Miurinus. Lo largo de su base (1355 piés) escede á la de todos los edificios de este jenero del antiguo continente. Es casi doble que la de Cheops. Si por comparacion á objetos mas conocidos se quiere formar una idea de la grande masa de este monumento méjicano, es presiso imajinarse un cuadrado, cuatro veces mayor que la plaza de Vendôme, cubierto de un monton de ladrillos, que se eleva á doble altura que el Louvre. (V, lám. 2).

das las formas de paralelopipedos, el cuidado con que han sido unidas las unas con las otras, sin que la argamasa haya rellenado las junturas y la ejecucion de los relieves de que las piedras están ornadas. Entre las figuras jeroglificas se distinguen cocodrilos, y lo que es mucho mas curioso, hombres sentados con las piernas cruzadas al uso Asiático. Cada figura ocupa varias piedras á la vez, y sus junturas no las interumpen. Al Sur de la ciudad de Cuernavaca hácia la pendiente occidental de la cordillera, en aquella deliciosa rejion que los habitantes distinguen con el nombre de tierras templadas y en donde reina una primavera perpetua, es en donde se encuentran estas ruinas de uno de los mas curiosas momentos de la antigua civilizacion americana (*).

Mas de una comparacion se ha hecho entre el Teocali del antiguo Anahuac y los monumentos pirámidales de Ejipto. Estas comparaciones son mas ó menos felices; pero en ningun caso deben las analojías observadas tenerse en cuenta de imitacion. No tenemos que ocuparnos aquí de los sistemas que han producido. Limitémonos á apreciar el verdadero destino de nuestros Teocalis, á los que les daba un eminente carcáter espeal, carácter sagrado semejante al de una capilla ó altar, colocado siempre en la cima del edificio; no olvidemos, que al principio de la civilizacion, los pueblos elejian los sitios elevados para hacer los sacrificios á sus dioses. Los primeros templos, los primeros altares se erijieron en las montañas. Si estas montañas están aisladas, dice M. Humboldt es mas facil darlas formas regulares, cortándolas por asientos, y haciendo escalones para subir comodamente á su eminencia. No parecen otra cosa las pirámides americanas, y todo prueba que tales fueron su oríjen y su destino.

Y no es solamente en la arquitectura què aparecen las huellas de esta antigua civilizacion, en cuya escuela se formaron los Aztecas. Vamos todavía á hallarlas en las otras artes del dibujo. Tomemos primeramente una idea de los trajes de estos pueblos. Viviendo bajo un clima templado, ó en las rejiones mas calientes, los Aztecas no conociau ninguno de los vestidos que nos son indispensables. Iban medio desnudos. Un pedazo de tela de algodon, ó de tejido de hilo de aloés, ó de piel de conejo echado á la espalda como una capa, y atado sobre el pecho: un cinturon de la misma tela, cuyos nudos ó atados caian de manera que ocultaban lo que el pudor de casi todos los pueblos tratan de substraer á la vista, tal era su traje ordinario. Las mujeres dejaban descender una de las estremidades del cinturon casi hasta los talones, y usaban un traje bastante parecido á una blusa ó camison sin mangas. El calzado se reducia á unas hojas de aloés cortadas á modo de plantillas, y atadas al pié con unas correas. Para los ricos solamente era el tejido de algodon guarnecido y adornado de plumas, y para ellos, tambien los collares y bracaletes comunes á los dos sexos.

El arte de trasmitir los hechos por medio de las pinturas jeroglificas, existia en el Anahuac antes de la llegada de los Aztecas. Todavía era este un producto de la civilizacion de esta comarca; mas no puede decirse en que grado se hallaba al tiempo de la ocupacion del pais por aquellas tribus. Nosotros no las conocemos sino por sus trabajos, y aun muy imperfectamente por un pequeño número de monumentos llegados hasta nosotros. Algunas de estas pinturas tenian por objeto la representacion propia, y no simbólica, de los dioses, de los reyes, de los grandes hombres, de los animales y de las plantas. Otras, un fin puramente topográfico, ó cronolójico, como la carta de una provincia, ó de un distrito, ó de las costas marítimas, ó bien de un curso de un rio, ó riachuelo, el plano de una ciudad, ó en fin el catastro de un canton. El mismo Cortés tuvo ocasion de apreciar estos trabajos jeográficos por su mérito y exactitud: habiendo dicho á Motezuma le indicase sobre la costa oriental un buen fondeadero para sus bu-

(1) V. lám. 5.

ques, una ensenada segura en donde pudiera establecerse; mandó Motezuma en el momento se le trajese el mapa de toda la costa, desde el punto en donde hoy se eleva Veracruz hasta el rio Guazacalco (1).

En fin tenian otras pinturas, y eran las mas numerosas, consagradas unicamente á la representacion simbólica de ideas, de hechos, de acontecimientos; conservaban los recuerdos de la historia, y de todo lo importante del pais. De este modo poseian los Mejicanos los rituales, las ordenanzas de policía de sus reyes, la lista de los tributos, y la época de sus pagos: las tablas jenealójicas de las principales familias, así que los tratados científicos de astronómia, el calendario, el curso de las estaciones, y ultimamente colecciones de himnos y poesias.

La escritura jeroglífica de los Aztecas, que parece muy lejana de la perfeccion de la ejipcia, tenia signos simples para indicar el agua, la tierra, el aire, el viento, el dia, la noche, la palabra, los nombres, los dias y los meses del año solar, etc. etc. Estos reunidos á la pintura del suceso, daba á este una fecha, un pais, un paraje, y las relaciones detalladas. Los pueblos aztecas, haciendo alusion á ciertos objetos que se imprimen en los sentidos, conseguian espresar los nombres de las ciudades y los de los soberanos. Aun se encuentran en su pais vestijios de un jénero de escritura que llaman *phonética*, ó mas bien el jérmen de esta escritura.

Veíanse en tiempo de Motezuma algunos millares de personas ocupadas en la pintura, ya fuese componiendo, ya copiando (2). El dibujo de todas estas pinturas es en estremo incorrecto; los detalles se encuentran multiplicados á lo infinito, los colores son vivos, crecientes, chillones, y colocados de manera á demostrar los mas pronunciados contrastes; las figuras tienen jeneralmente el cuerpo ancho, rechoncho y escesivamente corto; la cabeza de un tamaño y grandor enormes; los piés, en proporcion de la largura de los dedos, parecen uñas de gavilan. Se advierte que las testas están constantemente dibujadas de perfil, aunque el ojo esté colocado como si estuvieran de frente. Todas estas pinturas son inferiores á las que los Hindus y Chinos presentan de mas imperfecto. Es el arte salvaje: el arte en su primer nacimiento.

Sin embargo, es preciso no olvidar que los pintores mejicanos no eran, en verdad, mas que escribientes ó copiantes, que se veian obligados á pintar brevemente, y no trazaban mas que lo indispensablemente necesario á la intelijencia de la figura; y que en las formas principales de ciertos objetos, estando jeroglíficamente fijadas, despues de mucho tiempo, forzoso era conformarse á su tipo para ser comprendidos.

Parece que antes de la introduccion del primer jeroglífico, los pueblos del Anahuac se servian de los nudos é hilos de varios colores, que los Peruvianos llaman *quipos* y que han empleado muchos otros pueblos en particular los Canadienses y los Chinos. Ignórase la época en que estos *quipos* fueron abandonados por las pinturas. Estas no estaban limitadas al imperio de Motezuma; estendíase su uso mucho mas allá, encontrándose no solo en todo el Anahuac, si que tambien á orillas del lago Nicaragua, en Guatemala, y en la península de Yucatan. Allí volverémos á verlos unidos á otro órden artístico.

La escultura entre los Aztecas no

(1) Bernal-Diaz cuenta tambien que Cortés en su espedicion á la bahía de Honduras, recibió de los Jefes ó señores de Guazacalco una carta sobre la que estaban trazadas las costas y los rios desde este último punto hasta Huejacallan.

(2) Los manuscritos méjicanos que nos han sido conservados estan dibujados sobre papel de pita, piel de ciervo, ó tela de algodon. Estos dibujos no estaban en pliegos separados, ni destinados á formar volúmenes, los liaban á la greca poco mas ó menos como nuestros abanicos. Dos tablillas de una madera lijera, encoladas por los estremos las sostenian una encima y otra debajo. M. Humboldt nos ha dado noticias muy curiosas acerca el uso de estos manuscritos, y el modo de leerlos (vista de los monumentos, etc 1 páj.) V. lám. 27. una muestra de los manuscritos Aztecas.

era menos cultivada que la pintura, y el mismo sistema de diseños se iba reproduciendo. Las imájenes de los dioses, de los reyes, de los hombres célebres, de las plantas, de los animales, y de otras imájenes puramente fantásticas se multiplicaban bajo el cincel de los artistas aztecas (1). Algunas muestras de este arte grosero han llegado á nuestras manos, y de ningun modo justifican los elojios de los antiguos escritores Españoles respetados por Clavíjero; pero hagámonos cargo que el error de los testigos de la conquista, y el de sus sucesores tienden á la confusion de los productos de los Aztecas y á trabajos que no les pertenecian; trabajos de un pueblo anterior á sus modelos, y que imitaron sin igualarle. Todos los relieves que se han descubierto no son del mismo estilo: los que decoran las pirámides de Papantla y Xochicalco, parecen menos bárbaros, que los restos existentes todavía en el punto de Texcuco. Los relieves de la enorme piedra designada y descrita por M. Humboldt bajo el nombre de calendario mejicano, ofrecen un carácter que parece mas particularmente azteca: los círculos concéntricos, las divisiones y subdivisiones innumerables, están allí trazadas con exactitud matemática, y en el detall de esta escultura se descubre el gusto por las repeticiones de las mismas formas, ese espíritu de órden, ese sentimiento simétrico, que entre los pueblos medio civilizados reemplaza la aficion á lo bello.

No sucede lo mismo con los relieves hallados en Oaxaca, Mitla, Palenque y Yucatan. Ya no se ven allí figuras de hombres tan rechonchos, pero se ven formas humanas mas perfectas. Es en verdad, el producto de otra civilizacion mas superior como lo ha reconocido Mr. Humboldt, á la de los habitantes del valle de Méjico.

No obstante, si el exámen de las esculturas de los Aztecas, no es favorable á sus artistas; sí asombra su ignorancia, su rudeza y su incorreccion; si sorprende su estado bárbaro, ese estado en un pueblo, que parecia mejor que otro, ocuparse de él con interés; que multiplicaba los ídolos, las estátuas, las piedras esculpidas, y las pinturas históricas; preciso es esplicar tan estraña condicion por la ferocidad de sus costumbres; por la deplorable influencia de un culto sanguinario: por el peso tiránico de los príncipes, de los sacerdotes y señores particulares; por los sueños quiméricos de la astrolojía, y por el uso de la escritura simbólica. Todas estas causas entretenian el gusto de las formas incorrectas y horribles.» El carácter de la figura humana, dice M. Humboldt, desaparecia, bajo el peso de las vestiduras, de los cascos de cabezas de animales carnívoros, y de serpientes que enroscaban el cuerpo. Un respeto relijioso por los signos, hacia que cada ídolo tuviese su tipo individual, del cual no era permitido separarse. Era así, que el culto perpetuaba la incorreccion de las formas, y el pueblo se acostumbraba á estas reuniones de partes monstruosas, que se disponian, no obstante, segun ideas sistemáticas.

La astrolojía, y la manera complicada de designar graficamente las divisiones de los tiempos, eran la causa principal de estos desvíos de imaginacion. Cada acontecimiento parecia influido á la vez por los jeroglíficos que presidian al dia, á la media década, ó al año. De aquí la idea de aglomerar signos, y de crear esos seres puramente fantásticos, que hallamos repetidos tantas veces, en las pinturas astrolójicas llegadas hasta nosotros.

El jenio de las lenguas americanas, que semejantes al laconismo del griego y de las lenguas de oríjen jermano, permite recordar un gran número de ideas en un sola palabra, ha facilitado sin duda estas raras creaciones de la mitolojía y de las artes imitativas.

En el exámen de las pinturas aztecas deben distinguirse las que son anteriores á la conquista, las copias hechas desde del año 1530 hasta el fin del siglo diez y seis: en estas es

(1) V. las lám. 10 y 28.

notable el progreso: las figuras son mas esbeltas, los miembros se separan del cuerpo, el ojo no se presenta ya de frente cuando las cabezas se ven de perfil, las figuras ya no están agrupadas á estilo de procesion; se las ve en accion, y la pintura simbólica, que recuerda los acontecimientos mas bien que no los espresa, se trasforma insensiblemente en una pintura animada, que solo emplea algunos jeroglíficos foneticos propios para indicar los nombres de las personas y de los sitios (1).

Entre los monumentos de la industriosa paciencia de los Aztecas, es preciso poner en primera línea aquellos mosaicos de plumas que causaban la admiracion de todo el Anahuac, y escitaron la agradable sorpresa de los Españoles. Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Torquemada, Sahagun, y mas de otros veinte, no saben de que espresiones valerse para ensalzar dignamente tan delicado trabajo. En manos de los Aztecas, las plumitas de los picaflores de España tomaban mil formas, mil matices diversos, y las unian tan perfectamente por medio de un licor gomoso, que todo el cuadro parecia una capa de pintura; pero de una pintura viva, brillante, admirablemente matizada, y notable sobre todo por la variedad de las tintas. Estos mosaicos que remedaban á la naturaleza con grande propiedad, estaban á muy subido precio: los reyes, los grandes y los ricos podian solamente comprarlos: figuraban en primer término para los regalos mas apreciables, y con tal título se consideró su mérito entre los objetos raros que se presentaron á Cortés por Motezuma, con la esperanza de desviarlo de su viaje á Tenochtitlan. En el Mechoacan fué en donde esta dificil industria se llevó al mas alto grado de perfeccion. Allí se ha continuado mas de dos siglos y medio despues de la conquista. Dícese que á la mitad del siglo diez y ocho solo quedaba un viejo de Pazcuaro de la numerosa sucesion de artistas aztecas que hicieron las delicias de aquella edad.

La lengua azteca se estendia desde los treinta y siete grados hasta el lago de Nicaragua sobre una lonjitud de cuatrocientas leguas. Los Toltecas, los Chichimecas, de los cuales descienden los habitantes de Tlascacala; los Alcolhuas, y los Nahuatlacos la hablaban tambien. Aunque menos sonora que la de los incas, es todavía la que mas jeneralmente se halla estendida entre los indios de la Nueva España. Es capaz de espresar las ideas mas abstractas, filosóficas y relijiosas, sin necesidad de recurrir á palabras estranjeras (2). Tiene muy pocos monosílabos; se distingue por lo largo de sus palabras, y diversas trasformaciones que se las puede dar. Hay voz que tiene diez y seis sílabas, y carece de superlativos: el modo comparativo se forma con ciertas partículas, como en algunas lenguas de Europa: abunda mas que el italiano en aumentativos y diminutivos, mas que el inglés en voces abstractas. De todos sus verbos puede hacer nombres, y tiene pocos sustantivos y adjetivos que no pueda convertir en verbos, y dejen de ser el producto de alguna abstraccion. Sus reglas simples, fijas é invariables compensan las dificultades que nacen de su escesiva abundancia, tanto mas notable, cuanto que carece

(1) Todo hace presumir, que á esta última clase pertenece el cuadro geroglifico que representa las emigraciones de los Aztecas, que hemos descrito. V. páj. 12 la nota. Lo mismo puede decirse de la pintura que representa los trajes de los tiempos de Motezuma, cuyo rasgo se reproduce en la lám. 32.

(2) Despues de la lengua Azteca, la Otomia, es la que mas jeneralmente se habla en méjico; sin embargo estan lejos ambas lenguas de ser las únicas de aquella estensa comarca. Se eleva su número á mas de veinte, y de estas hay catorce que tienen su gramática y diccionarios bastante completos. Existen impresas once gramáticas de la lengua Azteca. He aqui los nombres de las otras lenguas. Tarasca, zapoteca, misteca, maya, ó del Yucutan, totonaca, popoluca, matlazinga, huasteca, mixa, caquiquela, taraumara, tepehuana, y cora. Esta grande variedad de lenguas prueva una grande variedad de razas y de orijenes. La mayor parte de estas lenguas están lejos de ser dialectos de una sola, algunos autores lo han falsamente supuesto. Difieren mas entre ellas que el persa y el aleman, ó el francés y las lenguas eslavas.

de las consonantes B. D. F. G. R. y S. Multiplica los sonidos que arrojan las letras L. X. T. TL. TZ. Z. Ningun nombre empieza por la letra L. y todos tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son jeneralmente dulces, y ningun sonido nasal se percibe en su pronunciacion. Conoce perfectamente el modo de variar las palabras, segun estas espresan la accion, ó el resultado de la accion. Se acomoda fácilmente al estilo de la conversacion, lo mismo que á las fórmulas de la etiqueta mas ceremoniosa. Sus matices de política y sumision son infinitos, y muchas causas contribuyen á la escesiva lonjitud de sus palabras. Una de las mas frecuentes se encuentra en la manera de formar el plural, lo que se practica redoblando la primera sílaba, y la adicion del final *Tin*. Algunas veces se hace esta duplicacion al centro de la palabra. Esta facultad de componer las palabras, tenia felices aplicaciones en la botánica y zoolojía, pues permitia indicar de una sola emision, el jénero, la calidad y el empleo del objeto, como asimismo sus costumbres y hábitos. En jeografía cada nombre de lugar anunciaba tambien su situacion, su naturaleza, y el rasgo mas caracterizado de su historia (1).

Clavijero hace un pomposo elojio de los talentos oratorios, y del jenio poético de los Aztecas. Se acostumbraba prematuramente á los jóvenes destinados á las embajadas, recitar largas arengas sobre materias políticas. Estas alocuciones tenian formas y modales finos, y cierto estilo oficial del que no podian separarse.

Como en el antiguo Méjico las causas se juzgaban sumariamente, y por piezas, el arte de hablar bien, era inútil entre los pleiteantes. Los poetas, muy numerosos y mas bien considerados en Texcuco que en Tenochtitlan, se ejercitaban sobre objetos relijiosos y guerreros, cantaban las maravillas de los cielos y de la tierra, los deberes de los hombres en las diversas condiciones de su vida y la gloria de los reyes y de los vencedores. Los sacerdotes, sobre todo, se contaban en primera línea entre los poetas, y obligaban á los alumnos seminaristas á recitar sus versos. Lo que se nos cuenta del teatro de los Aztecas, no es de naturaleza á formar de él una alta idea. Sus dramas no eran otra cosa que la representacion material de la naturaleza. Ocupabanse con las enfermedades humanas, y en tan miserables farsas, se veian como actores los ciegos que iban á tropezar contra los sordos: sordos que respondian desconcertadamente: cojos que andaban con las manos, gritando: jorobados que se encorbaban para aparecer mas contrahechos: enanos que marchaban de puntillas haciendo visajes. Todos estos infelices, hacian alarde de chocarrerias en público, sobre terraplenes cuadrados muy altos cerca de los templos, ó en los mercados. Otros actores, en el mismo teatro se dejaban ver disfrazados de osos, micos, escarabajos, sapos, tigres, cocodrilos, lagartos y serpientes. Con semejantes interlocutores júzguese del espíritu del diálogo. Pero aun nos falta considerar la intelijencia mejicana bajo un aspecto mas noble.

Herederos de la civilizacion de ese pueblo desconocido que ellos llamaban Toltecas, los Mejicanos habian alcanzado conocimientos astronómicos bastante estensos, particularmente para una nacion bárbara aun, tres siglos antes de su conquista, y que arrastró largo tiempo una vida de esclavos y de pobres pescadores; pero esta astronomía, lejos de tener las mismas aplicaciones que en los pueblos civilizados del viejo continente, solo servia entre los aztecas, á los usos de la vida civil, y al ejercicio del culto relijioso. Es probable que la division del tiempo fuese la misma que la del antiguo Anahuac, ó aproximadamente como aquella. Reglaba el órden de sus dos calendarios el civil y el solar, cuyos nombres significaban literalmente « *cuenta del Sol*, *cuenta de la luna*.»

El año solar se componia de trescientos sesenta y cinco dias, divididos en diez y ocho meses de á veinte dias, mas cinco complementarios

(1) Esto puede verse en la pintura de la emigracion de los Aztecas, de la cual hemos tenido muchas veces ocasion de ocuparnos.

añadidos al último mes y nombrados *nemontemi*, es decir vacios ó inútiles. Las criaturas nacidas durante estos dias aciagos estaban amenazadas de un mal destino, creiase que la dicha no se habia creado para ellas.

Estaba el año representado en sus pinturas por un círculo en cuyo centro se veia una figura. indicando la luna iluminada por el Sol, y al rededor los emblemas de los diez y ocho meses arreglados segun el órden del calendario. Cada uno de estos meses se hallaba dividido en cuatro periodos de á cinco dias. Trece años componian un siclo (Tlalpilli), análogo á la indiccion romana: cuatro *tlalpilli*, un período de cincuenta y dos años (Xiuhmolpilli, ligadura) indicado jeroglificamente por un lió de cañas atadas con una cinta. Dos períodos de cincuenta y dos años componian un *huehuetiliztli* (vejez) ó siclo de ciento y cuatro, que no tenia jeroglifico. El año civil de los Aztecas concluia en el solsticio de invierno; en esta época, en que el sol valiéndome de la espresion sencilla de los primeros frailes Españoles, renueva su obra. En lugar de añadir como nosotros un dia cada cuatro años, los Aztecas intercalan trece dias cada cincuenta y dos años. Con la ayuda de este artificio, conseguian acordar su calendario con la marcha del Sol. Esta intercalacion de trece dias daba lugar á la gran fiesta secular ó conmemoracion, descrita por todos los historiadores de la conquista, y de la cual hemos recordado algunas ceremonias (1).

El principio del año variaba entre el 9 y el 28 de enero. El dia civil se contaba desde la salida del sol; se dividia en ocho intervalos, y de estos habia cuatro determinados por la salida, y puesta del astro y los dos restantes por sus dos pasos por el meridiano.

Un círculo dividido en cuatro partes, indicaba al jeroglifico del dia. Las horas debian ser jeneralmente desiguales, como las horas planetarias de los judíos.

Las épocas del dia y de la noche, que corresponden poco mas ó menos á nuestras horas 3, 9, 15, y 21, tiempo astronómico, no tenian nombre particular. Para designarlas, hacian los Mejicanos lo que nuestros labradores, señalaban el punto del cielo siguiendo la carrera del sol de Oriente á Occidente, y el jesto que hacian iba acompañado de estas notables palabras « *Iz teolt* » allí estará Dios; locucion que recuerda la epoca dichosa en que los Aztecas, no conocian todavía otra divinidad que el sol, y no tenian culto alguno sanguinario.

En cuanto al calendario ritual, solo tenian la tabla jenealójica de las fiestas, manual eclesiástico de la celebracion del culto. Algunos retazos se encuentran en casi todas las pinturas jeroglificas. Presenta una serie uniforme de pequeños períodos de trece dias, número que ofrecia en sus múltiples, los medios de mantener bastante bien la concordancia entre los dos almanaques civil y relijioso (1).

(1) Los Aztecas reunian en lo que llamaban *ruedas* de medio siglo *xiuhmolpilli*, la serie de los jeroglificos, que indican el ciclo de cincuenta y dos años. Una Serpiente enroscada mordiendose la cola, circunvala la rueda, y marca con cuatro nudos las cuatro indicciones ó *Halpilli*. En esta rueda de cincuenta y dos años, la cabeza de la serpiente anuncia el principio del ciclo. No sucede lo mismo con la rueda anual; la serpiente no rodea en ella los diez y ocho geroglificos de los meses, y nada cáracteriza el primer mes del año. Los años se distinguian por los nombres de *Tochtli* (conejo), *acatle* (caña), *tecpatl* (pedernal ó quijarro), y *calli* (casa).

(1) En Gomara, Valdés, Acosta y Torquemamada se encuentran nociones vagas y á menudo contradictoriás acerca de los diferentes calendarios que usan los Aztecas. Torquemada que pasó cincuenta años de su vida entre los indios, ha trasmitido en su *Monarquía Indiana* hechos preciosos. Lastima es que su ignorancia y su supersticiosa credulidad no le hayan permitido someterlos á una severa critica. Se ha servido de los manuscritos de los tres relijiosos franciscanos Bernardo de Sahagun, Andres de Olmos, y Toribio de Benavente, los tres contemporános de la conquista; pero lo que, aun mas que todas sus obras, ha contribuido á sacar nueva luz sobre los acontecimientos astrónomos de los Aztecas, es el descubrimiento de ese monumento de que hemos hecho mencion ya, aquella enorme piedra de porfido pardo-negruzco de doce pies de diámetro, su peso 24,400 Kilogramos, llena de caracteres relativos á las fiestas relijiosas,

Estas aplicaciones de una ciencia astronómica, comparativamente adelantadas y todos los demás hechos que hemos copilado en este rápido relato del antiguo Méjico, nos demuestran su estado social, material é intelectual, infinitamente superior al de las otras naciones de América del Norte. El Méjico era entónces para esta parte, lo que el Peru era para la América del Sur. Sin embargo, quien juzgase esta civililizacion, por las solas relaciones de los conquistadores, de los antiguos viajeros, y de los primeros historiadores, formaria ciertamente una idea exajerada, caeria en errores ridículos. Los nombres mas pomposos, las comparaciones mas brillantes, y los elójios mas absolutos, se agolpan en tropel, bajo la pluma de los primeros observadores, y se aplican á falta de un razonado aprecio á monumentos, á instituciones, á reglamentos de administracion, á productos artísticos, muy inferiores en verdad á lo exájerado de sus relatos, lo que es menester no perder de vista en el exámen de las antiguas narraciones del imperio de Motezuma.

La hora fatal, la hora de las luchas encarnizadas va á dar luego paso á este Rey. Una cuarta parte del siglo habia entónces trascurrido desde el dia en que Colon habia conducido los Europeos al nuevo mundo. Durante este período habian sido sucesivamente descubiertas las Antillas, ocupadas por los Españoles, y visitados algunos puntos de la costa firme. De todas las islas conquistadas, Cuba por su importancia, y suposicion occidental, llamaba la atencion de aquella multitud de hombres venidos de las Españas en busca de fortuna y de gloria. Esta colonia progresaba bajo la administracion sabia y paternal de Diego Velazquez, el mismo que la habia sometido. En este tiempo se hallaban allí reunidos varios oficiales, antiguos compañeros de Pedro Arias Davila, llegados á Darien á causa de los sucesos que en él turbaron el reposo. Resolvieron, pues, tentar una espedicion de descubrimientos, porque la inaccion no podia convenir á unos aventureros tan emprendedores. Propusieron á Francisco Hernandez de Córdova el ponerse á la cabeza. Este rico hidalgo aceptó y contribuyó con una buena suma á los gastos del armamento. Compráronse tres buques, dos por la reunion de la sociedad, y el tercero por el gobernador Velazquez, quien no contento con autorizar tan bella empresa, contribuyó tambien á ella de su propio peculio. La flota tenia por primer piloto á Antonio Alaminas ó Alaminos, natural de Palos, hábil navegante que habia servido desde sus tiernos años con Colon. Hiciéronse á la vela el 8 de febrero de 1517 y apenas hubo Alaminas doblado el cabo de San Antonio, cuando hizo rumbo hácia el oeste, confiado con la palabra de su antiguo almirante, de que hácia aquella parte debian descubrirse nuevas tierras. Tenia razon, pues al cabo de veinte y un dias de peligrosa navegacion, distinguieron la punta oriental de la península de Yucatan, á la que Colon se habia anteriormente aproximado, y de la cual se separó por una falsa indicacion. Esta punta de tierra recibió entónces el nombre de Cabo de Catoche, y despues ha sido conocida con el de punta de las Dueñas. Tal fué el principio del descubrimiento de la Nueva España. Delante de nosotros, dice Bernal Dias, se mostraba á dos leguas de la costa una poblacion mas considerable que ninguna de las Ciudades de Cuba, y que recibió el nombre de *Gran Cairo*. Cinco canoas hechas de un solo tronco de árbol y llenas de indios vinieron á bordo. Subieron sin miedo alguno: iban vestidos de tela de algodon, escedian

y á los dias en que el sol pasa por el Zenit.

Hallóse en 1790. entre los cimientos del antiguo Teocali. Ha servido para aclarar puntos dudosos, para llamar la atencion de los indígenas instruidos en el calendario méjicano.

Para formarse una idea exacta de este calendario, es necesario consultar la Memoria que el Sr. Gamba ha publicado en Méjico sobre el almanaque de los Aztecas, y la serie de sus meses y y el hermoso trabajo de M. Humboldt sobre el mismo objeto. En las noticias de estos dos sabios, se hallaran detalles curiosos, que la naturaleza de esta historia nos ha obligado á abreviar ó suprimir.

en decencia á los de cuba que jeneralmente van desnudos. Presentóse al dia siguiente su jefe con doce canoas, é invitó al comandante á bajar á tierra, lo que se ejecutó con todas las precauciones convenientes; pero la astucia de los Indios triunfó de la prudencia de los Españoles. Fueron estos introducidos en una emboscada en que algunos disparos de flechas les causaron quince heridos, y sin la mosqueteria hubieran salido muy mal parados de este encuentro. Los Indios eran bravos y bien armados de lanzas, de arcos, de broqueles, y de una especie de espada guarnecida de piedras cortantes, ó mas bien cuchillos de piedra. Llevaban corazas muy espesas de algodon, semejantes á una camisola de tela acolchada: sus cabezas estaban adornadas de plumas, y se batian bien y con órden. No lejos de este campo de batalla se elevaban algunos edificios de masonería cuyas piedras estaban unidas con argamasa de cal. Estos edificios manifestaban tener un destino relijioso. Veíanse asimismo un gran número de ídolos de tierra cocida, observándose en todos ellos algo de monstruoso. Se hicieron prisioneros dos indios y fueron bautizados con los nombres de Julian y Melchor. En lo sucesivo sirvieron de intérpretes. Dejando esta desgraciada orilla, vemos á Hernandez estenderse sobre la costa, descubrir á Campeche, y surjir en seguida cerca de un pueblo nombrado Pontonchan; tiene otra accion con los Indios, que le matan cuarenta y siete hombres; vese obligado á quemar uno de sus buques por no tenerjente para su maniobra. Vémosle en seguida dirijirse á las costas de la Florida, siempre atacado por los naturales, volverse al puerto de Caraenas en la Habana, y morir allí diez dias despues de su llegada.

Esta espedicion, que costó la vida á cincuenta y seis Castellanos, debia producir resultados de importancia, pues hacia conocer una nueva tierra al oeste de Cuba habitada por hombres mejor vestidos, mas bien armados, y mas valientes que los de las islas ocupadas hasta entónces. Todo hacia presumir que pertenecian á una nacion mas civilizada, con su culto público, sus templos, sus sacerdotes, y una organizacion regularizada. Suponíanse tambien grandes riquezas en esta nueva comarca, y esto solo bastaba para continuar el descubrimiento. Velasquez lo tomó á empeño, pues debia proporcionarle honor, fortuna y poder. Hizo armar tres navíos y un bergantin, montados por doscientos cincuenta Españoles, y algunos Indios de Cuba. Juan de Grijalba tomó el mando de la espedicion, y su direccion se confió al mismo Alaminas, piloto de Hernandez y depositario de las buenas tradiciones del gran Colon. Siguióse al principio el rumbo que ya se habia hecho, dirijiéndose á Yucatan. Tomaron tierra en la isla de Cozumel ó Cozumil, distante pocas millas de aquel, y huyeron todos sus habitantes á escepcion de dos ancianos que encontraron escondidos en un campo de maiz. Ocho dias despues de esta descubierta, se puso la escuadra á la vista de Pontonchan sobre la costa opuesta de la península. El deseo de vengar la muerte de sus compatriotas allí sacrificados, cuando el viaje de Hernandez, y la necesidad de esparcir el terror del nombre español entre los pueblos de aquellas rejiones, determinaron á Grijalba á desembarcar toda su jente. El ataque de los Indios fué rechazado, y la ciudad ocupada por los Españoles, quienes pudieron convencerse, que en los habitantes de este pais hallarian enemigos mas temibles que los que habian encontrado en las islas. Dejaron á Pontonchan y continuaron su camino hácia el oeste, sin perder de vista la costa cuanto era posible. Veian de continuo pueblos, cuyas casas construidas de piedra blanca, eran elevadas; campos cultivados, y terrenos muy ricos y variados: no se cansaban de admirar tal espectáculo. Grijalba vió tambien en las cercanías de Boca de Términos, templos llenos de ídolos con figuras de mujer, de serpiente, de cierva y de conejo. A la embocadura del rio Tabaseo, al que los Castellanos dieron el nombre de su

jeneral los Indios se mostraron todavía hostiles, disponiéndose á impedir el desembarco de Grijalba y su jente, á tiempo que este les mandó palabras de paz, invitándoles á que le proporcionasen víveres, y se sometiesen á su rey. Los Indios como prudentes respondieron que estaban prontos á entablar comercio de cambios con los Españoles, pero teniendo ellos un rey, lo que era suficiente, no se hallaban dispuestos á recibir otro. No dejaron de advertirle á Grijalba que diez y seis mil hombres armados estaban dispuestos á apoyar esta esplicacion, y á batirse con los suyos, si intentaba ponerles un nuevo dueño por la fuerza. Como el jefe español se manifestó muy satisfecho de esta contestacion, el cacique indio le hizo un distinguido recibimiento. Lleváronle víveres en abundancia, pan de maiz, pescado y caza; quemaron á su presencia goma copal sobre carbones encendidos en un hornillo de arcilla, estendieron en el suelo piezas de algodon y capas de la misma tela, para que pudiese descansar con sus oficiales con mayor comodidad. En fin el cacique le regaló pedazos de oro cortado en formas de pájaros, lagartos y peces, y tres collares con granos de oro, y como le preguntase de dónde venia aquel metal, respondiéronle *culua*, *culua*, palabras cuyo significado no comprendieron entónces los Españoles: sin embargo el temor de los vientos en una rada abierta aceleró su salida. Sucesivamente reconocieron la isla Agualunco que nombraron la Rembla, y los rios Tonala y Guazacualco: apercibieron la Sierra-Nevada, aquellas alturas cubiertas de nieve, espectáculo nuevo en rejiones tan ardientes. Alvarado, uno de los capitanes de la flota, descubrió el Papaloava, conocidó despues bajo la denominacion de rio Alvarado, llegando por último á la embocadura del Rio-Vanderas en la provincia de Guaxaca, en donde vieron desplegadas por primera vez las banderas blancas de Motezuma. Allí fué en donde oyeron hablar de la estension de su imperio que les era desconocido, de su poder y de sus riquezas, y de cuya existencia no recelaban Este monarca, dice Bernal Diaz, habia tenido conocimiento de la espedicion de Córdoba, y del combate de Pontonchan, por medio de pinturas trazadas sobre retazos de tela de algodon.

Sabia tambien nuestra llegada, y habia mandado á sus oficiales nos proveyesen de oro en cambio de granos de vidrio y algunos artículos de quincalla que apreciaba mucho, y sobre todo tomar de nuestras personas y fuerzas, así que acerca el objeto de nuestro viaje, todas las aclaraciones posibles. Así obraba aquel rey bajo la malhadada influencia de la antigua profecía relativa á la llegada de hombres blancos y barbudos, salidos de las rejiones de donde el sól nace. Nos convidaron, pues, á bajar á tierra, y el capitan Montejo, que recibió la órden de desembarcar con diez y nueve hombres, fué perfectamente acojido por el gobernador de la provincia. Este, rodeado de un séquito de oficiales, y criados que llevaban provisiones, estaba sentado sobre una estera bajo la sombra de unos árboles. Se nos invitó por señas á hacer lo mismo, pues por desgracia nuestros dos Indios de Yucatan no sabian el mejicano. Instruido Grijalba de tan honroso recibimiento, desembarcó con toda su jente, y conocida su graduacion, fué el objeto de las mas distinguidas consideraciones. Contestó á esta civilidad distribuyendo baratijas de Europa tan apreciadas de aquellos naturales, que en cambio de ellas recibió varios objetos de oro muy bien trabajados, y por valor de quince mil escudos. Tomó posesion de este hermoso pais en nombre de Cárlos Quinto, dándole el de Nueva-España. Los Españoles sentian dejarlo, solicitaban de Grijalba se formase en él un establecimiento; pero él, demasiado escrupuloso, y fiel observador de las instrucciones de Velazquez, se creyó obligado á vencer sus propios deseos, rechazó los de sus compañeros de viaje, cediendo á las órdenes que tenia por absolutas. Hízose á la vela, continuando su rumbo al oeste, aun-

que alejándose muy poco del continente: reconoció dos islillas y vió otra tercera, la de los sacrificios, que le pareció poblada. Aquí tuvieron los Españoles por primera vez á la vista, el horrible cuadro de las víctimas humanas, que la bárbara supersticion de los naturales ofrecia á sus dioses. Cinco cadáveres de hombres, degollados al parecer el dia anterior, descansaban sobre una especie de altar bastante elevado, abierto por todos lados, y al que se subia por unos escalones. Esta construccion que no se asemejaba á la de los templos de Yucatan, era la de los *Teocalis* mejicanos. Los Españoles hallaron tambien los mismos edificios, los mismos ídolos é iguales sacrificios en la isla de San Juan de Ulua ó Ulloa, en la que seguidamente tomaron tierra. Allí obtuvieron nuevas noticias sobre el continente americano que se estendia á su vista; acerca de Méjico, su gobierno y culto. Vieron la horrorosa imájen de una de las principales divinidades americanas. Cuatro sacerdotes con capas negras, semejantes á los hábitos de nuestros dominicos, dice Bernal Diaz, fueron á recibirles, y ofrecerles el incienso copal á su entrada en el templo en el que acababan de ser inmolados dos mozos jóvenes. Ansioso Grijalba de augurar la posesion de estas comarcas no por vana ceremonia, sino por nuevas instrucciones, deseaba obtener un refuerzo, y víveres de que tenia gran necesidad, y sin cuyos ausilios, no podia pensar en ningun jénero de colonizacion. Despachó á Alvarado cerca de Velazquez para que instruyese á este gobernador de su situacion, pidiéndole sus órdenes, haciéndole la relacion del viaje, y ofreciéndole el oro, y las curiosidades que habia recojido. En este mismo tiempo Velazquez mandaba á Olid, uno de sus oficiales, en busca de Grijalba, cuyo paradero le inquietaba. Olid y Alvarado llegaron juntos á Cuba: el primero por no haber podido atravesar las costas de Yucatan, y el segundo, deseoso de comunicar descubrimientos importantes. Grande fué la cólera de Velazquez cuando supo que ningun establecimiento se habia comenzado, pues aunque habia prohibido cualquiera empresa de este jénero, por el miedo de indisponerse con la audiencia de Santo-Domingo, se lisonjeaba que su posicion seria adivinada, y que Grijalba tomaria sobre sí la responsabilidad de una desobediencia que un feliz resultado debia absolver. Mientras acusaba de inepto á tan fiel oficial, no cesaba este de servirle con lealtad, y aunque sus tripulaciones habian disminuido y debilitado su valor, continuó esplorando las costas del imperio mejicano. Descubrió las montañas de Tustla y de Tuspan: llegó á las costas de Panuco sembradas de ciudades populosas: por todas partes observaba con cuidado, y reunia numerosos y útiles documentos de estos nuevos paises. Empleaba todo su valor y sus fuerzas para repeler los ataques de los Indios, y no abandonó su esploracion hasta el momento en que, falto de víveres y de hombres para la maniobra, le declaró su piloto Alaminas que ya no podia sostenerse en la mar. Hizo vela hácia el puerto de Santiago (Cuba) á donde llegó el 15 de noviembre de 1518.

Este viaje, el mas largo y feliz que los Españoles hayan jamás emprendido en el Nuevo-Mundo, fué tambien el mas útil en grandes resultados: confirmó que el Yucatan no era una isla como se habia creido hasta entónces, y dió en su dilatada estension de costas dependientes de Méjico, detalles exactos y enteramente nuevos; no solamente reveló la existencia de este vasto imperio, sino que aun proporcionó una parte de las nociones que debieran facilitar su conquista. Complacido Velazquez de un resultado que escedia sus esperanzas, se apresuró á noticiarlo á la Isla Española á los P P. Jerónimos por medio de Juan de Salcedo, y de enviar á España su capellan de honor Benito Martin con la mision de solicitar nuevos poderes para sucesivas empresas, y hasta para la conquista de la grande comarca mejicana. No olvidaba sus intereses personales en la hipótesis de un

acontecimiento que miraba como infalible. Sus peticiones le fueron concedidas, y no obstante, sin aguardar la vuelta de su enviado, se ocupó del armamento necesario para la grande espedicion. Parecia natural que Grijalba fuese el designado para mandarla; los soldados lo deseaban; pero Velazquez no le perdonó el haber comprendido mal sus intenciones, y desatendió los servicios del solo hombre bastante desinteresado para hacerle el sacrificio de su gloria, y sin embargo solicitaba un militar que poseyese todas las virtudes de los conquistadores, sin el defecto de la ambicion. Buscando este fenómeno de modestia y de valor se dirijió á Baltasar Bermudez que lo rehusó. Tres parientes suyos que llevaban el mismo apellido de Velazquez, hicieron otro tanto. Un hombre á quien conocia muy bien le fué entónces propuesto y fuertemente recomendado por Amador de Lara, tesorero real de Cuba, y Andrés de Duero, su secretario. Este hombre se llamaba Hernan Cortés (1).

Este Cortés, uno de los últimos héroes de España, nació en Medellin pequeña ciudad de Estremadura, en el año 1485. Su padre D. Martin Cortés de Monroy, caballero sin fortuna, lo destinaba al estudio de las leyes. A los catorce años lo envió á la Universidad de Salamanca. Allí se mostró vivaz é intelijente pero inaplicado, y opuesto al yugo de toda disciplina. Bien pronto, disgustado de la vida académica, de esa vida sin accion, volvió al seno paterno, en donde se entregó á la diversion de la caza y á montar á caballo; y cediendo asimismo al ardor de su temperamento, se dió á intrigas amorosas, que no desconocia desde su infancia, ni olvidó en todo el curso de su vida.

(1) Bernal Diaz pretende que Lara y Duero estaban convenidos con Cortés, que si en virtud de sus recomendaciones le proporcionaban el mando en Jefe, dividirian entre ellos por iguales porciones la parte que tocaria al jeneral, ya fuese en el botin, ó ya en el oro, plata y jeneros que se cojiese á los indios. El mismo autor asegura, que no era cuestion de colonizacion la empresa que trataban de poner en manos de Cortés.

La carrera de las armas era la única que llamaba su atencion, y por la que se sentia inclinado. La España era entónces muy belicosa y caballeresca: acababa de aniquilar el poder de los Moros; el estandarte del Islamismo ya no ondeaba en los muros de sus ciudades, y el suyo en manos de Gonzalo de Córdoba se levantaba con honor en Italia. En el ejército de este gran capitan se alistó Cortés como voluntario, despues de obtener el competente permiso. Iba á incorporarse á él, cuando una grave enfermedad le detuvo en casa su padre. Esta circunstancia, que miró como un mal irreparable, fué el oríjen de su fortuna. Hubiera tenido que trabajar mucho en Italia para sobresalir en medio de infinitas reputaciones militares que rodeaban á Gonzalo que era la superior. Otro campo de batalla, el Nuevo-Mundo que Colon acababa de dar á la España, se le iba á ofrecer como el teatro de su gloria y fortuna, y de mas fácil acceso. Por otra parte encontraba un protector lleno de benevolencia en Nicolás de Obando, pariente suyo, gobernador de Santo Domingo. Fuese en su busca, y recibido como hijo le colocó en un empleo lucrativo con lo que parece que la ambicion de Cortés debia quedar satisfecha, pero los jenios de su temple, tienen su lugar marcado por la providencia en los grandes sucesos del mundo, y nada puede desconcertar sus destinos. Cortés se hallaba disgustado en el centro de un reposo sin gloria, y se asió de la primera coyuntura para salir de él. Hízose inscribir en la lista de los atrevidos aventureros que debian acompañar á Ojeda, é iba á partir para la desastrosa espedicion de Darien, cuando otra enfermedad, que parecia un nuevo favor de la fortuna, le detuvo en Santo Domingo, y no pudo salir de allí sino para acompañar en 1511 á Diego Velazquez en su espedicion á Cuba. Allí se distinguió de tal manera que á pesar de algunas disputas violentas con su jefe, obtuvo de él una amplia concesion de tierras y de Indios, especie de recompensa (como lo nota Gomara) que se daba vo-

luntariamente á los aventureros del Nuevo-Mundo, que se habian distinguido con acciones brillantes. Cortés se habia casado con la hermana de un caballero de Cuba llamada Catalina Suarez á la que amaba ciegamente, y de la que tuvo un hijo que Velazquez sacó de pila. Tambien recibió Cortés en esta ocasion nuevas gracias del gobernador, y hubiera llegado á ser muy rico, sin su aficion á gastar en lujo y representaciones, de cuyos gustos participaba su esposa. Ejercia el encargo de alcalde en la capital de la isla, cuando sus amigos lo propusieron para jefe de la espedicion.

Aunque no hubiese todavía mandado en jefe, su reputacion de valiente entre los valientes, de astuto político y hábil administrador, cualidades de que habia dado las mejores pruebas en ocasiones varias, daban las mas lisonjeras esperanzas. Se le consideraba como un hombre capaz de muchas cosas. Aquel fuego de la juventud, que tantas veces lo habia arrastrado á estravíos peligrosos, se habia convertido en una infatigable actividad dirijida hácia ocupaciones útiles. La impetuosidad de su carácter habia cambiado en vigorosa franqueza de soldado. Sabia el arte de fraternizar todas las voluntades con la suya, de adquirir el sufrajio de sus rivales, de ganar la confianza y gobernar el espíritu de los hombres, pues nada le habia escaseado la naturaleza de cuanto puede seducirles. Disposiciones jenerosas, una liberalidad grande y bien calculada, una discrecion á toda prueba, una conversacion siempre amena, y jamás ofensiva, una palabra pronta, rápida, eléctrica, una figura agradable, un talle elegante, modales muy finos, una mirada viva y penetrante, una destreza estraordinaria en los ejercicios militares, con una constitucion física capaz de sostener las mas grandes fatigas. He aquí las brillantes cualidades que sedujeron menos á Velazquez, que la idea de la posicion de Cortés, pues creyó que todas ellas no le permitirian jamás aspirar á su independencia, lo que prueba que Cortés, en el número de sus talentos políticos poseia el arte de disimular ante todos su escesiva ambicion, y sus grandes proyectos de conquista.

Apenas se supo su nombramiento, movieron los descontentos sus resortes para que se revocase. Un tal Cervantes, al servicio de Velazquez, en clase de imbécil ó bufon, fué el primer instrumento que emplearon. Cuéntase que en un dia de corte ú obsequio, habiendo el gobernador puesto á Cortés á su derecha, el bufon esclamó: « Grande alegría para mi amo Diego, ah, ved ahí el hermoso Capitan que perderá la flota. » Otra vez el mismo loco viendo á Velazquez y Cortés pasearse juntos, repitió aquella misma idea, y dijo en alta voz. « Nuestro gobernador ha hecho, en verdad, una escelente eleccion. Muy pronto necesitará otra flota, para mandarla en persecucion de esa. » ¿ Oye V. lo que dice este hombre? Preguntó Velazquez. Es un loco, contestó Cortés, dejémosle hablar. » La prediccion del loco se cumplió al pié de la letra.

Sin embargo, Cortés no perdía un momento, pues, en cuanto recibió su nombramiento, se vió en la puerta de su casa ondear la bandera, mandando publicar un pregon, á son de trompeta, convidando reclutas voluntarios para la espedicion. Tal era la confianza que á todos inspiraba, que cuantos valientes contenia la isla, aventureros, oficiales veteranos en la guerra y jóvenes militares, deseosos de ganar honor y fortuna se pusieron á sus órdenes. Buscaba Cortés entre la multitud á los antiguos compañeros de Grijalba, que tuvo la dicha de reunir casi en su totalidad. Empeñó sus tierras y sus Indios para subvenir á los gastos de la espedicion, y adelantaba los preparativos, como un hombre que sabia cuanto podia temerse de la actividad de sus enemigos, y de los caprichos de Velazquez.

No se equivocaba su celo, su asiduidad para llenar su mision fueron armas creadas contra él. Poniendo su bolsillo á disposicion de oficiales que no podian equiparse convenientemente segun su clase, acudiendo á

las necesidades del soldado, y comprando de sus propios fondos provisiones de boca y guerra, vió se le acusaba de un desprendimiento interesado, y de abrigar un proyecto para asegurarse un imperio absoluto sobre sus tropas. Tan repetidas murmuraciones llegadas á los oidos de Velazquez cambiaron sus disposiciones, aunque sin darse por entendido á Cortés de cosa alguna, y estos dos hombres se separaron con todas las apariencias de la mejor intelijencia, lo que demuestra por ambas partes el mismo talento y disimulo.

Salió Cortés de Santiago de Cuba en 18 de noviembre de 1518. Fué á la Trinidad, pequeño establecimiento en la misma costa, para completar su armamento. Allí encontró provisiones y refuerzos que le hicieron muy al caso, pues el enojo de Velazquez comenzaba á estallar: habia revocado la comision de Cortés, y espedido secretamente órden de prenderlo, pero, arrestar á un Jeneral en medio de un ejército dispuesto todo á sostenerle, no es posible sino con fuerzas superiores. ¿Qué podia hacer solo un honrado correjidor? Intimar la órden, rogar su cumplimiento, y dejarlo partir, que fué lo que sucedió.

Despues de haber reunido Cortés los voluntarios que esperaba de diversos puntos de la isla, y recibido el completo de municiones de que estaba muy mal provisto, se dirijió á la Habana, para hacer otra leva de soldados, y concluir su aprovisionamiento. El despecho de Velazquez le alcanzó allí tambien. Este implacable é ya descubierto enemigo, mandó por su teniente Barba, hombre de confianza, una órden formal para prender á Cortés á quien calificaba de traidor al Rey, y que se lo mandasen bien custodiado á Santiago, como criminal de lesa-majestad: invitaba tambien á todos los oficiales a prestar mano fuerte para la ejecucion de esta medida, haciéndoles responsables de su desobediencia. Tambien se dirijió á ellos Cortés, comunicó á las tropas reunidas la órden de Velazquez, indicó la bajeza de sus celos, y se entregó en sus manos. Los oficiales y soldados, impacientes de marchar hácia las ricas rejiones, en las que fundaban sus mejores esperanzas; ellos que habian empeñado sus fortunas por abordar tan aventurada empresa, indignados de la conducta del gobernador, levantaron un confuso murmullo, y suplicaron al jeneral se mantuviese á su cabeza; prometiéronle una entera obediencia, juráronle seguirlo por todas partes á donde los condujese, y verter hasta la última gota de su sangre defendiéndole, y amenazando de muerte á los que osaren poner en duda su autoridad, y oponerse á la ejecucion de sus grandes designios.

Dejemos á Velazquez entregado á todos los remordimientos, á todos los proyectos de venganza de una mentida confianza. Dejémosle ocupado en los medios de arrestar á Cortés dentro el término mismo de su campaña, oponiéndole una espedicion rival, y no abandonemos ya al intrépido Español, y á los bravos que marchan con él á la conquista de Méjico. Sabíase por Grijalba, que los ejércitos de aquel pais eran numerosos y no carecian de valor. ¿Es pues una grande armada Europea montada sobre cien navíos la que va á medir sus fuerzas con las de la gran de nacion americana? No, toda la flota de Cortés, esta flota que ha apurado todos los recursos del gobernador de Cuba; todos los capitales de los aventureros que la montan, se compone de once buques de los cuales al mayor de ellos se le honra con el título de Almirante, y solo es de cien toneladas, como uno de nuestros barcos costaneros: tres son de setenta ú ochenta toneladas, y siete barquillas sin puentes. Esta flota lleva seiscientos diez y siete hombres, de los cuales hay quinientos ocho soldados y ciento nueve marineros y obreros, divididos en once compañías distinguidas por los nombres de los buques, y cada una mandada por un capitan, que tambien lo es de la embarcacion. En este corto número de combatientes, no hay mas que trece soldados armados de mosquetes, treinta y dos de arcabuces, y

el resto de espadas y picas. En lugar de las armas defensivas usadas en esta época en nuestra Europa, que en un pais tan cálido hubieran embarazado, los soldados de Cortés solo llevan cotas de malla de algodon mostreado, como los naturales que van á combatir; corazas lijeras, aunque suficientes para amortiguar el golpe de la flecha americana: diez y seis caballos es toda la fuerza de caballería, diez pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes toda la artillería de este reducido ejército.

Pero en este batallon sagrado están los Sandovales, los Alvarados, los Morlas, los Olides, los Lopez de Avila, los Pachecos, los Bernal Diaz, todos hombres de armas, jóvenes y viejos acreditados en mil encuentros, todos dignos del jefe que les manda, y todos resueltos á vencer ó morir. Cada uno de estos hombres puede desafiar masas mejicanas, y se cree seguro de triunfar desde el momento que ha sacado su espada para combatir. Al valor caballeresco, á la sed de oro, se une la exaltacion relijiosa. En su estandarte hay pintada una gran cruz, y como en el *labarum* de Constantino, se leen por debajo estas palabras proféticas: «*Sigámosla, con esta enseña vencerémos.*» Los piadosos aventureros se escitan á esta cruzada, hablando entre ellos del honor de convertir infieles y de la dicha de robarlos. Robo y conversion, tesoros é induljencias, he aquí lo que han menester y parten para esta grande y peligrosa empresa, lleno el corazon de confianza en la santidad de su causa, en la fuerza de sus brazos y en la proteccion del cielo.

Cortés se hizo á la vela el 10 de febrero de 1518. Siguió la ruta de Grijalba, y abordó la isla de Cozumel. Alvarado se habia adelantado dos dias y apenas habia desembarcado con su jente se entregó esta al pillaje, apoderándose de algunos habitantes, de joyas de mal oro y de provisiones de boca, pero Alvarado fué severamente reprendido, y Cortés empezó á demostrar su política, que era la de procurarse ausiliares mas bien que enemigos en la guerra de invasion que meditaba. Conquistar el pais por sus mismos habitantes es el rasgo mas sobresaliente de su táctica. Por semejante medio le verémos, á pesar de las antipatías relijiosas, y de su propio fanatismo, que era el de su época, atraerse sucesivamente aliados, y aun á los mismos súbditos de Motezuma.

Cortés no tenia intérprete, y aquí que era el principio de su campaña, le proporcionó una feliz circunstancia este indispensable medio de comunicacion. Supo que cuando el viaje de Córdoba, los Indios de los alrededores del cabo Catoche, pronunciaban alguna palabra en castellano. Ocurrióle que podia haber algunos prisioneros españoles, sospecha que le confirmaron mercaderes de Cozumel, asegurándole, que pocos dias antes habian visto uno de esos hombres blancos, y les habia hablado. Al momento formó Cortés el proyecto de librar á sus compatriotas. Envió á los mercaderes con muchos regalos para tratar del rescate, y al mismo tiempo, dos de sus barcos con unos veinte soldados mandados por Diego de Ordas, recibieron órden de cruzar las aguas del cabo Catoche para apoyar el servicio de esta comision, que partió llevando una carta de Cortés concebida en estos términos: «Caballeros y hermanos: me han informado aquí en Cozumel que sois prisioneros de un cacique; como un favor os pido que os reunais á mí. Os envio una embarcacion y soldados con todo lo necesario para vuestro rescate: mi jente tiene órden para aguardaros ocho dias. Venid prontamente á buscarme, de mí recibiréis asistencia y proteccion. Aquí estoy con once buques y quinientos soldados, y me propongo con la ayuda de Dios ganar á Tabasco, Pontonchan, etc.»

Los mercaderes hicieron sus dilijencias, y dos dias despues de su partida, entregaron esta carta á un hombre blanco llamado Jerónimo Aguilar, con todo lo que necesitaba para su rescate. Aguilar se avistó al instante con su amo, quien con el mayor placer aceptó tan bellas dádivas, y le concedió la libertad. Seguidamente se fué á casa de otro español tambien

prisionero como él que habitaba en la misma vecindad y le dijo: ¿Quieres ser libre, Alonso Guerrero? Puedes serlo, he aquí tu rescate; á que Guerrero contestó; hermano Aguilar, soy casado tengo tres hijos, soy cacique y capitan de guerra: en cuanto á vos, idos en nombre de Dios: yo tengo el rostro marcado, las orejas perforadas como un Indio. ¿Qué pensarian de mí los Españoles, si me viesen de este modo entre ellos? Ved mis tres hermosos muchachos, los amo tiernamente; solo os ruego me deis para ellos algunos de esos collares verdes con granos de vidrio que poseeis, y decid que mi hermano me los ha enviado desde su pais natal. La mujer de Guerrero, oyendo esta conversacion, montada en cólera, tomó parte en ella diciendo: ¿Qué es esto? ¿Cómo? ¿viene este miserable esclavo á seducir á mi marido y arrebatármelo? Váyase enhorabuena. Vanas fueron las instancias de Aguilar, y viendo á su compatricio inmutable, se unió á los mercaderes, y se dirijió hácia el punto de la costa, en donde se hallaban estacionados los dos barcos de Cortés. Pero ya habian trascurrido los ocho dias, y Ordas se habia reunido á la flota; viéndose el desgraciado Aguilar obligado á volverse á casa de su amo el Indio. Entretanto Cortés desconsolado con la buelta de los dos buques, hubiera preferido prolongar su detencion en la Isla, para aguardar á los mercaderes, mas siéndole preciso continuar su rumbo, se hizo á la vela, y cuando ya perdia de vista á Cozumel, un viento contrario le obligó á volver á él. El buque que llevaba las provisiones de la espedicion habia sufrido grandes averías, y se ocupaban en repararlo, cuando á la siguiente mañana descubrieron una canoa que atravesaba la bahía viniendo del continente. Reconociéronse los mensajeros de Cortés, y con ellos algunos Indios, y ya preguntaban por los Españoles cuando un especie de salvaje negro y manchado pronunció estas palabras *Dios, Santa Maria, Sevilla*. Este hombre fué conducido á presencia de Cortés, y se sentó en el suelo, como sus compañeros, á la usanza india. Preguntó Cortés en donde estaba el Español, á lo que aquella especie de salvaje contestó. Aquí está: delante lo teneis. Mucho alegró su llegada, quitáronsele los viejos arapos que le cubrian mal sus espaldas, y le dieron otros vestidos: hiciéronsele nuevas preguntas, y se supo que se llamaba Aguilar, nativo de Écija. Habia estudiado para clérigo, y entrado en las órdenes; que volviendo de Darien á Santo Domingo con quince Españoles y dos mujeres fué destruida su embarcacion por un fuerte huracan, y se habia hundido con diez mil duros que llevaba en oro: que Aguilar y sus compañeros, apoderados del bote, esperaban ganar á Cuba ó la Jamaica, pero las corrientes los arrastró á las costas del Yucatan en donde los caciques se los repartieron. Algunos de ellos los mas gruesos y frescos fueron sacrificados, otros murieron de enfermedad, y las dos mujeres perecieron á impulso de los trabajos. Aguilar se escapó, y despues de ocho años de tal acontecimiento habitaba en casa de un cacique del cual era esclavo. Que lo que sabia del pais era muy poca cosa, por haber estado siempre empleado en los trabajos domésticos y cultivo de los campos, sin haberse podido alejar mas de cuatro leguas de la costa. Que en cuanto á Guerrero, no conservaba de España mas que el nombre, pues tanto por sus costumbres, como por sus hábitos, vestido y figura, parecia un Indio del pais: se habia identificado completamente con aquella vida y todas sus maneras; se habia casado con una de aquellas naturales, y tomado á pecho los intereses de su tribu que mandaba, y á la que mas de una vez habia dado la victoria: se tenia por el mas bravo de sus guerreros y estaba á su cabeza en el ataque de los Indios contra las tropas de Córdoba.

Esta última parte de la relacion de Aguilar hizo á Cortés sentir vivamente no tener á Guerrero entre sus manos, siendo probable que hubiese mas bien empleado sus servicios, que hacer de él un ejemplar. Puede calcularse así, por la asiduidad con que

procuró desde luego ganar el afecto de Aguilar, nombrándole su intérprete.

En el intervalo de los ocho dias que esperó su llegada, pasó Cortés revista á su jente y les arengó, indicándoles hasta el punto que lo creyó conveniente, en sus ulteriores proyectos: si les hizo ver los peligros de la empresa, tambien les indicó lo que debia arrostrar su audacia. Los habitantes de Cozumel vivian en perfecta intelijencia con los estranjeros. Los caciques, los sacerdotes y la alta aristocracia del pais, los miraban sin desconfianza. Cortés creyó que con ellos le era permitido atreverse á todo: escojió los objetos mas venerados para hacer el ensayo de su poder: poseia la isla un famoso templo; las tribus del continente llegaban allí peregrinando, y se encontraban hombres de todas naciones que hablaban idiomas diferentes. Cortés se acercó tambien con sus oficiales, y los sacerdotes vestidos de ceremonia salieron á su encuentro, teniendo en las manos la copa en que ardia el incienso, pero el orgulloso Español no se presentaba allí para adorar, sino para derribar los ídolos. Aun hizo mas, mandó á los mismos Indios que los hiciesen pedazos. Estos hombres temblorosos aguardan que los dioses van á vengarse, pero los dioses se dejan destruir, sin que ni un Español reciba el menor daño. Suponiendo entónces vencidas sus divinidades por el Dios de Cortés, los pobres Indios rodean al Padre Juan Diaz para que les celebre la misa, y diga en seguida un sermon en castellano del cual no entendieron una sola palabra. Los ídolos destruidos fueron reemplazados por una gran cruz de madera, por las imájenes de la Vírjen y de los santos, y Cortés al alejarse de Cozumel, hace prometer á los Indios que respetarán todos estos objetos sagrados del culto católico, y á este precio les asegura su proteccion.

Continuando siempre la flota las huellas de Grijalva, llegó algunos dias mas tarde á echar el ancla en la embocadura del rio Tabasco; allí se halló en presencia de sus primeros enemigos. El sitio era favorable á la defensa. Algunos remadores de Africa cubrian las orillas del rio, cuyas aguas bajas no permitian avanzar mas que pequeños barcos. Canoas tripuladas de Indios armados se preparaban al combate. Doce mil guerreros reunidos en Tabasco (su capital) á media hora de allí, ciudad defendida por parapetos y palizadas, estaban preparados para rechazar á los Españoles: estos no sabian á que atribuir estas hostiles disposiciones, tan diferentes de la acojida hospitalaria que habian hecho á Grijalva en el año anterior, pero luego supieron que aquel buen recibimiento habia sido vituperado á los habitantes de Tabasco por los de Pontonchan, como un acto de cobardía, y quisieron por lo mismo aprovechar la primera ocasion que se les presentaba para rehabilitarse en la opinion de sus vecinos. Así que, la elocuencia de Aguilar enviado por Cortés al jefe de Tabasco no produjo resultado, habiendo sido necesario apelar á la fuerza y á la superioridad de las armas, mediando algunos ataques que sucesivamente fueron obligando á aquella honrada jente á pedir la paz. Habian disputado el terreno palmo á palmo protejidos por barricadas, quebradas y malezas, pero sucumbieron en los llanos de Ceutla el 18 de marzo de 1519. La victoria disputada fué completa y entera: el estampido del cañon aterró á los que se salvaron de la metralla: algunos soldados de caballería con sus largas espadas cayeron sobre los pobres Indios desnudos y apelotonados, y decidieron la batalla. Gomara pretende que uno de los apóstoles, San Pedro ó San Jaime, combatió bajo la forma humana de Francisco de Morla, uno de los mejores caballistas del ejército. Bernal Diaz que no era el menos valiente y cristiano de ellos, nos asegura que no fué permitido á un pecador como él presenciar tal prodijio. Le creemos bajo su palabra. Los Indios perdieron en esta accion mas de mil de los suyos, y mucho mayor número fué el de los heridos. Estaban completamente desmoralizados; se imajinaban que los cañones eran seres animados, y que el caballo y su jinete

eran un solo hombre. Cada vez que esta especie de monstruos relinchaban les imploraban como á otros tantos dioses irritados, y sus miembros temblaban. Con tales disposiciones se resignaron á ponerse á voluntad del vencedor, y los principales de entre ellos se llegaron al campo de Cortés á suplicarle les permitise enterrar sus muertos, para que no fuesen comidos por los leones y jaguars. Al dia siguiente se presentaron dos caciques vestidos de ceremonia al jeneral para concluir la paz; ofreciéronle incienso, pidiéronle perdon de lo pasado, y se reconocieron vasallos de la corona de España sin saber cual era el empeño que contraian, y prometiron abrazar la relijion católica, luego que comprendiesen algo de sus dogmas. Esto no impidió á Bartolome Olmedo, capellan de Cortés, para que allí mismo les catequizase y bautizase algunos de ellos, que se prestaron de buena voluntad á tan augusta ceremonia. Concluido el tratado, una nueva diputacion vino á ofrecer presentes al vencedor, iguales á los que habian hecho á Grijalva; añadiendo el regalo de veinte hermosas jóvenes, recomendadas por su destreza y habilidad en los trabajos domésticos, y sobre todo en el arte de fabricar el pan de maiz. Estas jóvenes beldades repartidas entre los capitanes y principales oficiales de Cortés recibieron el bautismo en el mismo dia en que el piadoso reconocimiento del jeneral, queriendo perpetuar la memoria de su triunfo y honrar con él á la madre de Dios, cambió el nombre de Tabasco con el de Santa María de la Victoria. Estas mujeres fueron las primeras cristianas del nuevo continente, las primeras Americanas que partieron el lecho con los vencedores. Una de ellas llamaba la atencion de todos, rodeada de sus compañeras hubiérase dicho que era una reina en medio de su corte. La elegancia de su talle, la hermosura de sus facciones, su orgullosa mirada, lo natural de sus modales, y la nobleza de sus acciones, anunciaban un nacimiento distinguido, y las muestras eran inequívocas. Esta jóven India, que con el nombre de Marina, que fué el de su bautismo, hace un papel importante en la historia de la conquista, era hija de un cacique de Penalla en la provincia mejicana de Guaracualco. Marina perdió su padre siendo muy tierna, y quedó bajo el cuidado de una madre, que lejos de ser buena para ella, dedicó toda su ternura á un hijo habido en segundas nupcias. Con la idea de asegurar la sucesion á este hijo predilecto, ella y su nuevo esposo pusieron á Marina en poder de unos mercaderes de Xicalanco, é hicieron correr la noticia de su muerte. Los amos de Marina la vendieron en seguida á un cacique de Tabasco que la ofreció á Cortés. Aquí era donde la esperaba su buena suerte, esta le reservaba el corazon del conquistador, y el feliz destino de Cortés, le guardaba en Marina una querida obsequiosa, una hábil intérprete, una vijilante activa de los proyectos del enemigo, una consejera instruida de la política y costumbres del pais, y mas de una vez, una embajadora elocuente y astuta. Es probable que no habiéndose reservado Cortés en un principio, ninguna de las veinte jóvenes de Tabasco, no tardaria en unirse á Marina por los lazos del amor. La vemos junto á él desde que empezó la campaña (1) sin dejarle ya durante los

(1) Bernal Diaz pretende que fue primeramente presentada á un caballero llamado Fernandez Po tocarrero. que bolvió pronto á Castilla la vieja despues de haber quedado en Veracruz, y entónces la tomó Cortés, tubo de ella un hijo llamado Martin Cortés, que fué Comendador de la orden de Santiago. Mucho tiempo despues se casó ella con Juan de Xaramillo, oficial del Ejercito. En la época de la espedicion de Honduras (1524). Cuando Cortés atravesando el Guazacualco, llamó á todos los Caciques de la provincia, el padre y madre de Marina que governaban juntos su distrito, se hallaron en el número de los presentados. Marina estaba junto al Jeneral. Sobrecojidos de espanto al verla, se creyeron perdidos, y puestos de rodillas ante ella esclamaron llorando ,« Perdon.» Pero Marina aquella bella joven de noble corazon, se apresuró á levantarles del suelo y enjugar sus lagrimas: les dió la mas afectuosa acojida, les participó su alta fortuna y lo feliz que era, siendo cristiana, y esposa de un caballero tan distinguido como su marido, con cuya dicha, añadió, estoy mas orgullosa, que si hubiera llegado á ser soberana del

años de los combates que pusieron el imperio mejicano en poder de la España. Ella desempeñaba bien su lugar en el consejo, se la escuchaba con toda aquella atencion que se concede á los talentos superiores; el suyo era pronto, vivo, de estension, enérjico y fértil en recursos. En los dias de batalla, tenia toda la fuerza de ánimo de un hombre; en las negociaciones toda la sutileza, y flexibilidad de una mujer. Marina, además de la lengua azteca, sabia la maya, que se habla en el Yucatan y en Tabasco: aprendió el español en poco tiempo, y se espresaba en este idioma con suma facilidad. Marina fué la providencia del ejército de Cortés, y uno de los instrumentos mas poderosos de la caida de Motezuma.

Cortés tomó posesion del pais en nombre del rey de España, y no hallando oro en él, lo dejó para ir, despues de algunos dias de navegacion, á echar el ancla al puerto de San Juan de Ulua.

Apenas estaba la flota en el surjidero, cuando dos piraguas llenas de Indios abordaron la embarcacion del almirante. Uno de estos Indios se acercó respetuosamente á Cortés, y le anunció que venia de parte de uno de los comandantes del pais, y en nombre de Motezuma á informarse del objeto de su viaje, y ofrecerle todo lo que pudiese necesitar. Cortés con tanta política como el enviado, le contestó que nada necesitaba, que su viaje tenia por objeto visitar el pais, y hacer el comercio con sus habitantes, esperando que le verian allí con gusto. Esto pasaba en juéves santo, y Cortés que no perdia momentos, hizo al dia siguiente desembarcar la artillería, infantería y caballería, mandó poner los cañones en batería, y formar un campamento de tiendas que se elevó al instante en la orilla arenosa, y el estandarte real se desplegó por primera vez en el territorio mejicano.

En esta primera entrevista se halló Cortés muy embarazado por un incidente del cual previó todas las consecuencias. Aguilar, hasta entónces su intérprete, no comprendia una palabra de cuanto decia el enviado: este se espresaba en su lengua materna, la azteca, y Aguilar no hablaba mas que la maya. Ya Cortés empezaba á temer por lo respectivo al gran proyecto que meditaba, la lentitud é incertidumbre que nacen de las comunicaciones imperfectas, por la sola via de los signos y jestos; pero su inquietud fué de corta duracion: reparó á Marina hablando con los Mejicanos, y al instante conoció todo el partido que podia sacar de esta mujer india. Encargada pues de comunicar con el enviado y de traducir sus palabras en maya que Aguilar á su vez vertia á Cortés en español. Esta doble traslacion del pensamiento, no carecia de inconveniente por lo relativo á la exactitud; pero por fortuna, la intelijencia y raras disposiciones de Marina para el estudio de las lenguas salvaron este embarazo. Bien pronto estuvo en estado de no necesitar á Aguilar, y de verter directamente y en buen castellano la frase mejicana. Desde esta época datan sus relaciones íntimas con Cortés.

El dia de Pascua, dos caballeros de la córte de Motezuma, Teuhtlilo y Cuitlelpitoc, gobernadores de dos provincias marítimas inmediatas, se presentaron delante de Cortés con un séquito numeroso, y toda la pompa de una embajada. Cortés que tenia interés en impresionar los espíritus, los recibió con ceremonia. Por de pronto los convidó á una misa solemne que hizo cantar con música, despues los convidó á comer, y les declaró, que, vasallo del gran Don Cárlos, emperador del Oriente, y el mas poderoso de los reyes de la tierra, venia en clase de embajador á visitar á Motezuma, y concluir con él un tratado de paz y de amistad, lo que le obligaba á marchar desde luego cerca de su monarca, en cum-

antiguo imperio mejicano. Se separó de sus padres á los que hizo riquisimos regalos. Su madre y hermano, á su ejemplo, abrazaron la fé cristiana, y fueron bautizados, la primera con el nombre de Marta, y el segundo con el de Lazaro. Los Aztecas traducian el nombre de Marina por el de Malintzin, de donde los Españoles de Méjico han hecho Malinchi.

plimiento de su mision, no pudiendo confiar á nadie las cosas importantes que tenia que comunicarle. Los gobernadores, que sabian perfectamente la repugnancia de su rey á recibir estranjeros, adornaron con bellos cumplimientos una vaga respuesta á esta arenga; y como Cortés insistió en su resolucion, uno de los gobernadores le dijo: «¿Qué es esto? Apenas llegais ya quereis ver á nuestro rey. Recibid primero los presentes que os envia, mas adelante podeis pensar en otra cosa.» Estos regalos fueron ofrecidos con mucho aparato; consistieron en diez cargas de capas de tela de algodon adornadas de plumas, en varias alhajas, y otros preciosos objetos de oro y plata de un trabajo curioso y un valor considerable. Pero la vista de este oro y joyas produjo un efecto totalmente distinto del que se proponian los Mejicanos, pues aumentando la ambicion de los Españoles, les inspiró el mas vivo deseo de hacerse dueños de un pais que tantas riquezas producia. Cortés en seguida contestó á este regalo con otro, consistiendo en un sillon de brazos muy bien trabajado y pintado, cubierto de terciopelo carmesi, y adornado de una placa de oro, sobre la cual se veia á San Miguel matando al dragon, y varias piedras falsas primorosamente ornadas de algodon perfumado. Durante esta entrevista, algunos pintores mejicanos que hacian parte de la comitiva de los embajadores, estaban ocupados en dibujar sobre blancas telas de algodon, las embarcaciones, los caballos, la artillería, los soldados, y todo cuanto les parecia mas notable de los estranjeros. Sabiendo Cortés que estos dibujos iban á enviarse á Motezuma, quiso se diese á este rey una idea mas completa de lo que eran los Españoles, y de lo que podian hacer. Mandó tocar jenerala á los trompetas, á cuya alarma, los diferentes cuerpos de su ejército formaron al instante en batalla. Ordenó se ejecutase un simulacro: practicáronse cargas de caballería é infantería, sucediéronse juegos de sortija, carreras de caballos y de luchas: tronó por fin la artillería, las balas de cañon y la metralla silvaron por entre los árboles, cuyas ramas quedaban rotas. A tan espantoso estrépito, los Indios cayeron de terror, y algunos tomaron la fuga. Para ellos los hombres que manejaban tan terribles máquinas tenian el poder de los dioses. Los pintores empleaban todo su arte en representar estas cosas nuevas, y su imajinacion en inventar figuras y caractéres que pudiesen demostrar los prodijios de que eran testigos. Los embajadores obligados por el papel que representaban á ocultar su espanto lo disimulaban bajo apariencias de admiracion. Esta fiesta militar fué el principio de la destruccion del imperio.

Muy pronto supo Motezuma la resolucion de Cortés. La suya debió asimismo ser rápida y enérjica, promoviendo desde luego la guerra con todas las fuerzas de su imperio, en ocasion que los Españoles no contaban con un solo aliado, ni tenian un punto fortificado, ni provisiones, ni medios de adquirirlas, y por consiguiente ninguna esperanza de buen resultado en la invasion. Y por el contrario, toda contemporizacion les permitia estenderse en el pais, y aumentar sus fuerzas con ausiliares descontentos. Motezuma se decidió por el partido que mas favorecia á sus enemigos, entró en cuentas, y para tener á los sacerdotes adictos les invitó á que consultasen á los dioses. Respondiéronles aquellos que no debian admitirse los estranjeros, y Motezuma se apresuró á trasmitir esta respuesta por un embajador acompañada de magníficos regalos conducidos por cien hombres (1)

(1) En todos los escritores Españoles se encuentra el pomposo detall de este rico presente, compuesto de de telas de álgodon de una finura esquisita; de algunos mosaicos de plumas, representando animales. arboles y escenas de la vida domestica, de brazaletes, anillos, collares de oro, cajitas llenas de perlas, y piedras preciosas bien montadas, y dos grandes platos redondos, el uno de oro macizo, representando el sol, y el otro de plata representando la luna. Este último, si hemos de creer á Bernal Diaz valia solamente mas de 20000 pesos. Es probable que estos objetos estuviesen preparados para Grijalba, cuandesembarcó en el mismo punto el año anterior, y que se hallaban prontos cuando Motezuma

con objeto de suavizar lo desagradable del mensaje para con Cortés, pero las habia con un hombre de voluntad decidida, quien ya le juzgaba como enemigo á consecuencia de su apatía. Así que, ni los presentes de Motezuma, ni la habilidad de sus negociadores en nada cambiaron los proyectos del jeneral, declarando resueltamente á los enviados que tenia órden de ver á su amo, y la cumpliria. No debió satisfacerles esta respuesta. Ellos habian visto el poder de las armas españolas y miraban la guerra como el mas terrible de los males, y para evitarla en lo posible, rogaron á Cortés suspendiese su marcha, hasta el momento en que su amo y señor manifestase su última voluntad. No se equivocó tampoco Cortés en estas segundas señales de debilidad.

Hemos visto ya, que muchos años antes de la llegada de los Españoles, siniestros augurios interpretados por la ignorancia y el miedo, habian causado grandes trastornos en el alma de Motezuma. Ya no era este aquel príncipe prudente y firme, cuyo advenimiento al trono habia sido saludado con unánimes aclamaciones: era, á la época que citamos, un yugo muy pesado el de su mando para todo el Anahuac, y el poder vacilaba en sus manos. Cuando supo la negativa de Cortés por lo relativo á dejar el pais, como príncipe que era absoluto, y cuyas órdenes eran sagradas para tantos millares de hombres, no podia hacerse cargo de la audacia del estranjero; tomó por lo pronto una actitud enérjica, amenazó sacrificarlo á los dioses, pero este acto de cólera pasó como un relámpago, bien presto le reemplazó el miedo, llamó sus ministros á consejo, y resolvieron ensayar otra vez medios diplomáticos y nuevos presentes, en cuya virtud se despacharon los mismos embajadores al campo de Cortés con magníficos y superiores regalos.

No estaba tampoco aquel campo exento de alarmas; pululaban en él dos partidos. El uno compuesto de los amigos de Cortés, siempre dispuestos á arrostrarlo todo por él; y el otro lo formaba los partidarios de Velazquez, espantados de su desobediencia, y temiendo avanzar en un pais desconocido, sembrado de pueblos guerreros, sin seguridad de víveres, y sin plazas fuertes para una retirada. En medio de estas dificultades. permanecia Cortés inalterable, acariciando al soldado, mostrándose jeneroso con él, manteniendo su espíritu por medio de aquella palabra dulce y persuasiva, de aquella elocuencia militar, cuyo secreto poseia tan perfectamente. Se ocupaba en lisonjear todas las esperanzas, y en prepararlo todo para la invasion, cuando los embajadores de Motezuma se le presentaron, significándole la órden formal de dejar el pais, y poniendo á sus piés los ricos presentes de su señor. « Muchas gracias, dijo el jeneral, verdaderamente el rey de Méjico es un opulento monarca: son demasiado lujosos estos regalos para que dejemos de ir en persona á agradecérselos; » volviéndose luego hácia sus oficiales y soldados: «¿No es verdad, señores, que irémos á hacerle una visita? » Mas de cien voces respondieron á la vez: « Estamos prontos á marchar. » En este momento la campana anunció el *Angelus*: oficiales y soldados se hincaron de rodillas, y rogaron á la Madre de Dios les protejiese en los peligros, y les proporcionase ricos tesoros.

Al dia siguiente todo era soledad en los alrededores del campo de Cortés. Los Indios habian desaparecido: no se veia ningun viviente en las aldeas, habia cesado toda comunicacion. Los hombres del campo ya no traian víveres: los gobernadores de Motezuma habian abandonado el pais: creyéronse en los primeros dias de hostilidad. Los clamores de los partidarios de Velazquez, un momento acallados, se hicieron oir de nuevo: «¿Qué se quiere hacer de nosotros? esclamaban. ¿A dónde se nos quiere conducir con tan poca jente? Volvamos á Cuba en busca de armas, de munciones y de hombres. »

Diego de Ordaz, uno de los prime-

dió la orden al gobernador de su provincia para presentarlos á Cortés. A lo menos así debe inferirse de la relacion de Gomara.

ros oficiales de Cortés, llegó, en nombre de los descontentos, á dirijir á Cortés estas observaciones. El sagaz jeneral las escuchó tranquilamente, y dió órden al ejército de estar pronto para embarcarse al dia siguiente con direccion á Cuba. A tal novedad, la gran mayoría de los oficiales y soldados se conmovió, pues todo este grupo de aventureros veia sus esperanzas desvanecidas. La sedicion cundió en las filas, la amenaza salia de todas las bocas. Los emisarios de Cortés recorrian los puestos agriando con sus palabras á los menos coléricos, y animando aun á los mas exaltados. Todos pedian á Cortés, el cual no se hizo esperar mucho tiempo. Echáronle en cara su abandono, sus promesas violadas, la infidelidad que hacia á su misma gloria. Renováronle el juramento de seguirle por todas partes, y de morir ó triunfar con él, concluyendo por declararle, que si queria someterse á su rival podia marcharse solo, y ellos elejirian otro jeneral que lo reemplazase. Estas felices amenazas de abandono, estos juramentos de fidelidad, estos testimonios de amor y confianza, eran precisamente los que deseaba Cortés, quien finjiendo sorpresa. aseguró, no haber dado la órden de marcha, sino por conformarse con el voto del ejército, contrario á su opinion personal; « Pero ahora veo, añadió, que Ordaz me ha engañado. Ya sé cual es mi deber. Seguro de la confianza de mis camaradas, los conduciré á la conquista de Méjico, y distribuiré entre ellos sus riquezas.

A este mismo tiempo se acercaron cinco Indios á los centinelas avanzados del campo, pidiendo ser presentados al jeneral. Su lenguaje parecia un dialecto de la lengua azteca, bastante difícil de comprender. Marina, sin embargo, lo consiguió. Estos hombres eran enviados del cacique de Chempoalla, el cual habiendo sabido la grande victoria de Tabasco, y las maravillas de las armas españolas, rogaba á Cortés le ayudase para sacudir el yugo mejicano. Esta embajada era un favor del cielo. Por ella sabia Cortés, que ya podia contar con la defeccion de los tributarios de Motezuma, y que su ejército no careceria de auxiliares. Concedióles desde luego á los enviados lo que pedian, pero antes de marchar á Chempoalla, creyó deber organizar la colonia naciente, que tenia designio de establecer en aquella costa, dándola formas administrativas y judiciales, modeladas sobre las de la madre patria; iguales majistrados, iguales nombres, é igual círculo de poderes, la misma competencia, y las mismas atribuciones. Cortés en nombre del rey, y sin hacer mencion de Velazquez, nombró los primeros administradores. Inútil es añadir que los elijió entre sus mas íntimos amigos, mas adictos á su persona y mas fieles depositarios de sus pensamientos secretos. Calculando desde entónces crearse un mando independiente, hacerse reconocer jefe supremo, y nuevos derechos por la via de eleccion, tuvo cuidado de inquirir primeramente la voluntad del ejército, para asegurarse de su sufrajio. Curioso es el hecho que tomamos de Bernal Diaz. « Cortés, dice este veraz testigo de todos los sucesos de la conquista, habia entónces obtenido de Porto-Carrero, de Alvarado, de sus cuatro hermanos, de Olid, de Avila, de Escalante, de Lugo, y de mí mismo, así que de otros muchos oficiales y caballeros, la promesa de nuestro apoyo. Nos habíamos comprometido á elevarlo al mando en jefe é independiente. Montejo, ahijado de Velazquez, recelaba nuestro proyecto, y vijilaba todos nuestros movimientos. Una noche, ya bastante tarde, Porto-Carrero, Escalante y Lugo, pariente lejano de los mios, se llegaron á mi tienda y me dijeron: « Señor del Castillo, tome Vd. sus armas, y venga Vd. con nosotros á acompañar á Cortés que va á hacer la ronda.» Yo los segui, y al momento de haber dejado mi tienda, me dijeron que tenian que conferenciar conmigo, sin ser oidos de mis camaradas que pertenecian á la faccion de Velazquez. Uno de ellos me tuvo el siguiente discurso: « Señor del Castillo, es ahora la tercera vez que Vd. visita estos lugares á su peligro y riesgo. ¿Sabe Vd. que Cor-

tés nos ha engañado? ¿Qué nos aseguraba en Cuba, que tenia poderes para establecer una colonia, y no tenia mas comision que la de traficar? Estamos hoy seguros de esto. Nos será pues necesario volver á Cuba y entregar todas nuestras riquezas á Velazquez. Un gran número de los nuestros ha determinado aquí tomar posesion del pais, bajo el mando de Cortés, y en nombre de su Majestad; y hasta que la voluntad soberana nos sea conocida; Cortés será elejido nuestro jeneral, y esperamos que Vd. le dará su voto.» Al instante consentí en ello de la mejor voluntad, y acto continuo fuímos de barraca en barraca pidiendo votos para Cortés.»

Presentóse este un dia ante el consejo que él por sí habia creado. Los Alvarados, los Sandovales, los Olides y todos sus allegados, ocupaban los primeros puestos en aquella asamblea; y si se notaban uno ó dos partidarios de Velazquez, no figuraban allí sino para demostrar la libertad de las opiniones. Cortés se presentó con las señales del mas profundo respeto; pidió cortesmente la palabra, y dijo á la junta, que ella era la sola autoridad lejítima, única depositaria de los derechos de la corona, y cuyo lugar ocupaba; que habiendo sido revocados los poderes que habia recibido de Velazquez, se creia no estar autorizado para mandar, ni residir en él un derecho lejítimo para hacerse obedecer, rogando por consiguiente al consejo nombrase un jefe para mandar el ejército, y no oyese en semejante eleccion otro interés que el del rey y la conservacion de la colonia. Dicho esto, puso sobre la mesa la comision de Velazquez, besó su baston de mando, lo entregó en seguida al presidente, y se retiró á su tienda.

El desenlace de esta comedia política no se hizo esperar mucho tiempo. El consejo aceptó la dimision de Cortés, pero acto continuo fué elejido por unanimidad, en nombre del Rey, primer majistrado de la colonia, y jeneral en jefe del ejército. El consejo en cuerpo fué á buscarle para poner en sus manos el acta de su nombramiento. Como si Cortés no la esperase, la recibió con sorpresa y respeto, sometiéndola luego á la sancion del ejército, que la confirmó por aclamacion. Reducidos los descontentos al silencio por entónces, no tardaron en levantar la voz, pero estos, los Ordaz, Escuderos, y los Juan Velazquez, presos y arrastrando los hierros, se vieron en la necesidad de recurrir á la jenerosidad de su enemigo. Cortés ejerció en su favor, el mas hermoso privilejio del poder supremo, el de perdonar. Este fué el primer acto de su nueva autoridad, cuya gracia no recayó en hombres ingratos: Ordaz y Escudero fueron en lo sucesivo oficiales tan fieles, como amigos agradecidos.

Libre ya de los disgustos que ocasionan las disensiones interiores, se puso Cortés en camino para Chempoalla. Su reducido ejército marchaba con órden para precaver toda sorpresa, y dispuesto al combate. Dejaba con gusto las arenas ardientes y mal sanas en que habia permanecido, por un aire mas fresco y saludable en el interior. Iba á buscar aliados, y marchar con ellos á la conquista. Montejo uno de los capitanes de la flotilla á quien Cortés habia dado sus órdenes anteriormente para esplorar la costa, se dirijia al mismo tiempo hácia el punto que el mismo habia señalado mas conveniente para un establecimiento colonial. A tres millas de Chempoalla se hallaban, cuando veinte habitantes de aquella plaza marchando con gravedad se presentaron á Cortés y le ofrecieron *ananas* (piñas de India) y otras esquisitas frutas, y ramos de flores en nombre de su señor; el cual no venia en persona por impedírselo su estremada gordura. Uno de los caballeros Españoles se adelantó solo hasta el centro de la gran plaza, percibió una parte del palacio real, nuevamente blanqueado de cal, y brillante á impulso de los rayos del sol. A tal vista, el ambicioso castellano, cree tener delante de sí un palacio con muros de plata, y corre á toda brida para anunciar á sus camaradas este maravilloso tesoro. No tenia necesidad Chempoalla de este

prestijio imajinario, para parecer bella, era una de las ciudades mas grandes que los Españoles habian visto en el nuevo mundo. Unos la llamaron Sevilla á causa de su vasta estension, y otros Villa-Hermosa, por las muchas bellezas que encerraba. Nos dejó sorprendido, dice Bernal Diaz, la elegancia de sus edificios, y su ventajosa situacion. En medio de un rico paisaje, y de diversas plantaciones de árboles, poseia magníficos jardines, y durante el dia entero, una inmensa concurrencia de hombres y mujeres ocupaba sus anchurosas calles. Los Españoles fueron todos alojados en un vasto y hermoso edificio dentro el círculo del templo destinado á los estranjeros de distincion, y á los ministros de los ídolos; allí nos mantuvieron de todo lo necesario á espensas del cacique, que ya habia venido á la llegada de Cortés para cumplimentarlo, conducido en una litera, á causa de su enorme gordura. Despues de comer volvió á visitarle acompañado de la nobleza; ofrecióle mucho oro, y preciosos presentes, y quemó incienso á su presencia. Cortés le recibió perfectamente, lo abrazó, y le habló del poder de nuestro Rey, añadiendo que sus tropas, y su propia persona se hallaban dispuestos á auxiliarle contra sus enemigos, y que solo bastaba indicárselos. Estas palabras enardecieron al príncipe indio, y lanzando un profundo suspiro, se espresó así. « Que el pueblo Totonaco que era el suyo, libre é independiente de tiempo inmemorial, y gobernado por señores de su casta, habia caido en aquellos últimos años, bajo el yugo de Motezuma. Refirió con las lágrimas en los ojos la tiranía del Mejicano: las exacciones de sus oficiales de hacienda, que se llevaban todo el oro de su pais; que reducian á sus habitantes á la esclavitud, y despues los sacrificaban á los dioses: que se apoderaban de las jóvenes de su pueblo para los placeres de su Señor, y grandes de su corte. Añadió, porqué medios, y con qué alianzas se habia elevado la ciudad de Tenvehsitlan sobre todas las demás del Anahuac. Hizo la historia del humilde oríjen de los Aztecas, de los progresos de su poder, de la organizacion de su imperio de sus fuerzas y de sus riquezas.

Todas estas cosas eran nuevas para Cortés, y le instruian admirablemente de cuanto le era preciso saber para el mejor resultado de la campaña que iba á emprender. Prometió al cacique socorrerle, y que volveria á conferenciar con él sobre el asunto, lo que por entónces no podia ejecutar, por serle urjente trasladarse á Chiauitztla para examinar el estado de su flota, lo que oido por el cacique, y para darle un testimonio de su afecto, puso á disposicion de Cortés cuatrocientos hombres que condujesen sus equipajes. Entónces se supo por Marina que esta era la costumbre de los príncipes indios para con las personas de alta categoria que pasaban por sus estados, y á quienes querian obsequiar.

Chiahuitztla era una pequeña villa situada sobre una alta roca, á doce millas de Chempoalla, hácia el norte, y á tres del nuevo puerto en donde se hallaba entónces la flota española. Allí se hizo tambien llevar el jefe de los Chempoaslenes, quien temiendo que Cortés olvidase su promesa, iba á hablar con él nuevamente acerca de los medios de atacar al enemigo comun. Mientras ambos deliberaban se anunció la llegada de cinco nobles mejicanos perceptores de los tributos reales, con su comitiva. Estos emisarios llevaban en la mano gruesos bastones cortos, y unos abanicos para sacudirse las moscas de que solo usaban las jentes de calidad. Reprendieron agriamente á los dos caciques, por haber dado buena acojida á estranjeros sin permiso del Rey. En seguida, y para reparar tamaño crímen les pidieron veinte Indios, y otras tantas Indias, para sacrificarlas á los dioses. A tal novedad se consternó toda la villa: los caciques trastornados se consideraban perdidos. Cortés supo por Marina la causa de su turbacion, y dirijiéndose á los dos príncipes que temblaban á la presencia de los cinco colectores de

tributos, les dijo. » Apoderáos de sus personas y ponedlos en la cárcel. » Tan atrevida resolucion sobrepujaba su valor; temblaban aun con mas violencia. Vuelve Cortés á la carga, y los caciques, acosados por dos terrores iguales, se deciden por hacer conducir á un calabozo á los cinco orgullosos Mejicanos, quienes al entrar en la poblacion, no se habian solamente dignado mirar á los Españoles. Los presos custodiados por los Castellanos esperaban la muerte. Los caciques ufanos con la proteccion de Cortés le rogaban les permitiese sacrificarlos á los dioses, pero la política del jeneral era volverles la libertad, y hacerse de ello un mérito para con Motezuma, lo que ejecutó con destreza, ya fuese procurándoles de noche la evasion, ó bien reclamándoles para guardarlos en sus buques. Los caciques se conformaron con todo lo que quiso decirles para dorar esta astucia diplomática, cuyo principal objeto era el de manifestar al jefe Mejicano, que los Españoles se interesaban en la proteccion de sus súbditos, y ninguna parte tomaban en las revueltas de los Totonacos: revuelta que Cortés escitaba, sin embargo, por todos los medios posibles. Bien pronto se hizo jeneral. Todos los jefes de los pueblos dependientes de Chempoalla juraron odio mortal á Méjico. Los hombres tomaron sus armas de guerra, y se prepararon á seguir á los Españoles como aliados, cuando para ello fuesen llamados. El acto de obediencia y fidelidad de los Totonacos á las coronas de Castilla y de Leon, tuvo lugar delante de la bandera real Diego Godoy. Terminado este importante asunto, otros cuidados reclamaron la actividad de Cortés. Conocia éste la necesidad de un establecimiento permanente: de una plaza fuerte; de un puerto, de un lugar de refujio, en caso de una suerte contraria. El sitio indicado por Montejo, cerca del cual habia ido la escuadra, se hallaba en el territorio de los Totonacos. Era una llanura, yendo desde la mar á la montaña, como á doce leguas de Chempoalla. Aquí trazó Cortés el circuito de una ciudad. Edificóse primeramente la Iglesia, despues el Arsenal, luego los almacenes para las subsistencias y municiones; en seguida, cabañas ó viviendas alineadas en forma de calles: todo circunvalado de muros bastante fuertes para resistir á un ejército de Indios. Todos los Españoles, oficiales y soldados pusieron manos á la obra y fueron ayudados por sus nuevos aliados, los habitantes de Chempoalla. Esta poblacion recibió los nombres de Villa-Rica de Vera-Cruz, nombres que Robertson, espresa los dos principales ajentes de los Españoles, en todas sus empresas en el nuevo mundo; la sed del oro y el entusiasmo relijioso. (1)

En la época que se ejecutaban estos trabajos, la fama de Cortés se iba estendiendo por el interior del pais. Diariamente solicitaban nuevos jefes su alianza y venian á hacer su sumision. Mas de treinta poblaciones Totonaacas le ofrecian hombres de guerra para la conquista de Méjico. Cortés organizaba esta confederacion de príncipes Americanos, arreglaba sus diferencias, se interponia entre ellos y sus vecinos, impedia sus guerras sobre límites de territorio, y conservaba sus fuerzas para sí solo. Temblando Motezuma, al regreso de sus colectores de tributos, veia en Cortés su libertador, le contemplaba como un ser sobrenatural, y le enviaba nuevos presentes, suplicándole no fuese á visitarle. Dos sobrinos suyos á la cabeza de una diputacion de la nobleza del reino fueron encargados de esta mision, que no tuvo mejor efecto que las precedentes: no obstante que asustó á los aliados de Cortés, en particular al jefe de Chempoalla, el cual para

(1) Casi todos los historiadores reconocen solamente dos poblaciones de este nombre; la antigua y la nueva. Esto es un error: se cuentan tres. La primera es, la de que aquí se trata: fundada en 1519, cerca del puerto de Chiahuitztla, que mas tarde no conservó otro nombre que el de Villa-Rica. La segunda, la antigua Vera-Cruz, edificada en 1523, ó en 1524. Y la tercera, la Nueva Vera-Cruz, que hoy lleva el mismo nombre, que se edificó á fines del siglo diez y seis, ó en los primeros años del diez y siete. Felipe III le concedió título de ciudad en 1615.

estrechar mas y mas los lazos que le unian á los Españoles, ofreció al jeneral una sobrina suya en casamiento, y siete muchachas jóvenes de la nobleza con ricos dotes para sus oficiales. « Que se hagan Cristianas y reciban el bautismo, repuso Cortés, y las aceptaremos; y vosotros tambien haceos cristianos para bien de vuestras almas, y adjurad el culto de vuestros ídolos.» El cacique, que no esperaba semejante demanda, respondió : «Ni nosotros ni nuestro pueblo podemos renunciar á los dioses de nuestros ascendientes. Ellos nos dan frutas, flores y cosechas, nos protejen en los peligros, nos conceden una vida exenta de enfermedades, con todo lo que puede hacerla agradable. Esta fidelidad relijiosa pareció á los castellanos una obra del demonio. Cortés y sus soldados esclamaron á un tiempo: «destruid los ídolos de los falsos dioses, nuestro Dios, el verdadero Dios así lo quiere.» Los Indios entónces protestaron que jamás cometerian semejante sacrilejio, y ya se ponian en movimiento para defender sus divinidades, cuando Doña Marina declaró en nombre de Cortés, que á la primera flecha que se arrojase serian todos condenados á muerte. A la voz de esta mujer, y á la reverenciada de algunos sacerdotes rehenes de los Españoles y del cacique de Chempoalla, la multitud quedó inmóvil. En este mismo momento viéronse cincuenta soldados españoles subir á redoblado paso los escalones del templo cantando en coro *Gloria in excelsis Deo*, y luego con vigoroso brazo golpear los ídolos, hacerlos pedazos, y derribarlos al suelo. Aterrados los Indios á la vista de tal espectáculo, cubriéndose los ojos echaron á llorar. Sus sacerdotes, vestidos de largas túnicas negras con sus capillas en forma de capas de coros, semejantes, dice Herrera, á los relijiosos de santo Domingo, recojieron los ídolos mutilados, y se los llevaron con grande respeto. Cortés mandó en seguida vestir de blanco á estos sacerdotes idólatras, les hizo cortar sus largas cabelleras, dispuso se hallasen presentes á la metamórfosis de su templo en capilla católica. Laváronse las paredes manchadas de sangre humana, y se revocaron con cal, purificáronse segun el rito católico: se levantó un altar adornado de follaje: se le condecoró con la imájen de Jesús crucificado y de la vírjen María. En él se celebró la misa, y fueron bautizadas las ocho vírjenes indias, añadiendo Herrera, segun antiguos cronistas, que despues se llevó Cortés á su casa la sobrina del cacique y los oficiales á las otras siete jóvenes, para cohabitar con ellas, no sin sumo placer de las mismas. La guarda del templo fué confiada á un soldado viejo inválido llamado Juan Torres, se le vistió un traje de ermitaño, y quedó con el cuidado de entretener el altar con limpieza, encender los cirios, y predicar á los Indios sobre relijion. Este era el solo misionero que Cortés podia abandonar, sin debilitar su fuerza.

Hacia ya entónces tres meses que Cortés estaba en la Nueva-España, y si no habia principiado sus operaciones militares tenia preparado su éxito; ya granjeándose la adhesion del ejército, é ya procurándose auxiliares de los mismos Indios. Antes de ponerse en marcha, quiso prevenirse contra la intriga de las Córtes, contra la mala voluntad de Velazquez, y contra los zelos de algunos de sus oficiales. Pidió al rey por conducto de los majistrados de la colonia la ratificacion de las medidas tomadas, y nombramientos hechos; redactó el boletin de sus operaciones. Poseemos este curioso monumento de habilidad en la reunion de los hechos, y de talento para adornarlos. Cortés acompañaba este escrito de cuanto podia dar una alta idea de las riquezas del pais. Instó á sus soldados para que abandonasen lo que tenian derecho de reclamar por la parte de tesoros hasta entónces reunidos, á fin de poderlos enviar íntegros, y era tal su ascendiente en el ejército, que esta caterva de aventureros indijentes y ambiciosos, hizo sin pena tan jeneroso sacrificio. Este fué el regalo de mayor valia que jamás el Nuevo-Mundo haya hecho

á la España. Porto-Carrero y Montejo, principales majistrados de la colonia, elejidos para ponerlo á los piés del trono, se hicieron á la vela con absoluta prohibicion de tocar en Cuba.

Esta isla le era á Cortés temible. En ella su enemigo Velazquez, dueño absoluto, acababa de obtener el título de Adelantado, y la autorizacion de apoderarse de las tierras nuevamente descubiertas. Un buque salido de la Habana, conduciendo un refuerzo de dos oficiales, dos caballos y diez soldados habian desembarcado en Vera-Cruz y llevado esta noticia, lo que decidió á Cortés á penetrar desde luego en el interior del pais, y á ejecutar antes de su salida un proyecto que de mucho tiempo meditaba. Habia muchas veces vencido la sedicion, pero aunque comprimida, no estaba apagada. Sabia que varios soldados, cansados del servicio suspiraban por volverse á su pais, y desertarian al primer revés ó peligro. Ultimamente, vióse espuesto á disminuir sus filas por la desercion de muchos que se habian apoderado de un bergantin con el cual intentaban volverse á Cuba, habian sido descubiertos y castigados, pero semejante tentativa podia renovarse mientras la mar estuviese libre. Era pues preciso destruir la flota, y encerrar el ejército en el continente. Tomada por Cortés tan atrevida resolucion, fué ejecutada con suma destreza. Ayudado de sus pilotos que ganó anticipadamente, tuvo arte para persuadir á sus soldados que las embarcaciones estaban incapaces de sostenerse por mas tiempo en la mar. Exajeró la ventaja que iba á sacarse de un centenar de marineros entónces disponibles, y la feliz y poderosa influencia de esta nueva alternativa: conquistar ó morir. Las palabras de Cortés se dirijian á Españoles del siglo diez y seis. Por un consentimiento unánime los buques se sacaron á tierra é hicieron pedazos, y por un efecto de valor de que no hay ejemplo en las historias, algunos centenares de hombres, consintieron de buena voluntad, quedar encerrados en un pais enemigo entre naciones poderosas y desconocidas, privándose de otro medio de salvacion en el peligro por medio de la fuga, y sin reservarse otros recursos que una constancia inalterable y un valor á toda prueba.

Este ejército de bravos partió de Chempoalla el 16 de agosto para la conquista del grande imperio de la América del Norte. Componíase de cuatrocientos quince hombres de infantería, diez y seis caballos y seis piezas de artillería de campaña: los enfermos, inválidos y viejos quedaron en Villa-Rica de Vera-cruz para defensa de su naciente colonia, bajo las órdenes de Escalante, oficial viejo, pero valiente y adicto á Cortés. Doscientos Indios facilitados por el cacique de Chempoalla iban encargados de llevar los equipajes y la artillería, y otros cuatrocientos súbditos del mismo cacique acompañaban al ejército como auxiliares, número á que Cortés se habia limitado. Pero antes de seguirle en esta memorable espedicion y para mejor comprender sus detalles, echemos una ojeada sobre la division política del Anahuac, y sobre la estension del reino de Motezuma en 1519.

El Anahuac, esta grande rejion de la América del Norte, cuya denominacion no debe confundirse con la de Nueva-España, no habia tenido siempre los mismos límites. Reducida en su oríjen al solo valle de Tenotchtitlan, ó de Méjico, se estendia, en la época que nos ocupa, á todo el pais comprendido entre el catorce y el veinte y un grados de latitud. Además del imperio azteca de Motezuma, contenia el Anahuac las pequeñas epúblicas de Tlascala y de Cholula, el reino de Texcuco, el de Mechoacan, etc.

Es un error de Solis el haber estendido el reino mejicano desde Panamá hasta la Nueva-California. Las investigaciones del sabio Clavíjero nos han informado, que el *sultan de Tenochtitlan* no tenia bajo su dominio mas que un estado mucho menos vasto, limitado en las costas orientales, por los rios Guazacualco y Tuspan ó Tuzapan, y en las occidentales, por las llanuras de Soco-

nusco y el puerto de Zacatala. Sus fronteras al norte alcanzaban hasta el pais de los Huaxtecas (el Querétaro actual) y tocaban á las tierras de los bárbaros Otomias. Echando una ojeada sobre el mapa jeneral de la Nueva-España de Mr. de Humboldt, se vé, que segun estos límites, el imperio de Motezuma solo abrazaba las antiguas intendencias de Veracruz, de Oaxaca de la Puebla; y algunos puntos marítimos de la provincia de Valladolid. Puede calcularse su superficie en diez y ocho ó veinte mil leguas cuadradas.

Ninguna de las provincias comprendidas en Guatemala, y diócesis de Nicaragua y Honduras, ni la California dependian del imperio mejicano. Tampoco poseia sino un corto número de plazas fronterizas en la Chiada.

Al oeste de las posesiones mejicanas, se entraba en el reino independiente de Mechoacan, grande y estenso pais, comprendido hoy en el estado de Valladolid. Este poderoso reino, nada habia perdido jamás en las guerras con los Aztecas, y su civilizacion no estaba menos adelantada que la de aquellos; gozaba de un hermoso cielo y de un clima benigno; poseia ricos pastos, y tierras fértiles, y se estendia desde el rio Zacatula hasta el puerto de Navidad, y desde las montañas de Xala y de Colima, hasta el rio de Lerma y lago de Chapela, al oeste del lago de Texcuco. El rey de este nombre, aliado de los Mejicanos desde el año 1424, y no su tributario, tocaba al oeste el territorio de Tlascala, al sur, el de Chalco, y al norte, las tierras de los Huaxtecas: ancho de sesenta millas, por doscientas de lonjitud, apenas igualaba á la octava parte del reino azteca. Era uno de los estados mas antiguos del Anahuac, y anteriormente habia sido el mas considerable; pero sus guerras desgraciadas, reduciendo sucesivamente sus fronteras, no le dejaban sobre sus vecinos otra superioridad que la de la intelijencia, y la cultura de sus letras y artes.

El estado de Tlacopan (*Tacuba*), mucho mas reducido, pero protejido de los Aztecas y siguiendo su fortuna, se hallaba entre los lagos y el Mechoacan, y entre el valle de Toloncan, y el pais de los Otomias, casi no merecia el título de reino.

Aun era mas chica la república de Tlascala; su territorio rodeado por las posesiones de Méjico, Texcuco, Cholula y Huexotzinco, ofrecia apenas una línea de cincuenta millas del este al oeste, por otra de treinta millas de norte á sur. Esta república comprendida hoy en el estado de la Puebla, como el antiguo Cholulan, hace un papel demasiado importante en la conquista de Méjico, para que pasemos en silencio su oríjen, su estado social y político, y el carácter particular de sus habitantes.

Los Tlascaleños (probablemente tribu de la nacion chichimeca), pertenecen á los antiguos emigrados de las rejiones del norte, invasores de la llanura del Anahuac. Hállanse primero en el valle de Méjico, en el cual roban á sus habitantes sedentarios y agrícolas. Estos se reunen por un interés de comun defensa, y obligan á aquellos bandidos á buscar su fortuna en otra parte. Muchos de ellos se internan en los bosques, hácia el norte del valle, y se asocian á los pueblos cazadores, otra porcion se dirije al este y al sur, yendo unos á establecerse á la inmediacion de los volcanes de Popocatepetl y Orizaba, y los otros en mayor número toman el camino por Cholula, y van á construir sus cabañas de ramaje al pié de la gran montaña Matlalcueye. Allí se establecen despues de haber espulsadoá los Olmecas, y Xicalancos, antiguos poseedores de aquel pais. Al principio obedecieron al jefe que les habia conducido á la victoria, y fué su primer rey. Bien pronto sus chozas fueron un pueblo, que colocaron sobre un terreno elevado en medio de rocas de difícil acceso. No se limitaron á la construccion de una plaza fuerte, sino que, del centro de su distrito, hicieron un vasto campo atrincherado, aprovechándose con intelijencia de todas las irregularidades del terreno. Al occidente lo cerraron con fosos profundos, y anchos parapetos: al este, con una

muralla de seis millas de lonjitud; al sur, el alto Matlalcueye les daba una muralla natural, y hácia el norte, una cadena de ramajes de la cordillera les permitió establecer una línea de puntos inespugnables. En este recinto, muy al abrigo de las invasiones de sus vecinos, se civilizaron por el cultivo del suelo, y en él ejercitan de jeneracion en jeneracion el arte de la guerra para mantener su independencia. Desde dos siglos, tenia esta nacion las armas en la mano luchando contra sus vecinos, y alguna vez contra el poderoso imperio mejicano, que no habia podido conseguir humillarlos bajo su yugo, ni aun penetrar en sus fronteras. Hablaba la lengua de los Aztecas, tenia el mismo culto relijioso y sanguinario, las mismas supersticiones, iguales preocupaciones, las mismas artes, y casi la misma civilizacion. Tlascala en su odio mortal contra Méjico, era lugar de refujio para todos los enemigos del imperio. Las filas de su ejército se aumentaban con todos los proscriptos, y con cuantos vencidos se veian obligados á evadirse del cuchillo del gran sacrificador mejicano.

Los Tlascaleños orgullosos y valientes, no eran menos que sus enemigos. Su gobierno no era absoluto. La forma aristocrática y oligárquica habia prevalecido en un cierto número de familias nobles. La ciudad de Tlascala se dividia en cuatro cuarteles, gobernados por cuatro jefes, que lo eran tambien de cierta porcion de terrenos, lugares y aldeas dependientes de cada cuartel. La república se componia, pues, de cuatro estados federales, aunque pequeños, cuya capital y centro era Tlascala. Los gobernadores reunidos á las familias nobles, ejercian el poder lejislativo. Esta asamblea, senado de la nacion, hacia las leyes, los tratados de paz, los reglamentos de administracion pública, y declaraba la guerra. Los Tlascaleños, robustos y trabajadores habian utilizado todos los accidentes de sus tierras, propias para diversos cultivos; recolectaban mucho maiz. Su cochinilla era entónces la mas apreciada de todos los paises; y el comercio de cambios les proporcionaba lo que aquellos no producian. Sin embargo los que de ellos habitaban en la parte mas montañosa é ingrata del pais, conservaban las costumbres y el carácter de los pueblos cazadores. Observábanse en sus leyes algunas huellas de justicia distributiva y de jurisprudencia criminal: castigaban de muerte la mentira, la falta de respeto de hijos á padres y los pecados contra la naturaleza, y aplicaban la pena de destierro al ladron, al adúlterio y al ebrio: permitian la pluralidad de las mujeres: lo exijia así el clima, y el gobierno la protejia.

Para el mérito militar se reservaban los grandes honores en esta república siempre armada: el valor era allí un deber, y la audacia, si era feliz en las batallas, tenia solamente derecho á las recompensas. Dícese que los Tlascaleños llevaban en sus aljabas dos flechas, en las que se veian los nombres ó los retratos de sus antiguos héroes. Empezaban el combate por arrojar una de estas flechas que el honor obligaba á volver á recojer. Las costumbres guerreras de este pueblo se enlazaban con ciertas acciones caballerescas. Despreciaban los ardides de la guerra, las emboscadas y los recursos de armas defensivas. Se presentaban al enemigo casi desnudos: se ponderaba su buena fe y su franqueza en los tratados, su respeto á la vejez y su jenerosa hospitalidad.

Si su odio era terrible y duradero, su amistad era sincera y comprobada en la adversidad. En estas virtudes se mezclaban todos los defectos de los pueblos bárbaros y conquistadores. Mostrábanse por lo regular altaneros, vengativos y feroces, tratando á los vencidos del mismo modo que los demás pueblos del Anahuac. Sacrificaban á los dioses los prisioneros de guerra que no conservaban como esclavos. Pero lo que hay que admirar en esta nacion es, el horror al yugo estranjero, y el amor á la independencia, y pasion por la libertad.

Muchos eran los caminos que se

ofrecian á Cortés para alcanzar las alturas de la gran llanura mejicana y avanzar hácia la capital. Elijió el que conducia al centro de los belicosos Tlascaleños por la razon de que siendo enemigos encarnizados de Motezuma, pudiera su alianza servirle de un poderoso apoyo. El primer dia entraron los Españoles en Xalapa, pero bien pronto se hallaron en medio de montañas desiertas, chocando con el frio, la lluvia y los huracanes. Los pasos de estos montes no estaban inhabitados. Veíanse algunos caseríos y gran número de templos. «Todo indicaba, dice Bernal Diaz, que entrábamos en una nueva rejion. Los templos eran elevados, de hermosa perspectiva, y rodeados de habitaciones: las de los caciques, blancas en el esterior, semejaba á algunas de nuestras casas de España. A este lugar pusimos el nombre CastelBlanco. Fuimos en él bien recibidos, y abastecidos de provisiones. Allí supimos una multitud de pormenores concernientes á Motezuma: su imperio, su poder, su ejército, su gobierno, sus riquezas. Todas estas cosas, nuevas para nosotros, aumentaba nuestros deseos de poseerlas. A tales relaciones no se nos presentaba otro pensamiento que el de hacer fortuna, sin acordarnos (tal es el carácter español), que nuestras esperanzas tenian todas las apariencias de una quimera; y cuando se nos preguntaba lo que veníamos á hacer contra las órdenes de Motezuma, Cortés respondia: «Venimos en nombre de nuestro rey á mandar á vuestro señor se someta al nuestro: venimos en nombre de nuestro Dios á mandar á vuestro amo no haga nunca la guerra á sus vecinos, no les ultraje ni les reduzca á la esclavitud, ni tampoco los sacrifique á sus ídolos, y vosotros, cesad tambien en vuestros abominables sacrificios, y adorad á nuestro Dios.» Los caciques guardaban silencio, y el celo de Cortés se exaltaba. Quiso hacer plantar una cruz, pero el padre Olmedo se lo impidió. Mas de una vez tendrémos ocasion de observar que Cortés tenia todo el fuego fanático de un misionero ignorante, y el padre Olmedo, la calma y prudencia de un jeneral de ejército y de un hombre político.

Los Chempoalenses que marchaban con los Españoles, les servian maravillosamente con sus discursos. Uno de los soldados de Cortés tenia un perro grande, que ladraba durante la noche, cosa estraña para los naturales de aquel pais á quienes asustaba mucho. Preguntaron si era un tigre ó un leon que les habian llevado para devorarlos, á que los Chempoalenses respondieron: «Este monstruo viene para haceros pedazos si llegais á ofender á esos poderosos estranjeros, los cuales con sus cañones arrojan fragmentos de rocas que matan á sus enemigos á la distancia que les place. Con sus caballos alcanzan á cuantos persiguen. A estas palabras la muchedumbre maravillada esclamó: «estos estranjeros son hijos del sol.» A lo que añadian los Chempoalenses, «cuidado con ellos, y hacedles regalos, pues ellos conocen hasta vuestros mas íntimos pensamientos. Estas maravillosas historietas corrian de pueblo en pueblo, sirviendo como de vanguardia á los Españoles.

No obstante, sabedor Cortés de las disposiciones belicosas de los de Tlascala, resolvió enviarles algunos Chempoalenses pidiendo á sus orgullosos republicanos el paso por sus tierras. Esperaba, que conocida su intencion de marchar sobre Méjico, y librar los Indios del yugo mejicano, seria una poderosa recomendacion para con los enemigos de aquel príncipe; pero olvidaba que los Tlascaleños eran desconfiados, como lo son todos los que se encuentran rodeados de vecinos hóstiles; que su calidad de estranjero era sospechosa, y que el odio que iba declarando á los dioses de todo el Anahuac, despertaba contra si la influencia de los sacerdotes que imperaba en el espíritu de los pueblos.

Vestidos con los trajes de embajadores; cubiertas las espaldas con la manta de algodon de franjas trenzadas, una ancha flecha en la mano derecha, elevadas sus plumas, y la concha en forma de escudo en el

brazo izquierdo, tomaron el camino los Indios encargados de la mision de Cortés. Las plumas blancas de sus flechas les anunciaban ministros de paz, pues siendo encarnadas hubieran indicado declaracion de guerra. Estos enviados siguieron cuidadosamente el camino real, practicado para conservar el privilejio anejo á su carácter, porque si hubiesen cometido la imprudencia de dirijirse por senderos, hubieran perdido el derecho de exijir el respeto del pueblo, y la proteccion de los majistrados.

A su llegada á la capital fueron acojidos como hermanos; se les alojó en la casa destinada solamente á los embajadores, segun costumbre de todos los estados del Anahuac, y en seguida se les introdujo en el gran consejo ante los Senadores que se hallaban reunidos, formando parte todos los nobles y los cuatro jefes principales del pais. He aquí el discurso que los antiguos cronistas, ya Indianos, ya Españoles ponen en boca de los enviados. » Muy grandes y valientes jefes, los dioses os colmen de prosperidad, y os den la victoria sobre vuestros enemigos; el Señor de Chempoalla, y toda la nacion totonaca os ofrecen sus respetos, y os anuncian que, de la parte del Oriente han llegado á nuestro pais en grandes buques, cierto número de guerreros, por cuyo influjo estamos ya libres de la tiránica dominacion de Motezuma Rey de Tenochtitlan. (Méjico) Ellos, defensores nuestros, se dicen y reconocen vasallos de un grande y poderoso monarca, en nombre del cual vienen á visitaros, trayéndoos el conocimiento de un Dios poderoso, y el apoyo contra vuestro antiguo é inveterado enemigo. Siguiendo nuestra nacion los preceptos y movimientos de la íntima amistad que siempre ha existido entre ella y vuestra república, os aconseja recibais como amigos á esos estranjeros, que aunque en corto número, tienen el mismo poder que un gran pueblo. » El presidente del Senado Maxicatzin agradeció á los embajadores su buena voluntad, y les rogó se retirasen para deliberar acerca de su mensaje. Era este hombre muy apreciado entre sus compatriotas: su prudencia, adhesion y amor al pais eran cualidades conocidas de todos, tomó el primero la palabra diciendo. « No despreciemos los consejos, y opinion que nos comunican los Totonacos, enemigos de la república. Esos estranjeros tales como nos los representan, son sin duda los hombres estraordinarios que deben, segun la tradicion, visitar un dia nuestras rejiones. Los temblores de tierra, las lenguas de fuego aparecidas en los cielos, y otros muchos prodijios llegados estos últimos años, indican bastante que ha llegado la época del cumplimiento de la tradicion. Si estos seres son inmortales, en vano la república les impedirá el paso: nuestra negativa puede traernos fatales consecuencias. ¿Y qué placer no tendria el maléfico Mejicano, si despues de haber negado su admision en nuestro territorio, penetrasen en él á viva fuerza? » Esta fué la opinion del mas sabio de los Tlascaleños, pero no fué así la del viejo Xicotencatl, jefe de grande autoridad, por su larga esperiencia en los negocios civiles y militares. Dijo pues, que si las leyes autorizaban la admision de estranjeros, tambien prohibian su recepcion cuando pudiesen reportar perjuicio al estado: que los hombres para quienes se reclamaba este favor, eran mas bien monstruos llevados por las olas del mar que no habia podido sufrir en su seño, que dioses descendidos del cielo. ¿Es posible, añadió, que los dioses sean tan ambiciosos de oro y de placeres? ¿Y qué tienen que hacer en un pais como el nuestro, tan pobre, que carece hasta de sal? Deshonroso es para el hombre de nuestro pais, el suponer que pueda ser presa de un puñado de aventureros. Si son mortales, ya los publicarán las armas de los Tlascaleños por todo el Anahuac. Si son inmortales, tiempo habrá para apaciguar su cólera con regalos, é implorando su perdon por medio del arrepentimiento. Rechazémos su pretension, y si persisten resístase á la fuerza con la fuerza. Estos opuestos pareceres de dos personajes igual-

mente respetables, dividieron á los Senadores. Vacilaban en la incertidumbre, cuando uno de ellos, hombre político y astuto, colocándose en un justo término, propuso el medio de responder urbana y amigablemente al jefe de los estranjeros concediéndole el permiso para entrar, encargando al mismo tiempo al hijo de Xicotencatl fuese con una partida de tropa de Otomias á oponerse á su paso. Si Xicotencatl vence, añadió, las armas de la república obtendrán nuevo esplendor, y si es batido, acusarémos á los Otomias de haber emprendido una guerra sin órden. Este espediente, hijo de la diplomacía del viejo continente, fué acojido como medio de salir del apuro sin compromiso

Aguardando Cortés el regreso de sus enviados, continuaba avanzando. Bien pronto se halló á la vista de aquellos formidables retrincheramientos elevados en las fronteras de la república. Su ejército se componia entónces, no solamente de sus aliados Totonacos, sino de la numerosa *guarnicion mejicana* de Xocotla en donde habia engruesado sus filas, tan hábil era para seducir aun las mismas tropas de Motezuma, y tal era su intelijencia para convertir en su favor las continjencias vulgares, lo que rebaja mucho el color caballeresco, y las tintas de lo maravilloso, con que los cronistas españoles embellecen los acontecimientos de la conquista.

Por una inconcebible neglijencia, esta especie de Tremópilas, ordinariamente guardadas por los Otomias se hallaban abandonadas. Los Españoles las franquearon sin inconveniente, y entraron sin oposicion en el territorio de la república, en donde pudiendo desplegarse y maniobrar comodamente consiguieron sin pena rechazar la reducida tropa de Xicotencatl. En este momento algunos enviados Tlascaleños se presentaron á hacer el papel de la comedia diplomática convenida. Cortés finjió quedar persuadido de la injenuidad de sus perdones, pero redobló sus precauciones, aunque no podian ser muchas en la difícil marcha que se veia obligado á continuar. Caminaba entre montes elevados circuidos de rocas cortadas por torrentes y precipicios, durante cuyo tiempo, vió venir hácia él llorando á los dos últimos enviados Chempoalenses, gritando. « Traicion. Suponian que los habian aprisionado dentro una jaula de madera, y que ya se preparaban para sacrificarlos á los dioses cuando pudieron conseguir evadirse. (1) Apenas habian oido esta lastimosa relacion, cuando los Españoles vieron delante de sí un batallon enemigo el cual arrojando flechas y dardos iba retirándose á medida que aquellos avanzaban, sin detenerse hasta conducirlos á un terreno desigual y montañoso en donde no podian hacer uso de la caballería. En este mismo instante, el ejército Tlascaleño que las irregularidades del terreno habian ocultado á la vista, apareció de golpe formado en batalla. Era numeroso y vocinglero, y se mostraba deseoso de combatir (2). Las maniobras de Cortés lo atrajeron á la llanura, en la que despues de una hora de combate, los Tlascaleños abandonaron el campo de batalla, no tomaron la fuga y sí, se retiraron en buen órden, llevándose consigo sus muertos y heridos que eran muchos, pero demostraron á Cortés que, mejor armados y disciplinados hubieran detenido su avance, y su suerte hubiera entónces concluido en la llanura de Teoatzimo, (sitio del agua divina) dejando solo el renombre de aventurero desgraciado. No perdió mas que un hombre, y tuvo quince heridos, si se ha de dar crédito á sus boletines. En seguida de esta accion, los dos ejércitos presenciaron un combate singular entre un oficial de Tlascala y un noble Chempoalense. Este último derribó á su adversario, le cortó la cabeza, y la llevó en triunfo á las filas españolas, entre los fan-

(1) Clavíjero pone en duda esta relacion de los Chempoalenses, contraria á las costumbres ordinarias de los Tlascaleños, á su buena fe, y su respeto al sagrado carácter de embajadores.

(2) Cortés asciende este ejército á 100,000 hombres; Bernal Diaz á 40 000, Otros historiadores á 30.000, Es evidente que en estos números hay mas ó menos exajeracion.

farrones gritos de las aclamaciones. Esto fué el ramillete de tan sangrienta jornada.

En esta guerra, como en todas las de Cortés contra los Indios, son fastidiosos los detalles. Falta el interés en donde la suerte no es igual, por la distancia que media de hombres desnudos á hombres cubiertos de hierro: entre lanzas y espadas de madera endurecida al fuego, resbalando contra los escudos, pinchando apenas el corcelete pintado de los Españoles, y espadas y lanzas de acero que atraviesan de parte á parte. Entre piedras arrojadas con una honda, y la metralla vomitada por el cañon. Entre flechas lijeras, y balas de mosquete. Entre una tropa sin órden, y un batallon que maniobra con escuela, y no pierde la menor de sus ventajas. Si el valor aislado hubiera podido decidir la victoria, los Tlascaleños la hubieran conseguido, porque eran bravos y perseverantes. Cortés los juzgaba así. Despues de cada accion, (y dió catorce á aquellos repúblicanos) les proponia la paz, y á sus altaneras contestaciones, les mandaba nuevos ofrecimientos, palabras afectuosas, que no llevaban el sello del vencimiento, pero que deben atribuirse al frio cálculo del hombre político. Creyó Cortés que devastando su territorio, se harian mas tratables. Incendió algunos de sus lugares, destruyó varios templos, saqueó una de sus principales ciudades, hizo numerosos prisioneros, y los despidió portadores de palabras pacíficas, pero á pesar de su poca fortuna los Tlascaleños no se humillaban: contestaron: Que vengan los Españoles á nuestra capital en ella haremos la paz sacrificándolos, y su carne nos servirá de alimento.Xicotencatl para probar á sus enemigos que no queria vencerles por el hambre, les envió una gran cantidad de aves y maiz encargándoles comiesen bien pues creeria faltar al respeto de sus dioses ofreciéndoles víctimas hambrientas, y temia que los Españoles habiendo enflaquecido demasiado, no fuesen ya buenos para comerse. A tales enemigos les era aun necesaria una leccion severa; dióseles en 5 de setiembre de 1519.

En este dia tomaron las armas y se reunieron todos los individuos de la república que podian llevarlas. Dejemos, empero, hablar á Bernal Diaz en su estilo militar, y referirnos esta memorable jornada. En ella tomó parte, allí se hallaba, se distinguió y no sabe mentir.

« La bárbara respuesta de los Tlascaleños, á nuestras últimas proposiciones, dice este antiguo guerrero, sonó muy mal á nuestros oidos. Sin manifestar Cortés la impresion que le habian causado, redobló sus buenos modos con los enviados: les preguntó con destreza, y supo de ellos quien era Xicotencatl, cual su poder, y la fuerza de su ejército, y que teniamos al frente cincuenta mil hombres divididos en cinco cuerpos: que el estandarte del jeneral en jefe era una ave blanca grande con las alas desplegadas, y semejante á un avestruz: que cada uno de los cinco cuerpos del ejército se distinguia por una enseña particular llevada por los caciques, á la manera de la nobleza de Castilla. Luego que escuchamos todas estas cosas reflexionamos que éramos seres mortales, y temiendo la muerte, nos preparamos á la batalla confesándonos con nuestros curas, ocupacion que les duró toda la noche.

El 5 de setiembre se puso en pié toda nuestra jente sin esceptuar los heridos. Los ballesteros y mosqueteros recibieron órden para tirar alternativamente sin descanso. Se aleccionó á la tropa que hiriese con la punta de la espada, de manera que atravesasen los cuerpos de parte á parte. A la caballería se previno guardar su fila y cargar á medio escape, dirijiendo las lanzas á los ojos de los enemigos, corriendo entre las masas sin detenerse. Desplegóse nuestra gran bandera, cuyos colores ondearon en el aire, confiando su custodia á cuatro hombres escojidos, y nuestro corto destacamento se puso en marcha. No habíamos todavía andando un cuarto de legua, cuando vimos al ejército enemigo cubriendo la llanura. Cada cuerpo se distinguia

perfectamente, y todos avanzaban al son atronador de sus instrumentos de guerra.

Mucho se ha escrito sobre esta batalla de tan larga duracion, y tanto tiempo disputada, en que cuatrocientos hombres se vieron circunvalados de golpe por una multitud de enemigos que se estendian en todas direcciones á mas de dos leguas de distancia. La mayor parte de la jente que componia nuestro escaso batallon estaban enfermos ó heridos. Teníamos delante de nuestros ojos adversarios feroces, determinados á estinguirnos en el mismo sitio, ó á sacrificarnos á sus dioses. Bien pronto una andanada de flechas, dardos y piedras cubrió la tierra. Algunas armaduras quedaron taladradas, alcanzando á algunos hombres sin defensa. Seguidamente los Tlascaleños avanzaron atacando con sus lanzas y sus espadas, hasta llegar cuerpo á cuerpo con nuestros soldados, animándose á dar golpes que acompañaban con descompasada gritería. A este ataque, y á tales ahullidos salvajes contestaron nuestros cañones y mosquetes. Terrible era el fuego y espantosa la mortandad. Nuestra infantería hizo tambien prodijios: consiguió desembarazarse de aquellas masas á estocadas, romperlas y penetrar en seguida por los claros. La caballería cargó con tal vigor, que despues de Dios, debimos á ella la victoria. Durante un momento vi nuestro batallon disperso, y era tal el peso de enemigos que lo abrumaba, que todos los esfuerzos de Cortés, no podian conseguir reunirlo. Nuestras buenas espadas hicieron este milagro, y los desaciertos del enemigo nos salvaron. El espesor de sus líneas favorecia nuestros tiros de cañon. Apiñados como estaban, los Tlascaleños no podian moverse, estenderse ni desplegarse sin confusion, y en virtud de esta mala disposicion, algunos de sus cuerpos se vieron obligados á ser espectadores del combate. Por otra parte las desavenencias en sus filas nos fueron de mucha utilidad. El hijo de un señor Chichimeco, que mandaba los vasallos de su padre habia sido insultado por Xicotencatl con motivo de su conducta en los combates precedentes. Picado el Chichimeco de semejante afrenta habia desafiado á su adversario, y no admitido el duelo por el Tlascaleño, se retiró del campo de batalla con toda su jente, llevándose asímismo la tropa de otro cacique. Esta defeccion no acobardó al enemigo en disposicion de contenerlo, antes bien volvió á la carga repetidas veces. Por último las lecciones que le daban nuestras armas, y mas que todo la proteccion y misericordia de Dios nos salvaron. Viendo los Tlascaleños muertos en el campo sus principales jefes, y espantados por el horroroso número de su pérdida, se retiraron. Nuestra caballería rendida de cansancio no los persiguió sino á cortas distancias. Dueños del campo de batalla, de donde el enemigo habia retirado sus muertos y heridos con tal prontitud que no vimos ninguno, retrocedimos á nuestro campamento, despues de una lucha encarnizada de cuatro horas, sin perder mas que un hombre, pero con setenta hombres y todos los caballos heridos. Cantamos un *Tedeum* en accion de gracias por tan señalada victoria, y enterramos nuestro compatriota en un paraje oculto, especie de caverna, para que el enemigo no pudiese descubrir su tumba y profanarla.

No era menos triste la posicion de los vencedores que la de los vencidos. Despues de tan enormes fatigas, no podian disfrutar un momento de reposo. Era preciso estar muy vijilantes al frente de un enemigo tan emprendedor. Carecian de víveres, sin poder siquiera adquirir una cebolla y sal. Nada tenian para curar sus heridos, sino un poco de grasa humana, mientras los aires helados y penetrantes de Sierra-Nevada, aumentaba su mísero existir.

Si del campo Español pasamos al Tlascaleño; si entramos en sus poblaciones, solo veremos reinar el desaliento y el espanto. Al principio habian tratado de fabuloso cuanto les referian de los Españoles, pero la esperiencia les habia desengañado. Sus armas eran impotentes para los cuer-

pos de hierro de estos estranjeros: ninguno de ellos habian podido cojer, y ya los miraban como unos seres sobrenaturales de los cuales solamente los dioses podian triunfar. Dirijiéronse á los sacerdotes para que averiguasen de los dioses este arcano. Reveladnos, les decian, la naturaleza de esos seres misteriosos; si son mortales, enseñadnos el modo de darles muerte. Los sacerdotes respondieron. « Vuestros terribles enemigos son hijos del sol. Han nacido en el oriente de los rayos del padre, y mas ardorosos allí que los son sobre vuestras cabezas en la estacion del verano. Durante el dia, bajo la influencia de ese calor que les dió la animacion, son invencibles, pero por la noche, que su padre los abandona en la tierra, quedan sin fuerzas, y tan lánguidos como las flores en los jardines ardientes; entónces son simples hombres como los demás, y mortales como ellos.

Una respuesta tan conforme con las ideas fabulosas y cosmogónicas de los Indios no podia menos de ser acojida por los Tlascaleños como infalible. Al instante se prepararon á un ataque nocturno, á pesar de que derogaban sus usos ordinarios, que rechazaban toda sorpresa, y cualquiera emboscada, como acto indigno de hombres valerosos. Xicotencatl, no acostumbrado á este jénero de guerra, queriendo tener noticias exactas de las disposiciones del campo español, empleó una de sus sutilezas, que no podian producir buen efecto sino cerca de un jeneral indio. Destinó cincuenta hombres con regalos de su parte para que en su nombre fuesen á ofrecerlos á Cortés, usando palabras de paz. Estos espías desempeñaron mal su papel; muchos de ellos fueron reconocidos por los Cuhmpoalenses, y Cortés no fué ni ne solo momento sorprendido con esta estratajema. Hízolos prender á todos y les amenazó de muerte. El miedo les hizo veraces, y lo confesaron todo. Cortés les hizo cortar las manos, y los envió mutilados, anunciando de su parte al jeneral que podia venir de dia ó de noche, y encontraria jente dispuesta á recibirle. Hecho esto (dice Cortés) quede sobre aviso hasta ponerse el sol. Al anochecer nuestros enemigos descendieron lo largo de los dos vallecillos, creyendo aproximarse sin ser vistos, pero enterado de su marcha, tuve por imprudente aguardarlos, y peligroso dejarles llegar, temiendo que favorecidos de las tinieblas prendiesen fuego á mi campamento. Salí, pues, á su encuentro con toda la caballería y cargué sobre su jente mas avanzada, que huyó sin detenerse y sin gritar ocultándose tras de los campos de trigo de que estaba cubierta toda la tierra. El espanto de los Tlascaleños llegó á su colmo. El silencio de la noche, turbada únicamente por el sonido de los cascabeles que los caballos españoles llevaban en el cuello; la vista de los cincuenta espiones mutilados y ensangrentados, habian esparcido tanto terror en los espíritus de los soldados de Xicotencatl, que se dispersaron en todas direcciones, y él mismo huyó precipitadamente á Tlascala, en donde al instante se convocó el gran consejo de la república para deliberar el partido que debia tomarse con el vencedor.

Mientras allí se ajita la cuestion de la paz, y Maxicatzin reune á su política los espíritus espantados con los reveses de los últimos dias, entremos en el campo de Cortés y le veremos ocupado en dar audiencia á los embajadores de Motezuma. Este rey mejicano tembloroso á la noticia de las victorias conseguidas sobre los de Tlascala, sospechaba una alianza entre aquellos y los Españoles. Temia igualmente que el hermano del rey de Texcuco, su sobrino, á la cabeza de un fuerte partido de descontentos les llamase en su auxilio. No miraba sin horror la influencia que ejercian en el espíritu de los príncipes vasallos, de los cuales ya algunos, á ejemplo de los Totonacos acababan recientemente de declararse independientes. Se le representaba Cortés como el jenio maléfico de su imperio, y alejarlo á toda costa era el único objeto de sus desvelos. Persuadido aun, del influjo de su nombre, quiso ensayarlo de nuevo sobre el

jeneral español. Encargo esta difícil mision á seis caciques, los principales señores de su córte. Componíase su comitiva de doscientas personas. Los presentes que iban á ofrecerle eran superiores en magnificencia á todos los anteriores, y á cuantos hubiese hecho un soberano de Méjico. Llevaban órden de prometerlos mejores todavía, si Cortés consentia en no penetrar en las tierras del imperio. Insistieron en las dificultades del camino, en la esterilidad del pais; en el cual no podrian los Españoles encontrar víveres suficientes para subsistir. « Estos embajadores, (escribia Cortés á Cárlos Quinto) quedaron conmigo durante un período de la guerra de Tlascala, y vieron de lo que los Españoles eran capaces, fueron testigos de sus ventajas, y de la sumision de los Tlascaleños. Estos, temiendo á su vez las intrigas de los enviados mejicanos, se dieron prisa á concluir la paz: ni un solo voto hubo entre los senadores por la guerra. Xicotencatl jeneral en jefe, fué encargado de ir en persona á llevar al vencedor los homenajes de la república. Si vosotros, dijo á los Españoles, sois divinidades de naturaleza cruel y salvaje, os ofrecemos cinco esclavos, para que bebais su sangre y comais su carne, si sois divinidades buenas y benignas, aceptad estos perfumes y estas plumas: si sois hombres, aquí teneis viandas, pan y frutas para alimentaros. Tlascala se reconoció vasalla de la corona de Castilla, y se comprometió á socorrer á Cortés en todas sus espediciones. Esta paz era muy oportuna para los Españoles, pues agoviados de fatiga, contando un gran número de heridos, y faltos de todo, ya entraba entre ellos la murmuracion, y hasta amenazaban volverse á Vera-cruz. La paz, y la recepcion que se les hizo en Tlascala, les volvió su orgullo y su esperanza, y desde este momento se creyeron ya dueños de Méjico.

He aquí el cuadro que Cortés nos ha dejado referente á la capital de la república. Es mayor, mas fuerte y mas poblada que Granada en la época de su conquista sobre los Moros: posee edificios tan hermosos como aquella, pero está mas bien provista de trigo, volatería y caza, en peces, de agua dulce, y legumbres. Cada dia en su mercado treinta mil personas venden y compran. Allí se encuentra todo lo que es necesario para vestirse y adornarse: vestidos, calzado, alhajas de oro y plata, plumas de todo jénero, una especie de vajilla mejor que la de España, leña, carbon y plantas medicinales. Hay baños públicos, y sitios destinados á la lejía, y esquileo de las cabras. La policía se práctica bien. El natural es bueno para todo, é infinitamente superior á los africanos mas industriosos. El territorio de esta república, contiene sobre ochenta leguas de circuito, lleno de valles, cuyo cultivo se hace con intelijencia, y se siembra perfectamente. No se ven tierras yermas. La constitucion del pais asemeja á la de Venecia, Jénova ó Pisa. No hay ningun jefe revestido de la autoridad suprema. Los caciques residentes en la ciudad tienen por vasallos á los labradores que trabajan sus campos.»

Durante los veinte y un dias que Cortés permaneció en Tlascala, fué esta ciudad el foco de las intrigas, entre los enviados mejicanos y los jefes de la república. La proteccion de Cortés era el objeto de ambos partidos. Cada uno de ellos para obtenerla, procuraba mostrarse el mas afecto á sus intereses: los Mejicanos le persuadian que desconfiase de los Tlascaleños á quienes pintaban como falsos y engañadores. Estos haciendo la historia de Méjico, decian al jeneral español que aquella ciudad era la querida de la astucia y la traicion, únicos elementos de su poder. Cortés disimulaba con unos y otros; daba gracias en particular á los chismosos, afectaba entregarse á ellos sin reserva, y manifestaba toda su confianza al último que le hablaba. El mismo nos lo dice.

Esta política mas simulada que leal dió sus frutos: los Tlascaleños pasaron rápidamente del odio á la admiracion, y de la desconfianza á la adhesion mas absoluta: renació en ellos un afecto sincero hácia los

Españoles, y trataron de identificarse con ellos; imitaban sus maneras, copiaban sus ejercicios militares, prevenian todas sus necesidades, y aun hicieron mas; jenerales, oficiales, soldados, nobles y pueblo, se pusieron todos á su disposicion. Ofrecieron á Cortés acompañarle á Méjico con todas las fuerzas de la república. Sin embargo, un celo relijioso, semejante poco mas ó menos al antiguo fanatismo de los jenerales musulmanes, volvió á apoderarse de Cortés, y á poner su alianza en peligro. No contento con celebrar públicamente su culto en Tlascala, se convirtió este jeneral en misionero, y nada es mas temible que un predicador con espada. Pretendió renovar allí las violentas escenas de Chempoalla; amenazó derribar los templos y romper los ídolos. Con una poblacion firme en sus creencias: con sacerdotes poderosos, y majistrados dispuestos á protejer el culto nacional, era renovar la guerra; mas el bueno del padre Olmedo, acudió otra vez con sus palabras de caridad á esta alma ardiente mezclando aquel lenguaje con el de la política, y declarando que la relijion de Jesucristo, no debia predicarse con la espada en la mano, pues sus armas propias eran la instruccion que ilumina los espíritus, y los buenos ejemplos que cautiva los corazones. Repitamos aquí con Robertson, que entre las escenas horrorosas, que presenta la historia del siglo diez y seis, en que el fanatismo fecundiza tan á menudo la ambicion, tales sentimientos deben causar un placer tan dulce como inesperado. En un tiempo en que los derechos de la conciencia tan mal conocidos en el mundo cristiano, y en que la palabra *tolerancia* aun era ignorada sorprende hallar un fraile español entre el número de los primeros defensores de la libertad relijiosa, al par que de los primeros desaprobadores de la persecucion. Las reflexiones de Olmedo, tan virtuoso como prudente, hicieron impresion en el espíritu de Cortés. Dejó á los Tlascaleños continuar el libre ejercicio de su relijion, exijiéndoles solamente que renunciasen al sacrificio de las víctimas humanas.

Todos los preparativos de la campaña estaban dispuestos: los enfermos y los heridos restablecidos: la moral del ejército reanimada; los víveres asegurados; la cooperacion de los Tlascaleños infalible. Tomadas ya nuevas noticias acerca de las verdaderas fuerzas de Motezuma, sus medios de defensa, rivalidades de los grandes de su corte, etc. Cortés anunció su salida: dos caminos conducian á Méjico; el mas directo atraviesa las montañas de Tlascala desde el este al oeste, y va á salir entre Texcuco y Otumba. Este era el que le indicaban los embajadores de Motezuma. La prudencia del jeneral repugnaba aceptar un itinerario propuesto por el enemigo. Tomó pues un camino agreste por la espalda oriental de los montes Matlacueyes, pasando cerca del gran volcan, llegando á Rio Frio. Los Tlascaleños que le acompañaban en número de cincuenta mil hombres le aconsejaban se dirijiese por Huexotzinco, pequeña república su aliada, y que tambien lo era de los Españoles, pero á ruego de los enviados mejicanos y de los diputados de Cholula, Cortés se decidió á pasar por esta última ciudad. Creyó que este acto de confianza, le colocaria en mas distinguido lugar en la opinion de los pueblos; y aun se desprendió de la mayor parte de los Tlascaleños, quedándose solamente con un cuerpo auxiliar de seis mil hombres.

Cholula, en la época que Cortés la visitó, era una de las ciudades mas considerables del imperio, célebre por su comercio, y por sus establecimientos relijiosos. Situada como lo está actualmente en una llanura fértil y bien regada, á alguna distancia del grupo de montañas que rodean el valle de Méjico, hácia el oeste, contábanse en ella cuarenta mil casas, sin comprender los arrabales dependientes de ella. Allí se fabricaban telas de algodon, vidriado de arcilla, y una especie de loza muy apreciada. Sus joyeros tenian grande reputacion por su habilidad. El arte de cortar y montar las pie-

dras preciosas se habia llevado al mas alto grado de perfeccion; pero bajo el punto de vista relijioso, tenia Cholula aun mayor importancia. Era esta ciudad la Jerusalen, la Meca, la Roma, la ciudad santa del antiguo Méjico. Allí las tradiciones se conservaban con mas pureza que en ninguna otra parte. Allí se iba á consultar á los teólogos sobre cuestiones que interesaban á la doctrina y disciplina. Allí habia vivido muchos años el célebre Quetzalcoatl, ese hombre-dios, cuya existencia fabulosa hemos descrito. Cholula se distinguia por el gran número de sus templos, y el mas notable se elevaba al nivel de la grande pirámide vecina á la ciudad. Allí, como uno de los lugares santos del antiguo mundo, concurrian de todos los puntos del Anahuac, innumerables peregrinos, que la daban mayor animacion. Su gobierno era una aristocracia republicana en la que los sacerdotes hacian el principal papel. « Los habitantes de Cholula, (dice Cortés con aquella franqueza de estilo que caracteriza sus escritos), van mejor vestidos que los que hemos visto hasta aquí. La jente acomodada usa capa encima su vestido. Estas capas son diferentes de las que llevan en Africa, pues tienen faltriqueras, aunque el corte tejido y franjas sean iguales. Los alrededores de la ciudad son muy fértiles y bien cultivados: casi todos los campos pueden regarse; y la poblacion es mas bella que ninguna de España, pues está bien fortificada y construida sobre un terreno perfectamente igual. Puedo asegurar á V. A. que desde lo alto de una mezquita (así designa Cortés los Teocalis) conté mas de cuatrocientas torres, y todas son de mezquitas. El número de los habitantes es tan considerable que no hay una pulgada de terreno que no esté cultivado, y sin embargo en muchos pueblos esperimentan los Indios los efectos de la escasez y del hambre y hay mucha jente que pide limosna á los ricos en las calles, en las casas y en los mercados, como lo hacen en España los mendigos y *en otros paises civilizados* (cartas de Cortés p. 69.). Es bastante estraño el que este jeneral español mire la mendicidad en las calles públicas, como un signo de civilizacion.

Los Cholulanos recibieron á Cortés y su ejército con muchas demostraciones de confianza y de respeto. Los Españoles se alojaron en anchurosos edificios en los cuales, se les suministraron todos los objetos necesarios á la vida durante dos dias. En el tercero ya no hubo tanta jenerosidad; los víveres fueron mas escasos, concluyendo por no darles mas que agua y leña. Cortés con su ojo avizor siempre fijo en los movimientos de sus enemigos, no tardó en descubrir las huellas de estas maquinaciones secretas; de estos preparativos de mal agüero que manifestaban una conspiracion en ciernes. Cada hora que trascurria le confirmaban las noticias sus sospechas. El cuerpo auxiliar facilitado por los de Tlascala, campaba fuera de la ciudad, porque los Cholulanos habian rogado á Cortés no los introdujese dentro de sus muros, á causa de la profunda enemistad que existia entre los dos pueblos, y Cortés habia consentido en ello, como una nueva prueba de confianza; pero estos auxiliares tenian la órden de estar muy alerta. Ocho de ellos vinieron á avisar al jeneral que se preparaba algun movimiento, pues habian observado que cada noche hacian salir de la ciudad, muchas mujeres y niños pertenecientes á ciudadanos notables, y que habian sacrificado tres muchachos y tres hembras jóvenes en el templo principal, como práctica ordinaria en aquellos pueblos, cuando se preparan á una espedicion militar. Esta comunicacion fué seguida de un aviso que parecia un nuevo favor del cielo. Marina, la amiga fiel de Cortés y su protectora, habia trabado amistad con una mujer de Cholula; señora de alta clase enlazada con las principales familias del pais. Marina tenia el privilejio de interesar á cuantos la veian: su hermosura, su talento, su elevado carácter, la civilidad de sus modales hablaron tanto

en su favor, que la señora de Cholula se aficionó á ella sensiblemente. «Marina, (la dijo misteriosamente un dia despues de haberse asegurado que nadie podia oirla) usted es jóven, hermosa y noble. ¿Quién puede retenerla con estos estranjeros enemigos de nuestros dioses y de nuestro pais? Ya no debe V. permanecer mas tiempo con esos hombres crueles y malos, que el sol abortó en uno de sus dias de cólera: abandónelos V. y vivirá entre nosotros;» como Marina guardaba silencio, la cholulana añadió. «V. no sabe lo que rehusa, quiero salvar á V. de la muerte. Sepa V. Marina que los Españoles tienen aquí su sepulcro: ni uno solo saldrá vivo de la ciudad de nuestro dios del viento, del gran Quetzalcoatl. Nuestras calles están barricadas y cortadas por fosos y aberturas, lijeramente cubiertos de tierra. En las plataformas de nuestros templos hay mucho acopio de piedras y dardos reunidos. Veinte mil Mejicanos escondidos en el vecindario de la ciudad deben, á cierta señal convenida, reunirse á nuestros compatricios y arrojarse sobre los estranjeros y sus aliados. Nuestros sacerdotes esparcidos en todos los puntos para escitar el ardor de los hombres nos prometen la victoria, y jamás nos han engañado. Marina, piense V. en sí misma.

Diestra Marina en el arte de disimular, ninguna variacion demostró en su semblante. La querida de Cortés prometió guardar un secreto que deseaba por momentos confiar al jeneral. Bien pronto se halla junto á él, y le instruye de toda la conspiracion. Cortés vió de una sola ojeada toda la estension del peligro, pero tan activo en adoptar una resolucion como en ejecutarla, quiere, obsequiando á sus enemigos, ejercer una de aquellas venganzas que llenan de terror á todo un pueblo, y hacen temblar las coronas de los reyes sobre sus cabezas. Segun las órdenes que da á Marina, consigue atraer á su casa á la noble dama, y á algunos sacerdotes enterados de cuanto pasa, y le confirman la existencia del vasto complot de que se halla amenazado. Entónces Cortés llama, bajo diversos pretestos, á los majistrados de la ciudad y á los principales habitantes. Luego que se hallan reunidos, les pregunta si tienen alguna queja de sus soldados, les invita á hablar sin temor, prometiéndoles toda satisfaccion, y concluye declarando que ha fijado su marcha para el dia siguiente. La respuesta de los Cholulanos fué negativa, continuando su papel de traidores, hacen mil protestas de su adhesion. Ofrecen al jeneral una escolta para acompañarle en su viaje, anunciándole que estará disponible al amanecer, Cortés aceptó el ofrecimiento con todas las apariencias de una entera confianza. En seguida, y despues de haber despedido á aquellos señores muy satisfechos, reunió prontamente á sus oficiales en consejo, hízoles saber la trama que se urdia y pidió su parecer. La opinion de la gran mayoría de estos valientes fué igual á la suya. Al instante se trasmitió órden á los Tlascaleños acampados fuera de la ciudad, de entrar en ella al salir el sol, y Españoles y aliados se preparan durante la noche para el combate. Empezaba á rayar el dia cuando la escolta prometida, y una diputacionde cuarenta de los principales ciudadanos llegaron al cuartel de Cortés. Hízose entrar á toda esta jente en el interior: colocáronse guardias competentes para que no pudieran huir, y montado Cortés en su caballo de batalla, colocándose en medio de su jente armada, de los Cholulanos y los majistrados habló así: «Cholulanos: he querido teneros como amigos; he venido á vuestra ciudad como hombre de paz. No os he hecho injusticias ni daño, y lejos de haber tenido motivo de quejaros de mi conducta, he consentido en todas vuestras exijencias. Deseabais que los Tlascaleños, antiguos enemigos vuestros, no entrasen dentro vuestros muros: ellos no han entrado. Os he instando para que me manifestaseis algunas quejas que tuvieseis contra mis soldados, y me habeis asegurado que solo teniais motivos de alabanzas; y sin embargo, hombres pérfidos, bajo la apa-

riencia de franqueza, me sois traidores, y quereis asesinarme con todos los mios: llamais en vuestra ayuda los ardides infernales de los cobardes. Todo lo sé, conozco la estension de vuestro execrable complot.» Y dirijiéndose Cortés en seguida á algunos Cholulanos añade: «¿Quién pudo inspiraros tan bárbaro proyecto? ¿Quiénes son vuestros instigadores?» Y los Cholulanos respondieron: «Son los Mejicanos, son los embajadores de Motezuma, quienes para agradar á su señor nos han comprometido á sacrificar á vos y á vuestra jente. Apenas oyó Cortés esta terrible acusacion, que con todo el aire de una profunda indignacion, se dirijió á los enviados mejicanos y les dijo: «Esos infelices os imputan su traicion, pretenden justificarse culpando á vuestro rey. Yo no puedo suponerle capaz de tamaña infamia en el mismo momento en que tantas pruebas me está dando de amistad, cuando pudiera atacarme como valiente á fuerza de armas, y á cara descubierta. Nada temais por vuestras personas, yo sabré protejerlas. Hoy mismo perecerán los traidores, y su ciudad será entregada al saqueo. Tomo al cielo por testigo que su perfidia es la que me pone las armas en la mano.

Apenas acabó de hablar, un tiro de mosquete dió la señal de la matanza. En un instante Españoles y Totonacos se arrojan sobre la multitud sobrecojida. Corre la sangre á torrentes. Los seis mil Tlascaleños se lanzan por su cuenta, y toman parte en esta carnicería: ahullan como animales feroces, y bajo la proteccion de sus nuevos aliados, su rabia no conoce límites. Sin embargo, los Cholulanos se reunen, forman sus masas cerradas y se defienden con la enerjía de la desesperacion; pero la artillería de los Españoles y la superioridad de las armas, las rompe, las desbarata y las dispersa; quedando el suelo sembrado de cadáveres. Los que sobreviven huyen al campo ó se refujian en los templos, asilos pobres que no son sino otros tantos sepulcros. En vano los vencidos pretenden fortificarse en ellos. Las mechas encendidas abrasan las casas, y los edificios relijiosos, y la multitud que en ellos se reune, ó perece en las llamas, ó encuentra una muerte más dulce precipitándose de lo alto de las torres. En esta matanza que duró dos dias, perdieron la vida seis mil Cholulanos. El botin fué inmenso. Los Españoles se apoderaron del oro, la plata y las piedras preciosas; los Tlascaleños de las plumas de colores brillantes, mil veces preferidas por ellos á los ricos metales. Cansado de venganza volvió Cortés á su cuartel en donde habian quedado como rehenes los nobles Cholulanos. Arrojáronse de rodillas á sus piés implorando piedad, y Cortés que habia ya conseguido su objeto, esparciendo el terror necesario á sus designios, proclamó un perdon jeneral. Envió diputados á los campos, convidando á los prófugos, hombres, mujeres y niños á que volviesen á la ciudad. En poco tiempo quedó desembarazada de los montones de cadáveres, y recobró su espíritu de vida. El número de los habitantes no pareció disminuido, y aquellos desgraciados convencidos de la superioridad de los Españoles, se mostraban tan oficiosos en servirles, como si hubiesen tenido que pagarles alguna deuda de agradecimiento: hombres acostumbrados á los ultrajes del despotismo, besaban con respecto las manos ensangrentadas de sus hermanos. Cortés utilizó su influencia para restablecer la buena armonía entre Cholula y Tlascala, y consiguió reunir bajo su bandera dos pueblos que se habian hecho una guerra contínua. Tranquilo por la buena disposicion en que dejaba los pueblos de su espalda, no lo estaba tanto con respecto á Motezuma. Algunas noticias recibidas de Veracruz aumentaron su inquietud. Supo que el señor de Nauhtlan (la Almería de los Españoles ciudad marítima en el golfo de Méjico, á treinta y seis millas al norte de Veracruz), habiendo recibido la órden de Motezuma para reducir á la obediencia á los Totonacos, primeros aliados de los Españoles; se habia arrojado sobre su

erritorio. Impotentes para defenderse habian implorado el socorro del gobernador español de Veracruz. Escalante, á la cabeza de una parte de la guarnicion rechazando la invasion de los Mejicanos, habia sido herido de muerte así que siete de los suyos, uno de los cuales habiendo caido prisionero se le cortó la cabeza que fué llevada en triunfo á Motezuma.

Tales eran los tristes acontecimientos, cuyas noticias recibió Cortés antes de dejar Cholula, y sobre las que creyó prudente guardar un silencio profundo para no debilitar la moral de sus soldados, de cuya completa enerjía necesitaba en la difícil empresa á que se habian comprometido. Parece que antes de su salida de Cholula, los enviados mejicanos habian inútilmente renovado sus instancias para desvaner su idea de ir á Méjico, y que de resultas de su negativa volvieron á apelar al ardid, indicándole como mejor camino una calzada ancha y abierta al camino de la cual debian los Españoles encontrar pasos impracticables, precipicios, y quizás algunas emboscadas. Una feliz casualidad protejió al jeneral en tan difíles circunstancias. Percibíase desde Cholula el humo de Popocatepetl sobre el que los Indios referian terribles historias, y cuya cima miraban de imposible acceso. Aprovechando Cortés esta nueva ocasion para dar una alta idea de la intrepidez de sus soldados, quiso que aquel volcan se esplorase por algunos de sus mas valientes. Oigámos á él mismo contar esta aventurera espedicion. « A ocho leguas de Cholula se presentan dos cadenas de montañas muy elevadas, y son tanto mas maravillosas, cuanto que su cúspide está cubierta de nieve en el mes de agosto, y que de la mas alta salen repetidamente dia y noche masas considerables de humo que se elevan hácia las nubes con tanta rapidez, que los vientos, por fuertes que sean en aquellas alturas, no bastan á cambiar su direccion vertical. Viendo, pues, salir este humo de una montaña tan alta, y deseoso de que Vuestra Alteza Real supiese cuanto encierra de admirable este pais, escojí entre mis compañeros de armas, diez de los mas intrépidos, y les ordené subiesen á aquella cima y descubriesen el secreto de aquel humo, y me dijesen luego cómo y de dónde salia.»

El capitan Diego Ordaz iba á la cabeza de la espedicion, y llegó hasta la orilla del cráter, si se cree á Bernal Diaz, se glorió probablemente de ello, y el emperador le permitió usar en su escudo de armas un volcan.

Sin embargo, Lopez de Gomara, que ha compuesto su obra segun las relaciones de los conquistadores y de los relijiosos misioneros, no nombra á Ordaz como jefe de la espedicion: Cortés tampoco lo cita, y añade: « Que los suyos subieron muy arriba, y vieron salir mucho humo, pero que ninguno de ellos pudo llegar á la cúspide del volcan, á causa de la enorme cantidad de nieve que la cubria, del rigor del frio y de los torbellinos de cenizas que envolvian á los viajeros. Al acercarse á la cima oyeron un ruido espantoso, que les obligó á retroceder, no trayendo mas que nieve y pedazos de hielo, cuya vista nos asombró mucho, porque este pais está bajo los 20° de latitud, en paralelo con la isla española (Santo Domingo) y por consiguiente segun opinion de los pilotos, deberia hacer allí grandes calores. No obstante, si los soldados de Cortés no le revelaron el secreto del humo, le dieron parte de un descubrimiento, que tenia para él un interés de otra especie. Avanzando hácia la cúspide de la cadena de que acabamos de hablar, tomaron los enviados un camino cuya salida ignoraban. La casualidad les fué provechosa, era este el mejor paso, el mas practicable, y el buen camino que conducia al punto culminante. Llegados á él percibieron el hermoso valle de Méjico, sus lagos, y la gran ciudad de Tenochtitlan. Gozoso Cortés al oir estas noticias, no titubeó en seguir la ruta que se le indicaba. Corriendo el mes de octubre de 1519, los Españoles acompañados de algunos millares de Tlascaleños, de Totonacos y

de Cholulanos atravesaron la cordillera de Ahualco, que une la sierra Nevada, ó el Iztaccihuatl con la cima volcánica del Popocatepell. Esperimentaron á la vez el frio y la escesiva impetuosidad de los vientos que reinan constantemente en aquella superficie, pero quedaron bien indemnizados de sus padecimientos, cuando, llegados á lo alto de las montañas, el sitio que tanto habia agradado á Ordaz y los suyos, se presentó á su vista. A medida que iban descendiendo las alturas de Chalco se iba tambien descubriendo la vasta llanura de Tenochtitlan, capital del reino de Motezuma con sus torres, templos, grandes edificios, cúpulas, que parecian nacer del seno de una mar escondida como una ciudad encantada. Las aguas de los lagos rodeadas de campos cultivados y poblaciones que brillaban con los reflejos del sol. Todo era un sorprendente espectáculo, cuya belleza aumentaba la imajinacion de los Españoles, entre los que habia algunos que miraban este cuadro encantador como un sueño fantástico, tal era su inesperada aparicion. A medida que avanzaban desaparecian sus dudas y se descubria la realidad que habia quedado suspensa á impulso de las primeras impresiones, y todos estos hombres de guerra llegaron á persuadirse que las riquezas del pais eran superiores á cuanto habian oido, y que la fortuna iba á colmarlos de favores. Algun corto número de estos hombres, no dejaba, sin embargo, de estar con inquietud por la desproporcion de sus fuerzas con las que un grande imperio podia oponerles; pero este temor no alcanzaba á Cortés; todo parecia favorecer sus proyectos. Los gobernadores del pais llegaban unos en pos de otros á ofrecerle sus homenajes. Oia como se quejaban de la tiranía de Motezuma, y le demandaban ayuda y proteccion. Luego que pisó el suelo mejicano, fué testigo del descontento que reinaba en las provincias mas distantes, y llegado á las puertas de la capital reconocia disposiciones, aun mas hostiles contra el poder. Ya no podia dudar del odio jeneral al monarca, y contaba con él como con un poderoso aliado. El buen resultado de su audaz empresa le pareció asegurado, pues ningun enemigo se pronunciaba.

Motezuma, que sabedor de los acontecimientos de Cholula, se habia retirado á su palacio de luto para obtener el socorro de los dioses, por medio del ayuno y oracion, fluctuaba entre las resoluciones mas opuestas. Un dia adoptaba los consejos enérjicos de su hermano. Otro dia se conformaba con la opinion del rey de Texcuco, favorable á la admision de los estranjeros. Ultimamente, encargó á este fuese cerca de Cortés á redoblar sus instancias para determinarlo á no pasar adelante. Cortés acojió al embajador con todas las atenciones debidas á su jerarquía, pero continuó su marcha, haciendo observar en todas partes la mas severa disciplina, tomando, aunque sin enemigos á la vista, todas las precauciones que le aconsejaba su prudencia. Se dirijió por Texcuco á instancias de dos hermanos del rey de este pequeño estado, privados de la corona, y reducidos á vivir como señores tributarios. Lamentándose uno de ellos de la parcialidad de Motezuma, reclamaba el trono y todas las tierras de sus antecesores. Esta querella de familia que hemos ya indicado era una buena suerte para Cortés; prometióle su proteccion y contó con un nuevo aliado demás.

Texcuco, aunque inferior entónces á Tenochtitlan en riquezas y magnificencia, era, despues de la capital, la ciudad mas grande y poblada del Anahuac: se contaban en ella cuarenta mil casas y pareció á los Españoles dos veces mayor que Sevilla. No se cansaban de admirar la belleza de sus templos, palacios reales, calles, fuentes y jardines públicos. Lo mismo les sucedió en Iztapalapan otra grande y hermosa ciudad de doce á quince mil habitantes, infantazgo del hermano de Motezuma. Allí fué Cortés recibido con todos los honores posibles por el jefe y todos los señores del pais. «Nos alojaron, dice Bernal Diaz, en magníficos palacios construidos de pie-

dra y madera de cedro, con dilatados patios, y habitaciones amuebladas de canapés forrados de una tela de algodon finísima, y adornada de bordados y pinturas, y sus paredes muy blancas. Habia casas nuevas no concluidas todavía, que pertenecian al gobernador ó virey. Estaban tan sólidamente construidas como las mejores casas de España. Despues de haber contemplado estos nobles edificios, nos paseamos por los jardines, admirables á la vista, por la variedad de plantas aromáticas, por sus largas calles adornadas de árboles frutales, rosales, y otra infinidad de flores, cuyos nombres ignoro, y sobre todo una multitud de pájaros de brillantes plumas, que se hallaban reunidos. Vastísimos estanques estaban llenos de peces y patos salvajes, cercetas, y varias aves acuáticas particulares de aquellos paises. Nos hallábamos á la orilla de un lago cuyas aguas nítidas se comunicaban con el grande lago de Méjico por un canal bastante ancho para poder navegar grandes barcas. Este bello espectáculo, que por todas partes me rodeaba, me hizo creer que estaba en el paraiso terrenal, ó en el mas privilejiado pais del globo. Tal era aquella ciudad en la época á que me refiero. La mitad de las casas estaban dentro del lago, y la otra mitad en tierra firme; pero todo está destruido. Lo que era lago, son hoy campos de maiz; ni aun los mismos Indios pueden reconocer el lugar de aquellas antiguas habitaciones.

Al dia siguiente de mi llegada á esta ciudad, dice Cortés, la dejé para continuar mi marcha por el camino real que conduce á Méjico, camino muy bien hecho, suficientemente ancho para poder marchar ocho caballos de frente, y embellecido con tres grandes poblaciones, una de ellas numerosa y bien edificada, distinguiéndose por sus templos, y por el gran comercio de sal sacada de las mareas por ebulicion, y pastada en forma de panes. Media legua antes de entrar en Tenochtitlan (Méjico) en un lugar llamado Xoloc, se encuentra un doble muro á manera de baluarte guarnecido de un parapeto almenado que sirve de doble recinto á la ciudad, y va á unirse por el otro lado á una calzada que da en tierra firme. Este doble recinto no tiene mas que dos puertas que salen á las dos calzadas en cuestion.» Allí hizo alto Cortés para recibir las felicitaciones de una numerosa diputacion de la nobleza, vestida como para presentarse á un monarca. Estos señores indianos desfilaron por delante de él, saludándole al estilo del pais, tocando la tierra con la mano, y besándola en seguida. Pareció que daban mucha importancia á este ceremonial que duró mas de una hora.

Entrando en la ciudad hay, entre la estremidad de la calzada y la puerta, un puente de madera de diez piés de ancho, á fin de que puedan las aguas circular libremente al rededor de la fortaleza. Este puente, compuesto de vigas y travesaños se saca cuando se quiere.

Antes de penetrar en esta vasta ciudad de difícil acceso, el prudente jeneral dispuso su jente, como si fuese á tomar una plaza enemiga, y las columnas se ponian en marcha, cuando se le anunció la llegada de Motezuma. Ya no era este un príncipe incierto en sus resoluciones, era sí, un príncipe subyugado por un poder superior; un príncipe soberano de algunos millones de hombres, acercándose con todo el esplendor de su poder, á rendir homenaje á un puñado de aventureros, quienes, por haber tenido la audacia de desobedecerle, y de entrar á pesar suyo en la capital, parecian á sus ojos seres protejidos del cielo, muy superiores á los demás mortales. Desde este momento Motezuma pertenece á Cortés. Bernal Diaz y Clavíjero han descrito minuciosamente esta primera entrevista. Robertson ha desfigurado la relacion del primero, abreviándola, tambien vamos nosotros á reasumirla, pero conservándola su color nativo.

A la cabeza de la comitiva se avanzaban tres oficiales llevando en la mano una varilla de oro, levantándola de cuando en cuando para anunciar al pueblo la presencia del mo-

narca, é intimarles la órden de prosternase como señal de respeto y veneracion. Motezuma iba colocado en una litera cubierta de hojas de oro, y elevado en un magnífico palio cargado de plumas verdes. Cuatro señores lo llevaban sobre sus hombros. Iba acompañado de doscientos nobles, vestidos con una gran capa de tela de algodon de iguales formas como una librea, y en sus cabezas una especie de mazorca de plumas de diferentes colores. Marchaban descalzos, en fila y á dos por costado de la calle, manteniéndose á cierta distancia de Motezuma, los ojos mirando al suelo en ademan de profunda veneracion. El monarca con sus insignias reales, y una pequeña corona de oro en la cabeza, metidos los piés en ricos borceguíes, y á la espalda un manto sembrado de hojuelas de oro y piedras preciosas. Cuando llegó junto á Cortés, dejó la litera. Los cortesanos de su casa estendieron sus propias capas en la tierra para que sus piés no la tocasen. Los cuatro grandes feudatarios de la corona lo tomaron en brazos y pusieron en manos de su hermano y sobrino que lo sostuvieron respetuosamente. Cortés se apeó tambien del caballo, se adelantó á recibirle, le arengó y puso en su cuello una cadena de oro, guarnecida de perlas y cristal cortado que llevaba en el suyo; regalo que recibió el monarca de una manera afectuosa. Quiso Cortés abrazarlo, pero se lo impidieron los señores que lo acompañaban, que ni aun tocarlo le permitieron. Poco tiempo despues, uno de la comitiva réjia trajo al jeneral dos collares trabajados de cáscaras de caracoles, y de cada uno de ellos pendian ocho pedazos de oro en forma de peces de medio pié de largo, y muy bien construido. Motezuma se los pasó al cuello, y luego emprendió el camino de su palacio, encargando á su hermano condujese los Españoles al alojamiento que se les habia destinado. La muchedumbre acudió de todas partes para contemplar este espectáculo, siendo tan numerosa que ocupaba los dos lados del camino. Veíanse jentes en las ventanas y sobre los tejados, todos asombrados y como sorprendidos de las atenciones y complacencias de su rey hácia estos estranjeros, á quienes los honores no adormecian, conservando en su marcha el órden y actitud militar. Sus colunas cerradas ocupaban todo este largo y anchuroso camino elevado sobre el lago, que continua en línea recta desde Iztapalapan hasta el centro de la ciudad.

No podian, sin embargo, desasirse de un vago sentimiento de inquietud viéndose algunos centenares de hombres en el corazon de tan populosa ciudad, y á mil quinientas leguas de su patria. Llegaron hasta el palacio que se les habia destinado, y que otro tiempo habia ocupado el rey Axajacatl. Motezuma que los aguardaba en la puerta de entrada tomó á Cortés por la mano, y lo introdujo en una grande sala en donde le hizo sentar sobre un pequeño sitial, cubierto de un tapiz de algodon, y cuya forma asemejaba á uno de los altares de nuestras iglesias. Las paredes estaban cubiertas de la misma tela, rebeteada de oro y piedras preciosas. El rey se despidió del jeneral diciéndole: « Ahora estais en vuestra propia casa; obrad como amo: descansad vos y vuestros compañeros. Pronto volveré á veros. » Terminada esta visita, Cortés mandó se disparasen algunos cañonazos con el objeto de espantar á los Mejicanos. Seguidamente reconoció el palacio que se le habia dado por habitacion, edificio grandioso, claro, ventilado, con murallas de un mediano espesor, flanqueadas de torrecillas, aseadamente amueblado con esteras, y asientos de una sola pieza de madera, y tan grande que todo el ejército español, Indios, aliados, mujeres, niños y esclavos en número de mas de siete mil, estaban cómodamente alojados. Los Españoles encontraron en aquel local cuanto pudieran desear para su seguridad. Cortés tomó, sin embargo, con su infatigable intelijencia, todas las precauciones posibles. Colocó una batería de cañones frente la puerta principal, y se fortificó en todos los puntos, como si hubiera tenido que sostener un sitio.

La entrada de los Españoles en la capital de Motezuma, dia no menos ilustre para ellos, que fatal para los pobres Mejicanos, se verificó el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de su llegada al pais de Anahuac. Apenas Cortés habia acabado de comer, cuando Motezuma fiel á su promesa fué á visitarle. El monarca lo hizo sentar á su lado mientras todos los oficiales españoles ó mejicanos se mantenian en pié respetuosamente. Nuevos presentes de oro, plumas y millares de piezas de algodon se llevaron allí, que el mismo rey le ofreció. Cortés se confundia duplicando agradecimientos, pero Motezuma le interrumpió con estas palabras:

«Bravo jeneral, y vosotros todos sus compañeros. Los hombres de mi corte y mis criados son testigos del placer que he esperimentado á la noticia de vuestra llegada. Si he manifestado oponerme hasta este momento, á la visita que ahora me haceis, no ha sido sino por conformarme con las ideas y disposiciones de mi pueblo. Vuestra fama ha aumentado los objetos y alarmado los ánimos: se ha dicho que erais dioses immortales, montados sobre bestias salvajes de un tamaño y de una fuerza estraordinarios, lanzando á vuestro placer los rayos que hacen temblar á la tierra. Os han hecho pasar como monstruos arrojados por las olas del mar á sus orillas, atraidos hasta nuestro pais, por vuestra insaciable sed de oro y para entregaros á todos los desórdenes. Ultimamente se ha dicho y repetido que uno solo de vosotros se comia mas de diez Mejicanos, pero el tiempo y la esperiencia nos han hecho ver, que todo esto es una impostura. Hoy sabemos que sois hombres mortales como nosotros, aunque la tez no sea igual, y tengais pelo en la cara. Vuestros caballos, esos animales tan temidos, son ciervos mas grandes y gordos que los nuestros aunque difieren algo de su forma; y vuestras terribles armas son unos tubos bastante parecidos á las cañas con que vamos á cazar, con la diferencia que arrojan las balas con mayor fuerza. Tambien sabemos que sois buenos y jenerosos, que sufris con resignacion la mala suerte, y no os enfureceis jamás, á menos que os provoquen con hostilidades injustas. Tampoco dudo que desterraréis de vuestros espíritus las falsas ideas que os hayan hecho formar de mí, ya por las lisonjas de mis vasallos, ó las adulaciones de mis enemigos. Os habrán dicho, sin duda, que yo era un dios, y tomaba á mi voluntad la forma de un tigre, de un leon, ó de cualquiera otro animal, pero ahora veis con vuestros propios ojos, que soy de carne y huesos como los demás hombres, aunque mas noble por mi nacimiento, y por el alto rango que ocupo. Los Totonacos que con vuestra proteccion se han revelado contra mi, y cuyo delito no quedará impune, no habrán dejado de deciros que las paredes y techos de mi palacio son de oro; y vos que habitais uno de éllos, podeis convenceros de que son de piedra y cal. Convengo en que mis riquezas son grandes, mas no tanto como las ponderan mis súbditos. Algunos de ellos se os habrán quejado de mi crueldad y de mi tiranía; pero llaman tiranía al ejercicio legal de la autoridad suprema, y crueldad al indispensable rigorismo de la justicia. Abandonemos, pues, uno y otro las falsas ideas que se hayan formado de nosotros.

«Segun las señales que hemos observado en los cielos, y en conformidad de lo que sabemos de vosotros y de las rejiones de donde venís, reconocemos que han llegado ya los tiempos prefijados por nuestras tradiciones para el cumplimiento de ciertas profecías. Sabemos que deben llegar de las rejiones del Oriente en donde el sol nace, hombres destinados á hacerse dueños de este pais, en el cual reinó antiguamente un señor que desapareció, y cuyos descendientes son nuestros lejítimos soberanos. Nosotros no somos orijinarios de estas tierras. Hace un corto número de siglos que nuestros ascendientes, salidos de las comarcas del norte, se establecieron en ellas. Por consiguiente, solo como virey del gran Quetzalcoatl gobernamos, y por lo mis-

mo recibo con placer la embajada de vuestro rey, y pongo mi reino á sus órdenes.»

Demasiado perspicaz Cortés para no conocer el partido que podia sacar del error del rey mejicano con relacion al oríjen de los Españoles, le mantuvo en una ilusion que tan bien auxiliaba sus proyectos, y comprendió que debia en lo sucesivo obrar con autoridad, ya que hallaba en Motezuma un vasallo voluntario. Estendióse largamente sobre la grandeza y poder de su señor Cárlos V, espuso que su mision era pacífica, que tenia órden de establecer una alianza sincera y durable entre los dos grandes reyes de Oriente y Occidente, y emplear todos los medios posibles de persuacion para alterar y modificar diferentes leyes y usos mejicanos contrarios á la justicia y á la humanidad. Esto le condujo á hablar de la relijion de los pueblos del Anahuac; á declamar contra su idolatría, y sus supersticiones; y á pedir sobre todo, la abolicion de los execrables sacrificios humanos, que ultrajaban la divinidad, y todos los sentimientos de la naturaleza.

A pesar de esta polémica sobre objeto tan delicado, reinó en esta entrevista la mejor cordialidad. Los dos jefes se separaron con mútuas protestas de amistad, y no cabe duda que tan feliz principio, preliminares tan pacíficos, hubieran hecho á los Españoles dueños de todo aquel imperio, sin derramar sangre, si se hubieran conducido con una prudencia igual á su valor.

En la visita que Cortés hizo al rey al siguiente dia, acompañado de sus capitanes, pasaron las cosas del mismo modo. El jeneral fué recibido como si hubiese sido igual al rey. Este quiso informarse minuciosamente de todo cuanto concernia al gobierno, y á las producciones de la España; pero Cortés, el mas ardiente de todos los católicos, en lugar de responder á estas cuestiones, empezó por catequizar á Motezuma: le habló de la creacion del mundo, de un solo Dios, de su hijo Jesu-Cristo, de la Trinidad, de la misa, de la confesion, de los goces del paraiso, de los tormentos del infierno, cosas todas escelentes para enseñar, pero que Motezuma no estaba en el caso de comprender de repente.

Volvió Cortés á la carga sobre los sacrificios humanos, y exijió formalmente su abolicion. No concebia Motezuma, como un Español encontraba mal que se sacrificasen á los dioses hombres, que por razon de sus crímenes, ó su poca suerte en la guerra, estaban destinados á morir; y sin embargo, sea por convencerle las razones de Cortés, ó porque quisiese agradar á los Españoles á quienes temia, prometió que no se serviria mas carne humana en la mesa. No se doblegó con tanta facilidad á su conversion al cristianismo, pues sostuvo que no habiendo recibido mas que favores de los dioses mejicanos, y siendo tan buenos como los de los Españoles, fuera ingratitud abandonarlos. Cortés no insistió mas por esta vez, y se retiró.

Un pensamiento conservador le ocupaba enteramente. Un feliz principio no le ocultaba el peligro de su posicion, y conocia la necesidad de llamar en su ayuda los recursos intelectuales. El monarca era suyo, pero le faltaba conquistar la nobleza. Procuró su adhesion con agasajos, y por la dulzura y dignidad de sus modales. Necesitaba el aura popular, y ordenó á sus soldados procurasen no dar motivo de queja por su conducta. Toda esta política no era sino una máscara con que se cubria la ambicion. El hombre de paz en la apariencia,maquinaba en su pensamiento los proyectos mas hostiles, y la empresa mas atrevida. No obstante, nada queria ejecutar sin tener un perfecto conocimiento de esta gran capital, en la que en cierto modo puede decirse se hallaba encerrado. Para observarla á su placer sin escitar alarmas, y tomar una idea exacta de la fuerza y medios de resistencia de los Mejicanos, rogó á Motezuma le permitiese visitar los palacios reales, los principales templos, y la gran plaza del mercado. Esto le fué concedido de buena voluntad, y el desgraciado rey, lleno de confianza, permitió á los Españoles lo examinasen to-

do. Vamos, pues, con las relaciones de Cortés, de Bernal Diaz, de Acosta y de Clavíjero, á dar una idea de la antigua capital del Anahuac.

El documento mas antiguo que poseemos sobre Tenochtilan, su lago y sus alrededores es una carta dirijida por Cortés al emperador CárlosV. en 30 de octubre de 1520. Citaremos por entero este curioso pasaje « La provincia en que está situada la residencia de este gran señor Motezuma, dice Cortés, está circularmente rodeada de montañas elevadas, y entrecortadas de precipicios. El llano continente cerca de setenta leguas de circunferencia, y en él se encuentran dos lagos que bañan casi todo el valle, pues á mas de cincuenta leguas á la redonda, navegaban los habitantes en canóas (1). Uno de estos dos grandes lagos es de agua dulce y el otro de agua salada. Están separados uno de otro por una pequeña línea de montañas (2) que se levantan en medio de la llanura. Las aguas de los lagos entran reunidas en un estrecho que existe entre las colinas y la alta cordillera (3). Las numerosas villas y lugares construidos á la orilla de estos lagos, comercian mutuamente, por medio de carivas sin tocar á tierra firme. La gran ciudad de Temixtitan (Tenochtitlan) está fundada en medio del lago salado que tiene sus mareas como la mar (4). Desde esta ciudad hasta la tierra firme hay dos leguas, por cualquier parte que se vaya, que dirijen cuatro diques hechos por manos de hombres, y tienen la anchura de dos *lanchas*, (veinte piés poco mas ó menos) Temixtitan es grande como Sevilla ó Córdova. Las calles principales son derechas y anchas. Contiene Méjico muchas plazas grandes que sirven de mercados; una de ellas rodeada de pórticos es mayor que la ciudad de Salamanca. Reúnense en ella para comprar y vender, unas sesenta mil personas (2). Hay calles ocupadas únicamente por herbolarios, plateros, joyeros, carpinteros, pintores, etc. En los diferentes puntos de entrada de la ciudad hay barreras con varios comisionados encargados de recaudar los derechos impuestos sobre mercaderias y objetos de consumo. El pueblo viste allí mejor y con mas elegancia que en las demás ciudades del imperio, porque la permanencia del monarca y la grandeza han introducido allí modas particulares y maneras mas finas. En particular la nobleza ostenta un grande fausto. Se hace conducir en literas, acompañar en las calles por un séquito de esclavos. Las costumbres de Méjico tienen mucha relacion con las de España. Vese allí á poca diferencia al mismo órden, el mismo conjunto, llamando sobre todo, la atencion aquella admirable policia en una nacion bárbara, separada de todos los pueblos cultos, y tan distante del conocimiento de un verdadero Dios.

Adornada de numerosos templos, cuya parte mas elevada, parece remontarse en forma de torre rodeada de diques, colocada en medio de las aguas, y sentada sobre islas de un ameno verdor: recibiendo á cada hora del dia millares de Barquichuelos, que dan animacion sobre su hermoso lago, debia Tenochtitlan segun relacion de los primeros conquistadores, asemejarse á Venecia, ó á una de aquellas ciudades del Delta en el bajo Ejipto, á la época

(1) Es necesario observar que el jeneral no habla mas que de dos lagos, porque no conocia sino imperfectamente los de Zumpango y Xaltocan, entre los cuales pasó precipitadamente en su huida de Méjico á Tlascala, antes de la batalla de Otumba.

(2) Las colinas cónicas y aisladas cerca de Yztapalapan.

(3) Sin duda la pendiente oriental de los Cerros de Santa Fé.

(4) Temixtitan, Temistitan, Tenochtitlan, Temihtitlan, son cambios viciados del nombre de Tenochtitlan. Los Aztecas ó Mejicanos se llamaban á si mismos Tenohas de donde deriva la denominacion de Tenochtitlan. En cuanto á las pretendidas mareas, no son probablemente sino un juego periódico de los vientos del Este y cuando estos soplan con violencia, las del lago Texcuco se retiran hácia la orilla occidental, y dejan en seco una estension de mas de seiscientos métros, segun M. Humboldt. Este movimiento de los vientos hizo nacer en Cortés la idea de las mareas.

(2) Ya hemos indicado, segun relacion de Cortés, los principales productos de agricultura é industria Azteca que hay en aquel mercado.

de las grandes avenidas del Nilo. Bernal Diaz la compara á un inmenso tablero, y con razon porque se hallaba dividida en cuadros regulares. Del mismo modo que la vemos en el fragmento del plan de esta capital, delineada hácia la época del último de los Motezumas, y que Mr. Bullok ha adquirido y publicado.

Cada uno de los cuadros grandes ó pequeños tenia un templo sobre cuyo frontispicio se leia en caractéres aztecas el nombre del dios ó diosa á quien se consagraba. La circunferencia del antiguo Méjico era de cerca de diez millas, y el número de sus casas de sesenta mil. Podia graduarse su poblacion de unas trescientas mil almas. Sus calles se lavaban y limpiaban todos los dias; y por numerosos canales se abastecia de las provisiones necesarias á su consumo que de varios puntos llegaban. Una buena cantidad de puentes de madera suficientemente anchos para pasar diez caballos de frente, unian entre sí los diferentes cuarteles, como en nuestras ciudades de Europa. Méjico estraia el agua de sus fuentes, de los manantiales de Chapoltepec conducida por un acueducto, obra admirada de los Españoles. Estas aguas introducidas en tubos de tierra cocida se distribuian por todos los puntos de la ciudad. Las relaciones antiguas hablan con admiracion, y ciertamente con exajeracion del carácter grandioso de los edificios de aquella real ciudad.

Todos los templos se parecen en lo esterior, pero el grande Teocali se distingue de los demás por su inmensa estension, sus ajigantadas proporciones, y su destino. Data su fundador desde 1486. Seis años antes del descubrimiento de la América por Cristóval Colon. Su recinto designado por muros muy espesos de ocho piés de altura, guarnecidos de almenas en forma de nichos, y cubiertos de relieves de piedras, que representan serpientes enlazadas, le dan el aspecto de ciudad cuidadosamente fortificada. Sus cuatro puertas correspondian á los cuatro puntos cardinales. La grande pirámide que se elevaba en el centro reunia las mismas caras, comunes á los edificios de este jénero asiático ó ejipcios. El monumento mejicano tenia noventa y siete metros en su base, y treinta y siete de altura, manifestaba la figura de un cubo enorme. Distinguíanse cinco pisos ó asientos. Una grande escalinata conducia á la cima de esta pirámide truncada, y allí sobre la misma plataforma, se elevan dos altaritos con dos capillas en forma de torres. Se mostraban dos feísimos ídolos, el uno de Tezcatlipoca, la primera de las divinidades Aztecas, despues de Teotl, ó el ser supremo invisible, y el otro de Huitzilopochtli, dios de la guerra, y tambien dios protector de los Aztecas, á quien el templo era particularmente dedicado, tambien se encontraba allí, no menos fea que los ídolos, la piedra de los sacrificios, piedra verde sobre la cual estendian los sacerdotes las víctimas humanas. Treinta y nueve capillitas consagradas á otras tantas divinidades rodeaban la grande pirámide, cuyo interior servia, como ya la hemos notado para sepulcros de reyes y principales señores mejicanos. Tambien los reyes y nobles tenian sus oratorios al rededor del templo, en que se encerraban jardines, fuentes, las habitaciones de los sacerdotes, y algunos conventos de hombres y mujeres. Afirma Cortés que en aquel local podrian haberse construido quinientas casas. Allí fué, en donde seguido de sus oficiales superiores, y acompañado de Motezuma, obtuvo en los primeros dias de su llegada, el permiso de penetrar. Allí fué sobrecojido de horror al aspecto de una muralla de cabezas y huesos de hombres simétricamente alineados; ó la vista del pavimento enrojecido con la sangre de las víctimas, el mal olor que exhalaba este horrible osario, y allí, en donde no pudiendo Cortés contener su indignacion, prorrumpió en imprecaciones contra los ídolos y su culto infernal (1).

(1) He aquí la relacion de Clavijero. « Los Españoles algunos dias despues de su llegada, subieron á la plata-forma del gran templo. Motezuma que les permitia esta visita les habia precedido, á fin que su presencia les impidiese algun



Si de los templos de los dioses pasamos con los Españoles á los palacios reales, les vemos bajo la forma de una reunion de casas espaciosas aunque bajas. La residencia habitual de Motezuma era un vasto edificio, construido de piedra, cal y canto. Tenia veinte puertas que daban á plazas públicas y distintas calles. Veíanse tres patios muy grandes adornados de fuentes con surtidores, y salas de recibo, en una de las cuales se colocaban tres mil hombres cómodamente. Obsérvanse en seguida corredores con cuartos, los unos incrustadas las paredes de piedras pulimentadas y brillantes y las otras con puertas y artesonados de cedro y de ciprés esculpidos. En aquel recinto del real asilo, los antiguos crónistas del tiempo de Cortés nos enseñan el serrallo de las mujeres, los alojamientos de los ministros, de los grandes dignatarios del reino, de los oficiales del monarca, y de su numerosa y brillante corte. Tambien pertenecian á Motezuma en el antiguo Méjico varios palacios destinados á los reyes aliados, á los príncipes tributarios, á los nobles viajeros y otros reservados para algun santo uso; servian de hospicio á los viejos, á los pobres, á los impedidos, á los enfermos indijentes, mantenidos y cuidados á espensas del tesoro.

Otros edificios públicos llamaban tambien la atencion. Eran estos, cuadras ó corrales, de que la Europa no presentaba entónces modelo. Una de ellas se componia de muchas habitaciones bajas, y galerías sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza. Estas galerías daban á un vasto jardin, cargado de árboles y muchos estanques, unos de agua dulce y otros de agua salada, destinados á las aves acuáticas. Habia en aquel sitio pájaros mansos y tranquilos, cuyas plumas brillantes y variadas servian para componer los injeniosos mosaicos de los Aztecas. Se les daban los mismos alimentos que ellos acostumbraban en su estado de libertad, granos, frutos ó insectos. Trescientos hombres estaban destinados á cuidarlos, teniendo sus médicos ordinarios que habitaban en el mismo local, observando sus enfermedades y dándoles prontos remedios. Algunos de estos empleados vijilaban los huevos durante su incubacion. Otros, en ciertas estaciones recojian las plumas para el trabajo de los mosaicos. Este corral ocupaba el lugar en donde se ve hoy el convento de san Francisco.

El otro edificio destinado á los animales feroces se componia de un gran número de departamentos subterráneos de mas de seis piés de profundidad, sobre diez y seis de lonjitud, y de espaciosos patios valdosados y divididos en estancias. Aquí estaban encerrados el águila real y los buitres, los jaguars, (Tigres), los leones, los lobos, los gatos monteses y demás bestias feroces. Se les alimentaba con gansos, liebres y conejos, y lo que es horrible de referir, con las entrañas de las víctimas humanas. Los feos cocodrilos se ajitaban en sus viviendas rodeadas de paredes, y serpientes de todos los colores, guardadas en anchas cubetas ó barricas, hacian oir sus espantosos silvidos. Los peces tenian sus receptáculos particulares, de los cuales existen hoy dos sumamente bellos y pueden verse en el palacio de Chapoltepec.

En uno de los edificios reales se habia colocado el grande Arsenal del

atentado reprensible Desde aquel punto culminante pudo observar Cortés á su placer el conjunto de la ciudad y todo el pais que la rodea. Despues de haber visto bien este vasto panorama, le ocurrió penetrar en el santuario, lo que se le concedió con consentimiento de los sacerdotes. Entrados los Españoles en el santo lugar, vieron con horror las huellas de los sacrificios humanos, y la ceguedad de los Mejicanos por semejante culto. Cortés mas irritado que todos volviéndose hácia Motezuma le dijo bruscamente. «Estraño que un príncipe tan sabio como vos pueda adorar como imájenes de dioses, estas abominables figuras de demonios.» A estas ultrajantes palabras se contentó Motezuma de contestar, «Si yo hubiera podido sospechar que hablariais de nuestros dioses con tanta irreverencia, jamás hubiera consentido introduciros en su templo. Viendo Cortés la irritacion del Monarca, tomó una escusa frívola, y se despidió al instante para retirarse á su cuartel, «Id en paz, le dijo Motezuma. yo quedo aquí para apaciguar con mis ruegos á los dioses que habeis ultrajado.

imperio, en donde toda suerte de armas ofensivas y defensivas, y todos los estandartes, ó enseñas militares usadas en los pueblos del Analhuac se hallaban reunidas. Un inmenso número de obreros habia allí empleados en la fabricacion de armas; y en otros edificios se veian talleres de pintores, escultores y plateros trabajando constantemente para la real casa. Tambien existia un cuartel en donde se educaban comparsas de bailarines para los placeres del rey.

Entre todas estas bellezas del antiguo Méjico, los jardines botánicos unidos á los palacios reales ó mensajerías, eran los objetos mas notables. Cultivábanse las plantas mas raras, las flores mas brillantes como las mas comunes, con tanto cuidado que admiró á los Españoles en cuya nacion nada podian comparar con los establecimientos de este jénero. Las Antillas en donde acababan de establecerse no les ofrecian ningun monumento artístico. Allí, chozas en vez de palacios; insulares, casi en el estado de la naturaleza, y desnudos bajo un clima ardiente, pasaban su vida en una dulce calma y hallaban en su fácil cultivo y su salvaje industria, lo que podia bastar á satisfacer el corto número de sus necesidades.

Muy diferente era el espectáculo que presentaba la capital de Motezuma. En ella se distinguia una civilizacion particular que ni Cortés ni sus compañeros presumian hallar. Esta circunstancia influyente en su juicio debió sin duda llevarlos á un punto de exajeracion que parece natural en su posicion, y si se añade, que para nombrar los objetos nuevos que se les presentaban á la vista, no conocian otras espresiones que las usadas en Europa para referir los detalles de un órden social enteramente distinto, se esplican, fácilmente los errores que pudieron cometer al trazar el cuadro de la Corte del monarca. A aquellos, pues, corresponde la responsabilidad de esta pintura que tiene algo de oriental y fantástico.

Cada mañana iban á palacio seiscientos señores feudatarios simplemente vestidos, porque les era prohibido presentarse al Rey con ricos atavíos: los piés desnudos, pues habia una órden para todo aquel que entraba en la rejia habitacion, de dejar el calzado en la puerta esterior. Estos nobles iban á pasar el dia en las antecámaras. En ellas se mantenian silenciosos, y si hablaban era en voz baja. Introducidos á presencia del monarca se prosternaban tres veces, diciendo en el primer saludo: «Señor,» en el segundo, «Monseñor,» y en el tercero, «Alto y poderoso señor.» En seguida le dirijian sus preces, ó le pedian sus órdenes con la cabeza baja en la humillante actitud de esclavos. Trasmitíaseles la respuesta del rey por uno de sus secretarios: hecho esto, se retiraban los nobles marchando hácia atrás sin levantar los ojos.

Esta sala de audiencia merece una ojeada. Era el comedor en donde vemos al monarca sentado en una poltrona muy baja, y delante una ancha almohada que le servia de mesa. Los manteles, servilletas y toalla de una tela de algodon finísima, eran de una blancura brillante. Numerosos eran los platos de la comida real, pues ocupaban una gran parte del pavimento de la sala. La caza, el pescado, las legumbres y frutas se presentaban allí condimentados de mil modos, tan variado era el arte de cocina y sus recursos. Copas de oro, ó de conchas mariscas perfectamente trabajadas, las unas llenas de chocolate, y las otras de diferentes licores de cacao, adornaban este espléndido servicio. Cuatrocientos señores jóvenes hacian de pajes: tomaban los platos, los presentaban á S. M. y se retiraban luego que estaba sentado. El rey con una varilla señalaba el que le apetecia, y el resto se distribuia entre los nobles, que hemos dejado en las antecámaras. Cuatro muchachas, seis ministros, y el escudero trinchante asistian á la comida del rey. Este oficial tenia el encargo de cerrar la puerta desde el instante que el rey tomaba su lugar, á fin que nadie entrase á verle comer. Ninguno de los asistentes le dirijia la palabra. Las señoritas y el escudero trinchante le servian, y le presentaban el pan de

maiz cocido con huevos. Tocaba una orquesta durante la comida, ó bien algunos bufones de oficio, enanos ó jorobados, le divertian con historias jocosas, y agudezas graciosas. Decia Motezuma que en medio de sus locuras, descubria muchas veces útiles noticias y revelaciones importantes de que se aprovechaba, medio injenioso, empleado probablemente, para que llegasen hasta su solio verdades, que sus hombres de estado no hubieran osado manifestarle, y que hubiera tal vez hallado inoportunas y aun dignas de castigo en boca de súbditos leales y adictos.

Despues de comer le presentaban una gran pipa de caña ricamente guarnecida, y se dormia fumando. Al dispertar recibia á los grandes del reino, despues los poetas músicos le cantaban las hazañas de sus antepasados, y los gloriosos sucesos de la patria. Otras veces se divertia en ver cierta especie de saltimbanquis hacer pruebas de habilidad y saltos en la cuerda. Unas veces se paseaba por sus parques cazando: otras iba á ver sus casas de campo. Cuando salia era llevado en hombros de los nobles en una pequeña litera cubierta de un rico palio, y seguido de un numeroso acompañamiento de cortesanos. A su paso se detenia el pueblo; hombres y mujeres cerraban los ojos, como temiendo ser deslumbrados por el resplandor de S. M. y si bajaba de su litera, se estendian tapices ó alfombras delante de él, segun lo hemos indicado en su primera entrevista con Cortés. Motezuma se bañaba todos los dias. Mudaba de vestido cuatro veces al dia, y jamás volvia á usar el que se quitaba: lo regalaba á sus nobles oficiales, ó á algunos de sus soldados que se habian distinguido con alguna señalada accion.

Las mujeres de su serrallo que ya no tenian la fortuna de agradarle, las distribuia tambien como regalos entre sus favoritos. Tales eran en 1520 la ciudad y corte del rey de los Aztecas.

La fortuna de Cortés parecia completa: llegado al centro de la capital de un grande y populoso reino: tratado por su monarca con las atenciones que ningun mortal habia obtenido hasta entónces: temido de los pueblos como un ser privilejiado que dispone del rayo, y de monstruos tan lijeros como el aire: mandando á soldados intrépidos y adictos, que nada encontraban imposible, todo debia augurarle un porvenir feliz, y su confianza en los acontecimientos sucesivos apoyarse en los anteriores. En estos pensamientos consoladores se mezclaban, sin embargo, reflexiones menos gratas: aunque vencedor se veia como encerrado en el centro de una ciudad inmensa, cuya estraña construccion; la disposicion de su terreno, y la naturaleza de las vias de comunicacion le ofrecian tantos medios de defensa. Cortados los puentes y los caminos, y obstruidas las calles con barricadas, quedaba cojido, y preso en el lazo. Los Tlascaleños le habian mas de cien veces advertido, no se fiase de las palabras de Motezuma, de sus promesas ni de sus beneficios. Repetíanle, ser una imprudencia descansar en su fe: que no habia permitido la entrada de los Españoles en la capital sino por consejo de los sacerdotes, y para aniquilarlos de un solo golpe: que su amistad y atenciones eran un velo con que cubria sus pérfidos designios: sus ricos presentes sus palabras dulces, y sus consideraciones semejaban á las flores que ocultan el borde de un precipicio, allí colocadas por algun jenio maléfico para atraer al pasajero á su ruina. Cortés participaba de estos temores de aliados fieles, y todo le conduia á creer, que la espedicion del jeneral mejicano contra los Totonacos, por la que Escalante habia perdido la vida, era obra del rey, ó al menos la habia tolerado. El acontecimiento de Cholula le parecia asimismo acusar la franqueza del monarca. Sabia tambien por sus espias, que si la masa popular, no se ocupaba mas, que de sus negocios, de ceremonias relijiosas y de regocijos públicos; los nobles no mostraban la misma indiferencia. Entre ellos la irritacion era grande y jeneral. Su aspecto revelaba proyectos hostiles; sentíanse pro-

fundamente heridos por la presencia del estranjero y hablaban sin reserva sobre los medios de espulsarlo, ó acabar con él, cerrándole toda retirada. Los sacerdotes no estaban mejor dispuestos, temian el celo fanático de Cortés, y le señalaban como el enemigo de los dioses, suponiéndoles indignados de su presencia en aquella rejia ciudad. Puestos los ánimos en tal estado, una sola palabra de Motezuma podia llamar á las armas, todo el pueblo de la gran capital. No lo ignoraba Cortés, pero fundaba sus esperanzas en la irresolucion y debilidad del monarca. Sabia que nadie se moveria sin su órden, ni contra su voluntad, única ley del imperio. Tales datos debieron naturalmente influir en la política del jeneral español, y convencerle de que Motezuma aunque tal vez pérfido, carecia de enerjía, no tenia fuerza de accion, y menos adicto al honor que á la vida, era un escudo de cuya posesion debia asegurarse. Motezuma era para él un rehen sagrado, una garantia de la obediencia de todo un pueblo. Por otra parte consideró, que poniendo la mano sobre el príncipe, que nadie osaba tocar, y teniéndolo prisionero en su palacio, daba Cortés de sí mismo y de sus Españoles, una idea sobrehumana, haciendo del terrorismo un poderoso apoyo. Bajo semejantes impresiones se decidió á apoderarse de este pobre monarca, y á retenerlo prisionero á la vista de los suyos. Para ello creyó, sin embargo, reunir su consejo, y someterle un proyecto del cual dependia la salvacion del ejército. Cortés lo presentó como uno de esos partidos estremos que el derecho de jentes reprueba, pero que la necesidad lejítima. Hablaba á hombres valientes y tan decididos como él, aunque ninguno de ellos poseia la estension de su golpe de ojo, dividiéronse por lo mismo, las opiniones: creian algunos que este acto de autoridad era impracticable, y traeria consigo la total ruina de los Españoles: otros se inclinaban á la retirada, calculando, que era mas prudente y ventajoso concluir con Motezuma un tratado de alianza, y despues retirarse á Veracruz; pero la voz de Cortés habia encontrado eco en los corazones de varios oficiales. El ardiente Velazquez de Leon, y el temerario Sandoval, adictos decididos, se mostraron celosos partidarios de la medida propuesta. Cortés la encomió con tanto arte y conviccion, que concluyeron por adoptarla unánimemente.

Si el atrevimiento de tal empresa tiene algo de estravagante, el modo de llevarla á efecto es una nueva gloria para Cortés. En ella se reconoce toda su prudencia y sagacidad. El juzgó que una grande ostentacion de fuerzas despertaria sospechas, é imposibilitarian el resultado, ó al menos seria muy dudoso y que aventurando un ataque violento debia al fin sucumbir. Un golpe de mano ejecutado por algunos hombres le pareció el solo medio de conseguir su objeto sin entrar en lucha contra fuerzas cien veces superiores á las suyas. Elijió, pues, cinco de sus oficiales mas arrojados, Sandoval, Alvarado, Velazquez de Leon, Lugo y Dávila, y cinco soldados no menos valientes para acompañarlo á palacio. Otros veinte y cinco soldados escojidos los seguian, no como tropa reglada, sino de dos en dos, y marchando á intervalos como si la casualidad dirijiese sus pasos. Todos los diferentes cuerpos de su ejército, españoles y tlascaleños se pusieron á las órdenes de Olide y de Diego de Ordaz, con órden formal de estar prontos á marchar á la primera señal. Luego que Cortés y su comitiva se presentaron en palacio, fueron introducidos y admitidos á la audiencia del rey, como se tenia costumbre de obrar con los Españoles. Los nobles mejicanos se retiraron respetuosamente. La conversacion varió en un principio sobre objetos insignificantes. El rey se manifestó lleno de benevolencia y atencion por los Españoles haciendo que todos se sentasen. Distribuyóles algunas alhajas de oro, y presentó á Cortés una de sus hijas rogándole se casase con ella. Cortés rehuso este honor con las palabras mas políticas,

escusándose con que siendo casado no le permitia su relijion tener dos mujeres; no obstante admitió á la jóven por compañera con el objeto de volverla cristiana. Otras jóvenes muchachas tan nobles como hermosas de las del serrallo, presentó y ofreció á los oficiales de Cortés, el cual impaciente por llegar al objeto de su visita, cortó bruscamente la conversacion, y con un tono muy diferente del hasta entónces usado, echó en cara al rey con viveza las hostilidades cometidas por el señor de Nauhtlan contra los Españoles, pidiéndole una reparacion pública por la muerte de algunos de sus compañeros, y el insulto hecho al príncipe de quien eran los enviados. Confundido Motezuma con esta acusacion inesperada y cambiando de color, ya porque era culpable, ó por resentirse de la indignidad con que se le trataba, protestó de su inocencia con palabras sumamente vivas y sentidas, pretendiendo que solo los Tlascaleños pudieran haber inventado tan atroz calumnia, y porque no quedasen en duda sus buenas intenciones, y como una prueba de su lealtad, encargó en aquel mismo momento á dos de sus correos fuesen á Nauhtlan, se apoderasen de Quauhpopoca, y de cuantos habian tenido parte en los asesinatos de los Españoles, y los condujesen de grado ó por fuerza á Méjico. Entregó á los comisionados un anillo, que llevaba en el dedo, y en el que estaba grabado el signo jeroglífico del dios de la guerra Huitzilopochtli. La presentacion de este anillo atestiguaba la voluntad suprema del monarca y era, en manos del enviado la prueba de su mision. Los dos correos partieron al instante, y el rey dijo á Cortés: «¿Qué puedo hacer yo ahora para acreditaros mi lealtad?» Yo no dudo de ella replicó Cortés, pero para destruir del espíritu de vuestros súbditos toda idea de que la accion de Nauhtlan es obra vuestra, y asegurar al mismo tiempo á mis compañeros de vuestras buenas intenciones, abandonad vuestro domicilio, y venid á habitar con nosotros. Allí seréis rey lo mismo que en vuestro palacio, y servido como un gran monarca. Por semejante medio quedará mi soberano enteramente satisfecho, y mis soldados llenos de orgullo con tal honor podrán tener un abrigo bajo la proteccion de vuestra majestad. A esta estraña proposicion, tan artificiosamente presentada, el desgraciado rey, quedó largo tiempo sin habla, y casi sin movimiento. Pero reanimado por la indignacion, respondió con altanería, que las personas de su rango no estaban acostumbradas á constituirse voluntariamente prisioneras, y que aun cuando él tuviese la debilidad de consentir en ello, no consentirian sus súbditos que tal afrenta se hiciese á su soberano. Queriendo evitar Cortés los medios violentos, se esforzó alternativamente en suavizarlo, é intimidarlo. La disputa era acalorada; habian trascurrido tres horas en la discusion, y cualquiera dilacion era ya peligrosa, cuando Velazquez de Leon, jóven tan valiente como impetuoso, dirijiéndose á Cortés, y esforzando su atronadora voz gritó. ¿Porqué jeneral gastais palabras en vano? Es preciso que este indio sea nuestro prisionero, ó que muera: si se resiste, voy á hundir mi espada en su corazon. Hoy debemos nosotros asegurar nuestras vidas ó perderla todos.

Espantado Motezuma tanto del tono de esta voz, como del modo feroz de Velazquez, rogó á Marina le esplicase el discurso de este Español. Hízolo esta con toda la habilidad de un diplomático.» Como súbdita vuestra, dijo al rey, con aire candoroso é interesante deseo, que no recibais el menor daño, pero como intérprete de estos hombres, conozco su secreto y su carácter. Si accedeis á sus deseos os tratarán con honor y con el respeto que los reyes se merecen, pero si persistis en vuestra negativa, vuestra vida se halla en el mayor riesgo: ningun escrúpulo tendrán en mataros en el acto.» Esta esplicacion decidió á Motezuma. Desde la llegada de los Españoles se debilitaba de dia en dia su valor. Las circunstancias lo dominaban, y el terror pánico

que dirijia todas sus resoluciones iba á perecer en el momento sino obedecia, y abandonándose á su suerte se puso en manos de los Españoles.» A vosotros me confio, les dijo, ya que los dioses así lo quieren. Llamó á sus criados, hizo preparar su litera, y se trasladó al cuartel de Cortés con todo el aparato del poder soberano, y bajo la severa custodia de los compañeros de Cortés. Los empleados en su servicio, y los señores adictos á su persona le acompañaron en silencio con las lágrimas en los ojos. De este dolor mudo, sin embargo, no participaba el pueblo: el suyo era ruidoso y amenazador, pronunciábanse imprecaciones contra los raptores del rey. De todas partes este pueblo indignado queria acudir á las armas para castigar en los estranjeros el sacrilejio... Solo Motezuma siendo su prisionero podia protejerles. Así lo hizo, fuese á sus ruegos, ú obedeciendo á sus amenazas, anunció á la muchedumbre exasperada que se ponia voluntariamente en poder de los Españoles, habiendo elejido el lugar de su residencia, para establecer en él su corte, y que se proponia pasar algun tiempo con ellos. Todo esto dicho con aire de calma y un rostro risueño, hizo que la multitud acostumbrada á respetar la voluntad del rey se dispersase tranquilamente.

De este modo un poderoso monarca, se vió en medio de su capital, y á la luz de un claro dia, arrebatado por un puñado de estranjeros, y conducido prisionero sin resistencia y sin combate. Nada presenta la historia de comparable á este acontecimiento, ya sea por la temeridad de la empresa, ya por el resultado de la ejecucion, y si todas las circunstancias estraordinarias del hecho, no constasen por los mas auténticos testimonios, parecerian tan estravagantes é increibles que ni aun el menor grado de verosimilitud podria admitirse en la formacion de un romance.

La vida de Motezuma en su honrosa prision era, á poca diferencia la misma que observaba en su propio palacio; admitia iguales etiquetas, y el mismo ceremonial. Sus ministros, sus cortesanos, y los principales señores de su nobleza, iban á trabajar con él, ó á hacerle la corte como de costumbre. Sometíanle los negocios del estado como en los dias de su independencia, servíase su mesa con el mismo aparato, igual magnificencia, é idénticas prodigalidades, y él por su parte conservaba relijiosamente las tradiciones de la corona, y únicamente varió no dando á sus súbditos los restos de su mesa, sino á los soldados Españoles.

Bien pronto se conformó con su situacion. Su nuevo jénero de vida no le era desagradable, llegando á serle plácida la sociedad de sus guardianes, y se aficionó particularmente á aquellos Españoles que le parecieron mas distinguidos por su nacimiento, modales, talentos, y cualidades del espíritu. Pero entre todos Cortés, y Pedro Alvarado notable por las gracias de su persona, y suma ajilidad en los ejercicios, y por lo festivo de su jenio, eran los preferidos. Gustábale jugar con ellos á cierto juego llamado bodoque, y mostrar su liberalidad distribuyendo al instante cuanto ganaba entre los soldados Españoles. Tenia Cortés por su parte gran cuidado en que su ilustre prisionero fuese tratado con el mas profundo respeto, y se le vió en cierta ocasion castigar con él último rigor á un soldado que habia hablado del rey con poco decoro. Estudiaba los medios, no solo de suavizar el destino del monarca, sino de hacerle agradable su permanencia en él. Aumentábase de dia en dia su influencia en el espíritu del abatido rey, y los que no hubiesen visto á Motezuma en todo su poderoso esplendor, apenas le hubieran reconocido como un desgraciado prisionero. Cortés permitia al pobre príncipe visitar sus templos, sus casas de campo, sus hermosos jardines de Chapoltepec. Dejábale ir á caza, y á pescar dentro de su real canoa sobre el lago; pero en todas estas espediciones era acompañado por oficiales y soldados españoles, que no le perdian de vista ni un solo instante.

Este estado de cosas, que mostra-

ba resignacion por una parte, y por la otra una piedad respetuosa é interesada, fué turbado por un acontecimiento que acibaró la situacion de Motezuma, y dilató el círculo de sus humillaciones. Quince dias habian trascurrido desde su arresto, cuando se anunció la llegada del jeneral mejicano que habia batido á los Españoles de Veracruz, el cual, apenas recibió la órden de su señor, se puso á disposicion de los enviados de Motezuma, y estos lo condujeron con su hijo, y otros muchos señores del pais, complicados en la misma causa.

Quauhpopoca, llevado en una magnífica litera se presentó al rey con toda la confianza de un servidor fiel y celoso, que habiendo llenado bien su deber, no espera mas que elojios. Pero con asombro suyo, vió que Motezuma lo recibia con todas las muestras de la mayor indignacion, y sin querer oirlo, lo entregó á Cortés para que fuese juzgado y sentenciado como traidor. Interrogado Quauhpopoca al principio, y amenazado despues con el tormento, declaró haber obrado en virtud de órdenes del rey. Esta confesion no salvó la vida al desgraciado jeneral; se le condenó á ser quemado vivo, y con él tres de sus oficiales. El mismo Cortés anunció esta cruel sentencia á Motezuma, añadiendo: «Vos deberiais ser castigado como el autor del crímen, pero vuestra conducta para conmigo en estos últimos tiempos, me aconseja la induljencia: sin embargo, vuestra complicidad no puede quedar impune.» A estas palabras se presentó un soldado español con unos grillos en la mano, á quien Cortés le ordenó sujetase al instante con ellos los piés del monarca. Penetrado este de que su persona era sagrada é inviolable, quedó mudo de horror á la vista de semejante ultraje, que consideró como el preludio de su cercana muerte. Su dolor le hizo por fin prorrumpir en un sentido y amargo llanto que secundaron los señores y su servidumbre que se hallaban presentes. Algunos cortesanos le consolaban puestos de rodillas como ante una divinidad ultrajada; otros levantaban los hierros para aliviarle su peso; y mientras estas cosas pasaban, otro acto mas inhumano todavía se perpetraba delante del palacio real. Allí fueron conducidos los otros tres sentenciados. Una inmensa hoguera dispuesta para su suplicio se elevaba en medio de la plaza concurrida por muchos millares de Indios, espectadores inmóviles y estúpidos de la atroz venganza de los Españoles. Esta hoguera sobre la que se hizo subir al jeneral y sus oficiales, estaba formada de todas las armas recojidas en los arsenales del rey para la defensa pública. En un momento fueron estos infelices consumidos por las llamas, y ni una sola voz se levantó contra sus verdugos.

Terminada tan horrible ejecucion; Cortés, seguido de Albarado y otros oficiales, pasó á ver á Motezuma, y acercándosele con aire de bondad y cariño, le quitó apresuradamente y con sus propias manos, los grillos que poco antes le habia mandado poner, diciéndole, que todo estaba ya olvidado, y que su respeto y adhesion por su persona no tenian límites. Motezuma, que en un principio habia mostrado su escesiva debilidad, indigna de un hombre, pareció aun menos hombre en esta ocasion. Desde el esceso de la desesperacion, pasó á los mas bajos trasportes de agradecimiento; prodigóle gracias infinitas, y no se avergonzó de dirijir profusamente halagüeñas lisonjas á quien acababa de hacerle sufrir tamaña humillacion, y de ultrajar á todo un gran pueblo en su persona.

Bien pronto tomaron las cosas su acostumbrado aspecto. Motezuma no fué para los Españoles mas que un maniquí, teniendo con su arresto una porcion de millones de hombres en la inaccion; y si hubiesen tenido tanta prudencia como suerte, Méjico hubiera sido suyo sin disparar un tiro. Pero otro desenlace se reservaba á este drama. Sus actores debian conservar el mismo carácter hasta el fin, cada uno de ellos debia desempeñar el papel que la providencia le tenia designado, y dar al mundo un trájico y grandioso espectáculo.

El insolente orgullo de los Españoles, y las cobardes condescendencias de Motezuma no debian detener su curso. Queriendo Cortés hacer un ensayo del ascendiente que ejercia sobre el rey indio, le propuso volver á su palacio sin guardias y con toda libertad. Este ofrecimiento que el astuto político le hacia, casi con la certeza de su no admision, no fué aceptado por Motezuma, so pretesto, para darse importancia con los Españoles, de que con su retirada los dejaba espuestos á los malos tratamientos del pueblo, al odio de los sacerdotes, y á la venganza de los nobles, y en verdad que los últimos, mejores ciudadanos que su monarca, miraban con indignacion el envilecimiento en que habia caido, y ardian en deseos de sacudir el yugo estranjero.

Entre los grandes del imperio, el rey de Texcuco sobrino de Motezuma, era el que se mostraba mas hostil á los Españoles. Propuso á sus vasallos se les declarase la guerra; pensamiento patriótico que aplaudieron, y este movimiento de espíritu nacional, inquietaba vivamente á Cortés; temiendo se estendiese por las provincias vecinas á la capital. Sabia bien que entre jentes tímidas y oprimidas, son siempre las reacciones en razon de su anterior apatía, y que la violencia de los odios está jeneralmente en relacion con la gravedad de las ofensas recibidas. Lejos de seguir el jóven príncipe el ejemplo y los consejos de su tio, trataba á los Españoles de enemigos del pais, y de los cuales no queria ser por mas tiempo el juguete: que tampoco los temia y desde luego les intimaba, emprendiesen al momento el camino para su tierra, á menos que prefiriesen arrostrar la tormenta que de todas partes iba á caer sobre sus cabezas. A tal lenguaje en un hombre de valor el orgullo español no quedó en zaga, y ya Cortés se preparaba para marchar contra el enemigo, cuando los prudentes avisos de Motezuma le disuadieron de la empresa, manifestándole los peligros á que se esponia atacando una plaza, tan fuerte y bien defendida como Texcuco, segunda ciudad de todo el Anahuac. El monarca invitó á su sobrino á que fuese á verle, so pretesto de reconciliarlo con los Españoles; lazo demasiado grosero para que el príncipe cayese en él. Mofóse del estratajema, y echó en cara á su tio el interés que se tomaba por los estranjeros, declarándole que no queria entrar en Méjico sino para aniquilarlos. Motezuma que no tenia enerjía sino contra los que defendian sus derechos y la independencia del pais, se apresuró á emplear los restos de su autoridad para castigar al jóven príncipe de Texcucó. Envió secretamente algunos emisarios de su confianza á aquella ciudad, con la órden de apoderarse de él por cualquier medio que fuese. En efecto fué cojido traidoramente, enviado á Méjico, y puesto á disposicion de Cortés, quien lo hizo poner preso y reemplazar su gobierno por el mismo Cuitcuitzcatzin, que dijimos salió á recibirle y reclamar su proteccion á su entrada en Texcuco. Este negocio cuyo resultado podia causar la ruina de los Españoles, sirvió para consolidar su dominacion, dándoles por aliado el mas poderoso feudatario del reino. Cortés se apoderó sucesivamente de algunos otros jefes de distritos cercanos á la capital, en particular de los dos hermanos de Motezuma, del señor de Tlatelolco, gran sacerdote de Méjico, y de otros muchos personajes eminentes, poseedores de feudos. Los hacia arrestar uno despues de otro á medida que llegaban á la corte á visitar al rey prisionero. El mismo sistema siguió respecto de los principales oficiales del imperio y de los empleados civiles y militares: pidió el despojo de los que conservaban algunos sentimientos de independencia, y los hizo reemplazar por hombres ambiciosos y sin patriotismo, pero con cuyo apoyo podia contar.

Libre ya de inquietudes, reinando bajo el nombre de Motezuma, utilizó Cortés las ventajas de su posicion para esplorar el pais. Hizo reconocer los diferentes puntos del imperio por algunos Españoles, acompañados de Mejicanos encargados de servirles de

guias y de defensores. Recorrieron estos una parte de las provincias hasta mas de ochenta leguas de la capital, observando los terrenos y sus productos, tomando noticias de todos los puntos en los que podian formarse colonias y fortificarse, yendo sobre todo en busca de minas de oro y plata, y anotando muy exactamente los sitios en los cuales se recojia el oro por medio del lavado de las arenas de los rios. Es muy difícil tomar de las cartas de Cortés una idea exacta de los puntos visitados por los Españoles comisionados. Están tan desfigurados los nombres de los lugares, que á menudo se hace imposible su identidad. Hallamos, no obstante, en esta parte de la correspondencia del jeneral un hecho muy curioso el cual prueba que los Mejicanos ó Aztecas no eran estranjeros, como ya lo hemos dicho, segun procede de la cartografía. Ansioso Cortés de saber si en la costa que rodea el golfo de Méjico habia algunas radas, ensenadas, bahías ó anchas embocaduras de rios, en donde las embarcaciones procedentes de las islas ó de Europa pudiesen anclar con seguridad, se dirijió á Motezuma, quien le prometió hacerle dibujar toda la costa, y darles guias que acompañasen á los Españoles á quienes encargase de este exámen. Esta promesa se cumplió inmediatamente. Remitiósele á Cortés una carta trazada sobre una especie de tela de algodon, y la esplicacion de los encargados confirmó en la mayor parte de los puntos las indicaciones de los delineadores. Los Españoles siguieron la orilla marítima, partiendo del puerto de San Juan en el que el jeneral habia desembarcado hasta sesenta y mas leguas de allí. Encontraron, al fin, en conformidad de lo trazado en la carta, un rio mucho mas ancho que los demás que desembocaba en el mar. Tenia en su embocadura dos brazas y media de profundidad. Remontáronle por espacio de doce leguas en canoas que les proporcionó el gobernador de la provincia; adquirieron noticias sobre su curso superior, y acerca del pais que atravesaba, que era llano, bien poblado, muy fértil, y producia todas las cosas necesarias á la vida. Los habitantes de aquella provincia no eran súbditos de Motezuma, y sí sus enemigos. Su jefe permitió la entrada en ella á los Españoles, y la prohibió á la escolta mejicana. Habia oido ya hablar de Cortés á los habitantes de Potonchan sus amigos, y le envió una embajada reclamando su alianza, y reconociéndose su tributario.

Esta disposicion de los espíritus de los pueblos vecinos, prenda de seguridad para Cortés, no le impidió sin embargo pensar en sus dias de peligro. Quiso hacerse dueño del lago para asegurar su retirada, caso que los Mejicanos cansados de su yugo, tomasen las armas contra él, y rompiesen los puentes y calzadas. Todavía Motezuma acudió en su apoyo. Hablándole Cortés de la marina europea y del arte maravilloso de la navegacion, le hizo nacer el deseo de ver estos palacios ambulantes, que sin el socorro de los remos, marchan sobre las aguas á determinadas direcciones. Prometióle Cortés procurarle un tal espectáculo, si queria hacer trasportar á Méjico una parte de los aparejos de su flota depositados en Veracruz y emplear algunos de los suyos en cortar y preparar las maderas necesarias. Instantáneamente dió el rey sus órdenes para la ejecucion. Trajéronse materiales con increible celeridad, y los carpinteros españoles construyeron en poco tiempo dos bergantines, que fueron para el monarca prisionero un frívolo entretenimiento, y para Cortés un seguro recurso en cualquiera revés.

Lisonjeado su orgullo por las contínuas pruebas de servil sumision de Motezuma á todos sus antojos, tentó Cortés otro resorte mucho mas fuerte, y fué el de proponerle se reconociese vasallo del rey de Castilla, y le pagase tributo, como á descendiente directo de Quetzalcoatl, rey misterioso del antiguo Anahuac. Tambien se sometió Motezuma á este sacrificio degradante. Reunió su nobleza, y compareció á su vista sentado en el trono con el abatido aspecto de un rey que hace el último papel de una abdicacion forzada. Hablóles de las

antiguas tradiciones; reconoció á los Españoles como el pueblo que aquellas designaban, y al rey de España como representante lejítimo de aquel monarca lejislador del viejo Méjico. Despues les contó los fenómenos observados en el cielo, y las interpretaciones de los sacerdotes que se acordaban en reconocer que los tiempos marcados para el cumplimiento de tan grande suceso habian llegado, concluyendo por declarar que ponia su corona á los piés del rey de los Españoles, y se reconocia su tributario. Al pronunciar estas últimas palabras, se quebrantó su corazon, y debilitada la voz espiró entre sofocados sollozos. No fué menos vivo el dolor de su noble auditorio: triste, silencioso é indignado solo le contenia el respeto por la majestad real. En fin, el mas antiguo de los jefes tomando la palabra dijo: «Príncipe, nos anunciais que los dioses os ordenan abdicar, y nos hacen súbditos de otro dueño. Como última prueba de nuestra obediencia, nos sometemos al mandato que los dioses nos imponen por vuestra boca.»

A consecuencia de este acto de vasallaje, reclamó Cortés de Motezuma, como resultado de su nueva posicion, cierto tributo en oro y plata. Motezuma con una munificencia verdaderamente real, le abandonó el tesoro del rey su padre que se conservaba en el mismo palacio donde se alojaba Cortés, y al cual este último no habia llegado. Separóse primeramente la parte del rey de España, y el resto se repartió proporcionalmente entre el jeneral en jefe, sus oficiales y soldados, tocando á Cortés por su parte mas de cien mil ducados.

Nada hasta aquí habia turbado la asombrosa prosperidad de los Españoles, toda la provincia de Méjico les parecia tranquila, pero no estaban lejos los dias de su adversidad; la Providencia iba, en fin, á hacerles comprar por una lucha encarnizada y sangrienta la posesion de aquella dilatada comarca. Motezuma, que se habia prestado tan fácilmente á todas las exijencias de Cortés, mostraba bastante firmeza en cuanto á su relijion. Sin atencion á los ruegos y sin miedo á las amenazas, rechazaba toda proposicion que tendiese á cambiar de culto, con la inflexibilidad de un hombre profundamente convencido. La supersticion estaba intensamente grabada en el corazon de los Mejicanos. Su relijion establecida sobre un sistema completo y regular en nada se asemejaba á la de los pueblos groseros de las otras rejiones de la América del Norte, ó de las diferentes islas del archipiélago de las Antillas. Estos últimos abandonaban fácilmente un corto número de nociones y ceremonias relijiosas, demasiado fijas y arbitrarias para merecer el nombre de relijion nacional. Los Mejicanos por el contrario, estaban obstinadamente apasionados á su culto por bárbaro que fuese, porque iba acompañado de una solemnidad y una práctica tan regularizadas que lo hacian respetable á sus ojos.

Hácia el quinto ó sexto mes de la ocupacion de Cortés, fué cuando llevado de uno de aquellos accesos de celo relijioso, del que tantas veces le hemos visto dar un triste espectáculo, se introdujo en el santuario del gran templo, y haciendo romper los ídolos de los dioses mejicanos, los reemplazó por un crucifijo y las imájenes de la vírjen y los santos. Ya hacia tiempo que tenia construida una capilla en el interior de su cuartel, en la que se celebraba diariamente la misa. En su patio, y á la vista de todo el mundo, habia hecho elevar una grande cruz, como las usadas en las misiones, y de contínuo aprovechaba las ocasiones de insultar los símbolos reverenciados del culto mejicano. Estos diversos actos de un fanatismo por demás impolítico, y las vejaciones que tenian que soportar los principales habitantes, dieron por resultado la concentracion del odio y la oposicion de los sacerdotes y la nobleza verdaderos patriotas del Méjico. El descontento habia llegado á su colmo, parecia que los habitantes iban despertando de un profundo letargo. Los malcontentos se agrupaban al rededor de los grandes del reino desposeidos de sus empleos, y de los jefes milita-

res de algun valor, avergonzados del envilecimiento de su patria y soberano, y en secretos conciliábulos se ajitaban los medios de resistencia. Se organizaba una vasta conspiracion contra la tiranía del estranjero, no solo en la capital, sino en la mayor parte de las poblaciones vecinas mas importantes. Diferentes entrevistas y conferencias tenian lugar, diestramente manejadas, entre Motezuma y los personajes mas distinguidos. Nada dejaban estos de hacer para infundirle alguna enerjía. Recordábanle sin cesar su grandeza pasada, y su actual abatimiento, y no le ocultaban sus proyectos hostiles y sus medios de accion. Los sacerdotes á su vez le visitaban como á un prisionero en los hierros, valíanse de sus terrores relijiosos, y en el interés de la independencia del pais le repetian de contínuo, que los dioses pedian la sangre de los Españoles. Sin embargo estos hombres prudentes y políticos impedian las demostraciones hostiles, que en aquel estado de cosas, hubieran sin remedio causado la muerte de Motezuma. Por esta consideracion se resolvió ante todo promover las vias de la negociacion, tomándose de este modo tiempo para organizar la resistencia, y de obrar de consuno.

Motezuma invitó á Cortés para una sesion particular; no ignoraba Cortés el motivo de ella. Su policía se practicaba bien, por qué Marina la dirijia con suma destreza. Ella lo sabia todo por medio de los conocimientos que habia sabido granjearse, y por ella estaba diariamente instruido Cortés de todos los provectos meditados. Motezuma le recibió con semblante severo y un tono de dignidad que no le eran comunes. Hace ya seis meses que estais en mi capital, (le dijo) y no teneis motivo alguno que os detenga en ella mas tiempo. Habeis llenado vuestra mision, y ahora habeis de pensar en vuestra partida. Que no se dilate esta demasiado, puesto que vuestra seguridad lo exije. Todos mis súbditos la aguardan con impaciencia: sacerdotes, nobles y vasallos han declarado, que no os tolerarán mas tiempo entre ellos. Las divinidades que adoramos han hablado tambien, y quieren que los que las han ultrajado tan largo tiempo, sean espulsados ó sacrificados.

Semejante lenguaje en boca de un hombre tan débil como Motezuma, era para Cortés la prueba convincente de la fuerza de los conspiradores, y aunque preparado para esta entrevista, era la peticion tan urjente, y el tono tan altanero, que tuvo necesidad de toda su presencia de ánimo para contener su herido orgullo. Respondióle, pues, al rey, que estaba pronto á obedecerle, pero careciendo de bajeles para volver á su patria, le eran necesarios hombres y materiales para construirlos de de nuevo. Gozoso Motezuma de una obediencia á que no estaba acostumbrado, abrazó á Cortés, y consistiendo oficioso en su demanda, puso al instante á su disposicion los grandes pinos de un bosque real vecino á Vera-cruz, permitiéndole emplear cuantos hombres hubiese menester. Ganar tiempo era el único objeto de Cortés, pero los Mejicanos no admitian mas lentitud ni contemporizacion: crecia entre ellos la impaciencia con la conviccion de su fuerza. Apenas habian trascurrido ocho dias cuando Cortés fué de nuevo llamado por Motezuma. Ya no teneis necesidad de hacer construir los bajeles, le dijo el Monarca. Diez y ocho embarcaciones semejantes á las que os trajeron acaban de llegar á la costa. Aprovechad la ocasion para regresar á vuestro pais con vuestros soldados. Grande fué la alegría de Cortés al oir esta novedad, y dió gracias á Dios por la llegada de tal socorro. Apresuróse á examinar las pinturas que los encargados de Motezuma le habian enviado, y reconoció fácilmente los bajeles por Españoles: creyó que le traerian hombres y municiones y su nombramiento de Virey ó capitan jeneral, pero esta esperanza se desvaneció muy pronto. Un pliego de Sandoval, gobernador de Veracruz le noticiaba, que aquella flota de once navíos, y siete bergantines, conduciendo ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, y mas de quinientos marinos,

con doce piezas de artillería, y una inmensa cantidad de municiones, bajo el mando de Panfilo Narvaez venia como enemiga á combatirle como vasallo rebelde y traidor á su rey. Enviaba esta espedicion Diego Velazquez gobernador de Cuba. Cuando Cortés recibió los oficios estaba con Motezuma, pero siempre dueño de sí mismo, ninguna muestra dió de su emocion. Disimuló tan perfectamente aun con sus mismos oficiales que todo el mundo quedó convencido qne eran nuevas tropas que la corte de España ponia á sus órdenes.

Preciso es que nos ocupemos ahora de la espedicion de Narvaez, tan importante en la historia de la conquista de Méjico, que destinada á batir á Cortés en medio de sus triunfos, no tuvo otro resultado que el de propocionarle medios para continuar la guerra con mejor suerte en sus resultados. Se acordarán nuestros lectores, que antes de salir de Veracruz, hizo Cortés marchar dos de sus capitanes para España con pliegos y presentes. Nueve meses habian trascurrido esperando su regreso, y con ellos la real confirmacion de su autoridad. Sin este documento, era su posicion incierta y precaria mandaba un ejército, no siendo mas que un aventurero, y este aventurero un rebelde en caso de mala suerte; por lo mismo Cortés solicitaba tambien envio de tropas, y habia prescrito espresamente á sus comisionados, de pasar directamente á España, sin tocar en Cuba. Llegados á esta isla, á pesar de las órdenes de su jeneral, puede suponerse que le eran menos adictos que á Velazquez á quien instruyeron de todos los detalles de la campaña, de la riqueza del pais, y del motivo de su viaje á Madrid. Avergonzado Velazquez de haber representado el papel de engañado, y por demás arrepentido de haber empleado una parte de su fortuna al engrandecimiento de su enemigo, resolvió recobrar por la fuerza, lo que suponia un robo hecho á su autoridad. Tal fué el motivo del formidable armamento confiado á la fidelidad de Narvaez, el cual llevaba órden de prender á Cortés y á sus principales oficiales, enviarlos presos á Cuba, y de concluir en seguida, en nombre de Velazquez el descubrimiento, y la conquista de Méjico.

Narvaez, despues de una feliz travesía, desembarcó por el mes de abril, en Chempoalla. Allí se le unieron tres desertores, enviados en busca en minas de aquel distrito; por ellos fué sabedor de la posicion de Cortés, y de sus apuros, le lisonjearon con la esperanza de una fácil victoria y le sirvieron de intérpretes en sus relaciones con aquellos naturales. No perdió momento para asegurarse un punto fortificado, é intimó al gobernador de Veracruz le entregase esta plaza. El clérigo Guevara encargado de esta comision. se presentó á Sandoval con toda la insolencia de un enviado que cree hablar á un rebelde sin medios de resistencia, en nombre de su soberano lejítimo. La actitud del teniente de Cortés fué la de un valiente. Su respuesta fué hacer arrestar á Guevara con su comitiva, y enviarlos condenados á Méjico.

El astuto Cortés, los recibió, no como arrogantes enemigos que es necesario castigar para que sirvan de ejemplo, sino como compatriotas desgraciados en la guerra y por lo mismo dignos de consideracion. Les mandó quitar las cadenas, censuró á Sandoval aunque justificando sus buenas intenciones, y fué tan mañoso en ganar la voluntad de los súbditos de Narvaez, con sus modales y sus regalos, que consiguió unirlos á su suerte, y saber de ellos cuanto le importaba con relacion á las fuerzas, y plan de campaña de su rival. Ya no eran Indios medio desnudos los que Cortés tenia que combatir, sino un ejército que no cedia al suyo ni en valor ni en disciplina, y que le escedia de mucho en número; obrando en nombre, y con la autoridad del monarca, mandado por un oficial de una bravura reconocida. Supo Cortés que Narvaez mas ocupado de secundar el resentimiento de Velazquez, que celoso de mantener la gloria del nombre Español, y el

propio interés de su patria, los habia presentado al público, tanto á él como á sus compañeros, como proscriptos culpables de una sedicion contra su lejítimo soberano, y de injusticia, para con los Mejicanos, por haber invadido su pais. Anunciábase Narvaez como su libertador, y habia conseguido hacer saber á Motezuma, que venia por órden del rey de España á darle libertad, y restablecerlo en su trono con toda su independencia. Esta declaracion debió animar á la aristocracia, y hacerla mas confiada en sus proyectos hostiles. Los malcontentos de las provincias, debieron ponerse en actitud para obrar, y debió asimismo la esperanza de alimentar por el momento el espíritu del rey cautivo. Pero ninguna prueba dió de querer secundar el movimiento de su libertad, no obstante que la ocasion era muy oportuna. Una sola palabra de su boca hubiese sublevado toda la poblacion, arrojado á los Españoles, roto el yugo que pesaba sobre su pueblo, y dádole otra vez el trono. Esta palabra no se pronunció, pero Cortés debia temerla.

Solo se necesita una ojeada sobre la situacion del jeneral, para reconocer lo embarazosa y apurada que debia ser. Jamás el jenio estraordinario de este hombre se habia colocado en tan cruel alternativa. Si espera la llegada de Narvaez á Méjico, su pérdida es inevitable; se le oprimirá por un lado con una fuerza doble á la suya, y tendrá á su espalda toda la poblacion de Méjico. Si pone al monarca en libertad para ir á recibir al enemigo con todas las fuerzas disponibles, pierde en un dia el fruto de su larga campaña. Si entabla negociaciones con Narvaez, descubre su debilidad, y debe resignarse á las condiciones que aquel quiera imponerle. Un partido solamente le queda que tomar: es de todos el mas peligroso, pero es tambien el mas honroso; el de conservar su conquista y su prisionero, dejando una guarnicion en Méjico, y saliendo con el resto á marchas forzadas, á buscar y combatir á Narvaez, entónces, cuatro veces superior en fuerzas. Este es el partido que prefiere y á él se determina.

Jamás el jenio y el valor habian jugado al azar de la guerra con elementos mas desventajosos, pero antes de decidir la cuestion con las armas, quiere Cortés ensayar con Narvaez, los medios de persuasion, que tan buenos resultados le han dado casi siempre. Hace al padre Olmedo, su capellan, confidente de sus pensamientos secretos, manda que le acompañen hombres llenos de intelijencia, y convencido de que el oro es el mejor de los negociadores, lo provee de ricos presentes. Todas las proposiciones de acomodamiento fueron por Narvaez rechazadas con desden. Olmedo así lo esperaba, mas tambien llevaba el encargo de negociar con los oficiales de su rival. Conocia Cortés á la mayor parte de ellos; les habia escrito, y las cadenas de oro, y preciosas alhajas que acompañaban sus escritos, daban una alta idea de su liberalidad, de la riqueza del pais, y de la buena suerte de los que allí se hallaban establecidos. Estos diestros manejos le creaban partidarios: la jenerosidad usada con Guevara, le hizo tambien algunos: habia en fin, introducido la desunion entre el ejército de Narvaez antes de combatirlo.

El plan que adoptaba, le obligaba, ante todo, á ocuparse de la conservacion de Méjico: confió su guarda á una débil guarnicion de ciento cuarenta hombres al mando de Pedro de Alvarado, y esta fué toda la fuerza que dejó para conservar aquella gran ciudad y su augusto prisionero.

Cortés salió de Méjico á primeros de mayo de 1520. Seis meses despues de su llegada á él. Su marcha fué rápida, y no interrumpida, ni por los bagajes, ni por la artillería, que dejó á su espalda. Fundaba toda su esperanza en la prontitud de sus movimientos. Hizo que el jefe de Chinantla le proveyese de trescientas lanzas muy largas, de las cuales se servian los Indios con buen éxito contra los caballos españoles, proponiéndose sacar igual partido contra la caballería de su rival. Avanzó en seguida con toda dilijencia hácia Chempoalla

de la que Narvaez se habia apoderado, uniéndosele cerca de aquella plaza Sandoval, y la guarnicion de Vera-Cruz. Todas estas fuerzas reunidas no escedian de doscientos cincuenta hombres, pero este pequeño número, endurecido con las fatigas y privaciones de todo jénero, y bien aclimatado, no contaba un solo cobarde ni un hombre que prefiriese la muerte á la humillacion de rendirse: ni uno solo habia que no estuviese afecto á la suerte de su jefe. Despues de haber ensayado Narvaez, aunque en vano, la seduccion de tales soldados creyó intimidarles por el terror. Puso á precio la cabeza de Cortés, y las de sus principales oficiales, pero estas ofertas y amenazas fueron asimismo despreciadas.

Viendo Narvaez á Cortés como á una legua de la ciudad, salió para batirle. El rio les separaba, y cada uno de ellos tomaba sus disposiciones para llegar á las manos, cuando una de aquellas lluvias violentas comunes á los trópicos se desprendió de las nubes con tanta violencia, que los soldados de Narvaez empezaron á murmurar, porque se les esponia sin necesidad á tales diluvios, y se volvieron á Chempoalla. Desde aquel momento vió Cortés la clase de hombres que se le oponian, quedando convencido de que solo la audacia podia servirle, y un golpe de mano terminar la lucha. Este jénero de guerra convenia mejor á su inferioridad relativa y al jenio emprendedor de sus soldados, y lo adoptó sin titubear. Entró á media noche en Chempoalla, ciudad abierta y desmantelada, con sus doscientos cincuenta hombres, armados de espadas, puñales, lanzas y escudos, marcha con el mayor silencio, dirijiéndose al templo, en donde Narvaez tiene su cuartel. Sandoval, el valiente entre los valientes, con ochenta soldados escojidos escala los muros, bajo una lluvia de balas y flechas, destruye cuanto se le resiste, penetra en la parte del edificio en donde Narvaez se ha retrincherado, se apodera de su persona, de los oficiales que le rodean y le habian defendido con valor, y antes de romper el dia, Cortés es dueño de la artillería, de las armas, municiones de guerra, caballos, y de toda la tropa enemiga, Narvaez herido, despues de haberse batido con encarnizamiento, cargado de hierros se le envia al fuerte de Veracruz. Cortés felicita y da gracias á su jente, y sobre todo á Sandoval por un suceso que solo atribuye á su arrojo. Desde el momento se hace reconocer capitan jeneral, y majistrado supremo, por el ejército que habia venido á tratarle como rebelde, y casi todos los vencidos seducidos por sus promesas, por sus regalos, por sus modales atractivos, y por la felicidad de su suerte, consistieron en seguirle con las mismas condiciones que sus soldados antiguos.

El resultado de esta accion que no costó mas que cuatro hombres al vencedor, y diez y siete al vencido, fué tan pronto, que dos mil Indios de Chinantla, llegados al amanecer para reunirse á Cortés, le hallaron sin enemigos, en medio de su triunfo y mas poderoso que nunca. Veíase entónces dueño de diez y ocho bajeles, bien provistos de municiones, y á la cabeza de mil quinientos ó seiscientos soldados españoles, y cien caballos. Pensó hacer algunas espediciones sobre las costas del golfo: sus preparativos estaban concluidos para ello, sus diferentes cuerpos de operaciones organizados, cuando las malas noticias recibidas de Méjico con urjencia, le obligaron á dirijirse sobre la capital á marchas forzadas.

Grandes acontecimientos habian tenido lugar en la capital del Anahuac, durante la ausencia de Cortés. Una causa harto sencilla en la apariencia los habia producido. La fiesta del dios de la guerra; del gran dios de Méjico, traia cada año por el mes de mayo regocijos públicos en los cuales tomaban parte todas las clases del estado, el rey, los nobles, sacerdotes y pueblo. Rogáronle á Alvarado permitise que Motezuma se trasladase al templo para celebrar la fiesta. Alvarado no vió en esta demanda sino un pretesto para hacer salir al rey de la fortaleza, colocarlo

en medio de sus súbditos, y tentar en seguida un levantamiento jeneral contra los Españoles; y se negó á ella; pero no queriendo la nobleza que el monarca quedase privado de uno de los mejores espectáculos de aquel dia, el grande baile relijioso, resolvió ejecutarlo en el mismo patio del palacio. La reunion era numerosa y bien ataviada; las plumas mas raras, las joyas mas preciosas y las piedras finas brillaban en las cabezas y en las capas. El baile empezó, era vivo y animado, cuando á una señal dada, los soldados de Alarvado, armados hasta la boca, caen de todos lados sobre los Mejicanos, incapaces de oponer á sus asesinos la menor resistencia. Hasta la fuga se les habia impedido: estaban las puertas cuidadosamente guardadas, y así les fué necesario morir, y morir sin pelear. Fué esta una horrible carnicería, corrieron torrentes de sangre, y la flor de la nobleza perdió la vida en tan espantosa catástrofe. Cundió al instante la noticia, no solamente en todo Méjico si que por todos los distritos vecinos La indignacion del pueblo fué jeneral, y la venganza se hizo para él una necesidad. La vista de los Españoles le fué odiosa y los persiguieron por las calles. Prendieron fuego á los dos bergantines que Cortés habia hecho construir sobre el lago, impidieron la entrada de los víveres al cuartel de Alvarado, y atacaron este punto fortificado repitidas veces, y con tal furia, que sin la intervencion de Motezuma, que siempre vemos entre su pueblo y sus tiranos, la guarnicion española iba á perecer. Con la certidumbre de la funesta suerte que le aguardaba escribió Alvarado á Cortés encargando la entrega de la carta á algunos Tlascaleños fieles. Observemos aquí, como se encadenan los sucesos en el gran drama de la conquista de Méjico. Si Cortés no hubiese concluido tan pronto con Narvaez; si se hubiese detenido solamente quince dias en aquella lucha; si algun obstáculo le hubiese detenido á su regreso, su conquista quedaba sin efecto. Alvarado y su jente hubieran muerto peleando ó á manos del gran sacrificador, Motezuma recuperaba su corona; Méjico su independencia, y toda tentativa ulterior exijiendo ya fuerzas mas considerables, el honor de concluir tal empresa hubiera problablemente pertenecido á otro y no á Cortés.

Su marcha sobre Méjico fué rápida. Ninguna partida de Indios le detuvo, pero ninguna diputacion de las ciudades se le presentó á cumplimentarle como la vez primera. Habíase operado un gran cambio en la opinion de los pueblos. Los odios de la capital habian alcanzado á las provincias. Estas habian saludado al jeneral á su llegada como libertador del pais, habian pedido á su poderosa mano la destruccion del despotismo de Motezuma, y el recobro de su independencia, y hoy se veian bajo otro yugo, el de los estranjeros mas pesado que todos. El estranjero los trataba como á sus conquistados: derribaba los altares de los dioses. El culto nacional era el objeto de su desprecio; y sin embargo eran tales la apatía y timidez de aquellos pueblos, profundamente heridos en sus mas caras afecciones, que entre ellos no se mostraban los sentimientos hostiles, sino por una resistencia negativa. Detestaban á los Españoles y los dejaban, no obstante, volver á Méjico tranquilamente, siéndoles tan fácil, rompiendo los puentes y los caminos separarlos para siempre de sus compatriotas. Mas imperdonable era todavía esta falta en los habitantes de la capital, pero tambien aquellos permanecieron espectadores inmóviles del regreso de Cortés, que sucedió en 24 de junio de 1520 con aclamaciones de los soldados de Alvarado reducidos al último estremo.

Motezuma salió á recibirle hasta el patio de palacio, mostrándose siempre el mismo que habia sido, obsequioso y complaciente, prodigándole señales de amistad. Cortés lo recibió como soldado orgulloso de su fortuna, que se cree dueño del porvenir, y ninguna consideracion debe guardar. No quiso verle ni recibir la familia de su casa. Olide, Ve-

lazquez de Leon y Lugo le afearon este acto, cuando menos impolítico, á que Cortés respondió con viveza: ¿Qué cumplimientos quereis que haga á un perro que ha tratado secretamente con Narvaez, y nos deja sin provisiones? » En verdad que los Españoles carecian de víveres, pero ¿Quién tenia la culpa? ¿La tenia acaso un desgraciado cautivo sin ninguna autoridad? ¿Qué podia sobre un pueblo que convencido de su voluntad ya no le pertenecia, restándole el solo medio de sitiar por hambre á sus opresores? Alvarado fué reprendido, pero este sostuvo que los nobles y los sacerdotes conspiraban contra él: que se proponian llevarse á Motezuma para ponerlo á la cabeza del movimiento, y que batiéndolos en masa no habia hecho mas que prevenir el golpe.

Cortés, cuyo ojo avisor era tan justo y rápido, debió irritarse tanto mas de esta conducta, cuanto desde el primer dia de su llegada, observó la violencia de la tempestad que iba á levantarse contra él, y si se contentó con reprender sin castigar, fué por no adquirirse un enemigo de entre los mas bravos de sus oficiales en el momento crítico, que tanto necesitaba de sus servicios en la lucha que se preparaba. Su ejército, contando con los aliados indios se componia de nueve mil hombres. Estaba acuartelado en los edificios contiguos á palacio, y el hambre se hacia ya sentir entre aquella multitud. Los mercados estaban desiertos, y algunos de los principales personajes del pais que tenian alguna influencia para con el pueblo se hallaban presos. Creyó Cortés, que dando libertad al hermano del rey iba á tener un apoyo para calmar los revoltosos, pero lo que hizo fué, darles un jeneral entendido que contribuyó poderosamente á acibarar mas y mas los aciagos dias de los Españoles. Hemos llegado ya á este período.

Desde el dia siguiente al de la llegada de Cortés el movimiento de resistencia, organizado ya, hacia largo tiempo, tomó un carácter jeneral. Acababa de escribir á Veracruz anunciando su llegada, cuando uno de sus súbditos le previno apresuradamente, que los Indios acudian con armas. Bien pronto se oyeron sus gritos salvajes, y el silvido de las piedras que despedian las hondas de varios puntos. Ordaz, encargado de rechazarlos se vió atacado de frente y por los flancos desde lo alto de las azoteas. Herido y obligado á replegarse con pérdida de veinte y tres hombres, algunos cañonazos dirijidos á la muchedumbre protejieron su retirada, y salvaron el cuartel de Cortés que estuvo á pique de ser tomado por asalto. Al dia siguiente hubo el mismo encarnizamiento por ambas partes, é igual matanza. La artilleria causó anchos claros en el centro de las masas agolpadas en las calles estrechas, pero los que se salvaban de un primer tiro, avanzaban hácia el cañon, y á impulso de la metralla caian unos en pos de otros, como la yerba bajo la hoz. Remplazaban al instante los muertos con nuevos combatientes animados por la misma desesperacion. Aunque hubiésemos sido diez mil, dice el viejo Bernal Diaz, como Hector el Troyano, el valeroso Rolando, nada hubiéramos conseguido. Sus dardos, piedras y flechas nos causaban terrible estrago, y los militares antiguos que habian estado en las guerras de Italia, dician en alta voz, que la artilleria del rey de Francia no era tan temible como la furia de los Indios. Era para los Españoles cosa muy nueva y sorprendente, pues creian á aquellos pueblos acostumbrados al yugo, y como adormecidos en la obediencia pasiva, no esperando por lo mismo su terrible reaccion. Los soldados reclutados de la espidicion de Narvaez, que se imajinaban entregarse al merodeo en Méjico, no eran menos engañados en sus ilusiones; no era, sin embargo, todavía hora de lamentarse. Era necesario obrar, era preciso salir de esta grande ciudad de Méjico, que á todos se presentaba como un sepulcro abierto reclamando víctimas.

En tan graves circunstancias, Cortés se mostró el soldado mas bravo del ejército. Mandó personalmente todas las salidas, siempre se halló á

la cabeza de los suyos, en donde el peligro era mayor. Hábil en el arte de la guerra, nada olvidó de cuanto podia contribuir á la defensa, y á disminuir los lances mas comprometidos. Hizo construir cuatro máquinas (mantas), especie de parapetos ambulantes y cubiertos, con cuya ayuda los trabajadores armados de barras de hierro, se aproximaban á las casas sin temor de los proyectiles lanzados desde lo alto de las azoteas, y las demolian ó incendiaban. Estas torrecillas móviles concentraban tambien un cierto número de tiradores protejidos por un revestimiento. Muchos barrios fueron incendiados, muchos puentes tomados y abandonados, porque en esta encarnizada lucha, las masas enemigas se renovaban sin cesar y concluian por encerrar á los Españoles en su fuerte. Mas de una vez pusieron fuego en él los Mejicanos y se necesitaron increibles esfuerzos, y destruir muchos edificios para contener el incendio. Al tercer dia se contaban ya mas de ochenta Españoles fuera de combate, y algunos centenares de Indios aliados muertos ó heridos. Por parte de los Mejicanos algunos millares de muertos cubrian la tierra.

En uno de estos dias de mortandad, subió Motezuma á una de las torres mas altas de palacio, y contemplando el dilatado campo de batalla, reconoció entre las tropas mejicanas á su hermano Cuitlahuatzin, revestido con las insignias de comandante en jefe. A esta vista se apoderó de él una grande tristeza. Parecióle entónces su cautiverio mas horroroso, y su porvenir mas lamentable. Veia por un lado la pérdida de su corona, y á su hemano rey, y del otro, destruida su capital, y los estranjeros dueños del pais. La pronta ausencia de estos le pareció el único medio de salvacion. Fué al momento en busca de Cortés para proponérsela, y este, aunque pesaroso de abandonar una comarca que miraba como su conquista; vencido por las circunstancias, y cediendo al imperio de la necesidad prometió dejar la ciudad, luego que los mejicanos hubiesen depuesto las armas. Esta condicion que el jefe de un puñado de soldados sin víveres, sin municiones y sitiados en medio de una ciudad populosa, pretendia imponer á cien mil hombres vencedores, equivalia á una negativa, y Motezuma, sin autoridad, no tenia por cierto la esperanza de que fuese admitida.

La conferencia entre ambos jefes terminó sin resultado, á tiempo que los centinelas de Cortés dieron el grito de alarma. Los Mejicanos habian asaltado el fuerte por todos los puntos. Las murallas estaban tomadas á pesar del vivo fuego bien sostenido de la artillería y fusilería, y ya se batian cuerpo á cuerpo dentro de la fortaleza. En este terrible momento vió Motezuma lo peligroso de su posicion, y la de Cortés; creyó que su presencia podria contener el furor de sus súbditos; vistió sus insignias reales, y acompañado de sus ministros, y de doscientos Españoles, se dejó ver en la azotea principal del palacio. A la vista de su rey los sitiadores se detuvieron repentinamente. Algunos de ellos se hincaron de rodillas: sucedióse un profundo silencio, y entónces con voz firme y sentida, dirijiéndose el monarca á la muchedumbre les dijo: « Mejicanos; si vuestro celo por mi servicio, y el deseo de darme la libertad os han hecho tomar las armas contra estos estranjeros, os agradezco vuestra fidelidad; pero debo deciros la verdad, yo no estoy prisionero, soy libre de habitar este palacio de mi padre, ó de volver al mio. Si estais irritados por la presencia de estos hombres. calmad vuestra cólera, su jefe acaba de tomar á su Dios por testigo, que saldrá de la ciudad tan pronto como dejeis las armas. Cesad, pues, de combatir, ó creeré que obedeceis á otro que á mí. Entónces temblad, porque los dioses castigan á los perjuros.

El monarca dejó de hablar, y el silencio continuó durante algunos instantes; pero de repente salió una voz del centro de la multitud diciendo: « Rey de los Aztecas, sois un cobarde, un afeminado: sois mas á propósito para manejar la abuja como las mujeres, que para gobernar

una nacion de bravos. Sois prisionero de estos estranjeros, y no os atreveis á confesarlo.» Concluyendo así este hombre tomó su arco y lanzó una de sus flechas sobre el rey. Un terrible murmullo se levantó de las masas irritadas. Todo el pueblo repitió las reconvenciones del audaz mejicano, y millares de piedras y flechas se dirijieron al mismo tiempo contra la desgraciada persona del monarca, el cual, herido en la cabeza en un brazo y una pierna, cayó antes que los Españoles encargados particulares de su custodia tuviesen tiempo de cubrirlo con sus escudos. Fué incontinente llevado por los suyos á un apartamento. Los Mejicanos viéndole herido fueron sobrecojidos de terror. Los remordimientos sucedieron al ultraje, y el dolor tomó el lugar de la venganza satisfecha; pero como esta piedad no era mas que por Motezuma, continuaron combatiendo con los Españoles, hasta el estremo en que los jefes de la nobleza y Cortés entraron en conferencia, en el mismo sitio en que el desgraciado monarca habia sido derribado. En vano procuró Cortés seducirlos con promesas. Marchad al instante, le contestaron, huid lejos de un pueblo que os detesta, y que ha jurado morir, ó esterminaros á todos. Separáronse con la amenaza en la boca y el odio en el corazon.

Volviéronse á romper las hostilidades en todos los puntos. En la continuacion de tantas acciones sangrientas, las máquinas de Cortés fueron destruidas, algunos puentes tomados y vueltos á recobrar; la artillería hizo sus acostumbrados destrozos, y sin embargo la ventaja no quedó de parte de los Españoles. No pudieron estos ganar ni una pulgada de terreno, y se vieron obligados á entrar en sus cuarteles, perseguidos por los Mejicanos, que se apoderaron del gran templo vecino, y establecieron en su punto mas culminante. Quinientos nobles ocuparon tan formidable posicion á donde hicieron llevar víveres de toda especie, y una increible cantidad de piedras. Todos estaban armados de largas lanzas; y á su estremo pedazos de obvidiana mas anchos, menos afinados, pero tan cortantes como el hierro de las lanzas de los Españoles. Preciso era sacarlos á toda costa de un punto que dominaba toda la fortaleza. Juan de Escobar con un destacamento de soldados escojidos fué encargado de este ataque, y aunque esta jente valiente estaba acostumbrada á vencer é hizo prodijios de valor, fué rechazada por tres veces. Considerando Cortés la importancia de aquella posicion, no podia dejarla en poder del enemigo sin esponer su jente á ser toda destruida. Aunque herido de la mano izquierda de resultas de un golpe recibido en uno de los ataques anteriores, hizo le atasen el escudo y seguido de una buena porcion de los suyos, subió las escaleras de la torre con una audacia de que hasta entónces no habia dado tan brillante prueba. Derribó cuanto se le puso delante: su espada no descansaba un momento, y las de sus compañeros no andaban ociosas tampoco, pues tenian que combatir con la nobleza mas escojida; á hombres tan valientes como los suyos; y que ni daban ni pedian cuartel. Muchos Españoles fueron derribados subiendo al asalto, pero dice Cortés, «con la ayuda de Dios, de nuestro Señor Jesucristo, y de su madre la vírjen María, cuya imájen habia sido colocada en la torre, y no volvió á encontrarse, subimos y llegamos á combatir con los Indios cuerpo á cuerpo. Terrible fué esta pelea de muchos centenares de hombres sobre una plata-forma de sesenta piés de elevacion, y que no presentaba sino una superficie de algunas toesas cuadradas. Esta lucha duró tres horas. Los quinientos nobles fueron muertos ya por la espada ó ya precipitándose en los terrados inferiores, que preferian antes que rendirse. En esta batida, la mas encarnizada de cuantas se habian dado, los Mejicanos se defendieron con una union de que no habian dado ejemplo, y con un valor digno por cierto de mejor suerte. Perecieron cuarenta y seis Españoles, y casi todos los demás quedaron heridos. Mucho tiempo despues de la conquista, los Tlascaleños y Mejicanos conservaron en sus

pinturas la memoria de este suceso.

El resultado de esta jornada no acobardó á los Mejicanos. Presentáronse en diversos puntos, y Cortés sin tomar un momento de reposo, se vió obligado á continuar el ataque en las calles que desembocaban á su palacio. Montado en su caballo de batalla, metido el brazo izquierdo herido en las riendas, y la lanza en la mano derecha, fué personalmente á la grande calle de Tacuba, en donde la accion estaba mas empeñada, y en la que los Mejicanos podian desplegarse mas fácilmente. Seguido de algunos caballos, rompió al principio las masas cerradas, y abrió claros entre ellas. Cada lanzada era mortal en aquel inmenso fondo. Adelantado, no obstante mas de lo regular á impulso de su audacia, se vio separado de los suyos, y cortada su retirada, por el grueso de enemigos que huian delante de su infantería. Introducido en otra calle que creia mas libre, se presenta á su vista una nueva tropa de Mejicanos, arrastrando en medio de ellos á su mejor amigo Andrés de Duero, caido del caballo, hecho prisionero, y que conducian en triunfo al templo vecino para sacrificarlo. A tal encuentro la rabia de Cortés no conoció límite alguno. Redoblan sus fuerzas: arrójase en medio de la multitud, derriba á cuantos quieren detener su arrojo, desembaraza á su amigo, quien libre en sus movimientos saca su puñal, golpea cuanto se le aproxima, despeja el lugar, y llega á recobrar su caballo y su lanza. Estos dos bravos, estimulados recíprocamente, hicieron en los Mejicanos una espantosa carnicería. Ambos cubiertos de sangre y de polvo, se reunieron á su jente que tuvo harto que hacer para triunfar del enemigo. Cortés gustaba mucho de referir esta aventura, que consideraba como la mas feliz de su vida.

Mientras estas cosas sucedian, Motezuma guardaba cama moribundo entre los Españoles. Herido por aquellos que durante tanto tiempo le habian venerado como á un Dios, no podia resignarse á esta última degradacion de su infortunio. Aunque algo graves sus heridas, no eran sin embargo mortales, y hubiera curado de ellas fácilmente, si hubiese podido dominar la ajitacion de su espíritu, si no hubiera aumentado su mal con los recuerdos de su marchita grandeza. Esta era su herida mas viva é incurable. Trastornábale la razon la sola idea de que ya no era sino un objeto de desprecio y de aborrecimiento para con sus súbditos. En un acceso de desesperacion, se arrancó todo el vendaje con que habian cubierto sus heridas, y rehusó tomar el menor alimento. Pero bien pronto puso la muerte fin á tanto padecer. Espiró en 30 de junio de 1520, á los cincuenta y cuatro años de su edad, y diez y ocho de su reinado, del cual pasó siete meses prisionero de los Españoles (1).

Luego que el rey falleció, Cortés se apresuró de anunciar esta novedad al príncipe Cuitlahuatzin jeneral en jefe de los Mejicanos. Pocos momentos despues le hizo remesa del cuerpo del difunto que acompañaron seis nobles y muchos sacerdotes. A la vista de tan lúgubre obsequio el pueblo prorumpió en señales del mayor dolor, y los que trataban á Motezuma de cobarde algunos dias antes, elevaban entónces sus virtudes hasta los cielos, y no agotaban el manantial de sus eminentes cualidades. El cuerpo fué llevado en mitad de la

(1) Los historiadores Españoles varian sobre las causas y circunstancias de la muerte de Motezuma. Cortés y Gomara la atribuyen á una pedrada recibida en la cabeza: Solis á la terquedad de no dejarse curar: Bernal Diaz dice, que se dejó morir de hambre: Herrera asegura que sucumbió á una violenta pasion de ánimo: Sahagun y algunos historiadores mejicanos afirman que pereció á manos de los Españoles, suposicion inadmisible. Dejó muchos hijos, de los cuales murieron tres en la retirada de Cortés. El mas notable de los que sobrevivieron fué Yohualicahuatzin, ó D. Pedro Motezuma de donde descienden los condes de Motezuma y de Tula. Las dos casas nobles de Cano, y de Andrade Motezuma son orijinarias de una de las hijas de aquel desgraciado monarca. Los reyes de Castilla concedieron á su posteridad los previlejios mas latos, é inmensas posesiones en la Nueva-España. Haremos observar que el verdadero nombre de Motezuma era Moteuczoma, y mejor Mocthecuzoma. A veces se halla escrito Moctezoma y Moctezuma.

plaza de Copalco, en donde estaba la hoguera. La nobleza, segun costumbre se presentó en aquel sitio á llorar, y luego se recojieron las cenizas dentro de una urna, y se enterraron con pompa. Nada se olvidó de las ceremonias acostumbradas en los funerales de los reyes.

La muerte de Motezuma era el mas triste acontecimiento que pudiese sobrevenir á Cortés, en las graves circunstancias en que se hallaba empeñado; pues le quitaban toda esperanza de transaccion con los Mejicanos, y le privaban de un protector, y de un rehen precioso. Sus fuerzas ya no le permitian el emprender la conquista de una gran ciudad en la que el número de combatientes se aumentaba de hora en hora por los refuerzos de tropas frescas que iban llegando de las provincias. Su salvacion solo pendia de la retirada, y á ella se determinó: pero firmemente resuelto á volver con un ejército numeroso, so pretesto de vengar la muerte de Motezuma, queria que esta retirada diese todavía una alta idea de la superioridad de los Españoles. Tales eran sus proyectos, cuando un nuevo movimiento de los Mejicanos llamándole á nuevos combates, le hizo ver, que todos los cálculos de la prudencia, y del arte militar, pueden malograrse, ante la salvaje desesperacion de un pueblo, que defiende á sus dioses y á sus hogares.

Cortés necesitaba algunos dias para arreglar sus preparativos de marcha, mas bien pronto se convenció de que toda dilacion seria mas provechosa á su enemigo que á si mismo. En todos los puntos levantaban los Mejicanos barricadas, rompian los caminos, y cortaban toda comunicacion con el continente. Pero él sin pérdida de tiempo hizo construir un puente móvil de vigas muy gruesas, y tablas espesas, con cuyo auxilio la artillería y los bagajes del ejército debian franquear las cortaduras. Hecho este trabajo reunió á sus oficiales en consejo, les espuso la situacion crítica en que se hallaban, y les anunció que se proponia emprender la marcha sin demora alguna. Discutióse en seguida si la salida se emprenderia de dia ó de noche, y se decidió por lo último, con la esperanza de que las ideas supersticiosas de los Mejicanos los detendrian en la inaccion, despues de puesto el sol, prestando igualmente fe á las predicciones de un soldado llamado Botello que pasaba por hábil astrólogo, en cuya ciencia, segun el espíritu del tiempo, Cortés lo mismo que sus compañeros, fundaban cierta confianza. Este Botello prometió un resultado satisfactorio; aunque los antiguos militares temian una marcha nocturna en un terreno cortado, y en presencia de numerosos enemigos en acecho, esponiendo que no estaban en el caso de pasar los fosos sobre un puente tan pesado y poco trasportable, y que por lo mismo debian perecer, si se les atacaba seriamente. Bien pronto se reconoció que su esperiencia valia mas que las promesas del astrólogo.

La noche de 1.° de julio de 1520 fué la que se fijó para emprender la marcha. Algunas horas antes se habian enviado dos prisioneros al jefe enemigo, bajo la escusa de acelerar la conclusion de un tratado de suspension de armas, pero con el verdadero objeto de distraer su atencion y hacerle creer que se esperaba con tranquilidad su respuesta. Sin embargo no se perdia momento en preparar la retirada. Cortés por sus cuidados y precauciones parecia abrazarlo todo. Doscientos Españoles, veinte caballos, y los mejores soldados Tlascaleños componian la vanguardia, á las órdenes de Sandoval. La retaguardia mas numerosa, fué confiada á los oficiales venidos con Narvaez, tenian por jefes á Alvarado y á Velazquez de Leon. Cortés mandaba el centro en donde iba la artillería, los bagajes y los prisioneros, entre los cuales se notaban un hijo, y dos hijas de Motezuma y algunos señores mejicanos. Se habia hecho el reparto del tesoro del ejército. Cortés queria abandonar todo lo que no pertenecia al rey; pero los soldados no quisieron dejar sino aquello que no podian llevar. Cargáronse de oro y plata con una

imprudente codicia, que luego costó la vida á mas de un valiente.

Era cerca de media noche cuando los Españoles salieron de sus cuarteles; marchaban con el mayor silencio á favor de la oscuridad, y de la lluvia, siguiendo el camino que conduce á Tlacopan, el menos descuidado de todos. Habian llegado ya á la primera cortadura sin ser inquietados, y la vanguardia habia pasado felizmente sobre el puente volante. Llegado el segundo turno del centro, la artillería y los bagajes avanzaron lentamente sobre la pesada máquina. El peso la hizo hundir en el lodo, y no hubo esfuerzo humano que la sacase de él. Al mismo tiempo que esta division del centro mandada por Cortés se ocupaba de su paso, hombres y caballos se alarmaron de pronto á los gritos salvajes y al ronco sonido de las trompetas mejicanas. Tambien estos habian aprovechado el tiempo: sin ser vistos habian seguido todos los movimientos de los Españoles con un disimulo de que nadie los hubiera creido capaces. Sus canoas cubrian el lago por ámbos costados del dique, y cuando vieron empeñados á sus enemigos, comenzaron el ataque, con tanto órden y union, y combinacion tan perfecta, que á un mismo tiempo partieron de todos los puntos las flechas y las piedras, lanzándose sobre las tropas de Cortés como un solo hombre. Estas agolpadas en un estrecho espacio, y entre las sombras de la noche, no podian, ni hacer uso de sus armas, ni emplear los recursos de su táctica que tanta superioridad les daba. Sus filas se cortaron, y la confusion fué horrorosa á la llegada de la retaguardia perseguida por otros cuerpos de Indios. Las tres divisiones españolas se veian separadas unas de otras, por la interposicion de las masas enemigas, y cada una de ellas sucumbia al gran peso de sus contrarios. Todos los habitantes de Méjico habian salido en persecucion de sus opresores, y se precipitaban sobre ellos como hombres ebrios de venganza que pagan en un dia toda la deuda de un antiguo encono. El desórden se hizo jeneral, y si los Mejicanos hubieran tenido la precaucion de hacer ocupar la cabeza del camino, ni un solo español se hubiera salvado. Las dos últimas cortaduras de esta calzada fueron en fin franqueadas por Cortés, seguido de un centenar de soldados y algunos caballos. Llegados á tierra firme formaron en batalla, y volvieron diferentes veces á la carga para facilitar la retirada á sus desgraciados compañeros. Pasaron en seguida á tomar posicion en Tlacopan, á donde se les reunieron algunos Españoles y un gran número de Tlascaleños, que se habian salvado á nado y escondido en los campos. Vino el dia á poner en claro este espantoso desastre, y á mostrar la estension de las pérdidas sufridas.

Faltaban mas de doscientos Españoles, mas de mil Tlascaleños y todos los prisioneros mejicanos. La artillería, los bagajes, las municiones, y el tesoro del ejército habian caido en poder del enemigo, y este ejército tan debilitado ya antes de su salida, no era mas que un puñado de hombres desmoralizados, cubiertos de heridas, y jadeando de fatiga. El alma de Cortés estaba traspasada de dolor. Habia visto caer á sus valientes compañeros de armas; habia oido los dolorosos gritos de los Españoles prisioneros, arrastrados por los Mejicanos para ser sacrificados á los dioses. Un buen número de sus oficiales habia perecido. Sentia sobre todo la pérdida de uno de sus mayores amigos Velazquez de Leon. De este guerrero tan leal en su amistad que se le miraba como la segunda persona del ejército. Tan tristes recuerdos le arrancaron lágrimas de dolor. Sentado sobre una piedra lloró á la vista de tantos cadáveres, y un testimonio tan marcado de sensibilidad en corazon tan valiente, le hizo amar de los suyos, tanto, como su prudencia, destreza y valor le habian hecho siempre respetable.

Sin embargo, en este grande infortunio tuvo al menos el consuelo de verse rodeado de sus valientes capitanes Sandoval, Lugo, Olid, Ordaz

Avila, y Alvarado que habian escapado de la muerte, sobre todo el último de un modo milagroso, franqueando de un salto la última brecha apoyado sobre su lanza. Junto á Cortés se veian tambien á Marina, Aguilar y al P. Olmedo, tan necesarios para atravesar el territorio de las naciones desconocidas ó sospechosas, y conciliarse los pueblos cuya asistencia iban á buscar. Aun hubo otra dicha que no se esperaba. Los Mejicanos le dieron un respiro porque al amanecer vieron entre los muertos sobre el campo de batalla de que quedaron dueños, un hijo y dos hijas de Motezuma, prisioneros que eran de los Españoles. Este espectáculo les heló de espanto. Temieron que dejando tan ilustres víctimas sin sepultura unirian á la impiedad el rejicidio, y el nuevo rey se vió obligado á asociarse al dolor público, y suspender las hostilidades, para dar la órden de los funerales que debian ejecutarse con todo el ceremonial puesto en uso para la familia real, y como en esta funcion emplearon un tiempo que debian á la salvacion de la patria, Cortés tuvo algunas horas de intervalo para reorganizar un poco los tristes restos de su corto ejército.

Tlacopan aunque muy poblado no era plaza á propósito para sostenerse. Cortés tomó posicion en una altura vecina, y se fortificó apresuradamente en un templo que dominaba todo este elevado punto. En esta ocasion dice él mismo, no teniamos un soldado de infantería que pudiese moverse, ni uno de caballería que pudiese estender el brazo. Los Mejicanos no les habian dejado ocupar este edificio, consagrado á la divinidad que presidia las mieses, sin perseguirlos vivamente. Les habian disputado el terreno palmo á palmo, y hecho esperimentar nuevas pérdidas. Inmenso fué su gozo al encontrar un abrigo en este recinto espacioso y flanqueado por torres, y el recuerdo de un tal asilo se conservó tan perfectamente en su memoria que despues de la conquista, hizo Cortés construir una capilla dedicada á la vírjen de los Remedios. Los enemigos despues de haber tentado inútilmente echarlos de él durante el dia, se retiraron segun el uso, á la entrada de la noche. Algunos Otomias que ocupaban dos aldeas vecinas, y á quienes pesaba sobremanera el yugo de Méjico, llevaron algunas provisiones á estos infelices soldados hambrientos.

Tlascala era el solo punto en donde Cortés pudiese retirarse, y en donde conservase la esperanza de hallar aliados fieles, y los socorros de todo jénero que le eran indispensable para continuar la guerra. Uno de los soldados de aquella nacion se ofreció á servirle de guia, y ningun tiempo debia desperdiciarse. Púsose Cortés en marcha á la media noche á pesar del deplorable estado de su jente, reservándose el mando de la retaguardia. Es necesario ver en su duodécima carta los combates que tuvo que sostener, fatigas que soportar, y dificultades que vencer en tan larga retirada, en la que para llegar al territorio de Tlascala, se veia forzado á costear el lago al oeste, de volver luego hácia el norte, y de dirijirse en seguida al este, marchando siempre por el centro de un pais insurreccionado, sin víveres y sin municiones. Jamás el valor y la perseverancia se habian puesto á tan terribles pruebas. En las cercanías de Zacamolco, ciudad considerable, fueron los Españoles tan vivamente atacados, que en un instante se vió la tierra cubierta de piedras y flechas. El jeneral recibió dos heridas en la cabeza, y varios soldados fueron asimismo heridos. Nos mataron tambien una yegua, (dice Cortés), pérdida que nos causó gran sentimiento, pues despues de Dios, fundábamos todas nuestras esperanzas en los caballos. Nos consolamos de esta pérdida comiéndonos hasta su piel, tambien careciamos de maiz cocido ó tostado. Los Tlascaleños se arrojaban al suelo y pacian la yerba de los campos, pidiendo lastimosamente á sus dioses, no les abandonasen.

Viendo que el enemigo aumentaba cada dia, y que los Españoles disminuian á ojos vistas; Cortés hi-

zo construir muletas para que los heridos pudiesen seguir la coluna, y defenderse en caso necesario. Esta precaucion cuya idea atribuye al Espiritu Santo, salvo, algunas horas despues, varios de los suyos.

Al dia siguiente continuaba su marcha por las montañas de Aztaquemecan, y al desembocar al anchuroso valle, en donde se elevaba entónces la ciudad india de Otompan descubrió al ejército enemigo desplegándose sobre un inmenso espacio, y aguardando su llegada dispuesto en órden de batalla. Solís asciende á doscientos mil hombres, esta multitud de Indios, reunion de todos los pueblos aliados de Méjico, que habitaban al norte y al este de los lagos. El cálculo de Solís es tan sumamente exajerado, que aun rebajando aquella masa de Indios á cincuenta mil hombres, puede creerse aumentado su verdadero número. Hacia ya dos ó tres dias que los Españoles oian á menudo repetir á los pequeños destacamentos enemigos que de cerca les perseguian: «Avanzad, miserables, venid á recibir la recompensa de vuestros crímenes.» Ahora habian conocido la esplicacion de esta frase misteriosa.

A la vista de este formidable ejército, desplegando sus inmensas alas para envolver las cortas fuerzas de Cortés, que en el deplorable estado en que se hallaban asemejaba mucho á un batallon de inválidos en marcha, los mas intrépidos no pudieron evitar un movimiento de temor. «Mirábamos este dia (dice el jeneral) como el último de nuestra vida, tan débiles estabamos, y tan lozanos y vigorosos se presentaban nuestros enemigos. Ellos llenos de ardor y de confianza: nosotros casi todos heridos, muertos de hambre y de cansancio.»

Observando Cortés que habia alguna vacilacion en sus filas, levantó aquella voz formidable que ejercia tanto imperio sobre sus antiguos compañeros, y que tan bien sabia profetizar la victoria. «Amigos: llegó el momento de vencer ó morir. Castellanos; fuera toda debilidad. Fijad vuestra confianza en Dios Todopoderoso, y avanzad hácia el enemigo como valientes.» Los capitanes por su parte, no mostraron ni menos confianza, ni menos audacia. Los soldados respondieron con aclamaciones: todos invocaron á Jesucristo, á la Vírjen María, y al bienaventurado Santiago, y empezó la batalla. A los pocos instantes la accion se hizo jeneral. Cuatro horas continuas, Indios aliados de Méjico, Españoles y Tlascaleños se batieron con igual encarnizamiento. Los primeros escitados por toda la enerjía que puede dar un sentimiento de venganza, y los segundos, por cuanto puede inspirar el honor militar, y la necesidad de salvarse de un gran peligro. Los Españoles rompieron varias veces las masas enemigas en las cuales hicieron una horrible carnicería. Los Indios sin amilanarse, reemplazaban en el acto las bajas de los muertos con nuevas tropas, y volvian á la carga. Este puñado de héroes castellanos, disminuia por instantes y no podia reparar sus pérdidas. No estaba lejos la crisis de su entera desaparicion abrumado por el número: ya el desaliento ganaba los mas aguerridos, cuando Cortés tomó una de aquellas resoluciones repentinas que deciden la suerte de las batallas. Recordó que los ejércitos mejicanos tomaban la fuga luego que veian caer á su jeneral, y se le tomaba el estandarte real. En el mismo momento reconoció al jeneral enemigo adornado con sus ricas insignias militares, llevando en el brazo un escudo de oro, y conducido en una especie de camilla por algunos de sus oficiales. El estandarte del imperio iba atado á su espalda, y se elebava unos diez palmos sobre su cabeza. «Vamos hácia aquel hombre y acabemos con él,» dijo Cortés á Sandoval, Avila, Olide, Alvarado, y á algunos otros jinetes que se hallaban á su inmediacion. Seguido al momento de estos valientes se adelanta con su caballo, golpea y derriba cuanto se le pone delante, se hace abrir claros por el centro de las masas, llega basta el jefe enemigo y lo derriba de una lanzada. En este mismo instante

Juan de Salamanca jinete intrépido echa pié á tierra, remata al mejicano, quítale su brillante penacho, se apodera del estandarte real, y lo presenta á Cortés quien apenas lo toma en sus manos el ejército enemigo, cuyas miradas se fijaban en aquella bandera, al ver que ya no existe, parece atacado de un terror repentino, y huye en todas direcciones, lanzando espantosos ahullidos. Los Españoles lo persiguen, y no se detienen hasta que se cansan de matar. Jamás hubo victoria mas completa, mas oportuna, y que produjese tan importantes resultados. Fué este el hecho mas brillante de armas que los Españoles dieron en el nuevo mundo. Cubriéronse de gloria, aunque regresaron todos heridos. Sandoval se distinguió entre los mas diestros y valientes capitanes. María de Estrada mujer de un soldado español hizo prodijios de valor. Los Tlascaleños pelearon como leones; casi todos perecieron. Cortés, por su brillante valor, los recursos de su jenio y su admirable serenidad, fué por un grito universal proclamado el héroe de esta memorable batalla.

El botin fué inmenso: los enemigos se habian adornado con todas sus ricas capas y mas hermosas armas; llevaban tambien sus mas brillantes plumas, con joyas de oro y piedras preciosas. Los Españoles pasaron la noche en el campo de batalla, en el que cantaron á coro un solemne *Te Deum* en accion de gracias por su salvacion. Al dia siguiente 8 de julio, siguiendo hácia el este, alcanzaron la muralla que separaba las tierras de Méjico de las de la república, y se detuvieron á algunas leguas de la capital. No dejaba de inquietarlos la recepcion que les aguardaba. Fuertes y poderosos en el año anterior pudo acaso el temor contribuir á la alianza que se habia estipulado con ellos. Hoy débiles, sin víveres, sin municiones, sin medios de defensa, todos heridos y estenuados de fatigas; la política y el interés no abogaban ya en su favor. No contaban con otros protectores que las virtudes de sus huéspedes. Los Tlascaleños bravos y fieles á la fe jurada, los acojieron como hermanos desgraciados. Los cuatro jefes de la república, y una diputacion de la nobleza salieron á recibirles hasta Huesjotlipan. Cortés, cumplimentado como si viniese vencedor, fué recibido tres dias despues en la capital con mas pompa y magnificencia que cuando entró la vez primera. El presidente del senado Tlascaleño, aunque oprimido por la muerte de su hija compañera de Marina, que habia perecido en la noche fatal, se esforzó en consolar á Cortés, con la esperanza de un desquite pronto y completo. Las mujeres le suplicaban se preparase á vengar la muerte de sus hijos y maridos. Asegurósele que todas las fuerzas de la república se pondrian á su disposicion, y cada dia el grito de guerra, y de muerte á los Mejicanos heria sus oidos. Los Españoles pudieron convencerse de que con el auxilio de un tal pueblo, la conquista de Méjico era segura. Cortés agradeció esta acojida, distribuyendo con mano liberal entre los principales de la república, todo el botin que habia hecho en Otompan, y el oro que habia traido de Méjico. Encargó á sus soldados conservasen la mejor armonía con los habitantes, conformándose á sus usos, tolerando sus preocupaciones y obrando en toda ocasion de manera que se cimentase mas y mas la buena intelijencia que reinaba entre las dos naciones. En medio de los regocijos que subsiguieron á su regreso, las últimas heridas recibidas, mal cuidadas le ocasionaron una calentura celebral que puso en peligro su vida. Asegúrase que debió su curacion á la habilidad de los médicos del pais. El interés que todos los Tlascaleños tomaron en su restablecimiento debió convencerle que todo podia esperarlo de su amistad.

Mientras los Españoles descansaban debajo el techo de sus fieles aliados, los Mejicanos se ocupaban en reparar sus pérdidas, y elejir un rey. Recayó la eleccion en Cuitlahatzin hermano de Motezuma su consejero íntimo, y jeneral del ejército. Al odio

que tenia á los estranjeros, cualidad suficiente para los electores, reunia este jóven príncipe, todas las demás necesarias para gobernar en las graves circunstancias en que se hallaba el pais. Se habia hecho conocer como jefe ó señor de Iztapalapan, por su gusto en las artes. Debíasele el palacio de aquella residencia, y los hermosos jardines que tanto encomian los historiadores nacionales. Su bravura era célebre. Mandaba en persona hácia los últimos dias de la ocupacion de Méjico, y habia dirijido todos los ataques, durante la terrible noche de desolacion. En cuanto subió al trono fijó su conato en volver á aquella capital todo el esplendor que habia perdido. Hizo reconstruir las casas destruidas, los templos quemados, y reparar las antiguas fortificaciones, levantando otras nuevas. Dirijió un llamamiento á todas las provincias escitándolas á unirse á él contra los estranjeros. Elijió enviados, entre los principales señores de su corte con la mision de estimular el patríotismo de todos los pueblos aliados ó vasallos de la corona. Prometió hacer francos de tributos á los que combatiesen por la defensa comun, y procuró separar á Tlascala de la alianza con los Españoles, encargando esta tentativa á hombres consumados en tan dificiles negociaciones. Admitidos ante el senado, y recibidos con todas las consideraciones que estos pueblos concedian á los embajadores, los comisionados mejicanos rogaron á la venerable asamblea, olvidase la antigua enemistad de ambas naciones, no seviese ya mas que el comun interés de todos los estados del Anahuac, á la par amenazados por los Españoles en su independencia potítica, en su culto relijioso, y en sus libertades. Propusieron en seguida una alianza ofensiva y defensiva, y últimamente concluyeron por el mas importante objeto de su mision, suplicando á la república destruyesen á aquellos estranjeros enemigos de los dioses, y de la patria, mientras estaban en su poder.

Semejante proposicion debia ser rechazada por la lealtad tlascaleña. Lo fué efectivamente, despues de alguna oposicion por parte de unos cuantos senadores mas previsores que los otros sobre los futuros destinos de su patria. Entre estos Xicotencatl este jóven jeneral vencido por Cortés, se mostró el mas acerrimo partidario de la política mejicana y el mas ardiente adversario de los Españoles. Habia adivinado sus intenciones; los habia pintado pérfidos, empleando una parte del Anahuac en poner el yugo á la otra, y reservando á sus aliados, despues de su victoria, igual suerte á la de los vencidos. Los partidarios de los Españoles á cuya cabeza se hallaba el viejo Maxixcatzin, trataron al jóven profeta como á verdadero sedicioso: lo echaron de la asamblea como traidor á su patria, é iban á llamar á los embajadores para manifestarles la negativa del senado cuando supieron que habian dejado la ciudad secretamente, temiendo la cólera del pueblo, que ya murmuraba viendo méjicanos dentro de sus muros. Los senadores se esforzaron en ocultar á los Españoles el objeto de esta embajada y la discusion que sobre ella se habia sucitado; pero no lo ignoró Cortés, quien redobló de atenciones para con sus partidarios, y de agasajos á sus adversarios, para atraerse mas y mas á los primeros y triunfar de la aversion de los segundos. Pidió por lo mismo, y obtuvo gracia para Xicotencatl puesto en prision y destituido del mando por órden del senado. Este rasgo de jenerosidad le produjo una completa aura popular.

No contento el senado con darle tantas pruebas de deferencia y amistad de su propio impulso prestó juramento de obediencia al rey de España, lo que fué para las ideas de Cortés un hermoso triunfo, los cuatro jefes de la república, renunciaron al culto de los ídolos, y abrazaron la relijion católica. El P. Olmedo, relijioso humano, muy tolerante, y en estremo sagaz, negociador de esta especie de conversiones, los bautizó. Es probable que cierto número de cortesanos, empleados de gobierno, y varios habitantes siguiesen el ejemplo de los jefes, y

puede suponerse que el culto cristiano, amoldandose á las antiguas ideas relijiosas del pais, hizo desde aquel momento algunos progresos en aquella parte del Anahuac.

Restablecido Cortés de su enfermedad, y curado de sus heridas, no cesaba de pensar en los medios de volver á emprender la ofensiva, y proseguir sus proyectos de conquista. Su posicion menos halagüeña sin duda que á su salida de Tlascala, nada tenia sin embargo de crítico. La colonia de Vera-Cruz estaba intacta, y aun en aumento de prosperidad. Los Chempoalenses permanecian fieles. La adhesion de los de Tlascala era ilimitada. Tenia todavia á sus órdenes un cuerpo de Españoles tan numeroso, como el que mandaba á su primera salida para Méjico. Conocia mejor el pais, y los reveses sufridos le habian alecionado, y hecho entender que para apoderarse de Méjico, era antes preciso enseñorearse de los lagos. Le era pues necesaria una escuadrilla de barcos lijeros. Para el buen resultado de este nuevo plan de campaña hizo cortar en las montañas vecinas la madera necesaria para la construccion de trece bergantines, que debian ser trasportados en piezas separadas á las orillas del lago, para unirlas y arrojar al agua cuando fuese necesasario. Hizo venir de Vera-Cruz el hierro, mástiles, y todos los aparejos de los buques que se habian echado á fondo, sacó de aquellos mismos almacenes algunas municiones, y dos ó tres piezas de campaña. Puso cuatro buques de la espedicion de Narvaez á disposicion de algunos oficiales de su confianza, y les encargó fuesen á Santo Domingo y á la Jamaica á reclutar jente, comprar caballos, pólvora y armas de guerra.

A la vista de estos preparativos que anunciaban nuevas fatigas que padecer, y nuevos peligros que arriesgar, el espíritu de sediccion y descontento estalló entre los soldados antiguos de Narvaez, la mayor parte plantadores de Cuba, los que habian ido á Nueva España solo para fundar en ella una colonia y no para hacer la guerra. Los últimos acontecimientos de Méjico, no eran de naturaleza á inclinarles al estado militar, ni á infundirles pasion por las empresas aventureras. Toda la elocuencia de Cortés para retenerles fué inútil é insuficiente á desvanecer el temor de nuevos peligros. Nada pudo triunfar de una repugnancia cuya causa motriz era el espanto. Ruegos y regalos fueron inútiles, y los plantadores de Cuba no se tranquilizaron sino con la promesa de mandarlos á su isla, luego que la espedicion que Cortés iba á emprender contra la provincia de Tepejacac fuera terminada. Consintieron en ello, y aun se ofrecieron á hacer parte de ella, sabiendo que se trataba de vengar la muerte de algunos de ellos cobardemente asesinados por los Indios. Los jefes de esta provincia divididos en pequeños estados confederados, y vecina á Tlascala habian en un principio acojido á los Españoles con mucha benevolencia, y de su propia voluntad declarándose vasallos de la corona de España. Pero el miedo que obró en éllos en aquellas circunstancias, los determinó despues á hacer lo mismo con los Mejicanos, viendo que la fortuna abandonaba á los Españoles. Mataron algunos que llenos de confianza marchaban desde Tlascala á Vera-Cruz: ocuparon este camino como enemigos y recibieron guarnicion mejicana. Necesario era castigarles por tal perfidia, y restablecer las comunicaciones. Iba Cortés á convidar á sus aliados para unirse á él, cuando le dijeron que el territorio de la república acababa de ser invadido por los Tepejacans. Los senadores fueron entónces quienes les suplicaron tomase parte en sus intereses, y tuvo la buena suerte de conceder como una gracia, lo mismo que tenia intencion de solicita. Cuatrocientos veinte Españoles y seis mil arqueros Tlascaleños se pusieron en marcha bajo sus órdenes, mientras el jóven Xicotencatl reunia en los demás pueblos de la república un numeroso ejército de reserva. Huexotzinco y Cholula aprontaron su continjente. Toda esta reunion de Indios ascendia dicen, á ciento cincuenta mil hom-

bres. Con tales fuerzas, el resultado de la campaña no era dudoso. En algunas semanas, y despues de diferentes combates los Tepajacans fueron derrotados. Todas las ciudades de su confederacion tomadas y saqueadas, sus habitantes reducidos á la esclavitud, marcados con un hierro ardiendo como las bestias de carga, y divididos entre los Españoles y sus aliados. Cortés hizo levantar en la capital de los Tepejecans algunas fortificaciones, y le dió el nombre de Segura de la frontera (*). Los Méjicanos que ocupaban algunas otras ciudades de esta parte del Anahuac en las que contaban muchos jefes tributarios, una de las cuales (Itzocan) mandaban un principe de la sangre real, fueron batidos en todos los encuentros, ya por Cortés en persona, ya por sus capitanes que operaban particularmente sobre toda la línea de comunicacion entre Tlascala y Vera-Cruz. Solamente en una de estas espediciones engañó la fortuna el valor de los Españoles: ochenta de ellos á las órdenes de Salçedo, encargados de apoderarse de Tochtepec grande villa situada sobre el rio Papaloapan, en donde los Mejicanos tenian guarnicion, fueron cojidos y todos perecieron, pero fueron bien vengados por otro destacamento á las órdenes de Ordaz y Dávila, la villa se tomó y se saqueó. Los Mejicanos fueron todos sacrificados y la sangre india corrió á torrentes, pero esta terrible venganza no devolvió á Cortés los ochenta adalides los cuales, en el estado en que se hallaba, hacian un gran vacío en sus filas.

Esta campaña de algunos meses tubo, sin embargo, felices resultados; volvió á los Españoles con su enerjía el convencimiento de su superioridad; acostumbró á los Tlascaleños á obrar de concierto con ellos, y á familiarizarse con la disciplina y la táctica europea. Enriqueció su pais con los despojos de todos sus vecinos vencidos; cimentó su alianza con las tropas de Cortés por el mas poderoso de todos los lazos, el interés. Les dispuso á concederle cuanto exijia, seguros de que con él vencerian siempre, y la nueva estrella del caudillo apareció brillante. Llegáronle hombres con los cuales no contaba, y para un jeneral que apenas mandaba cuatrocientos soldados, doscientos valientes de refuerzo no son de ínfimo valor. Los obtuvo de aquellos mismos que le querian mal, y conspiraban á su perdicion. El gobernador de Cuba convencido de los adelantos de Narvaez, le mandó cien hombres y algunas municiones de guerra. Los dos pequeños barcos que los conducian se presentaron en el surjidero de Vera-Cruz como en un puesto amigo; el oficial que allí mandaba en nombre de Cortés, no le costó trabajo apoderarse de ellos y determinar soldados y marineros á unirse á la suerte de su jeneral. Algun tiempo despues otros tres buques mayores que aquellos llegaron al mismo punto, y se dejaron cojer del mismo modo. Estos hacian parte de una flotilla armada por Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, destinada á repartir, en la Nueva España las tierras conquistadas. Habian sido impelidos al Norte del golfo por los vientos contrarios, y el hambre les obligó á buscar víveres en el puerto de su enemigo. Lo mismo que los primeros, dejaron el servicio del jefe con quien se habian empeñado, y se entregaron á Cortés. Aun llegaron otros á aumentar sus filas, pues en el mismo puerto de Vera-Cruz entró en esta misma época un buque europeo cargado de municiones. Cortés compró todo este cargamento, pagándolo jenerosamente, y el equipaje, seducido por el oro que se le prodigaba, no quiso jamás volver á la mar. Presentóse al jeneral en Tlascala, y ocioso es añadir que fué tan bien recibido como los demás. Por todos estos sucesos, el ejército de Cortés tuvo el aumento de ciento ochenta hombres y veinte

(1) Las ciudades entónces improvisadas en Méjico por los Españoles, no eran ordinariamente mas que un nombre nuevo dado á una antigua ciudad india en la cual se levantaba un fuerte en el que se colocaban algunos invalidos, ó se establecian cierto número de oficiales cíviles, y jueces. Desde mucho tiempo el nombre de Segura de la frontera está olvidado, y Tepejaeac existe todavía.

caballos: fuerzas á la verdad bastante escasas para merecer se haga mencion de ellas en la historia de parte alguna del globo, pero que, en América, á la epoca que nos ocupa eran de una importancia relativa, y decidia los destinos de los grandes imperios. Estos refuerzos permitieron al jeneral cumplir su promesa, y licenciar los soldados de Narvaez, que ya no querian servir mas. Entre ellos tuvo el sentimiento de contar á Andrés de Duero, al cual habia salvado la vida. Alvarado fué el encargado de conducirlos á Vera-Cruz, y presenciar su embarque. Despues de estas bajas, se vió todavía Cortés á la cabeza de quinientos cincuenta hombres de infantería, de los cuales habia ochenta armados de mosquetes ó arcabuces, y cuarenta caballos. Contaba nueve piezas de campaña y abundante cantidad de municiones. Con esta corta division, y diez mil Tlascaleños y otros Indios auxiliares se puso Cortés en marcha para Méjico en 28 de diciembre de 1520. Seis meses despues de su fatal retirada, impaciente de borrar su memoria con un gran triunfo, y dar en el Nuevo-Mundo un rico imperio á su patria.

Méjico estaba entónces en un estado respetable de defensa, y para hacer la aproximacion de enemigos mas insuperable, toda la ciencia estratejica de los Indios habia trabajado de consuno. En su jóven rey ponian sus habitantes una entera confianza, y este se mostraba superior á las graves circunstancias en que se hallaba colocado. Entregábase enteramente á los multiplicados trabajos con que intentaba salvar su pueblo, que fué á la sazon víctima de una enfermedad hasta entónces desconocida de los Americanos, las viruelas, comunicadas por un esclavo moro que hacia parte de la espedicion de Narvaez. La invasion de este terrible mal habia principiado por los estados de Chempoalla y Tlascala, causando infinitas víctimas antes de comunicarse á las tierras mejicanas. Cortés tuvo que llorar la muerte de su viejo y fiel amigo el príncipe Maxicatzin. Otros altos personajes perecieron tambien, y en los pueblos circunvecinos se contaban á millares las víctimas. Los que escapaban de la enfermedad eran un objeto de horror para sus compatriotas, tales eran las señales que quedaban marcadas en sus rostros, que apenas eran reconocidos. Era esta una triste novedad á que la vista no podia acostumbrarse. No fué menos mortífera tal epidemia en la ciudad de Méjico, y no se distrajeron los ánimos de tan cruel azote, sino por la eleccion de un nuevo rey. Quauhtemotzin jóven de veinte y cinco años lleno de talento y valor, fué escojido para suceder á su tio. Mucho menos versado que aquel en asuntos de guerra, creyó continuar sus disposiciones militares, y adaptar su policía por norma de su conducta. La providencia, empero le preparaba la mas acerba prueba. Debia ser testigo de la dilatada agonia de su pais, y cerrar la lista de sus reyes.

Despues de haber Cortés pasado revista á toda su jente, y publicado diversos reglamentos para asegurar el respeto á las personas y á las propiedades, avanzó hácia las tierras de los Mejicanos, y entró en Texcuco el último dia del año. Algunos nobles que salieron á recibirle lo acompañaron al palacio real, en el que todos los Españoles pudieron alojarse. El rey que se habia escondido, se fugó por la noche hácia Méjico, seguido de un gran número de sus súbditos, con harto sentimiento del jeneral que hubiera querido servirse de él como de un instrumento útil: mas bien pronto halló la ocasion de reemplazarle, de un modo mucho mas conveniente á sus designios.

Cuando los Españoles entraron en Texcuco la primera vez, un príncipe jóven llamado Ixtlilxochitl se declaró por ellos; y aun le ofreció el ejército que mandaba. A pesar de esta buena voluntad lo cojieron y detuvieron en Méjico durante su permanencia en él, conduciéndolo despues á Tlascala al efectuar la retirada. Contaba muchos partidarios entre los jefes de su pais: Cortés que lo notó, le hizo venir en dilijencia y lo presentó á la nobleza. Su elevacion

al trono no fué repugnada, y este príncipe que habia vivido tanto tiempo con los Españoles, familiarizándose con sus costumbres, sus usos y su lengua, se mostró adicto á sus intereses; consiguió conciliar el afecto de las grandes familias de su reino, y les hizo importantes servicios durante el sitio de Méjico. Tomada y destruida esta ciudad les proporcionó un gran número de arquitectos y albañiles para su reedificacion. Cortés elijió á Texcuco para su cuartel jeneral.

Esta segunda ciudad del Anahuac era grande y fuerte con muchísimas habitaciones espaciosas y cómodas. El pueblo era amable, y mucho mas civilizado que ningun otro de aquellos contornos: su proximidad al lago le presentaban como punto muy importante para la construccion de la escuadrilla, y para vijilar al mismo tiempo los movimientos del enemigo sin tener nada que temer de sus ataques.

Mientras en Tlascala se trabajaba para reunir y preparar todas las maderas de construccion; Cortés cuya actividad no tenia treguas, se ocupaba en someter el pais que rodeaba el lago, reduciendo Méjico á sus propias fuerzas. Se le veia, ya en persona, ya por sus subalternos atacar algunas villas importantes del litoral, y hacer tratados con varios estados chicos, en lo antiguo independientes que soportaban con impaciencia el pesado yugo de los Aztecas. Pasados tres meses de este modo, supo el jeneral que los materiales de la flotilla estaban dispuestos. No perdió un momento en hacerlos conducir. Sandoval que de dia en dia crecia en su confianza, y en la estimacion del ejército, fué encargado de la espinosa mision de dirijir el trasporte y escoltarlo. Doscientos soldados y quince caballos le acompañaban. Algunas partidas enemigas sostenian la campaña por el lado de Tlascala. Era necesario espantarlos y castigar á los habitantes del distrito de Zaltepec, que habian sorprendido y asesinado cuarenta Españoles y trescientos Tlascaleños, yendo de Vera-Cruz á Méjico. Sandoval empezó con esta ejecucion, que fué tanto mas rigurosa, cuanto que al entrar en la cabeza de partido de este canton, vieron todavía los Españoles en el templo los ídolos empañados de la sangre de sus compañeros. Vieron asimismo la piel de dos figuras humanas suspendida en el altar, y la de cuatro caballos pegadas en las paredes, y en estas mismas paredes leyeron la melancólica siguiente inscripcion: «Aqui Juan Zuste y sus desgraciados camaradas han estado encerrados. Debe suponerse que tal espectáculo, no permitió al jeneral contener la cólera de los soldados. No pudo salvar mas que las mujeres y los niños que les pedian misericordia.

Hecha esta justicia militar, Sandoval entró en Tlascala. Todo estaba allí dispuesto para la marcha. Ocho mil Indios llevaban las maderas cuadradas y desbastadas, las entenas, el cordaje, los cables, las velas, las anclas: en fin toda la flotilla en piezas separadas, las municiones y los víveres. Sandoval dispuso el convoy, y trazó el órden de marcha, con una prudencia y cordura admirable en un jóven de veinte y tres años. Tenia á su disposicion treinta mil Tlascaleños, mandados por uno de los jefes de la república. El convoy, precedido de una fuerte vanguardia, flanqueado de numerosos destacamentos, con sus correspondientes descubridores, caminaba lentamente, por un pais escabrosísimo que no tenia ningun camino abierto. Se estendia por una lonjitud de seis millas. Algunas cortas partidas se dejaron ver á lo lejos, pero ninguna osó atacarle. Entró en Texcuco con el mismo buen órden que habia salido de Tlascala á las aclamaciones de los Españoles é Indios mucho mas sorprendidos que aquellos. Cortés habia salido á recibir á Sandoval para hacerle este honor. Abrazó á todos los principales jefes de las tropas aliadas, y les dió gracias por su fidelidad. En estos momentos el grito de «*Castilla* y *Tlascala* para siempre» se oyó de todas las filas Españolas é Indianas con-

fundiéndose largo espacio con el estampido del cañon y los instrumentos de guerra.

Cortés volvió á emprender el curso de sus ataques contra los pueblos mejicanos del litoral. En esta corta y brillante espedicion en que treinta mil Tlascaleños marchaban con él; Xaltocan que se elevaba en medio de las aguas fué teatro de una lucha sangrienta. La entrada de Tlacopan fué disputada por el enemigo con un coraje digno de mejor suerte. Los Españoles esperimentaron allí una pérdida de jente á que no estaban acostumbrados. La grande y populosa ciudad de Quauhnahuac defendida por una fuerte guarnicion, y por un torrente profundo que le servia de foso, fué tomada, gracias á la atrevida destreza de algunos castellanos, que aprovechándose de dos árboles colocados en ambos lados del torrente, cuyas cimas inclinadas, formaban como un puente natural, franquearon el foso, y penetraron en la plaza. Xochimilco, á orillas del lago de Chalco, célebre por sus islas flotantes, y sus jardines de flores, hizo palidecer por un momento la fortuna de Cortés. Allí, mas de veinte mil hombres conducidos en diez mil canoas llegaron durante algunos dias á renovar el combate. En esta lucha encarnizada le mataron el caballo á Cortés, cojieron cuatro Españoles y como estos iba tambien á caer en manos del enemigo, cuando le salvó oportunamente una coluna de Tlascaleños. Todos los historiadores de esta grande guerra atestiguan que Cortés esponia su persona como la de un soldado, á pesar de que no ignoraba que se habia prometido una fuerte recompensa á quien lo cojiese vivo. Esta bravura fué la única cosa que jamás pudo sujetar.

Al mismo tiempo que su intrépido jenio preparaba la destruccion de Méjico, se conspiraba contra él en el mismo campo. No era necesario buscar los culpables entre sus antiguos y fieles compañeros. Se hallaban estos entre los restos de la tropa de Narvaez. Uno de ellos llamado Antonio Villafana estaba á la cabeza de la conspiracion. En su alojamiento se reunian los conjurados, cuya lista tenia. Se trataba de asesinar á Cortés, Sandoval, Olid, Alvarado, Bernal Diaz etc. etc. etc., y de tomar en seguida la vuelta de Cuba. La víspera del dia designado para la ejecucion de este infernal proyecto, uno de los cómplices de Villafana se apersonó secretamente con el jeneral y le descubrió todo el complot. Cortés sin perder un solo minuto llamó á los que como él estaban designados para el asesinato Puesto á su cabeza fué á casa Villafana, lo hizo prender, le arrancó la confesion de su crímen y la lista de los cómplices; vió en ella con sentimiento algunos nombres de sujetos que los creia adictos á su persona por agradecimiento; pero encerrando en su pecho tan triste descubrimiento, no quiso que su ejército, ni sus aliados supiesen que existian tantos traidores á su rededor. Anunció en alta voz que Villafana era el único culpable, y seria el solo castigado. Juzgado en aquella misma noche fué ahorcado al dia siguiente en la puerta de su propia casa. Cortés, dice Robertson, sacó de este lance la ventaja de conocer á sus verdaderos enemigos entre los Españoles, y de poder vijilar sus pasos; mientras ellos, persuadidos que la ramificacion de la conspiracion le era desconocida, se esforzaban en separar toda sospecha, redoblando su celo y actividad por su servicio. En fin, creyó no deber dejar á nadie tiempo para reflexionar en la inaccion sobre semejante acontecimiento, y se apresuró á llamar todos los intereses y todas las atenciones sobre la grandiosa empresa del sitio de Méjico.

Ocho mil obreros del reino de Alcohnacan habian estado ocupados durante cincuenta dias en construir un canal de doce piés de profundidad, y dos millas de lonjitud, para conducir los bergantines desde Texcuco al lago. Terminado este trabajo, se dispuso Cortés á echar su flotilla al agua en presencia de todo el ejército. El 28 de abril de 1521 Españoles é Indios se formaron en batalla. Se celebró una misa solemne, y

todos los castellanos comulgaron. Despues el P. Olmedo en hábitos sacerdotales se adelantó hácia los bergantines, les bendijo; y puso nombre á cada uno de ellos á su entrada en el canal. Ya dentro el lago la flotilla se puso á la vela. Todos los ojos fijos en ella la contemplaban como el instrumento de una victoria próxima. Cantóse un *tedeum* al estrépito del cañon, y seguido de repetidas aclamaciones dirijidas á Cortés, ya vencedor de tantos obstáculos. El jeneral entónces revistó sus tropas y municiones de guerra. Gracias á los refuerzos recibidos, se veia entónces á la cabeza de ochenta y seis caballos y ochocientos infantes Españoles; el número de sus aliados podia elevarse á cien mil Indios. Poseia tres piezas grandes de sitio, de hierro, y quince pequeñas de campaña de bronce: no le faltaban balas de cañon ni de fusil, y su provision de pólvora no escedia mucho de un millar de libras.

Tales eran sus fuerzas y sus medios contra la poderosa Méjico, en la que cerca de doscientos mil habitantes guerreros, viejos, mujeres y niños, se hallaban encerrados, bien resueltos á sepultarse en sus ruinas. El sitio de esta famosa capital es el mas importante suceso de la historia del Nuevo-Mundo desde la época de su descubrimiento: patentiza mas que cualquier hecho militar, el colmo de la enérjica desesperacion de los Aztecas, defendiendo con armas desiguales y palmo á palmo sus hogares domésticos. Tambien nos muestra sin ejemplo la grande discrecion de Cortés para llegar á reunir al rededor de su bandera, tantas poblaciones de intereses tan distintos, de costumbres tan diferentes, sirviéndose con arte de las familias Americanas para derribar el último baluarte de su independencia, y con medio imperio mejicano, sujetar al otro medio á la coyunda.

Antes de emprender este grande ataque, el jeneral español, renovó en Texcuco las órdenes que habia ya publicado en Tlascala para el sosten del órden y la disciplina. Es un documento curioso para el porvenir; honra el carácter de Cortés, y atestigua su humanidad y su espíritu de justicia. Dice en él á sus soldados españoles y aliados. «Ninguno de vosotros blasfemará del nombre de Dios ni de la Vírjen María. Nadie armará pendencias con sus compañeros, ni pondrá mano á su espada para ofenderles. Ninguno hará violencia á mujeres, bajo pena de la vida. Nadie quitará la propiedad á su prójimo. Nadie castigará á Indio alguno á menos que sea su esclavo. Nadie se entregará al pillaje de casa particular á menos que el jeneral lo disponga. Ningun Español tratará mal á los aliados Americanos, antes al contrario, hará cuanto posible sea para mantenerse con ellos en buena armonía.»

El sitio de Méjico no se parecia á ninguno de los de plazas fuertes de Europa al principio del siglo diez y seis. La táctica europea, no era tampoco allí aplicable. Sin murallas altas ni gruesas, sin aspilleras, sin torres almenadas, sin fortalezas, sin puentes levadizos; era Méjico una ciudad abierta; una ciudad cortada por canales; bañada por las aguas de un lago, sin estar unida á la tierra Firme, sino por tres largas calzadas. Así que, sus medios propios de defensa eran su posicion casi insular; en las azoteas ó terrados de las casas, en sus fosos profundos; en sus barricadas, y mas que todo, en una inmensa y fanática poblacion. Ya la hemos visto en una triste y sangrienta noche, emplear con buena suerte todos los recursos de la naturaleza de su territorio. Fiel á la misma táctica, se limitó, en esta circunstancia decisiva á estenderla en mayor escala.

Dividió Cortés su ejército de Españoles y aliados en tres cuerpos casi iguales. Confió su mando á sus segundos mas acreditados Alvarado, Olid y Sandoval; hizo ocupar por cada una de estas divisiones, una de las tres grandes poblaciones situadas á la cabeza de las tres calzadas, las avenidas de la capital. Tomados estos tres puntos con vigor, se vieron los sitiados atacados en la plaza, y separados de la tierra firme. Otra operacion preliminar les fué todavía

mas fatal. El jeneral español hizo romper los acueductos que conducian á Méjico la única agua dulce de que hacian uso; empresa atrevida que los sitiados no pudieron impedir, y cuyo accidente fué como el preludio de las calamidades que iban á caer sobre ellos.

El 30 de mayo, dia de *Corpus Cristi*, Cortés que se habia reservado el mando de los bergantines, y de las tropas que los montaban, sabedor de la llegada de los diferentes cuerpos á los puntos que estaban encargados de ocupar, empezó el ataque por el costado del lago. Su flotilla se puso en línea, pero apenas el enemigo lo habia percibido, cuando millares de canoas salieron á su encuentro, y confiando en su número, maniobraron para cercarlo, cortarle la retirada y abordarlo. Una sosegada calma les favorecia. La posicion de Cortés que parecia encadenada sobre el lago, en medio de enemigos cien veces mas numerosos que sus fuerzas, se hacia cada momento mas crítico, cuando levantándose de pronto una fuerte brisa, permitió á los Españoles desplegar sus velas, y pasar por cima de las débiles embarcaciones que tenian á su frente. La mayor parte de las canoas mejicanas fueron á fondo, el resto tomó la fuga perseguido por los Españoles, que hicieron en esta jornada una terrible carnicería en sus desdichados adversarios. Desde este momento la posesion del lago no volvió á serles disputada. Quedaron dueños de acudir á todos los puntos, de interceptar las comunicaciones de la ciudad sitiada, y de secundar los ataques de las tropas de tierra. Renováronse estos durante un mes parcialmente contra la ciudad con diferentes escaramuzas. De dia los Españoles penetraban dentro el recinto despues de una encarnizada lucha: se apoderaban de los puentes, rellenaban los fosos, quemaban las casas y mataban un gran número de enemigos. Por la noche los Mejicanos volvian á la carga obligando á los sitiadores á retirarse, levantaban nuevas trincheras, y cavaban nuevos fosos. Aunque un barrio de la ciudad estuviese reducido á cenizas, no habian podido conseguir los Españoles establecerse en ningun punto. Fatigado el ejército de estas tentativas infructuosas, de estas matanzas sin resultado, deseaba concluir por un golpe de mano. Cortés convocó su consejo; en él se agotó la cuestion sobre si convendria continuar el sistema de los ataques parciales, yendo paso á paso, y destruyendo á medida que se ocupaba, ó si las tres divisiones y la flotilla deberian avanzar simultaneamente, tomando el centro de la ciudad, la gran plaza del mercado, por punto de reunion de todos los esfuerzos combinados. El primer plan tenia el asentimiento de algunos militares antiguos, cuya prudencia no iba en zaga de su valor, pero Cortés que queria en lo posible conservar á Méjico intacto, destinándolo como capital de aquella parte de América, opinaba por un asalto jeneral; esta opinion, apoyada por todos los oficiales jóvenes, prevaleció.

Por la mañana oyeron todos misa y encomendaron su alma á Dios. En seguida marcharon las tres divisiones contra el enemigo, que por todas partes los aguardaba. La coluna mandada por Cortés principió haciendo maravillas. Nada le resistia; tan pronto los mejicanos se detenian para pelear, como emprendian la fuga cual hombres que fian su salvacion á la lijereza de sus piés, y eran tan naturales en esta maniobra, que parecian correr tras de una victoria. Cortés y los suyos los perseguian sin misericordia, y no se curaban de rellenar los fosos á medida que avanzaban. Habiendo pasado el puente mas estrecho y mas fangoso de la calzada, la escena cambió de repente: los Mejicanos se detuvieron, y presentaron un continente marcial, mientras sus canoas cargadas de hombres, escondidos en las palizadas avanzaban á fuerza de remos, coronando en un instante los dos lados del camino cubriéndolo con sus flechas, y atacando cuerpo á cuerpo á los Españoles por los flancos. Bien pronto, agoviados por el número y derribados á los fosos, se difundió el desórden mas completo en las filas.

de Cortés. Fué este cojido por los jefes mejicanos, los cuales, ansiosos de hacerlo prisionero lo conducian preservándolo de toda herida, como víctima que querian ofrecer viva á su dios. Librado por el valor de tres de sus soldados que se sacrificaron por él, pudo evadirse, mientras que su fiel mayordomo Cristóbal de Guzman que le cedió su propio caballo, cayó vivo en poder de los Mejicanos, y fué á morir bajo el cuchillo del gran sacerdote.

No tuvo mejor suerte la division de Alvarado. Queriendo el enemigo manifestarle la ventaja que acababa de obtener, arrojó á sus filas las cabezas ensangrentadas de algunos Españoles, gritándoles que igual suerte les aguardaba. A esta vista los Indios aliados emprendieron la fuga; los castellanos abandonados á sí mismos se vieron cojidos cuerpo á cuerpo y obligados á una retirada precipitada. Mientras el enemigo nos perseguia, dice Bernal Diaz, oíamos el ruido de los timbales y el destemplado y terrible son de la trompeta, que desde lo alto del templo del Dios de la guerra, llamaba á todos los Mejicanos á lasarmas. Esta lúgubre y estrepitosa música, que solo puede compararse á la del infierno, se oia á tres leguas de distancia, anunciando tambien que en aquel momento iban á ser sacrificados nuestros desgraciados camaradas prisioneros. Habiendo hecho alto les vimos conducir sobre la plata-forma del templo, con la cabeza llena de plumas, y forzados á bailar delante del horrible ídolo, antes de ser degollados sobre la piedra. Esta vista nos heló de espanto. Pero como en aquellos momentos teníamos que defender nuestras propias vidas, pues el enemigo nos acosaba con un furor tal que no puede describirse, solo á la proteccion divina debimos nuestra llegada á los cuarteles. La division Sandoval no esperimentó menos resistencia. Sus pérdidas fueron tambien grandes, pero menores que las otras dos. Luego que hubo tomado sus antiguas posiciones para su seguridad, Sandoval montó á caballo y fué á ver á Cortés. « Hijo mio, le dijo el jeneral con las lágrimas en los ojos; mis pecados son la causa de mi desgracia; pero la falta ha estado en el tesorero Alderete, que ha descuidado la ejecucion de llenar los fosos á medida que íbamos avanzando. Esto oido por Alderete, esclamó, protestando que jamás Cortés le habia dado semejante órden, acusándolo á su vez de su imprudencia por haber avanzado sin asegurar antes la retirada. Estas acusaciones no pasaron adelante; la política las condenó al silencio, pero Cortés no fué menos censurado de todo el ejército. Esta derrota en la que sesenta Españoles fueron muertos ó prisioneros y mil aliados quedaron en el campo de batalla, en que se perdieron algunos caballos, canoas, armas y un cañon, alentó el espíritu de los Mejicanos, y desmoralizó las tropas de Cortés, y en particular á sus aliados (1). Di-

(1) He aquí como se espresa el Indiano Ixtlilxochitl en la relacion de la conquista hablando de esta jornada. Damos esta version, menos por el hecho principal que por ciertos detalles que prueban hasta la evidencia la parte activa que los aliados de Cortés tomaron en esta guerra. « Llegado el dia dividió Cortés su ejército en tres cuerpos. El de Alderete el Tesorero se componia de 60. Españoles, 8 caballos y 20.000 Alcolhues. Estaba encargado de derribar las casas y cegar los fosos. Alvarado tenía á sus órdenes 80. Españoles, 12.000 aliados, y una bateria de 2 piezas. Cortés con 100. Españoles, y 8000 Indios mandados por Ixtlilxochitl debia abanzar por el camino principal. La ventaja fué grande al principio: se mataron muchos Mejicanos, se apoderaron de muchos barrios hasta la gran Plaza, á nadie se daba cuartel, si bien creyeron que en aquel dia seria tomado Méjico. El cuerpo ó division del Tesorero avansó hasta Tlatelolco, pero cometió la falta de abandonar un puente sin haber antes rellenado el canal ó foso. Cortés atravesó este mal paso mientras los Indios de Ixtlilxocltitl cubrian su marcha, pero bien pronto cambió la suerte. El Tesorero cayó en una emboscada en la que una gran porcion de los suyos hallaron la muerte. Le cojieron el estandarte real y 40 Españoles. Esta derrota determinó á Cortés á emprender la tetirada, viendose obligado á pasar el canal á nado. En este momento un jefe Mejicano que lo habia alcanzado se preparaba á cortarle la cabeza: pero Ixtliixochitl se interpuso, y con su buena espada dividió en dos al Mejicano. Este hecho de armas fué falsamente atribuido á un Español, y así se vé representado en un bajo relieve de la puerta de la iglesia de san Jaime de Tlatelolco. Cuando hacia este buen servicio á Cortés, el príncipe de Texcuco recibió una pedra-

vulgóse la noticia en toda aquella parte del Anahuac mas próxima á Méjico, por emisarios de Quauhtemotzin portadores de varias cabezas de Españoles como testimonios de la victoria, anunciando que los dioses satisfechos con la sangre de los prisioneros inmolados, habian prometido que á los ocho dias, todos los Españoles serian esterminados. Esta profecía halló creyentes entre los supersticiosos Indios. Los que se habian manifestado neutrales se prepararon á combatir por Méjico. Algunos Tlascalenos desertaron, pero su mayor parte, y los jefes permanecieron fieles, y el príncipe de Texcuco, quedó el amigo mas decidido de los desgraciados Españoles: lo mismo sucedió con los Otomias, quienes atacados por los habitantes de Malinaco pidieron auxilio á Cortés, y á pesar de su crítica situacion no les faltó: uno de sus capitanes con doscientos hombres de infantería pasó á castigar á los montañeses. Sus vecinos los Matlalzincas del valle de Tolocan fueron derrotados por Sandoval á la cabeza de un centenar de Españoles y de algunos millares de Indios. Estas naciones vencidas pidieron la paz, y ofrecieron unirse á Cortés, el cual aceptó sus servicios. No emprendió sin embargò la ofensiva, sino despues de haber dejado trascurrir el tiempo profetizado por los oráculos mejicanos para la destruccion de su ejército. Esta inaccion política tuvo por resultado el desmentir la impostura de los sacerdotes mejicanos ante los ojos de todos los pueblos del Anahuac, los cuales despues de haber dudado algunos momentos acerca de la fortuna del jeneral, volvieron en tropel á sus banderas. Méjico, ya no contó entónces un solo aliado.

Instruido por la esperiencia, y cediendo á los consejos del jefe de Texcuco, hombre sabio y prudente, Cortés cambió su sistema de ataque. Ya no procedió sino por masas con grande lentitud, quemando ó arruinando las casas, y llenando los fosos á medida que avanzaba. Obligados los Mejicanos á replegarse defendiéndose con ardor, veian cada dia una parte de su ciudad caer en poder del vencedor, que ya no cometia faltas ni aventuraba cosa alguna, no empeñándose tampoco sino con atinada circunspeccion, estableciéndose en seguida en el terreno conquistado de manera á no poder ser de él desalojado. Los Españoles no se contentaban con sus propias armas. Empleaban tambien y se servian de las que los Indios sacaban buen partido, y eran aquellas largas lanzas que les permitian, cerrando las filas, alcanzar al enemigo sin peligro. Batíanse todos los dias, y todos los dias torrentes de sangre mejicana enrojecian la tierra. El hambre, mas terrible todavía que las espadas de los Españoles, hacia esperimentar todos los horrores de los sitiados: morian de ellos á millares, y las enfermedades contajiosas, otra de las calamidades de la guerra, los diezmaba tambien; y sin embargo rechazaban con desprecio las proposiciones de paz que hacia Cortés preceder á todos sus ataques.

Los Españoles, avanzando siempre, penetraron en fin las tres divisiones hasta la grande plaza, centro de la ciudad. El templo del dios de la guerra estaba ya entónces en su poder. Cortés subió á la plataforma de este elevado edificio, y contempló desde su culminante punto la es-

da en la oreja izquierda que casi le rompió la cabeza. cojió un puñado de tierra y la introdujo en la herida, despues se desnudó, y teniendo en una mano el escudo, y en la otra su maza se batió cuerpo á cuerpo con otro jefe Mejicano. Durante esta nueva lucha, una flecha le atravesó el brazo derecho. lo que no le impidió medir todavía sus fuerzas con las de un jeneral enemigo que lo habia desafiado, á quien dejó muerto de un solo golpe. Despues de esta tercera victoria, se reconoció incapaz de resistir mas largo tiempo al dolor que le causaba la flecha clavada en el brazo, y haciendo un grande esfuerzo de valor se la arrancó. Sus soldados le curaron la herida aplicandole ciertos medicamentos que lo restablecieron en poco tiempo. Fué enseguida á unirse á Cortés y ambos vigorosamente perseguidos por el enemigo, apenas tubieron lugar de ganar su campo. «¿No parece esta relacion una pájina de los antiguos romances caballerescos, ó alguna historia de los héroes scandinavos de la edad media?»

Este relato de Ixtlilxochitl dá sobre la conquista de Méjico, detalles que no se encuentran ni en las cartas de Cortés, ni en Gomaras, ni en Clavijero. No hablo de Solis por no tener otro valor que de un panejirista elegante.

tension de su conquista y los progresos del sitio. Vió que de ocho cuarteles en que se dividia la ciudad solo faltaba uno que tomar. Incendió en seguida el templo de los falsos dioses, é hizo nuevas intimaciones á los sitiados quienes por toda respuesta le contestaron que habian jurado morir todos. Ya nó faltaba, pues, mas que poner en ejecucion el terrible decreto de la Providencia, contra unos hombres que nada bastaba á humillarlos, que rechazaban como un ultraje la clemencia del vencedor, y llevaban el delirio y la barbarie hasta sacrificar á sus dioses los Indios enviados como embajadores para tratar de la paz (1).

Dióse la órden para atacar todos los puntos sobre los canales, en los lagos, en las calles y en las murallas. En pocas horas fueron muertos ó prisioneros cuarenta mil hombres; quince mil desgraciados que se presentaban para entregarse fueron desapiadamente degollados. Partian los corazones los gritos penetrantes de estas pobres víctimas. Los Tlascaleños y las demás naciones enemigas de los Aztecas vengaban en ellos dos siglos de ultrajes. En vano Cortés y sus Españoles, el jefe de Texcuco y sus soldados, procuraron detener tal carnicería, ella no cesó hasta entrada la noche. Dejaron para el dia siguiente la ocupacion del resto de la plaza, y en la última escena de este drama, los Mejicanos tristes y abatidos se veian en las azoteas y terrados de las casas esperando la muerte. Los viejos, los niños y las mujeres lloraban. Algunos nobles guerreros se defendian aun desde las plataformas de los palacios y los altos pisos, desde los cuales se precipitaban al lago antes que rendirse; otros, huyendo de la muerte, se habian reunido al rey, cuya real persona se hallaba rodeada de su familia, y de algunos oficiales de su corte. Determinaronle á emprender la fuga en canoas reservadas en una pequeña cala del lago del lado de Tlatelolco. Para disimular una huida tan difícil, intentaron distraer á Cortés por un simulacro de negociaciones; pero era demasiado grosera semejante estratajema para engañar el ojo avisor del antiguo guerrero. Previendo este el movimiento, habia ordenado á Sandoval, que mandaba los bergantines, bloquease aquel pequeño embarcadero, sin permitir saliese canoa alguna; pero á pesar de la vijilancia de aquel, algunos lijeros barcos habian conseguido evadirse; mas como Sandoval los apercibiese, escurriéndose rápidamente sobre las aguas del lago, procurando ganar tierra á la parte opuesta, los hizo perseguir por García Holguin, uno de sus capitanes, siendo tal la actividad de este último, que en menos de una hora se acercó á tiro de fusil de los barquichuelos enemigos. Un prisionero mejicano le señaló la canoa real, que al instante fué estrechada y envuelta. Detuviéronse entónces los remeros, y el rey que ya habia embrazado su escudo, y puesto mano á su lanza para batirse, al ver que los Españoles le apuntaban, dió órden á los suyos de no oponer resistencia. Holguin saltó al barco con espada en mano, y al momento salió á su encuentro un jóven de aventajada estatura y aire noble, que le dijo con dignidad: «Soy Quauhtemotzin, soberano del Anahuac: la suerte me ha sido ingrata, á ti me rindo: no insultes á la reina ni á mis hijos, ni derrames la sangre de mis súbditos, puesto que ya nada puedes temer de ellos.» El ilustre prisionero con su familia y comitiva presentado á Cortés no demostró, ni la ferocidad sombría de un bárbaro, ni el abatimiento de un cobarde. El Español por su parte le recibió con todas las atenciones debidas á su alto, aunque desgraciado rango: «Jeneral, le dijo el monarca mejicano: he hecho por mi defensa y la de mis vasallos cuanto me prescribia el honor de mi corona y el deber de rey: mis dioses me han sido contrarios, soy tu prisione-

(1) Entre estos últimos habia un tio de Ixtlilxochitl al servicio de los Mejicanos que habian cojido en los últimos combates. Cortés le encargó fuese á tratar la paz. El desgraciado lo reusó al principio, pero al fin fué allá á instancias de su sobrino. Los guardias lo dejaron penetrar hasta llegar al Rey pero apenas espuso el objeto de su mision, fué preso é inmolado en grande ceremonia.

ro, haz de mí lo que quieras; » y poniendo en aquel mismo instante la mano sobre el puñal de Cortés, añadió: « Hiéreme; toma una vida que siento no haber podido perder defendiendo mis estados.»

Obedeciendo las órdenes de su rey, desde aquel momento cesaron los Mejicanos de batirse. Salieron de la ciudad sin armas ni bagajes, y fué maravilloso ver el inmenso número de habitantes que se encerraban todavía en la capital, despues de un sitio tan largo y mortífero. Cubrieron durante tres dias los caminos inmediatos, diseminándose en seguida por todos los puntos del imperio, hasta las poblaciones mas lejanas, y que como ellos, tenian las mismas costumbres, relijion y hábitos. Sin embargo, algunos miles de aquellos desgraciados fueron detenidos por los vencedores y se los repartieron como esclavos. Cortés hizo marcar un gran número de ellos con un hierro ardiendo, los cuales conservó para desembarazar la ciudad de los escombros y reedificarla en seguida. Bernal Diaz compara en aquella época el estado de Méjico, al de Jerusalen despues del sitio. Apenas habia en pié una décima parte de la ciudad: el resto solo presentaba un dilatado monton de ruinas cubiertas de cadáveres, un vasto cementerio, cuyo hedor insoportable alejaba vencedores y vencidos. Perecieron durante los setenta y cinco dias de sitio, (las pinturas mejicanas dicen ochenta), cien Españoles muertos sobre el campo de batalla, ó sacrificados en el gran templo: muchos millares de auxiliares, y segun Bernal Diaz, de acuerdo en esta parte con las relaciones de los indíjenas, ciento cincuenta mil Mejicanos ó Aztecas, cuya tercera parte murió de hambre y enfermedades.

Huyendo del horrible aspecto de su conquista, y el aire apestado que se respiraba en aquel recinto; Cortés, despues de haber dejado algunos castellanos para cuidar de la policía de tanto cúmulo de ruinas, pasó á establecerse á Cuyoacan ó Coyohuacan, linda ciudad al estremo de la calzada, á legua y media de Méjico. Allí reunió todos sus aliados, y les distribuyó el botin hecho en Méjico, reservándose el oro y la plata. Los Indios nobles recibieron las piedras preciosas, las plumas de ricos colores, las telas y los muebles de valor: los soldados, las capas, las armas y varios objetos de adorno. Cortés colmó de beneficios á todas estas naciones americanas, garantizó su libertad, prometióles tierras, y los licenció, dejándoles, empero, la eleccion de establecerse en la nueva capital. Las poblaciones vecinas á los lagos, aztecas ó alcolhues, quedaron á su disposicion; las empleó en las campañas sucesivas, y le fueron muy útiles para contribuir á la entera sumision del Anahuac. Al regresar á su pais los de Tlascala saquearon la hermosa ciudad de Texcuco, y destruyeron una parte de sus edificios. Al parecer la política de Cortés no fué indiferente á esta barbarie. Era Texcuco la segunda poblacion del imperio, y la antigua capital de un reino enemigo de los Aztecas de tiempo inmemorial. Ninguna huella de la anterior magnificencia del pais, debia recordar á los indíjenas la independencia que iban á perder para siempre, mediante á que al viejo Anahuac sin escepcion estaba reservada la suerte de Méjico.

En celebridad de la toma de esta última ciudad, fué Cuyoacan designada para las fiestas civiles y relijiosas. Dió Cortés una gran comida á todo su ejército, y como algunos soldados no habian hallado lugar ó asiento en las mesas que se habian aderezado hubo allí confusion y orjía á la vez. Bernal Diaz hace un cuadro muy mordaz de aquellos regocijos, en los que no faltaron escándalos. Despues de comer, soldados y oficiales se pusieron á bailar, vestidos con sus armaduras, con las Mejicanas casi desnudas. Los reverendos padres franciscanos se formalizaron, y Cortés les rogó cantasen una misa con música y predicasen algunos sermones sobre la moral, despues de los cuales se llevó en procesion la imájen de la Vírjen. Todo el ejército asistió á esta ceremonia con grande recojimiento y devocion, predicó el

padre Bartolomé, y despues al son de los timbales y trompetas, y al estruendo del cañon, se dieron gracias á Dios por la victoria.

Nuevos cuidados ocuparon luego á los vencedores. Creyendo que debajo las ruinas de Méjico habria escondidos muchos tesoros, se pusieron á rejistrarlas, pero no encontraron mas que cadáveres. El valor del oro y alhajas en el saqueo de aquella grandiosa ciudad, no pasó de 350,000 escudos, suma muy inferior á la que se habian repartido la víspera de la *triste noche* de su primera retirada. La murmuracian se hizo entónces jeneral, y el tesorero Alderete, hablando en nombre de Cárlos Quinto, y reclamando activas investigaciones, se pronunció el mas irrritado. Tomáronte los descontentos por su intérprete, sosteniendo que Cortés se entendia con Quauhtemotzin, y Cortés para evitar las consecuencias de tamaña acusacion, se hizo culpable de un crímen. Permitió que uno de los oficiales del desgraciado príncipe sufriese el tormento; el cual consintió en quemarle los piés á fuego lento despues de habérselos frotado con aceite. El dolor no le arrancó ninguna confesion, y sus verdugos avergonzados lo abandonaron. Díjose que el tesoro real habia sido arrojado al lago, algunos dias antes del sitio, pero en vano lo buscaron, renovándose en consecuencia las murmuraciones (1). Cortés, para distraer la atencion de su jente, y ocuparlos en algo, hizo salir algunos destacamentos de Españoles acompañados de Indios de Texcuco con el encargo de esplorar el pais, examinar las diferentes líneas de comunicacion, y de inquirir sobre todo, los sitios de minas de oro y plata. En seguida volvió la vista hácia el Méjico de Motezuma convertido en ruinas, *en donde no habia dos piedras unidas*, y estuvo indeciso sobre si la reconstruccion de esta gran ciudad tendria ó no lugar en el mismo sitio que antes ocupaba. Determinóse á ello despues de un maduro exámen, y la opinion de su consejo, porque, dice en sus cartas, la ciudad de *Temixtitan* se habia hecho célebre; su posision era maravillosa, y todo el Anahuac la consideraba, desde muchos siglos, como su primera capital, y única cabeza del imperio mejicano. Debia pues ser colocada al este de Texcuco, ó sobre las alturas al abrigo de las inundaciones. Allí quiso Felipe III trasportarla por su real órden de 1607, cuando el Nuevo Méjico era ya una grande y hermosa ciudad, cuyas casas construidas ascendian al valor de 105 millones de pesetas. Parecia ignorarse en Madrid, que la capital de un grande estado, edificada despues de ochenta y tantos años, no es un campo volante que se cambia á voluntad.

La ciudad de Cortés, empezada en 1524, se construyó con rapidez sobre las ruinas del antiguo Tenochtitlan, pero mas regular, y menos estensa. La mayor parte de los canales se cegaron; trazáronse calles anchas, y adoptáronse todas las medidas capaces de contener el ímpetu de las aguas, y que pudiesen facilitar algun dia la reunion de la ciudad con la tierra firme. Aquel primitivo plan se ha ido continuando, aunque la mayor parte de los edificios públicos y particulares, entónces construidos precipitadamente, hayan sido sucesivamente reemplazados, por otros mas sólidos, elegantes y regulares. Cortés se sirvió de los Indios para aquella reconstruccion, del mismo modo que los habia empleado para destruir. Dió á los principales señores mejicanos, al hijo de Motezuma, y al jeneral en jefe de Quauhtemotzin, calles enteras para construir, nombrándolos jefes de

(1) No continuamos en este lugar las relaciones españolas, sino la del Indio Ixtlilxochitl, el cual no hace mencion del suplicio de Quauhtemotzin. Habla solo de un oficial del rey á quien se le quemaron los pies por orden de Cortés, pero sin resultado. Otros Mejícanos declararon que los tesoros de la Corona se habian arrojado al canal que servia de desagüe al lago, en donde era imposible hallarlos. Si se ha de dar crédito á esta misma relacion, Cortés no se limitó á aquel solo acto de crueldad; se hizo pagar por muchos nobles mejicanos gruesas cantidades para salvar sus vidas y evitar el tormento. El Jefe de Texcuco aliado de los Españoles fué tambien obligado á rescatar á un hermano suyo que habia servido en el ejército mejicano, é iba á ser ahorcado.

estos nuevos cuarteles. Interesóles en todos sus proyectos: y de enemigos antiguos supo hacer cristianos dóciles, y súbditos sumisos. A la voz de estos nobles indíjenas, fueron á establecerse en la nueva ciudad las poblaciones vecinas, las cuales obtuvieron varios privilejios y franquicia de impuestos. El número de habitantes de Méjico en fin del año 1524 ascendia ya á mas de treinta mil almas. Cortés no descuidó medida alguna de seguridad. Separó el cuartel de los Españoles, del de los Indíjenas, por un ancho canal. Hizo construir en medio de las aguas una fortaleza, á cuyo abrigo, se hallaban libres de un golpe de mano los bergantines y la artillería, y que dominando la ciudad permitia, en caso de sedicion, imponer la ley al pueblo. La organizacion de una buena policía ocupó tambien la vijilancia del conquistador. Mandó se procediese á la la eleccion de alcaldes, de jueces, y otros oficiales públicos al estilo de España: instituyó un consejo de administracion; publicó ordenanzas severas que garantizaban la seguridad personal; fundó hospitales; estableció manufacturas: introdujo en el pais el cultivo de la caña de azúcar, de las viñas, del moral y de diferentes plantas de las Antillas de las cuales hizo asimismo trasportar animales domésticos, que no se conocian en la Nueva-España. Montó una imprenta en Méjico, hizo acuñar moneda, y fundir cañones. Él mismo nos refiere, por qué medio consiguió á la sazon procurarse salitre y azúfre. Hallamos en una de sus cartas dirijida á Cárlos Quinto, que la cima del Popocatepetl, grande volcan de Méjico, fué por fin reconocida en 1522, por un intrépido soldado llamado Francisco Montaño. Este audaz castellano entró en el cráter, en donde se hizo bajar á una profundidad de setenta á ochenta brazas, y allí recojió una cantidad de azúfre suficiente para las primeras necesidades del ejército. Cortés no encuentra palabras bastantes para elojiar una empresa tan arriesgada, que nadie habia osado intentar antes que Montaño. Hácia aquella misma época, observamos los esfuerzos del jeneral para promover la emigracion de las islas en beneficio de la Nueva-España. Invitó á los Castellanos casados á que se estableciesen allí con sus familias. Las hijas de los Europeos fueron buscadas con afan, é hicieron enlaces ventajosos. En esta misma carta de Cortés que acabamos de citar, se reconoce un grande administrador, en ella se muestra con ideas superiores á su siglo, y digno de gobernar las tierras que tan bien habia sabido conquistar. Su celo relijioso, en jeneral bastante estremado, no oscureció sus ideas. Si reclamaba de su soberano sacerdotes para convertir, le rogaba enviase relijiosos de corazon sencillo y justiciero, de palabra persuasiva: hombres que supiesen llevar el peso de su mision, que predicasen con el ejemplo, y se contentasen con poco. Solicitaba, como una gracia, que no se le mandasen canónigos ni beneficiados, y he aquí por que: «Si V. M., dice, nos envia semejantes personajes, se ocuparán de sus ahijados adquirirán mayorazgos para estos, y disiparán sus riquezas en pompas vanas y escandalosas Su desarreglada vida será muy impropia para convertir á unas jentes, que compararán las costumbres mundanas de los dignatarios eclesiásticos de nuestros dias, con la regularidad y austeridad de los ministros de sus ídolos, en los cuales se castigaba con pena de muerte la menor falta. Si los Indios supiesen, que llamamos ministros de Dios vivo á hombres entregados á todos los escesos, y á todas las profanaciones, despreciarian indudablemente, tanto á semejantes sacerdotes escandalosos, como á la relijion que les predicasen. Ella perderia á sus ojos la majestad divina, y sus corazones rechazarian cuanto se pretendiese hacerles creer.

Asimismo pedia Cortés á Cárlos Quinto, no le mandase abogados ni lejistas, temiendo se introdujese la discordia en el pais, que entónces no se conocia. Que tampoco le enviase médicos, porque ningun conocimiento tendrian de las enfermedades locales, y tal vez introducirian

otras nuevas, queriendo curar aquellas; últimamente que tampoco tuviesen entrada en aquel Nuevo-Reino los judíos cristianizados, por ser jeneralmente malos creyentes, y podrian perjudicar la conversion de los Indíjenas.

¿Era pues en medio de una profunda paz, apoyado por un gobierno benéfico, y obrando con una grande tranquilidad de espíritu que se entregaba Cortés á una infinidad de creaciones, que eran por sí solas bastantes para ocupar la vida mas activa? No. Este grande hombre hacia todo esto, y luchaba al mismo tiempo contra las combinaciones de la intriga, contra la influencia de su poderoso enemigo el arzobispo de Búrgos; contra la desconfianza de la corte, y la ingratitud del monarca, teniendo no obstante fija la vista en los puntos del Anahuac, apaciguando las sediciones de los Indios; agregando nuevas provincias á sus conquistas, y enarbolando el pendon de Castilla hasta las orillas del otro océano.

A la nueva de la caida de Méjico, los grandes estados independientes que se habian sostenido con tanta pena contra las fuerzas de la potente capital, temblaron de tener que luchar contra los terribles estranjeros que la habian destruido. Los menos distantes se apresuraron á apaciguar al vencedor por una pronta sumision. El rey de Mechoacan, príncipe el mas poderoso, despues de Motezuma, fué el primero que le mandó embajadores (1). Cortés los detuvo algunos dias, hizo que sus tropas maniobrasen á su presencia, y les habló del mar del sud, de cuya existencia tenia ya algunas nociones. Supo por ellos que podria llegarse á ella atravesando sus provincias. Despidiólos cargados de presentes, y admirados de su poder, acompañados de dos Españoles, de varios señores indios, y de algunos intérpretes que hablaban el mejicano y el Otomia. Llevaban la mision de esplorar el pais; de informarse de sus riquezas, y del sitio mas propio para fundar una gran colonia. A su regreso, estos enviados, á quienes acompañaba un hermano del rey, y mas de mil Indios, dijeron á Cortés: «El gran reino de Mechoacan es admirable, parece el paraiso terrenal. Su capital es casi tan magnífica como lo era Méjico. Un inmenso lago (1) con orillas pintorescas se estiende á sus piës, y reflleja sus suntuosos edificios. Allí puede formarse un establecimiento con la seguridad de hallar tierras fértiles, minas de oro, y un clima benigno y embalsamado. Estas noticias decieron á Cortés á hacer salir á Olid con cien infantes y cuarenta caballos para asegurarse de tan hermosa comarca. Este oficial ocupó la real ciudad sin combatir, y fiel despues á sus instrucciones, pasó á la provincia de Colimas y comenzó á investigar el paradero del mar del sud.

A esta espedicion se deben las primeras nociones estensas del Mechoacan que se encuentran reunidas en Herrera y vamos á compendiar (2). El Michuacan ó Mechoacan cuyo nombre se deriva de una especie de pez llamado *michi* que se encuentra allí en abundancia, se estendia desde el rio de Zacatula hasta el puerto de la Navidad, y desde las montañas de Xala y de Colima hasta el rio Lerma y lago Chapala. Ocupaba la pendiente occidental de la cordillera del Anahuac, entrecortada de colinas y hermosos valles, que ofrecian á la vista del viajero, bajo la zona tórrida, el bello aspecto de estensos prados bañados de riachuelos. Un cielo puro y azul cubria tan hermosa rejion en la que vivia un pueblo, bravo, robusto é intelijente. A orillas del pintoresco lago de Patzquaro se elevaba Tzintzontzan, su capital, ó la ciudad de los pájaros de brillantes plumas (3). Este pueblo

(1) El soberano de Mechoacan tomaba el título de Cazonzi, es decir, *Calzado*, por oposicion á reyes vasallos de Motezuma que estaban obligados é descalzarse cuando comparecian delante del rey.

(1) El lago de Pazcuaro.

(2) V. Herrera Dec. 3. lib. 3. cap, 3. y la Rea Cronica de la provincia de Mechoacan. Méjico 1643, 4.°, lib. 1. cap. 18.

(3) Tzintzontzan, que los Aztecas habitantes de Tenochtiztan nombraron Huitzitzcla, solo c

pertenecia en parte, á la gran familia azteca. Descendia de una de aquellas tribus alcolhuas, que seducida por lo benigno del clima, y la bondad del terreno, se detuvo y estableció allí cuando la grande emigracion de los hombres del norte. Habia dejado su nombre primitivo para tomar el de Tarasca que probablemente era el de alguna otra poblacion india. Habia tambien abandonado la lengua de sus padres para adoptar la de su nueva patria. Laborioso y sedentario, suavizó gradualmente sus costumbres, y habia concluido por someter algunas pequeñas naciones, y componerse un gran reino, cuya historia nos es algo desconocida. Se habia aprovechado tan bien como los Aztecas de la antigua civilizacion del Anahuac. Citábasele por su astuta política, por la sabiduría de sus leyes, por la humanidad, por su jenio industrioso y por su mucha habilidad en el arte de componer mosaicos de plumas, que eran en efecto maravillosos, pero que se hacian pagar á muy alto precio. Su estado social era á poca diferencia como el de los Mejicanos; sus dioses eran tambien los mismos, pero el culto que se les rendia era mucho menos bárbaro. Los sacrificios humanos no se hacian tan frecuentes. Entre los Tarascas, el soberano pontífice vivia retirado en un templo consagrado al primero de los dioses. Todos los años iba el rey con su comitiva á hacerle una visita, y á ofrecerle de rodillas ricos presentes. Solamente en aquel dia se dejaba ver del pueblo el gran sacerdote: el resto del año permanecia en su honrosa reclusion. En las ceremonias relijiosas del antiguo Mechoacan se vislumbraban ciertas tendencias políticas. En la muerte de un rey, por ejemplo, su sucesor designaba los que debian servirle en el otro mundo, los cuales eran inmolados el dia de sus exequias; la eleccion recaia siempre en aquellos hombres ricos ó poderosos, cuya influencia se temia y cuya fidelidad era dudosa.

Los Tarascas y los Mejicanos vivian en un estado casi continuo de hostilidad. Jamás los reyes de Tenochtitlan habian podido penetrar en las fronteras de sus vecinos. Los Españoles las franquearon sin tirar un tiro, y avanzaron en el interior sin grande resistencia, pero mas adelante, les fué preciso para establecerse sólidamente, vencer á los habitantes de Colima, y ocupar el litoral marítimo. Esta obra fué desempeñada por los capitanes Sandoval y Olid reunidos.

No se sometieron á los cristianos con tanta facilidad otras naciones del Anahuac; y desde el norte al sud tuvo Cortés que batirse, como asimismo sus capitanes. Cada reaccion ó revuelta de aquellos naturales, despues de estinguirse, proporcionaba á los conquistadores un paso mas, hasta que al fin traslimitaron el antiguo reino de Motezuma. Encargado Sandoval de esplorar las tierras del sud, bañadas por el Guazacualco, triunfó fácilmente de la oposicion de algunas tribus indias, las cuales desaparecian ó se sometian. Construyóse el fuerte del Espíritu Santo para contenerles, y asegurar en aquellas comarcas la dominacion de los Españoles. Varios pueblos miztecas y zapotecas, en guerra con el señor de Tutepee, les llamaron en su ausilio, que se les concedió, marchando á las órdenes de Alvarado, que los libró del enemigo, ocupó sus tierras, dejó guarnicion en sus poblaciones amuralladas, y marchó á la conquista del pais de Soconusco en el reino de Guatemala. En aquellas rejiones, que los Españoles recorrieron por primera vez, observaron algunas huellas de una antigua civilizacion, reconocieron algunos palacios de piedra cortada, ciudades de una legua de circuito, rodeadas de altos muros, muy gruesos y esculpidos; y edificios de un órden arquitectónico mas elegante que los de Méjico. Igual espectáculo, aunque mas maravilloso, les aguardaba en el reino de Guatemala, cuya estrema frontera atravesaron para llegar á las costas del mar del sud. Allí se fijó atentamente la vista

hoy un lugarillo indio, que ha conservado el título fastuoso de ciudad.

de Cortés, y desde cuyo punto, segun órdenes de su gobierno debia intentar nuevos descubrimientos. Allí se lisonjeaba encontrar el paso (ya buscado), entre el Atlántico y el Océano pacífico: este camino de Indias que los primeros descubridores de la América habian investigado. Tal fué el objeto del viaje de Yañez Pinzon, de Juan y Sebastian Cabot, de Corte, de Real y de Ponce de Leon. La certeza de que el continente americano se interponia entre la Europa y el Asia se adquirió en 1513, cuando Vasco Nuñez de Balboa, desde la cúspide de las montañas de Pancas, en el istmo de Panamá, percibió el grande Océano. Ignoraba Cortés que Magallanes habia hallado en el año anterior un paso al sur; Cortés lo buscó en las latitudes de la Nueva-España, y su espedicion á Mechoacan condujo uno de sus capitanes á la embocadura del rio Zacatula. La espedicion de Alvarado le hizo alcanzar la misma costa occidental, entre el 15°. y 16°. grados de latitud norte. Dirijió sobre Zacatula todos los carpintenros del ejército, é hizo transportar de Veracruz, atravesando el continente, las velas, cuerdas y hierro. Construyéronse dos naves para esplorar la costa en la cual hizo Olid, por órden de Cortés algunas investigaciones sin resultado.

No hay duda que este último, desde el segundo año de su conquista, en cuya época nos hallamos todavía, hubiese dado mas estension á las esplotaciones del grande Océano, si no se hubiera visto obligado á ponerse á la cabeza de sus tropas, para echar del pais de Panuco al Español Garay que se habia declarado independiente de él. En esta campaña, Cortés no solo tuvo que vencer las tropas de Garay que fueron batidas, si que tambien resistir á los Indíjenas en un pais salvaje, en donde perdió casi todos sus caballos. Encontrábase en medio de naciones, cuyo carácter independiente, no habia jamás podido soportar el yugo mejicano. «Aquel terreno, dice él mismo, está de tal modo cortado por barrancos, y sus montañas son tan escarpadas, que es impracticable aun para la infantería. He mandado allí tropas dos veces, y no han podido domarlos. Sus pueblos están fortificados por la naturaleza del mismo terreno: los Indios se baten con lanzas de veinte y cinco á treinta piés, cuya estremidad está armada de una piedra ó guijarro cortante y punzante; siempre se han defendido valerosamente, han causado muchos daños á los Españoles, y son el terror de las provincias vecinas. Atacan de noche, y con la oscuridad y el silencio llevan á sangre y fuego las ciudades y pueblos».

Cortés cambatió mas de una vez con estos Indios terribles, los cuales volvian á tomar las armas, luego que los Españoles se ausentaban. Ya en fin resolvió acabar con ellos de una vez; encargó á Sandoval les persiguiese de muerte reduciéndoles á la esclavitud, marcando en seguida á los prisioneros con hierro ardiendo, y repartiendo sus tierras entre los soldados: así se ejecutó. Sandoval llevó aun mas allá el rigor de la venganza: gracias á su artillería y á los Mejicanos que entónces ayudaban á sus vencedores á castigar á sus antiguos tributarios. Sucumbieron aquellas poblaciones y cuatrocientos de sus jefes fueron cojidos y quemados vivos en presencia de sus mujeres é hijos: accion bárbara que el sangriento código de represalias no puede aprobar. Sometida casi en toda su totalidad la provincia de Panuco, tentó nuevamente la ambicion de Cortés el pais de Ibueras ú Honduras por las noticias que tenia de sus ricas minas de oro. Al jóven Olid, uno de sus tenientes favoritos, confió el honor de plantar en aquella tierra el pendon de Castilla, en la cual no habia podido penetrar el águila mejicana. Tocó Olid en la Habana para abastecerse de provisiones y caballos, pero allí Velazquez, en cuya casa se habia criado, consiguió volverlo infiel á su jeneral. Llegado Olid al pais que debia conquistar, tomó posesion de él en nombre del gobernador de Cuba, y permaneció ocho meses sin escribir á su jeneral, quien asegurado de la trai-

cion, hizo marchar contra él al capitan Las Casas, á la cabeza de un centenar de Españoles, y algunos millares de Indios. Perseguido por las tempestades, y sin esperiencia de las costas, Las Casas perdió la mayor parte de su jente, y vencido cayó en poder de Olid, pero ayudado de su audacia, aprovechó un golpe de mano, consiguiendo apoderarse por sí mismo de aquel jefe rebelde. Hecho Olid á su vez prisionero, fué juzgado como traidor y decapitado en Naco, despues de haber visto á todos sus partidarios reunidos bajo la autoridad de Cortés (1).

Sin embargo, Cortés, en absoluta ignorancia de cuanto sucedia se decidió á ejecutar en persona la conquista de Honduras, y á buscar en sus riberas un paso para penetrar en el otro océano. Acababa entónces de recibir la noticia oficial de su nombramiento de gobernador y capitan jeneral de la Nueva España, título que debia pronto retirársele. Dejó á Méjico ocupado en engrandecerse, en poblarse de palacios é iglesias; en cambiar sus chozas en casas, y en hacerse bella, rica y elegante, mientras él emprendió su marcha con el pomposo aparato de un príncipe soberano. Una numerosa servidumbre de oficiales, mayordomos, pajes y lacayos le acompañaban, y cubria el servicio de su persona una compañía de guardias. Doña Marina seguida de las mujeres que la servian era tambien de la comitiva en este viaje. Sandoval mandaba la division española fuerte de algunos centenares de hombres y ciento cincuenta caballos, y tres mil Mejicanos á las órdenes de sus jefes naturales. Cortés no habia querido dejar en Méjico al desgraciado rey Quauhtemotzin, al antiguo señor de Hacopan, ni á otros jefes; hízoles seguir su movimiento, y continuó su marcha la que hasta la capital de Guazacualco parecia mas bien una jornada real que una espedicion militar. En aquel punto recibió los homenajes de todos los jefes de la provincia reunidos para prestar juramento de fidelidad al rey de España. Entre estos nobles Indios se hallaban los padres de Marina ¿Cuál fué su sorpresa cuando en la grande dama favorita de Cortés, sentada á su lado, reconocieron á la pobre jóven que habian espulsado y vendido? El corazon de esta hermosa americana estaba formado para las nobles pasiones, por lo mismo acojio á su anciana madre temblorosa, como tierna hija, la llenó de beneficios é hizo ascender á su hermano al rango de los principales jefes del pais. Padre y madre abrazaron al instante la relijion de Marina, que rechazaba la venganza como un crímen, y se hacia un deber en perdonar las injurias.

La campaña de Honduras fué para Cortés una cadena de calamidades. No le seguirémos hasta el centro de dilatados prados inundados de profundos lodazales, en donde los caballos se enterraban hasta el pecho: ni á las grandes villas desiertas, en medio de poblaciones enérjicas que le disputaban palmo á palmo un terreno difícil. No recordarémos aquellas numerosas escenas de sangre y patriotismo: aquellas tribus prefiriendo la muerte al yugo. Unos sacerdotes encerrados en sus templos, dejándose quemar dentro de ellos desde el primero hasta el último. Jamás los Españoles tuvieron que dominar tantos obstáculos: allí bosques en donde el pié del hombre no habia jamás penetrado: allí grandes y numerosos rios que vadear, sin puentes, sin barcas; allí montes inespugnables entrecortados de precipicios, que era preciso trepasen los hombres y los caballos estenuados todos de fatiga y muertos de hambre, y en cuyas cumbres no podian sostenerse, tanto por causa de los vientos impetuosos, como por el curso de un torrente, que arrastraba tras si cuanto hallaba á su paso. Todas estas dificultades que vencer, se hallaban á cada instante, durante una marcha de cuatrocientas leguas. Por fin, el capitan jeneral llegó á Nito en Hondu-

(1) Luce en Bernal Diaz una relacion detallada y muy dramática de la defeccion de Olid y de su fin trájico.

ras, en donde encontró una pequeña colonia de Españoles en el estado mas deplorable.

En esta campaña, y cerca de Izancanac capital de la provincia de Acalan, en uno de los tres dias que precedieron á la cuaresma del año 1525 empañó Cortés sus glorias con la muerte de Quauhtemotzin. Bernal Diaz testigo ocular de este trájico acontecimiento nos lo cuenta así. « Este sitio (dice el viejo y veraz soldado) fué el teatro de la muerte del desgraciado Guatemotzin, último rey indíjena de los Mejicanos. Decíase que este príncipe y algunos nobles de su comitiva, habian formado el proyecto de asesinar á los Españoles, volver en seguida á Méjico, en donde deberian reunir todas sus fuerzas, y atacar á la guarnicion. Dos nobles que habian sido jefes bajo las ordenes de Guatemotzin, durante el sitio, descubrieron este complot. Luego que Cortés tubo de él conocimiento, tomó algunos informes de los dos denunciadores: parece le confesaron, que viéndonos marchar sin precaucion, enfermos, descontentos y muertos de hambre, que tambien ellos, inciertos de su destino, y esperando de un dia á otro la muerte, se habian decidido á provar fortuna y á caer sobre nosotros al vado de algun rio, confiados en su número y su valor.» Guatemotzin negó el menor conocimiento ni participacion en semejante complot, del cual se acordaba haber oido hablar de un modo vago, sin alentarlo ni aprovarlo. El príncipe de Tacuba (Tlacopan) hizo la misma declaracion, é igual, otros dos jefes, y no obstante, Cortés sin mas pruevas, condenó á los desgraciados príncipes á ser ahorcados. Preparado todo para la ejecucion, fueron conducidos á la plaza mayor de la ciudad, acompañados de dos reverendos padres que los exortaban pero antes de morir el rey se volvió hácia donde estaba Cortés y le dijo. « Malintzin: ahora veo en lo que han venido á parar tus falsas palabras y promesas..... á mi muerte. Yo debiera habérmela dado con mis propias manos en mi ciudad de Méjico, antes qué poner mi persona en tu poder. ¿Porqué me haces perecer tan injustamente? Dios te pedirá cuenta de mi sangre, y espero que te castigará.» El príncipe de Tlacopan solo dijo, que se consideraba dichoso muriendo al lado de su soberano lejítimo. Así concluyeron estos dos grandes hombres, y yo debo añadir estos dos buenos cristianos, muy piadosos para ser Indios. Grande lástima me causaron los dos, despues de haberlos visto en su alta fortuna y mejor prosperidad. Habian sido muy buenos para mi, durante nuestra marcha; me hacian muchos favores, y me facilitaban Indios para ir á buscar forraje para mi caballo, declaro pues aquí que sufrieron la muerte sin haberla merecido, y que su suplício fué una grande injusticia, y de este parecer fuimos todos. No hubo entre nosotros mas que una sola opinion acerca de tan cruel é inicua sentencia (1). »

He aquí la espresion de un soldado franco y leal; de un hombre valiente y de un hombre de honor. Mancilla la memoria de Cortes este abominable asesinato, que nada puede justificarle. ¿Qué podian hacer aquellos príncipes destronados en medio de los bosques y desiertos de Honduras, rodeados de sus guardianes armados? En vuestras vijilias nocturnas ¡ó Cortés! se os ha debido presentar mas de una vez la torva vista del jóven y bravo Quauhtemotzin, fijando la vuestra, y dirijiéndoos amargas reconvenciones; y cuando ya viejo y abandonado, os quejabais sentidamente de la injusticia de los hombres, una voz interior, el eco de la inexorable conciencia, que jamás perdona, ha debido vengar la muerte del succesor de Motezuma.

Los dias de tribulacion, las frustradas cuentas de ambicion, la in-

(1) Este trájica acontecimiento se encuentra muy detallado en la relacion de Ixtlilxochitl. Hace curiosas relaciones y coloca la escena en Teotilac, el último dia de carnaval del año 1525. (15 febrero). Prueba hasta la evidencia la inocencia de los desgraciados jefes mejicanos, y la fria crueldad de Cortés, quien no tenia ni un solo dato que producir contra ellos.



gratitud de los hombres del poder, las calumnias, y las falsas acusaciones, van á empezar ahora para Cortés. La campaña de Honduras no habia satisfecho sus esperanzas, pero habia ganado la ciencia en el conocimiento litoral marítimo; la jeografía habia hecho nuevas conquistas en el interior. Todo el sud de Méjico podia ser inscrito en las cartas, aunque algo imperfectamente. En la misma época se elevavan muchas ciudades españolas en aquellas comarcas apenas recorridas, mientras Alvarado, despues de haber esplorado el Chiapa, y el Oaxaca continuaba el descubrimiento y conquista de Guatemala (1).

Los enemigos de Cortés en la corte lo habian desconceptuado. Supo en Trujillo que le quitaban el gobierno de la Nueva España, y que Nuñez de Guzman estaba encargado del de la provincia de Panuco. A su llegada á la capital de Méjico encontró un comisario del rey, encargado de informar sobre su conducta. Este sujeto llamado Ponce de Leon murió al principio de su comision, y en el momento en que empezaba á organizar un tribunal de justicia que debia pronunciar sentencia, absolviendo ó condenando el honor del vencedor de Motezuma. Espulsaron á Cortés de la ciudad que habia conquistado á la España con su sangre y tantos heroicos esfuerzos; y para volver á ella, el gran capitan se vió precisado á reclamar la intervencion de un obispo. Aquí empiezan las humillaciones para Cortés. Le intiman la órden de llamamiento y hele con la misma suerte que Colon, aunque algo mas dichoso que el ilustre Jenovés pues no se le cargó de hierros. Embárcase, noblemente escoltado por algunos de sus antiguos capitanes, y su fiel amigo Sandoval, compañero de todas sus guerras y grandes batallas, no le desampara. Veianse marchar en pos del héroe algunos nobles de Tlascala, y de las principales ciudades mejicanas, así que unos cuantos Indios de todas las provincias del Anahuac, y en particular mujeres jóvenes, hermosas y blancas. Tambien condujo enanos y bailarines de cuerda: muchísimo oro, plata, pájaros, plantas y otras singularidades del pais (1). Desembarcó en Palos á fines de mayo de 1528, pasó á Madrid, confundió á sus enemigos y recibió del emperador la mas distinguida acojida. Devolviéronsele todos sus honores y títulos, nombrándole no solo gobernador de la Nueva España, si que de todo el continente é islas que pudiese descubrir en el mar del Sud. Cediéronle el valle de Atrisco, con sus villas, y lugares, y sus veinte y tres mil habitantes, y el grande valle de Oaxaca tan rico y poblado se erijió en marquesado para él. El emperador puso colmo á sus beneficios dándole por mujer á la hermosa doña Juana de Zuñiga (2) hermana del conde de Aguilar, uno de los mas distinguidos grandes de España. Fué este un rayo de favor, brillante como los del cielo, pero tan rápido como ellos.

Tan allegado al trono, no olvido Cortés á sus compañeros de armas, de quienes fué un ardiente defensor y encomiador de sus servicios. Obtuvo la aprovacion de todas las cesiones de tierras que les habia hecho, y el privilejio de poder usar armas ofensivas y defensivas, tanto en España como en Indias. Sus fieles aliados los Tlascaleños fueron declarados libres, y aun se les concedieron otras exenciones, que andando el tiempo, les fueron poco respetadas.

El triunfo de Cortés sobre la camarilla le fué acibarado por un golpe cruel. Sandoval, aquel otro *si-mismo* antes de ser testigo de sus glorias, espiró en una pequeña villa de Andalucía á la flor de su edad, dirijiéndose á la corte. Esta fué la

(1) Nos reservamos los detalles de su espedicion para la historia del reyno de Guatemala, independiente del de Méjico.

(1) Cortés habia hecho ya una primera remesa al Rey de España de oro, plata, manuscritos aztecas, obras de plumas etc. etc. pero el buque conductor de estas riquezas, fué apresado por un corsario francés que lo presentó á Francisco I.º

(2) Antes de presentarnos el autor de la obra segunda vez casado á Cortés deberia anunciarnos su viudez, pero no lo hace. NOTA DEL TRAD.

mayor pérdida que Cortés pudiese esperimentar, porque Sandoval era el mejor y mas adicto de sus oficiales; el que en todo tiempo, y en todo lugar habia levantado siempre la voz en su defensa. Este era, despues del jeneral en jefe, el mas ilustre de todos los conquistadores de Méjico. Para él reservaba Cortés las espediciones mas difíciles y peligrosas. Sus grandes talentos militares igualaban con su bravura personal, y esta bravura á su desinterés y su humanidad. Era querido de todos, y Cortés lo lloró como á hijo. Murió Sandoval á los treinta años consumido por las fatigas y cubierto de heridas.

Aunque honrado Cortés con nuevos títulos, no volvió, sin embargo, al teatro de sus glorias sino con una autoridad restrictiva: ya no se le confió el poder administrativo ni el judicial: ambos poderes pasaron á manos de un consejo superior titulado Audiencia de la Nueva España. De modo que en el año 1530 todo habia ya cambiado en aquella grande rejion. Hombres de poca importancia personal, y de mucha rapacidad se enviaron desde Madrid, que contrariaron todas las miras jenerosas de Cortés. Los antiguos compañeros de su fortuna ya no existian, ó se hallaban diseminados en las provincias, ó bien empeñados en lejanas espediciones. Una caterva de oficiales nuevos, le obedecian con disgusto, y sin deferencia personal, y tanto por esta posicion, como por verse despojado de una gran parte de su autoridad en los negocios del interior, buscó Cortés otros caminos de gloria en la carrera de los descubrimentos. Emprendió con nuevo ardor la investigacion de un paso entre los dos mares: hizo esplorar primero el Istmo de Darien, y las costas orientales de la América del Norte. Cuantos buques embió en estas direcciones, perecieron sucesivamente. Aflijido de tan pésimos résultados y conflado en su fortuna, tomó por si mismo el mando de una nueva espedicion en 1536, y si no encontró el paso que buscaba descubrió la California, y visitó una parte de sus costas; navegó en aquel mar interior al cual dan el nombre de Bermejo, y al que con mas fundamento deberian llamar el mar de Cortés (1).

Durante este último viaje fué cuando supo Cortés la llegada á Méjico del virey Mendoza, y desde entónces conoció que nada tenia ya que esperar para él. Multiplicábanse los obstáculos á su paso, y le abrumaban de disgustos. En fin, cansado de verse cada dia luchando con la intriga y la enemiga, avergonzado de tener que habérselas con jentes tan inferiores á él, se decidió á volverse á España, para revindicar sus derechos de Capitan jeneral, y reclamar el reembolso de las cantidades que habia gastado en sus diversas empresas hechas á costa suya. La acojida que tuvo en su patria debió indignarle mas que sorprenderle: sus hazañas se habian ya olvidado. Otras conquistas mas recientes en otros puntos de la América, y de las que se esperaban mas ricos tesoros, ocupaban los espíritus. Nada esperaban ya de un hombre viejo que la fortuna parecia haber abandonado, y cuyas fuerzas se habian debilitado á impulso de tantas guerras y fatigas. Cárlos le recibió con frialdad y sus ministros con insolencia. Cortés que se habia sentado en el palacio de Motezuma como amo, que como vencedor habia dispuesto de tantas vidas y de tantas naciones, y que menos leal, pudo colocar en sus sienes la corona de los reyes de Méjico, adquirirse un gran pueblo de Indios adictos á su persona, asociar á su fortuna real un buen número de sus antiguos compañeros de armas, y desafiar como jefe independiente de la Nueva-España, á todas las fuerzas primitivas, este Cortés se

(1) Anterior á esta espedicion, los Españoles se habian procurado noticias sobre la California por algunos naturales de Colina. Mr. Humboldt. ha hallado en un manuscrito conservado en los archivos del Virreynato de Méjico, que la California habia sido descubierta en 1526, ignora en que se funda esta acercion. Los estractos que el autor de la relacion del viaje al estrecho del fuca. ha hecho de los manuscritos conservados en la Academia de la historia de Madrid parecen provar, que la California tampoco fué vista en la espedicion de Diego Hurtado Mendoza en 1523.

vió reducido á presentarse como pretendiente á un mozo de una oficina, á sufrir la orgullosa altanería de un hombre tan bajo comparativamente á su dignidad, y los desdenes y desaires de los poderosos cortesanos; recompensa que la España daba entónces á los que habian engrandecido sus dominios y sido la admiracion del mundo. Este miserable existir aceleró la vida de Cortés: espiró el 2 de diciembre de 1547, á los sesenta y dos años de edad. Habia sobrevivido á casi todos los grandes capitanes suyos, cuyos nombres figuran tan honrosamente en el maravilloso drama de la conquista. Velazquez de Leon, Morla y Escalante, ya no existian cuando Méjico sucumbió: Cristóval de Olid habia perecido en un cadalso: un lugar de Andalucía habia visto á Sandoval rendir el último suspiro, y Pedro de Alvarado habia muerto de una caida de caballo en Nueva-Galicia (1).

Ahora tenemos al frente una gran colonia europea. Cerca de tres siglos nos separan todavía de la época memorable, en que cansada del yugo de la metrópoli, levantara el estandarte de su independencia. Este largo intervalo ya no nos ofrece en la Nueva-España los grandes acontecimientos que atraen la atencion del mundo, y sí solamente hechos de un interés puramente local. Los reasumirémos rápidamente fijándonos en los mas principales.

El primer pensamiento de los vencedores fué el de una propaganda, tal como la conciben los hombres guerreros. Sin embargo, el celo de los Españoles por el progreso de la fe debió ser menos ardiente y brutal, y en su lugar haber empleado para catequizar los resortes de la política. Desde el primer momento habia visto Cortés que el mejor medio de asegurarse de la fidelidad de los indíjenas, era el de hacerlos cristianos; que entre ellos y los Españoles, la idolatría azteca elevaba una barrera inespugnable. Él y sus sucesores se mostraron sin piedad para el culto mejicano; los ídolos fueron destruidos y quemados; los Teocalis ó casas de los dioses demolidos y arrasados, y ni un sacerdote quedó con vida. Cortés y los primeros gobernadores reclamaron misioneros para concluir la obra de la civilizacion. Franciscanos, Agustinos y Dominicos se trasladaron luego á aquellas rejiones, y les vemos recorrer el Méjico en los años 1522, 1524, 1626, 1528, 1545, dirijiéndose sobre todos los puntos, penetrando mas allá de los establecimientos militares, hallando en todas partes espíritus conmovidos por el temor, y poblaciones temblorosas dispuestas á recibir un símbolo relijioso. Los Mejicanos creyeron que los dioses indíjenas vencidos, debian ceder á los dioses de los vencedores. En una mitolojía tan complicada como la de los Aztecas, era muy fácil hallar una afinidad entre las divinidades de Aztlan y las de Oriente. ¿No hemos visto ya á Cortés aprovecharse hábilmente de una tradicion popular que hacia descender á los Españoles del lejislador divino del Anahuac? Pues bien, este ejemplo no lo olvidaron los misioneros. Ellos, con mas noble objeto, se sirvieron de fraudes piadosos para asegurar el triunfo del cristianismo. Persuadieron á los indíjenas que el evanjelio, en tiempos muy remotos, se habia predicado en América; desentrañaron sus huellas del rito azteca, y favorecieron hasta cierto punto todo cuanto podia identificar el nuevo culto con el antiguo. Consiguieron que admitiesen la cruz como un signo relijioso, y se aprovecharon de él para hacerles adoptar el símbolo de la redencion. El águila sagrada de los Aztecas les sirvió para introducir el culto del Espíritu-Santo. Acojieron todas las transacciones que la antigüedad india podia permitir, é hicieron doblegar, hasta los límites del dogma, la rijidez de la liturjia católica. Muchas cosas ajenas del rito romano fueron recibidas. La pasion de los Indios por las flores fué santificada. Llegaron has-

(1) Mr. Humboldt ha publicado un documento muy curioso para la biografía de Cortés. Esto es el testamento de este gran capitan, fecha 11 de Octubre de 1547. Véase Ensayo sobre la Nueva-España tomo IV.

ta permitir los bailes y los disfraces en dias festivos en el interior mismo de las iglesias. En fin, todo lo que no chocaba con los principales artículos de la fe, fué respetado. Estos miramientos, combinados con la voluntad pronunciada de los conquistadores y sus exijencias por medios de severidad, esplican la prontitud y gran número de conversiones, á pesar de la adhesion bien conocida de los Mejicanos al politeismo de sus ascendientes. Si hemos de dar entera fe á las cifras de Torquemada, es necesario ascender á la suma de seis millones el número de Indios bautizados por los Franciscanos desde 1524 á 1540, ya sea en el reino de Motezuma, ya en el de Tlascala, ó ya en el de Mechoacan. Quauhtemotzin y el corto número de nobles mejicanos que escaparon del hierro español abrazaron la nueva fe. La familia real de Texcuco hizo otro tanto. Ixtlilxoclutl jefe de este pequeño reino, fiel aliado de Cortés en todas sus campañas, se distinguió entre los neófitos. Recibió con los brazos abiertos al hermano Martin de Valencia, y á doce frailes que lo acompañaban. Les alojó en el palacio de sus abuelos, aprendió en poco tiempo *los misterios de la misa y de la pasion*. Despues se encargó de catequizar á sus súbditos, y les obligó tanto de palabra como por su autoridad, á recibir el bautismo (1). Era su celo tan apasionado que amenazó con quemar viva á la reina vieja, su madre, si no consentia en dejar al momento el culto de sus dioses, de que era partidaria acerrima. La predicó, la hizo diferentes reflexiones, y concluyó por llevarla á la iglesia, en la que fué bautizada con el nombre de María (2). No debe pasarse en silencio un hecho, y es la aficion de los indíjenas á sus pastores. Data esta desde sus primeras relaciones con ellos, sin debilitarse en el espacio de tres siglos. Para los apóstoles de Méjico fué este un honroso recuerdo. Ellos se interponian entre los vencedores y los vencidos; colocaban la cruz entre la espada y la víctima. Su imponente palabra protejia la debilidad y la desgracia, y la desgracia y la debilidad se asieron de ellos como la yedra de los bosques al árbol que las sustenta. Era muy dulce para la humanidad el poder oponer á los victoriosos soldados de Castilla, merodeadores y desapiadados, soldados de Cristo, misioneros de la fe con todo el esplendor de la caridad apostólica. Dos de ellos se hicieron sobre todo notables, entre los valientes defensores de los vencidos. Despues de tres siglos aun pronuncian los Indios con veneracion los ilustres nombres de Sahagun y de las Casas. El primero llamado Bernardino Ribera, de una familia respetable de España, tomó el hábito de S. Francisco, bajo el nombre de Sahagun, su pueblo natal. Su figura era hermosa como su alma, sus modales tan distinguidos como sus talentos. Méjico era un campo abierto al celo relijioso; allí se trasladó en 1529, y testigo de los males de los Indios, resolvió consagrar su vida á consolarlos, instruirlos y mejorar su suerte. La lengua azteca se le hizo familiar, y la aprendió tan perfectamente, que para con los sabios mejicanos era de ella un modelo clásico. Los dos vástagos de las dos desgraciadas dinastías de Méjico y de Texcuco fueron á la vez sus maestros y sus amigos. Sahagun fué quien sujirió á D. Antonio de Mendoza, el primero y uno de los mas

(1) El modo que adoptaron los relijiosos para poner nombres á esta multitud de neófitos es bastante curioso: los dividian en bandos, y los individuos pertenecientes á cada division, recibian el mismo nombre, lo que abreviaba singularmente la ceremonia, y permitia á los Relijiosos operar por masas.

(2) Apesar de estas conversiones espontáneas y poco mas ó menos obra de la fuerza y de la astucia; no se estinguió tan fácilmente la pasion de los Indios por su relijion primitiva. La conservaron mucho tiempo en el fondo de su corazon, Algunos años despues de la conquista se les veia, entregados á la práctica de su relijion, en cierto número de templos, aunque corto, esparcidos en las montañas, y ocultos en los bosques que se habian salvado de la destruccion. Este hecho justifica la política de los conquistadores y el celo de los primeros obispos, que hicieron quemar todo cuanto podia directa ó indirectamente recordar la ídolatria. Si se hubiesen conservado de ella algunos signos visibles, los Indios hubieran masdificilmente abandonado el culto de sus abuelos.

dignos vireyes de Méjico, la idea de crear un colejio para la instruccion de la juventud indiana. Reunió mas de cien alumnos, los cuales debian, distribuyéndose en todas las provincias, instruir á sus compatriotas. El padre Sahagun dirijia este establecimiento de piedad y de filantropía, que muy en breve contó tantos enemigos, como interesados en el embrutecimiento de los indíjenas. Seguro era hallar á Sahagun, en donde habia injusticias que combatir, dolores que alivar y miserias que socorrer. Su muerte fué una calamidad para los pobres Indios, pues perdieron en él un poderoso protector. El nombre de las Casas es demasiado ilustre, para que tengamos aquí necesidad de decir lo que fué, y cuanto hizo este apóstol. ¿Quién ignora sus obras, su valor y su infatigable celo para protejer la raza americana en poder de los Españoles? Gracias á su perseverante intervencion, á su palabra evanjélica, esta raza vencida fué amparada de los Papas, y de los reyes de España. Dos bulas de Pablo III declararon á los Indios criaturas razonables y capaces de participar de los sacramentos. Desde 1523 Cárlos V habia espedido desde Valladolid instrucciones muy sabias y justas para el establecimiento de un gobierno regular en Nueva España. El monarca prohibia todo reparto de sus naturales, y anulaba los verificados hasta entónces. Declaraba libres á los Indios, pagando empero sus contribuciones como vasallos. Recomendaba el que no se usase con ellos de ninguna violencia. Aquellas mismas ordenanzas fueron renovadas en 1535, 1549, 1550 y 1552, lo que hace suponer que no habian sido bien ejecutadas hasta entónces. Todo servicio personal de los indíjenas fué abolido, y para darles en su mismo pais poderosos apoyos, se les puso bajo la proteccion de los obispos, quienes ejercieron este patronato como verdaderos apóstoles de la humanidad. Podríamos añadir, que la misma incapacidad á que estaban legalmente sujetos refluyó en un principio á favor de sus intereses. Declarándoles la corona inhábiles para contratar por valor superior á cinco duros sin la asistencia de un tutor, los ponia al abrigo del engaño y rapacidad de los blancos. Si se les obligó al pago del tributo, se les eximió de la alcavala y de otras muchas cuotas onerosas. Prohibióse á los Europeos el establecerse en sus poblaciones, pero desgraciadamente todas estas medidas tomadas de lejos, no tuvieron en su ejecucion el resultado apetecido. Las buenas intenciones de la corte de España, durante los siglos XVI y XVII, no garantizaron á los Indios de su miserable suerte, sin que por ello sus padecimientos deban su oríjen al gobierno de Madrid. Lo que sí prueban es, que en los primeros tiempos que siguieron á la conquista carecia de medios de accion sobre el gran número de soldados Españoles, invasores de las propiedades de la antigua aristocracia mejicana, y dueños de toda esta poblacion vasalla que inundaba el pais. En aquella época hubo en Méjico un período de anarquía militar, durante la cual la fuerza y el capricho ocupaban el lugar de las leyes. Todos los poseedores de tierras, á escepcion de un corto número de nobles admitidos en el ejército español, ó que las alianzas con los vencedores protejieron, quedaron despojados. Unicamente dejaron á esta pobre nobleza, lo mismo que á sus antiguos vasallos, algunas cortas porciones de terreno al rededor de las iglesias para habitacion y alimento. Empleábanse entónces los indíjenas como bestias de carga para los trasportes de equipajes y arrastrar los cañones, ó como tropas auxiliares se las ponia al frente del enemigo los primeros á recibir sus tiros. En las espediciones de Mechoacan, Panuco, Honduras, Oaxaca y de Guatemala combatieron contra sus hermanos y en favor de sus tiranos. Los dejaban sin alimento, les abrumaban de fatigas, de modo que la muerte bajo todas sus diferentes formas, hambre, calenturas, y particularmente viruelas los fué mermando. Aumentada tan rápidamente la despoblacion se introdujo otro orden de cosas. El interés prestó oidos á la voz de la hu-

manidad. Ejecutáronse mejor los decretos de los reyes católicos, y la opresion se regularizó. Los Indios mirados como una dependencia del mismo suelo se les hizo partícipes de sus productos, por medio del establecimiento de encomiendas, especie de feudos fundados en favor de los conquistadores. La esclavitud en un principio arbitraria, y sometida únicamente á la ley de la voluntad, tomó formas legales. Dividiéronse entre los conquistadores los restos del pueblo vencido. Los Indios divididos en tribus de muchos centenares de familias, tuvieron como dueños á los soldados que se habian distinguido en la guerra de invasion, y las personas instruidas enviadas de Madrid para gobernar las provincias. Con todo, estos feudatarios de encomiendas no se fabricaron nidos de buitres como los señores de la edad media, sino grandes establecimientos y pingües haciendas, que tuvieron la inspiracion de hacer rejir á imitacion de la nobleza azteca, por manera que no hubo interrupcion ni cambio en el cultivo de las plantas del pais. El esclavo continuó su rutina hereditaria y se identificó de tal modo con su amo que muy á menudo tomaba su nombre: muchas familias indias conservan todavía hoy nombres españoles, sin que su sangre se haya mezclado jamás con la europea.

En este período de vasallaje, la masa popular quedó lo mismo que estaba antes de la conquista, pobre, envilecida, trabajando para otros, y sin poseer cosa alguna. Una feliz circunstancia llegó entónces á protejer la vida de los indíjenas. Los primeros colonos no hicieron en Méjico lo que sus compatriotas habia hecho en las Antillas. No obligaron á toda la poblacion india á introducirse en las profundidades de la tierra para sacar de ella el oro y la plata, no cabaron en las minas, porque no poseian ni los fondos, ni los conocimientos necesarios para esplotarlas. Ignoraban el arte de estraer la sustancia para separar el metal, contentáronse con imitar a los naturales lavando las tierras que arrojaban los montes por medio de las avenidas de los rios y torrentes, retirando los granos de oro que encontraban. Las minas de Nueva-España que han repartido tantas riquezas sobre el globo no fueron descubiertas sino muchos años despues de la conquista, y produjeron muy poco á los primeros emprendedores. Esta industria harto tiempo descuidada solo ocupó un corto número de brazos, y esto fué una dicha para la humanidad.

Hasta el siglo XVIII la suerte de los cultivadores mejicanos fué poco mas ó menos como la de los esclavos de nuestra Europa; despues fué mejorando sucesivamente. Habiéndose estinguido mucha parte de las familias de los conquistadores, ya no se distribuyeron nuevamente encomiendas. Los vireyes y las audiencias vijilaron los intereses de los Indios, quienes declarados libres, pertenecieron á sí mismos, y pudieron disponer de sus personas; ya no se les impuso servicio alguno personal, y la mita, trabajo forzado de las minas fué abolido, quedando este trabajo voluntario y sujeto á retribucion. No obstante, á pesar de estas mejoras quedaban numerosos abusos, en cuyo primer término deben colocarse los repartimientos, ventas forzosas hechas á los Indios por los ajentes de la administracion española: ventas casi siempre fraudulentas, y que constituian al indíjena en una entera dependencia del acreedor. Este á falta de pa o adquiria un derecho absoluto sobre los trabajos de su deudor, y podia reducirle a una servidumbre de hecho, como insolvente. En semejante sistema, el vender un mulo, una silla ó una capa á un Mejicano, era igual á comprarlo á él mismo. Cárlos III, bienhechor de la poblacion americana, prohibió estos repartimientos, que sin embargo continuaron en algunos parajes lejanos y fuera de la vista de los Intendentes.

Luego veremos cuales eran los demás abusos, cuya correccion pedian los hombres sabios, y que aun existian á la época de la revolucion de 1808. Volvamos al siglo XVI cuando

el yugo era pesado, y el espíritu de independencia ajitaba todavía algunas naciones belicosas, entre las cuales se distinguian los Chichimecos, que eran los mas salvajes y bravos de todos los hombres del Norte, y cuyo establecimiento en la superficie del Anahuac, habia precedido al de los Aztecas. Ocupaban los alrededores de Guadalajara; y cuando los Españoles llegaron á aquel pais, observaron ruinas de varias grandes ciudades, y en sus inmediaciones terrenos que demostraban haber sido cultivados en lo antiguo, pero ya no lo estaban. Los Chichimecos habian espulsado á los Otomias, pueblo esencialmente agrícola que se habia retirado mas hácia el sud. No vivian en casas, ni conocian otro placer que la vida vagamunda de los bosques y montañas. La caza era su principal ocupacion, se les tenia por escelentes arqueros; estaban armados de arcos largos y flechas, con las que hacian volar el cráneo á los prisioneros, y les servian de trofeo en los dias de sus fiestas.

Los Chichimecos se avanzaban hasta treinta leguas de Méjico, y eran vecinos demasiado peligrosos para que los Españoles los dejasen quietos. Atacados en sus viviendas se refujiaron á las montañas. Allí Cristóval de Oñate los persiguió con un corto número de caballos é infantes y muchos Indios aliados: este pequeño ejército se adelantó hasta la roca de Mixtan: bajaron de ella quince mil enemigos antes de salir el sol, y pasaron á cuchillo toda la tropa de Oñate. A la noticia de esta derrota, Alvarado, este teniente de Cortés, uno de los héroes de todas las gloriosas jornadas de la conquista, dejó las fronteras de Guatemala para llegar á las manos con los Chichimecos, los cuales atrincherados en sus rocas, consiguieron una nueva victoria sobre los Españoles; y no se contentaron con rechazarlos, sino que los persiguieron tan vivamente, que el mismo Alvarado se vió precisado á emprender la fuga. Arrebatado por su fogoso caballo lo lanzó en un precipicio, de cuyas resultas murió al tercer dia, dejando á sus antiguos compañeros de armas, que tantas veces habia conducido á la victoria, inconsolables de su pérdida, la cual fué vengada, aunque con harto trabajo. Fueron necesarios dos años de contínuos combates para reducir á estos terribles Chichimecos. El virey Mendoza, á ejemplo de Cortés, se vió obligado á llamar en su ayuda cincuenta mil Indios de Tlascala, Cholula y Tepeaca, quienes parece tenian la mision de poner en manos de los Españoles todo el Anahuac. En esta terrible campaña era de admirar el órden con que los Chichimecos se batian, desconocido á los Indios. Se presentaban en batallones á siete hombres de fondo. Sus filas eran cerradas, sus movimientos regulares; hubiérase dicho que algun desertor español les habia enseñado la táctica de Europa. Esta guerra, despues de la conquista es el acontecimiento militar mas importante del siglo XVI. Para contener aquella raza belicosa, vencida aunque no sumisa, se cercaron sus fronteras de colonias y plazas fortificadas. La ciudad de San Miguel, sobre el camino de Zacatecas, se levantó como una barrera á sus incursiones, y con igual objeto se engrandecieron las ciudades de Durango y San Sebastian. No dejó de haber en otros puntos algunas revueltas parciales, pero de poca importancia, entre las cuales figuran las de los indíjenas del valle de Vaorita, y los de Oaxaca recientemente convertidos, que renunciando á la relijion cristiana, volvieron á adorar los dioses de sus antepasados. Todas estas tentativas no tuvieron otro resultado que el de hacer mas pesado el yugo español; y mientras tales cosas sucedian, se edificaban nuevas poblaciones en todos los puntos conquistados, y nuevos pobladores concurrian de España, de Cuba y Santo Domingo atraidos por la fertilidad del litoral marítimo, y de las tierras cálidas que producian azúcar, cacao, cochinilla, añil y algodon, productos preciosos, que estaban entónces á un precio crecidísimo. Sobre todo, las investigaciones de minas de oro y plata era el objeto principal de sus viajes.

Sosegadas las revueltas de los indíjenas, pusiéronse á rejistrar los terrenos esplotados por los reyes aztecas. El virey Mendoza y Velasco alentaron todas las tentativas particulares, y se hallaron algunas vetas. Esta investigacion de minas se liga íntimamente con la esploracion y desenlace de la conquista de Nueva-España; y no pueden pasarse en silencio las grandes espediciones que redujeron sus límites.

Hácia los años 1537, un cierto Alvaro Nuñes conocido por Cabeza de Vaca, y uno de los trescientos Españoles que habian desembarcado en la Florida con Panfilo de Narvaez, y que logró ser el cuarto que escapó del degüello de este destacamento: arrojado en rejiones desconocidas, en medio de poblaciones bárbaras, estubo errante muchos años, atravesando la Luisiana, y la parte septentrional de Culiacan, en la provincia de Sonora. A su regreso hizo pomposos detalles de sus largos viajes. Contó una infinidad de cosas maravillosas acerca de los peligros que habia corrido, de los pueblos é inmensos paises que habia visitado. Lejos de poner en duda su veracidad se creyó que por modestia, no se vanagloriaba de algunos hechos que sin duda omitía, llegando al estremo de publicar, que Dios, para salvar á este hombre con los suyos, le habia concedido la gracia de curar á los Indios enfermos, y de resucitar á los muertos. Vaca no negó, y viendo á los Españoles tan bien dispuestos á creerlo todo, les aseguró que toda la costa de la California estaba entapizada de perlas. En la misma época hallamos otra fuente maravillosa en la relacion de los viajes del fraile Marcos de Nizza. Este misionero enviado á instancias de Las Casas para convertir los Indios de la Sonora, avanzó muy lejos hacia el norte del golfo de la California. Exalto la imajinacion de los Españoles como un cuadro fantástico de la civilizacion de aquellas rejiones, en las que colocaba bajo la palabra de algunas indijenas mal comprendidos, la grande ciudad imajinaria de Cibola, y otras siete grandes villas, cuyas casas eran de piedra con dos altos, y las puertas embutidas de turquesas. Que los habitantes bien vestidos y subordinados á un solo jefe comian con vajilla de oro. Posible es que las ruinas de las Casas grandes de Gila (1) hayan servido de fundamento en la historia de Cibola, y que la fábula de las siete villas, sea una mudanza de esta tradiccion popular, que desde muchos siglos viajaba siempre en el oeste por paises desconocidos.

La relacion de Marcos de Nizza determinó la espedicion de Vazquez de Coronado, quien retirándose de las tierras conocidas al Nordeste de la Nueva-España, vino á añadir nuevas fábulas á las que ya habian corrido respecto de paises colocados entre el Rio-Gila y el Rio Colorado. A esta espedicion que no fundó ningun establecimiento permanente, se asocia la idea del Dorado Mejicano, bajo el 41 grados de latitud, y la existencia del gran reino de Tatarrax, como de inmensa villa de Quivira á orilla del lago dudoso de Teguayo. Lo que queda comprobado es, que Coronado no pudo sostenerse en medio de poblaciones hostiles y bravas, y que rico y recien casado con una jóven y linda dama, se dió prisa para regresar á su lado.

Cuando mas desconocido es un pais, menos próximo se halla de las colonias europeas populosas, y mas facilmente se creen sus riquezas metálicas. Los hombres van tras lo maravilloso para hallar tieras de predileccion. Los primeros viajeros lo sabian bien, cuando esparcian brillantes invenciones con tono de misterio y todas las marcas de la buena fe. La imajinacion de los españoles no habia estado jamás tan preocupada, como en la época que señalamos. Pero mejor aconsejados los investigadores de minas, se dirijieron hácia los distritos que encerraban los mas ricos tesoros. El intrepido Francisco Ibarra se mostró mas hábil y mas feliz que sus predesesores en esta carrera abierta á la aventurera

(1) No se confundan las Casas grandes de Gila, con las Casas grandes de la Nueva Vizcaya, designadas por los Indijenas como la tercera residencia de los Aztecas.

avaricia. Despues de haber, por órden de Velasco, visitado y tranquilizado una parte del pais de Zacatecas descubrio las minas de San Martin, y de San Lucas de Avino. Para asegurar su esplotacion, hizo echar, entre Zacatecas y Santa Bárbara sobre una estencion de 100 leguas los fundamentos de una continuacion de villas, y ganando despues al norte el valle de Guadiana, en donde empezaba á levantarse la ciudad de Durango, recorrió con un puñado de valientes las provincias de Topia y de Sinaloa, marcando su paso con varios hechos de armas, y nuevas colonias en las que iba dejando una muy corta de guarnicion. De este modo avanzó algunos centenares de leguas en paises que no habia penetrado el nombre Español. Pero demasiado debil en medio de poblaciones guerreras, para imponer la ley suspendió su empresa y volvió algo mas tarde á fundar la colonia de Chiametla á la inmediacion de ricas minas de plata.

No tenemos de la historia del descubrimiento, y de las primeras esplotaciones de las minas de Nueva-España, sino nociones muy imperfectas. Hemos visto que las de Tasco habian sido las primeras trabajadas; casi en la misma época se cabaron los terrenos de Sultepec, Tlapujahua, y Pachuca, y á poco tiempo siguió la esplotacion de diferentes minas de Zacatecas. La de San Bernabé fué sondeada desde el año 1548, y se asegura que hácia este tiempo, unos arrieros que viajaban desde Méjico á Zacatecas, descubrieron las sustancias de plata del distrito de Guanajato. La veta principal (véta madre) se encontró en 1560. Creese que las minas de Comanjas son aun mas antiguas que las de Guanajato, pero como el producto de todas las minas de Méjico no ha sido hasta el principio del siglo diez y ocho, mas que de seiscientos mil marcos de plata por año; puede deducirse que en el diez y siete no se trabajaba con grande actividad en la estraccion de estas sustancias. Este resultado no puede atribuirse mas que á la falta de fondos necesarios, ó a la imperfeccion de los medios de estraccion, pues no faltaba codicia. Esta era como ya lo hemos visto, la que corria todos los puntos de la Nueva España como atrevida aventurera, la que dilataba el dominio de la jeografía, la que hechaba los primeros cimientos de las villas mejicanas, célebres hoy entre las mas bellas de ambas Américas. Sin embargo, este nombre de villa en el siglo diez y seis, usado tan á menudo por las plumas de los antiguos historiadores, no debe tomarse siempre en el sentido que damos a este mismo nombre. Los conquistadores, y los relijiosos misioneros daban con frecuencia grandes nombres á pequeñas cosas. Una cruz plantada en el desierto de Nueva Vizcaya, ó de la Sonora, ó de cualquiera provincia interior, figuraba en sus relaciones, ó en sus mapas, como lugar habitado. Algunas cabañas reunidas, tomaban el pomposo nombre de villa, un circuito de empalizadas, una mala muralla de tierra improvisada llevaba el magnífico título de plaza fuerte. Preciso es, pues, reducir estas exajeraciones á su justo valor, para formarse una verdadera idea de los primeros establecimientos de Méjico en los puntos lejanos de la capital. Todo lo contrario sucedia en los límites del imperio azteca. Aqui las ciudades españolas se estendian sobre el mismo terreno de las villas indias, y crecian en riquezas y poblacion con maravillosa rapidez. En algunas de ellas se habia introducido la industria europea; y copistas hábiles de lo que veian hacer los indíjenas, contribuian al progreso de las manufacturas; y como esclavos ó criados en las grandes granjerias, cultivaron para sus amos á tenor de los antiguos productos del pais, los mejores para las plantas indíjenas, y se acostumbraron muy pronto á los métodos del viejo continente en todo cuanto conciene á nuestros cereales, árboles frutales, y legumbres de nuestros jardines, que los Españoles se apresuraron á transportar á América.

El descubrimiento y colonizacion del Nuevo Méjico, la parte mas septentrional de la Nueva-España, per-

tenecen todavía al siglo diez y seis, y aqui es donde todavía los frailes misioneros forman la vanguardia. A la grande espedicion del capitan Espejo, siguió la del Padre Agustin Ruiz que pereció victima de su celo relijioso. Si pudiesemos contraernos á la relacion del primero, esta provincia atrasada, presentaba en el momento de su descubrimiento, poblaciones encaminadas á la civilizacion, y algunas de ellas tenian semejanzas muy comunes con los Aztecas, tanto quizás, como hombres libres pueden asemejarse, á las especies de esclavos de una aristocracia feudal. Espejo vió muchos de estos Indios hombres y mujeres con batas de algodon gustosamente pintado, y unas casacas de tela mostreada de azul y blanco á la usanza de los Chinos. Iban todos adornados de plumas de diversos colores. Uno de los jefes le regaló cuatro mil capas de algodon. La tribu de los jumanes se pintaba la cara, y se delineaba en los brazos y piernas figuras ridículas. Las armas de que usaban estos pueblos eran unos grandes arcos, cuyas flechas terminaban en puntas agudas de un guijarro muy duro, y de espadas de madera, armadas por ambos costados de piedras cortantes, como las espadas de los Aztecas; servíanse de ellas con suma destreza, y de un solo golpe dividian un hombre en dos. Sus escudos estaban cubiertos ó aforrados de piel de buey sin curtir. Algunas de estas reducidas naciones, se alojaban en casas de piedra de cuatro pisos á techo razo y paredes muy gruesas, para librarse del frio del invierno. Otros descansaban debajo de tiendas durante los calores del verano, ó vivian en ellas todo el año. Hallábanse villas en donde el lujo y las comodidades se dejaban notar. Las casas se veian jalbegadas de cal y las paredes cubiertas de pinturas. Sus habitantes usaban muy ricas capas con iguales pinturas, y se alimentaban de buenas carnes y pan de maiz. Otras tribus habia algo mas salvajes; cubríanse con pieles de animales producto de sus cacerias y la carne del toro montaraz era su principal alimento. Las mas vecinas á la orilla del rio del Norte, cuyos campos parecian bien cultivados, obedecian á jefes, cuyas órdenes se anunciaban por medio de pregoneros públicos. En los pueblos de todos estos Indios se veian una multitud de ídolos, y en cada cabaña una capilla dedicada al jenio maléfico. Representaban por medio de pinturas al Sol, á la luna, y las estrellas, como objetos principales de su culto. Cuando vieron por primera vez los caballos españoles, no menos asombrados ellos que los Mejicanos estuvieron á pique de adorarlos, como seres de una naturaleza superior. Consintieron en alojarlos en una de sus mas hermosas casas, y les rogaron aceptar lo mejor que tenian. Hallábanse en aquella gran rejion abundantes cosechas de maiz, melones calabazas, lino semejante al de Europa, viñas cargadas de ubas, y hermosos bosques, llenos de búfalos, ciervos, gamos y toda especie de caza.

Tales fueron en resumen las relaciones de Espejo, que aunque evidentemente fabulosas, tuvieron por lo mismo buena acojida en el espíritu de los gobernadores de Nueva-España. Admirados estos de las ventajas que ofrecia tan maravillosa provincia encargaron á D. Juan de Oñate tómase de ellas posesion y la colonizase. Esta mision se cumplió en el último año del siglo diez y seis. Las riberas del Rio-del-Norte se poblaron de Europeos, y en los años siguientes se vió al cristianismo ensayar su influencia sobre los salvajes Indios, y plantar la cruz en medio de naciones feroces, que fueron largo tiempo, y lo son algunas todavía, el terror de los Españoles. Hoy dia los colonos del Nuevo-Méjico, conocidos por la grande enerjía de su carácter, viven en un estado de guerra perpetua con los Indios vecinos. El temor de semejantes enemigos ha aumentado las poblaciones grandes, y dejado casi desiertas las casas de campo. La situacion de los habitantes del Nuevo-Méjico, que es á poca diferencia como la de los pueblos de Europa en la edad media, esplica esta falta de equilibrio entre el vecindario del campo, y el de las ciudades.

Mientras la Nueva-España estendia sus límites, el concilio provincial de 1585, imponia á Méjico las bases de la organizacion y disciplina de su Iglesia, y procedia á las reformas que aprobaba Sixto Quinto. El primer concilio de 1555 habia prohibido conferir á los Indios el órden sacerdotal; la bajeza de su condicion, decia, pudiera arrojar alguna mancha al estado eclesiástico. La asamblea de 1585, la mas célebre de todas y cuyas decisiones están todavía en vigor, reformó aquella disposicion: los Indíjenas fueron admitidos á órdenes sagradas aunque con gran circunspeccion, pero hace ya mucho tiempo que esta reserva tampoco es observada, y el número de clérigos de la raza roja se ha hecho considerable en Méjico; ya harán un papel importante en los acontecimientos de la revolucion. Vemos hácia la segunda mitad del siglo diez y seis, instalarse la inquisicion en aquella gran comarca, y revelar su presencia con un execrable auto de fe. En seguida les llegaron bulas del Papa, que los Indios tributarios se vieron obligados á tomar á razon de cuatro reales cada una, y la misma suma se les exijia por cada misa que oian. Pidieron que se contentasen con que este impuesto fuese por cada familia y no por cada cabeza, y se les negó. Algunas revueltas parciales, fácilmente reprimidas, acarrearon sobre ellos nuevas medidas fiscales. Prohibióseles bajo pena de la vida á los Mejicanos el cultivo de la viña y del olivo, reservándose la España el monopolio del vino y del aceite, sometiendo sucesivamente á iguales restricciones la mayor parte de las demás industrias. Este era el tiempo de los fatales dias para el Indíjena, que ya diezmado por unas calenturas perniciosas en 1545, se vió de nuevo asaltado por otra peste en 1576. Elevanse á dos millones y quinientos mil muertos las víctimas de esta doble calamidad.

Zelosa de ocultar todas las riquezas de sus conquistas á las miradas de las naciones de Europa, cubrió la España de un velo impenetrable todo cuanto concernia á sus establecimientos de Ultramar. El Méjico fué uno de los puntos menos accesibles al estranjero, por cuya razon, no tenemos en las relaciones de los viajeros del siglo diez y seis, sino vagas noticias en cuanto al conjunto del pais, y detalles mas ó menos incompletos de los puntos de la costa. Tomás Gage harto desacreditado por Clavíjero, y Genelli Careri, de los que ahora reconemos la veracidad son, hácia la mitad, y el fin del siglo diez y siete, el oríjen de los conocimientos vulgares sobre el Méjico. El primero nos muestra la capital de esta grande colonia como una especie de Babilonia americana: no sabemos si la comparacion es forzada, ó si la santa cólera del predicador dominicano le impulsa á ello, lo que sí parece cierto es, que en aquella época era Méjico sobre todas las ciudades del antiguo continente, bella, rica, grande, cortada por anchurosas calles, llena de iglesias, palacios, fondas, en donde el oro, la plata, las perlas y pedrerías brillaban con profusion. Veíanse tambien en los trajes de los hombres y adornos de las mujeres, que no pertenecian á las altas clases de la sociedad. Se incrustaban piedras preciosas en los cojinetes de los carruajes, y en los jaeces. Las telas de seda de la China, y las musolinas de Indias adornaban hasta las esclavas negras. Quince mil trenes recorrian todos los dias las calles de Méjico, provistas de ricos almacenes semejantes á los mercados del Asia. Llevábase en aquella gran capital una vida llena de orgullo, y de ocupaciones placenteras; una vida muelle y voluptuosa. Las negras y las mujeres de color son hermosas dice Tomás Gage, son amadas de los hombres á quienes enamoran y cautivan, poseyendo el arte de arrebatarlos á sus esposas lejítimas: estas se consuelan, tomando su revancha, entregándose á la pasion del juego, pasion tan fuerte que no es estraño verlas convidando á los estranjeros que pasan por la calle á entrar en sus casas, para hacer una partida de prima que suele prolongarse hasta despues de media noche. A estas costumbres desarregladas se inter-

cala mucha santurronería. Créense perdonados de estos errores y aun de los mismos crímenes, fundando Iglesias, y dotando monasterios. Obsérvase allí rigurosamente el esterior de la relijion, y se desprecia la severa moral. No se esceptuan los frailes de esta revista satírica. Gage nos los presenta avaros de riquezas, y de todos los placeres del mundo, empleando una parte del dia en visitar á las relijiosas de su órden, á hablar con ellas, á tocar instrumentos, y á comer dulces. Introdúcenos en los conventos, en los cuales las reglas y la disciplina no se hallan muy bien observadas. Vemos á los padres de la Merced, que procediendo á la eleccion de provincial, principian por una acalorada disputa, y concluyen por un combate de navajas. Estos buenos frailes mostraban en ambos partidos un celo tan vivo para hacer triunfar su respectiva candidatura, que fué necesaria, nada menos que la intervencion del Virey y de su guardia, para que la eleccion terminase algo mas canónicamente.

En aquel tiempo, el poder eclesiástico en la Nueva-España, formaba competencia algunas veces con el civil. No retrocedia cuando tomaba en su mano contra aquella causa de los pueblos que padecian por algun abuso de autoridad. Tenemos de ello un ejemplo en la grande lucha de 1624 entre el arzobispo Alonso de Serna, y el Virey Marqués de Galvez. Tomás Gage nos detalla aquel acontecimiento que tuvo toda la importancia de un motin. Galvez, buen administrador, justiciero severo, terror de los ladrones en caminos reales, empañaba las cualidades de hombre de estado por su escesiva ambicion. Ella le inspiró la idea de especular con los trigos, haciéndolos estancar por uno de sus ajentes llamado D. Pedro Mexio, no menos ambicioso que él, y muy astuto. Este hombre con sus compras en todos los puntos que abastecian á Méjico, fué bien pronto dueño del mercado, y vendia al precio que habia querido establecer. El pueblo padecia y elevó su queja; se dirijió primero al Virey, y vista su negativa para el castigo de aquel abuso, acudió al Arzobispo, el cual lanzó al instante sus rayos espirituales, únicos medios de represion de que podia disponer. Escomulgó al vendedor del trigo, y como este, lejos de enmendarse, aun puso su mercadería á mas alto precio, el prelado declaró á la capital en entredicho, é hizo cerrar todas las iglesias. Grandes fueron los rumores que se levantaron entre un pueblo eminentemente católico, y entre una clerecia numerosa, que perdia en misas mas de 3000 pesetas diarias. No pudiendo conseguir el Virey hacer levantar el entredicho, dió la órden de prender al arzobispo como perturbador del órden público, y reo de lesa majestad, órden que al fin fué ejecutada, bien que el prelado para sustraerse á ella, se retrincherase en su catedral, como en un asilo inviolable, y revestídose de sus hábitos pontificales, haciéndose colocar sobre las gradas del altar, en medio de su cabildo, teniendo el sacramento en una mano, y el báculo en la otra. Alonso de Serna conducido con buena escolta á San Juan de Ulua, fué en seguida embarcado para España, en uno de los navíos del estado. Pero semejante acto de autoridad conmovia demasiadas pasiones, para que fuese aceptado por una poblacion que escitaban tantos sacerdotes irritados. Comenzó por lanzar gritos de rabia contra el jefe de los oficiales de justicia llamado Tirol, que habia preso al prelado. Este hombre amenazado de muerte todos los dias, se refujió en el palacio del virey, á donde fué perseguido por el populacho pidiendo su cabeza. Viendo los amotinados que se les escapaba la presa, se dirijió contra el mismo virey. Rompió la puerta de la cárcel dependiente del palacio, puso los presos en libertad, y aumentados con esta fuerza auxiliar, atacaron el palacio. El virey que ni tenia soldados ni cañones, y se veia reducido á algunos guardas y criados, hizo enarbolar el estandarte real, y tocar la trompeta. Era esta la señal del peligro, que debia hacer concurrir á todos los buenos Españoles en su ayuda, y sin embargo nadie

se movió. Esta simpatía por los sublevados los enardeció hasta tal punto que pusieron fuego á la cárcel, forzaron el palacio, lo saquearon, y no salieron de él sin haberse perfectamente asegurado que el virey no existia en él. Este alto personaje se habia felizmente fugado en traje de fraile franciscano. Un relijioso de esta órden lo acompañó á su convento, en donde permaneció el resto del año. A la noticia de esta sedicion de tan perverso ejemplo, la corte de España hizo marchar un nuevo virey asistido de un inquisidor de Valladolid encargado de informar. Habia tanta jente que castigar y de tan altas clases, que creyeron deber limitarse á mandar ahorcar algunos miserables, convencidos de robo, y á destituir cierto número de funcionarios públicos La actitud de los criollos, y de los hombres de la raza roja en aquella circunstancia, fué muy notable. Ella dió una muestra de su aversion al gobierno de la Metrópoli. Vióse entónces lo que podia esperarse de estas dos clases de hombres si algun dia llegaba para ellos la ocasion favorable de sacudir el yugo de los Españoles.

En el siglo diez y siete no vemos en Méjico sino acontecimientos interiores, y varios hechos que se ligan con la historia del globo. La dominacion de los Españoles se ve de vez en cuando recurrir á la fuerza, en particular contra algunas tribus Chichimecas, que querian mejor morir con las armas en la mano, que concluir su vida en el fondo de las minas en una lenta agonía. Pero un enemigo mas imponente que el Indio, el agua de los lagos, puso diferentes veces en el siglo diez y siete á la Nueva Méjico en el mayor peligro. Hemos visto ya este terrible elemento inundar la capital de los reyes aztecas, á estos buscar un preservativo á su ímpetu por un largo dique elevado desde Iztapalapan hasta Tepeyacac. Este trabajo destruido varias veces por las aguas, y otras muchas reparado por los Españoles, no habia podido impedir las inundaciones de 1553, 1580, 1604 y 1607. Evidenciada su insuficiencia, se acudió á otro sistema, que fué el de un canal de desagüe. El injeniero Martinez adoptando el antiguo proyecto de 1580 hizo cavar la famosa galería subterránea de Nochistongo, que debia dar salida á las aguas del lago de Zumpango, y del rio de Guantitlan. Este trabajo se comenzó de un modo solemne. El virey á presencia de la audiencia dió el primer golpe de azada. Quince mil Indios se emplearon en esta obra y tratados con el mas severo rigor. Era necesario adelantarla, y para conseguirlo no se economizaban sus fuerzas ni sus vidas. En el mes de diciembre de 1602, convidó Martinez al virey y al arzobispo para que viesen correr las aguas por esta galería que bien pronto se hizo un objeto de crítica. Reconviniéronle por no ser bastante ancho ni profundo, y presentar poca estabilidad. Los magnates entraron en una acalorada disputa, y la corte de Madrid para ponerlos de acuerdo se desprendió de todos ellos, y confió la direccion de los trabajos á un Holandés llamado Adrian Boot, partidario del sistema de los diques, que puede llamarse sistema indio. Se abandó aquella galería, ó tal vez la cegaron, lo cierto es, que á consecuencia de las grandes lluvias, en 20 de junio de 1629, la ciudad de Méjico se inundó hasta un metro de altura, de manera que se iba en barcos por las calles. Durante cinco años que duró esta inundacion, la miseria del pueblo bajo llegó al último estremo; cesó el comercio; se hundieron muchas casas, y otras se hicieron inhabitables. El arzobispo Manso y Zuñiga se distinguió por su ferviente caridad: salia todos los dias en una canoa, para distribuir pan á los pobres en las calles que cubrian las aguas. En medio de estas desgracias, el virey dispuso se condujese á Méjico la imájen de la Vírjen de Guadalupe que permaneció mucho tiempo en la infeliz ciudad inundada, pero las aguas no se retiraron hasta el año 1634, época en que á impulso de varios temblores de tierra muy fuertes y frecuentes, se abrieron grietas en el valle: este fenómeno, segun los incrédulos, favoreció sobremanera al mila-

gro de la reverenciada imájen.

Ningun acontecimiento importante llamó la atencion del mundo en Nueva-España por espacio de un largo período del siglo diez y siete, hasta que en 1680, sus costas orientales llamaron la codicia de los atrevidos piratas. En 1683 tres de sus jefes, dos de ellos Holandeses, y el francés Gramont á la cabeza de mil doscientos hombres escojidos aparecieron en la costa de Méjico con objeto de atacar la Nueva Vera-Cruz. Introdujéronse de noche por sorpresa. Graff, uno de los jefes se apoderó de la fortaleza, que estaba guarnecida con doce piezas de cañon, y las dirije al instante hácia la villa. Dispertados los Españoles con el ruido del cañon, saben que los piratas son dueños de la plaza: corren á las armas, y bien pronto empieza una horrible carnicería. Los piratas quedaron vencedores, é hicieron un gran número de prisioneros, entre los cuales se contaban los mas ricos y notables de la poblacion. Los encerraron en una de las principales iglesias, que dispusieron de modo que pudiera volarse. En seguida arrebataron todo el oro, plata, alhajas y mercaderías de los habitantes, cargando sus embarcaciones de todos estos objetos por valor de mas de seis millones. Temiendo entónces ser atacados por las milicias de los alrededores, ofrecieron la libertad á los Españoles encerrados en la iglesia con tal que se les pagase por su rescate la suma de dos millones de duros, que les fué al momento entregada, é inmediatamente izaron velas con todo aquel rico botin. Dos años despues, estos mismos hombres mandados por Grammont, salieron de la Tortuga y fueron á atacar á Campeche. Bastáronles algunas horas para apoderarse de sus arrabales. La fortaleza, provista de municiones hizo por de pronto alguna resistencia, pero su débil guarnicion la abandonó muy pronto para salvarse en el interior, y los piratas tomaron de ella posesion, y permanecieron allí dos meses, durante los cuales robaron la ciudad, y la incendiaron al retirarse. Grammont celebró la fiesta del rey de Francia como un verdadero corsario, haciendo quemar en señal de regocijo el dia de San Luis mas de un millon de piezas de madera de tinte. Las costas del Méjico que coronan el Grande Océano, mas dichosas que los del Atlántico, veian á la sazon adelantarse los misioneros jesuitas á la conquista de la pacífica California; conquista continuada infructuosamente por espacio de cerca de dos siglos, tanto por Cortés como por los vireyes sucesivos, que fué despues abandonada como imposible por la corte de Madrid, y vuelta á emprender por esta célebre sociedad, cuyos servicios jeográficos no deben ser desconocidos.

El viaje de Ulloa, en 1641, emprendido por órden de Cortés (1), habia establecido casi como seguro, que la California estaba unida al continente, pero el piloto Castillo la presentó como una península, sobre el mapa tirado en Méjico en 1641. A pesar de estos progresos en la jeografía, los cartógrafos del tiempo de Cárlos II, miraron esta comarca como un archipiélago de las grandes Islas llamadas *Islas Carolinas*. La pesca de las perlas atraia allí de vez en cuando algunas embarcaciones espedidas de los puertos de Xalisco, de Acapulco, ó de Chacala. Sebastian Vizcaino tomó de ellas formal posesion en 1596; pero cuarenta y seis años despues, los jesuitas lograron formar allí algunos establecimientos, teniendo que luchar contra los esfuerzos de los frailes de San Francisco, que de cuando en cuando procuraban introducirse entre los Indios. Tuvieron que combatir á estos mismos Indios estúpidos y feroces, incapaces de comprender los beneficios de la civilizacion, sin obtener de los puntos militares la proteccion que debian esperar, pero les auxilió el tiempo, fué apreciado su celo, y concluyeron

(1) El autor de esta obra acaba de decirnos que Cortés falleció en el año 1547., y sin embargo nos lo resucita ahora (en 1641). dando órdenes de embarques, de modo que, ó ha equivocado las cifras, ó no pudo ser Cortés quien diése semejante orden de descubrimiento á Ulloa, porque desde su fallecimiento al año citado de 1641, transcurrieron 94 años. *Nota del Trad.*

por obtener una victoria completa. No solamente tuvieron el privilejio del gobierno espiritual de la California, si que, decidió tambien la corte, que todos los soldados con el capitan del destacamento de Loreto, estuviesen bajo las órdenes del Padre presidente. Desde 1697 hasta 1721, tres jesuitas llamados Kiihu, Salvatierra y Ugarte hicieron conocer con los mas circunstanciados detalles, las costas que rodean el mar de Cortés, el aspecto físico del pais con su verdadero diseño. Creyóse entónces en Europa que se sabia ya por primera vez, que la California era una península (1). Estos relijiosos fueron sus verdaderos conquistadores: la sometieron al Evanjelio, y sus establecimientos durante los primeros sesenta años del siglo diez y ocho estuvieron en pleno progreso. Contábanse entónces diez y seis misiones principales, de las cuales dependian aun cuarenta y tantos lugares. Los jesuitas desplegaron en esta obra de civilizacion, el celo apostólico, la industria comercial, la administracion prudente y sabia, y la actividad á que han debido tan felices resultados, y que les han espuesto á tantas calumnias en ambas Indias. El fanatismo no guiaba sus pasos: ellos llegaron á los paises salvajes Californienses con algunas cosas raras y de gusto para divertirlos, y con granos para alimentarlos; y el odio de aquellos pueblos al nombre español, fué vencido por la benevolencia de sus fundadores. Ellos se hicieron carpinteros, albañiles, tejedores, arquitectos y cultivadores. Despues de su espulsion en 1767 la administracion de la California fué confiada á los Dominicos de Méjico, y la prosperidad de las misiones desapareció con sus hábiles fundadores.

(1) El Padre Kühn estableció, en 1697, por sus propias observaciones, que la California se volvia á unir hacia el norte con el continente, y se juntaba á la Pimeria-Alta. Veinte años despues, visitó Urgate el golfo de California hasta el Rio-Colorado, levantó el mapa de una parte de sus costas, y reconoció, que no existia comunicacion alguna entre este golfo y el mar del Sud. La exactitud de la carta de Castillo quedó entónces confirmada.

Antes de llegar á la revolucion de 1808, nos es preciso tomar una idea de la organizacion colonial, civil, política y relijiosa de Méjico, pasar una revista á su estado social, y señalar la cadena de abusos, que unidos al yugo español forman la base del odio comun de los criollos blancos, y los hombres de la casta roja.

La España fundó sus colonias en América antes que todas las demás potencias: á ella pues pertenece la peligrosa tarea de sus primeros ensayos. En tiempo en que la Europa salia apenas de la edad media, en que las reformas del norte ajitaban los espíritus; en que el temor de verla penetrar en los parajes que evacuaban los moros, tenia á esta misma España en una desconfianza permanente; mostraba sin embargo un imponente aire de resistencia, contra todo cambio político ó relijioso; y confiaba á la Inquisicion la custodia de su antiguo cristianismo, y añejas instituciones. Fanática y caballeresca, combatia por una querida, por Santiago, por la inmaculada Concepcion de la Vírjen con el mismo ardor, y cuando era cuestion de triunfar de los infieles, estender su fe, y enriquecer el trono con nuevos dominios todos los medios le parecian lejítimos. Estas disposiciones esplican las medidas rigurosas empleadas por los castellanos en las Américas, el espíritu de su política, y los derechos con que se creian sobre las tierras conquistadas ó sobre los pueblos vencidos.

El Méjico, y lo mismo todas las posesiones americanas de España, no estaban consideradas como colonia en la escepcion ordinaria de esta palabra. Era únicamente una propiedad de la corona en virtud de la donacion del Papa. El pais pertenecia al rey, y las tierras ocupadas por los conquistadores, ó sus representantes lejítimos, ó por los indíjenas se reputaban como concesion real. A este título de propietarios el rey no imponia cargas al terreno, pero percibia los derechos, tributos y censos: gobernaba por un delegado que llevaba el título de virey. No reconocia ningun derecho de corporacion, ningun pri-

vilejio. Los funcionarios eran suyos, pagados de su tesoro con mayores ó menores sueldos.

Representando al soberano estaba el virey á la cabeza de toda la administracion del pais: presidía el consejo, nombraba á los empleados que debian ocupar las vacantes, bajo la sujecion de la sancion real; mandaba el ejército y decidia todas las cuestiones militares en consejo de guerra. Tales eran sus principales atribuciones (1).

A la par de este alto funcionario, y como un contrapeso á su autoridad el tribunal de la audiencia, y superior á todos los demás tribunales civiles y eclesiásticos, pronunciaba los fallos en última apelacion, siempre que el objeto del litijio no escediese de dos mil duros. Este tribunal tenia el derecho de apelacion, y deliberaba como un consejo de estado: se entendia directamentamente con el consejo de Indias; este gran regulador de todos los negocios de las colonias españolas. Los miembros ó jueces de aquella audiencia gozaban de inmensos privilejios. Hijos de la madre patria ante todo, debian á ella todos sus cuidados é interés, y para que ninguna relacion de familia pudiese enlazarlos con Méjico, les era prohibido contraer allí matrimonio lo mismo que á sus hijos, ni adquirir propiedades. Igual prohibicion le estaba impuesta al virey.

A la cabeza de los empleados de hacienda y de las administraciones locales de las provincias estaba el Intendente, á cuyas órdenes se hallaban los recaudadores de derechos y censos, y despues las aduanas ejercian sus funciones. Todos estos ajentes del fisco, mas temibles que una nuve de langostas, se arrojaban en épocas fijas á los pueblos indios, y los esprimian sin ninguna consideracion, y lo que estos vampiros entregaban al real tesoro era mucho menos que lo que guardaban para sí. La autoridad de los Intendentes en cuanto concernia al impuesto directo ó indirecto, era muy lata. Sus honorarios eran tasados por el consejo de indias, é intervenidos por el virey. Eran casi independientes en sus respectivas provincias, y cuyos límites han servido en estos últimos tiempos, á determinar la circunscripcion de cada estado de la confederacion mejicana.

La constitucion de la Iglesia americana en nada semejaba á la de España. En la península el Papa era el jefe absoluto del clero; en América no ejercia sobre él sino un poder nominal, y la Iglesia mejicana solo obedecia al rey. Las prerogativas que en tiempos antiguos concedieron á Fernando Alejando VI, y Julio II, no eran menos ilimitadas que las de un jefe de iglesia nacional, como por ejemplo el rey de Inglaterra. El monarca español disponia de todos los beneficios y empleos; su patronazgo era ilimitado. Ninguna bula se recibia en Nueva-España, sin haber sido examinada y aprobada por el consejo de Indias: los reyes no autorizaron en Méjico otras órdenes relijiosas que las que hacian voto de pobreza; y á las cuales prohibian sus estatutos poseer propiedades territoriales, y ejercer derechos señoriales. Es sumamente desagradable ver á la par de medidas tan sabias, el indigno tráfico de las bulas de induljencias, que el gobierno sostenia dolosamente con el Papa, y que este revendia á los Indios y criollos á un escesivo precio. Este tráfico se hacia públicamente, sin misterio lo mismo que el del tabaco, siendo semejante monopolio una de las principales rentas de la corona; no permitia al soberano Pontífice mas intervencion en estos negocios, como tampoco hubiera sufrido que la Francia y la Inglaterra se inmiscuyesen en la administracion del pais. No era esta cuestion de interés pecuniario solamente, lo era tambien de soberanía.

Obsérvese como un hecho carac-

(1) El poder de los virreyes se habia restrinjido considerablemente en los últimos tiempos de la dominacion española: hallábase coartado por diferentes Juntas de nueva creacion. La antigua audiencia y el consejo de Indias, habian concluido por atribuirse hasta los mas pequeños detalles de administracion.

terístico de la política española en la administracion de sus colonias, que todos los poderes estaban allí equilibrados, que ninguno era absoluto, ni podia por consiguiente pretender que su accion no fuese censurada. Todos se vijilaban reciprocamente, con cuyo medio creia la madre patria asegurarse contra toda empresa de independencia, pero olvidaba, que la independencia de una colonia, no fué jamás obra de ajentes pagados por el gobierno, sino de las mismas poblaciones oprimidas, y de la marcha del tiempo.

No hemos hablado todavía del poder popular, de las corporaciones municipales, único elemento democrático que existia en Méjico. Estas asambleas conservaron largo tiempo algunos vestijios de su oríjen, y aquel espíritu de libertad, que Cárlos V, apenas subido al trono, aniquiló tan perfectamente en España. Los rejidores y los alcaldes, que componian los ayuntamientos ó municipalidades, nombrados al principío en Méjico por los vecinos de cada pueblo, eran apreciados de los habitantes, que los miraban como sus protectores naturales. Numerosas relaciones ya de alianzas de familias, ó ya de intereses comunes unian al indíjena, con los majistrados de la ciudad, mientras que entre el indíjena y el Europeo no mediaba ninguna relacion íntima, ni el menor parentesco. Al principio de la revolucion los miembros del cabildo, fueron en casi todos los puntos los órganos del pueblo. Hiciéronse ardientes abogados del gobierno provisional en ausencia del rey, y se colocaron como enemigos cara á cara de las audiencias consagradas á los intereses de la vieja monarquía. Así comenzó la lucha entre la casta roja y la raza blanca. Esta posicion de los cabildos y del pueblo en todas las épocas, es un hecho muy estraordinario, porque es del caso notar, que desde mucho tiempo, eran los primeros, casi en su totalidad, elejidos por la corona, y que hasta 1812, en que se estableció la constitucion en España, el privilejio de eleccion era puramente nominal. Mas bien se buscó al fin del último siglo, á desnaturalizar completamente esta institucion dándola un color militar. Ensayóse en las provincias interiores el hacer de un capitan y de algunos tenientes de la milicia de cada localidad, un alcalde y rejidores perpetuos. Semejante innovacion duró poco, y demostró el ridículo que envolvia.

El código que rejia en Méjico, y con arreglo al cual debian los tribunales pronunciar, se titulaba, *Recopilacion de las leyes de las Indias.* Era este una masa eterogénea de estatutos, decretos y ordenanzas, formulados en el espacio de tres siglos sobre diferentes objetos relativos á la América española por el consejo de Indias y los reyes de España. Era una estraña amalgama de disposiciones incoherentes, á veces contradictorias, y que no habia de comun entre ellas mas que el estar reunidas, y encuadernadas en cuatro volúmenes de á folio. En ninguna parte se hallaba la arbitrariedad mas bien intercalada que en aquel caos, en donde todas las opiniones podian hallar su texto favorito. Así pues, como una consecuencia de tal induljencia, en ninguna parte era la justicia menos pura, y la corrupcion mas jeneral y menos embozada, sirviéndola de escudo su ninguna publicidad. A tan mala lejislacion se unia un detestable procedimiento, resultado de innumerables privilejios ó fueros, por manera, que cada profesion ó corporacion tenia los suyos, y la clerecia disfrutaba los mas latos. Seguian los de los cuerpos científicos, luego los de los comerciantes, los de la milicia, los de la marina, etc. Cada esceptuado podia elejir, tanto en lo civil como en lo criminal, el tribunal especial del cuerpo á que pertenecia, y en todo esto solo los Indíjenas eran los menos atendidos, érales casi imposible obtener justicia contra un Europeo, que declinaba siempre la competencia del ordinario, y no se prestaba al litigio sino ante los jueces de escepcion.

Considerada la letra de la ley en su verdadero sentido, habia una perfecta igualdad entre los Ameri-

canos y los Españoles. Tanto los primeros como los segundos eran admisibles en los empleos públicos. Este derecho se espresa cien veces en las recopilaciones. Tambien se hallan en la misma coleccion disposiciones sabias relativas á la reparticion y percepcion de los impuestos; pero estas teorías de justicia y de equidad desaparecian ante una práctica, mucho mas en armonía con el sistema prohibitivo adoptado. Aquí los privilejios eran una necesidad política, una consecuencia forzosa: empleando únicamente Españoles, diseminábase por todos los puntos una clase de hombres estraña á los usos, costumbres é intereses del pais, y que debiéndolo todo á la España, debian serle á ella fieles y apasionados. Pusiéronse entre sus manos todos los medios de hacer fortuna, no tanto por beneficiar á aquella, como por quitar á Méjico grandes capitales. Estos hombres no pasaban allí sino por tiempo determinado, y á la manera de las aves de rapiña que remontan al aire su presa, se apresuraban á volver á España para depositar bajo el techo paterno el fruto de sus rapiñas (1). Modelos de esta codicia eran los primeros funcionarios. Los vireyes daban el ejemplo. Con un sueldo nominal de sesenta mil duros, hallaban el modo de gastar dos ó tres veces mas, y luego despues de algunos años de una vida rejia, volvian á España con algunos millones de ahorro. Sacaban cuantiosos beneficios de la distribucion arbitraria del azogue, cuya venta esclusiva pertenecia al rey; vendian á los criollos títulos y distinciones, que se encargaban de hacer revalidar en Madrid. Vendian á las grandes casas de comercio de Méjico y Veracruz licencias para la introduccion de artículos estranjeros prohibidos, y los funcionarios grandes y chicos obraban del mismo modo, cada uno segun los límites de su empleo; y era tan agradable este manejo, que varios ajentes trabajaban sin retribucion. Para los destinos sin sueldo no faltaban candidatos, que pagaban bien cara la facultad de robar en Méjico con privilejio.

Este triste estado de cosas que los intereses de Madrid, de Cádiz, de Veracruz y de Méjico apoyaban con su influencia, constituian la seguridad de triunfar de las quejas de los Americanos. El Español en las colonias era siempre el hombre de la metrópoli, el hombre orgulloso de su color y de su raza. Es necesario haber visitado Méjico antes de la última revolucion para formar una idea de la preferencia que los vínculos del pais obtenian sobre los de la sangre. El hijo que tenia la desgracia de nacer de madre criolla, era mirado en la casa paterna, como inferior á un pequeño aprendiz castellano, al cual se le cedia con orgullo la hija de la casa con mucha parte de su fortuna. *Eres criollo y basta,* tal era la frase ordinaria que el Español en los momentos de mal humor dirijia á sus hijos. Era la fórmula del mas profundo desprecio que pudiese espresar. Él y sus semejantes eran conocidos bajo el nombre de Gachupines. Esta palabra designaba en boca de los Americanos, al Europeo infatuado de su propio mérito, y que la casualidad de haber nacido en los llanos de Castilla ó la Mancha, le infundia una capacidad intectual superior á la de la raza oriunda de los conquistadores de Méjico, y de las hijas de la nobleza azteca.

Vijilante en cuanto concernia á sus intereses financieros, estaba sin embargo, la España lejos de entenderlos de un modo razonable. En vez de simplificar su administracion la complicaba anualmente aumentando empleos inútiles. De este modo la rica colonia de Nueva-España no le producia al año mas que seis millones de duros, aunque la totalidad de los impuestos y derechos en todos conceptos ascendiese á mas de veinte millones. Los gastos de la

(1) Lo mismo y algo peor hicieron los Franceses en España en 1808. Nos arrebataron muchas riquezas, destruyeron varios templos, profanaron las imájenes, y muchos de ellos se fueron cargados de oro á su pais. Y adviertáse que su relijon era la nuestra, y que no habian venido á un pais bárbaro de Indios. *N. del Traductor.*

administracion absorvian mas de la mitad de esta suma, y esto servia para cubrir el déficit, que existia entre los ingresos y gastos de Filipinas y la Habana.

Bajo tal sistema, muy poco se ocupaban del bien moral de las masas, se miraba como medida política mantenerles en una profunda ignorancia, garantía de obediencia y seguridad para el gobierno. De este modo, no sabiendo el criollo lo que pasaba fuera de su patria, se imajinaba que la suerte de los demás pueblos valia aun menos que la suya; estaba convencido, que nada habia de grande ni mas ilustrado que la España. Veia en su gobierno la mejor combinacion monárquica, y en su poder militar la reina de las naciones. Para ellos, hablar cristiano, ó la lengua de los cristianos, significaba lo mismo que hablar en español. Bajo la lista nominal de los infieles, ó heresiarcas comprendia á los Franceses, Ingleses, Judíos, Musulmanes, etc., con los cuales ningun buen católico debia estar en relaciones. Entre ellos la inquisicion conservadora de su ignorancia, proscribia de la misma manera los escritos políticos y las historias menos desenfadadas, que las obras de Lutero. Hasta en 1811, las doctrinas de la soberanía nacional eran por una estraña anomalía, denunciadas como perversas y condenables. Necesitaba el criollo un permiso especial para visitar los paises estranjeros, no lo obtenia siempre, y cuando lo conseguia era limitado. El arte del dibujo y el de la esplotacion de minas eran los que recibian algun impulso. Puede presumirse que la importacion de libros europeos estaba severamente prohibida. En 1807, un Mejicano, llamado D. José Rojas, fué acusado por su propia madre como tenedor de un volúmen de Rousseau. El desgraciado no se libró de la cárcel sino por la fuga. Es justo confesar sin embargo que esta persecucion no alcanzaba sino á la jente baja, y de ningun modo á la alta sociedad, y que las prohibiciones lo eran mas en teoría que en la práctica. Las clases elevadas se cuidaban muy poco del santo oficio, y aun lo despreciaban casi abiertamente. Hallábanse en sus bibliotecas las obras de los filósofos franceses é ingleses, lo mismo que un gran número de escritos políticos, y aun los que el jenio revolucionario esparcia en los últimos años del siglo diez y ocho.

Al concluir este rápido cuadro, no debemos echar en olvido las restricciones á la libertad industrial y comercial que la Nueva-España tenia que sufrir. Este sistema prohibitivo que afectaba los intereses de las clases mas numerosas, es, sin duda, la causa mas directa de la revolucion. La preferençia dada al Español para los empleos públicos, no ajitaba los espíritus populares, pues estos no pretendian gobernar, pero el monopolio de Cádiz y Veracruz les era muy duro. Cada dia se les recordaba, al pagar á peso de oro los artículos de Europa de un uso jeneral, sobre todos aquellos que su propio pais habria producido con tanta abundancia y baratura. Si el réjimen prohibitivo mas completo, pudiera ofrecerse como tipo del mejor sistema colonial, la Antigua-España, tendria derecho á la admiracion de la posteridad. Hemos visto ya que habia prohibido el cultivo de la viña y el olivo. El del cacao, café y añil, no lo toleraba sino con ciertos límites, y solamente en proporcion de las necesidades de la madre patria. Fastidioso fuera enumerar todas las industrias manufactureras prohibidas en Méjico, ó dejadas sin proteccion. La España se reservaba el derecho esclusivo de proveer á sus colonias de cuanto les faltaba, y no es difícil demostrar, que impotente para elaborar en su seno la mayor parte de los objetos que conducia á la América, no era en realidad mas que la intermediaria entre sus súbditos de ultramar, y los verdaderos productores de Europa. En resúmen, los tesoros del nuevo mundo no quedaban en su poder.

Preciso es lleguemos hasta el principio del siglo diez y ocho para observar algunas modificaciones á este riguroso sistema prohibitivo que acabamos de señalar. Fué permitido

á los Franceses durante la guerra de sucesion, el comerciar con el Perú, pero el Méjico se le mantuvo cerrado. Despues de la paz de Utrecht, el tratado conocido con el nombre de el *Asiento*, garantizó á la Gran Bretaña el derecho de trasportar durante treinta años, esclavos negros en las colonias españolas, y el privilejio de enviar un buque de quinientas toneladas cargado de mercaderías de Europa á la feria de Porto-Bello. La prohibicion que perjudicaba á los colonos fué modificada en el año 1774, en favor de Méjico, de Guatemala, del Perú y de la Nueva-Granada. Estas grandes provincias pudieron comerciar entre ellas; y la misma libertad se estendió mas adelante á todas las otras colonias españolas en ambas Américas.

El fin del siglo diez y ocho fué un período de progreso para Méjico. La administracion del conde de Revillagigedo se hizo notar con útiles trabajos, con buenos caminos, por el baldosado y alumbrado de las principales ciudades, por la publicacion de una estadística del pais, por una mejorada policía, y por sabios reglamentos, que fueron harto mal ejecutados por los ajentes del gobierno.

Hemos hecho una reseña del monopolio de la España con su lujo de medidas fiscales y prohibiciones. Un réjimen semejante, no tiene mas duracion que la del poder que le sostiene. Está en el órden inmutable de las cosas humanas, que todo sistema en el que las ventajas no son recíprocas entre los gobernantes y gobernados, cae con la fuerza en que fundaba su punto de apoyo; y esto mismo fué lo que se vió en la América española á la noticia de los sucesos del año 1808. Ellos hicieron desplegar en las masas las ideas de independencia, que no eran hasta entónces bastante populares para ser puestas en accion, sin tales circunstancias, hubieran quedado, siendo el tema favorito de algunos espíritus, buenos para arreglar filosóficamente en el silencio de un gabinete el drama de las revoluciones, pero retrocediendo siempre á la vista de la ya puesta en escena.

Está jeneralmente admitido, que la insurreccion de Aranjuez (1808), que resolvió el destierro del príncipe de la paz, y la abdicacion de Cárlos IV, llevó el primer golpe á la autoridad real en la colonias de España. Un monarca absoluto obligado á doblegar la cerviz ante un populacho faccioso, insultado por sus súbditos, abandonado de sus guardias, era un espectáculo á propósito para debilitar de lejos entre los colonos de América el sentimiento monárquico y el culto rejio, y, cuando en pos de estas tristes escenas sucedió la invasion de la península por Napoleon, la cautividad del monarca, la ruina de la vieja dinastía en Bayona: lo que quedaba de prestijio unido al nombre de España se desvaneció en el espíritu de los Americanos, quienes hasta entónces creian siempre en el grande imperio del siglo diez y seis, el terror del mundo, sobre cuyas tierras no se ocultaba jamás el sol.

Esta credulidad era el ánjel de la guarda de la madre patria; perdiendo este apoyó, perdia su fuerza moral, única que pudiese mantener en obediencia sus diez y siete millones de súbditos de ultramar. Desde este momento se hizo inevitable la pérdida de sus colonias. Algunos instantes creyeron estas, que el pueblo español levantándose denodadamente para defender sus derechos, iba á sacudir el yugo; pero los rápidos progresos de las armas francesas durante el año 1809, la debilidad, las incertidumbres y los reveses de la junta central, su retirada á las Andalucías y la ocupacion sucesiva de toda la península por el ejército invasor, escepto Cádiz, hicieron desvanecer el entusiasmo momentáneo de las colonias por la Metrópoli. Estos acontecimientos despertaron en el alma de los criollos su antiguo rencor, y enjendraron nuevos sentimientos de desprecio. Miraron á la España como decaida de su antiguo rango, como una de las provincias de la Francia, creyéronse entónces exentos de toda obediencia para con los ajentes de un gobierno que ya

carecia del poder de hacerse respetar en su propia casa, y el único lazo que les contuvo aun, fué el principio fundamental de la jurisprudencia española, de que las colonias eran de la corona, y no del estado. Sin embargo en la ausencia del monarca, los Americanos españoles tenian á la vista el ejemplo de sus hermanos de Europa, que reemplazaban el poder real, por autoridades de su eleccion, encargadas de gobernar en su nombre.

Este estado de cosas no era ignorado en la Península, y pronto conoció la Junta central, y despues la Rejencia, la necesidad de conjurar la tempestad con sabias medidas, modeladas bajo una perfecta igualdad de derechos entre la madre patria y sus colonias de Ultramar. Estas fueron declaradas partes integrantes de la monarquía por decreto de 5 de junio de 1809, y otro decreto de 10 de mayo de 1810, les concedió la libertad de comercio bajo ciertas restricciones. Esta equitativa resolucion era el mejor antídoto contra el espíritu de independencia de las colonias. Desgraciadamente los comerciantes de Cádiz, cuyos intereses contrariaba, tuvieron el enojoso encargo de llevarla. Otra disposicion de 27 de junio decidió, que atendida la importancia de la materia y dificil de la situacion, ninguna innovacion tendrian las leyes prohibitivas que afectaban las colonias, ni tampoco las relaciones que existian entre ellas y la España. Todas las disposiciones del código indio quedaron en vigor, y el decreto de mayo fué declarado nulo y de ningun valor. Creyóse poder suavizar cuanto tenia de irritante este nuevo rigorismo, con frases liberales y promesas brillantes, pero fué tiempo perdido. Los criollos quedaron convencidos de lo que podian esperar de aquellos que reclamaban para sí la libertad, y reusaban concederla á sus hermanos de América.

De esta situacion moral de toda la América española en el tiempo que nos ocupa, es necesario que volvamos ahora á Méjico, en el que, hasta 1808, mas apáticos que en ningun otro punto, se mostraban tambien mas indiferentes á la posesion de los derechos políticos.

Estaba entónces aquel pais floreciente y tranquilo; las minas y la agricultura daban á su laboriosa poblacion trabajo y comodidad, y riquezas á los propietarios: nada anunciaba la proximidad de la tormenta que debia á los pocos años descargar tantos males sobre la Nueva España. A la cabeza de su gobierno estaba entónces D. José Iturrigaray, hombre sabio, moderado, y amigo del bien, sin pasiones ni preocupaciones. Su autoridad apoyada por los plantadores, los grandes propietarios de minas, y los empleados europeos, parecia tan bien cimentada como la de los vireyes sus antecesores.

El 8 de julio de 1808, una corbeta espedida desde Cádiz, llevó á Méjico las gacetas francesas de Madrid conteniendo la relacion de los acontecimientos que colocaban la corona de España sobre las sienes de José Bonaparte. El virey careciendo de instrucciones, y sospechoso de la fidelidad de algunos Españoles de su alrededor, comunicó estas noticias al público por conducto de la gaceta oficial, diólas sin comentario, y sin ninguna de aquellas reflexiones que ilustran la opinion y pueden servir para dirijirla. Esta fué una falta, pero esta falta se reparó inmediatamente por una proclama en la que protestaba de su fidelidad al rey Fernando su lejítimo soberano. En ella invitaba al pueblo á seguir su ejemplo, y á prestarle su apoyo. Toda esta declaracion fué recibida con entusiasmo. La muchedumbre se agolpó en las calles, gritando *venganza contra la Francia y sus partidarios.* El pueblo estaba orgulloso por la frase de la proclama reclamando su apoyo. Jamás se le habia dirijido semejante lenguaje, y era la primera vez que se contaba con él para algo. Los esfuerzos que empleó para desempeñar su puesto, y ejercer el poder que se le reconocia, probó que no ignoraba el valor de su presencia. Los ayuntamientos respondieron á su voz; habian sido ya sus órganos

en varias circunstancias. Viéronse entónces llegar de todos los cuarteles de la capital, de todas las ciudades de provincia, y hasta de los pueblos mas insignificantes comunicaciones firmadas por la comunidad de los habitantes, espresando en ellas los mas puros sentimientos de adhesion al rey, y la resolucion de sostener al representante de la autoridad soberana. Esta reciprocidad de sentimientos análogos, enjendró entre el virey y los criollos las relaciones mas íntimas y afectuosas. La municipalidad de Méjico, compuesta de hombres influyentes y respetados se aprovechó oportunamente de estas disposiciones para pedir al virey la creacion de una Junta central á imitacion de la madre patria, y asimismo la convocacion de una asamblea nacional, compuesta de diputados de diferentes provincias.

Esta proposicion favorablemente acojida por Iturrigaray, fué rechazada por la audiencia, como contraria á los derechos de la corona, y á los privilejios de los Españoles. En vano se tanteó durante tres meses vencer aquellos magnates, y conducirlos á una política mas conciliadora. Lejos de ceder tomaron el partido de cortar la cuestion con un golpe de estado. Antojóseles que el virey se inclinaba en favor de sus adversarios y resolvieron deponerlo y enviarlo á España. En la noche del 15 de setiembre una partida de Europeos la mayor parte mercaderes, mandados por un tal Gabriel Yermo rico propietario del mas hermoso injenio del valle de Cuernavaca, forzaron la entrada de palacio; se apoderaron de Iturrigaray que descansaba sin recelo, le pusieron en las cárceles de la inquisicion, y á su familia en un convento. Su guardia no opuso la menor resistencia; dejaron obrar á sus compatriotas con toda libertad, y dar á la América el ejemplo de lo que es capaz la aristocracia codiciosa, cuando se trata de conservar un monopolio.

La audiencia se justificó con el populacho, acusando al virey de heresíarca, y á la faz de los hombres mas ilustrados se autorizó por medio de una disposicion del código de las Indias, que le daba el derecho de intervencion, y de alta policía para asegurar la tranquilidad pública, cuando el virey la comprometiese por un abuso de autoridad. Pero estas esplicaciones, hijas de la necesidad de ocultar al público el verdadero motivo de aquel golpe de estado, no tuvo buen efecto para con los criollos: vieron estos que la deposicion de Iturrigaray, no era otra cosa que su esclusion del poder, y que su causa era la de ellos. La audiencia puesta ya en el camino de la arbitrariedad no detuvo sus pasos. Creó una junta de seguridad, especie de oficina de policía jeneral: dió poderes amplios para vijilar y prender. Organizó partidas de Españoles armados, bajo la estraña denominacion de patriotas. Hizo poner en la cárcel á los miembros del ayuntamiento que habian votado por la instalacion de la junta nacional, haciéndolos deportar unos á España y otros á Filipinas. Dió título de jefe del gobierno al arzobispo Lizana, para atraerse el afecto del pueblo que veneraba al prelado como á un santo á causa de su devocion particular á la vírjen de Guadalupe, y despues hizo marchar al infeliz Iturrigaray hácia Cádiz, en donde fué entregado á la venganza de la Junta central que habia rehusado reconocer. La acusacion ante aquel poder, aunque cambiando de lenguaje, fué calumniosa. Quiso suponerse que este alto funcionario, este escelente sujeto cuyo único defecto era el de ser algo débil, tenia el proyecto de hacerse coronar rey de Méjico, y sin mas exámen, procedimiento ni juicio, lo encerraron en una de las fortalezas de Cádiz, de donde no salió hasta despues de tres años de cautiverio, y á consecuencia de una ammistia jeneral.

Sin embargo, la conducta de la audiencia, lejos de acallar las pretensiones de los criollos Indios, solo servia de darles nueva enerjía. Sus antiguos respetos hácia el virey desaparecieron en razon de haber visto á esta dignidad tan fácilmente profanada en la persona de Iturri-

garay. Para ellos la cuestion habia cambiado de faz; tratábase entónces de saber, á qué Americano ó Español, corresponderia en Méjico la autoridad soberana, durante la cautividad del rey. La insolencia con que los Europeos la exijian aumentaba mucho mas la irritacion de los Indíjenas. El oidor Bataller, el mas fogoso personaje de la audiencia, acostumbraba decir, que en tanto existiese en la Mancha un mozo de mulas, ó un zapatero de viejo en las Castillas, á el le tocaria el derecho de gobernar las Américas.

De ambas partes se preparaban á la lucha. Los Españoles estaban armados en todos los puntos. Los indíjenas se reunian en sociedades secretas para ensayarse en conspirar, lo que hicieron en un principio con torpeza.. En pocos meses, el arzobispo, hombre conciliador y moderado, quedó incapacitado, y la audiencia tomó á su cargo las riendas del gobierno que la Junta central acababa de poner en sus manos (1809). La violencia de este poder sin restriccion iba aumentando de dia en dia, y el odio del Español se hacia mas jeneral y vivo. Desde el mes de mayo de 1809, estaban ya prontos los conjurados de Valladolid. Uno de ellos el canónigo Isurriaga, malogró esta primera tentativa descubriéndola en el lecho de la muerte á un cura de Queretaro su confesor. El correjidor de esta ciudad y nn gran número de los habitantes de la provincia fueron presos á consecuencia de esta revelacion, que paralizó el movimiento por algun tiempo, sin que el deseo de sacudir el yugo disminuyese en lo mas mínimo. La llegada del jeneral Venegas en nada cambió la disposicion de los espíritus. Provisto de amplias facultades por la rejencia de Cádiz para conceder honores, recompensas, y empleos á los partidarios de la España, no podia este remedio sino agravar el mal; y en aquella época de 1810, el foco de la conspiracion habia mudado de provincia, pasando al Mechoacan en el estado de Guanaxuato, punto en donde se habia acordado un vasto sistema de insurreccion. Aquí empieza el gran drama revolucionario que ha ensangrentado la Nueva España, y en que aparece sobre la escena el famoso Hidalgo cura de Dolores.

Era este uno de aquellos hombres activos y llenos de recursos bastante comunes entre los criollos. Sus enemigos los Españoles, y otros sin esta cualidad han reconocido y confesado sus talentos mas de una vez. Su entendimiento estaba cultivado por la variada lectura. Poseia aquella elocuencia que atrae la multitud, y su influencia descansaba en su decidida afeccion á los intereses materiales de su comunidad. Habia establecido varias manufacturas, que daban vida y comodidad á sus parroquianos. El cultivo de gusanos de seda prosperaba soberanamente. Habia plantado mucho viñedo que ofrecia abundantes cosechas, pero el envidioso Méjico acababa de prohibirle hacer vino. Este era un gran motivo de descontento para todo aquel pais, pues le privaba de un producto que le hacian pagar muy caro. No le fué difícil á Hidalgo preparar la insurreccion entre una poblacion tan bien dispuesta, y lo hizo con tan poco misterio, que su proyecto fué descubierto antes de llegar á sazon, circunstancia que hubiera podido desanimar á otro hombre menos enérjico, pero, que para Hidalgo solo sirvió de hacerle adelantar el movimiento. Tenia por antiguos camaradas de colejio tres oficiales criollos cuyo rejimiento estaba de guarnicion en Guanaxuato, D. Ignacio Allende, D. Manuel Aldama, y Don José Abasolo, y los habia convertido á su opinion: iniciados en el proyecto se asociaron á su suerte, y en 13 de setiembre levantó con ellos el estandarte de la revolucion, precedida de un sermon político, mostrando toda su confianza en la credulidad de su auditorio indio. «Amigos mios, les dijo, en el último sermon que os he predicado, he lamentado nuestra situacion actual, quejábame de su inesperado remedio, demasiado ciertas eran mis palabras. Si, hijos mios, los Europeos nos venden á los Franceses, ved, como

han recompensado á los hombres que han depuesto á nuestro virey. Ellos son los que nos han quitado nuestro venerable arzobispo, porque nos amaba: que han puesto preso á nuestro correjidor, por el solo motivo de ser Americano..... A Dios santa relijion nuestra, á Dios buen rey Fernando VII. Pobres hijos mios: dentro de pocos dias sereis jacobinos, y esclavos de Napoleon. «Padre nuestro, esclamaron los Indios. Sálvenos usted de estos demonios; la vírjen de Guadalupe para siempre, y para siempre Fernando.» Bien amigos mios replicó vivamente Hidalgo, bien, seguidme..... La Vírjen y Fernando para siempre y muerte á los Españoles. Despues de esta alocucion cuyo efecto fué electrico, Hidalgo emprendió su obra. Hizo prender y encarcelar á siete Europeos que vivian en la pequeña villa de Dolores, confiscó sus propiedades y las distribuyó entre sus partidarios. Este era el medio de aumentar su número. En veinte y cuatro horas tuvo un ejército, y desde el 18 de setiembre fué bastante numeroso para apoderarse de San Felipe y de San Miguel el Grande, villas de diez y seis mil habitantes, y en las que continuó su sistema de confiscacion. Esta necesidad de pillaje lo decidió á dirijirse sobre Guanajuato, rico depósito de los tesoros metálicos de los Españoles. No se presentaba tan fácil su conquista. No ignoraba Hidalgo que esta vasta ciudad contenia setenta y cinco mil almas y que su gobernador el intendente Rianon era hombre activo, leal, bravo, y de un carácter firme; nada quiso, pues emprender antes de haber reunido un número de jente bastante para atacar con buen resultado. Rianon por su parte, temiendo no poder defender con una débil guarnicion una ciudad tan considerable, en la que las simpatias del pueblo bajo, no estaban en su favor, creyó prudente retirarse con todos los Europeos á un grande edificio que servia de granero público llamado Alhondiga. Allí hizo conducir todo el oro, plata, azogue y demás valores del tesoro real, se fortificó, y preparó á la mas obstinada resistencia.

El 28 de setiembre, D. Mariano Abasolo vestido con uniforme de coronel del ejército de Hidalgo se presentó á la entrada del fuerte como parlamentaric. Era portador de una carta del cura que se condecoraba con el pomposo título de capitan jeneral de la América, elejido por la unánime voluntad de sus compañeros de armas. Con semejante carácter proclamaba la independencia de Méjico, declarando que los Europeos único obstáculo á la libertad del pais, debian ser espulsados de él, y sus propiedades devolverse á la nacion. Añadia que si los proscriptos se sometian tranquilamente, se les acompañaria hasta la costa para ser embarcados, pero que serian respetadas sus personas, y puestas al abrigo de cualquier insulto. La respuesta de Rianon fué la que debia esperarse de un valiente: rechazó con enerjía la revolucionaria proposicion. Hidalgo se preparó al instante para atacarle con todas sus fuerzas, que ascendian ya entónces á veinte mil hombres, la mayor parte Indios, y casi todos armados de hondas, arcos, mazas, palos, y largos cuchillos. Observáse el contraste mas estraño entre esta tropa sin órden ni disciplina, y los rejimientos de la Reina y de Celaya que habian venido á reunirse á los insurjentes en su marcha sobre Guanajuato. Pero si la actitud militar respectiva no estaba de acuerdo, los Indios demostraban mucho mas que sus nuevos aliados, aquella enérjia feroz, aquel desprecio del peligro, que los hacia temibles en todas las vicisitudes de la guerra de independencia.

Las colinas que dominan y rodean la Alhondiga fueron inmediatamente ocupadas por los revoltosos. Sus bandos, armados de hondas, arrojaron una lluvia de piedras sobre los sitiados, estos contestaron con un fuego de fusilería bien sostenido que hacia grandes estragos en las masas enemigas, amontonadas en las calles de la ciudad. Un momento contaron con el triunfo, pero habiéndose declarado la poblacion entera en favor de Hidalgo, quedo marchita aquella

esperanza. Apoderóse el desaliento de estos desgraciados realistas, que llegó á su colmo cuando vieron hecha pedazos la puerta del fuerte, y á su digno jefe Rianon, herido de una bala, y espirando á su cabeza. Oprimidos por el tropel de Indios que se agolpaba en el fuerte, fué imposible toda resistencia: en vano pidieron cuartel. La matanza comenzó en pos de la victoria; el número de blancos que pereció en la accion y despues del combate ha quedado en el silencio, pero fué horrorosa la carnicería; todos los principales criollos aliados de los Españoles que se habian refujiado con ellos en la Alhondiga, sufrieron igual suerte: de una sola familia murieron diez y siete personas: no hay espresiones con que pintar la ferocidad de los Indios; ni un solo Europeo pudo escapar á su vista; vengábanse, como bárbaros, en los descendientes de los Españoles del siglo XVI, de cuantos males habian aflijido á sus antepasados en los dias de la conquista.

Como los Europeos habian trasportado al fuerte todo lo que poseian de mas precioso, el botin fué inmenso. Se valoró en cinco millones de dollars (cien millones de reales). La adquisicion de este tesoro cambió de repente la posicion de Hidalgo, y los que habian graduado de temeraria su empresa, mudaron de parecer. Los ojos de Méjico se volvieron con ansiedad hácia los revoltosos de Dolores; y el gobierno se conmovió al contemplar una insurreccion, que bien conducida, tenia apariencias de triunfo.

El primer pensamiento de Hidalgo fué el de recompensar á su ejército. Le distribuyó las propiedades de los Españoles de Guanajuato, y fué tal la actividad de los Indios para destruir, que el dia despues de la accion, no habia una sola casa en pié, de cuantas pertenecian á los Europeos. Entregáronse á los mas grandes escesos durante su permanencia en aquella grande y hermosa ciudad (1). Hidalgo no tenia el poder, y quizás la voluntad de contenerlos: no ignoraba que la lucha en que se habia empeñado, era lucha de muerte, y no se arrepentia de ver á sus adictos comprometerse de modo que se hiciese imposible toda reconciliacion. Esto nos esplica la indisciplina de los primeros insurjentes que entónces era fácil reprimir, pero que en lo sucesivo jamás se reprendió en las tropas de Morelos. En Hidalgo no obraba la falta de firmeza, pues de tenerla dió mas de una prueba en su corta campaña. Tambien manifestó algunos talentos administrativos en el poco tiempo que ocupó Guanajuato: hizo acuñar moneda, fundir cañones de las campanas halladas á los Europeos; y proveyó á las necesidades de los diferentes servicios, tanto como se lo permitieron los medios de que podia disponer. A la inauguracion de su carrera se une la celebridad de su nombre. Este corrió bien pronto de boca en boca por todas las provincias, y en poco tiempo se vió este ejército de insurjentes aumentado con una porcion de hombres, ávidos de un cambio político y mucho mas deseosos de pillaje. Todos solicitaban reconocer á Hidalgo como jefe, y recibir de él grados y empleos de administracion.

La fama de sus ventajas consternó á los Españoles de Méjico. No obstante el virey Venegas, hombre firme y prudente no perdió un momento para asegurar la defensa de la capital. Gracias al acierto de sus medidas, la tranquilidad no se alteró, y las simpatías que tal vez existiesen en favor de los insurjentes, no pudieron manifestarse. Engañado en un principio Venegas por las fanfarronadas de algunos miembros de la audiencia, que pretendian que el sonido de la trompeta bastaria por sí solo para disipar á los independientes, no tardó en ver las cosas bajo su verdade-

(1) Hallamos en las memorias sobre la revolucion mejicana por Mr. Robinson, que el saqueo de Guanajuato duró tres dias, durante los cuales los Indios degollaron á todos los Españoles sin distincion de edad ni sexo. Estos Indios quedaban casi aplastados bajo el peso que gravitaba sobre sus hombros de barras de oro y plata, de duros y doblones. Despues del saqueo, ofrecian los doblones por cuatro reales cada uno (medio dollar) no considerandolos como moneda, sino como medallas.

ro punto de vista; y convencido de la gravedad de la situacion, dispuso se trasladasen á la capital con toda urjencia las tropas acantonadas en la Puebla, Orizaba y Toluca, para cubrirla. Ordenó á Calleja, que mandaba la division de Potosí, saliese en persecucion de Hidalgo. Dió el mando de uno de los mas hermosos rejimientos al conde de la Cadena, oriundo de Méjico, con objeto de atraerse el partido criollo por una distincion de confianza, y esta mañosa política no tardó en producir sus frutos. El conde que propendia á la independencia, se hizo uno de los mas leales defensores de los intereses de España, y partió con bravura á batirse y perecer para asegurar su triunfo. La misma política para con los criollos fué recomendada á todos los comandantes de provincia. Quiso tambien Venegas que la Iglesia interviniese en la demanda, pues en un pueblo tan supersticioso, era este un auxiliar de importancia. Parecia ponerse en duda la legalidad de la escomunion que habia pronunciado contra Hidalgo el obispo de Valladolid, apoyando esta opinion en que el cura de Dolores, aunque insurreccionado contra su rey, y reo de lesa majestad, no era herético, ni habia cometido ofensa contra la relijion católica. Venegas que estaba muy asido á esta escomunion, la hizo confirmar por el arzobispo Lizana y por la Inquisicion, estendiéndola igualmente á los partidarios del cura, y á todo Mejicano que osase poner en duda, en lo sucesivo, la lejitimidad de esta medida. Todo esto no impedia el que la defeccion adelantase terreno; Hidalgo lo sabia, y se puso en marcha, despues de haber permanecido muy tranquilamente en Guanajuato hasta el 10 de octubre: dirijióse sobre Valladolid en donde entró sin tirar un tiro. Los Españoles se habian apresurado á abandonarla, temiendo sufrir igual suerte que sus compatriotas de Guanajuato. Veíase entónces Hidalgo á la cabeza de cincuenta mil hombres; acababa de ver pasarse á sus filas un rejimiento de infantería, y otro de dragones pertenecientes á las milicias provinciales de Mechoacan; ambos cuerpos perfectamente armados, equipados é instruidos. Pero la mejor de sus adquisiciones fué la de D. José Morelos, cura de Necupetaro, su amigo de infancia, que supo ante todo captarse la confianza de los insurjentes y al cual verémos muy pronto hacer un papel importante en la escena revolucionaria.

Hidalgo despues de haberse abrogado el título de jeneralísimo de los ejércitos mejicanos, y cambiado su hábito talar por el uniforme militar, se dirijió hácia Toluca. Ya solo se hallaba entónces á doce leguas de Méjico, en cuya capital habia reunido Venegas siete mil hombres que defendian su esterior. Uno de estos cuerpos de observacion mandado por Trujillo, y en el que servia Itúrbide á quien verémos un dia emperador, fué batido por Hidalgo el 30 de octubre en Las Cruces, uno de los pasos de la cadena de montañas que separa el valle de Méjico del de Toluca. No hay de notable en esta accion mas que la ignoble conducta de Trujillo, quien despues de convidar á uno de los jefes insurjentes á que se aproximase á sus líneas como parlamentario, mandó hacer fuego contra aquel y su comitiva luego que los tuvo á tiro. El autor de esta traicion hizo de este hecho un mérito en su parte de oficio al virey, y mereciendo de aquel la aprobacion, sancionó el principio, de que ninguna regla ordinaria de la guerra debia admitirse con los insurjentes. De todos modos, esta victoria y la aproximacion del enemigo, alarmaron tanto á Venegas, que creyó deber llamar en su ayuda á la Vírjen de los Remedios, muy poderosa en el espíritu del pueblo, y cuya imájen conservada en un lugar vecino era objeto de un culto particular. Llevada esta imájen procesionalmente y con toda ceremonia, fué colocada en el altar mayor de la catedral, y en seguida el virey, de grande uniforme y á la cabeza de su estado mayor y de los principales funcionarios, se trasladó allí á rendir á la santa el debido homenaje, é invocar su proteccion, rogándola aceptase el gobierno

del pais, concluyendo su arenga con poner á sus piés el baston de mando.

Si esta poderosa protectora inspiró al cura de Dolores la funesta resolucion de detenerse á la vista de la capital, sin intentar la menor hostilidad para entrar en ella, hizo á la causa de España, el servicio mas distinguido. Mucho se ha escrito acerca de este inesperado movimiento; ha querido esplicarse la inaccion de este jefe, el cual habiendo llegado á las alturas de Santa Fe, sin tener á su frente mas que dos ó tres mil hombres, emprende la retirada con toda su jente, y toma el camino de Guanajuato. Se ha dicho que era falta de valor por unos, y por otros que le inspiró el deseo de evitar á la capital los horrores de un asalto. El carácter y antecedentes de Hidalgo, no admiten estas esplicaciones. Habia dado sobradas pruebas de valor, y de inhumanidad, para que le detuviesen aquellos obstáculos. Necesario es, pues, buscar en su conducta un motivo enteramente distinto. Hidalgo no habia contado con la actitud tomada por el virey; ignoraba el número de los soldados que habia sabido reunir, y las baterías que apresuradamente habia hecho montar. Los Indios, desmoralizados desde el combate de Las Cruces, en el que habian esperimentado grandes pérdidas, y en donde demostraron suma ignorancia de los efectos de la artillería, temian habérselas con tropas regulares, y reinaba en sus filas la mayor confusion, faltábanles armas y municiones, y á todas estas causas que debian influir en Hidalgo, es preciso añadir otra muy imperiosa. Por comunicaciones de Calleja interceptadas, se sabia, que este jeneral avanzaba hácia la capital á marchas forzadas. Esta maniobra iba á colocar entre dos fuegos á los insurjentes; quiso Hidalgo detener la marcha del Español saliendo á su encuentro; movimiento que se ejecutó con el mayor desórden. Despues de seis dias de marcha se encontraron las dos vanguardias. Las tropas de Calleja se componian casi todas de rejimientos criollos; su caballería la mandaba el conde de la Cadena. Este ejército tenia sobre el de Hidalgo la superioridad de las armas y de la disciplina, pero sus disposiciones morales eran dudosas. ¿Consentirian en batirse contra hermanos cuyos intereses eran los suyos? Esta cuestion, empero, se decidió el 7 de noviembre de 1810, en los llanos de Aculco. Testigos de esta jornada han referido, que los soldados de Calleja mostraban mucha indecision al llegar al campo de batalla, y no se sabe lo que hubieran hecho, si los insurjentes con mas espera y menos miedo hubieran evitado romper el fuego antes que sus contrarios. Esta provocacion causó su desgracia. Desde aquel mismo instante las tropas de Calleja ya no balancearon: condujéronse con un valor y union que les valió la victoria mas completa. Los insurjentes perdieron diez mil hombres. Hidalgo y un gran número de fujitivos tomaron á la carrera el camino de Valladolid, mientras Allende y su division llegaban á Guanajuato en donde no pudieron sostenerse.

Se han hecho horrorosas relaciones de las atrocidades cometidas por los Españoles en esta desgraciada ciudad, pero estas relaciones no son una invencion del partido vencido. No es sino muy cierto que un gran número de habitantes, hombres, mujeres, niños y viejos, conducidos á la plaza pública, despues de la accion, fueron sin compasion sacrificados. A Dios no plazca que yo intente callar ni menos disculpar semejantes crueldades, mas aunque se consagren á la execracion, es preciso añadir, para ser justo, que fueron el resultado de la mas horrible represalia. El dia mismo que Calleja entraba en Guanajuato, algunas horas antes de su llegada, el populacho de aquella cuidad furioso por haberla abandonado Allende, habia asesinado doscientos cuarenta y nueve Europeos prisioneros, que dos meses antes habia dejado Hidalgo en la Alhondiga, á su salida de Guanajuato. Todos estos crímenes son sin duda deplorables, mas es preciso no olvidar, que cuando estalla una revolucion, por mas lejitima que sea,

los que atacan al gobierno establecido lo hacen de su cuenta y riesgo, y deben esperar ser tratados como traidores, hasta tanto, que triunfando aquella, quede consumado su objeto. No se puede reprobar en el gobierno español el haber hecho en Méjico lo que todo gobierno debe hacer por el interés de su propia conservacion; puédesele tildar solamente el haber continuado la guerra sin esperanza de triunfo, y seguido con los mismos medios de terror, cuando toda represion era inútil.

Con los reclutas que Hidalgo hizo en Valladolid, se trasladó á Guadalajara, de cuyo punto se habia apoderado ya uno de sus segundos, el mismo dia de la batalla de Aculco. Allí se le reunió el abogado Rayon á quien hizo su secretario, y que mas adelante le verémos hacer un papel muy activo y honroso en la guerra de la revolucion. La entrada de Hidalgo en Guadalajara fué triunfal, como si hubiese llegado vencedor, y aunque bajo el peso de una escomunion, hizo no obstante cantar un *Te-Deum* al que asistió. Dedicóse en seguida á reorganizar su ejército muy desordenado: mandó traer del arsenal de San Blas, que pertenecia á los Españoles sobre el mar Pacífico, toda la artillería que allí habia; hizo asimismo le trajesen cañones de á veinte y cuatro, que los Indios condujeron al arrastre, con infinita pena atravesando un pais montañoso, sin caminos abiertos. Por desgracia no se limitó Hidalgo á los cuidados de un jeneral. Ocupáronle tambien las venganzas revolucionarias. Hemos indicado ya el carácter cruel de este sacerdote, y el odio profundo que alimentaba contra los Españoles: los que vivian en Guadalajara habian sido presos de órden suya, y era su número tan crecido, que no bastando á contenerlos el local de la cárcel, fué necesario distribuirlos entre varios conventos. Es probable que no estuviesen con tanta vijilancia guardados cuando algunos de ellos consiguieron fugarse. Hidalgo acriminó á los que quedaban encerrados, de connivencia en una conspiracion de cárcel, y se decidió á hacerles morir. No fué esta obra de un momento de efervecencia. Una fria barbarie precedió á tan horrible ejecucion, en la que no hubo forma alguna legal. Conducíanse cada noche veinte ó treinta prisioneros á los lugares mas solitarios de las montañas vecinas. Allí se les asesinaba sin el menor ruido ni uso de armas de fuego, por el temor de dispertar recelos. Siete ú ochocientas personas perecieron de esta manera en Guadalajara. Parece que Hidalgo tenia el proyecto de erijir un sistema permanente de asesinatos abominables. En el proceso que luego se le formó se leia una carta en la cual recomendaba á uno de sus tenientes prendiese cuantos Españoles pudiese haber, y si advertia en ellos algun pensamiento sedicioso, ó intenciones culpables, los condenase á un eterno olvido, dándoles muerte secretamente en sitios solitarios y con las precauciones convenientes.

Estas medidas bárbaras tuvieron por resultado exasperar las poblaciones españolas, justificar su sistema de represalias, organizar el terror en ambos partidos y desacreditar la causa de la revolucion, impidiendo al mismo tiempo á los criollos respetables, adoptar semejantes principios y unirse á los insurjentes.

A pesar de todo, Hidalgo, dueño ya de una numerosa artillería se le figuró bastante para rechazar las fuerzas de Calleja. No era Allende de este parecer, al contrario, creia que con facciones tan indisciplinadas era prudente evitar todo choque regular. Fortificaron el puente de Calderon, á diez y seis leguas de Guadalajara, y allí los Mejicanos aguardaron á los realistas. El 16 de enero se avistaron segunda vez ambos ejércitos, y las tristes previsiones de Allende no tardaron en realizarse. Despues de algunas acciones parciales, los insurjentes fueron derrotados, pero como observaron algunos principios menos desordenados que en Aculco, perdieron menos jente. Hidalgo y Allende se retiraron en direccion de las provincias interiores, y Rayon se dió prisa en llegar á Guadalajara para recojer la caja del ejército que

contenia trescientos mil duros, lo que ejecutó muy felizmente. Satisfecho Calleja de su victoria dejó pasar cuatro dias sin perseguirles. Los demás jefes llegaron á Saltillo con cuatro mil hombres que dejaron á las órdenes de Rayon, mientras que Hidalgo, Allende y Abasolo se pusieron en marcha con una escolta hácia las fronteras de los Estados-Unidos, en los que se proponian comprar armas y municiones con el dinero que habian salvado; pero fueron sorprendidos en el camino por la traicion de uno de sus antiguos partidarios llamado D. Ignacio Elizondo, quien habiéndose pronunciado abiertamente en un principio por el partido de la revolucion, se aprovechó de esta ocasion para volver á la gracia del gobierno entregándole los tres jefes de la insurreccion. Hechos prisioneros el 21 de marzo de 1811, se les condujo á Chihuahua, en donde fueron juzgados, y cuyo proceso duró algunos meses, con la esperanza de obtener de ellos algunas revelaciones importantes acerca las ramificaciones de la insurreccion, pero frustaron la confianza de sus enemigos, y condenados á muerte marcharon al patíbulo con valor (1).

Tal fué el primer período de la guerra de la independencia, la cual tomó en seguida otro carácter y se convirtió en partidas de bandidos de que casi todo el Méjico fué teatro. No intento seguir los bandos armados, en su vida de combates, asesinatos y robos, pues debo limitarme á indicar los nombres de los principales jefes y los límites de sus operaciones. Rayon tomó el mando de los restos del ejército de Hidalgo, y se retiró sobre Zacatecas, reduciendo su autoridad á la tropa que mandaba. El Baxió fué puesto á contribucion por las partidas de Muñiz y del padre Navarrete. Serrano y Osorno recorrian las provincias de la Puebla y de Vera-Cruz; y el valle de Méjico contaba tan gran número de guerrillas, que todas las comunicaciones entre la capital y el interior se hallaban interrumpidas. Añádase á esto que los insurjentes llegaban hasta las puertas de la ciudad y se apoderaban de los centinelas; y sin embargo las principales ciudades continuaban reconociendo la autoridad del Virey. El ejército de Calleja no recibia refuerzo alguno, y aunque diariamente obtenia ventajas nada se conseguia en resultados, que prometiesen un término en esta lucha.

Rayon fué el primero que conoció la imposibilidad de decision en el porvenir, sin la reunion de todos los jefes independientes; que una coalicion era el único medio de balancear las fuerzas reales, y que tambien era necesario regularizar la insurreccion, poniendo á su frente un gobierno. La influencia de este pensamiento político contribuyó á la creacion de la primera junta nacional compuesta de cinco miembros nombrados por los propietarios y arrendadores del distrito y ciudadanos de la villa. Establecióse en Zitacuaro punto dependiente del estado de Valladolid en donde los insurjentes contaban mayor número de partidarios que en cualquiera otro de Méjico.

El programa de esta junta parece haber servido de base á la famosa declaracion de Iguala adoptada por Iturbide diez años despues. En él se espresa el reconocimiento del Rey Fernando VII, como soberano de Méjico. Con todo, es preciso no dejarse alucinar por estas palabras de los primeros revolucionarios, pues hay fundamento para creer que no eran sinceras. Vemos en aquella misma época á Morelos vituperar á sus colegas el haber reconocido al Rey de España, y á Rayon limitarse á defender esta medida como necesidad del momento; como un sacrificio hecho á las preocupaciones vulgares, que no comprometian lo futuro.

La noticia de la instalacion de esta junta fué acojida con entusiasmo

(1) Es cosa bien provada en el dia, que Hidalgo y sus Tenientes no hicieron revelacion alguna, ni comprometieron en lo mas minimo el resultado de su causa. Las confesiones, pruevas de arrepentimiento, y públicas retractaciones que los diarios oficiales pusieron en boca de los sentenciados fué un tejido de embustes, para envilecerlos á los ojos del partido revolucionario.

por todos los partidarios de la revolucion y aun por cierto número de criollos seducidos por la moderacion de sus miembros. El manifiesto que dirijió al Virey en marzo de 1812, está redactado con una templanza perfecta, y anuncia cierta intelijencia de la situacion. Empieza por una verdadera pintura de las desgracias del pais, y de los horrores de la guerra civil, clama con enerjia contra el uso bárbaro de fusilar los prisioneros; trata luego de inquietar á Venegas sobre la predisposicion de las tropas criollas, las cuales tarde ó temprano lo han de abandonár para unirse á sus compatriotas: establece la ineficacia de las medidas de rigor, adoptadas contra los independientes, por los rápidos progresos de la revolucion: entra luego en proposiciones de acomodamiento, sentando por principio la igualdad de derechos entre el Español americano y el español de Europa, sacando en consecuencia que el reino de Méjico debe tener sus Córtes como la España durante la cautividad del Monarca: pide que los Europeos renuncien sus empleos, y consientan en la reunion inmediata del congreso: promete continuar satisfaciendo los anteriores sueldos: que las personas y las propiedades serán respetadas: que los Españoles gozarán de todos los privilejios como los indijenas, y en fin se compromete á reconocer á Fernando Rey de Méjico con condicion de residir en él; y ofrece á la Península ayudarla en la lucha, y asistirla con sus tesoros.

Estas proposiciones, que al menos merecian los honores de la discusion, fueron tratadas por Venegas con impolítico desprecio, mandándolas quemar públicamente en la plaza mayor; venganza pueril, que no impidió que las simpatías de las poblaciones criollas se manifestasen seguidamente en favor de Morelos por las ventajas que iba obteniendo, las cuales nos cumple ahora referir. La vida militar de este cura es uno de los episódios mas interesantes de la revolucion mejicana.

Morelos habia recibido de Hidalgo en octubre de 1810 el cargo de capitan jeneral de las tierras calientes, que circuyen al Sud-Oeste el grande Océano. Habia salido de Valladolid con este pomposo título sin mas escolta, que algunos criados armados con seis fusiles y otras tantas lanzas viejas. El primer refuerzo que le llegó, fué una partida de esclavos negros, que se habian fugado de Petatan, y de algunas otras villas vecinas, empeñados en conquistar su libertad en el campo de batalla. En seguida se le incorporaron un buen número de jóvenes del campo, inhábiles para las armas, pero robustos y fogosos. Cuando sus fuerzas llegaron á mil hombres, quiso empezar por una accion ruidosa sorprendiendo el campo realista. La empresa era temeraria para soldados tan bisoños y mal armados como los suyos, pero la noche y la fortuna les protejieron. El resultado fué completo: el enemigo tomó la fuga, dejando en su poder ochocientos fusiles, cinco piezas de artillería mucho oro y plata, y setecientos prisioneros. Estos fueron tratados con la mayor humanidad; circunstancia que por desgracia no se reprodujo, pero que valió á Morelos mas partidarios que su victoria. Desde este momento la rapidez de sus triunfos fué maravillosa: hombres valientes y entendidos le fueron llegando de todos los puntos de Méjico, entre los cuales es preciso citar á Galiana, al cura de Matamoros, y á toda la familia de Bravo, padre y dos hijos, uno de los cuales llamado D. Nicolás fué bastante feliz, pues asistiendo al triunfo de su causa ocupó la primera majistratura de su pais.

El año 1811 se pasó en acciones de poca importancia cuyo detalle solo podria interesar á los Mejicanos, y en las que regularmente quedaba Morelos vencedor. La insurreccion se fué jeneralizando y manifestándose hasta las mismas puertas de Méjico. La vanguardia de Morelos mandada por Bravo avanzó hasta San Agustin de las Cuevas distante tres leguas de aquella. Entónces fué cuando Calleja dejó las provincias del norte para acudir á la defensa de la capital, y obligó á los insurjentes

á retirarse á la pequeña villa de Cuautla Amilpas, que fortificaron apresuradamente. Algunos dias antes el jeneral español habia arrojado á la junta de Zitacuaro, y sin que las dificultades del terreno montuoso y cortado y la fatiga de su tropa, que venia de lejos á marchas forzadas les detuviesen, fué Zitacuaro tomada por asalto el 2 de enero de 1812, y tratada con una barbarie de que no hay ejemplo en toda aquella guerra civil: las casas fueron incendiadas, las murallas arrasadas y los habitantes diezmados. Solamente se salvaron las parroquias y los conventos, y en pos de tan sangrienta hazaña hizo Calleja su entrada en la capital en la que fué recibido por su vecindario casi con tanto temor como al enemigo. Salió de ella prontamente con grande satisfaccion del Virey, para ir á atacar á Cuautla Amilpas, mas este no era Zitacuaro. Allí se hallaba lo mas escojido del bando insurjente. Allí se habian reunido oficiales jóvenes y patriotas para dar pruebas de su concepto militar. Los ataques de Calleja fueron rechazados, y en la mas encarnizada accion, Galiana hizo prodijios de valor, y salvó la vida á Morelos quien la esponia como el último soldado. D. José Maria Fernandez, despues el Jeneral Victoria se mostró uno de los mas brillantes y bravos jefes del ejército. Intentó Calleja un asalto jeneral, pero fué rechazado con pérdida de quinientos hombres. Galiana qué mandaba la plaza viendo á un coronel enemigo algo separado de los suyos, salió solo, y le desafió á un combate parcial. Este duelo que recuerda las costumbres caballerescas de la edad media se verificó á la vista de los dos ejércitos: el coronel quedó muerto, y el triunfo de Galiana redobló la enerjía de los sitiados.

Desanimado Calleja por sus infructuosas tentativas, se decidió á regularizar el sitio, pidió á Méjico artillería y municiones que le fueron remitidas, y se le unió el jeneral realista Llanó con sus fuerzas, dejando el sitio que tenia puesto á Izucar, punto que Guerrero defendia con buen éxito. Este jefe habia comenzado gloriosamente su larga y peligrosa carrera; contaba ya mas de cincuenta heridas recibidas por la causa de la independencia; y aun salvó la existencia, como por milagro, en la citada villa de Izucar. Fué el caso, que estando durmiendo estenuado de fatiga, taladró una bomba el techo de su habitacion, y penetrando en su aposento fué rodando sobre su cama en donde reventó. Cuantos se hallaban en el cuarto quedaron heridos menos él.

El sitio de Cuautla es célebre en la historia de la guerra de la independencia por la brillante defensa de los insurjentes á la que el mismo Calleja no pudo menos de hacer justicia. No ignoraba Morelos que esta defensa no podia salvar la plaza, pero sabia que todo el Méjico, tenia fija su vista en él, y queria, demostrando su heróica bizarría, manifestar asimismo la firmeza de alma, é ilimitada adhesion de los patriotas que mandaba, y crearse admiradores y nuevos partidarios. Era tambien su intento prolongar el sitio hasta el principio de la estacion lluviosa, muy mal sana en tierras calientes en las que Cuautla se halla situada. Tampoco ignoraba Calleja los males que le aguardaban en aquel clima mortífero, por cuya razon trataba de concluir á toda costa. Para desgracia de los Mejicanos, tenia un poderoso apoyo en la misma ciudad. Cuautla no habia sido abastecida antes del sitio segun las reglas comunes de la guerra. El hambre ejercia en ella terribles estragos, y la falta de agua se dejaba sentir de una manera no menos cruel. Un gato valía seis duros, un lagarto dos, una rata un peso. La guarnicion estaba reducida á una corta porcion de maiz por todo alimento. Refiérese que la vista de un buey que pacia entre los dos campos, fué causa de una accion jeneral. Habiéndose apoderado de él los sitiados, quiso la vanguardia española quitárselo, y sucesivamente todas las divisiones entraron en línea y tomaron parte en un combate sangriento. No se sabe por quien quedó el buey disputado.

Un estado de cosas tan triste, que iba aumentando por grados, descomponia todos los cálculos de Morelos; las enfermedades iban mermando su jente, y para salvar el resto, sin comprometer la causa de la independencia, resolvió salir de Cuautla. La abandonó en la noche del 2 de mayo, y tal fué el silencio que se observó en esta retirada, que sus columnas pasaron por debajo de las baterías del enemigo, sin que este sospechase su marcha. Llegaron á Izucar, perdiendo solamente en el tránsito diez y siete hombres, en cuyo número se contaba por desgracia el comandante de la vanguardia D. Leonardo Bravo, que cayó en poder de los realistas, y fué llorado de su ejército como el patriota mas enérjico y decidido de aquella época.

No se atrevió Calleja á penetrar en la villa, hasta muchas horas despues de la salida de Morelos, por temor de una emboscada, mostrándose á su entrada en ella lo que siempre habia sido, cobardemente feroz. Las crueldades que perpetró en sus habitantes son de un salvaje. Diez años despues, los mismos oficiales testigos del sitio hablaban con horror de semejante conducta. Regresó luego Calleja á la capital, en la que esperaba una brillante acojida, pero el modo con que se le recibió, debió probarle que no era fácil ocultar con engañosas apariencias, ni fanfarronadas de pretendidos triunfos, lo que era de todos sabido: que habia tenido inmensas pérdidas, que no habia obtenido sino ventajas estériles, y que habia hecho odiosa la causa de España por sus crueldades, y en fin, que la insurreccion quedaba en toda su fuerza, y tenia mas asesinatos que vengar.

Desarrollóse en poco tiempo, y en mayor escala, y Morelos, cuya celebridad é influencia iban en aumento, tomó la ofensiva en casi todos los puntos; batió el ejército de Fuentes que iba en su persecucion; apoderóse de las villas de Chilapa, Tehuacan, Orizava, Oaxaca, Acapulco, Veracruz, y Puebla de los Anjeles. Las guerrillas á las órdenes de Guadalupe Victoria recorrian el pais entre Veracruz y Xalapa, y ocupaban todos los puntos fuertes de aquella parte del Méjico. Teran con su division inquietaba la Intendencia de la Puebla; Osorno llevaba el terror hasta el vecindario de Méjico, mientras Rayon, y algunos otros jefes enarbolaban el estandarte de la independencia en las intendencias de Guanajuato, Valladolid, Zacatecas y Guadalajara. Desígnase este período de la revolucion, como una época de robos y asesinatos. Las poblaciones tomadas y rescatadas, sufrian un doble movimiento de reaccion. Realistas y patriotas tenian á su vez, dias de represalias y de venganzas: el comercio era nulo. Nadie osaba emprender negocio alguno entre bandidos armados sin disciplina y sin piedad. Las minas estaban desiertas; porque los trabajadores las habian abandonado, unos para ir á batirse, y otros porque no les pagaban, y las aguas se elevaban con toda libertad sobre las betas metálicas. Las tierras iban quedando yermas en aquella parte del pais; el trigo era muy poco y caro; las enfermedades se estendían, y aumentaban su malignidad en las tierras calientes, y ya invadian las superficies llanas, estrañas por lo comun en ellas. Este era el triste espectáculo que presentaba el reino de Méjico en pos de su independencia.

Todos los poderes civiles y militares se reasumian entónces en el jeneral en jefe, y esta era una carga muy pesada para Morelos, de que deseaba aliviarse hacia mucho tiempo, entregándola en manos de un congreso nacional, porque su candor constitucional solo propendia á ser un delegado de la asamblea soberana. Esta abdicacion no era propia de un hombre de estado, mediante á que su dictadura constituia la fuerza de su partido, y en las circunstancias difíciles en que la anarquía de las opiniones y falta de conjunto, presentaba á los insurjentes de todas las provincias como una reunion de demagogos, envidiosos de toda autoridad, infatuados de teorias filosóficas, y de antiguas preocupaciones, debian agravar el mal, en vez de estinguirlo; pero Morelos

no concibió mas que el honor de constituir un gobierno popular y arreglado. Para proporcionarle un asilo seguro, tomó con empeño la sumision de todas las poblaciones de la intendencia de Valladolid. El sitio de Acapulco empezado el 15 de febrero de 1813, le detuvo hasta el 20 de agosto en que la bandera mejicana reemplazó sobre la fortaleza de San Diego, los colores de la española. Seguidamente se trasladó el jeneral á Oaxaca, en donde todo estaba preparado para la recepcion del congreso, se compuso en su oríjen de los miembros de la junta de Zitacuaro,y de diputados elejidos por las provincias que ocupaban los insurjentes. Esta asamblea abrió su primera sesion el 13 de setiembre de 1813, en la villa de Chilpanzuigo, siendo sin duda alguna, el mas notable de sus actos, la declaracion de la independencia Mejicana, que públicó el 13 de noviembre de 1813. ¿Quien podrá calcular el efecto de esta declaracion en el pais, si la fortuna hubiera continuado sus favores á Morelos? Pero habia cesado de vencer antes que el manifiesto hubiese tenido publicidad. La suerte del congreso siguió á la de su protector; ambas palidecieron á la vez. El jeneral insurjente dichoso hasta entónces: parecia haber trasladado sus glorias á sus segundos. Los años de 1812 y 1813 son notables por las victorias de Bravo, y de Matamoros en el Palmar, y por la heroica defensa de la montaña de Coscomatepec. En la primera de estas batallas que duró tres dias, el rejimiento español de Vera-Cruz quedó destruido, y el pueblo donde se habia atrincherado, tomado á viva fuerza. Morelos puso trescientos prisioneros realistas á disposicion de Bravo, y este los ofreció al virey Venegas, en canje de D. Leonardo su padre, que habia caido en poder del ejército real y estaba condenado á muerte. Esta proposicion fué inhumanamente rechazada y la sentencia de muerte ejecutada. He aquí como el jóven Bravo comprendió las leyes de la guerra que autorizan las represalias. A la noticia de la muerte de su padre mandó poner en libertad á todos sus prisioneros: «Quiero dijo, alejarlos de mi vista, y ponerlos fuera del alcance de mi autoridad; pues temeria en estos primeros momentos de mi dolor é indignacion, no tener bastante serenidad de espíritu para contenerlas tentaciones de mi venganza.» Indelebles serán estas palabras mucho tiempo despues que las victorias de Bravo habrán quedado sepultadas en el olvido.

La segunda batalla de Palmar (18 octubre 1813) es uno de los mas brillantes hechos de armas de la guerra de la independencia mejicana.

En esta jornada, el rejimiento de Astúrias compuesto todo de Europeos fué destrozado por Matamoros despues de ocho horas de combate. Este rejimiento era uno de los que habian asistido á la batalla de Baylen y habia llegado de España con el pomposo título de invencible, y de vencedor de los vencedores de Austerlitz. Su derrota fué considerada por los Españoles como una gran calamidad, porque destruia el prestijio que rodeaba á las tropas de la madre patria. No obstante, los insurjentes sacaron poco fruto de su victoria, la cual fué para ellos el último favor de la fortuna. Habia llegado ya el tiempo de sus fatales dias. La division de Matamoros se apresuró á reunirse á Morelos en Oaxaca, el cual preparaba una espedicion contra la provincia de Valladolid: queria poseerla por entero, para ponerse en comunicacion con los insurjentes del interior, y le eran necesarias sus fuerzas para dar á la capital un golpe decisivo.

Con siete mil hombres, y un tren de artillería bastante respetable, llegó al frente de Valladolid el 23 de diciembre, despues de una marcha de cien leguas por un pais que no habia hasta entónces practicado. Viose en presencia de fuerzas considerables á las órdenes de Llano y de Iturbide, entónces coronel, y muy bien preparados á recibirle. Confiado Morelos en la victoria que hasta entónces no le habia abandonado; en vez de dar á sus tropas el descanso y alimento necesario, se adelantó de golpe hacia la ciudad, pero fué re-

chazado, aunque con pérdida de los realistas. En esta accion dos batallones insurjentes se batieron uno contra otro, por un fatal error, del cual se aprovecho Iturbide, y le valió la victoria.

PerJiendo Morelos sus mejores rejimientos, y toda su artillería, se retiró á Puruaran en donde fué segunda vez batido por Iturbide que no habia cesado de perseguirle. Esta victoria fué mas completa. El jefe mas distinguido de los insurjentes, Matamoros, cayó en poder de los realistas. Morelos movió todos los resortes, para salvar la vida de su segundo. Ofreció por aquel solo hombre, algunos centenares de soldados y oficiales del rejimiento de Asturias, cojidos en el Palmar, y encerrados en Acapulco, pero Calleja, que reemplazaba entónces á Venegas en el encargo de virey, no quiso escuchar ninguna proposicion; Matamoros fué fusilado, y en replesalias lo fueron tambien todos los oficiales que se habian ofrecido por su rescate.

Aquí es donde empieza la serie de los reveses, que no concluyen hasta acabar la vida de Morelos. No le vemos sin embargo, en su período de decadencia, menos animoso ni menos activo. Lucha con enerjía contra su adversa suerte; opone todos los esfuerzos humanos al torente de su adversidad, pero en vano. Queda vencido en todos los combates á que se le obliga: la villa de Oaxaca cae en poder de los realistas; es cojido D. Miguel Bravo, y muere en un cadalso en la Puebla. Mas dichoso Galana perece en el campo de batalla; y el congreso de Chilparingo es arrojado de la ciudad, y obligado á refujiarse en el bosque de Apatzingan en donde continúo sus trabajos, y sancionó en 22 de octubre el primer acto constitucional. En este sitio la asamblea estuvo á pique de caer en manos de Iturbide, quien por medio de una marcha átrevida, atravesando las montañas de Mechoacan, sorprendió á los diputados, en el momento en que le creian mas distante de ellos. Para librarles Morelos de otro semejante golpe de mano, emprendió con solos quinientos hombres su espedicion á Telmacan, provincia de la Puebla en donde queria instalar el congreso. Teran habia reunido en aquella provincia fuerzas considerables. Guerrero se hallaba tambien allí, y Morelos habia escrito á estos dos jefes saliesen á su encuentro. Desgraciadamente sus correos fueron interceptados y la peligrosa posicion del jeneral quedó ignorada de sus segundos. Tambien lo fué por parte de los Españoles, quienes suponiéndole un pié de ejército muy distinto lo dejaron penetrar hasta Tesmalaca. Problamente hubiera escapado de sus manos, sin la traicion de algunos Indios, los cuales viéndole tan mal acompañado, fueron á avisarlo al jefe realista D. Manuel Concha. Lejos estaba Morelos de imajinar semejante perfidia; por el contrario, creíase ál abrigo de todo daño, y fuera de las líneas españolas, cuando el 5 de noviembre de 1815, se vió repentinamente atacado por dos divisiones enemigas, mucho mas fuertes que la suya. En medio del peligro no desmayó este valiente. Ordenó á Nicolas Bravo continuase su marcha con la mayor parte del destacamento, y vijilase por la seguridad del congreso que escoltaba, mientras á la cabeza de algunos hombres se esforzaba en contener al enemigo. « Mi vida, dijo, es de poca importancia; la perderé contento con tal que el congreso de salve. Mi carrera concluyó desde el momento que he visto un gobierno independiente establecido. »

Las órdenes del jeneral fueron ejecutadas. Puesto el mismo á la cabeza de cincuenta hombres, de los cuales le abandonaron algunos en el calor de la accion consiguió sin embargo ganar tiempo. Los realistas no osaron acercarsele mientras quedaba un hombre á su lado, y cuando le vieron solo en el campo de batalla, se arrojaron sobre él y lo hicieron prisionero. En esta encarnziada lucha habia hecho lo posible para encontrar la muerte; buscábala con ansia como un hombre disgustado de la vida por sus últimos reveses, como un patriota celoso de concluir por

un acto solemne de patriotismo, por una accion brillante, digna del primer período de su gloriosa vida militar.

Morelos fué tratado con una brutalidad sin ejemplo por los soldados en cuyo poder cayó. Despojáronle conduciendolo cargado de cadenas á Tesmalaca, en donde Concha se honró recibiéndole con todo el respeto debido á un enemigo desgraciado, y prodigándole los cuidados y consideraciones que la desgracia exije. Sin la menor demora fué conducido á Méjico. Todo el vecindario salió á su encuentro hasta San Agustin de las Cuevas. Tuvo que sufrir la voraz curiosidad de una turba insolente, y los insultos que el populacho de todos los paises prodiga á los enemigos vencidos, aunque tales ultrajes hallaron á Morelos insensible. Aquí, lo mismo que en la cárcel no le abandonó un solo instante la serenidad. Solo le afectaba la idea de tener que sufrir la degradacion de las órdenes sagradas. Tan humillante ceremonia lo fué doble para el, por la publicidad y aparato con que se ejecutó. Formó su proceso el oidor Bataller el mas bárbaro de todos los miembros de la audiencia, aquel que con insolencia sostenia la superioridad de los Españoles sobre los criollos; y terminó rapidamente la instruccion con una sentencia de muerte. El 22 de diciembre de 1815 fué Concha encargado de estraer al sentenciado de las cárceles de la inquisicion, y de conducirlo al hospital de San Cristoval detrás del cual, debia ejecutarse la sentencia. Llegado allí Morelos, comió con dicho oficial, lo abrazó tiernamente dándole gracias por los favores que le habia dispensado, despues se confesó, y seguidamente marchó con paso firme hácia la plaza donde debia ser fusilado. La corta oracion que pronunció antes de su suplicio merece recordarse por su candorosa nobleza. » Señor, dijo este jeneral, si he obrado bien, vos lo sabeis, y me recompensaréis: si he obrado mal, recomiendo mi alma á vuestro infinita misericordia. Concluyó este llamamiento al Ser Supremo, se vendó los ojos, mandó hacer fuego y recibió la muerte con aquel semblante sereno é impasible que tantas veces se le habia admirado en el campo de batalla.

Con la vida de Morelos concluya el mas brillante período de la revolucion. Él solo poseia bastante influencia pára dominar las pretensiones de los jefes secundarios; para reunir sus esfuerzos á un objeto comun; para hacerlos concurrir á un mismo plan, y en fin para conciliar sus distintos intereses, y sus rivales ambiciones. Con su muerte se rompió el lazo que unia las fracciones esparcidas del gran partido independiente, desapareció la unidad de accion, y todo se sumió en la mayor confusion. Cada provincia se aisló, pretendiendo separar sus derechos, y bien pronto la ausencia de toda combinacion, debilitó gradualmente la causa de los insurjentes, defendiéndose solamente en uno que otro punto por algunos conocidos talentos militares.

Seis semanas habian trascurrido entre la prision de Morelos y su sentencia, durante este tiempo, el congreso escoltado por Bravo, habia llegado á Tehucan y vuelto á empezar sus trabajos. Su primer acto fué dirijir al virey una nota, suplicatoria y amenazante á la vez, en favor del desgraciado jeneral prisionero. Era esta, obra del reconocimiento, pero de un reconocimiento impotente. ¿Qué eran los miembros del congreso á los ojos del virey? Una banda de traidores y facciosos, puesta en algun modo fuera de la ley, y cuyo proceso lo tenian ya formado. Para Calleja era lo mismo que si algunos bandidos le hubiesen pedido gracia para uno de sus compañeros despues de sentenciado. La enunciada nota es otro de los monumentos de patriotismo: en ella se llamenta el congreso con nobleza, de que el gobierno español haya tratado de dar á las naciones civilizadas una idea desventajosa de la revolucion: desciende en seguida al papel de suplicante, y pide á Calleja conserve los dias del jeneralísimo, como éste lo hizo con sus enemigos despues de la victoria: ruega en nombre de la humanidad,

y en el de la moderacion, se siga la mejor política en las revoluciones; y dice luego al virey. « Si os mostrais cruel, ¿ qué podeis esperar de nosotros en favor de los vuestros, cuando los azares de la guerra los haga prisioneros nuestros? Reflexionad que setenta mil Españoles responden de la cabeza de Morelos, querido de todos los Americanos, y cuya suerte interesa aun á aquellos que tan solo son simples espectadores de nuestros combates.

El congreso, que no conocia bien su posicion respecto del gobierno español, tampoco la comprendia para su propio partido. Creado por el jeneralísimo como un poderoso instrumento de revolucion, como la espresion de la soberanía popular, se hizo ilusion á sí mismo, creyendo su oríjen y su poder real y verdadero; mas al principio de su instalacion no podia tener influencia activa sobre la nacion. Esta influencia estaba toda en manos de los jefes militares, quienes merecian á los representantes muy pocas consideraciones, y he aquí porqué. En una de sus primeras secciones constitucionales, los miembros de la asamblea no se olvidaron de sí propios. Asignaron á cada diputado un salario de ocho mil pesos anuales. En consecuencia de esta disposicion importaba mucho á los diputados el tener intervencion en los fondos públicos, y ser de su peculiar autoridad el nombramiento de intendentes, á cuyo cargo estuviesen los caudales. El de Tehuacan llamado Martinez, funcionario ríjido, exacto y severo, se indispuso con el jeneral Teran. Decia este, que habiéndose provisto el tesoro de lo que habia tomado al enemigo, ó de contribuciones que él mismo habia recaudado, le asistia el derecho de estraer lo que necesitase sin cargo alguno. De esta pretension rechazada por Martinez, se hizo juez el congreso y sentenció en favor del intendente. Semejante decision, quizás justa, aunque no política, redujo al jeneral á la desagradable alternativa, ó de no ser mas que un súbdito de una corporacion que le debia el ser, ó de separar públicamente su autoridad. No consultando Teran mas que su interés personal tomó este último partido. ¿Se le quitó el destino por esta causa? ¿Púsose acaso su division á las órdenes del congreso? ¿Se ocuparon los diputados en discutir materias frívolas, como sucede en los cuerpos deliberantes en los dias de mayor apuro? No se sabe. Lo cierto es que un golpe de estado les hirió repentinamente. Teran pronunció la disolucion del congreso el 15 de diciembre de 1815. Ningun acto de la revolucion mejicana fué tan severamente vituperado, ni otro alguno ha sido peor juzgado.

No puede negarse que adoptando esta medida estrema, se privaba á los insurjentes de un punto de reunion que podia ser de suma utilidad en el porvenir; pero lo que jamás ha podido establecerse es, que pudiese el jeneral obrar de otra manera. No debe olvidarse que era preciso entretener y pagar á este fantasma congreso, y que el distrito ocupado por Teran, no era, ni bastante vasto ni bastante rico para soportar esta pesada carga patriótica. Los demás jefes no se adherian á auxiliarle, y ninguno de ellos le ofreció un solo peso, y si no reconocieron el gobierno que habia sustituido al congreso por el motivo de que Teran no tenia derecho para instituirlo, del mismo modo rechazaron su campo á los antiguos diputados que trataban de establecerse en él. Ninguno de aquellos jenerales quiso en aquella crisis tomar á su cargo la formacion de una asamblea constituyente.

La disolucion del congreso en las circunstancias críticas en que se hallaba la insurreccion, tuvo desagradables resultados. Varios reveses le habian precedido, pero á la sazon se jeneralizó el desórden, y en lo sucesivo todo fué confusion entre los jefes independientes, los cuales, operando cada uno por su cuenta fueron sucesivamente destruidos por el enemigo comun, muy superior en fuerzas. Con nuevas tropas llegadas de la península, pudo el virey tomar en todos los puntos la ofensiva, y establecer una via regular de comunicaciones en todas direcciones, hacien-

do reconocer la autoridad real en los distritos mas distantes.

No es mi intento empeñarme aquí en un laberinto de detalles sin interés, en una narracion de escaramuzas sin gloria. Era aquel un período de anarquía, de robos, de asesinatos y de escesos. Vense entónces pulular una muchedumbre de ambiciosos, salidos de las heces de la sociedad, buscando medios de hacer fortuna, y con los títulos de coroneles y brigadieres, ponerse á la cabeza de bandas sin disciplina, decorándose con el nombre de patriotas, haciéndose temibles á todos los partidos por su audacia y crueldad. Los hombres honrados entre los jefes revolucionarios dejaron de ser respetados; su firmeza en el mando se canonizó de despotismo, y viéronse acusados de traicion y supeditados por las mas ignobles pasiones. No tardaron en convencerse que les era imposible contener el desórden y dominar esta crísis anárquica, y entónces el entendido y prudente virey Apodaca sucesor de Calleja les ofreció una completa amnistía. Confiados en las reales promesas, que fueron relijiosamente cumplidas, la mayor parte de estos se trasladaron á la mansion del reposo, de modo que en los primeros dias del año 1817, no se contaban sino un corto número de hombres armados bajo las banderas de la insurreccion, y á su cabeza ya no existian los principales jefes de Morelos; referiremos en pocas palabras de que manera sucumbieron.

Teran, á quien hemos dejado vencedor del congreso, se sostuvo algun tiempo contra el ejército real, atrincherándose cuidadosamente en todos los puntos susceptibles de defensa. Pero no tenia armas, y para adquirirlas, intentó una espedicion á la costa. La estacion lluviosa le sorprendió en el pais de Tustepec, y no halló otro medio de salir de él, que el hacer en diez dias, y con ayuda de los Indios naturales, una ruta militar de siete leguas, atravesando un cenagal impracticable, obra que los conocedores del terreno exajeran como un gran triunfo. Este camino lo condujo á Amistan, desde donde se dirijó á Playa-Vicente para batir una divison realista, que derrotó completamente. Menos dichoso, poco tiempo despues, le fué preciso tocar retirada ante un cuerpo de cuatro mil hombres, y se encerró en el punto fortificado de Cerro Colorado. Allí se defendió valerosamente hasta el 21 de enero de 1817, que consiguió la mas honrosa capitulacion. Este modo de tratar con los insurjentes era enteramente nuevo, y manifestaba un gran progreso en la opinion á favor de la independencia, ó cuando menos un retroceso hácia las prácticas de los pueblos civilizados. Vivió Teran tranquilo en la Puebla hasta la segunda revolucion, bajo la vijilancia de las autoridades reales.

Su colega Rayon uno de los primeros insurjentes, el cual, durante la prosperidad de Morelos, ejercia un mando casi independiente en la parte montañosa de la provincia de Valladolid; era conocido por sus brillantes hechos de armas. La defensa que hizo de los retrincheramientos del cerro de Coporo, de los cuales no pudieron apoderarse las dos divisiones reales de Llano é Iturbide, á pesar de la superioridad de sus fuerzas y de su artillería, atrajo las miradas de los amigos y enemigos de la independencia. Por desgracia, el gobierno español dió grande importancia á este punto fortificado; hizo talar los campos que le circuian para estrechar por el hambre á su guarnicion, y circunvalada por todas partes, tuvo al fin que rendirse, pero Rayon no estaba dentro del fuerte cuando capituló. Esta pérdida trajo tambien la suya. Viósele errar á la ventura, vivamente perseguido por el jeneral Armijo, y completamente abandonado de los suyos, obligado á aceptar las condiciones que se les ofrecieron. Vivia retirado en la capital cuando la revolucion de 1821, lo elevó al grado de jeneral, y le proporcionó un mando importante en el interior.

El destino de Bravo fué en un todo semejante al de sus compañeros de armas; acosado por el número como ellos, se vió obligado á acojerse al indulto. Ya le veremos en tiempo de

Iturbide reaparecer en la escena política, y tomar una parte activa en la elevacion y caida del ex-emperador, y en seguida representar un papel importantísimo en la república que le sucedió.

Pero ningun jefe insurjente fué perseguido con tanto encarnizamiento, por el gobierno real, como Guadalupe Victoria, porque ninguno le habia hecho tanto daño. Este jeneral operaba desde 1814, en la provincia de Veracruz, pais montañoso en el que con dos mil hombres decididos se habia hecho temible á los vireyes, interrumpiendo todas las comunicaciones de Méjico con uno de sus principales puertos. En el Puente del Rey, paso fortificado por la naturaleza del terreno, y que los insurjentes habian hecho mas fuerte todavía con varios trabajos y artillería, habia detenido Victoria hacia ya algun tiempo, un convoy de seis mil mulos, escoltado por dos mil hombres, al mando del coronel Aguila. Su modo de hacer la guerra, era el mas propio á la naturaleza del pais y á las costumbres de los Indios. Era el mismo que el de los insurjentes de Bretaña, ó el de guerrillas de España. La necesidad de mantener libre la via de comunicacion con Europa, determinó al virey á establecer una línea de puntos fortificados, en toda la subida que conduce desde la costa á la gran llanura. La ejecucion de este plan fué precedido y acompañado de multiplicadas acciones entre las tropas reales y los insurjentes. Miyares que mandaba las primeras consiguió por fin sacar á Victoria de las alturas de Puente del Rey. El jeneral insurjente se sostuvo todavía durante dos años luchando contra fuerzas superiores; pero en 1816, le abandonó la suerte completamente. Los soldados viejos habian sucumbido en el campo de batalla, y los nuevos reclutas, carecian de entusiasmo, valor y costumbre de batirse. Ibase amortiguando el celo de los pueblos por la causa de la independencia, á medida que se repetian los reveses. Los habitantes se negaban ya á alimentar á los soldados. Estos desertaron, y dejaron á Victoria absolutamente solo. En situacion tan desesperada este jeneral patriota permaneció inalterable; rehusó el rango y las recompensas que Apodaca le ofrecia en cambio de su sumision, y prefirió buscar un asilo en los bosques, antes que aceptar el indulto, ó el real perdon, bajo cuya garantía habian dejado las armas, casi todos los demás jefes. Penetró con un solo criado en los sitios mas impracticables y montañosos del distrito de Veracruz, y desapareció á los ojos de sus compatriotas. Sus aventuras en el desierto tienen todo el colorido de lo maravilloso, y cualquiera las creeria parto de la imajinacion de un romancero, sin embargo, todas ellas pertenecen á la historia.

En los primeros momentos de su fuga, los Indios se le mostraron adictos y compasivos; lo ocultaron y mantuvieron en sus hogares. Su ambulante existencia hubiera sido tolerable sin el miedo pueril del virey, quien creyó que la causa de España estaba comprometida, viviendo Victoria, y literalmente hablando, lo mandó cazar como una bestia salvaje. Mil hombres divididos en pequeñas partidas lo persiguieron en todas direcciones. Los pueblos que lo amparaban algunas horas, eran entregados á las llamas, y apoderándose el terror de los Indios, se cerraron todas las puertas al proscripto. Victoria erró por el pais como un salvaje, siempre perseguido por los blancos, y una vez se libró de sus tiros, atravesando á nado un anchuroso rio, que sus perseguidores no se atrevieron á vadear. En otra ocasion, agazapado debajo de unas ramas, veia como buscaban su persona, y las bayonetas rejistrando las zarzas se aproximaban á una pulgada de su pecho. Seis meses continuos se practicó sin descanso esta persecucion, hasta que al fin los soldados, molidos y avergonzados del ridículo papel que estaban haciendo para encontran un hombre solo, empezaron á murmurar. Los jefes entónces, resolvieron concluir por un embuste. Para complacer al Virey, escribieron que Victoria habia sido muerto. Formóse un proceso verbal del estado

de su cadaver, en el que las señas de su persona se encuentran minuiciosamente detalladas. Esta pieza auténtica se insertó íntegra en la gaceta oficial de Méjico, y las tropas volvieron á su destino.

Los males de Victoria no cesaron con su persecucion. Consumido por las fatigas, y por las privaciones de todo jénero: sus vestidos hechos hatrapos: desgarrado su cuerpo por las zarzas y espinos de los Trópicos, le era sin embargo preciso continuar habitando en lo anterior de los bosques. En ellos, podia durante el verano alimentarse facilmente con las frutas que naturaleza pródiga en las tierras cálidas de Méjico, pero en el invierno, acosado del hambre, era feliz cuando encontraba algunas lonjas de carne unidas todavía á la osamenta de algun caballo muerto. Acostumbróse por grados á pasar cuatro y cinco dias sin tomar alimento mas que agua, y soportaba tan largo ayuno sin padecer demasiado, pero esperimentaba los mas agudos dolores, cuando se prolongaba mas tiempo. Dos años estuvo sin comer pan ni ver una sola persona humana.

Abandonemos un momento al desgraciado proscrito en sus impenetrables bosques, que tan bien le ocultan á las investigaciones de sus perseguidores, y de los cuales no debe salir hasta los dias de Itúrbide, y volvamos al órden de los tiempos de que nos hemos separado: sigamos al jóven Mina, en su corta y caballeresca espedicion, última tentativa en favor de la primera revolucion mejicana.

Javier Mina sobrino del famoso Espoz y Mina hacia sus estudios en la Universidad de Zaragoza, cuando Napoleon entró en lucha con la España. Despues de los desgraciados acontecimientos de Madrid el 2 de mayo, creyó que su deber le llamaba á defender la independencia de su patria. Pasó al norte de España, y muy pronto se distinguió entre todos los jefes de guerrilla. por su humanidad y su valor caballeresco. Sus hazañas le valieron el rango de coronel y la comandancia jeneral de Navarra y Alto Aragon, pero la suerte le abandonó en el invierno de 1810, y cayó en poder de los Franceses. Conducido á Vicennes permaneció allí prisnero hasta la paz jeneral de r1814. Sus servicios y largo cautiverio, debian llamar en su favor las gracias de Fernando; pero el agradecimiento no era la virtud dominante del monarca restaurado. No vió en los dos Minas mas que miembros influyentes del partido liberal, y cayeron en desgracia de su corte. Para desembarazarse del Javier, le ofrecieron un mandoen el ejército español de Méjico, que rehusó, y despues de haber sido arrestado momentaneamente, consiguió fugarse á Inglaterra, en donde se ocupó activamente, no en ir á batir á los independientes, sino en llevarles auxilio. Pudo reunir algunos centenares de cajones de fusiles, y equipos militares, y seguido de un corto número de oficiales españoles, italianos é ingleses, dejó Liverpool par dirijirse á Norolk en la bahía de Chesapeake, luego á Baltimore en donde se ocupó de los preparativos de su espedicion. Reducíase esta á tres pequeños buques, y á un corto número de hombres. Confiaba reclutarlos en la provincia de Texas, pero un huracan le obligó á abordar á Puerto-Príncipe en cuyo punto el presidente de Haity le prestó medios de reparar sus averías. Desgraciadamente los refuerzos que Mina pensaba hallar en Tejas no existian. El comodoro Aury gobernador de aquella provincia, quien se proponia por su parte entrar en campaña, no tenia mas que doscientos hombres á su disposicion. Este triste aliado se limitó en consecuencias á hacer votos por el jóven aventurero, quien activó su viaje á Galveston en laisla de San Luis. Allí reclutó un centenar de americanos mandados por un coronel llamado Perry. Creyó Mina que seria mas feliz en el mismo Méjijo, lisonjeándose que las partidas sueltas y diseminadas en las costas se unirian á sus banderas. En su virtud se apresuró á aproximarse á ellas, y el 15 de abril de 1817 desembarcó cerca de la pequeña villa de Soto-la-

marina, de la cual tomó posesion.

El momento de eleccion no era para Mina el mas feliz. Aparecia en la escena, cuando los jefes de nombradía de la primera insurreccion habian desaparecido: cuando la causa de la revolucion, como ya lo hemos dicho, habia caido en manos de hombres aborrecidos y detestados de todos los partidos, por su ferocidad y por su vandalismo. En primera fila de estos revolucionarios figuraba el cura Torres, cuyo despotismo teocrático-militar, aflijia particularmente el Baxio, parte fértil de Méjico que habia distribuido entre sus principales oficiales, jente de su ralea, y ciegamente sometidos á su voluntad. Habia construido un pequeño fuerte en la cima de la montaña de los Remedios, y desde este nido de buitres se lanzaba sobre todo el distrito poniéndolo á contribucion segun su capricho, sin distincion de Españoles ni criollos. Hizo mas para arruinar aquel hermoso canton que todos los jefes independientes y realistas que le habian precedido. El que intente saber el detalle de todas sus crueldades, vea á Robinson; en él leerá la historia de la primera revolucion mejicana y sabrá hasta que punto, era odiado este Torres de todos los habitantes del pais. Aun en el dia se pronuncia su nombre con horror. Durante la dominacion de este jefe se nota tambien un fantasma de gobierno que se llamaba junta de Jauxilla, del nombre de un castillejo colocado en medio del cenagal, y en el que esta junta tenia su residencia. Los miembros de que se componia eran todos hechuras de Torres. Su influencia era muy mediana, y su autoridad nula.

En esta misma época, las bandas de Guerrero escalonadas en las costas orientales, se veian en la imposibilidad de efectuar su reunion con las del interior y de los antiguos ejércitos de Hidalgo y de Morelos solo quedaban débiles destacamentos de rateros esparcidos en un vasto territorio, mientras las fuerzas reales se aumentaban sucesivamente con tropas llegadas de la península, é iban ocupando las poblaciones y puntos militares, cortando toda comunicacion entre los diferentes cuerpos de los revolucionarios.

La causa de la independencia tenia, no obstante, tales raices en el pais, y la opinion de las masas le era tan favorable, que hubieran bastado algunas simpatías de Mina para que se hubiesen dado golpes seguros. Pero por desgracia Mina era Español, y no consentia en privar á su pais natal de Méjico, que era el mas bello diamante de su corona. Su verdadero objeto era el de establecer en aquella colonia un gobierno constitucional, con tales formas de gobierno que fueran del agrado de los Mejicanos; pero para una absoluta emancipacion de la madre patria, parece no se adherian sus ideas. Sus proclamas á la verdad no anunciaban semejante designio, mas nada decian en favor de una completa independencia. Su silencio, hizo sospechosas sus intenciones; juzgábanse hostiles al voto de los criollos y de los indíjenas, en razon de que los mercaderes de Veracruz, no se alarmaban y se sabia que estos, Españoles en su oríjen, bien que partidarios de un réjimen constitucional, se habian vivamente pronunciado contra toda separacion de la España y Méjico. Los criollos quedaron, pues, convencidos que el triunfo de Mina no les traeria mas que un cambio de diseños, y esta conviccion esplica la neutralidad que guardaron en esta lucha desigual de un puñado de hombres contra los ejércitos reales.

Esta inferioridad de número paralizaba el entusiasmo de los mas ardientes partidarios de Mina; el jóven aventurero, al fijar el pié en el terreno mejicano no contaba mas que con trescientos cincuenta y nueve hombres inclusos los oficiales. Vióse casi del todo abandonado por el coronel Perry, que al separarse de él se le llevó unos cincuenta soldados. Tuvo que dejar otro centenar de guarnicion en Soto la Marina que habia hecho fortificar apresuradamente. Con el resto de su jente aumentada de algunos fogosos revolucionarios, trató este intrépido jóven

de unirse con los insurjentes de Baxio, de los que se hallaba separado por la interposicion de una vasta comarca, recorrida en todas direcciones por numerosos destacamentos enemigos, superiores en número al suyo. Le fué preciso sufrir, atravesando la tierra caliente, todos los padecimientos que traen consigo la falta de víveres y agua. En fin, el 8 de junio de 1817, llegó al valle del Maiz, situado sobre la orilla de Panuco, en la intendencia de San Luis de Potosí en donde concluye el llano, y empiezan las alturas de la gran superficie. Allí tuvo que batirse contra cuatrocientos caballos del ejército real, que derrotó, y esta primera ventaja le permitió dar un par de dias de descanso á su tropa que debia hallar en seguida en la hacienda de Peotillos una oposicion mas seria. El brigadier Armiñan á la cabeza de nuevecientos ochenta hombres de infantería europea, y de mil cien caballos criollos, ocupaba el camino que Mina debia seguir. Era pues necesario encerrarse en la hacienda, ó desalojar al enemigo de su posicion. Mina tomó este último partido; colocó su jente en número de ciento sesenta hombres sobre una pequeña eminencia que domina el llano, y desde allí puesto á la cabeza de este puñado de bravos, se arrojó sobre las líneas españolas, destruye cuanto se opone al paso, y pone en derrota unas tropas escojidas, que poco antes le consideraban como una fácil presa. Armiñan y su jente se contaron por dichosos de librarse de los golpes de sus adversarios por medio de la fuga, cuya persecucion no pudieron continuar los insurjentes. Dícese que estos debieron en parte la victoria á la carga de sus armas; en lugar de una sola bala de calibre metian de una vez en el cañon un gran número de proyectiles llamados postas, y tiraban á quemaropa. Si la pérdida de los realistas fué grande, tambien lo fué la de Mina, y aun mas irreparable: contaba once oficiales y diez y nueve soldados muertos, y veinte y seis heridos. Debió pues con el resto que le quedaba continuar de prisa su marcha al Baxio en donde podia hacer reclutas. Todavía no le abandonó la suerte en el ataque de la pequeña villa de Pinós, de la cual se apoderó por sorpresa, á pesar de contener una guarnicion de trescientos hombres, sin que Mina perdiese uno solo de los suyos. Concedió el saqueo esceptuando las iglesias, y uno de los soldados que osó robar los vasos sagrados fué en el momento fusilado. En fin, el 22 de junio despues de tres dias de marchas forzadas en un pais arruinado por la guerra, se puso Mina en comunicacion con una partida de revolucionarios de Baxio, mandada por Don Cristóval Narva. Hele aquí mezclado con hombres de formas atléticas, buenos jinetes, cavalgando hermosos caballos, armados de lanzas y sables de que hacian diestramente uso. El traje de esta jente era rico y pintoresco: una chaqueta redonda, sus calzones de terciopelo con galon de oro ú plata, botines de piel de gamo que envolvian sus piernas: á sus zapatos, abiertos por el costado, estaban unidas sus largas espuelas de cobre incrustadas de plata, y armadas de rosetes de cuatro pulgadas de diámetro: el cuello de sus camisas abierto: los sombreros de anchas alas ribeteadas de galon de plata con la efijie de la Vírjen de Guadalupe, puesta en un medallon con su vidrio. Tal era entónces, y tal es aun en el dia el traje de los Rancheros, los cuales, aunque en mas alto grado de civilizacion se asemejan á los Gauchos de Pampas de quienes el capitan Head nos hace una pintoresca descripcion. Lo mismo que aquellos, el Ranchero mejicano se distingue por su fuerza, su valor, su actividad, su desprecio de los riesgos, y su mucha habilidad en el manejo del caballo y de las armas.

Acompañado Mina, por Narva á quien acababa de encontrar, llegó hasta el fuerte de Sombrero sin ser inquietado, tal era el temor que inspiraban los vencedores de Peotillos. En treinta y dos dias habia recorrido doscientas veinte leguas, y habia empeñado tres acciones con un enemigo infinitamente superior en nú-

mero. En ésta marcha perdió treinta y nueve hombres, y solo le quedaban doscientos, inclusos algunos heridos. Desde Sombrero escribió á Torres y á su junta anunciándoles su llegada y ofreciéndoles sus servicios. Bien pronto vió con que hombres tenia que tratar, y la triste compañía que se le deparaba. Convencióse de cuantos obstáculos se le oponian á la causa de la independencia, y de lo mucho que debia favorecerles la suerte para poder triunfar de tan mala posicion, pero bien pronto este desaliento momentáneo cedió á la enerjía de su carácter, y al compromiso que acababa de contraer con sus compañeros de armas. Despues de cuatro dias de descanso los condujo á una nueva espedicion: tratábase de atacar á Castañon, que mandaba una division real de setecientos hombres de infantería y caballería, y habia tomado posicion, bajo el pequeño fuerte de San Felipe á trece leguas de Sombrero. Castañon era uno de los jefes mas bravos y mas felices del ejército real, pero habia empañado sus glorias con una ferocidad sin ejemplo, y si el virey Apodaca, conocido por su dulzura y humanidad le conservaba un mando, era solamente por no desprenderse de un hombre tan necesario y útil en el ejército.

El escaso destacamento de Mina, aumentado por las guerrillas de Moreno y de Encarnacion Ortiz y de algunos otros patriotas ascendia á unos cuatrocientos hombres, pero la mayor parte de estos nuevos reclutas no tenian para batirse mas que fusiles malos, unos sin piedras y otros sin baquetas. Los dos partidos se encontraron el 30 de junio en los llanos que separan la villa de San Felipe de la de San Juan cerca de la hacienda de este nombre. La victoria no estuvo dudosa mucho tiempo, en ocho minutos quedó decidida. El coronel Young á la cabeza de la infantería se lanzó sobre el enemigo, y despues de una descarga jeneral acometió á la bayoneta; en el mismo instante la caballería de los patriotas mandada por el mayor Mailefer, oficial suizo, y muerto en la accion, desbarató la caballería real y la puso en huida, y volviéndose en seguida hácia el batallon que Young combatia de frente hizo en él una horrible carnicería. Jamás hubo derrota mas completa, ni accion mas sangrienta. Castañon quedó sobre el campo de batalla con trescientos treinta y nueve de los suyos: se hicieron doscientos veinte prisioneros, salvándose solamente por medio de la fuga unos ciento cincuenta hombres. A la noticia de la muerte de Castañon, todo el Baxio que jemia largo tiempo habia, bajo su tiránico yugo, lanzó un grito de gozo y saludó á Mina como á su libertador.

Despues de este venturoso combate, le vemos comprometido en una espedicion de Piratas. Seguido de un corto número de los suyos, va á ocupar y saquear la hacienda de Jaral. Pertenecia esta hacienda á Don Juan Moncada, marqués de Jaral y conde de S. Mateo. Este noble criollo sumamente rico pasaba por un ardiente partidario de la causa del rey. Su hermosa habitacion estaba fortificada y defendida por un destacamento de milicianos, unidos á sus vasallos y arrendatarios, que la habian preservado durante el primer período de la revolucion. Pero el nombre de Mina aterrorizó tanto al marqués, que lejos de resistir esta vez, tomó la fuga con su escolta, y se refujió en San Luis de Potosi. De este modo la hacienda quedó abandonada, y Mina la ocupó y saqueó sin resistencia. Decíase que D. Juan tenia mucho dinero escondido; la traicion de un criado hizo se descubriesen debajo del piso de un cuarto contiguo á la cocina, ciento cuarenta mil duros que fueron llevados á la caja del ejército. Damos esta cantidad confesada por los mismos insurjentes, aunque el marqués hizo subir luego su pérdida á trescientos mil duros, que aseguraba le habian desaparecido. Sin entrar en discusion sobre los números, observarémos, que el hecho del robo de una propiedad privada de un noble criollo, aunque autorizado por el rigor de las leyes de la guerra, no era por cierto de naturaleza á aumentar el

número de los partidarios de Mina.

La mayor parte de los propietarios rentistas del pais habian imitado al marqués de Jaral, que como él, no se habian limitado á pagar relijiosamente sus contribuciones, sino que habian asistido al gobierno del rey con cantidades proporcionadas á sus fortunas, las cuales aunque no voluntarias habian sido devueltas sin embarazo. Si esta obediencia á la autoridad lejítima podia mirarse como un acto positivo de hostilidad, ya no habia la menor seguridad para ellos el dia en que triunfase la revolucion. A la verdad, el marqués habia aceptado el título de coronel del ejército español, y habia un rejimiento que llevaba su nombre; pero su título era puramente nominal. D. Juan no figuraba en la milicia activa, no habia tomado parte en la guerra, y por esta razon se hallaba en la categoría de los criollos privilejiados que el mismo Mina habia declarado tomar bajo su proteccion desde que empezó su campaña, y aun acudir en su defensa. D. Juan era de oríjen mejicano, y la ocupacion de sus propiedades se miró jeneralmente como un acto impolítico é ilegal.

Las ventajas conseguidas por Mina en el interior, fueron balanceadas por la pérdida del fuerte que hábia construido en la costa en Soto la Marina. Era aquel, no solamente su depósito de armas y municiones, sino el medio de comunicacion entre los insurjentes y los Estados-Unidos. Como hemos dicho, este fuerte no tenia mas que una débil guarnicion de ciento y quince hombres. Acometido el 11 de junio por el jeneral Arredondo comandante en jefe de las provincias centrales del Este, que tenia dos mil doscientos hombres y diez y nueve piezas de artillería, pronto se abrió una brecha practicable. Los sitiadores dieron tres asaltos que fueron rechazados valerosamente, pero en seguida propusieron los sitiados capitulacion, que aceptó Sardá. Los oficiales quedaban libres bajo palabra de honor, y los soldados debian regresar á sus hogares. Toda aquella escasa guarnicion de treinta y siete hombres salió con los honores de la guerra, pero la capitulacion fué un lazo puesto á la buena fe de los sitiados. Apenas estos infelices habian dejado las armas cuando se vieron rodeados, presos y encadenados. Condújoseles al castillo de San Juan de Ulua, desde el cual, trasportados á España pararon en los presidios de Ceuta, Melilla y Cádiz para morir de miseria, despues de haber esperimentado todos los tormentos y humillaciones que el jenio cruel del despotismo irritado puede imajinar para castigo de sus enemigos vencidos.

En estremo afectado Mina con esta desgraciada, cuyas desagradables consecuencias no disimulaba, tenia otros objetos de disgusto que aumentaban mucho mas su pena. Veíase contrariado en sus planes de resistencia: en la organizacion de un ejército regular, y por la baja envidia del Padre Torres quien conocia muy bien la superioridad del jóven jeneral. A su paso se multiplicaban los obstáculos, y el virey Apodaca nada de esto ignoraba; así que no perdió momento en concentrar todas las fuerzas de que podia disponer, y de las cuales confió el mando á D. Pascual de Liñan, uno de sus mejores oficiales. Cinco mil realistas entraron en el Baxio en el mes de julio. Mina no tenia quinientos hombres disponibles que oponerle, pues aun de ellos habia perdido ciento en el desgraciado ataque de la villa de Leon de la que pretendia apoderarse antes de la llegada de Liñan. Este se presentó delante de Sombrero el 30 de julio á la cabeza de tres mil y quinientos hombres. La guarnicion de esta pequeña plaza contaba apenas novecientas personas, comprendidas en este número las mujeres y los niños: bien pronto quedaron reducidas á las mayores privaciones, y á la falta de agua. Alimentábase el fuerte de un manantial contiguo que cayó en poder de los sitiadores: la plaza carecia de pozos, y aunque la estacion era lluviosa, las nubes que cubrian los campos vecinos, pasaban sobre el fuerte, construido sobre una roca, sin dejar caer ni una sola gota de agua; algunos

turbiones se desprendieron por fin, y con su auxilio se reanimó el valor de la tropa. Mina quiso aprovechar estos momentos para conducirlos al ataque de los retrincheramientos enemigos, pero como su buena estrella habia desaparecido fué rechazado, perdiendo algunos de sus antiguos compañeros de armas, cayendo otros en poder de Liñan, que los hizo bárbaramente ahorcar al dia siguiente sobre un montezuelo á la vista de sus camaradas. Torres habia prometido socorrer á Sombrero, pero Torres no llegaba. Seguido Mina de tres de los suyos espuso su vida por la salvacion del resto: salió de la fortaleza, cruzó las líneas enemigas, y fué á pedir socorro á todos los cabecillas que mandaban fuerzas y recorrian el Baxio. Inútiles esfuerzos. Era muy temido el ejército de Liñan para que no espantase á unas bandas sin disciplina y mal armadas. Entónces Mina mandó órden al coronel Young para que evacuase la plaza durante la noche, pero no fué Young quien recibió esta órden, pues habia quedado muerto en la brecha. El teniente Bradburn que le sucedia, emprendió esta retirada, tanto mas difícil cuanto que no le quedaban mas que ciento cincuenta hombres en estado de llevar las armas, y que era necesario conducir una infinidad de mujeres y niños, cuyas voces y jemidos llamaron bien pronto la presencia de los sitiadores. Un gran número de estos desgraciados que no habian podido aun salir del foso que rodeaba el fuerte perecieron: los demás, errantes por los campos y sin conocimiento del pais, fueron acuchillados por los destacamentos de caballería destinados á su persecucion. Los realistas no dieron cuartel á nadie, y llevaron su barbarie hasta fusilar á los heridos que habian quedado en el hospital. Las guerras civiles presentan á la especie humana, tan horroroso aspecto.

La toma de Sombrero fué un golpe mortal para el partido de Mina. Todos los oficiales estranjeros con los cuales podia formar soldados criollos, habian perecido. Los criollos eran valientes hasta lo temerario, pero no comprendian que el valor individual era nulo al frente de tropas disciplinadas. Torres y Mina se acercaron luego que supieron que Liñan iba á sitiar el fuerte de los Remedios: convinieron en que, Mina operaria en el campo con novecientos caballos para incomodar á los realistas y quitarles sus convoyes, mientras Torres con sus oficiales dirijia la defensa de la plaza. La disposicion del terreno favorecia su fuerza, porque los Remedios colocado sobre una alta cadena de montañas entre Silao y Penjamo, se halla rodeado de precipicios, y profundos barrancos, no siendo accesible sino por un solo punto, y este estaba defendido por un muro de tres piés de espesor y tres baterías escalonadas. Estaba bien provisto de ganados, trigo y harina; el agua era abundante, y nunca podia faltarles, y su guarnicion se componia de mil y quinientos hombres, decididos á la mas vigorosa resistencia.

El sitio empezó en 31 de agosto. Mina y Ortiz probaron interceptar las comunicaciones entre Méjico y las provincias del Norte; tomaron por asalto la Hacienda de Bizcocho, en donde sus soldados vengaron la muerte de sus camaradas degollando treinta y un soldados de la guarnicion. Al dia siguiente atacó Mina á San Luis de Paz que se rindió despues de cuatro dias de resistencia, lo que no impidió el que su comandante y dos de sus oficiales fuesen pasados por las armas. Despues de haber hecho volar las fortificaciones de la plaza, dejó Mina en ella al coronel Gonzalez para que observase los movimientos del enemigo, pero bien pronto se vió obligado á replegarse sobre el valle de Santiago, acosado por un cuerpo numeroso de tropas reales á las órdenes de Orrantia, y reducido á algunas escaramuzas insignificantes en las llanuras de Silao y Salamanca.

Entretanto Orrantia se habia aproximado á Sombrero. Mina á su vez siguió sus pasos y le presentó la batalla. El partido no era igual pues

los soldados realistas valian cien veces mas que los insurjentes, los cuales se batieron bastante mal, y concluyeron con la fuga. Mina con doscientos cincuenta hombres solamente sostuvo el choque del ejército enemigo, y abriéndose paso con espada en mano llegó á Jauxilla donde la junta patriótica tenia su residencia. Pronto se vió á la cabeza de mil cuatrocientos combatientes, y creyéndose con suficiente fuerza para intentar un ataque contra Guanajuato, distrayendo por este medio á Liñan del sitio, y confiando además en que su partido, poderoso en Guanajuato, le recibiria como su libertador. Esta confianza causó su pérdida: en vano sus amigos y los miembros de la junta se la predijeron, y cuantos conocian las verdaderas disposiciones de los habitantes se oponian á esta espedicion. El 24 de octubre consiguió en virtud de marchas bien combinadas, reunir toda su jente en la Mina de la Luz, cuatro leguas de la ciudad, en la que no se sospechaba su aproximacion; atacó los puestos avanzados despues de cerrada la noche, pero desgraciadamente faltó el valor á su jente, pues cuando esta se vió comprometida á la entrada de ciudad tan populosa, se resistió á avanzar, dando tiempo á la guurnicion para que tomase las armas. En seguida, y despues de algunos tiros de fusil de una parte y otra, tomaron la fuga tan precipitadamente que solo murieron cinco de ellos. Entónces conoció Mina su engaño acerca del concepto formado, tanto de la disposicion de los espiritus, como de las fuerzas y firmeza de los insurjentes. Viéndose á la sazon casi abandonado de sus soldados, dejó apresuradamente los alrededores de Guanajuato para poner á salvo su persona; y acompañado de una débil escolta, tomó el camino del Rancho de Venadito, para desde allí pasar á la Hacienda de la Tlachijera propiedad de D. Mariano Herrera su amigo. Llegó al Rancho el 26, resuelto á pasar en él la noche, no creyendo posible que el coronel Orrantia supiese el camino que habia tomado por ser enteramente separado de todos los demás practicados; pero por desgracia le habia conocido un fraile que acertó á pasar por el mismo sendero, y sabedor de ello Orrantia habia destacado quinientos caballos en su seguimiento. Estos circunvalaron el Rancho al amanecer, y cayeron sobre la escolta de Mina. Imposible le fué á este escapar; sorprendiéronle en el momento que salia de su casa sin armas para saber la causa del ruido que se hacia fuera. D. Pedro Moreno comandante de Sombrero fué cojido al mismo tiempo y fusilado en el acto.

La suerte de Mina fué mas cruel, condujéronle con los brazos atados á Irapuató y á presencia de Orrantia. Este miserable se cubrió de ignominia para con un enemigo vencido, haciéndole la injuria de golpearle con la espada de plano diferentes veces. Mina se mostró al golpe del hierro lo que habia sido en los campos de batalla; sin miedo, sin arrepentimiento, con firmeza y dignidad. «Es una desgracia ser prisionero, (le dijo) pero caer en manos de un hombre que no comprende ni la dignidad de soldado, ni el honor español, es ser dos veces desgraciado.»

Liñan no mereció igual reconvencion, hizo guardar con suma vijilancia al prisionero, pero á lo menos lo trató como militar y como caballero; no queriendo tampoco disponer de su vida sin la espresa órden del virey. No tardó esta en llegar, mandando se le fusilase sin dilacion: condújosele al suplicio el 11 de noviembre, y murió con toda la firmeza de que tantas pruebas habia dado durante su corta y gloriosa vida; y á los veinte y ocho años de edad.

No debe confundir la historia á este jóven militar, dotado de raras y preciosas cualidades, con los jefes revolucionarios cuya suerte le fué preciso seguir: estos eran crueles y ladrones, aquel jeneroso y humano; estos sin fe; aquel fiel á su palabra: aquellos sin capacidad militar; este militar formado en la grande escuela europea. Los desaciertos de Mina

debieron su orijen á su ignorancia del verdadero estado de la opinion pública de Méjico, y de la fuerza efectiva de los insurjentes. El se comprometió inútilmente por una causa, que no podia hacer triunfar con un puñado de valientes. Contaba con el auxilio de los Estados Unidos, pero estos no le enviaron ni un hombre ni un peso duro. Ya hemos indicado á qué causas debe atribuirse la poca simpatía que halló entre los pueblos criollos: suponiéndolo opuesto á la independencia absoluta del pais, habian acertado su juicio. Mina nos ha dejado un testimonio positivo de lo que no queria: vémoslo en una carta escrita por el mismo el 3 de noviembre al jeneral Liñan (1) « No he dejado jamás, dice, de ser buen Español, y si tal no he parecido alguna vez, no han estado mis actos de acuerdo con mis intenciones. Estoy profundamente convencido, que el partido de la independencia no triunfará en Méjico y que acarreará la ruina del pais. » No olvidemos que cuando así hablaba Mina, no estaba al principio de su carrera, y los momentos de ilusion se habian disipado para él, á consecuencia de cuanto le habia acontecido entre los revolucionarios en el espacio de algunos meses. En todos tiempos y en todos los paises llega el mismo desengaño á los hombres justos y jenerosos.

Era tal el terror que este intrépido jóven causaba al virey, que su caida fué celebrada, como uno de aquellos acontecimientos estraordinarios, que aseguran la duracion de los imperios. Cantóse un solemne *Te Deum* en todas las iglesias de Méjico. Mandáronse iluminaciones, salvas de artillería, y regocijos públicos. Publicóse en la gaeeta del gobierno un minucioso sumario de la ejecucion del prisionero, insertándose en él hasta el certificado del facultativo, haciendo constar el número de balas y parajes del cuerpo en donde estas habian penetrado. Estas eran las vergonzosas muestras de contento de un miedo ya desvanecido. El gobierno de España, partícipe del mismo temor, recompensó espléndidamente á sus ajentes de Méjico. Diósele á Apodaca el título de conde del Venadito, y Liñan y Orrantia recibieron igualmente su parte respectiva de agasajos y honores.

La derrota y muerte de Mina, volvieron á los realistas la confianza que empezaba á amortiguarse. Redoblaron sus esfuerzos para apoderarse de los Remedios, que les hubiera costado mucho tiempo, á no haber faltado en aquel fuerte las municiones. La guarnicion, se vió, pues precisada á abandonarlo en la noche de 1.° de enero de 1818, despues de un sitio de cuatro meses; y esta retirada fué para los sitiados mucho mas fatal que la de Sombrero. Mirándola los Españoles como inevitable, habian dispuesto grandes montones de leña resinosa, que encendieron á la primera señal de los centinelas mas avanzados. Sus brillantes llamas alumbraron la fuga de los sitiados, permitiendo á sus enemigos la persecucion hasta en la profundidad de los barrancos. Solo Torres con doce de los suyos pudo escapar de la matanza: la pluma se resiste á describir la escena de horror que siguió á la entrada de los vencedores en la fortaleza. Las mujeres fueron tratadas con una brutalidad sin ejemplo, con una barbarie de caníbales. Los soldados, mas crueles que los salvajes del desierto, incendiaron el hospital por sus cuatro costados, y los heridos que en el habia y pudieron huir de las llamas, fueron á morir despedazados por las bayonetas.

El pequeño fuerte de Jauxilla en donde la junta patriótica tenia sus sesiones, fué entregado por el comandante criollo Lopez de Lara, al coronel D. Matías Aguirre, encargado por Liñan de su sitio: los miembros de la junta que habian podido huir antes que la plaza fues-envestida, se trasladaron á la Tierra Caliente de Valladolid, único punto

(1) La autenticidad de esta carta ha sido negada por Robinson y asegurada por D. Cárlos Bustamante, quien asegura haber poseido el orijinal, escrito de mano propia de Mina,

que conservaba alguna sombra de resistencia. La tiranía de Torres que parecia aumentar con su mala suerte, habia llegado á tal estremo de intolerancia, aun con sus mismos partidarios, que las quejas de estos, determinaron á la junta á separarle, dando el mando al coronel Arago. No acostumbrado Torres á obedecer se preparaba á la resistencia, cuando el corto número de insurjentes que todavía le seguian, temiendo al ejército real que avanzaba, lo abandonaron para unirse á Arago. Errante Torres por las montañas, armó una disputa con D. Juan Zamora uno de sus capitanes, y fué muerto de una lanzada por este oficial de cuyo caballo favorito queria aquel apoderarse.

En el mes de julio de 1819, la revolucion habia descendido al último escalon. Ninguno de los que habian dirijido sus primeros movimientos existia ya, ni poseian los insurjentes plaza ni villa alguna; pululaban algunas guerrillas mas ó menos numerosas en las montañas de Guanajuato, hácia la márjen derecha del rio Zacatula cerca de Cohina y sobre las orillas del Océano Pacífico, aguardando con Guerrero y sus secuaces poder tomar la ofensiva. Quedaba disuelta tambien en otros varios puntos bajo la aparente máscara de la sumision guardando silencio y conservando en buen estado sus armas, para servirse de ellas en caso necesario. La superficie de Méjico parecia mas tranquila, pero esta aparente calma, escondia las pasiones revolucionarias de 1808, y la misma defeccion para la metrópoli y los Españoles. Apodaca se equivocó escribiendo á Madrid que la revolucion tocaba á su término, que su voz no sonaba sino como un eco de agonia, que de todas partes se sometia á la autoridad real, y últimamente que respondia de la conservacion de Méjico sin mas auxilio de tropas que las suyas.

Todos hemos visto esta confianza de los ajentes del poder, á la aproximacion de las crisis mas graves: parece que la admósfera que las rodea va oscureciéndose á medida que se forma la tempestad. ¡Infelices hombres! Engañados en el fondo de sus palacios, toman por voluntad popular las adulaciones de los cortesanos, meciéndose á su vez en ilusorias relaciones desnudas de verdad, y con las cuales adormecen á sus amos, dejándose ellos mismos dominar de semejantes pesadillas. Apodaca no conocia, que si la fuerza comprimia la accion de la revuelta material, quedaba sin valor contra la insurreccion moral, y que esta, lo mismo que un volcan dormido, se nutria en silencio con nuevos elementos de vida para el dia de la irrupcion. La calma de Méjico, no era sino el resultado de su fatigoso cansancio, y entre España y su colonia no habia paz sino tregua. La metrópoli habia hallado su principal apoyo durante la primera lucha, en las tropas criollas que abrazaron su causa con un celo difícil de esplicar, pues la profesion militar bajo el réjimen anterior tenia para los insurjentes, numerosas trabas. Ningun americano podia pretender un mando importante. Sin embargo en la guerra que nos ocupa, la necesidad de tener propicio el ejército, hizo se le concediesen algunos privilejios notables, y aquellas tropas hasta 1820 permanecieron fieles á la bandera de España. Esta fidelidad puede atribuirse á diferentes causas. Mientras una guerra viva y sangrienta, ocupaba de continuo á los oficiales, no les quedaba tiempo para discutir materias políticas, ni debatir la constitucion del pais. Espuestos á los golpes de los insurjentes, no veian en ellos mas que enemigos bárbaros, verdaderos bandidos, obrando contra el derecho de jentes. Los soldados criollos comprometidos bajo dos banderas opuestas, no escuchaban otros deberes que los de la obediencia pasiva, y peleaban con tal encarnizamiento, que no les permitia reflexionar, acerca de su oríjen é identidad de intereses; pero calmado el calor de los combates, las cosas mudaron de aspecto. Todos los insurjentes que habian admitido el indulto fueron incorporados en los rejimientos de línea, ó en las

milicias del ejército real, y el espíritu de este ejército, no tardó en resentirse de semejante amalgama. Los recien incorporados, introdujeron sus anteriores opiniones entre sus nuevos camaradas. Esforzáronse en canonizarlas de justas, y hacerlos participes de ellas, y no era la discusion la sola arma que empleaban para convertirlos. Otro jénero de seducciones se ajitaban. Las mujeres que durante toda la revolucion fueron, celosas encomiadoras de la independencia; se dirijian entónces, para conquistarla partidarios, á todas las pasiones jenerosas: al amor de la gloria, de la patria, de la libertad; y cuando las imajinaciones ardientes se hallaban inflamadas por sus patrióticas peroratas, echaban en cara á los militares, ya seducidos, el haber retardado tanto tiempo la hora ansiada de libertad, y les suplicaban reparasen una falta, que un mentido pundonor les habia hecho cometer.

En esta disposicion se hallaban los espíritus en Méjico, el año 1820, cuando se supo el restablecimiento de la constitucion en España, y la revolucion practicada por el mismo ejército destinado á consolidar el réjimen absoluto en ambas Américas. Inútil es decir que este acontecimiento infundió nueva enerjía en el partido independiente. Si no habia libertad de imprenta, la habia de comunicaciones sin restriccion. En todos los puntos de Méjico se entablaron reuniones clandestinas para discutir la forma de gobierno que debia adoptarse. Los Españoles y sus adherentes se inclinaban á la constitucion española: los unos sin modificaciones, los otros menos democrática, y mas adaptable al estado social de Méjico. Los Americanos querian la independencia, pero no estaban acordes, ni en el modo de obtenerla, ni en la forma de gobierno que debiera establecerse: la mayor parte de los criollos deseaban la espulsion de los Españoles; algunos exaltados llegaban al estremo de pedir sus cabezas y la confiscacion de todas sus propiedades. Los moderados se contentaban con escluirlos de todos los empleos públicos, y de hacerlos descender á la misma condicion en que ellos habian mantenido á los Indíjenas por espacio de tres siglos. Un partido queria la monarquía constitucional, otro la república federativa y un tercero la república una é indivisible. En esta confusion de opiniones, de pasiones, de juicios, de pretensiones individuales, de intereses de castas, y de irritacion popular, se ajitaba el clero activamente en favor de la independencia del pais. Su accion sobre las masas era sin límites, su odio contra España sin término. Los decretos de las Córtes relativos á los bienes eclesiásticos, no eran á propósito para modificar este aborrecimiento implacable.

Apodaca creyó que su particular obligacion era ser realista, sometiéndose al mismo tiempo al réjimen constitucional, no dejaba escapar ocasion de favorecer el partido contrario. Acercóse á algunas grandes dignidades de la Iglesia, relacionadas con la nobleza, con el proyecto de asegurar á Fernando un asilo en Méjico, y restablecer en él la antigua forma de gobierno. Semejante plan solo podia ejecutarse por el ejército. Necesitábase un jefe influyente en él, que lo dirijiese por esta via retrógada, en la que tendria que combatirse á todo el partido patriota mejicano, es decir, la masa liberal de aquella nacion, apoyada por todas las partidas insurjentes que todavía tenian las armas en la mano. D. Agustin Iturbide designado como el militar mas capaz de llevar á cabo la empresa, dió bien pronto á conocer que era el último de los oficiales, que hubiera debido elejirse, y quizás el que menos que todos, mereciera la confianza del virey. Poco tardó en demostrarlo.

Todo conduce á creer que estaba secretamente coaligado con el partido eclesiástico que queria la independencia absoluta, y que de mucho tiempo le ocupaba el pensamiento el apoderarse del mando supremo.

Pronto le veremos parodiar en América el papel de Napoleon y la jornada de Saint-Cloud.

Iturbide, nacido en Valladolid de Mechoacan, de una familia considerada en el pais, habia recibido una educacion esmerada. En 1810, no era mas que oficial subalterno (teniente) en el rejimiento provincial de su pais natal. Los que servian en este cuerpo no cobraban sueldo. Tampoco tenia necesidad de él. Poseia una fortuna independiente, y se ocupaba activamente del manejo de sus bienes. Cuando estalló la revolucion, le ofreció Hidalgo el empleo de teniente jeneral, pero lo rehusó. Este ofrecimiento era de naturaleza á tentar á un jóven sin esperiencia, pero Iturbide veia el objeto de los planes del cura, la verdadera debilidad de los insurjentes, y el período de anarquía que debian atravesar, y prefirió combatirles á unirse á su suerte (1). Reunióse á las tropas del virey Venegas en 1810, y se distinguió en la accion de las Cruces. Desde este momento su elevacion fué rápida: elejido para todas las empresas peligrosas le fué casi siempre favorable la fortuna. Contribuyó poderosamente al triunfo de las armas españolas en las batallas de Valladolid y Puruaran. Solamente fué desgraciado en el ataque del fuerte de Coporo en 1815, cuyo revés habia predicho, y que no le fué dado evitar. Concediéronle un mando independiente en el Bajió, honor que pocos criollos habian merecido antes que él. Si la historia imparcial debe reconocer los talentos militares de Iturbide, tampoco debe disimular que empañó su brillo con la fogosidad de sus pasiones, y por una crueldad que no puede sincerarle, ni aun en el modo de verificar las represalias. Todavía existe una de sus comunicaciones al virey despues de la batalla de Salvatierra fecha en viérnes Santo del año 1814, en la cual anuncia que en celebridad de aquel, acababa de mandar al suplicio trescientos escolmulgados (insurjentes), que fueron fusilados. Las poblaciones indíjenas tenian otras quejas contra Iturbide. Acusábanle de rapacidad y graves exacciones, y fueron tan numerosas y repetidas las denuncias, que el gobierno se vió obligado á llamarle á Méjico en 1816, formóse un sumario, pero el temor de perjudicar á los demás jefes del ejército que se habian hecho culpables de iguales exacciones detuvo su prosecucion. Desde este momento quedó Iturbide sin empleo hasta 1820, época en que fué encargado por Apodaca de la mision de que hemos hablado. Durante los cuatro años que se habia entregado al reposo tuvo lugar de reflexionar sobre el estado de Méjico, y de convencerse de lo fácil que era sacudir el yugo español, si se estimulaban las tropas criollas á unirse con los insurjentes. Verificada esta reunion; los rejimientos europeos, comparados con el ejército indíjena, debian hallarse imposibilitados de resistencia. Con la mira de esta reunion que cambiaba enteramente el aspecto de las cosas, concibio Iturbide el famoso plan de Iguala, del cual me parece el único autor, bien que sus enemigos lo hayan atribuido al partido español. Este plan se comunicó á los jefes insurjentes que lo aprobaron, y se proclamó en la pequeña villa de Iguala en 24 de febrero de 1821. La importancia de este documento nos induce á publicar algunas de sus principales bases. «La nacion mejicana queda declarada independiente de la nacion Española ó de cualquiera otra sobre el continente americano. La relijion católica es la única reconocida: el gobierno debe ser una monarquía constitucional. La nacion es una, sin distincion de Americanos y Europeos. La distincion de castas queda abolida. Todos los ciudadanos mejicanos, europeos, negros y mulatos, son elejibles para los mismos empleos. Fernando VII queda invitado para subir al trono con el título de emperador. En caso negativo este trono deberá ofrecerse á los Infantes D. Cárlos y D. Francisco de Paula, y si ninguno de ellos aceptase, la

(1) Los insurjentes por su parte han afirmado varias veces, que no habian ofrecido á Iturbide el gradó de Teniente jeneral, pero si que él se los habia pedido, lo que no habian querido concederle, pensando que era comprar demasiado caros los servicios de un joven sin nombradía ni reputacion militar.

nacion llamará un miembro de las familias reinantes que le plazca elejir. Mientras se aguarda la decision de los príncipes españoles, el gobierno provisional se compone de una junta bajo la presidencia del virey. Se organizará un ejército para defensa de la relijion, de la independencia y de la union, y este ejército se llamará: «*El ejército de las tres garantías.*»

El núcleo de este ejército no era considerable, pues Iturbide se hallaba á la cabeza de solos ochocientos hombres, y aunque todos hubiesen prestado juramento al proyecto de Constitucion, muchos de ellos desertaron, cuando vieron que este proyecto no se recibia en el pais con todo el entusiasmo que se habia creido. Parece cierto, que si en estos primeros momentos, el virey hubiera mostrado menos indecision, poniéndose á la cabeza de los rejimientos europeos de que podia disponer, la causa de Iturbide se perdia. Los Españoles de Méjico asombrados de esta dilacion y sospechando sus intenciones, lo trataron como á Iturrigaray en 1808, lo apearon, elijiendo para su reemplazo á D. Francisco Novella oficial de artillería. Esta grave falta de parte de los realistas redundó en provecho de Iturbide: la autoridad de Novella no fué jeneralmente reconocida en Méjico; se sujirió la division entre los Europeos, y mientras discutian, á quien correspondia el mando superior, y cual era el poder lejítimo, pudo Iturbide sin ser molestado continuar su empresa. Entónces el jeneral español D. Celestino Negrete y el coronel Bustamente, no contentos de los cambios que acababan de ejecutarse, se unieron á él, el uno con las tropas que mandaba y el otro con mil jinetes que estaban á sus órdenes; al mismo tiempo Iturbide tuvo la suerte de apoderarse de un millon de pesos que la compañía de Manila enviaba á Acapulco, y de atraerse á su partido el Jeneral Guerrero, quien hacia mucho tiempo se mantenia á inmediacion del rio Zacatula á la cabeza de una fuerte guerrilla. Este jefe patriota no titubeó en unirse á las filas de Iturbide para combatir por la independencia del pais, y desde este instante quedó asegurado el triunfo de la insurreccion.

Iturbide sin temor de ser inquietado, se dirijió apresuradamente al Baxio, posicion central y foco de las anteriores revoluciones, en donde debia creer hallar nuevos reclutas. En esta marcha se le reunieron los antiguos jefes revolucionarios, deseosos de comenzar nueva lucha, y numerosos destacamentos de tropas criollas que abandonaban la bandera de España. El clero y el pueblo lo saludaban como á su libertador, y de los distritos mas lejanos le llegaban comunicaciones adhiriéndose al plan de Iguala, por manera que nada habia comparable al entusiasmo popular. Ningun hombre en Méjico habia hasta entónces obtenido un triunfo tan completo como Iturbide, pero estas aclamaciones que debian luego trasformarse en otras contrarias y hóstiles, nos presentan otro ejemplo de la instabilidad popular, y de lo poco que valen las exaltadas alabanzas que la multitud dirije á la cabeza revolucionaria de cualquiera pais. Tanto como duró el aura feliz de Iturbide, nadie pudo detener sus progresos. Antes del mes de julio de 1821, todo el pais habia reconocido su autoridad, á escepcion de la capital en la que Novella y sus tropas se habian encerrado. Hallábase en las inmediaciones de Queretaro cuando supo la llegada á Vera-cruz del nuevo virey constitucional D. Juan O-Donoju, quien, en momentos tan críticos no podia alejarse un solo paso de aquella fortaleza. Iturbide con una intelijencia, que jamás le han negado sus enemigos, se apresuró á sacar partido de esta circunstancia; invitó á O-Donoju á pasar á Córdoba, á donde el tambien se trasladó, y le propuso adoptase la declaracion de Iguala, como único medio de conservar las vidas y propiedades de los Españoles establecidos en Méjico, y de asegurar los derechos al trono, de la casa de Borbon. Estas consideraciones decidieron á O-Donoju. Reconoció en nombre del rey su amo la independencia

de Méjico, y entregó la capital *al ejército de las tres garantias*. Tomó este posesion sin tirar un tiro, ni derramarse una gota de sangre en 27 de setiembre de 1821. Novella y el resto de sus tropas obtuvieron entera libertad para dejar el territorio mejicano, y se les indemnizó de todo gasto hasta su llegada á la Habana. Los europeos de Méjico obtuvieron iguales consideraciones; respetáronse sus industrias y propiedades de todo jénero, y el mismo O-Donoju fué elejido para vijilar la relijiosa observancia de los artículos del tratado favorables á sus conciudadanos. Este fué el convenio de Córdoba que los pretendidos hombres de Estado de la península criticaron con tanta acrimonia, como ignorancia del pais y sus acontecimientos. Iturbide en sus memorias ha defendido la conducta del virey con esta sola frase: No tenia eleccion para obrar de otra forma, ó firmar, ó venderse, esta era la cruel alternativa que se le ofrecia. No firmar en aquel momento de exaltacion popular era comprometer la existencia de todo Español: era privar al trono de todas las concesiones que los vencedores le hacian: era privarse en lo sucesivo de toda ventaja ó mejora. Las respectivas posiciones, no eran en verdad iguales; la mejor parte redundaba en beneficio de los insurjentes, quienes poseyendo la capital, sin combatir aseguraban el triunfo de la revolucion.

Apenas entraron en Méjico, organizaron el nuevo gobierno, que se compuso de una rejencia de cinco miembros, y de una junta de treinta y seis. Todo el poder ejecutivo quedó concentrado en esta rejencia presidida por Iturbide, quien al mismo tiempo fué nombrado jeneralísimo, y grande almirante, con el sueldo de ciento veinte y cinco mil duros.

Hasta aquí este soldado ambicioso no habia conocido oposicion, parecia que la nacion caminaba en pos de su fortuna; ni una sola voz se oyó en favor de la España; pero toda esta aparente unanimidad se desvaneció en el mismo instante en que se discutió la futura forma de gobierno. La junta cuyo primer deber era el de preparar el proyecto de convocacion de un congreso nacional, obrando bajo la influencia de Iturbide, tomó únicamente por base el plan de Iguala, y decidió que los nuevos diputados, no serian admitidos en sus puestos en el congreso hasta despues de haber jurado obediencia á este programa constitucional. Los antiguos insurjentes se indignaron de esta proposicion, que miraban como un atentado contra la soberanía nacional, restrinjiendo ilegalmente el poder de los electores, á los cuales debia dejarse entera libertad de aprobar ó desaprobar, por el conducto de sus representantes, lo que se habia hecho en su nombre, pero sin su autorizacion. Los hombres mas notables entre los jenerales, como Guadalupe Victoria, Bravo y Guerrero, así que otro gran número de militares y ciudadanos sostenian esta opinion liberal. Se vé pues, que el jérmen de la discordia se habia sembrado en el congreso, antes de abrirse sus sesiones.

Las córtes se reunieron el 24 de febrero de 1822, y muy pronto se dividieron en tres partidos distintos: borbonistas esto es, partidarios del plan de Iguala, con un príncipe de la casa real de España; republicanos, prefiriendo á toda monarquía constitucional una república central ó federativa, Iturbidas, pretendiendo hacer rey á su héroe, y adoptar todo el plan de Iguala, menos el artículo favorable á la casa de España. Segun costumbre, cada una de estas grandes fracciones de la cámara, se consideraba como el solo partido nacional, y no escuchaba ninguna transaccion.

Los borbonistas dejaron bien pronto de formar un partido, porque el decreto de las Córtes de Madrid declarando nulo el tratado de Córdoba los puso fuera de combate: quedó pues empeñado entre los iturbidas y los republicanos. Estos, siguiendo la tactica de los republicanos de todos los paises, empezaron á declamar contra la prodigalidad ruinosa de la rejencia, sobre todo de su presidente. Iturbide á su vez les acusó

de ingratitud hácia el ejército porque se negaban á subvenir á su sosten. La irritacion subió de punto, cuando se propuso en el congreso la reduccion de este mismo ejército desde sesenta mil hombres, á veinte mil, y de reemplazar los soldados licenciados, por los milicianos del pais. Iturbide que conocia el alcance del tiro que sus enemigos le asestaban, privándole de su mejor apoyo, se opuso enérjicamente á esta medida, que fué adoptada por una gran mayoría. A este mismo tiempo el congreso, siempre hóstil al presidente depuso á tres de los miembros de la rejencia, no dejando mas que uno en el puesto, enemigo de Iturbide, con el objeto de poder anular su voto en cualquiera deliberacion política; y en otra sesion avanzaron hasta presentar un proyecto de ley declarando el mando del ejército incompatible con las funciones del poder ejecutivo. Ya no podian los amigos de Iturbide hacerse ilusion respecto á la decadencia de su influjo, y por lo mismo se convencieron de que era necesario activar la organizacion de un movimiento popular que le sentase en el trono, aprovechando los momentos en que el recuerdo de sus servicios no se habia aun estinguido. Sus medidas se concertaron con rapidez, y ningun personaje de valia fué iniciado ni aun sabedor del secreto. Dirijieronse solamente á los subalternos y demás oficiales no independientes de la guarnicion, mas adictos á Iturbide. Pusieron á su cabeza un sarjento del primer rejimiento de infantería de línea llamado Pio Marca, el mas exaltado de todos. Para secundar su voz se tenian reunidos unos cuantos pordioseros, vagabundos miserables de que abundan las calles de Méjico. Esta reunion se dirijió frente la casa de Iturbide en la noche del 22 de mayo de 1822, y lo proclamó emperador bajo el nombre de Agustin I. Los gritos, los vivas, y el calor del regocijo se sucedieron hasta la llegada del dia. Ninguna de las hipócritas maniobras que los usurpadorés ponen en juego en casos semejantes, para finjir una aparente libertad y voto nacional, se descuidó en esta ocasion. Iturbide parecia indeciso como dando á entender se le violentaba, publicó una proclama equívoca animando el movimiento empezado, y aparentando quererlo moderar; pero entretanto se manejaba ocultamente para conseguir sus fines. Al dia siguiente se reunió un congreso estraordinario convocado para discutir sobre esta farsa política. Los ajentes de Iturbide comenzaron por obtener un decreto que le ordenaba se presentase en aquella asamblea. Trasladóse Iturbide acompañado de algunos militares de diferentes graduaciones. Las tribunas estaban ocupadas por sus partidarios armados, y los gritos de esta multitud ahogaban la voz de los diputados independientes, y sus aclamaciones animaban la elocuencia de los diputados vendidos. Cubierto Iturbide con la capa de la hipocresía reclamaba la libertad de la palabra para sus adversarios, y suplicaba al populacho de las tribunas les escuchase con benevolencia. El final de este lastimoso drama fué el que debia de ser. La eleccion de Iturbide propuesta y discutida recibió la sancion de una asamblea que carecia de libertad: de ciento ochenta y dos diputados de que debia componerse el congreso, solo se hallaron presentes, noventa y cuatro, y de estos sesenta y siete votaron por la eleccion, dos se retiraron sin votar, y quince se pronunciaron por la negativa, declarando, parecerles indispensable, dar á sus comitentes conocimiento del negocio y recibir de ellos poderes especiales. A su regreso al palacio, lo mismo que al trasladarse al congreso, el coche del monarca improvisado fué tirado por el pueblo.

Las provincias supieron este suceso por los periódicos, y lo aceptaron como un hecho consumado. La oposicion se concentraba en la capital, aunque observando un melancólico silencio, sin empero, manifestarlo en público. La mayoría de Iturbide dominaba en el congreso, y quiso completar su obra. Declaró que la corona seria hereditaria en la familia del emperador, con lo que

su hijo primojénito quedó hecho un príncipe imperial, dándoles á los demás el dictado de príncipes mejicanos: á su hermana se la hizo princesa, y á su padre príncipe de la Union. Areglóse el ceremonial de su coronacion; instituyóse una órden de caballería con el título de *Guadalupe*, para completar el aparato de esta nueva monarquía. Se decretó que todos los gastos de Iturbide, serian satisfechos por el tesoro público, y mas adelante se fijaron en un millon y medio de pesos fuertes. Todos estos decretos pasaban sin discusion, como sucede en las asambleas que no son libres.

Engañado Iturbide con estas apariencias de servilismo, creyó poder intentarlo todo. Reclamó el derecho del *Veto* sobre todos los artículos de la constitucion que entónces se decretaban, y el derecho mas absoluto todavía de nombrar y destituir á los miembros del tribunal supremo de justicia. Pidió el establecimiento de una comision militar con poder para juzgar soberanamente. Estas proposiciones fueron rechazadas por el congreso, á pesar de los esfuerzos de los diputados vendidos, pero sus adversarios no tardaron mucho en recibir el premio de su enérjica oposicion. Iturbide hizo prender catorce diputados independientes, so pretesto de que pertenecian al partido republicano, y el congreso en vista de tal atentado, elevó sentidas protestas, pidió que estos diputados fuesen reintegrados en su seno, ó por lo menos que la institucion de este negocio le fuese remitida para fallarlo con arreglo á las leyes. Iturbide se negó á ello, y la lucha de uno y otro poder tomó un nuevo y enérjico carácter. Los diarios del gobierno escitaban al pueblo contra la representacion nacional, y en la tribuna resonaban acusaciones contra el gobierno imperial. Echábanle en cara su oríjen, su tiranía, su infidelidad; y el plan de Iguala y el tratado de Córdoba, fundamentos del trono mejicano, no eran respetados. Este estado de cosas era muy violento para que pudiese durar. La fuerza triunfó de la la ley, é Iturbide no tenia otro recurso que el de un golpe de estado; adoptó esta medida estrema, y ordenó á uno de sus oficiales indicase al presidente del congreso la disolucion de la asamblea, dándole asimismo la órden de cerrar el salon de sesiones, lo que fué ejecutado sin la menor oposicion. En el mismo dia decretó la formacion de una junta, á la que dió el nombre de instituyente, compuesta de todos sus favoritos. Esta junta tenia la mision de convocar otra representacion nacional, insiguiendo unas formas de eleccion que el se reservaba dictar, pudiendo, con todo, en casos urjentes, ejercer funciones lejislativas. Esta corporacion sin influencia y sin poder no sirvió mas que de un instrumento envilecido en manos del maestro. Hízole decretar un empréstito forzoso de dos millones y medio de duros, y con aplicacion á las necesidades del tesoro una suma de dos millones en especie, espedidos desde Méjico para Veracruz por una compañía de comerciantes, que el gobierno habia hecho detener en Perote so pretesto de que estos fondos eran realmente propiedad española.

La popularidad de Iturbide, sobrevivió muy poco á su usurpacion, y menos á las medidas arbitrarias que se multiplicaban diariamente. Á últimos de noviembre se manifestó una grande fermentacion en las provincias del norte, á la cabeza de cuya insurreccion se puso el jeneral la Garza; pronto fué, sin embargo, reprimida por el ejército, único apoyo de Iturbide, y que en breve debia faltarle.

Las verdaderas causas de la division que se interpuso repentinamente entre el emperador y algunos de sus jenerales, no nos son bastante conocidas. Se ha creido que ciertos motivos de interés privado, mas bien que de política ocasionaron la separacion de Santa Ana. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que este jeneral fué el primero que se pronunció contra el trono imperial. Santa Ana mandaba la provincia y plaza de Veracruz: jóven entónces, creyó que el réjimen republicano convenia me-

jor á su fortuna, y tomó la iniciativa del movimiento. Dirijió al pueblo mejicano una enérjica proclama en la que acusaba á Iturbide de haber violado la constitucion disolviendo el congreso; de haber faltado á sus juramentos gobernando arbitrariamente; y pedia en su nombre y en el de su ejército el restablecimiento de la asamblea nacional, prometiendo sostener la forma de gobierno que conviniese adoptar.

Para reprimir una sedicion que parecia limitarse á la sola guarnicion de Veracruz, mandó Iturbide marchar un cuerpo de tropas suficiente para embestir la plaza, y obligar á Santa Ana á someterse, mas ya no era este solo el que desconocia la autoridad de Iturbide. Guadalupe Victoria se habia reunido á él, y su nombre célebre y fama militar y revolucionaria debian ejercer grande influencia en el ánimo del soldado. Santa Ana le cedió el mando en jefe, declarando que se tenia por feliz de servir á sus órdenes. Los principios de Victoria eran bien conocidos: era un republicano rijido; así que, luego que le vieron á la cabeza de la insurreccion, nadie dudó del sistema político que los revoltosos pretendian hacer triunfar. Engrosáronse sus filas con todos los partidarios de la república, mientras Iturbide habia dado el mando de sus tropas á Echavarri, ayudante de campo, á quien, entre todos los oficiales, creia el mas adicto á su persona; pero Echavarri no estaba unido sino á la buena suerte de su jeneral. Luego que conoció que la estrella imperial palidecia, abandonó al hombre que ya no sostenia la opinion pública, y despues de algunas acciones insignificantes en las inmediaciones de Puente del Rey, se reunió á la guarnicion de Veracruz, siguiendo el mismo ejemplo sus soldados.

Para dar cierto carácter legal á la insurreccion, los tres jefes revolucionarios firmaron en 1°. de febrero de 1823, el acta conocida con el nombre de *convencion de la Casa-Mata,* y todo su plan se comprendia en once artículos. Las apariencias de respeto á la autoridad imperial se veian en él conservadas, bien que el acta tuviese por objeto inmediato paralizar su accion. Los jenerales firmantes salian garantes del restablecimiento de la representacion nacional; y desde este momento se estendió la insurreccion en todas las provincias con prodijiosa rapidéz, poniéndose la mayor parte de los jefes militares á la cabeza del movimiento. De este número fueron: el marques de Vibanco que mandaba un cuerpo bastante numeroso en el territorio de la Puebla, y los jenerales Guerrero y Bravo que dejaron la capital con el fin de proclamar el nuevo sistema en las provincias del oeste teatro de sus antiguos combates. El jeneral Negrete se unió al ejército de los insurjentes que marchó sobre Méjico. Iturbide con algunas tropas tomó poseison entre la capital y el ejército republicano, y no contando ya con la fuerza popular y moral que lo habian abandonado para pasar al lado de sus adversarios, se determinó á entrar en negociaciones en vez de pelear. Ofreció convocar un nuevo congreso, sujetándose á su deliberacion, pero no fueron admitidas estas proposiciones ni aun pudo conseguir una entrevista con los principales jefes del ejército republicano. En este estado de cosas iva cada dia perdiendo él algunos de sus partidarios, y los oficiales cuya carrera habia procurado adelantar, se mostraban á porfia los mas decididos á abandonarle. Asustado de una desafeccion jeneral, llamó al antiguo congreso que habia disuelto por la fuerza, y abdicó la corona en 20 de marzo de 1823.

Fiel el congreso á sus antecedentes, declaró que la coronacion de Iturbide habiendo sido obra de la fuerza y la violencia era nula, y por consiguiente no habia lugar á deliberar acerca de su abdicacion. Declaró asimismo nulos todos los actos del gobierno imperial como el plan de Iguala y el tratado de Córdoba, y concluyó proclamando el derecho de la nacion para constituirse bajo la forma de gobierno que mejor le conviniese. Zanjado este punto en favor de la soberanía popular,

se ocupó el congreso, de la persona de Iturbide. La prudencia le puso en el deber de salir del compromiso, pero lo hizo con jenerosidad. Pronunció el destierro del ex-emperador concediéndole una pension vitalicia de 25.000 duros, con la sola condicion de establecer su residencia en algun punto de Italia; y despues de su fallecimiento otra de 8.000 duros á su familia.

El poder ejecutivo compuesto provisionalmente de los jenerales Bravo, Victoria y Negrete quedó encargado de dilijenciar el viaje de Iturbide, el cual debia ser trasportado á Europa en un buque neutral á espensas del Estado. Ofreciéronle una escolta de honor de quinientos hombres, elejida á su voluntad entre los que le habian sido fieles hasta su caida; pero quiso mas bien que esta escolta se entresacase de las filas del ejército republicano, solicitando al propio tiempo que se confiase su mando al brigadier Bravo, el mismo que lo acompañó hasta Antigua cerca de Vera-Cruz, y desde allí se hizo á la vela el 11 de mayo de 1823, con direccion á Italia.

La revolucion que acababa de estallar, conducia naturalmente á la república: discutíase solamente la forma. Entretanto el congreso se hallaba depositario del poder, y le comenzó por un acto arbitrario, nada estraño en tiempos de revueltas. Este mismo congreso, que habia hecho un crímen á Iturbide por haber exijido la destitucion de los diputados que le eran enemigos, espulsó de su seno los partidarios del ex-emperador, decretó que el pabellon nacional seria una aguila mejicana sin corona. Anuló un emprestito de diez y seis millones de pesos, contratado por Iturbide con la casa de Denis Smith de Baltimore. Prohibió al clero el tratar de materias políticas, lo que prueba que el clero era hostil al nuevo órden de cosas, y se acomodaba mejor al réjimen imperial. En fin, el congreso se ocupó de la forma de gobierno, y de las bases del acta constitucional, pero mientras se entregaba á este difícil cuidado, se ponia en duda su lejitimidad. Se habia estipulado en los artículos II. y III. del acta de Casa-Mata que se convocaría un nuevo congreso, y algunas provincias pedian el cumplimiento inmediato de esta disposicion. Una comision especial fué encargada de examinar la oportunidad de esta medida, que se concluyó con aplazarla fundándose en lo peligroso de nuevas elecciones, en las graves circunstancias que se atravesaban, y la necesidad de trabajar sin descanso en constituir la nacion, y los diversos ramos del servicio público. Tal vez hubiera sido mas sencillo declarar francamente que los que tenian el poder, no intentaban someterle á las vicisitudes de un nuevo escrutinio. Esta decision fué muy mal recibida en las provincias de Guadalajara, Valladolid, Vajaca, Zacatecas, Guanajato, Queretaro y San Luis de Potosí, las cuales formaron sus juntas y se declararon independientes. Santa-Ana, á quien siempre veremos dispuesto á jugar su política con las armas en la mano, fué de los primeros que se declararon contra el congreso, proclamándose protector de la república federal, pero sus fuerzas no igualaban á su ambicion, pues solo podia disponer de seiscientos hombres, y fué pronto coartado su proyecto, lo que no impidió que la oposicion entre el poder ejecutivo y las juntas provinciales se prolongase aun algunos meses. Fué necesaria la presencia de Bravo á la cabeza de siete ú ocho mil hombres para conciliar un acomodamiento. Sin embargo, las provincias se pronunciaron todas por un gobierno federal semejante al de los Estados-Unidos: el ejemplo del jeneral Santa-Ana tuvo algunos imitadores: el jeneral Echavarry que mandaba la provincia de la Puebla y otro oficial superior llamado Hernandez Cuemavaca, negaron la obediencia al poder ejecutivo, pero abandonados de sus soldados, tuvieron que rendirse al jeneral Guerrero, y este los hizo conducir á Méjico.

Esta capital era entónces el teatro de las mas serias contiendas. La caida de Iturbide habia dejado en ella el jérmen de las mas profundas divi-

siones. No podian las ambiciones particulares sujetarse á un réjimen legal: sentian trascurriese el tiempo que contemplaban suficiente para agradar á un solo hombre, y elevarse por su medio rápidamente. Estos descontentos se componian particularmente de militares y eclesiásticos. El congreso se habia manifestado moderado, y los miembros del poder ejecutivo, hombres prudentes é ilustrados contemporizaban con todos los partidos, y trabajaban por atraer á los habitantes españoles al nuevo órden de cosas; empleaban los débiles productos de la aduana en pagar los haberes atrasados de las tropas, pero la faccion alimentaba cuidadosamente el descontento, y consiguió reorganizar la insurreccion, siendo Méjico el centro de sus manejos. Allí mandaba el jeneral Lobato antiguo zapatero ascendido á este empleo en las guerras de la revolucion. Este hombre se habia adquirido en un principio la confianza del poder ejecutivo, por su opinion moderada, mas vióséle de pronto, afectando un celo demagójico, acusar de débil y traidor al gobierno, y anunciar públicamente su intencion de derribarlo. No era esta una amenaza vana: Lobato consiguió seducir una parte dela guarnicion como unos mil hombres y puesto á su cabeza intimó al congreso, arrojase de sus puestos á Michelena y Dominguez, miembros del poder ejecutivo, y á Alaman ministro de negocios estranjeros, tratando á estos de Españoles enemigos de la república, concluyendo su intimacion por reclamar los atrasos del ejército. El congreso contestó con dignidad, que deliberaria sobre este mensaje cuando los peticioneros hubiesen entrado en su deber. Estos declararon que depondrian las armas cuando el poder ejecutivo estuviese en manos de americanos patriotas; cuando los Españoles ó Americanos poco adictos á la causa del pais fuesen exonerados de los empleos públicos; y cuando la España hubíese reconocido la independencia de Méjico. En vano procuró Lobato sublevar el pueblo en su favor: el pueblo permaneció tranquilo, y el peligro disminuyó: no obstante para quitar á los facciosos todo pretesto, Michelena, Dominguez y Alaman presentaron su dimision, que el congreso no admitió, declarándose en sesion permanente y confiriendo al gobierno todos los poderes necesarios para restablecer la tranquilidad. Dos dias se pasaron entre las angustias de una crisis amenazadora. El congreso y el poder ejecutivo, reunidos en el mismo palacio, no tenian para su defensa mas que una guardia poco numerosá, y doscientos hombres de milicias que se resistieron valerosamente. Ya estaban resueltos á abandonar á Méjico con esta débil escolta, y á trasladar el asiento del gobierno á Cuantillan, esta amenaza, y la aproximacion de los jenerales Guerrero y Bravo que el congreso habia llamado en su auxilio, sembraron la desconfianza en el partido sublevado. Aprovechóse el gobierno de esta indecision para ofrecer una amnistía á cuantos quisieran entrar en su deber, esta medida tuvo buen resultado; pues muchos oficiales se presentaron asegurando que tanto ellos como los soldados habian sido indignamente engañados. El mismo Lobato reclamó el beneficio de la amnistia, y la conservacion de los empleos de los jenerales y subalternos que habian tomado parte en la insureccion. Algunos de ellos sufrieron un juicio, pero el negocio no tuvo ulteriores consecuencias.

Seis dias despues de estos trastornos, durante los cuales la república naciente se habia visto muy proxima á su perdicion, se decretaron las bases fundamentales de la constitucion mejicana, que debian ser sometidas á la aceptacion de los Estados confederados, en cuyo número no figuraba la provincia de Guatemala: la que anteriormente hacia parte del vireinato de Méjico. Esta grande rejion, segun veremos en la historia de su revolucion, cansada tambien de obedecer la metrópoli, y con intereses opuestos á los de Méjico, acababa de seguir el ejemplo de las otras colonias españolas declarándose independiente. El congreso mejicano,

no opuso objecion alguna contra esta separacion, á la que sin embargo no dió en un principio la mejor acojida. La nueva república bajo el nombre de América Central se componia primeramente de siete provincias, Chiapa, Nicaragua, Honduras, San Salvador, Costa Rica, Guatemala, y Quesaltenango y se constituyó provisionalmente bajo un gobierno de tres ciudadanos notables, con un consejo de diputados de las siete provincias confederadas.

Las bases de la carta mejicana fueron precedidas de un manifiesto al pueblo, en el que se indicaban las dificultades que se habian presentado para su establecimiento, invitando á todos los ciudadanos á la unidad del pensamiento y á seguir la misma bandera. Este llamamiento al órden, á la union, al réjimen legal, y al olvido, no penetró los oidos de la multitud ni aun los del mismo congreso que la dirijia. Vióse al mismo tiempo, pasar el poder supremo de las manos de Michelena á las de Bravo, y las pasiones de los demócratas arrebatarlo á la moderacion de sus adversarios. Un decreto fecha 14 de febrero, despertó la vijilancia de todos los Españoles de Europa, y sujetó la conservacion de sus propiedades al reconocimiento de la independencia por el gabinete de Madrid. Irritante iniquidad, que hacia depender la suerte de los desgraciados estranjeros de la determinacion de un gobierno, sobre el cual no podian tener accion. Este mismo decreto cerraba la entrada del territorio mejicano á los Españoles de la península, á menos que estos hicieran constar que emigraban de su patria para buscar un asilo en el pabellon de la república.

Todavía estaba el pais ajitado por el movimiento, y empezaban á organizarse las dos grandes facciones que tantos daños le han causado, cuando llegó la noticia de que Iturbide habia dejado su residencia de Italia, y trasladádose á Inglaterra. A esta novedad que corrió rápidamente por toda la confederacion, las esperanzas, los temores y las pasiones se ajitaron. El gobierno justamente inquieto redobló su vijilancia; suponíase y tal vez con fundamento, que el ex-emperador habia conservado correspondencias con sus numerosos partidarios de Méjico, mas no se sabia si obraba por su cuenta ó en favor de los intereses de la España, no obstante nadie creia que obrase aisladamente. El anuncio de su vuelta, y restablecimiento habia causado ya serios trastornos en algunas provincias, en particular en la de Guadalajara, y bajo la influencia de un poderoso interés de conservacion, unido á un grande pavor, publicó el congreso en 28 de abril un decreto declarándo á D. Agustin Iturbide, traidor proscrito y enemigo del estado. si se presentaba en algun punto del territorio bajo cualquier título. Declarábanse igualmente traidores á los que por escrito, en discursos ó de otro modo contribuyesen á su proteccion ó regreso, ó á proyectos de una invasion estranjera. Todos debian ser juzgados conforme á la ley de 27 de setiembre de 1823, esto es, Iturbide y los suyos quedaban fuera de la ley. En apoyo de tan rigurosas disposiciones, el jeneral Bravo jefe del poder ejecutivo, se puso á la cabeza de un cuerpo de ejército, con la mision de mantener en sus deberes á las provincias amenazadas ó sublevadas, y ejerciendo el gobierno la mas severa policía, hizo prender el dia 13 en el mismo Méjico varios personajes, entre cuyo número figuraban los jenerales Hernandez de Andrade y el conde del Valle, cuyos papeles ocupados justificaron estas medidas. revelando la prueba de la existencia de un complot que tenia por objeto el restablecimiento del Imperio. Algunos de los culpables fueron condenados á muerte y desterrados otros. La resistencia de las provincias no fué de larga duracion. En Guadalajara, el gobernador Quintana que contaba con sus soldados, se vió muy pronto abandonado, y el jeneral hizo su entrada en la ciudad, á los gritos repetidos de «viva Bravo viva el supremo congreso constituyente de Méjico»

Pacificada esta provincia, el jeneral Bravo hizo guarnecer la costa por

tropas y jenerales, sobre cuya fidelidad debia contar á quienes dió la orden espresa de oponerse al desembarco de Iturbide en cualquier punto.

Ya era tiempo de tomar estas disposiciones, pues Iturbide avanzaba á toda vela hácia su patria: habia dejado Southampton, embarcándose en el *Spring*, bergantin armado, el 12 de mayo de 1824, un año justo desde su salida de Vera-Cruz. Acompañábanle, su esposa, dos hijos, su ayudante de campo Beneski, y dos ó tres criados. Debia recalar en Jamaica, y tomar allí noticias acerca del verdadero estado de Méjico, y de la importancia de su partido. Supo en efecto el decreto fulminado contra él y las disposiciones tomadas para oponerse á sus proyectos, pero impaciente de llegar, prosiguió Iturbide su ruta sin detenerse en ninguna otra parte, su mala estrella le conducia á su pérdida: llegó en fin, despues de una travesía de sesenta y cuatro dias, á la altura de la barra del pequeño puerto de Soto-la-Marina en donde mandaba el jeneral D. Felipe de la Garza, quien se habia pronunciado contra el ex-emperador cuando el arresto de los miembros del congreso, pero que despues se habia unido al gobierno imperial, del cual habia recibido algunas gracias. Debia pues suponer Iturbide que no iba á encontrar un enemigo, mas le sucedió todo al contrario, y lejos de repetirse en Méjico la atrevida empresa de Napoleon, este desgraciado no hizo mas que imitar la catástrofe de Murat.

El Spring se habia anunciado á su arribada como un buque de comercio llevando á su bordo á Cárlos Beneski y un asociado venidos á Méjico para tratar con el gobierno un proyecto de colonizacion propuesto por algunos capitalistas de Lóndres. Beneski se presentó al dia siguiente en casa del comandante, quien le interrogó acerca del ex-emperador, y sobre los proyectos que se le atribuian. El jeneral La Garza ha significado en su relacion al ministro de la guerra, que Beneski le aseguró de un modo que parecia sincero, que en el momento de su salida, quedaba Iturbide tranquilo con su familia en Inglaterra.

Volvió en seguida á bordo en busca de su asociado, y ambos desembarcaron el 16 de julio á la una del dia. Sabedor de ello La Garza inmediatamente por el comandante del puesto colocado en la barra, se puso en camino con la mayor presteza para salirles al encuentro. Se le habia informado que uno de los dos viajeros estaba disfrazado, y esta circunstancia debió despertar sus sospechas, aunque por otra parte se hallase dudoso en cuanto al nombre del misterioso desconocido. Alcanzóles á seis leguas de la ciudad en el sitio de los Arroyos, y poco tardó en reconocer á Iturbide en el supuesto compañero de Beneski. Sorprendido Iturbide, no hizo la menor resistencia, ni ocultó su nombre. Respondió á las primeras preguntas que se le hicieron, que habia venido solamente con su mujer y sus hijos; condujéronlo á Soto la Marina, sin permitirle participarlo á su familia.

En conformidad del decreto de 28 de abril La Garza podia presentarlo ante una comision militar, la que haciendo constar la identidad de la persona lo condenase á muerte, pero el jeneral se condujo como hombre político, y prefirió dejar al congreso de la provincia toda la responsabilidad de semejante ejecucion. Condujo su prisionero á Padilla, y puso su suerte á la decision de la asamblea. Pronta fué esta en decidir: dispuso que Iturbide fuese fusilado en el mismo dia, dándole el tiempo preciso para prepararse cristianamente. Nada quedaba que hacer á La Garza sino cumplir la órden. A las tres de la tarde previno al ex-emperador se preparase á morir inmediatamente. Aunque debia aguardar tan cruel intimacion, el infeliz sentenciado, quedó como herido de un golpe mortal y lleno de estupor. Suplicó al jeneral difiriese la ejecucion hasta que el gobierno supremo tuviese conocimiento de su situacion, y del modo que habia venido. ¡ Ruegos inútiles ! La Garza le contestó que se hallaba en la triste necesidad de man-

dar ejecutar la órden, y entónces Iturbide se mostró resignado. Se confesó con un sacerdote miembro del consejo de la provincia, y á las seis de la tarde fué conducido á la plaza, ocupada por unos sesenta soldados con su jeneral á la cabeza. Algunos grupos del pueblo observaban esta triste escena con el mas profundo silencio, y aunque segun la relacion inglesa, Iturbide dirijiera á los soldados y al pueblo, una alocucion exhortándoles á ser fieles á su patria, á su causa, á sus juramentos, é implorando las consideraciones del gobierno para con su familia, y haciendo votos para que su muerte sirviese de utilidad al pais; segun el parte oficial de la Garza, la ejecucion se verificó, sin declaracion, sin discurso, y sin la menor tregua por temor, de que se manifestase alguna simpatía pública. Esto es lo mas probable.

Iturbide entregó á su confesor el relox y el rosario que llevaba pendiente del cuello, para que lo remitiesen á su hijo mayor. Confió asimismo una carta á este eclesiástico dirijida á su mujer, en la que la daba consejos é instrucciones. Quiso se distribuyesen entre los soldados que debian fusilarle ocho onzas de oro que tenia en el bolsillo, despues se hincó de rodillas, dijo el credo y un acto de contricion, y murió traspasado de muchas balas en la cabeza y en el corazon. Se hizo reconocer el cuerpo por las autoridades y por el mismo cura, publicándose en seguida el testimonio, pues era preciso dar autenticidad á la ejecucion. Aun de este modo y algunos meses despues no creian en el interior de las provincias la muerte del emperador. Fué enterrado sin honor alguno, pero sí, entre las señales de la compasion pública.

Mientras estas cosas pasaban, la desgraciada viuda y los hijos de Iturbide, esperaban en Soto-la-Marina con la mayor ansiedad, noticias de su suerte. Ya habian hecho desembarcar algunos cajones, cuando al saber la ejecucion, el buque que los habia conducido cortó los cables y se hizo á la vela con todas las personas y efectos que existian á bordo, viendose la familia de Iturbide sin ropa y sin dinero, y precisada á aceptar los socorros de la Garza. Este habia regresado á Soto-la-Marina para reconocer sus papeles y equipaje, y dícese que halló las relaciones oficiales, vestidos, condecoraciones, sellos, y todas las insignias de la dignidad imperial, y un gran número de proclamas en las que Iturbide se anunciaba, no como emperador, y si como soldado que llegaba para destruir los proyectos de la España, y con el solo objeto de poner un término á las discordia civiles, y conservar la independencia de Méjico amenazada por naciones poderosas.

El ex-emperador contaba con un gran número de partidarios en las provincias interiores y en el ejército: varios hechos particulares, y los movimientos que sobrevinieron en la provincia de Oaxaca, pueden convencer de que se habia organizado en su favor un plan de insurreccion. Por esta razon la noticia de su fin trájico se recibió en sentido inverso en casi todo el pais. Los republicanos no disimulaban su alegría, pero en varios puntos se manifestaba el descontento. En tan graves circunstancias la conducta del gobierno fué diestra y jenerosa. Conoció que en virtud del último acontecimiento era oportuno estinguir los resentimientos y conciliar los partidos, y que el espíritu de la capital respondia al objeto. Méjico guardaba una actitud noble y silenciosa dictada por un sentimiento de conveniencia y humanidad. La mayoría de las Córtes supo igualmente honrarse por su voto en favor de la viuda y los hijos de Iturbide, y si se contempló peligrosa su permanencia en Méjico, se quiso por lo menos, que pudiesen disfrutar en otro punto de una existencia independiente, y conforme á su antigua posicion. Consiguióseles una pension de ocho mil duros, con la única condicion de fijar su residencia en los Estados Unidos, ó en Colombia, en cuya conformidad pasaron á establecerse á Baltimore.

Acababa la república de salvarse de un inminente riesgo, y los partidarios de la España perdian toda

esperanza. Tranquilos el gobierno y el congreso por lo relativo á los proyectos hostiles del interior, solo les restaba ocuparse de la prosperidad jeneral del pais. Uno de sus primeros actos, fué anular un empréstito de 16.000.000 duros al 5 p $\frac{o}{o}$ de una casa de Lóndres. El congreso abolió el trafico de los negros, y declaró libre á todo esclavo que pisase el suelo mejicano: reconoció la independencia de los Estados Unidos de la América central (Guatemala), y en fin terminó sus trabajos por el acto mas importante de la sesion. Este acto, autorizado con la aceptacion de todos los poderes de las provincias, fué promulgado como ley fundamental para que fuese ejecutado desde luego. El congreso antes de disolverse procedió al nombramiento de presidente de la república; recayendo su eleccion en el jeneral Guadalupe Victoria; y en Bravo la de vice-presidente. Imposible era elejir dos hombres de mayores talentos, de mas dignidad y moderacion, ni que inspirasen mas confianza al estranjero. Desde esta época data la era constitucional de Méjico.

Esta forma de gobierno federal, que ya no existe en el dia. tenia, á no dudarlo, el sello de la imitacion. Era el sistema constitucional de los Estados-Unidos, con algunas modificaciones poco felices. En su ley fundamental Méjico se declaraba libre, soberano, independiente de toda otra potencia: aunque católico como la España solo admitia la relijion romana, y prohibia los demás cultos. Constituíase en república federal, y sus miembros formaban otros tantos Estados igualmente libres, soberanos, é independientes. Confiaba el poder lejislativo á un senado, y á una cámara de representantes, cuyos miembros eran elejidos por todos los ciudadanos de cada Estado. Depositaba el poder ejecutivo en manos de un presidente, pero un poder limitado por todas las restricciones de una recelosa democracia. Este presidente no podia ser reelejido hasta un intervalo de cuatro años; no podia mandar las fuerzas nacionales personalmente sin permiso del congreso, ni poner en arresto un individuo de propia autoridad. De una á otra sesion del congreso se intercalaba un consejo de gobierno, investido de una gran parte del poder soberano. Decidia de los empleos de la milicia local. Ratificaba los nombramientos hechos por el presidente; convocaba el congreso: vijilaba la observancia de la constitucion y de las leyes, en una palabra, gobernaba.

Los Estados particulares, independientes unos de otros, con iguales derechos, tenian tambien sus camaras ó asambleas lejislativas, sus poderes ejecutivos, sus tribunales, y sus rentas particulares. Ellos se imponian y administraban; pero las constituciones de estos Estados, no podian jamás oponerse á la ley fundamental. Esta, en sus 171 artículos, reglaba todo cuanto tenia relacion con la organizacion jeneral de la república, y obligaciones de los Estados para con el gobierno central. Reglaba tambien los derechos, y las capacidades políticas, y las formas de eleccion. La libertad de la prensa se hallaba asimismo consignada, salvo algunas restricciones legales, pero no se hallaba el juicio del jurado y la publicidad de las audiencias. No puede negarse que esta constitucion, aunque llena de imperfecciones, entrañaba el jérmen de un verdadero progreso. Imponia al congreso la obligacion de abrir caminos y canales; crear una administracion de correos, facilitar las relaciones comerciales: asegurar la libertad de comercio; recompensar á los inventores de descubrimientos; suprimir todo jénero de monopolios, y difundir la instruccion por medio de establecimientos de escuelas especiales para la marina y el ejército, y otras primarias para el pueblo.

¿Se hallaba Méjico dispuesto á recibir repentinamente tanta libertad, tantos derechos políticos enteramente nuevos? ¿Los principios que acababan de decretarse eran familiares á las masas, ó al menos comprendidos de las mismas? Estamos lejos de pensarlo. Esta grande

rejion no estaba en manera alguna preparada al brusco cambio de un réjimen absoluto á las formas y marcha de las repúblicas democráticas. Esto no se improvisa, ni los Estados-Unidos podian servir de ejemplo, por ser totalmente distintas las condiciones de ambos pueblos. Las colonias inglesas, antes de su emancipacion poseian casi todos los elementos de los Estados libres: lejisiaturas locales, sistema de eleccion y derechos políticos. En Méjico era el pueblo nulo; no estaba representado, nada nombraba; obedecia como pueblo conquistado, á los ajentes españoles, y no era fácil sacarlo de golpe de esta rutina de servidumbre y colocarle á la esfera de soberano: mostrábase bastante indiferente por su parte con respecto al poder, y los que nada poseian se cuidaban muy poco de la administracion de la pro piedad. Nó sucedia lo mismo con la clase media, si tal puede llamarse la jente decente de Méjico. Esta, sin estar demasiado al corriente sobre sus nuevos derechos, no veia en la constitucion mas que una garantía de la independencia nacional; un obstáculo insuperable á la vuelta del monopolio español. Lanzar de sus destinos á todos los hombres de la península, separarlos de las industrias, y reemplazarlos, les parecia una consecuencia natural del nuevo réjimen, mirándolo asimismo bajo el aspecto de sus antiguos odios, é interés personal. Militares, comerciantes, pequeños propietarios, y jente de curia admitian la república como medio de prosperidad y ventajas particulares, acatándola con toda la efusion de sus esperanzas.

Pero semejante sistema no podia prosperar sino auxiliado de la moderacion y del espíritu de justicia, y lejos de proscribir á los vencidos, era necesario unir su suerte á la nueva república, y respetar todos los derechos adquiridos sin distincion de Españoles y Americanos. Debiase procurar, sin descanso, sobre todo, reducir la fuerza del ejército á algunos batallones para la seguridad de las plazas, y anular la influencia militar, siempre perjudicial á las repúblicas. Cerca tenian el ejemplo de los Estados-Unidos: enorme falta fué no imitarlo. Quitando á las facciones la espada militar, no hubiera tenido que llorar el pais una serie de ajitaciones y trastornos, ni entrando en las funestas vias que han agotado sus recursos, arruinado su industria, su agricultura y su crédito.

La sesion del primer congreso constitucional de la confederacion principió con el año 1825. El discurso del presidente, imitando á las demás arengas de este guerrero, felicitó al pais por la nueva forma de gobierno que habia adoptado, y le prometió una prosperidad sin límites. El ministro de hacienda tomó á su cargo probarle que habia mucho que trabajar antes de llegar á un lisonjero porvenir: le manifestó que era de una mitad menos rico que bajo el gobierno español: que este recibia de 19 á 20 millones de duros, y él no podia esperar mas que 10. 690,608, para el año corriente, mientras los gastos ascenderian á una suma mucho mas elevada. Cierto es que las prediciones del ministro se modificaron algunos dias despues, por una comision compuesta de muchos miembros del senado, que elevaron los productos, sin comprender las minas á 12, 347, 371 pesos, y los gastos á 10, 352, 637. Esta comision fundaba grandes esperanzas en las minas, pero los productos sólidos eran á la sazon los de la aduana, que aun en el dia, (gracias á la estension del comercio) son las rentas menos inciertas de Méjico.

El espíritu democrático de la asamblea se manifestó en su decreto de 9 de abril, que abolió para siempre los títulos y calificaciones nobiliarias prodigadas por el gobierno español. Ocupóse en seguida de cosas menos fútiles: discutióse el tratado de comercio con la Gran-Bretaña. Levantóse la oposicion contra ciertas disposiciones de este tratado, critican, do sobre todo, la disposicion del artículo 6.° del tratado de Versalles que parecia poner en duda la posesion de las dos californias. Una fraccion de la asamblea denunciaba la

concesion hecha á los súbditos de Inglaterra, de ejercer el culto de su relijion, como una tolerancia impía, incompatible con el espíritu de la relijion católica, otros miembros, patriotas torpes, querian que la independencia mejicana fuese abiertamente reconocida por el tratado, como si este reconocimiento no se desprendiese implicitamente del tratado mismo. Todos estos opositores declamaban por el gusto de ocupar la tribuna, y demostrar cierto aire de fuerza, pues ninguno de ellos ignoraba que la nueva república no estaba en posicion de imponer la ley á la vieja Inglaterra, cuya proteccion tenia para ellos tanto valor, y cuya mano no tiende jamás á los nuevos encumbrados sin que les cueste á estos algun sacrificio. El tratado fué admitido por el congreso, y ractificado por el presidente. No fué la Inglaterra de tan fácil acceso: exijió modificaciones, pero no por eso dejó de mandar un encargado de negocios, Mr. Ward, quien se estendió mucho en su discurso de recepcion, sobre el interés que demostraba su soberano por la prosperidad de la confederacion.

El primer congreso puso fin á sus trabajos despues de haberse enterado por boca del mismo presidente, de que el ejército mejicano estaba pagado; que los almacenes estaban bien provistos; que se habia comprado una gran cantidad de municiones; que se iban á comprar buques de guerra; que se habia provisto á las necesidades de la lista civil; que una parte de la deuda quedaba autorizada; que se habia retirado el papel moneda y finalmente, que el nuevo sistema introducido en la administracion prometia grandes economías.

El jenio revolucionario no estaba, sin embargo, satisfecho. Obtenida la independencia del pais, le faltaba hacer la propaganda á mano armada. Echó una ojeada sobre las islas de Cuba y Puerto-Rico en donde, desde la contrarevolucion de 1823, un numeroso partido de descontentos estaba preparado á secundar toda empresa hostil á la autoridad de la metrópoli. Este partido, felizmente para España, se creia tan seguro de su fuerza, que no disimulaba ni sus esperanzas ni sus medios de accion. Habia invitado al gobernador de Yucatan á venir en su auxilio, y á nadie podrá sorprender la dilijencia de este gobernador en cooperar á una empresa de tal naturaleza, cuando se sepa, que se llamaba Santa-Anna que ya hemos visto, y veremos mas adelante ponerse á la cabeza de todos los movimientos militares. Preparóse, bajo su direccion, en el puerto de Alvarado, una espedicion de mil quinientos á mil seiscientos hombres que debia conducir al socorro de los descontentos de Cuba; pero el gobernador de aquella isla Jeneral Vives, informado de este designio, publicado ya en los periódicos de Bogotá, hizo prender á los jefes de la conspiracion, vijiló muy de cerca á sus cómplices tomando al mismo tiempo medidas tan enérjicas para la defensa de la colonia, que la empresa fué abandonada. Los gobiernos de Méjico y Colombia se apresuraron como debia esperarse, á desmentir toda cooperacion en esta intentona, cayendo todo el peso de la culpa sobre Santa Ana, que fué llamado á Méjico para dar cuenta de su conducta, la cual quedó indemnizada, pues solo cambió el título de gobernador de Yucatan, en el de primer inspector de injenieros. Este suave castigo no disminuyó su importancia política ni su popularidad.

A través de estos acontecimientos, el gobierno de la república tenia que defenderse de los malcontentos. Uno de sus rejimientos compuesto todo de Indios, acantonado en la isla de los Sacrificios, asesinó á sus oficiales, y enarboló el estandarte español. Fuerzas superiores triunfaron fácilmente de este puñado de hombres, que rindieron las armas y fueron tratados con el último rigor. Estos indios acababan de dar una nueva prueba del oido que los orijinarios del pais conservaban aun contra los descendientes de los Europeos.

Méjico no tenia marina, y no era este uno de los menores entorpecimientos de su gobierno. La traicion vino á proporcionarle un buque: el

navío de línea español *Asia,* despues de haber dejado las costas del Perú se habia dirijido á las islas Marianas para refrescar sus víveres. Parece que la tripulacion habia esperimentado grandes trabajos, y no era pagada: hacia mucho tiempo que se quejaba, y concluyó por sublevarse. D. Roque de Guzuarte, su capitan, secundado por algunos oficiales y aspirantes, trató de restablecer el órden, pero los soldados de marina y la tripulacion, formados en batalla en el castillo de proa los rechazaron á sablazos, y despues de haberlos herido mas ó menos gravemente, los arrojaron juntos á la cámara de consejo; trataron de degollarlos; los que así querian demostrar su crueldad se fundaban en esta lójica « Hombre muerto no habla. » Los mas humanos decidieron que se les desembarcase en una playa desierta, y así se ejecutó, pero afortunadamente dos balleneros ingleses se acercaron á ella, y los recojieron y condujeron á Manila: el pequeño bergantin *Constancia* que acompañaba al *Asia*, siguió su ejemplo. Las dos tripulaciones sublevadas, á las órdenes del Teniente Martinez se dirijieron en seguida hácia las costas de Méjico, resueltos para cubrir su traicion, á entregarse á la nueva república. Llegados á la bahía de Monterrey, hizo Martinez saber sus intenciones al comandante militar del país, ofreciendo entregar á Méjico las dos embarcaciones con sus municiones y armamento de guerra, con la condicion que se les pagase en el acto cuanto se les debia, desde el dia que habian salido de España. No es necesario añadir que semejante proposicion fué con gusto admitida por el gobierno mejicano, el cual habia hecho comprar en Inglaterra un grueso buque de la compañía de las Indias *el Surat Castle*, y dos fragatas á los Estados Unidos. Esta marina improvisada le daba la esperanza de luchar con ventaja, contra los tristes restos de la marina española. El congreso en una sesion estraordinaria del mes de agosto se apresuró á votar los fondos necesarios para los diferentes servicios; púsose otra vez á deliberacion el tratado con la Gran Bretaña, pero nada se decidió. Otra cuestion no menos difícil, y mas delicada causaba alguna agitacion en las provincias; tratabase de las relaciones de Méjico con la Santa-Sede. El presidente se habia apresurado á felicitar á Leon XII., por su advenimiento al Pontificado, y á manisfestarle las necesidades de la Iglesia Mejicana. No menos atento el Papa, habia desde luego felicitado al presidente por sus sentimientos relijiosos, y su constancia en la fe, dándole su bendicion apostólica. No era esto presisamente todo lo que solicitaba el presidente, este hubiera querido que Su Santidad se pronunciase favorablemente acerca de los nombramientos de las Sede vacantes en la estension de la federacion, y templase la influencia que queria ejercer en materias, que el gobierno de la república, miraba en absoluta dependencia de la autoridad temporal. El congreso tomó su propia defensa en esta lucha, declarando que mantendria los derechos del gobierno civil, contra las usurpaciones del poder relijioso, y que castigaría á todo habitante que so-pretesto de defender la relijion, escitase movimientos de sedicion. Esto podia tal vez intimidar algunos mejicanos, pero no adelantaba los negocios de la república para con Roma, y los hombres timoratos de las provincias continuaron sus quejas.

Un acontecimiento importante en los destinos de la república hizo olvidar las discusiones relijiosas y los estragos de una epidemia que acababa de aflijir toda aquella parte de la América. Ya hacía tiempo, que el sitio de san Juan de Ulúa, siempre ocupado por los Españoles, estaba reducido á una especie de bloqueo. El cañon de la fortaleza habia cubierto de ruinas las calles de Veracruz, pero el fuerte, combatido por el hambre y las enfermedades, veia diariamente disminuir su guarnicion. El jeneral Coppinger (1) su co-

(1) En la época á que se refiere el autor, no conociamos en España, ni en América ningun Jeneral que se llamase Coppinger, y si Cuppigni. Los franceses tienen la maña de equivocar nuestros apellidos con la mayor facilidad.

NOTA DEL TRADUCTOR.

mandante no queria entrar en ninguna capitulacion, mientras conservaba la esperanza de ser soccorrido, pero esta se desvaneció finalmente, cuando una tempestad esparció algunas fragatas españolas que habian llegado á la vista del fuerte. Reducido este bravo jeneral al último estremo obtuvo una honrosa capitulacion: la guarnicion salió con los honores de la guerra, cuatro piezas de artillería y sus bagajes, siendo todo trasportado á la Habana por cuenta del gobierno mejicano. Este sacó muy buen partido de tan feliz suceso. Anunció á la nacion que despues de trescientos cuatro años de posesion, el estandarte de Castilla habia desaparecido de las costas de Méjico, y aprovechó tan oportuna coyuntura para predicar á todos los partidos union y olvido. Conjuróles á que se reuniesen bajo la triunfante bandera de la república.

En medio de este ardor en inculcar la concordia, se traslucia toda la estension de sus inquietudes. No tardaremos en reconocer que estas eran bien fundadas, á pesar de que, esteriormente, aparecia muy mejorada la posicion del gobierno. Encontrábase la España sin un punto de apoyo para reconquistar su antigua colonia, pues habia huido de sus manos la llave de Méjico (*).

Ya hemos visto que la Inglaterra no aguardo esta nueva circunstancia para responder á los deseos de su comercio y reconocer la confederacion mejicana. Desde el dia 4 de enero Mr. Canning habia anunciado á todas las potencias europeas que S. M. Británica, habia decidido nombrar encargados de negocios cerca de los Estados de Colombia, Méjico y Buenos-Aires. Este ejemplo de una política sabia y previsora, habia sido secundado por el Rey de los Paises Bajos. La Suecia y la Dinamarca, sin tomar medida alguna diplomática, no se demostraban lejanas de un lazo de amistad con las naciones americanas, y en la conducta del Emperador de Rusia no se traslucia síntoma alguno de hostilidad contra las revoluciones del nuevo mundo. La Francia á la cual contemplaban en 1823, muy mal dispuesta para con los nuevos estados de América, haciendo ceder una estrecha política de familia á sus verdaderos intereses, acababa de enviar á Méjico un ajente confidencial, aunque á la verdad, sin carácter diplomático. Este primer paso en mejor senda, estaba to-

(1) Hacia esta época fué, cuando el gobierno mejicano bolvió sus miradas á la esplotacion de las minas tan descuidadas durante las guerra civiles. Estas minas habian hecho la riqueza del pais en el espacio de tres siglos. La casa de moneda de Méjico habia dado desde 1690 á 1803, segun los cálculos de Mr. Humboldt, mas de 1,353,000,000 de pesos fuertes; y desde el descubrimiento de la Nueva-España hasta el principio del siglo diez y nuevo aproximadamente 2,028,000,000 de pesos fuertes: poco mas ó menos los dos quintos de todo el oro y plata, que en este intervalo han refluido desde el nuevo continente hácia el antiguo. El producto de estas minas habia triplicado en cincuenta y dos años, y sextuplicado en ciento. Anualmente y antes de la revolucion era de 23,000,000 de duros ó cerca de la mitad de los metales preciosos que cada año se estravian de ambas Américas. Desde el año 1810, esta cantidad habia disminuido considerable: no presentaba desde 1810 á 1821 mas que una medianía anual de 9,348,730 pesos fuertes. El año entero de 1821 solo produjo 5,916,000 pesos fuertes en oro y plata, pero en los años siguientes se obtuvo una mejora succesiva. Los ocho primeros meses de 1825 presentaban un producto de cerca de 8,000,000 de pesos fuertes. Ya en esta época se hacia sentir la influencia de las compañias estranjeras, que se habian formado para la esplotacion de las minas. Estas poseian grandes capitales, y se servian ya de máquinas de vapor, ó ya de máquinas ordinarias, aunque perfeccionadas por la mecánica moderna. Contábanse en 1827, siete grandes compañias inglesas, una alemana, y dos americanas. Apesar de los enormos sacrificios de todas estas compañias, el producto de las minas esplotadas por ellas, apenas alcanzaba en 1836 á 18,000,000 de pesos fuertes. Preciso es buscar la causa de este débil resultado de tantos esfuerzos combinados, en el estado político del pais siempre ajitado, en esta serie de revoluciones interiores ejecutadas á mano armada, en la poca seguridad de los trabajadores, obligados á menudo á armar cañones, y guardar sus minas como otras tantas fortalezas, de ejercitarse en el manejo de las armas, y defenderse en ellas contra los canallas de todos los partidos. Añádase á estos obstáculos la poca seridad de los transportes, y la obligacion de facilitar una escolta para la mas chica barre de plata, y queda esplicada la poca asiduidad de los capitalistas en proveer nuevos fondos, y la desconfianza de los accionistas de salir bien de estas empresas peligrosas.

davía distante, de lo que hacer debiera, para poner su comercio al nivel del comercio inglés, ni obtener las mismas ventajas. Sin embargo, esta determinacion de la Francia, aunque incompleta, no fué menos aplaudida por el presidente Victoria en su discurso de cierre (23 mayo de 1826) como suceso feliz para Méjico. En este mismo discurso de cerramiento fué cuando notició á las dos cámaras la apertura del gran Congreso de Panamá.

Este congreso de mucho tiempo anunciado debia reunir cada año los diputados de todas las repúblicas, antes colonias de la España, y ocuparse, como las grandes asambleas de la antigua Grecia, de los intereses comunes de todos los Estados. Debia ser un consejero en las grandes luchas; un intérprete fiel de los tratados; un mediador en las querellas domésticas; un ajente, para el establecimiento de los derechos de cada una de las repúblicas respecto al estranjero, y sobre todo, un centro de fuerza y de resistencia contra todas las tentativas de la España. Esta era una mision noble y santa, pero por desgracia, superior á las fuerzas y poder de aquella asamblea, emanada de unos estados demasiado jóvenes todavía en la nueva era de la independencia. Hacíase ilusion por la dibilidad individual de cada uno de ellos, por la dificultad de conciliar intereses opuestos colocados á grandes distancias, y de fundar un derecho público americono, al frente de otro derecho público europeo monárquico.

A pesar de las urjentes invitaciones dirijidas á todas las antiguas colonias españolas y portuguesas, no se presentaron en el congreso mas que los diputados de Méjico, Guatemala, Colombia y Perú. Abriéronse las conferencias á presencia de los enviados de Inglaterra y de los Estados Unidos, los cuales no tomaron parte alguna en las deliberaciones: pronto fueron interrumpidas por los deplorables efectos del clima; uno de los plenipotenciarios de los Estados-Unidos, y dos secretarios del comisario inglés fueron víctimas de él. Finalmeute, tal se presentaba el peligro, que alarmado el congreso por la vida de sus miembros, juzgó necesario terminar prontamente el objeto mas importante de su mision, que era el que concernia á la defensa comun. Antes de separarse los plenipotenciarios firmaron el 15 julio un tratado de union y de confederacion perpetua entre los cuatro Estados representados, al cual podrian reunirse todos los demás Estados de América en un término dado. Este tratado fijaba el contingente militar de cada uno de ellos, é indicaba las medidas jenerales que debian adaptarse, en caso de hostilidad, por un enemigo estranjero. Decidióse que volverian las conferencias en épocas indeterminadas en la villa de Tacubaya, vecina á Méjico, pero esta determinacion no tuvo consecuencia.

Ningun otro acontecimiento, mas que el congreso de Panamá llamó la atencion de Méjico en aquel año. Algunas turbulencias habidas en el Yucatan fueron prontamente apaciguadas, y la percepcion de las contribuciones se hizo sin resistencia y aumentó el producto de las minas concedidas á las compañías inglesa y americana. La república hizo frente á los empeños contratados en el esterior, y acudió á las necesidades del ejército y la marina; y el balance de entradas y salidas quedó en favor del tesoro. Entre todos los nuevos Estados, Méjico fué el que tuvo en aquel momento mejor crédito en la bolsa de Lóndres, y si los números de un presupuesto pueden servir para fundar esperanzas del porvenir de un pais, los destinos de la confederacion mejicana no debian inspirar la menor inquietud. No obstante, bajo la apariencia de esta juventud, de esta fuerza, y de esta vida, se ocultaba un mal profundo: las pasiones revolucionarias fermentaban en el seno de la república, é iban á abortar una era de discordias y anarquía.

Antes de rocorrerla, conviene, para seguir el órden de los tiempos, indicar los primeros esfuerzos de

Tejas para separarse de Méjico, y conquistar su independencia(*).

Esta primera insurreccion atribuida á algunos estranjeros establecidos en los alrededores de Nacogdoches, tenia por objeto reunir aquel pais á la grande confederacion de la América del Norte. Cierto es que solo fué obra de un corto número de hombres, no estendiendose mas que en aquella parte del pais en donde Méjico tenia muy pocos oficiales civiles y militares, y algunos destacamentos aislados; tambien es necesario reconocer, que la mayor parte de los colonos, llegados recientemente de los Estados-Unidos demasiado débiles, y enteramente preocupados de los cuidados materiales de sus establecimientos, no tomaron en ella la menor parte, antes bien se declararon altamente por la autoridad legal.

El acto mas curioso de esta insurreccion es un tratado de alianza ofensivo y defensivo, concluido en 21 de diciembre de 1826, entre los insurjentes y algunas tribus indias. Los dos partidos se comprometian á defender su independencia contra Méjico y se garantizaban su territorio. La aproximacion de algunos batallones mejicanos bastó para restablecer el órden, disipar los insurjentes, intimidar á los Indios, y detener el desarrollo de una revolucion que no estaba todavía sasonada.

Por este mismo tiempo estallaba en el seno de la capital una conspiracion de otra naturaleza mas grave. Tenia á su cabeza como un jefe, un fraile llamado Arenas, fanático, exaltado y enemigo acerrimo del nuevo órden de cosas, pero Arenas nada podia conseguir sin el auxilio de la guarnicion. Creyó deber sondear las disposiciones del comandante de la plaza el jeneral Mora, y hacerle alguna indicacion. Mora, militar bravo, no perdió tiempo en instruir al presidente de la república de lo que acababa de saber, y se convino en que, dos espias sacados del elevado rango de senadores y diputados, se introducirian en casa del jeneral, colocándose de modo que pudiesen ver y oir cuanto pasase. Presentóse Arenas nuevamente y dió libre curso á sus confidencias; declaró el plan que se proponia seguir y el objeto del complot. Tratábase de restablecer la relijion católica en toda su pureza como lo estaba en 1808, esto es, con la inquisicion, y la autoridad real de Fernando VII, nombrar una rejencia cuyos miembros fuesen elejidos por los obispos y los cabildos eclesiásticos á fin de gobernar el pais á nombre del rey de España, hasta haber este hecho conocer sus intenciones. Prometia Arenas el perdon de lo pasado, y la conservacion de los empleos á los que se uniesen á el, asegurando al jeneral que un comisario rejio dirijia en Méjico esta grande conspiracion..... A penas hubo pronunciado estas últimas palabras, cuando se le presentaron los dos espias. «Me han vendido, esclamó, pero estoy resuelto á morir por mi relijion y por mi rey; no soy el primer mártir de esta sagrada causa, cuyo triunfo llegará algun dia.» Quedó preso en el momento, y puesto en entera incomunicacion, resultando de sus primeras indagatorias, y del exámen de sus papeles, varios arrestos de personas de categoria, un gran número de sacerdotes, y algunos jenerales como Arana, Negrete y Echavarri que se habian distinguido en la guerra de la independencia. Convenciéronse de que el complot se remontaba á la época en que el almirante Laborde habia aparecido el año anterior sobre las costas del golfo de Méjico, y que tenia raices muy profundas entre el clero. Sin embargo el fraile Arenas, cuyo suplicio se difirió algun tiempo, murió sin revelar el nombre de ninguno de sus cómplices. Fué fusilado el 2 de junio fuera de la ciudad sobre un puente del camino real de Chapultepec, para evitar los clamores que hubiera podido producir la sen-

(1) Nos limitamos aqui á la indicacion sumaria de esta primera tentativa, proponiéndonos mas adelante, reunir todos los hechos referentes á la revolucion de Tejas, y á su descripcion jeográfica. Entónces nos aprovecharemos del escelente trabajo del señor Federico Leclerc sobre Tejas y su revolucion. Imposible es, reunir en tan pocas pájinas tantos hechos curiosos acerca los grandes acontecimientos de que aquella rejion, tan rica en esperanzas, ha sido teatro.

tencia de un fraile por un tribunal civil.

Se ha querido suponer que aquella conspiracion absolutista, sin eco en las masas, y sin simpatias en la clase media, se habia presentado bajo un aspecto mas grave de lo que era en si con objeto de justificar las medidas arbitrarias que allí se proponian tomar contra los Españoles. No estaba ahí el verdader peligro. En la misma época y en el centro del pais, en el corazon de la capital, otra conspiracion visible y permanente iba con la cabeza erguida, amenazando las instituciones establecidas, la constitucion federal y el órden público. Esta era la conspiracion del partido ultra democrático, y para comprender mejor las causas de los acontecimientos que siguen conviene esponer en pocas palabras, el estado político del pais al período que hemos llegado.

Hemos dicho ya, que ningun punto del globo estaba menos preparado que Méjico á la precipitada transicion del despotismo á la democracia, á pesar de que el sistema federal echaba raices en las provincias, lo que les daba una importancia lisonjera. El acceso á las diversas lejislaturas se adaptaba á las ambiciones subalternas que hallaban en ellas un teatro en donde aleccionarse. Este sistema tenia además la ventaja de reunir é identificar en un mismo pais tan diferente en climas y productos los intereses materiales, ya agrícolas, ya industriales, y de acostumbrar á todos los pueblos á ocuparse de los negocios locales en la pacífica carrera de la administracion. Desgraciadamente muchos antiguos militares que hubieran podido colocarse en este nuevo órden de cosas, preferian á los empleos civiles, la vida aventurera del soldado, y cual bandoleros del Apenino, tenian siempre su espada dispuesta al servicio de las facciones.

Méjico, residencia del gobierno federal, era á la vez el centro de ambiciosos ilusos y descontentadizos y guaridas de los mas fogosos revolucionarios. Tambien se hallaban allí reunidos los hombres influyentes del partido conservador, defensores leales de la constitucion jurada, y amigos sinceros del órden y de la legalidad. Estos dos grandes partidos se distinguieron muy pronto bajo las dos denominaciones de *escoceses* y *yorquinos*. Los primeros se componian de propietarios rentistas, sobre todo de los que poseian títulos de nobleza antes de la revolucion, de oficiales del ejército criollo, opuestos á los primeros fautores de la insurreccion, de diputados á Córtés por España nombrados antes de la declaracion de la independencia de Iturbide, de majistrados, y de comerciantes acomodados. Estos hombres, que eran lo mas escojido de la sociedad mejicana, estaban unidos por los lazos masonicos del rito escocés, y se reunian en sus lójias para deliberar sobre los grandes intereses del pais, y dar á las elecciones la direccion que mas parecia convenir á sus opiniones. Entre los personajes influyentes de esta asociacion, que debe asemejarse á la de los federalistas de los Estados-Unidos, se contaba el jeneral Bravo, una de las mas distinguidas notabilidades de la revolucion mejicana.

Hasta el año 1825 los Yorquinos no existian como partido. Su reunion en un principio se compuso de patriotas sabios, estraños á los escoceses, sin serles hostiles. Dábaseles el nombre de Yorkinos en razon de estar afiliados en una lojia de Nueva-York. El ministro Poinsett uno de los dignatarios de esta última lojia, fué el que organizó tambien la de Méjico. Hízose célebre en poco tiempo y por desgracia, demasiado influyente. Allí se reunieron sucesivamente todos los hombres nuevos de la revolucion, los radicales, los republicanos mas avanzados: la exaltacion de las opiniones era un título de admiracion, y un medio de influencia. Al poco tiempo la escision entre las dos lojias, ó los dos clubs fué completa. Los Yorkinos se constituyeron adversarios declarados de los escoceses. Sus periódicos hicieron una guerra encarnizada á los moderados del pais, lo mismo que á los

Españoles establecidos en Méjico quienes no tuvieron enemigos mas crueles.

El poder era el único resorte de estos dos grandes partidos, pero lo buscaban por medios diferentes: los primeros por la moderacion, el órden, el respeto á la ley y todos los derechos adquiridos; los segundos por la audacia revolucionaria adornada de un colorido patriótico esclusivo, teniendo siempre en los labios la palabra de salvacion pública. Los Yorkinos mas numerosos que los escoceses llamaban sin descanso las pasiones de la multitud, escitando la irritacion del pais y en circunstancias decisivas la del ejército. Su lojia de Méjico era igual al club de los jacobinos de Francia. Allí se denunciaban de continuo como amigos del despotismo y de los Españoles, á los jenerales, diputados, ministros y funcionarios de todas clases. El gobierno y las cámaras se veian á menudo obligados á ceder á la violencia y á las intrigas de tan fogosos demócratas, y era muy grande el mal para que pudiese aplicarsele pronto remedio (1827). La prohibicion de las sociedades secretas y el cierre de las lojias masónicas fueron propuestos por el gobierno, y adoptados por el senado, por una mayoría de veinte y cuatro votos contra siete, y por la cámara de representantes, por cuarenta contra veinte y cuatro. Damos este número, para que pueda formarse una idea de la fuerza de ambos partidos en la lejislatura, y convencerse de que el órden y el sosiego público no debian alterarse con un parlamento compuesto de tales elementos. El poder ejecutivo casi desarmado consiguió no obstante que se cerrasen las lojias másonicas existentes, pero no pudo impedir á los Yorkinos que las abriesen nuevas, y continuasen en ellas sus sesiones, sus calumnias, y sus denuncias contra los mejores ciudadanos. Consiguieron una primera victoria contra los Españoles, y despues de cuatro meses de deliberaciones, concluyó el congreso por escluirlos de todo empleo público, civil, militar y eclesiástico, esceptuando solamente los obispos, y esto hasta el dia en que la España hubiese reconocido la independencia de la nacion. No satisfizo á los exaltados de Méjico esta última condecendencia, querian alguna cosa mas; deseaban la espulsion de todo aquel que hubiese nacido en España; y algunas provincias lo pedian así á voz en grito, y tomaban la iniciativa desterrando á todos los que no habian prestado juramento á la constitucion, pero aunque era fácil espulsar á los vencidos, á familias aisladas, á mujeres y niños sin defensa, no lo era tanto el triunfar de la miseria y de la bancarrota. cuyas dos plagas se habian lanzado sobre la república; á pesar del brillante cuadro del ministro de hacienda era por fin necesario reconocer un enorme deficit. Se habia engañado á la nacion, y á toda la Europa en los presupuestos precedentes, agrupando artificiosamente las cifras para figurar un escedente de entradas á salidas, habiendo hecho ascender la renta limpia del año financiero de 1827, á 1828, á 13.667,637 duros, y los gastos á 13 363.098 manifestando un escedente de 304,539 duros; y sin embargo desde este mismo año 1827, el gobierno no se hallaba capaz de satisfacer las obligaciones de dentro y fuera, ni podia pagar los dividendos y las letras devueltas de Inglaterra. La república mejicana, tan rica sobre el presupuesto, se halló bien pronto en quiebra en la plaza de Lóndres. Forzoso le fué al presidente en el discurso de apertura de la segunda sesion de setiembre de 1827, demostrar tan funesto estado de cosas, y la necesidad de un empréstito. Esta medida levantó una animada oposicion: preferíase á él, un establecimiento de nuevas contribuciones. Aprobóse, no obstante despues de largos debates, afectándolo en especialidad al pago de los dividendos adeudadas á Lóndres, y á letras protestadas devueltas al gobierno.

A estas tristes cuestiones financieras se agregó la relativa al nombramiento de presidente sucesor de Guadalupe Victoria. La constitucion fijaba la época del nombramiento de jefe de la república, por el mes de

setiembre del año que precedia á el en que concluia sus funciones: además de esto, por una rara anomalia, trascurrian siete meses entre la eleccion del nuevo presidente, y el dia en que tomaba posesion del gobierno. Durante esta especie de interinidad la administracion de los negocios, quedaba en manos del presidente cesante; si el perjuicio de semejante interregno hubiera sido grande en una antigua sociedad bien organizada, y de costumbres metódizadas, cuanto mas peligroso debia ser en un estado naciente puesto á la eviccion de todas las pasiones políticas, y jugando con ellas, como un niño juega con el fuego.

El jefe de los Escoceses, el jeneral Bravo colocado por ellos en la presidencia, cometió una falta, á la que puede atribuirse la mayor parte de las desgracias ocurridas en Méjico en aquella época; siendo este vicepresidente de la república impulsado de un afecto colérico que tan mal prueban en política, tuvo la desgraciada idea de atacar directamente á Victoria, y con la sospecha de qué protejia á sus adversarios, lo acusó de sancionar medidas contrarias al honor y prosperidad del pais ó en otros términos de traidor. A esta falta añadió otra no menos grave que fué la de desertar de su puesto y unirse á algunos jenerales que se habian declarado en sedicion abierta, decididos á reponer la administracion en poder de los hombres del partido escocés. Púsose á la cabeza de ellos en el pueblo de Tulancingo, y estos grandes movimientos obligaron á Victoria á echarse en brazos de los Yorkinos y á dar á su jefe el jeneral Guerrero la comandancia jeneral de las tropas. Bravo no queria la guerra civil. Creia posible el derecho de peticion á mano armada en el espíritu de la constitucion, porque el gobierno lo habia sancionado mas de una vez en circunstancias en que se ejercia el interés de sus proyectos. Rindióse pues con sus partidarios casi sin combatir, y fueron conducidos á Méjico en donde despues de algunos meses los condenó el congreso á un destierro de seis años durante los cuales disfrutaban media paga. La desgraciada tentativa de Bravo no acobardó á los Escoceses; colocaron en sus filas para la presidencia al jeneral Pedraza, antiguo ministro de la guerra. Los mas moderados entre los Yorkinos conocidos con el nombre de guadalupes se decidieron por este candidato; obtuvo una mayoría de dos votos, y se pudo creer, que bajo la administracion de este hombre de estado, eminentemente instruido y firme iba á gozar Méjico algunos años de tranquilidad.

Muy mal, empero, conoce los partidos quien los juzga consecuentes con ellos mismos. La balanza imparcial que tiene asida la justicia no la usan aquellos. Esos mismos Yorkinos que acabamos de ver castigar en la persona del jeneral á causa de su peticion á mano armada, se apresuraron á emplear el mismo medio contra el candidato vencedor. Despues de haber en sus clubs, lastimádose de su eleccion como una desgracia pública, elijieron á Santa Ana que mandaba en la provincia de Veracruz, para que lo atacase militarmente, y aquel jóven jeneral se dió prisa en justificar la confianza de los facciosos. A la cabeza de quinientos hombres se apoderó de Perote, en cuya fortaleza publicó un manifiesto á la nacion diciéndola que la voluntad de los estados, no era la del pueblo, que Pedraza no tenia la mayoría de los ciudadanos, que tomaba á su cargo espresar el verdadero voto nacional, proclamando desde luego á Guerrero presidente de la república.

A este anárquico argumento, contestó el congreso, declarando á Santa-Ana fuera de la ley, caso de no rendir las armas dentro el término que le prefijase el gobierno, y algunos miles de hombres mandados por el jeneral Rincon, y enviados contra Santa Ana, batieron á los revoltosos cerca las murallas de Perote, tomando aquel la fuga con algunos de sus partidarios, estableciéndose en las inmediaciones de Oaxaca, y no demostrando el pais simpatia alguna que ofreciese causa

comun con él, apareció disipada la insurreccion. La capital se mostraba tambien mas tranquila, y las masas iban entrando en el sistema del órden.

Los comerciantes de Méjico, confiando en el porvenir suscribieron un empréstito de trescientos mil duros, sin interés, y por el término de nueve años. Entónces el congreso, deliberando con calma acerca la organizacion del pais, sancionó dos leyes de importancia. En la una sometia al jurado los juicios sobre delitos de imprenta, y en la otra organizaba una guardia nacional en toda la estension del pais confederado.

Esta engañosa tranquilidad, no era sino un descanso de los hombres del movimiento. El choque entre Pedraza y Guerrero, parecia haberse disipado y este último resignado á admitir la voluntad legal del pais, pero los Yorkinos astutos esploradores de las pasiones populares, habian tenido la maña de enlazar la cuestion de la presidencia con la de la espulsion de los Españoles, y es preciso reconocer que esta medida, odioso abuso de la fuerza, tenia partidarios en las masas. Los derechos de los Españoles mejicanos, no eran sin embargo. menos sagrados que los de los criollos. Iturbide les habia concedido iguales privilejios, y sus propiedades estaban asimismo protejidas por la ley. El primer congreso habia sancionado las promesas que se les habian hecho en el plan de Iguala; la constitucion federal no habia creado contra ellos categorías particulares, y justificaban estas disposiciones equitativas por una conducta sabia y moderada. No se les habia visto en las filas del ejército real, absteniéndose de tomar parte en las luchas de las facciones: estaban unidos á los criollos por lazos matrimoniales, y solo deseaban envejecer y morir en el seno de sus familias, porque su patria era la de sus hijos: para ellos era la España una tierra estranjera, pero sus grandes propiedades é inmensos capitales, despertaban la codicia de los severos republicanos, y no podian librarse de la proscripcion.

No tardó esta en realizarse. El 3 de marzo al anochecer el ex marques de la Cadena, y el coronel García, á la cabeza de su rejimiento de Tres-Villas, habiéndose apoderado del parque de artillería, hicieron saber al presidente su intencion de obligar al congreso á espulsar á los Españoles, añadiendo que si el decreto no se publicaba en el término de veinte y cuatro horas, pasarian á cuchillo á cuantos pudiesen haber. A este principio insurreccional solo bastaba alguna firmeza de parte del gobierno para detener su curso, pues tenia suficientes fuerzas disponibles para castigar aquella banda de asesinos, aunque algunas tropas de línea se hubiesen dirijido hacia la Puebla. Prefirió no obstante entrar en negociaciones en lugar de batirse, pasándose el resto de la noche en conferencias sin resultados. Los insurjentes lo entretenian para ganar tiempo, y darlo á sus partidarios á fin de que llegasen en su auxilio, y al dia siguiente se les unieron el jeneral Lobato, Zavala, el ex gobernador del estado de Méjico, el diputado Cerecero, y cierto número de milicianos, y oficiales de diferentes graduaciones, todos Yorkinos. Vióse tambien concurrir al bando rebelde una multitud de leperos á los que Lobato prometió el saqueo de la ciudad. Estos nuevos reclutas, dignos de la causa que iban á sostener, dieron á este movimiento anárquico una nueva audacia. Los jefes proclamaron entónces á Guerrero presidente de la república, el cual admitió al momento, y arengó al populacho desde las ventanas de la Acordada: no obstante que creyó prudente retirarse desde luego á Santa Fé, tres leguas de Méjico en donde, durante dos dias se ocupó en organizar nuevas tropas para asegurar el triunfo de su partido.

El presidente que por su parte habia tomado algunas disposiciones militares, aunque incompletas, y como para poner á cubierto su responsabilidad, dió el mando de la capital al jeneral Filisola. Este salió de palacio el 2 de diciembre, para

desalojar á los rebeldes de las posiciones que ocupaban, pero quedó sin resultado esta primera accion. El 3 se rompió el fuego á las seis de la mañana, y duró sin interrupcion hasta las siete de la noche. Silvaba la metralla por las calles y fusilábanse desde las habitaciones de las casas. Las granadas y balas de cañon de los revoltosos, como de mayor calibre, hicieron grandes estragos en la ciudad en especial sobre el frontis del palacio. Pero estas terribles escenas no eran sino el preludio de otras mas horribles. Nada habia hasta entónces decidido, mas el 4, se pronunció la fortuna en favor de la insurreccion. Desde la madrugada habia hecho el presidente enarbolar la bandera blanca en la Acordada, y cesar el fuego. Estas pacíficas demostraciones fueron despreciadas por un enemigo superior en número que acababa de recibir nuevos refuerzos mandados por Guerrero en persona (1). Voluióse á romper el fuego con mas viveza y mayor daño. Las masas de leperos cercaron el corto número de soldados del gobierno que todavía quedaban, y aunque estos bravos no cedian el terreno sino palmo á palmo, acorralados ya contra las paredes de palacio les fué preciso morir ó rendirse. Viéronse á muchos de ellos romper los fusiles contra la pared indignados y coléricos por la cobardía de sus jefes que los habian abandonado. En permanencia el congreso desde el principio de la revolucion, protestó antes de disolverse contra la violencia de que era objeto. No imitó tal ejemplo el jeneral Victoria. Salió á recibir á los insurjentes, y volvió á palacio escoltado por Lobato y demás jefes Yorkinos, con los cuales entro al instante en conferencia. No puede esplicarse semejante conducta en un hombre, que tantas pruebas habia dado de valor, sino suponiendo que queria salvar á Méjico de los horrores del saqueo que le constaba haberse prometido á los leperos. ¡Inútiles esfuerzos! Victoria habia sin duda olvidado, que un majistrado supremo que no sabe reprimir una sedicion en su cuna, no es mas que un fantasma sin valor, al frente de la revolucion victoriosa. Mientras el presidente transijia con ella, los leperos se desbandaban por la ciudad, como rio salido de madre. Bajo el pretesto de buscar Españoles derribaban las puertas de los mas ricos mejicanos. El Parian, especie de mercado de lujo de aquella gran ciudad fué invadido y enteramente saqueado. Horrible espectáculo era ver á esta muchedumbre andrajosa disputarse las musolinas y sedas de la India, las porcelanas de la China y del Japon; los muebles preciosos, las alhajas, las piezas de plata, y los talegos de oro y plata. Se ha dicho que hasta hombres bien vestido, oficiales, y sacerdotes tomaron parte en el saqueo que se estendió á varias casas de banqueros, y comerciantes estranjeros ó mejicanos, y que se prolongó toda una noche durante la cual fué Méjico víctima de todos los escesos á que se entrega una soldadesca furiosa en una plaza tomada por asalto. Hácese subir el número de muertos en estas espantosas luchas á ochocientos entre militares y paisanos. Mas de quinientas familias opulentas perdieron cuanto poseian, viéndose en pocas horas reducidas á la última miseria. Al dia siguiente parecia Méjico un campo de batalla cubierto de ruinas y de cadáveres. Varios empleados del gobierno, de ambas comarcas, ministros y cónsules estranjeros tomaron la fuga.

Pedraza, cuya cabeza pedian los sicarios de Lobato se retiró al estado de Guadalajara. Allí contaba con muchos partidarios, lo mismo que en las provincias de Zacatecas y Guanajuato. Con ellos podia prolongar la lucha, y hacer triunfar su causa intímamente enlazada con la existencia del pacto fundamental, pero esta lucha hubiera sido larga. Pedraza eminentemente patriota hizo el sercrificio de sus derechos á la paz de su pais: dió gracias á sus amigos po-

(1) La milicia nacional de Méjico, parece tomó una parte muy activa en esta insurreccion. Estaba recientemente organizada, y bajo la influencia de los Yorkinos.

el ofrecimiento de sus servicios; les rogó al mismo tiempo terminasen la guerra civil sometiéndose á un nuevo presidente, y despues de haber renunciado formalmente sus funciones se condenó á si mismo á destierro como causante de aquellas turbulencias, y se alejó de Méjico.

Volvamos á la aflijida capital. En medio de la consternacion jeneral, los jefes de los rebeldes, establecieron una junta provisional compuesta de los jenerales Lobato, Zavala, y á su cabeza colocaron á Guadalupe Victoria, quien aceptando el puesto parece confirmaba las sospechas de los vencidos (1). Esta junta mandó se abriesen las tiendas, y en ventanas y balcones se enarbolasen banderolas blancas como signos de paz, y felicitó á los Mejicanos por unos acontecimientos que cubrian á su patria de vergüenza y de luto.

La noticia de aquellos sucesos, prontamente llegada á las provincias y difundida con rapidez, escitó la indignacion de todos los Estados, cuyo voto habia sido favorable al presidente elejido. La lejislatura de Veracruz se distinguió por su enerjica oposicion, pero ya fuese por la influencia de los consejos pacíficos de Pedraza, ó ya por la audaz intriga de Guerrero, esta oposicion se desvaneció rápidamente como uno de aquellos pensamientos jenerosos que carecen de fuerza para la ejecucion. Los diferentes cuepcs reunidos para marchar sobre la capital se detuvieron. Santa-Ana que ejercia una especie de dictadura en el estado de Oaxaca se declaró por la revolucion, afeando al mismo tiempo los escesos cometidos en Méjico. Las guarniciones de la Puebla se delararon asimismo por el vencedor, lanzándose desde luego en el foco de la revolucion, por tener probablemente un pretesto, para cojer un comboy de dinero que estaba en camino para Veracruz, ascendiendo por lo menos á la suma de doscientos cincuenta mil pesos fuertes. Semejante ejemplo seguido por otros cuerpos armados, hizo triunfar la revolucion en todos los puntos. Los comandantes militares se pronunciaron sucesivamente por la presidencia de Guerrero y la espulsion de los Españoles. Los mismos Escoceses cedieron al torrente, reservándose empero su revancha para mas adelante. La faccion triunfante se apoderó de todos los empleos; presidencia, ministerio, y encargos públicos de mas lucro. Restablecióse el órden con la ambicion de guerrero, y las pasiones de los Yorkinos quedaron satisfechas.

Los miembros de las dos cámaras, que como hemos visto se habian ausentado, comparecieron sucesivamente en Méjico, reuniéndose pronto en suficiente número, para que el presidente, todavía en ejercicio, pudiese abrir la sesion del congreso en la época ordinaria de 1.º de enero de 1829. La fisonomía de la asemblea era apagada y triste, parecia incierta y como inquieta de la legalidad de sus poderes. El discurso del presidente fué lánguido y embarazoso: recordó los últimos sucesos, pero lacónicamente, y sin detalles. Este cuadro era sin duda calculado para el estranjero, no obstante que no pudo disimular la gravedad de las circunstancias. Al dia siguiente se presentó menos sombrío el horizonte. Se hizo saber la sumision del cuerpo de Calderon, y la dimision de Pedraza, el cual pedia pasaporte para trasladarse á los Estados-Unidos. No se le retardó este documento que era un obstáculo menos para

(1) La conducta de Victoria le ha levantado graves acusaciones. Yer Yorkino, no se encontraba hostil á este partido. Muchos funcionarios nombrados por él se hacian notar por la exajeracion de sus opiniones; á la cabeza de la milicia nacionel de Méjico habia puesto á Tornel, uno de los Yorkinos de mas influencia. Por estas causas los moderados del congreso se negaron á conceder al presidente las facultades estraordinarias que pidió el primer dia de la insurreccion, por el temor del mal uso que de ellas hiciese. Desagradable fué esta negativa pues Victoria era hombre de honor; hubiera justificado la confianza del congreso y probablemente comprimido la revolucion, si por un decreto se le hubiese autorizado para declarar la capital en estado de sitio, crear una comision militar, y someter á su fallo á todo individuo cojido con las armas en la mano, haciendo vijilar á todo hombre sospechoso, y suspendiendo la libertad de imprenta.

el gobierno. Las asambleas se hallaban ya mas desahogadas, y podian mirar la última revolucion como un hecho consumado, y colocarse al lado del vencedor. Ocupáronse primeramente de la eleccion de presidente. Racional hubiera sido someterla de nuevo á las lejislaturas de los diferentes estados; pero los amigos de Guerrero, no queriendo esponerse á semejante azar, tomaron el partido de anular el nombramiento de Pedraza, como hecho bajo la influencia de la fuerza militar y presentar el de Guerrero como la espresion del voto nacional. La vice-presidencia se conservó para el jeneral Anastasio Bustamante; se anularon los decretos que habian puesto á Santa-Ana fuera de la ley, y volviese á la prensa su completa libertad.

Mas la grande cuestion de los Yorkinos, esto es, la espulsion de los Españoles, no podia dejar de ocupar las primeras sesiones del congreso. Desde el 2 de enero se presentó á la cámara de los representantes, que adoptó el proyecto casi por unanimidad. Se mandaba á todos los Españoles nacidos en la Península, presidios de Africa, Islas Baleares y Canarias (1), salir en el término de tres meses del territorio de la república, bajo pena de prision en una fortaleza mientras durase la guerra de España. Los ocultadores de los proscritos incurrian en la misma pena, mas una multa de quinientos á mil duros. Las mujeres no estaban obligadas á seguir á sus maridos, y las que declarasen su intencion de quedarse, la república las tomaria bajo su proteccion, y conservarian sus bienes; y sus esposos no podrian llevar los suyos sino en esta forma, un tercio en metálico, y los dos restantes en efectos del pais.

Esta espulsion, que solo puede compararse á la de los Moros de España y á la de los protestantes de Francia, se votó por una inmensa mayoría en la cámara de los representantes, sancionándola luego el senado, despues de una prolongada vacilacion. Gran número de familias españolas no aguardaron este previsto resultado. Las que tenian mas que perder se apresuraron á marchar antes de la promulgacion de la ley (20 de marzo de 1829). Algunas escepciones se hicieron sin embargo á favor de los achacosos, viejos, y de algunos hombres que habian prestado servicios al pais, y algunos pobres españoles, orijinarios de familias francesas recomendados por el cónsul de Francia. Esta medida empobreció Méjico en mas de cien millones de pesos, y le privó de tres ó cuatro mil individuos, la mayor parte ricos y laboriosos.

La hacienda de la república habia prosperado hasta el año 1827; el ministro Estévan manifestó al congreso su nueva decadencia; sin disimular los perversos efectos de los últimos trastornos de Méjico sobre la prosperidad del pais. «Salvo mi responsabilidad, dijo el ministro, de un triste deber, revelando al congreso las heridas causadas al tesoro público, y al crédito nacional.» Los productos del año, presentaban un déficit de 2 251,395 pesos sobre los del año anterior, en el que ya los gastos no se habian cubierto con las entradas. Para paliar los siniestros efectos de este estado de cosas, propuso el ministro algunas economías en el presupuesto de guerra y marina, y al mismo tiempo un aumento en las contribuciones indirectas y el monopolio del tabaco. Supuso que los productos, inciertos, de los nuevos impuestos, cubririan en su mayor parte el déficit que acababa de manifestar. Tan singular sistema de ingresos eventuales no pareció del gusto de la asamblea: al menos, no se pidieron á Estévan ensayos y arreglos de presupuestos, y el nuevo presidente lo reemplazó por el jeneral Zavala, que tomó sobre sí tan pesada tarea. Este hizo adoptar otro proyecto que se asemejaba al sistema de los Estados de Europa. Consistia en establecer en toda la estension de la república una contribucion anual de un cinco por ciento sobre toda renta de cualquier naturaleza que fuese y pasase de mil pe-

(1) Las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas quedaban esceptuadas.

sos, y de un diez por ciento en la que escediese de diez mil duros. La declaracion jurada de los contribuyentes debia servir de base á los perceptores. El proyecto entrañaba derechos de patente igualmente escalonados. Este plan tuvo el resultado que era fácil preveer. El espíritu de federalismo, y la mala fe de las declaraciones obligaron bien pronto á renunciarlo, y el gobierno se halló en peor situacion que nunca.

En estas circunstancias fué cuando el congreso supo en el último dia de sus sesiones por su mismo presidente y de un modo oficial, que la España se preparaba á la reconquista de Méjico. El poder ejecutivo, decia, no duda que el gobierno de Madrid, tan tenaz en su orgullo, como impotente en sus recursos, persiste en esta estravagancia que va á descubrir su debilidad. Los Estados de la confederacion organizan sus milicias, y muy en breve, un ejército numeroso disponible, destruirá á los insensatos que osaren profanar nuestras playas.»

Ya se sabe, que una de las necias preocupaciones de Fernando VII, fué la de pretender posesionarse nuevamente de las colonias perdidas. Este príncipe bajo las erradas creencias de su infancia, y engañado por sus cortesanos, se imajinaba que la adquisicion del poder de la metrópoli era vivamente deseado por sus antiguos súbditos de América, quienes suspiraban por el réjimen colonial, que tanto ellos como sus ascendientes habian esperimentado con gusto durante tres siglos. El gabinete de Madrid, menos confiado que Fernando en la predileccion de los Americanos por el yugo de la madre patria, juzgaba el momento favorable para intentar un golpe de mano sobre Méjico. Bien informado de las luchas revolucionarias de aquella república, no lo estaba tanto de las causas del desórden, de las fuerzas del pais, y del odio que todos los partidos tenian á la España. Revélase esta ignorancia, por el modo con que fué preparada la espedicion. Al ver su debilidad hubiérase creido que se trataba de pacificar alguna pequeña provincia revolucionada, y no de someter un grande imperio de siete millones de rebeldes. En verdad se aseguraba, que aquella era la vanguardia de un ejército de veinte mil hombres. ¡Estraña vanguardia la de un ejército que dejaba á dos mil leguas á retaguardia y en alta mar, su cuerpo principal! La espedicion mandada por el brigadier D. Isidoro Barradas, antiguo criollo, se dirijió primeramente á Cuba, en donde le anunciaban considerables refuerzos que no halló.

El gobernador Vives le facilitó solamente algunos batallones de hombres de color, que hicieron ascender las fuerzas de la espedicion á cinco mil hombres poco mas ó menos, comprendiendo las tripulaciones de doce buques en que iban embarcados. Ya circulaban en las Antillas las proclamas de Vives, que tambien hacia llegar á las costas de Méjico. En ellas se intentaba, sin ningun jénero de rebozo, persuadir á los Mejicanos que estaba en sus verdaderos intereses el reconocimiento del gobierno paternal de Fernando VII, único dique á la anarquía. Anunciaban la llegada de Barradas como la de un libertador que llevaba consigo una amnistía completa, perdon jeneral, garantía de personas y propiedades, y conservacion de empleos civiles y militares. Estas pomposas promesas lejos de alterar la fidelidad de las masas, hicieron cesar de golpe todas las divisiones, los celos, y los choques interiores de los jefes. Todos cuantos habian combatido por la independencia, tomaron las armas para defenderla. Por todas partes se organizaron milicias, prontas á dirijirse á la primera señal, al punto amenazado.

El 5 de julio por la mañana, salió de la Habana la espedicion de Barradas, escoltada por trece buques de guerra á las órdenes del almirante Laborda, en medio de las aclamaciones y estrépito de las músicas. El navío almirante *el Soberano* rompió su cabestante, lo que obligó á la escuadra á pairar hasta el dia siguiente, que se hizo á la vela hácia el oeste acompañada de halagüeñas lison-

jas en el diario oficial de la Habana, que comparaban lisa y llanamente á Barradas con Cortés, y le predecian los mismos resultados.

Con todas las previsiones razonables, la espedicion alcanzó la costa en donde menos podia esperarse un desembarco. Tomó tierra en 27 de julio en Cabo-Rojo, á unas veinte leguas al sur de Tampico. La playa era desierta y arenosa, y el sol de los trópicos ardiente. Al desembarcar los soldados españoles tenian agua hasta la cintura. Pusiéronse en marcha al dia siguiente para llegar á Tampico, entónces sin fortificaciones. Hubiera valido indudablemente mucho mas, abordar directamente á aquel pequeño puerto, ahorrando al ejército una marcha penosa y rodeada de peligros; mas, persuadido Barradas que los Mejicanos correrian por masas á alistarse bajo las banderas del rey, tenia prisa de presentarles la oportunidad. Tenia placer en repetirlo á presencia de los misioneros franciscanos que lo acompañaban, y cuyo socorro le parecia sin duda mas precioso que el de la artillería, pues tampoco habia embarcado cañon alguno de sitio. Por el contrario, viósele en estas circunstancias remedar al conquistador del siglo diez y seis, pues aunque en verdad no hizo quemar la escuadra, mandó que se alejase, como si ya no debiera serle de ninguna utilidad. Sin embargo los Mejicanos que debian engrosar el ejército de Barradas se dejaron ver muy pronto como enemigos indignados de su empresa. Trescientos de ellos ocultos en una emboscada con dos piezas de artillería en las arboladas alturas de los Corchos intentaron detener á los Españoles. Una descarga de fusilería puso á la vanguardia en desórden por algunos momentos; pero el corto número de aquella tropa cedió prontamente á la mayor fuerza, y fué ocupado Tampico por el ejército real. Confiando siempre en sus proclamas, aguardaba allí tranquilamente el resultado, cuando la noticia del desembarco del enemigo corriendo de boca en boca por todos los puntos del pais, llegó á Méjico. Creyóse al pronto una fábula; pero los correos que llegaban sin intermision, confirmaron la novedad. Desde aquel momento ya no hubo divisiones de partidos ni luchas de ambion, todo fué horror al yugo español. Armáronse en todas partes para la guerra. Varios jenerales emigrados y desterrados pidieron y obtuvieron gracia para batirse por la patria, y todo el pais se levantó como un solo hombre. Guerrero convocó al instante el congreso, pidió la dictadura y la suspension de la constitucion. El senado opuso algunas dificultades para concederle esta autoridad, que al fin la obtuvo con algunas restricciones. Tenia una escelente ocasion para condenar al silencio la oposicion. No eran necesarias proclamas ni llamamientos, ni ninguna otra escitacion patriótica. Solo se necesitaba ponerse á la cabeza del ejército y marchar derecho al enemigo. Idolo de su patria, despues de la victoria le esperaba el título de libertador, pero, otro á su vez, el jeneral Santa-Ana, se apresuró á merecerlo. Este gobernador de Veracruz descansaba de las últimas fatigas de la campaña en su hogar de Manga de Clavo, cuando supo el desembarco de los Españoles. Voló al instante á Veracruz, y sin aguardar decretos del congreso ni proclamas del presidente, llama al pueblo á las armas. Pide al comercio provea la caja del ejército, y se embarca con ocho ó nuevecientos hombres con direccion á la provincia invadida para socorrerla.

¿Y qué hacia el jeneral español? Esperaba siempre tranquilo el resultado de sus proclamas. Funestamente engañado acerca de las disposiciones de los Mejicanos, se decidió por fin á continuar avanzando. Al principio obtuvo algunas ventajas sobre la division de la Garza, y probablemente la hubiera reducido á la nulidad, cuando supo que Santa-Ana atacaba á Tampico, en donde solo habia dejado trescientos hombres y muchos enfermos. Esta débil guarnicion hacia una defensa heróica, cuando Barradas corrió apresuradamente para poner al sitiador

entre dos fuegos. A su vez se creyó Santa-Ana perdido; pero una treta le salvó. Hizo creer al comandate español que varios rejimientos de milicias venian en su ayuda, y esta mentira le valió el permiso de repasar el rio, y con quinientos hombres, evadirse de los tres mil que Barradas podia aun poner en línea. El hambre, las enfermedades, la miseria, la insalubridad del clima, las lluvias, y los músticos (1), diezmaron bien pronto aquel corto ejército, que en vano esperó en todo el mes de agosto los refuerzos prometidos, al paso que los Mejicanos los recibian de todas partes; y convencido en fin, que su posicion no era llevadera, y que la vanagloria de resistir algunos dias mas en aquella costa, le invalidaria el resto de sus tropas, se sometió Barradas á la dura necesidad de capitular. El dia 11 de setiembre, dia memorable en los fastos de la república mejicana, los dos jenerales de ambos ejércitos firmaron los artículos del convenio, que alejaba por última vez, á los Españoles de su antigua colonia. El ejército de Barradas rindió las armas; los oficiales conservaron sus espadas. Los enfermos se confiaron á la humanidad del vencedor, quien se encargó de hacerlos trasportar á la Habana despues de restablecidos. Añadamos, que los Mejicanos cumplieron lealmente este honroso convenio en ambos estremos. Dichoso contraste con lo que tantas veces se habia visto en tiempo de la primera insurreccion.

Si la espedicion de Barradas demostró la firme decision de los Mejicanos por su independencia, tambien fué la causa inmediata de las revueltas interiores, Méjico volvió sus fuerzas contra sí mismo. ¡Lamentable destino el de un pais en el que la fiebre revolucionaria parece su estado normal! Mientras Santa Ana iba triunfante de pueblo en pueblo, recibiendo las oblaciones de la muchedumbre, Guerrero perdia su crédito para con el mismo partido que lo habia elevado. Habia disgustado con sus medidas fiscales: los republicanos ricos no le perdonaban la abolicion jeneral de la esclavitud, pues los Mejicanos querian conservar sus negros. Ultimamente el poder dictatorial del presidente se hizo pesado á todos. El ejército de reserva reunido en Jalapa á las órdenes de Bustamante se lo hizo entender, y Guerrero habia cometido por segunda vez la enorme falta de reunir aquel cuerpo sin tomar su mando lo que disgustaba y heria el orgullo aristocrático de los oficiales. No pertenecia á la raza blanca, y esto solo, segun se murmuraba, le hacia indigno del puesto qúe ocupaba.

Antes de hablar de esta lucha, preciso es decir dos palabras sobre el espíritu del ejército, pudiendo servir su reseña de aclaracion á varios hechos. La mayoría del ejército no habia estado jamás sinceramente adicta á la república, y de propio instinto procuraba destruirla, pero sin saber á quien daria la corona. Despues de la victoria obtenida sobre los Españoles, no se hablaba entre los jefes mejicanos sino de centralizar la república, como un primer paso hácia el sistema monárquico. El gobierno federal no podia sufrir al ejército. Las tropas de Yucatan fueron las primeras que se pronunciaron por este nuevo órden de cosas, declarando al Yucatan separado de la federacion, hasta el momento que esta dejase de existir. Los oficiales de reserva de Jalapa se pronunciaron igualmente, aunque guiados por los políticos de Méjico, procedieron con mas circunspeccion. El 4 de diciembre de 1829 publicaron un plan de reforma, limitándose á pedir la constitucion en toda su pureza, y el réjimen ú observancia de las leyes, pero no indicaban esplícitamente las infracciones, que sin embargo exijian reforma. Para con las personas eran mas esplícitas. Declarábase que los individuos que tuviesen contra sí la opinion pública serian separados de todo destino perteneciente tanto al gobierno jeneral como al de los Estados. Esta declaracion no dejaba duda alguna

(1) Insecto zancudo y dañino que se cria en qu ellos paises.

acerca de la suerte que se preparaba á Guerrero, mas este conociendo á quien se dirijia el tiro de aquel acto, se dió prisa en armar á los Leperos, organizó algunos batallones de milicias á los cuales confió la guardia de palacio, y se puso en marcha con dos mil hombres para detener la insurreccion. Pero apenas habia dejado la capital cuando se sublevó la guarnicion. Entre ella y los militares hubo algunos tiros, que al fin cesaron, entregando el palacio en donde se establecieron los jefes de la insurreccion quienes constituyeron un gobierno provisional compuesto de D. Pablo Velez, del jeneral Rayon, Don Luis Quintana, y Don Lúcas Alaman, antiguo ministro de negocios estranjeros. Esta revolucion en consonancia con la del año anterior, no era sino el triunfo de un partido sobre otro. Terminóse casi sin efusion de sangre, gracias á la rapidez del movimiento y á la pronta adhesion de la mayor parte de los Estados. Guerrero se vió precisado á ganar las montañas del sur, su pais natal, en donde conservaba una aura popular poderosa. Santa Ana su antiguo amigo no habia hecho mas que un papel secundario, y aun equívoco en esta revolucion, de la que resultó héroe Bustamante.

Reunido el congreso en circunstancias tan azarosas, le suplicó conservase el poder, que hubiera sido peligroso retirarle, aunque por aparentar un colorido de la legalidad solo se le dió el título de vice-presidente, declarando lejítima la eleccion del jeneral Gomez Pedraza que se hallaba entónces en Paris. Guerrero fué depuesto como herido de incapacidad moral.

Luego que Bustamante se vió á la cabeza del gobierno comenzó halagando su interés y el de su partido, por nombrar un nuevo ministerio. Alaman lo fué del interior: Rafael Manjino de comercio: José Ignacio Espinos de justicia, y Tacio de guerra y marina. Antes de seguir la marcha de esta administracion, mas fuerte é ilustrada que las precedentes, conviene dar una idea del estado del pais. Sus relaciones esteriores se habian estendido, pero habia pasado la época en que abundaban en Méjico los capitales europeos, para colocarlos en él ventajosamente y en que las compañías estranjeras, confiando en la buena fe del gobierno, creaban nuevas industrias, y reanimaban la esplotacion de las minas; en que el comercio interior tomaba un vuelo rápido, en que se multiplicaban las vias de comunicacion, y en que iba á emprenderse la obra de reunir los dos océanos por el istmo de Tehuantepec. Todo lo habian cambiado las turbulencias interiores. La industria manufacturera era nula; el desórden de la hacienda llegaba al último grado; los dividendos de los empréstitos no se pagaban: en fin, Méjico estaba en bancarota para con todas las plazas de Europa. La confederacion parecia enteramente disuelta. El Yucatan continuaba su separacion; y en el estado de la Sonora las cuestiones sobre la union y division, reportaban grandísimos desórdenes; ajitábanse otras revoluciones en el estado de Tabasco. ¿Y de donde provenia esta gran perturbacion social, esta fiebre revolucionaria? Un hombre nada sospechoso, el ministro del interior Alaman, nos lo refiere en su memoria al congreso. Lo atribuye á las sociedades secretas, á ese gobierno oculto que dicta decretos en la capital, y cuyas órdenes ajitan en todos los puntos las resistencias, y las ambiciones bajas y rastreras. Atribúyelo á las elecciones hechas bajo la influencia de esas juntas directoras; á las listas que se publican por sus ajentes; á las amenazas que alejan al hombre pacífico, al hombre instruido, al que posee, quedando el escrutinio en poder de los ajitadores, que nada tienen que perder, y ninguna consideracion tienen en sociedad. Atribúyelo á las exijencias á mano armada, otro de los instrumentos faccionarios, y principio de los movimientos revolucionarios en dias fijos en todos los puntos del pais. Lo atribuye, en fin, á la licencia de la prensa, de esta prensa que burla las leyes represivas, siempre eludidas por el verdadero culpable,

y la burla de los amenazados que jamás castiga.

El nuevo ministerio con miras íntimamente acordes con las del presidente, siguió muy diferente marcha que la de sus predecesores. Las formas republicanas se conservaron en verdad, pero la administracion emprendió cierta forma militar y dictatorial que iba evidentemente hácia la destruccion del gobierno federal. El congreso y la prensa eran entre sus manos instrumentos dóciles. Las facciones fueron reducidas al silencio, y comprimidas por la fuerza. Gracias á este sistema que no era muy constitucional dos años, 1830 y 1831, se pasaron en Méjico sin nuevas revoluciones. La opinion comun designa á Alaman como director de esta política. Era sin la menor duda, el hombre á quien debian concederse conocimientos privilejiados. Su cólega Facio, educado en la guardia de Fernando VII consideraba la influencia del poder militar como una necesidad gubernativa. Poco afecto á instituciones republicanas, entretenia el espíritu del ejército en este mismo sentido y colocaba á la cabeza de los rejimientos hombres conocidamente hostiles á todo gobierno representativo. Durante su administracion, se puso la guarnicion de Méjico al pié de guerra, y las capitales de los diferentes estados observaron igualmente el desarrollo de este aparato militar tan terrible para la libertad. Con tal sistema se necesitaba un ministro de hacienda bastante hábil, que acudiese al socorro de las tropas en medio de un tesoro agotado. Rafael Manjino desempeñó con honor tan espinoso encargo. Este hombre de estado reunia en su persona toda aquella gracia y modales que atraen y tanto distinguen á los cortesanos. Desde la proclamacion de la independencia, y en el seno del congreso constituyente, se le habia visto pedir siempre una monarquía con un príncipe europeo, y en su defecto, que se declarase una república central. Sin cambiar de principios ni olvidar la práctica adquirida en la tesorería de los vireyes, como ministro, desplegó un espíritu centralizador. El producto de aduanas estaba entónces empeñado en una suma considerable; y sin curarse de los gritos de los ajiotistas, suspendió el pago de las letras emitidas por Guerrero. Entró luego en composicion con los tenedores de estos títulos, y les asignó el quinceavo del producto de estas mismas aduanas, del que consiguió el diez y seisavo para solventar la deuda de Inglaterra contratada en 1825. Continuando relijiosamente esta prudente marcha, la deuda flotante de Méjico no hubiera tardado mucho tiempo en estinguirse. En el año 1830 tomó el comercio un vuelo imponente, y si bien Manjino conservaba aquellas opiniones mejicanas del antiguo réjimen que veian con sentimiento al estranjero esplotar los diferentes ramos de la industria del pais, y la esportacion del producto de minas, creyó deber modificar el sistema prohibitivo de Guerrero. Estas medidas, el arriendo del tabaco, y la rigurosa recoleccion del continjente de los Estados hicieron bien pronto al gobierno jeneral poseedor de considerables fondos, y de un crédito superior al de los años anteriores.

Alaman comprendió que si los intereses materiales hacian un gran papel en el establecimiento de su sistema, la relijion debia auxiliar su consolidacion. El clero, hostil al sistema federativo, muy partidario de la centralizacion, y mucho mas de la monarquía, se le tuvo en consideracion. Convencido el diestro ministro de que esta influyente corporacion aguardaba nuevos privilejios del nuevo órden de cosas, se ocupó de aumentar su prestijio para aprovecharse de él en caso necesario, enlazando de este modo los proyectos de la aristocracia con los intereses de la Iglesia. El canónigo Vazquez encargado de negocios de Méjico en Roma desde el año 1825, recibió la órden de emplear todos los medios posibles para obtener el nombramiento de los obispos propuestos. El obispado de la Puebla, uno de los mas ricos de la Nueva España, fué la recompensa del buen éxito de su negociacion. El presidente nombró además

otros cuatro obispos decididos por la causa teocrático-militar, la cual, auxiliada por ellos, hizo algunos progresos entre las masas.

Sin embargo, Guerrero que se habia dejado deponer tan fácilmente, y que en su retiro, parecia hallarse conforme con su vida privada no pudo disimular por mucho tiempo sus esperanzas y su resentimiento. Los pueblos del sur se le manifestaban demasiado adictos para que dejase de aprovecharse de sus simpatias. No le fué, pues difícil reunir un gran número de partidarios, y puesto á su cabeza, se creyó bastante fuerte para amenazar, y emprender á su vez la ofensiva. Pidió una nueva reunion de Estados, con la mision de decidir á quien debia pertenecer la presidencia. A tal provocacion, Bustamante contestó poniendo á su rival fuera de la ley, y haciendo marchar una division contra él. Esta insurreccion del sur era mucho mas grave de lo que se creia. Reconocióse que hasta Acapulpo todo el pais se habia sublevado en favor del antiguo presidente, y que la guerra se haria en un pais montañoso lleno de obstáculos para las tropas del gobierno. Guerrero contaba en él tantos soldados como habitantes, quienes sin abandonar el cultivo de las tierras, se reunian para batirse en un dia convenido. Estas milicias improvisadas batieron al jeneral Armijo á quien el Coronel D. Juan Alvarez hizo asesinar. A consecuencia de esta derrota cayó Acapulco en poder de Guerrero, cuya causa abrazó el Mechoacan con enerjía. Si despues de la derrota de Armijo, la toma de Acapulco, y la defeccion del Coronel Codallos; los Estados de Zacatecas y de Jalisco, se hubiesen declarado contra el gobierno de Bustamante, es probable que este hubiera sucumbido; pero esta guerra nada tenia para ellos de nacional, y la consideraban únicamente como una lucha de ambiciones personales entre dos usurpadores. Gomez Pedraza era en su concepto el único presidente legal, y se hubieran pronunciado por él, si Pedraza al desembarcar en Veracruz á su regreso de Europa, temiendo que su nombre sirviese de pretesto á la guerra civil, no se hubiese apresurudo á retirar su renuncia á la presidencia. Parece que este acto de patriotismo debia conciliar al ilustre proscripto la proteccion de Bustamante, pero sucedió todo lo contrario. Pedraza recibió la órden para reembarcarse en el término de veinte y cuatro horas, espulsado del suelo natal por el mismo partido que lo habia elevado á la presidencia y por el hombre cuyo poder acababa de solidar con su nueva y espontánea renuncia.

En medio de los trastornos de esta lucha, fué cuando el ministerio mejicano recibió la noticia de la revolucion de julio. Tal vez se crea que los republicanos la recibieron con gusto. Nada de eso, miráronla por mala parte, y la contemplaron lo mismo que las Cortes de Viena y San-Petersburgo. Sus periódicos oficiales la insultaron como una obra impía, injuriaron á los promovedores con los nombres de sediciosos y revolucionarios, haciendo grandes elojios del sistema de Mr. Polignac, y de la firmeza del desgraciado Cárlos X. Lamentábanse de que un tal sistema hubiese caido bajo los golpes de una demagojía turbulenta, enemiga de todo poder lejítimo. Así, poco mas ó menos se espresaban dos célebres diarios, *el Sol* y *el Rejistro oficial*. Esto puede dar una idea de las miras ulteriores del ministerio Alaman, y he aquí porque lo hemos mencionado.

No obstante, algunos rumores sordos circulaban en rededor del poder. El jeneral Barragan, creyó, que el mejor medio de acallar todas las pretensiones, y satisfacer todos los sistemas, era el de reunirlos en un interés comun haciendo entrar á sus jefes en una junta estraordinaria compuesta de diez y ocho personas. A ella debian llamarse los jenerales Guerrero, Bustamante, Bravo, Santa-Ana, los gobernadores de los Estados y los obispos; allí debian formularse todas las ambiciones en un gobierno oligarquico, cuyas decisiones debian, empero, someterse á la aprobacion del congreso, sin otra

voluntad que la de los jenerales que tenian la fuerza á su disposicion. Este proyecto conciliador que hallaba un insuperable obstáculo en el partido democrático, al que no podian impunemente despreciar, no se adoptó, y las hostilidades contra Guerrero se llevaron adelante con enerjía. Dióse el mando del ejército contra aquel, á Nicolás Bravo, hombre al parecer el menos propio de todo Méjico para semejante mision, pues si Bravo pisaba el suelo patrio lo debia á Guerrero, el cual lo habia salvado de la pena capital despues de la insurreccion de Tulanciago. Mas como el agradecimiento no es virtud obligatoria en los hombres políticos, Bravo aceptó y llevó la guerra con encarnizamiento. Tocábase entónces el fin del año 1830, y la administracion de Bustamante triunfaba de todos sus enemigos. Entre ella y los Estados habia una aparente armonía, aumentándola maravillosamente la prosperidad del comercio. Los puertos de Méjico estaban atestados de buques europeos, y los productos de aduanas aumentaban en una proporcion inesperada; pudiendo los ministros sin exajérar demasiado, presentar á la apertura del congreso, un cuadro del pais mucho mas satisfactorio que el del año precedente; lisonjeándose al mismo tiempo de poder libertar á Méjico de todo tributo á la industria estranjera, por manera, que al oirlos hubiérase creido que cuanto se habia consumido en el pais se habia fabricado en él.

Sin embargo, y á través de esta fiebre de nacionalidad la guerra del sur seguia adelante. Bravo acababa de conseguir una victoria decisiva sobre el coronel Alvarez, á consecuencia de la cual, los partidarios de Guerrero se habian dispersado, y este vencido creyó deberse encerrar en Acapulco. Tocaba este desgraciado á sus últimos instantes. Despues de algun tiempo de silencio acerca de su destino se supo de pronto que habia sido preso, juzgado por un consejo de guerra en el pueblo de Cuilapa, y fusilado. Cantóse un *Tedeum* por los partidarios del gobierno, mientras el partido popular lanzaba un grito de dolor, por haber perdido su mas firme apoyo, y el horror se aumentó mucho mas, cuando se supo porque infame traicion habia caido en poder de sus enemigos. Cierto capitan de un buque sardo llamado Picalunga, que habia anclado en Acapulco, se presentó un dia al Ministro Facio, demóstrose como un amigo de Guerrero, como un hombre que gozaba de toda su confianza, y el único que podria entregarlo al gobierno, si este queria recompensarle tan señalado servicio. Cincuenta mil pesos fué el precio que aquel nuevo Judas puso á la traicion. Juntóse el consejo de Ministros y aceptó el vergonzoso contrato, volviendo Picalunga á su buque con toda dilijencia para su ejecucion. Este hizo todo lo que los traidores hacen en casos semejantes: cautivó mas y mas la confianza de su víctima, y cuando conoció que la poseia enteramente, y era llegada la hora de apoderarse de ella, convidó al jeneral á desayunarse á su bordo, y este aceptó desde luego, trasladándose al buque con tres ayudantes de campo. Picalunga recibió á sus huespedes con todas las demostraciones del mayor afecto, y cuando los vió en la mesa dispuestos á disfrutar de los placeres de la reunion, hizo cerrar las escotillas de la cámara, levantar el ancla, y desplegar las velas dirijiéndose hácia el puerto de Acapulco, en donde algunos satélites pagados esperaban al desgraciado que debia serles entregado. Todo se cumplió con horrorosa puntualidad. En vano el cuerpo representativo de Zacatecas se apresuró á solicitar del congreso gracia para el prisionero, y reclamarlo en nombre de sus antiguos servicios, de su patriotismo tantas veces acreditado en la guerra de la independencia, de su perseverancia en los dias mas aciagos, de su desinterés, y de su lealtad. Todo fué inútil. La muerte de Guerrero estaba decretada: diéronle por jueces á sus mas encarnizados enemigos, y estos se manifestaron, condenándole, dignos de ser asociados á la vergonzosa celebridad de Picalunga. La accion de este misera-

ble llenó de indignacion á todo corazon humano, y el rubor se leia en la frente de los perpetradores. Aplicóse al gobierno el odioso epiteto de *Picalugano*, y mucho tiempo despues la denominacion de Picalugada designaba la traicion y el soborno.

Sin embargo, esta ilegal sentencia, manchada con la ingratitud, puesto que Guerrero habia salvado la vida á la mayor parte de aquellos que se la quitaron, detuvo la insurreccion. Alvarez entró en condiciones: Codallos fué prisionero y fusilado. Cansados los pueblos, los jefes depusieron las armas, sin hacerse ulteriores ilusiones en la eleccion de presidente. Los menos perspicaces preveian la dictadura avanzando bajo el nombre de república central, y temian un réjimen parecido al de Francia, ó al de los Jesuitas del Paraguay. Hubo no obstante un momento de calma, pero de calma aparante; mas el espíritu de oposicion estaba comprimido y no apagado: pronto despertó en el seno de la capital. Vióse hácia esta época publicarse un periódico titulado *el Tribuno* que cada dia marcaba lo que habia de ilegal en el mando que ejercia Bustamente, y los abusos por cuyo medio se sostenia el poder. Otra hoja de la oposicion, *El Fenix de la Libertad*, lo trataba como el asesino de Guerrero, como el tirano del pais. En la misma época, denunciaba Landero en el *Censor de Veracruz*, la connivencia de la faccion militar con el gobierno que habia destruido las instituciones y la libertad del Yucatan. En Zacatecas el periodico *El Cometa* hacia una cruda guerra al presidente y á los ministros. Entónces se rebulleron algunos Estados, y comenzaron á manifestar sus síntomas de independencia. La lejislatura de Zacatecas se distinguia entre las mas hóstiles, y se preparaba á la guerra armando sus milicias. Sin embargo, á pesar de estas resistencias y de estos ataques parciales, seguro el gobierno de la sumision del congreso marchaba con firmeza. Su prensa asalariada contestaba á la prensa independiente: procuraba separar los ánimos de todo movimiento revolucionario ajitando el de la industria, esforzábase en ocupar el pais de intereses puramente materiales, y conducirlo de este modo á las costumbres de sensatez y buen órden por medio de útiles empresas. Estos esfuerzos y el cansancio de las facciones contribuyeron á dar á Méjico un año mas de reposo. El de 1831 fué comparativamente mas feliz, pero al fin de esta tregua, una desagradable circunstancia vino á complicar su situacion, y á dar á sus enemigos armas mas fuertes contra él.

Uno de esos hombres que en todas las revoluciones ganan grados y honores, traficando sus conciencias con todos los partidos, mandaba entónces las milicias del Estado de Jalisco. Llamábase este hombre el jeneral Inclan, antes campeon de Pedraza, y entónces amigo de Bustamante. Era detestado, y la prensa tampoco lo perdonaba. Cierto folleto, entre otros, lo acusaba de indignos procederes para con una mujer que habia deshonrado. Furioso Inclan corrió á casa del impresor, y le intimó le manifestase el nombre del autor del folleto. El impresor cuyo valor lo ha hecho célebre, se resistió á ello, apoyándose en el testo marcado por la ley, que no le obligaba á semejante revelacion hasta despues que el jurado ha pronunciado haber lugar á formacion de causa. A esta negativa contestó Inclan valiéndose de la fuerza bruta, mandando poner preso al impresor, y encerrarlo en un calabozo, haciendole saber que á las veinte y cuatro horas seria fusilado. Tan terrible amenaza puso en consternacion toda la ciudad de Guadalajara. El gobernador del Estado participe de la indignacion pública, ofició al jeneral suspendiese toda accion contra un ciudadano que no habia hecho otra cosa que usar de su derecho. Inclan por lo pronto se burló de la intervencion del gobernador, mas luego le sobrevino el temor á las consecuencias de tan cobarde asesinato. No queriendo, sin embargo ceder á las órdenes de la autoridad civil, hizo que el impresor Brambilla le pidiese gracia por

medio del obispo, y no la concedió sino á esta autoridad eclesiástica, cuya proteccion solicitaba. Esta violencia de un jefe militar produjo en todo el Estado una repentina reaccion contra la administracion de Bustamante. La lejislatura de Jalisco y el gobernador de Guadalajara abandonaron la capital y se trasladaron á Lagos, declarando que se veian obligados á dar aquel paso por conservar su independencia. Inclan fué llamado por el gobierno, y su conducta se calificó solamente de imprudente por el ministro. De parte de este estuvo la imprudencia por lo limitado del epiteto, y como quedó impune, los lejisladores de Jalisco, Zacatecas y Tausaulipas, se dirijieron al congreso pidiendo su castigo. El servil congreso guardó su acostumbrado silencio: el ministro de la guerra Facio se presentó manifestando en nombre del gobierno, que no existia una ley que pusiese en juicio á los comandantes jenerales. Semejante lenguaje acusaba de complicidad á los ministros, aumentóse el escándalo, y el descontento, y este descontento en el Méjico pronto se convirtió en insurreccion. Veracruz fué otra vez el foco de ella, y la que se armó contra el poder. En la noche del 2 de enero de 1832 los oficiales de todas graduaciones que componian la guarnicion de la ciudad y del fuerte, se reunieron y formularon un pronunciamiento, en el que espresaban que la república caminaba á su ruina, y que la destitucion de los ministros podia solamente detenerla. Nada decian de la suerte ulterior del presidente, pero indirectamente se dejaba entrever que no seria obedecido interin estuviese rodeado de aquellos consejeros. Acusábaseles altamente de centralismo; adheríanse al plan de Jalapa, y ultimamente invitaban al jeneral Santa-Ana á tomar el mando de las tropas, dándole poderes amplios para entenderse con Bustamante para la ejecucion inmediata de aquel manifiesto. Hallábase entónces Santa-Ana en su célebre morada Manga de Clavo, la que al instante dejó para trasladarse á Veracruz, en la que hizo una entrada triunfal. Landero en su diario el *Censor*, no habia cesado de encomiar sus eminentes servicios y talentos militares: contaba con su decision por el partido liberal, y bien hubiera podido añadir con su ambicion. En estas circunstancias usó de ella con habibilidad y prudencia, limitándose por entónces á mandar un espreso á Méjico con el manifiesto de la guarnicion, invitando al presidente á que accediese á sus deseos los cuales consideraba justos. La cámara de los diputados se sobrecojió á la vista de este pronunciamiento. Alaman se presentó á defender su administracion, y concluyó ofreciendo la dimision del ministerio, ya presentada á Bustamante y negada por él. Ya esta era una guerra resuelta á consecuencia de una hipócrita farsa. El congreso, como era de esperar sostuvo al ministerio, y autorizó al presidente para valerse de cuantos medios le fuesen necesarios á fin de sofocar la insurreccion. Antes de empezar la lucha se intentaron algunas negociaciones, pero todo fué inútil. La buena posicion de los insurjentes les hacia inaccesibles, y su cuartel jeneral de Veracruz, se puso prontamente en estado de defensa. Sus murallas son débiles, pero sus baluartes que se elevan en medio de una soledad arenosa la protejen bastante bien. Componíase la guarnicion de dos mil hombres de tropa de línea, pero la popularidad de Santa-Ana habia atraido á sus banderas un número considerable de *Rancheros* que están siempre á caballo y los cuales nunca abandonan las antiguas espadas de Toledo. El castillo de San Juan de Ulua prestaba á la ciudad un poderoso apoyo, y la aduana le proporcionaba medios para pagar las tropas, pues en sus arcas no habia menos de cuatrocientos mil duros en aquella época, y mas de un millon de entradas seguras. No se arrojaba Santa-Ana á la lijera. Su ambicion no era desconocida de los Estados, pero á pesar de esto hacian votos para el mejor éxito de la empresa, porque temian menos su triunfo que el del gobierno. Creyó

este dar un golpe mortal á la insurreccion, declarando cerrado al comercio todo puerto cualquiera que fuese que se sustrajese de la obediencia al gobierno; no bastaba empero, lanzar tal decreto, eran necesarios medios para su ejecucion, y estos faltaban precisamente al presidente. Tampoco le surtió buen efecto la amnistía que publicó. Burláronse de ella en Veracruz, mas al fin consiguió reunir en Jalapa cuatro mil hombres de buenas tropas, á las órdenes del viejo jeneral Calderon á quien dieron por segundos dos oficiales antiguos, lo que dió motivo para que al partido ministerial se le pusiese el apodo de los *viejecitos*, denominacion trivial, mas que no dejaba de tener su significacion política, pues que la guerra se dirijia nuevamente contra los viejos principios; y el partido dominante estaba unánime en todas las tradiciones del antiguo sistema español. Santa-Ana recordaba sin duda aquel sabido adajio de « quién dá primero dá dos veces, » y salió de Veracruz el 24 de febrero con aquellos famosos Rancheros para atacar un convoy de municiones y dinero del cual se apoderó despues de haber hecho prisioneros los trescientos hombres que lo escoltaban; primera ventaja que los diarios ministeriales atribuyeron á la traicion pagada de algunos oficiales y á la simpatía de otros por la revolucion; lo que si fué cierto, que la infantería se pasó toda á los insurjentes. La caballería despues de haber dejado algunos hombres en el campo hizo otro tanto, y solo bastó una corta alocucion de Santa-Ana para operar esta desercion. No se equivocó el ministerio respecto al objeto de tal suceso. Convencido del poco afecto del ejército hácia el gobierno, creyó deber espurgarlo por medio de un exámen exacto de la opinion de los oficiales. Esta medida estrema le colocó en posicion mas apurada, creándose nuevos enemigos. Sus diarios lanzaron un grito unánime contra Santa-Ana, acusándole de verter la sangre de sus compatriotas para apoderarse de la presidencia. No era sin embargo, esta una cosa nueva, pues esceptuando la primera eleccion, las otras se habian hecho á mano armada, y la suprema majistratura habia sido el premio del vencedor.

Con todo, el brillante principio de Santa Ana no continuó. Este jeneral demasiado confiado en la influencia de su nombre, creyó que bastaba solo dejarse ver á la cabeza de todas sus fuerzas para que se le unieran las tropas enemigas, Fué al encuentro del viejo Calderon que pensó hallar en Puente Nacional, quien le ahorró la mitad del camino avanzado hasta Tolomé. El ejército ministerial estaba formado en batalla en frente de este lugarejo. El ejército de Santa-Ana estenuado de fatiga, y ostigado del calor, no sosteniéndose mas que de licores espirituosos cometió el defecto de atacar sin artillería á un enemigo mucho mas numeroso que habia sabido elejir una escelente posicion. No fué indecisa la victoria. Landero á la cabeza de la vanguardia, fué sacrificado; y murió como un valiente (*). Los rancheros que jamás se habian sometido á ninguna disciplina militar huyeron á las primeras cargas. La reserva de Santa-Ana envuelta por fuerzas superiores rindió las armas. En el término de dos horas se halló solo el héroe de Tampico y la noche protejió su fuga. La victoria de Tolomé fué completa, y las consecuencias hubieran sido decisivas si Calderon hubiese marchado rápidamente sobre Veracruz que hubiera probablemente tomado por asalto, pero empleó el tiempo en redactar un pomposo boletin; despues hizo alto en Santafé, y cuando se presentó en Bergara á una legua de la ciudad hácia fines de marzo, ya no era aquella poblacion fortificada incompletamente, bajo la influencia de la impresion de una reciente derrota, era ya una plaza verdaderamente fuerte por los trabajos esteriores hechos nuevamente, y por haberse conver-

(1) Leese en el Censor de Veracruz que Landero fué asesinado despues de haberse rendido. Era este un escelente oficial amigo sincero de su patria. Su hermano buen militar igualmente, combatia en las filas de Bustamante.

tido en ciudadelas las azoteas de las casas. Su guarnicion se habia aumentado con todos los ciudadanos capaces de llevar las armas, con los habitantes de la costa que acudian á su defensa, con un centenar de estranjeros de todas las naciones, con los soldados que se habian salvado de la accion de Tolomé, y con los presos detenidos por deudas y otras causas leves, á los cuales se les habia puesto en libertad. Pero lo que acababa de dar á la insureccion un carácter mucho mas serio, era su estension en mayor escala, pues los Estados de Tamaulipas y Tampico acababan de tomar parte en el movimiento.

Ya habia mucho tiempo que se notaban síntomas de descontento, que no se contenian sino por los jefes civiles y militares adictos á Bustamante. Estos trataron de esplotar en su provecho la nueva derrota de Tolomé, mas esta noticia produjo un efecto enteramente contrario á sus esperanzas. La muerte del coronel Landero que se creia asesinado indignó todos los pueblos y el deseo de marchar al socorro de Santa Ana, ocupó todos los espíritus. Las tropas que tres años antes habian peleado en los mismos campos bajo las órdenes de este jeneral se declararon por su antiguo jefe. Ramirez, comandante del Pueblo-Viejo, fué arrestado, el diez de abril el pronunciamiento era jenerel en los dos Tampicos. Este acto, por medio del cual los nuevos Estados de América han pretendido que fuesen legales tantas revoluciones justas ó injustas, se limitó á una adhesion simple y pura al plan de Santa Ana. El capitan de caballería retirado Rodriguez fué puesto provisionalmente á la cabeza de las tropas, pero los principales conjurados Perez, Garcia, Andrede y Lago se apresuraron á tratar con el jeneral Motezuma que mandaba en Altamira para distraerlo del partido de Bustamante, y dar al ejército un jefe de alguna importancia. Incierto Motezuma acerca del partido que debia tomar, se determinó á convocar el consejo municipal de Altamira, cuya oposicion, segun dijo él, debia reglar su conducta. Esta junta tan indecisa como aquel no osaba decidir. Tal era el estado de las cosas en el momento de la llegada de los diputados Andrade y Lago, los cuales fueron mas felices, consiguiendo que en el jeneral los siguiese, para que juzgase por si mismo de la fuerza de los revoltosos. Hallábanse entónces en pleno triunfo en la villa de Tampico. Los ajentes de Bustamante el comandante Ramirez y el gobernador Mora habian sido arrestados y remitidos á Veracruz con todos sus partidarios cuya influencia podia temerse. Motezuma pudo pronunciarse con toda seguridad, y no titubeó ya en prestar su apoyo á la insureccion victoriosa.

Mientras esto sucedia, Calderon que habia sitiado á Veracruz veia desmoralizarse su ejército, y disminuirse al impulso combinado de la fiebre amarilla, de las deserciones, de la falta de víveres, y de los rigores de la estacion. El dia trece de mayo, toda su jente, como asaltada de un terror pánico, tomó la fuga, abandonando enfermos, artillería y municiones. Santa Ana les hizo perseguir por su caballería y marchó en persona sobre Méjico. Motezuma por su parte hizo otro tanto, y á pesar de la habitual lentitud de los jefes americanos, iba la capital á caer en poder de estos, cuando Santa Ana y Terán convinieron en una suspencion de armas durante la cual entraron en negociaciones. Con la buena suerte habian aumentado las pretensiones de los insurjentes, pedian, no solamente el cambio de ministerio sino la deposicion de Bustamante. De una parte y otra se trataba de ganar tiempo. Enviarónse comisionados en busca de Pedraza que se hallaba en los Estados Unidos, apresurando su vuelta, mientras Bustamante avanzando hácia el Norte confiaba sorprender la division de Motezuma, y obtener mejores condiciones, en efecto lo batió, pero se vió luego precisado á correr á la defensa de Méjico á cuyo frente se hallaba Santa Ana despues de haber roto el armisticio y batido á Tacio, sucesor de Calderon. Temiendo la capital los desórdenes de aquella soldadesca in-

disciplinada se alarmó terriblemente. Las jentes ricas la abandonaron para poner al menos sus personas en seguro. Los comerciantes trasformaban sus casas en ciudadelas, y el populacho se paseaba por las calles esperando con impaciencia la hora del saqueo. Felizmente Bustamante obligó á los insurjentes á replegarse sobre la Puebla á donde Predraza acababa de llegar. Allí se entablaron nuevas negociaciones, que aun mismo tiempo manifestaban el cansancio de los partidos, el temor de los escesos del populacho, y la poca fe de todos los jefes en un resultado pronto y decisivo. Buscaron un término medio para el arreglo de este negocio. Se estipuló la confirmacion de todos los actos lejislativos, de todos los nombramientos hechos desde 1828. Se reconoció á Pedraza como presidente hasta 1°. de abril de 1833, y en este intervalo debia procederse al nombramiento de su sucesor, y á la renovacion del congreso.

Si el jeneral Santa Ana no se opuso á esta especie de remiendo fué por servir mejor su ambicion, dándola tiempo para estender su popularidad, ganar nuevos sufrajios, y asegurarse mas y mas la deseada presidencia. Al fin fué nombrado. Los tres jenerales hicieron su entrada en Méjico en primeros de enero á la cabeza de sus ejércitos reunidos. Ningun acto de venganza manchó este interregno de partidos, durante el cual el gobierno prosiguió sin obrar hasta el dia de la instalacion del nuevo presidente.

El triunfo de Santa Ana era en la apariencia el del liberalismo y á la misma opinion pertenecia la mayoria del congreso nuevamente elejido. Las primeras proposiciones hechas en la tribuna lo manifestaron bastantemente. La cuestion versó sobre la abolicion de los diezmos y privilejios del clero. Pidióse que las corporaciones eclesiásticas, no pudiesen ni adquirir en lo sucesivo, ni recibir legados; pidióse la libertad de cultos. y la de la prensa, es decir libertad para escribir con toda desvergüenza, sin ninguna represion, con objeto, decian, de propagar las luces. ¡Brillantes luces eran; sin duda, las que no tenian otra tendencia que encender las pasiones, y hacer imposible todo gobierno! Hicieronse tambien algunas otras proposiciones algo mas razonables. Levantóse un grito contra el peso de un ejercito permanente mas costoso que útil, pagado con largueza para turbar periódicamente la república con sus sediciones, y para ostentarse en las plazas públicas.

Mientras ocupaban al congreso estas cuestiones, el partido aristocrático, siempre activo encubierto, conspiraba contra un estado de paz que habia durado el tiempo justo para dar á los vencidos el de discurrir, y á los descontentos el medio de reunirse. Estos manejos no quedaron sin efecto. En el momento que menos se esperaba hácia el fin de mayo, se lanzó un grito de insurreccion en el estado de Valladolid. Ya no se trataba de un cambio de personas, era cuestion de un cambio de sistema. Cierto coronel llamado Escalda proclamó al presidente jefe supremo de la causa nacional, pidió la dictadura en nombre de la relijion. Otros oficiales en Cuernavaca y Querétaro, entre los cuales figuraba el jeneral Duran, hicieron otro tanto, y algunas guarniciones seducidas juraron hacer triunfar este pronunciamento.

Cualesquiera que fuesen las disposiciones interiores de Santa-Ana, era este demasiado sagaz para dejarlas vislumbrar. Tenia que atender á una democracia recelosa que la vijilaba muy de cerca; no titubeó en pedir al congreso permiso para marchar contra los revoltosos, que le fué concedido al momento, encomiando aquel cuerpo político su patriotismo que le impulsaba á batirse contra sus antigos amigos. Partió con su caballería conduciendo con él al jeneral Arista, aliado de Duran, y unos corifeos del partido de Alaman. Poco tardó aquel en mostrarse lo que era: como buen absolutista, propuso al presidente dejase se le nombrase dictador, y en vista de su negativa, se pasó con toda su division á las filas de Duran. Estos dos jefes, viendo á Santa-Ana inexorable, lo detuvieron prisio-

nero, pero lo guardaron tan mal que consiguió fugarse y llegar sano y salvo á Méjico en donde fué recibido con demostraciones de júbilo, tanto mas marcadas, cuanto que las disposiciones de la guarnicion eran dudosas, que un no escaso número de hombres políticos no tenian mucha fe en la del presidente. No obstante, cuando el partido popular estuvo bien convencido que no aceptaba la dictadura, reanimó su espíritu, y aun resolvió obrar rigurosamente. Entónces llegaron las medidas estremas. aquellas medidas inicuas, que en todo tiempo de revolucion se canonizan de salvacion pública. Un decreto espulsó por seis años unos treinta adversarios del poder actual, á cuya cabeza figuraba Bustamante. Seguidamente se facultó al gobierno para repetir estas proscripciones cuando lo tuviese por conveniente, alejando de si, cuanto se le antojase hostil á la causa del pueblo, ó de otro modo, todo lo que fuese temible contra él. Tambien era esta una verdadera dictadura, ni los absolutistas hubieran exijido mas, despues de haber triunfado. No habia llegado su época, y aunque Santa-Ana no les era hostil en el fondo, y se le tuviese en concepto de inclinarse á un gobierno central, conocia la necesidad de satisfacer por entónces la opinion popular, y de combatir de nuevo la insurreccion.

Antes de seguir esta guerra civil, bajo todas sus formas, y distintas visicitudes, veamos estos dos ejércitos detenidos á la vez ante un nuevo enemigo mas terrible que la metralla, esto es ante el *cólera* que se arroja sobre ellos y los diezma. Este azote, de que Europa conserva tan triste memoria, habia pasado el Atlántico, é invadido aquellas costas mejicanas en donde la fiebre amarilla ejerce ordinariamente sus estragos. Se habia declarado en Tampico, y avanzando hácia el interior del pais, arrebataba en su paso, la cuarta y hasta la tercera parte de los habitantes. Llegó á Méjico en los primeros dias de agosto, y como en nuestras ciudades de Europa, empezó á atacar á los pobres, y demás clases bajas del pueblo, antes que á los ricos. Las casucas de los arrabales se llenaron de cadáveres. Se dice que desde el dia 13 al 24 moririan diariamente en Méjico mas de mil ochocientas personas. No pudiendo ya cebarse en los cuarteles que al principio habia despoblado, se introdujo al centro de la ciudad y se sació de víctimas de las clases mas acomodadas. Por fin hácia mediados de setiembre empezó á debilitarse, despues de haber diezmado al vecindario. De ciento cincuenta mil habitantes de que constaba la poblacion perecieron veinte y cinco mil.

La pérdida de los ejércitos fué mayor proporcionalmente. desastre que paralizó sus operaciones, pues aunque Santa-Ana marchó al socorro de Guanajuato ya no llegó á tiempo. Vióse obligado á esperar los refuerzos que le enviaba Motezuma para tomar la ofensiva, y precisar á Duran y á Arista á capitular y espatriarse, pero su conducta para con estos vencidos no fué la de un enemigo. Cualquiera se persuadiría de lo contrario, y á su vez observaria suma destreza. El presidente no podia hacerse ilusiones acerca las simpatias del partido militar por la causa que él combatia de órden del congreso. La política le aconsejaba conservase aquel partido, único en el que su ambicion podia hallar apoyo. A su regreso á Méjico se declaró en favor de medidas conciliatorias, y por un sistema, sino enteramente retrógrado á lo menos mucho mas moderado. El congreso por la inversa, pretendiendo que debia marcharse hacia delante en el camino de las reformas, suprimió los diezmos, y dejó á los relijiosos de ambos secsos en un todo libres de quedarse en sus conventos, ó salirse de ello. Estos actos acababan de disgustar la clase eclesiástica. El ejército vió con indiferencia el decreto que disponia la traslacion de las cenizas de Iturbide al panteon de Méjico; en el que descansaban las de los primeros héroes de la guerra de la independencia. Su viuda é hijos obtuvieron la libertad de volver á su patria y disfrutar en ella la pension que la ley les habia concedido.

Aunque vencida la insurreccion en sus dos jefes, no estaba sin embargo, estinguida. Resucitó en las provincias del sur, con menos fuerza, pero no con menos actividad. Un jeneral de elevada y popular nombradía, el jeneral Bravo, se encargó de dirijirle y la hizo hacer nuevos progresos: enviáronse contra él tropas de Méjico que en un principio batió, pero le abandonó luego la suerte, y concluyo por someterse conservando su empleo y consideraciones. Hácia el fin del año, aun se disputaba en Méjico el poder por dos partidos estremos: el uno queria una democracia siempre revolucionaria, el otro pretendia centralizar el poder, dándole por apoyo la doble influencia de la iglesia y de la aristocracia. En esta lucha desaparecia la industria, el comercio y la agricultura, el pais se empobrecia á ojos vistos y se hallaba tan mal con una república federativa, que parecía haber llegado el momento de intentar con esperanza de un buen resultado el establecimiento de otro sistema político.

Esta disposicion de los espíritus ayudaba demasiado los proyectos del presidente para que este dejase de utilizarla, y de romper abiertamente con los federalistas de los que en otro tiempo habia asegurado el triunfo. El 31 de mayo de 1834, decretó la disolucion de las cámaras, y anuló todos los decretos hostiles al clero: hizo se volviesen á abrir las iglesias y conventos y llamó á todos los individuos desterrados como Españoles. Apoyado por el ejército, por los sacerdotes y por las clases elevadas, reprimió fácilmente toda oposicion del partido democrático, y dirijió las elecciones en el sentido de esta revolucion. La mayoría del nuevo congreso fué de su hechura; cambió el ministerio, y Alaman cuya cabeza se habia puesto á precio, volvió á aparecer en la escena política. Fué esta una reaccion completa que halló pocos opositores. Solamente los Estados del norte adheridos al principio federal intentaron resistirse, pero fueron batidos en las llanuras de Guadalupe por el mismo Santa-Ana que poco antes marchaba á su cabeza. El campo de batalla, si hemos de dar crédito al boletin oficial, era horroroso despues del combate. Hiciéronse á los revoltosos tres mil prisioneros; perdieron todo su material, cañones, armas y bagajes. Esta jornada aumentó el renombre militar del presidente, y la confianza de los centralistas, y entónces se reclamó de todos los puntos una modificacion en las instituciones federalistas. En todas las épocas, han tenido las cámaras de Méjico el encargo de concluir lo ya hecho. Púsose, sin embargo, mano á la obra. La discusion fué larga. Algunos diputados intentaron defender las instituciones de 1824, mas, esta oposicion sin fuerza ante la voluntad del ejército, no tuvo otro mérito que el del valor cívico. La mayoría del congreso formuló una nueva acta constitucional, la que, conservando las formas repúblicanas, consagraba la centralizacion del poder supremo en la capital. El ejercicio de este poder, continuaba dividiéndose entre el presidente, el congreso, y el alto tribunal de Justicia. El territorio nacional quedaba dividido en departamentos en proporcion de su vecindario. A la cabeza de cada una de estas nuevas divisiones, un gobernador nombrado por el presidente debia ejercer el poder ejecutivo, teniendo una junta de consejo encargada de las diversas funciones financieras, municipales, electorales y lejislativas, pero en estas últimas materias sujetas al congreso. Quedaba en pié el principio de la eleccion popular con algunas modificaciones; no obstante que, el presidente, los miembros del congreso y de las juntas debian ser nombrados por el pueblo directa ó indirectamente, y por un tiempo limitado. Toda la accion gubernamental partia de Méjico, y las contribuciones no estaban ya á la voluntad del mal ó buen querer de las provincias: quedaban establecidas por una ley jeneral. En este cambio no quedaba el clero en olvido; sin darle una accion política se aumentaba su influencia, respetábanse sus privilejios y sobretodo

sus propiedades. En cabeza de la ley fundamental se leia : que la nacion mejicana no profesa ni proteje otra relijion que la católica romana, y no *tolera* el ejercicio de ningun otro culto. En fin, en este nuevo órden de cosas creaba un poder mas fuerte, mas aristocrático que el que acababa de derribarse, sin dar por ello mayor seguridad en el porvenir, mediante á que el ejército quedaba siempre dueño de los destinos del pais.

Mientras estos acontecimientos se realizaban, veíase el Méjico muy cercano á perder una parte de su vasto territorio. La mas oriental de sus provincias; aquella cuyo valor parecia ignorar el gobierno español; que la república mejicana no juzgaba digna de formar un estado independiente, y que por lo mismo permítia colonizar á sus industriosos vecinos los Americanos, era Tejas, cuya poblacion habia ya tenido en aquella época un aumento rápido, y trabajaba por su independencia.

Antes de seguirlo en su lucha revolucionaria, corta, sangrienta y gloriosa para él: antes de asistir á su triunfo, que es uno de los hechos mas estraordinarios de nuestros tiempos, conviene echar una ojeada rápida sobre el conjunto de esta grande rejion. Sus fronteras naturales son, la Sabina al este, el rio Colorado al norte; una cadena montañosa que circuye vastísimos prados al oeste; partiendo luego de este mismo lado hácia el sur, se halla el rio Bravo del norte; y en fin, desde la embocadura de este rio hasta la de la Sabina, el golfo de Méjico. Tejas confina pues, con los Estados-Unidos por el este y el norte, y con el Méjico por el oeste. Ningun pais del mundo está mas bañado: no se cuentan en él menos de nueve rios considerables que desembocan en el mar, aumentados con una porcion de corrientes secundarias que por todas partes esparcen vida y fertilidad. Todos están profundamente encajonados en el centro de la madre formada por los mismos prados, para no salir jamás de su sitio, ni formar aquellas lagunas que suelen dejenerar en pantanos fétidos. Es verdaderamente sensible que sus rápidas corrientes interrumpan de vez en cuando la navegacion.

Puede Tejas dividirse en tres zonas bien diferentes. La primera, inclinándose lijeramente desde el interior á la costa, en una profundidad de 30 á 80 millas ofrece á la vista un pais enteramente llano, con inmensos prados, cuyos horizontes se asemejan á los del mar. Allí las líneas de árboles marcan el curso de los rios. Allí los bosques se observan mas numerosos al oeste que al oriente. Todo este terreno de aluvion es de una grande riqueza; ni una sola piedra se encuentra en él. Su clima es igual al de la Luisiana, sucediendo á los grandes calores del verano los meses húmedos; mas, al llegar la primavera, bajo esta doble influencia de calor y humedad, se declaran las calenturas intermitentes, fatales algunas veces á los estranjeros. La segunda rejion, el *Rolling*, que así se llama en el pais; forma la transicion del terreno llano al montañoso. Vase elevando el suelo por ondulaciones parecidas á aquellas largas marejadas, que levantan en el océano los vientos de invierno. Esta es la mejor porcion de Tejas, mas poblada de árboles que la primera, mas templada, mas rica de aguas frescas y puras, de paisajes accidentales y de variados cultivos. El *Rolling*, que se estiende entre el San Jacinto y el Colorado, sube hasta ciento cincuenta millas hácia el interior, en donde encuentra la rejion montañosa formada por la Sierra-Madre, ramal de las Cordilleras: esta tercera zona es casi enteramente desconocida.

El litoral de Tejas, desde el Sabina á Nueces, no tiene menos de trescientas sesenta millas de estension, está singularmente festoneado, y presenta una progresion de lagunas interiòres. Se ve casi todo circuido de islas ó promontorios de una forma muy dilatada, que le encierran de cerca, y asimilan á una segunda costa como protectora de la primera contra las olas de la alta mar, pero por desgracia los bancos que se elevan á la embocadura de los rios no permiten

la aproximacion de buques mayores. Hay muy poco fondo para ellos, escepto en uno, que es la bahía de Galveston, la cual admite navíos que calcen doce ó mas piés de agua. Este puerto parece ser el destinado para dar salida á la mayor parte de los productos que Tejas esportará directamente á Europa (1).

La parte cultivada de Tejas comprende desde los 96 á los 100 grados de longitud occidental del meridiano de Paris. Estiéndese desde la orilla del mar á 32 grados de latitud, y aun mas lejos hácia el norte hasta el vecindario del rio Colorado. En cuanto á la produccion de algodon, no reconoce Tejas un solo rival. Al paso que es el mas hermoso, es tambien mas abundante en igual estension de terreno que los mas favorecidos de los Estados de la Union americana. Allí no puede temerse otra cosa que el esceso de la produccion de algodon. La caña variada de Otaïti se cria tambien maravillosamente, abastece la sustancia azucarada en el decurso de una vejetacion de cinco á seis meses, y da dos cosechas. El maiz prueba perfectamente. Está reconocido que los prados que se elevan y rodean á S. Antonio de Bejar son á propósito para el cultivo del trigo. Añadamos que el cultivo del moral, del tabaco y del añil se ha ensayado con ventajosos resultados, y que entre los árboles forasteros la encina se presenta como uno de los mejores para la construccion de buques.

La constitucion jeolójica de Tejas ofrece admirables recursos para la cria del ganado. Sus hermosas praderas, ornadas durante seis meses de un fresco verdor están cubiertas de innumerables rebaños, errando con toda libertad, llevando solamente la marca ó cifra de sus propietarios. En tiempo que la España poseia aquella rejion, las manadas de caballos salvajes recorrian tambien estos prados como dueños orgullosos y libres. Nada habia mas imponente que sus escuadrones sin jinetes, lanzándose al galope, é imitando en su rápida carrera el ruido del trueno. Esta raza correspondia á la árabe, y todavía se encuentra hoy en aquellas praderas. Pero otra raza que se ha introducido, oriunda de los Estados-Unidos se prefiere por su vigor.

Si Tejas no posee, como Méjico, minas de oro y plata, encierra lo que es mas precioso para el trabajo y la civilizacion, el hierro y el carbon de piedra. Al norte del Sabina, sobre la lonjitud de las alturas, que empiezan al N. O. y se unen á los montes Ozarks, se encuentran minas de hierro muy abundantes, que contienen, segun se dice, un cincuenta por ciento de metal. El alveo de Brazos es riquísimo en arenas ferrujinosas, y en la llanura que se estiende entre Brazos y el Colorado, todos los torrentes y barrancos arrastran consigo granos de este metal. El hierro y el carbon deben pues contribuir poderosamente á la prosperidad de Tejas, en donde los rios y caminos de hierro establecidos sobre troncos de árboles, como en los Estados-Unidos son las solas vias de comunicacion; únicas por las cuales sea posible circular sus productos.

Por esta razon vemos á las orillas de las principales corrientes de Tejas, sus establecimientos industriales, sus grandes esplotaciones agrícolas, sus antiguas ciudades, las que se construyeron hace pocos años, y aun tienen pocos dias, y aun aquellas que solo están contornadas. Observamos hácia el San Antonio entre las aguas mas limpias y saludables, Goliad y Bejar, ciudades españolas, que fueron de importancia durante mucho tiempo, en particular la última, como punto intermedio entre la Luisiana y el alto Méjico. La guerra con su terrible azote ha castigado las pequeñas villas de Victoria y de Gonzalez, mal situadas sobre el rápido Guadalupe, que los *steamers*

(1) La bahia de Galveston es un lago mucho mayor que el de Jinebra. Su estension es de 14 leguas desde el Sur al Norte, y desde 5 á 7 de Este á Oeste. Su profundidad de 15 á 25 piés, solo en la parte que se aproxima á la isla de San Luis, en todos los demás puntos cala desde 3 á 8 piés. En jeneral son poco conocidas las bahias de Texas.

no pueden remontar. En las orillas de Brazos, Colorado, y del Búfalo Baiju, es donde se encuentran las ciudades mas importantes. Allí está San Felipe de Austin, cuna de la revolucion tejana, poblada con mas de 6.000 habitantes, tratada sin piedad por los Mejicanos, pero que hoy se levanta mas grande, mas rica y mas bella. Huston, cuya suerte fué idéntica durante la guerra, pero cuya fisonomía, del todo nueva, atestigua los progresos de la civilizacion, del lujo, y de la rápida prosperidad del pais. Aguardemos algun tiempo mas, y veremos la capital de Tejas, Austin, colocada en el alto Colorado, y á la vanguardia de todos los establecimientos existentes, desplegarse sobre una vasta escala, y ofrecer á la América del norte una grande y hermosa ciudad de mas.

¿Cuáles han sido los progresos de la colonizacion en Tejas desde la época de su descubrimiento, hasta el dia en que se ha declarado libre é independiente? ¿Cuáles han sido los acontecimientos que han traido este último resultado? He aquí lo que nos proponemos ahora referir.

Es probable que Tejas la atravesó Cabeza de Vaca en 1536, cuando pasó desde la Florida á las provincias septentrionales de Méjico; mas este valiente viajero, no dejó en el país huella alguna de su tránsito, y es tan vaga y oscura su relacion, que no puede seguirse su derrotero. Al célebre y desgraciado Lasala es pues, á quien debe atribuirse el primer establecimiento en las costas de Tejas, y la toma de posesion del pais. Se sabe, que este intrépido esplorador, engañado acerca la embocadura del Misisipí, que él creyó mucho mas al Oste, entró en Rio Colorado y batió un fuerte sobre la laguna de San Bernardo entre Velasco y Matagorda. Tambien se sabe que penetró en el interior del pais en dos avances, siendo cruelmente asesinado al intentar apoderarse al Este de las tierras de Méjico. Aquel era el verdadero objeto de su espedicion. Hasta entónces el gobierno español, lejos de afianzar la dominacion de las costas de Tejas, por medio de una línea de fortificaciones no interumpida, desde Tampico hasta la estrmidad de la Florida, nada habia hecho todavía para impedir que cualquiera nacion se estableciese entre esta misma Florida y el Rio Bravo del Norte. Todo este vasto territorio estaba abandonado á los salvajes. El mismo gobierno ignoraba el descubrimiento del Misisipí, y hasta el año 1684, no recibió las primeras relaciones relativas á la partida de Lasala para el golfo de Méjico, en donde le hizo buscar inutilmente. Sin embargo, temiendo el Virey Monclova que los Franceses intentasen introducirse en Nueva-España por el Nordeste, fundó entre los Indios de la provincia de Cohahuila el fuerte ó presidio que lleva este nombre. Allí estableció una primera colonia de ciento cincuenta familias de las que podian entresacarse doscientos sesenta hombres capaces de llevar las armas. Complacido debió quedar luego de su misma obra de precaucion, cuando en 1688. supo que habian llegado tres franceses á Santa-fé, capital del Nuevo Méjico. Por ellos sin duda, supo el trájico fin de Lasala, y el punto en donde habia desembarcado. El destacamento español enviado en su busca, solo encontró ruinas de una fortaleza de construccion reciente, y los cadáveres de varios Franceses atravesados de flechas y muertos á martillazos. Cinco de estos habia todavía vivos en poder de los Indios. Las tropas del Virey se apoderaron de ellos, y los condujeron á Méjico, desde donde los hicieron pasar á España; pero temiendo siempre las mismas tentativas vieronse á los Españoles enviar al interior de Tejas soldados y misioneros, y partiendo de la laguna de San Bernardó, multiplicar los fuertes ó presidios. Desde la paz de Utrech hasta 1764, estos establecimientos, abandonados algunas veces, aunque siempre relevados, contuvieron las incursiones de los Franceses de la Luisiana. La España pudiera haber obrado con mas prevision y es tanto mas sorprendente su inaccion en en aquella época, cuanto que sabia, á no dudarlo, la existencia de los hermosos llanos, abundantes rios,

ricas maderas de construccion, clima y fertilidad que concurren en Tejas, y no obstante, siempre indiferente á los objetos que no contuviesen minas de oro ú plata, nada hacia para colonizar aquella inmensa estension de territorio. Al principio del siglo actual su poblacion era insignificante, y solo concentrada en ciertos puntos. Entónces era fácil predecir de donde deberia proceder. M. Humboldt lo indicaba en los primeros años del siglo diez y nueve con todas las precauciones que su posicion le prescribia. Ya hacia mucho tiempo que los ciudadanos de la Luisiana atravesaban el Tejas por su mayor latitud para ir á las provincias septentrionales del Méjico. Los habitantes de ambos paises estaban ligados por relaciones de comercio. Mas adelante, mientras el primer período de la revolucion mejicana, los insurjentes llamaron partidas de voluntarios Anglo-Americanos para que les ayudasen á plantar en Tejas el estandarte de la independencia. Esta corta campaña contribuyó á que los Estados-Unidos adquiriesen nociones mas exactas en el interior de un pais en el que, hasta entónces, no habia podido residir el estranjero. Despues de la caida de Hidalgo, sucedió que uno de sus partidarios llamado Don Bernardo Gutierrez, rico habitante de Revilla, cerca de Rio Grande, viéndose espuesto á la venganza de los Españoles, se fugó á los Estados Unidos en donde consiguió reunir cierto número de aventureros que condujo á Tejas. En un principio fué feliz, pues sorprendió las pequeñas villas de Salcedo y bahía del Espíritu Santo, hoy Goliad. Aumentadas sus filas con otros voluntarios, se creyó bastante fuerte para marchar sobre la ciudad principal de Tejas, San Antonio de Bejar, grande depósito de los Españoles. Estos intentaron detener su marcha, pero fueron batidos, y la ciudad se entregó. La capitulacion garantizaba á los prisioneros todo el buen trato que se debe al valor desgraciado, pero este pacto fué violado de un modo indigno. Gutierrez hizo sacrificar al comandante Salcedo y á trece de sus principales oficiales. Esta detestable carnicería revolucionó á los voluntarios americanos, quienes declararon altamente que Gutierrez era indigno de mandarles. En efecto, mejor sabia asesinar enemigos vencidos que aprovecharse de la fortuna. La toma de San Antonio y la completa derrota de Elisondo, y milicias de la Nueva Vizcaya, que siguió á la entrada de los insurjentes en la capital de Tejas, hubieran contribuido poderosamente al triunfo de su causa, si pasando al momento el Rio Grande, hubiera Gutierrez penetrado en las provincias vecinas, en las que la insurreccion contaba con infinitos partidarios; pero en vez de tomar la ofensiva se ocupó en organizar un gobierno provisional en un pais que no poseia. Su inaccion permitió al gobernador de las provincias interiores, reunir fuerzas suficientes para combatirle, y obligado á llegar á las manos con ellas, fué completamente batido el 20 de junio de 1813. Este incidente le acabó de perder. Sus compañeros de armas, ya no miraron en él sino un hombre cruel, un bastardo ambicioso sin talentos militares. Reunidos á la Junta, y á las notabilidades de San Antonio de Bejar, nombraron sucesor á otro oficial español, D. Alvarez de Toledo, quien acababa de llegar de los Estados Unidos con cierto número de aventureros de diversas naciones, provistos de armas, municiones, y algunas piezas de artillería.

La empresa de los insurjentes, á pesar de estos refuerzos, no se mostraba halagüeña: queriendo el gobierno de Méjico concluir definitivamente con ellos, habia dirijido sobre Tejas el rejimiento de Estremadura, mandado por Arredondo, y por otro lado, las milicias del Estado de Cohahiula. Los republicanos, mucho mas inferiores en número, en tan graves circunstancias no tenian mas que dos partidos que tomar; ó fortificar San Antonio, y encerrarse en él, ó impedir la reunion de los dos cuerpos enemigos, atacándolos separadamente: pero por desgracia se habia verificado

aquella, antes que Toledo las hubiese podido alcanzar. Los dos ejércitos, si tal pueden llamarse dos flacas divisiones, se encontraron el 13 de agosto cerca de Medina: batiéronse con igual encarnizamiento, siendo tan numerosas sus respectivas pérdidas al fin de la jornada, que cada uno de ellos se disponia á abandonar el campo de batalla como vencido. cuando los Tejanos se vieron vendidos por una parte de su caballería. Por estos tránsfugas supieron los realistas el lastimoso estado de sus adversarios, estrangulados de calor, faltos de agua, y obligados á abandonar su artillería hundida en la arena. Dando fe Arredondo á estas noticias volvió á la carga: los Insurjentes quedaron derrotados y no se les dió cuartel. Los que pudieron escapar del degüello se dispersaron en todas direcciones. Este fué el último y mas serio esfuerzo de la insurreccion, pues las tentativas que ensayó al año siguiente, solo sirvieron de manifestar su impotencia. Esta lucha no tuvo otro resultado que la despoblacion de Tejas, y la destruccion de sus establecimientos agrícolas. Tan hermoso pais fué entregado á la voluntad de la fuerza militar concentrada en Béjar, la Bahía y Nacogdoches. Semejante estado de cosas se prolongó todo el tiempo de la dominacion española, y concluyó en la segunda revolucion mejicana.

Durante este triste período, el resto de cultivadores tejanos, se vió continuamente espuesto á las ataques de los Indios-Comanchos, á los cuales proveian de armas y municiones los mercaderes de Natchitoches. Estos infames provisionistas de salvajes, se dejaban ver particularmente entre los virtuosos patriotas mejicanos refujiados en la Luisiana, y se distinguia como uno de los mas activos y ambiciosos, el Gutierrez, que mas arriba hemos visto tan ardiente defensor de la libertad de Tejas.

Por fin, amanecieron dias mas serenos. Habiendo el gobierno de los Estados-Unidos renunciado, por el tratado de 1819 á sus pretensiones sobre Tejas, un Ciudadano del Missouri llamado M. Moisés Austin, que habia pasado su vida dirijiendo esplotaciones de minas en su pais natal, y en otros puntos mas lejanos de la Luisiana, echó la vista sobre Tejas, y observó que se prestaba maravillosamente á empresas de desmonte. En aquella época, los ciudadanos de los Estados-Unidos aun no habian penetrado mas allá de la Sabina, ni de Rio Colorado, en un territorio, que la lejislacion colonial de España no consentia. Austin se entregó enteramente á una mision santa y pacífica. Concibió, pues, el proyecto de establecer en este territorio y en medio de los Españoles, una colonia de compatriotas suyos, pero por las vias legales. Obtuvo autorizacion del gabinete de Madrid, para conducir allí trescientas familias de colonos industriosos, aunque católicos; esta era condicion espresa. Murió Austin en medio de los preparativos de su noble empresa, recayendo en su hijo el honor de continuarla y concluirla. Habia vuelto entónces el Méjico á tomar las armas por la causa de la independencia, y tenido esta vez la suerte de vencer casi sin combatir. Habíase consumado la revolucion de 1821, acababa de subir al poder Iturbide, y á él se dirijió Austin para obtener la confirmacion de las concesiones hechas á su padre. Fuéronle concedidas sin obstáculo. No hubiera podido el Méjico pasar al estado de independencia, tan nuevo para él, sin recibir la influencia de algunas de las ideas liberales que acompañan siempre semejantes movimientos.

Austin llegó sobre Brazos en 1821, con los primeros emigrados. Mucho costó establecer esta colonia entre los Indios. Sin embargo en 1824 habia hecho suficiente progreso para ponerse en actitud de castigar á los salvajes, cuando estos cometian algun daño en los cultivos.

Esta emigracion de algunas familias al oeste de los Estados-Unidos, y mas allá del rio colorado, no llamó la atencion de Europa, y como lo nota perfectamente M. Le Clerc en su obra, que ya hemos citado, es muy probable que entre los testigos,

los autores, y los promovedores de tal empresa no se dió la menor importancia á ella. Así es la marcha y la ley de todas tas cosas de este mundo. Un principio desapercibido, un manantial oculto, y á veces inaccesible, unos pasos inciertos, un progreso ignorado, viene al fin á producir algun hecho grande, como un imperio que se revela, una nacion que se coloca con arrogancia en el lugar que la corresponde; una revolucion que triunfa de toda resistencia. Esta es precisamente la historia de la colonizacion é independencia del Tejas. El congreso no vió todo el alcance de la ley de 4 de enero de 1823. Creyó, que abriendo la puerta á los estranjeros, y sobre todo á los Anglo-Americanos, iba á establecer una concurrencia saludable, y adelantar en su provecho los progresos de la cultura y de la civilizacion. ¡Crasos errores! Esto era desconocer las poblaciones mejicanas, y las de los Estados de la Union. Perezosos los primeros, sin industria, sin actividad; atrevidos los segundos, emprendedores, y dotados hasta el mas alto punto de aquella perseverancia necesaria á la obra de la colonizacion, llamando semejantes hombres era lo mismo que entregarles el pais, constituyendo su independencia dentro un tiempo mas ó menos dado. La política de Méjico debia concretarse á mantener entre sí y los Estados-Unidos, desiertos intransitables. No se hizo esto, y la colonizacion se desarrolló tranquilamente durante las presidencias de Victoria y de Guerrero, que se succedieron desde 1824 á 1830. El estado de Méjico, y sus luchas interiores, no permitieron á los hombres ambiciosos ocuparse de otra cosa que de sí propios. Poco se cuidaban de lo que sucedia en las soledades de Tejas, fuera del centro de accion de la guerra civil, y algunos años bastaron para dar una fuerza irresistible de espansion al elemento estranjero que el Méjico habia admitido en su seno. Succediéronse las concesiones de tierras á precios sumamente bajos. La necesidad de numerario hablaba con voz mas fuerte en Méjico, que todas las consideraciones de una política previsora. En Nueva York y otros puntos de los Estados-Unidos hubo un ajio escandaloso sobre la venta de estos inmensos terrenos, de los que, ni compradores ni vendedores conocian los límites, sucediendo á veces reclamar dos propietarios las mismas fincas por medio de contratos legales. En aquella colonia naciente, ocupada toda en los cuidados de su infancia, ningun proyecto político se mezclaba en los trabajos del desmonte. Con los primeros colonos, débiles y diseminados, se mostraba el Méjico cariñoso y protector, y cuando para sí propio proscribia la trata de los negros por su cuenta, permitió la introduccion de esclavos en Tejas. Creyó reanimar solamente el cultivo de las tierras, sin reflexionar que creaba entre las dos partes de un mismo estado intereses enteramente opuestos, pues por la constitucion Federal, el Tejas quedaba unido á la provincia de Cohahuila, en donde dominaba esclusivamente el elemento español.

Ocho años habian transcurrido desde el dia que los Anglo-Americanos habian pisado Tejas y ya componian casi todo su vecindario, y poseian la mayor parte de las tierras cultivadas. El pais entre sus manos comenzaba á mudar de semblante: sus conciudadanos de los Estados del Oeste y del sur, sabian por ellos su valor, mas sin embargo, nada entre los colonos industriosos y aplicados al desmonte de las tierras, hacia presumir algun proyecto de separacion; limitándose sus deseos unicamente, á formar en lo sucesivo, uno de los Estados de la grande confederacion mejicana. La ambicion del gabinete de Washington era de muy distinta naturaleza, y no ocultaba sus deseos de estender los límites de la Union hasta las orillas del rio Bravo del norte. Todos los Estados en que se mantenia la esclavitud, no estaban menos codiciosos de adquirir el Tejas. Hablábase á voz en grito de un tratado acerca de este objeto con la república mejicana; especulábase sobre sus apuros financie-

ros, sobre sus disensiones intestinas. Al parecer, fué encargado de esta negociacion el Ministro Poincet quien desgració completamente, á pesar de la finura y actividad de su diplomacia. Reuniendo el sentimiento nacional en un mismo pensamiento, todos los partidos que se disputaban el poder, se alzó este contra las pretensiones del gabinete de Washington, y he aquí en que términos, el Secretario de Estado mejicano, marcaba ante el congreso la política de aquel gabinete.

«Los Americanos del Norte, dijo, empiezan á introducirse en el país que ambicionan, so pretesto de operaciones comerciales ó de colonizacion, con autorizacion ó sin ella del gobierno á que pertenecen. Estas colonias se aumentan, se multiplican, se van haciendo el elemento principal de la poblacion, y colocado improvisamente este fundamento, los Americanos del norte, empiezan á declarar pretensiones que es imposible concederles. Sus manejos en el pais que intentan adquirir, se manifiestan consecutivamente por la llegada de esploradores que se establecen en él, la mayor parte bajo la especiosa razon, de que su residencia no prejuzga la cuestion de soberanía. Estos peones escitan poco á poco movimientos, que turban el estado político de un territorio en litijio. A esto se sigue el descontento, y las coaliciones calculadas de modo que cansan la paciencia del propietario lejítimo, y disminuyen las ventajas de la posesion. Cuando las cosas llegan á tal punto, que es precisamente el de Tejas, empieza su trabajo la diplomacia. La inquietud escitada en el pais, los intereses de los nuevos colonos, las revueltas que provocan entre los aventureros y los salvajes: la obstinacion con que sostienen sus pretensiones á la propiedad del nuevo territorio, son objetos de notas en que la moderacion y la justicia son respetadas con las palabras solamente, hasta que, gracias á ciertos incidentes, que nunca dejan de presentarse en el curso de semejantes negociaciones, se concluye un arreglo, tan oneroso para una de las partes, como favorable para la otra.

«Y cuando los Estados Unidos, han logrado de este modo introducir sus ciudadanos en mayoría en el pais que ambicionan, se aprovechan (jeneralmente, para hacer valer sus pretendidos derechos) del momento en que sus adversarios se hallan sumidos en una posicion la mas embarazosa. Tal es su política en el asunto de Tejas. Sus periódicos se han puesto á examinar la conveniencia de la adquisicion de esta provincia, y han declarado ya, que el rio Bravo es el límite natural de las dos repúblicas, siendo de notar, que han empezado esta polémica cuando han visto todo el Méjico ocupado en rechazar la invasion española, persuadidos, sin duda, de que en mucho tiempo no podriamos volver la cara hácia otro enemigo.»

El anterior documento nos muestra al gobierno mejicano perfectamente instruido del peligro que le amenazaba: veia el porvenir de Tejas, y á los colonos Americanos estendiendo sus especulaciones, mas allá de los límites de aquella provincia. Ya los hijos de Moisés Austin y sus compatricios se disponian á remontar el rio Bravo en barcos de vapor; proponíanse atraer hácia ellos el comercio de las provincias septentrionales de la confederacion mejicana: empresa jigantesca, que preparaba una doble invasion del estado de Santa Fé por los habitantes del Missouri y del Tejas. El ministerio Alaman creyó detener estos ambiciosos proyectos y el desarrollo de la colonia, prohibiendo toda emigracion ulterior de los Anglo-Americanos. Tal fué el objeto de la ley dictada en 6 de abril de 1830. Ley tardía é impotente, que no fué respetada, ni de los Americanos de la Luisiana y del Arkansas, ni de los habitantes de los estados vecinos. Todos continuaron estableciéndose en Tejas, á pesar de la vijilancia de algunos ajentes mejicanos, puestos en las dos estremidades de la provincia y la colonizacion no se detuvo. Si alguna medida podia paralizarla era indudablemente la abolicion inmediata de la esclavitud en toda la es-

tension de la república mejicana, ordenada por Guerrero. Su decreto de 15 de setiembre de 1829, rigurosamente ejecutado, hubiera desconcertado el presente, é impedido á los ciudadanos de los Estados Unidos, franquear mas adelante el rio Colorado y el Sabina; pero este decreto se revocó (en cuanto concernia á Tejas) por el gobierno que sucedió al de Guerrero. Sin embargo, Bustamante no apartó la vista de esta nueva colonia. Convencido de que bien pronto tendria que luchar con ella, se preparaba silenciosamente al combate. Sobre aquel punto, y bajo pretestos diversos, hacia avanzar pequeños cuerpos de tropas, que en 1832 ascendian juntos á mil doscientos sesenta hombres; fuerza bastante escasa, pero suficiente para contener una poblacion poco numerosa, diseminada y sin esperiencia militar. No obstante, la presencia é insubordinacion de estas tropas estranjeras, alimentaba en los espíritus aquellas vivas y profundas irritaciones, que solo aguardan un frívolo pretesto para trasformarse en revolucion. Los acontecimientos vinieron muy pronto á confirmar estas disposiciones hostiles. Los que preceden á la revolucion de Tejas se unen intímamente á la historia interior de Méjico desde el año 1830 hasta el de 1834.

Estábase á la sazon bajo el imperio de la constitucion federal de 1824. Cada provincia bajo la denominacion de estado, poseia su lejislatura, su gobierno electivo, su presupuesto y pretendia á menudo el ejercicio del poder soberano sin limitacion ni censura. De aquí las leyes particulares en oposición de las jenerales. De aquí la pretension de admitir ó rechazar toda disposicion del congreso que pareciese contraria á los intereses locales. El decreto de 6 de abril de 1830, disgustaba muchísimo al estado de Cohahuila, y Tejas, y no ejecutarlo sino en una de sus partes le pareció al gobernador estar en su derecho. Desde el año 1831, nombró un comisario para que pusiese á algunos emigrados, en posesion de tierras que les habian sido anteriormente concedidas. El gobernador jeneral de las provincias orientales irritado de lo que el miraba como un acto de inobediencia, hizo prender bruscamente al comisario y ponerlo en la cárcel. En otra ocasion este mismo gobernador pronunció la disolucion de un cuerpo municipal legalmente elejido, estableció otro de su privada autoridad y prohibió se procediese á nuevas elecciones, bajo pena de ejecucion militar. Al mismo tiempo el comandante de Anahuac, hizo prender varios colonos Anglo-Americanos. A este último abuso de la fuerza, sus conciudadanos establecidos en aquella parte de la provincia, toman las armas, se presentan al frente de la fortaleza é intiman al comandante que ponga en libertad á los presos. El oficial español promete concederlo así, pero pide dos dias de término, para llenar algunas formalidades, y poner á cubierto su responsabilidad. Emplea traidoramente la dilacion que le es concedida, en hacer venir con toda dilijencia en su socorro la guarnicion de Nacogdoches. Llega esta en el momento en que los insurreccionados se retiraban confiados en la palabra dada, pero esta perfidia tuvo mal resultado. Los revoltosos retrocedieron al punto con tan decidido continente, que el comandante del destacamento de Nacogdoches, se tuvo por dichoso en poder evitar el combate, garantizando la libertad de los colonos, los cuales soltó inmediatamente.

Estos insurjentes Tejanos permanecian todavía armados, cuando tuvieron conocimiento del pronunciamiento de Veracruz (enero de 1832), y de la sublevacion de las tropas de Santa-Ana contra la administracion de Bustamente, cuyos delegados, habian, con actos arbitrarios provocado su resentimiento. El sistema federal que se trataba de protejer, tenia todas sus simpatias. Temian el triunfo del centralismo, del cual no podian jamás esperar el reconocimiento de Tejas como un estado separado, senda practicada para el gobierno del pais, hácia el cual, las poblaciones anglo-americanas son atraidas como por instinto. El Te-

jas fué, pues, unánime en favor del federalismo. Los colonos de Brazos en número de ciento diez y siete fueron los primeros que tomaron las armas con Juan Austin á su cabeza. Pusiéronse en marcha para reunirse á los insurjentes de Anahuac, y siguiendo el camino se apoderaron del fuerte de Velasco que fué valerosamente defendido por su comandante Ugartechea. Sitiadores y sitiados hicieron en aquel lugar prodijios de valor; á los cañonazos de la fortaleza, los Tejanos contestaban con fusilazos. Los escelentes tiradores del oeste cortaban las manos de los artilleros, á medida que las descubrian estos para cargar las piezas. Falto de hombres Ugartechea, para desempeñar este servicio, se puso el mismo á trabajar. Su heroica decision admiró á los Tejanos, quienes pudiendo dirijirle una bala á uno de sus ojos, cesaron el fuego. Vió tambien el bravo comandante que se las habia con jente demasiado resuelta para continuar una defensa ya imposible, y se rindió.

Santa-Ana, vió, no obstante, otra cosa en esta insurreccion, que un movimiento en favor del federalismo. Su verdadero objeto no se ocultó á su sagacidad, y lejos de fiarse de las apariencias, despachó al coronel Mexia con cuatrocientos hombres, para restablecer en Tejas la autoridad de la república, que él suponia conmovida. Los jefes Tejanos apelaron á sus recursos, que la diplomacía llama finura, habilidad. Bajo su influencia, la asamblea jeneral de los colonos negó toda intencion hostil contra el Méjico. Dió una esplicacion sobre la última toma de armas, por la necesidad de defenderse contra los actos arbitrarios de los ajentes de Bustamente; procuró enlazarla tambien con el movimiento de Veracruz, y protestó de su sinceridad hácia la política de Santa-Ana. Satisfecho Mexia de esta declaracion, se volvió con toda su jente. Apenas hubo dejado el suelo de Tejas, cuando los colonos de Nacogdoches atacaron la fortaleza de este nombre, la tomaron y espulsaron su guarnicion. Al final del verano de 1832, ya no quedaba un solo soldado mejicano en el partido de Tejas en donde se hallaban establecidas las colonias Anglo-Americanas. Entónces fué cuando pusieron manos á la obra, y no disimularon ya sus verdaderos proyectos. Reuniéronse en convencion en la naciente villa de San-Felipe, y esta asamblea que nada tenia de legal, gastó muchos meses en redactar una constitucion para Tejas, concluyendo por consignar en una peticion al gobierno de Méjico, los motivos que le conducian á desear una separacion del estado de Cohahuila.

Nos lamentamos (decian los Tejanos en esta peticion) menos de algunos abusos, que de la total ausencia de lo que constituye un gobierno. Nos es preciso ir á buscar á setecientas millas de nuestros hogares, los tribunales encargados de hacer justicia. Este alejamiento deja impunes grandes crímenes, y en ciertas circunstancias nos priva del ejercicio de nuestros derechos civiles y politicos. Ningunos fondos se votan para la instruccion del pueblo, y lo deploramos, si, nosotros antiguos ciudadanos de los Estados-Unidos, que colocamos en primer término de los deberes de un gobierno, la educacion de los hombres. Tambien se lamentaban los Tejanos de que estuviese en su vigor el réjimen fiscal. Hacíanle ver como un resorte ú objeto para protejer el monopolio de las desgraciadas manufacturas de Méjico, y de contener la importacion de las cosas mas necesarias á la vida civilizada. La mala distribucion de los impuestos no se pasaba en silencio, lo mismo que los derechos con que la plata acuñada estaba sobrecargada en su circulacion. Pero lo que mas trastornaba á los colonos era, el haberles dejado sin defensa contra los ataques de los salvajes, y de verse obligados á defenderse por si mismos. Pedian tambien los colonos, que las leyes dejasen de promulgarse en idioma español; que igual proteccion se concediese á los protestantes; que estos fuesen legalmente eximidos de la obligacion de someterse á la práctica de la reli-

jion romana, por repugnar á sus conciencias, y de la cual, á la verdad se habian ellos mismos emancipado.

Por esta larga relacion de agravios, se ve que no era solamente la cuestion de la esclavitud, como sin fundamento se ha supuesto, el objeto que impelia á los Tejanos á esta separacion. Otro motivo tenian aun que no lo confesaban. Poco numerosos para sus ulteriores proyectos, querian, una vez constituidos en estado soberano, llamar á sus compatricios de la Union del Norte, para que tomasen parte en la obra de la colonizacion, garantizándoles los derechos políticos y civiles, de los que la lejislacion mejicana se mostraba muy avara. Encargaron al jeneral Stephen Austin, pasase á Méjico y negociase allí con el gobierno. Austin trabajó sin descanso todo el año de 1833, para obtener la separacion pedida, ó por lo menos la reforma de los abusos. Lo hizo presente en términos muy vivos y casi amenazadores, añadiendo que, si no querian ocuparse de los negocios de su provincia, y tomar en consideracion sus agravios, la poblacion tomaria sobre si este cuidado. Entregado el ministerio en su totalidad á las bajas intrigas de los partidos que dividian la república, y dividia tambien á sus propios miembros, no prestó atencion alguna á las demandas de Tejas. Cansado Austin de la lentitud con que le hacian aguardar escribió á la municipalidad de Bejar, el ningun resultado de sus solicitudes. Acompañaba á esta comunicacion algunos consejos á los colonos; les conjuraba á que tuviesen paciencia y procediesen, por las vias legales, á organizar pacificamente una administracion local. Esta carta cayó en manos de los miembros de la municipalidad, opuestos á las miras de los colonos anglo-americanos: remitiéronla al gobierno central, que la canonizó de sediciosa. Ya habia Austin salido de Méjico, y se hallaba no lejos de Tejas, cuando se vió detenido, vuelto á conducir á la capital, y puesto en la cárcel. Esta medida fué para él tanto mas desagradable, cuanto que en su escrito no era de parecer, ni apoyaba movimiento alguno de insurreccion, y solo participaba débilmente de la impaciencia de sus compatriotas. Su prision fué larga, aunque no severa. Era este uno de aquellos hombres que siguen los grandes movimientos políticos sin detenerlos ni dirijirlos. Fué puesto en libertad el año 1835.

Mas el dia de la lucha no estaba lejos. Acosado de contínuo el Méjico por una revolucion, acababa de derrocar su constitucion de 1824 y de substituirle un gobierno central, obra de la Iglesia y del ejército que el mismo Santa-Ana hizo triunfar; este hombre ambicioso vulgar, siempre sediento del poder supremo; siempre ignorante de los deberes que uno se impone cuando quiere mandar á sus semejantes. Deslumbrado siempre por el brillo del poder, sin conocer su grandeza, y que acabó por arrojarse en brazos de los centralistas, despues de haberlos combatido, y cuando ya se creyó seguro del aura popular.

Esta revolucion volvió á encender el fuego de la discordia en una parte de Méjico. Las opiniones se dividieron segun sus intereses, siendo en Tejas jeneral el descontento, mientras las autoridades de Cohahuila se mostraban favorables á la contra-revolucion; pero bien pronto una cuestion de dinero cambió sus disposiciones. El tesoro de la provincia estaba exhausto; el gobernador propuso se llenase con el producto de la venta de una estension considerable de tierras de Tejas. Presentáronse numerosos especuladores Tejanos y Anglo-Americanos, haciendo proposiciones que fueron aceptadas: pero los hombres que las habian hecho eran sospechosos para el Méjico: el presidente rehusó su sancion al tratado so pretesto que el Estado de Cohahuila no tenia derecho para enajenar los bienes públicos, y mucho menos de apoderarse del valor de la venta, antes de haber entregado en el tesoro de la república los considerables atrasos que le adeudaba. El Estado de Cohahuila, que se cuidaba muy poco de pagar estos atrasos,

no tomó en cuenta la oposicion del gobierno central. Este, que temia al ver la poblacion de Tejas aumentarse de Anglo-Americanos, resolvió emplear la fuerza para hacerse obedecer. El jeneral Cos, comandante superior de las provincias orientales, recibió de Santa-Ana la órden para marchar con su division sobre la capital del Estado, y de espulsar de ella la lejislatura rebelde. El gobernador y varios diputados fueron presos, y los especuladores tomaron la fuga, pero al volver á Tejas dieron terribles desazones al enemigo comun. Fueron de pueblo en pueblo, de casa en casa, proclamando la guerra, como único medio de librarse del despotismo de Santa-Ana. Era esto lo mismo que circular una chispa sobre un carro de pólvora. La guerra era popular en Tejas, sin hacerse ilusion en sus terribles vicisitudes, pero no se ignoraba que una victoria debia libertar el pais, y franquearlo para siempre de las vejaciones sucesivas, que la odiosa envidia de Méjico le preparaba. El 16 de agosto de 1835 se plantó el estandarte de la insurreccion en las llanuras de San Jacinto, punto en donde debia triunfar algunos meses despues. En el mismo instante el jeneral Cos pasó el rio del Norte y comenzaron las hostilidades.

Stephen Austin se presentó entónces entre sus conciudadanos; y en una junta tenida en Brazoria el 8 de setiembre, recomendó la reunion inmediata de una convencion jeneral de toda la provincia y la discusion de las bases de una constitucion. Su lenguaje fué todavía matizado de aquella moderacion, que casi siempre acompaña el principio de las revoluciones, pero no duró mucho tiempo, y este mismo Austin se vió muy en breve arrastrado á hechos hostiles y resoluciones comprometidas, que por lo regular imposibilitan la conciliacion. Informado de los movimientos del jeneral Cos no retardó el manifestarlos al pueblo por una circular, añadiendo que la ruina de Tejas estaba decretada, y que él no hallaba otro recurso que la guerra. Establecióse entónces en San Felipe una oficina de seguridad pública, la que en fuerza de las circunstancias, tomó la actitud de comision central. Organizáronse de un estremo á otro de Tejas otras comisiones locales; y en estos primeros momentos de enerjía patriótica, sucedió, que un destacamento de la guarnicion de Bejar cometió la imprudencia de avanzar hácia Gonzalez á orillas del rio Guadalupe, cuya poblacion pidió auxilio á la comision de San Felipe. Esta dirijió sobre el punto amenazado un corto número de voluntarios mandados por Austin. Llegaron á las manos el 2 de octubre, y los Tejanos manejaron tan perfectamente su única pieza de artillería, que el destacamento mejicano se vió obligado á batir retirada sobre Bejar con pérdida de algunos hombres. Esta fué la primera escaramuza ocurrida en el oeste de Tejas. El movimiento que allí estalló, ganó todo el pais con la rapidez del rayo. Las comisiones de Nacogdoches y San Agustin levantaron tropas y las pusieron á las órdenes de Samuel Honston, cuyo nombre no se separará jamás de las glorias de Tejas. Sabida por los habitantes de la Luisiana la marcha de los Mejicanos, organizaron otra junta, para corresponder al gobierno provisional de los insurjentes, recibir suscripciones y alistar voluntarios. En pocos dias se pusieron dispuestas á marchar dos compañías armadas y equipadas llevando 7.000 duros. Partieron para reunirse con los Tejanos, y concurrir al éxito de su noble causa. No perdian estos el tiempo en vanas palabras: eran hombres de resolucion y de accion; tomaban atrevidamente la ofensiva con la apariencia de un ejército, siendo la cortedad de su número casi increible. Uno de estos destacamentos se apoderó al instante del fuerte Goliad, en donde halló con que armar 300 hombres y provisiones por valor de 10.000 duros. El 28 de octubre, dos jefes insurjentes Fannin y Bowia atacaron una partida mejicana muy superior en número, la cual perdió 32 hombres y un cañon. El 3 de noviembre volvieron á ser bati-

dos los Mejicanos, y el dia 8 se vió el jeneral Cos sitiado en Bejar.

Entretanto, los delegados de todas las municipalidades de la provincia, reunidos en San Felipe de Austin, se constituian en consulta jeneral, bajo la presidencia de Mr. Archer. Esta asamblea adoptó en 7 de noviembre una resolucion, que no era declaracion absoluta de independencia. Apoyábase todavía en la constitucion federal de 1824, y ofrecia su apoyo al Méjico para reconquistar sus libertades. No obstante, organizó un gobierno provisional, á cuya cabeza puso uno de los colonos mas influyentes Mr. Henri Smith que se la llevó por nueve votos mas que su concurrente el jeneral Stephen Austin. Samuel Houston fué nombrado mayor jeneral del ejército, y el 14 de noviembre, despues de una sesion de once dias, la reunion concluyó sus trabajos.

El gran negocio de los insurjentes era el sitio de Bejar que parecia dilatarse. El jeneral Cos se habia aprovechado diestramente de la disposicion de algunos puntos y grandes edificios de piedra para fortificarse en el interior. El oficial que mandaba el sitio estaba desanimado, y los voluntarios que allí habian concurrido como á una diversion de campo, no lo estaban menos: no tenian provisiones ni vestuario de invierno, aproximábase la estacion lluviosa, y diariamente varios de ellos se volvian á sus casas. Ya iba á levantarse el sitio, cuando se presentó un hombre y se comprometió á tomar la plaza, si 300 valientes dispuestos á morir, querian seguirle. Milam, (este era el nombre de tan intrépido oficial) célebre ya en el de Tejas por sus brillantes hechos de armas, y uno de los héroes de esta guerra, inspiraba á sus camaradas una confianza sin límites; siguiéronle todos y la ciudad se tomó; pero dos dias antes de la capitulacion de la fortaleza, este nuevo Leonidas fué herido de un balazo en la cabeza, y cayó como envuelto en su triunfo. El 11 de noviembre, el jeneral Cos, su estado mayor y 1.500 Mejicanos desfilaron ante los restos de este puñado de insurjentes, despues de haber dado su palabra de honor de no oponerse al restablecimiento de la constitucion federal. Ni un solo soldado mejicano quedó en Tejas hácia el fin del año 1835.

Santa-Ana estaba en San Luis de Potosí, cuando supo la rendicion de Bejar, y presuroso de reparar tamaña afrenta, aceleró sus preparativos militares. Los Tejanos por su parte no perdieron momento en la reunion de sus medios de defensa. Vamos á referir en pocas palabras los acontecimientos de esta corta y decisiva campaña, cuyo resultado ha consagrado la independencia de Tejas.

El 12 de febrero de 1836, el jeneral mejicano entraba en aquel dilatado pais á la cabeza de 6.000 hombres. Este ejército de invasion se dividió en tres cuerpos. Los jenerales Sesma, Filisola y Cos pertenecian al primero, encargado de reconquistar á Bejar; Urrea y Garay mandaban el segundo dirijido contra Goliad; el tercero, bajo las órdenes de Santa-Ana, no tenia destino fijo. Bejar y Goliad eran ciudades españolas; de la una y de la otra partian caminos que iban á parar á un centro comun, al corazon de los establecimientos anglo-americanos, San Felipe de Austin. Era muy ventajoso tomarlos por base de los ulteriores movimientos del ejército, y ya fuese por esceso de confianza, ó por falta de medios, los Tejanos no se habian cuidado de reforzar las guarniciones de aquellos dos pueblos. Eran en efecto cortas é insuficientes. El coronel Travis comandante de la primera, que no tenia mas que 180 hombres, se retiró al Alamo (la ciudadela), que defendió como héroe contra las dos divisiones de Cos y de Santa-Ana, fuertes de 3.000 hombres y bien pertrechadas de artillería. Aunque circunvalado por todas partes, hizo, por espacio de quince dias, una resistencia admirable. Durante el sitio, habia escrito las siguientes palabras. «Si yo sucumbo costará la victoria tan cara al enemigo, que mas le valdria una derrota.» Otra vez añadió: «Si mis compatriotas

no vienen en mi auxilio, estoy decidido á morir defendiendo la plaza, y mis huesos serán los acusadores de la indiferencia de mi patria.» El desgraciado Travis no fué socorrido: tan solo 32 hombres consiguieron introducirse en el Alamo. El ejército enemigo, por el contrario, estaba mas que doblado desde que puso el sitio, y anhelando Santa-Ana concluirlo, dió el 6 de marzo la órden del asalto, aunque convencido que iba á costarle caro. Travis habia jurado con los suyos morir en la brecha, y así lo cumplieron. El Alamo se tomó, pero 1.500 Mejicanos cayeron bajo los golpes de los sitiados; uno de estos pidió únicamente cuartel, pero fué degollado. «Con otra victoria semejante,» dijo Santa-Ana, «quedarémos aniquilados.»

Goliad no tenia como Bejar el recurso de un fuerte que contuviese al enemigo; era una villa abierta, y el coronel Fannin la habia abandonado por no poder disponer mas que de 500 hombres, mientras la division de Urrea contaba 1.900. Atacado en los prados, falto de víveres y de municiones, sostuvo sin embargo el choque todo un dia con valor heróico, pero viendo imposible su salvacion aceptó las proposiciones del jeneral mejicano, y rindió las armas con la condicion de que tanto él como sus soldados serian tratados como prisioneros de guerra, y que los voluntarios americanos serian embarcados para la Nueva-Orleans á espensas del gobierno mejicano. Estas condiciones fueron violadas con la mas execrable perfidia, pues Santa Ana, que se hallaba todavía en Bejar, mandó fuesen degollados los prisioneros; y el 17 de marzo por la mañana, dia de Ramos, fueron todos, en número de cerca de 400, sacrificados, no lejos de Goliad, entre esta villa y el mar. Sobre la cabeza de Santa-Ana pesa toda la odiosidad de tan cobardes asesinatos. sus jenerales se opusieron á ellos, en particular Urrea, pero sofocó sus voces, y quiso se ejecutase su voluntad; firmó la sentencia de muerte, y él mismo la envió. Este hombre sanguinario creyó conseguir algo por medio del terror: la Providencia, empero, dispuso que se volviese contra él, pues lejos de espantar los ánimos, despertó este crímen en todo el pais una ardiente sed de venganza, y la enerjía de los insurjentes adquirió nuevas fuerzas.

En esta misma época de desastres, fué, cuando la convencion nacional, convocada en Washington, sin dejarse intimidar por la mala suerte, respondió á las amenazas del vencedor por una declaracion de derechos y por el grito definitivo de independencia. Redactó, ó mas bien, improvisó una constitucion, de la que darémos luego un rápido análisis. Ella creó por via de interin, un poder ejecutivo, y decretó todas las medidas de urjencia, que la gravedad de las circunstancias reclamaba.

Estaba entónces el Tejas en su carrera de preocupaciones tristes y dolorosas. Presentábase su porvenir sombrío como el de los vencidos. Veíanse los progresos de la invasion sin alcanzar los medios de la resistencia, y aunque habia entusiasmo, se carecia de una organizacion regular. El comandante en jefe Houston, no llegó en persona á Guadalupe hasta dos ó tres dias despues de la caida de Alamo, donde no halló mas que trescientos hombres, obligándole la prudencia á replegarse primeramente sobre el Colorado, luego sobre Brazos, y á continuar, sucesivamente su movimiento de retirada en direccion del Este, dejando en descubierto á San Felipe, cuyos habitantes lo abandonaron despues de haberlo incendiado. Esta táctica de Houston no carecia de habilidad; replegándose iba aumentando diariamente su reducido ejército con nuevos reclutas, mientras que el jeneral americano persiguiéndole, dejaba rezagados de los suyos. Acercáronse á la frontera de los Estados-Unidos, contaba, al parecer, Houston con algunos socorros del jeneral *Gaines*, quien habia avanzado hasta Nocogdoches sobre el territorio tejano, por órden del presidente Jackson.

Atraido por la marcha de un enemigo, que parecia temer el comba-

te, lleno de confianza por sus primeras ventajas, y penetrando en el pais, como para tomar posesion de él, despues de la victoria; partió Santa-Ana de Bejar el 31 de marzo, y se halló el 20 de abril en las llanuras de San Jacinto. Ya no eran fujitivos los que apercibió entónces: era un corto número de tropas, proximamente, como uno de los batallones de nuestra infantería, que marchaba resueltamente á su encuentro. Santa-Ana acababa de recibir un refuerzo de 500 hombres mandados por Cós, lo que elevaba su pretendido ejército al número de mil y quinientos hombres efectivos. Los Tejanos solo contaban setecientos ochenta y tres comprendidos en esta fuerza sesenta y un caballos. La batalla entre estos dos encarnizados enemigos tuvo lugar el 21 de agosto. Los Tejanos avanzaron con un silencio profundo: de repente Houston esclamó, «amigos, acordaos del Alamo. A este grito de guerra un fuego terrible sembró el desórden en las filas americanas, quienes atacadas súbitamente á la bayoneta fueron arrolladas. Diez y ocho minutos despues del principio del combate, dice la relacion oficial del jeneral Houston, eramos dueños del campo enemigo, de sus banderas, equipajes, provisiones, armas y bagajes. Su derrota fué completa, y escesiva la mortandad: quedaron muertos seiscientos treinta mejicanos comprendido un oficial jeneral y cuatro coroneles, y doscientos ochenta heridos, quedando prisieneros setecientos treinta (1). Esta victoria no costó á los Tejanos mas que dos hombres muertos, y veinte y tres heridos, seis de ellos mortalmente. El coronel Lamar, despues presidente de la República, mandaba la caballería é hizo prodijios de valor.

(1) Raras son las relaciones de este jénero que no embuelvan ecsajeraciones ridículas. Lo es tanto la presente, que si el lector suma la total pérdida de los Mejicanos, la hallará ascendida á 1640 hombres. cuando acaba de decirnos el autor que la fuerza total efectiva de aquellos era de 1500 hombres. Desde luego se vé que perdieron 140 mas del total efectivo.

Nota del traductor.

Santa-Ana tomó la fuga, y se le encontró al siguiente dia, asaz tembloroso, escondido entre unas altas yerbas. Lo descubrió un destacamento de tejanos, enviados á la persecucion de los fujitivos (1). Besó la mano al primer soldado que se le presentó, y tentó corromperles á todos con ofrecimientos de oro y alhajas, mas no pudiendo conseguirlo, echó á llorar. Conducido á presencia del jeneral Houston, que dormia al pié de un árbol apoyada la cabeza sobre la silla, le dijo en español, «soy Antonio Lopez de Santa-Ana, presidente de la república mejicana, y jeneral en jefe del ejército de operaciones.» Dejando en seguida escapar la orgullosa espresion siguiente: «No ha nacido Vd. para cosas vulgares. Acaba Vd. de vencer al Napoleon del Oeste.» Quiso desde luego inquirir con ansiedad la suerte que se le reservaba, tratando con pésima maña, de disculparse de los crímenes y asesinatos que se le echaban en cara. Parece que Houston se dejó vencer de la piedad, y le concedió su proteccion. Así obraba como hombre de Estado que trata de sacar el mejor partido de las circunstancias, persuadido de que un asesinato inútil, es lo que hay de peor en política.

Fácil es presumir, que á consecuencia del sistema de moderacion, adoptado por el jeneral y el gobierno provisional, no se retardaria un acomodamiento con Santa-Ana. Habíase ya dado la órden por este para replegarse sobre Bejar, y pocos dias despues (el 14 de mayo) se firmaron en Velasco dos tratados, uno público y otro secreto. El artículo que estipulaba la libertad del presidente mejicano, canonizó estos tratados de absolutamente impopulares. El ejército, particularmente, continuaba pidiendo su muerte, en represa-

(1) Si á los 1640 añadimos los fujitivos de que se hace mérito, aun cuando no fuesen mas que un centenar, se elevará el plus de la fuerza mejicana á 240 hombres sobre los 1500 que nos dijo antes el autor. Sin duda al empezar la batalla sucedió á los mejicanos el milagro de los panes y los peces.

Nota del traductor.

lias de los asesinatos de Goliad. Estaba asimismo descontento del gobierno provisional del que se consideraba desatendido y poco faltó, para que el oficial encargado de llevar los pliegos á Velasco, pusiese en la cárcel al gobierno. Ya iba á ser preso el presidente, pero los ciudadanos de la villa le defendieron, con cuyo medio evitaron tal escándalo á los vencedores de San Jacinto. No obstante, el gobierno, harto débil para despreciar la opinion pública, tomó el partido de señalar dia para la sancion del tratado, reteniendo, en tanto, prisionero á Santa-Ana. Este hombre que ningun derecho tenia, por cierto, á la benevolencia de los Tejanos, tuvo el antojo de protestar contra su cautiverio, y privaciones que sufria; y en verdad que era digno de compasion por carecer del trato y opulencia de su palacio de Méjico, cuando los principales personajes de Tejas, carecian de todo. El presidente Burnet le respondió con dignidad: «He sacrificado á vuestro bienestar el de una enferma familia; si carecemos de consuelos atribuidlos á la visita que nos habeis hecho: muy natural nos parece que sufrais una parte de nuestros males.»

El vencedor de Santa-Ana era en aquellos momentos el héroe de Tejas. Su nombre eclipsaba los demás nombres, aun el del fundador de la nacionalidad tejana, por esto lo alcanzó superior al de Austin para la presidencia, obteniendo tres mil quinientos ochenta y cinco votos, tres mil mas que su concurrente. El coronel Lamar fué elejido vice-presidente por igual número de votos. Esta reunion de electores se declaró al mismo tiempo en favor de la incorporacion de Tejas á los Estados-Unidos. Poderosos motivos impidiéron entónces al gabinete de Washington proponer al congreso su admision: temió que esta destruyese el equilibrio entre los estados agrícolas del sur, que sostienen la esclavitud, y los estados industriales del norte que la proscriben; á pesar de esto, reconoció la independencia de Tejas; pero resentida esta de haber sido rechazada por Van-Buren, desplegó todo su orgullo en formar una república separada. No era tal el deseo de Houston, pues persistia en ligar el pais á la Union Americana. Esta circunstancia, sus desavenencias con el congreso por la disposicion de las tierras nacionales y la organizacion de la milicia: su poca aptitud para los negocios, ninguna aplicacion al trabajo, costumbres sin dignidad, etc., hicieron prontamente olvidar sus grandes servicos; y acabó de despopularizarse, cuando se notó el desprecio con que miraba la resolucion del congreso relativa al asunto de Santa-Ana. A consecuencia de una relacion notable de esta asamblea (1) se habia pronunciado contra la libertad del presidente mejicano. Houston creyó empeñada su palabra de honor en la ejecucion del tratado que habia firmado, é hizo conducir su prisionero á las Estados-Unidos. Este acto de un militar fiel, aunque no de un hombre político, colmó su descrédito. Abandonado de la opinion pública en las elecciones presidenciales de 1838, obtuvo los sufrajios Mirabeau Lamar, partidario declarado de una separacion completa, y de una existencia nacional independiente. Creyó Tejas digno de sí, retirar su demanda y quedarse en sí mismo. Ya ha demostrado que su conciencia le anunciaba lo que valia, sin carecer de intelijencia en sus futuros destinos. Su constitucion no ha exijido profundos conocimientos. Hemos visto que habia sido improvisada por Anglo-Americanos, y por consiguiente debia asemejarse á casi todas las de los Estados de la Union. Es puramente democrática, y el poder ejecutivo se halla entre las manos de un presidente al cual se le deja el menor poder posible; posee sin embargo el veto suspensivo, y su asignado anual

(1) Las últimas cartas de esta relacion contienen sobre el carácter, vida política y moralidad de Santa Ana, observaciones muy severas y por desgracia muy justas. Quizás el jefe legal de un gobierno estranjero no habrá sido jamás objeto de semejante crítica en un documento público emanado de otro gobierno.

es de diez mil duros. Se elije por todos los ciudadanos para tres años, sin ser inmediatamente reelejible. Compónese la lejislatura de dos cámaras, un senado que se renueva cada tres años, á cuya cabeza se halla el vice-presidente de la república, y una cámara de representantes renovada anualmente. Estos dos cuerpos gobiernan en toda la estension de la palabra, y nombran la mayor parte de los empleados. Sus miembros reciben una indemnizacion, pero no pueden servir empleos con sueldo. A su vez, los ministros de los diferentes cultos no pueden mesclarse en funciones lejislativas. El poder judicial reside en una sala suprema, y otra de justicia que aplica las leyes inglesas provisionalmente en vigor. La institucion del jurado y la libertad de cultos se hallan escritas en esta constitucion al lado de la esclavitud perpetua.

Preciso es, que nos detengamos en esta parte de la historia de Tejas, puesto que no ha llegado el momento de continuarla. Dejamos esta grande rejion, triunfante de sus enemigos, independiente y libre, desarrollando su organizacion política y todos los elementos de su prosperidad: el tiempo y las pájinas se ocuparán de ella; ya la Europa ha sabido preveer el destino que se la prepara, y la Francia ha sido la primera que lo ha adivinado, firmando con aquel nuevo estado en 25 de setiembre de 1839 un tratado de comercio y navegacion. Este buen ejemplo se ha seguido por la Holanda y la Béljica, y últimamente por la Inglaterra.

A esta última potencia parece que el Tejas recurrió para hacer que el Méjico reconociese su independencia. Fiel á su politica la Gran Bretaña, se ha aprovechado de esta circunstancia para granjearse un nuevo deudor y como acreedora del Méjico ha estipulado, que en caso de un tratado de paz, debido á su mediacion, el Tejas tomaria á su cargo un millon de libras esterlinas de la deuda estranjera mejicana. Esta circunstancia esplica la asiduidad del Tejas en contratar un empréstito para el indispensable por una necesidad tanto mas imperiosa, cuanto que sus gastos, y el interés de su propia deuda esceden sus ingresos. En este estado de transicion se encuentra, cuyos momentos debe aventurar, para afianzar el porvenir. Su papel moneda creado para atender á la penuria de las especies metálicas, y á la dificultad de las transacciones, bien que hipotecado sobre tierras del estado, tiene poco crédito: los principales recursos del gobierno se cifran en la venta de inmensos terrenos y en el producto de las aduanas. Este producto era en 1838 de 1.390,670 francos, en 1839, de 1.950,000 francos, y en 1840 de 2.930,000 francos. Semejante movimiento progresivo atestigua el vuelo rápido de la agricultura y del comercio, así que, el prodijioso aumento de la poblacion. Esta crece en tal proporcion que escede á todo cuanto ha podido verse hasta ahora: el flujo de emigrados que cada año llega al suelo tejano, no puede jamás contenerse, pero como se reparte con desigualdad sobre una inmensa superficie, en mucho tiempo no será posible formar un empadronamiento con alguna probabilidad de exactitud (1). Un tal aumento que sobrepuja todas las previsiones, ha permitido al gobierno cesar, desde 1841 la animacion concedida, hasta entónces á los emigrados. La constitucion aseguraba á cada uno de ellos, despues de una permanencia de seis meses, la posesion de ciento veinte y dos hectares y medio de tierra (366 fanegas de Madrid); esta liberalidad ya no es hoy necesaria.

El Tejas, como Roma en sus primitivos tiempos, no posee bastantes mujeres; no obstante, esta desproporcion entre ambos sexos, se ve disminuir diariamente. Las Ameri-

(1) Sin adoptar enteramente el número dado en una reseña estadística sobre el Tejas, últimamente publicado, creemos que puede elevarse su poblacion en 1841 á 350,000 almas. Al principio del siglo solo constaba de 9 á 10,000 habitantes, y de 70,000 poco mas ó menos, en la época de la declaracion de su independencia.

canas temian ligarse con toscos trabajadores de tierras, á quienes llamaban aventureros sin patria: en la actualidad estos aventureros no son ya para ellas hombres sin existencia política. La victoria los ha rehabilitado á los ojos del mundo, y las esposas llegan con orgullo á hacerse partícipes de la fortuna de los fundadores de una grande república.

A su aspecto se dispersan las tribus salvajes, cuyos ascendientes hacian temblar á los primeros colonos. Los Cushates que se estendian hasta la Luisiana; los Lepanos que ocupaban las orillas del Rio Grande, han desaparecido totalmente; y aun los mismos Comanches estos feroces enemigos de la civilizacion, han pasado á aumentar su bando de tez roja, que la civilizacion ha alejado de su seno. El Tejas les arroja el guante colocando su capital á la estremidad de las tierras cultivadas, y á la inmediacion de sus solitarias mansiones, y temiendo aquellos una lucha desigual, han aproximado sus tiendas á Santa Fé, de modo que el Nuevo Méjico es quien debe temerles en el dia.

Mucho tiempo nos ha detenido el Tejas y su revolucion. Grande es por ella nuestra simpatía, pues no tiene de que avergonzarse ante el mundo. Hase mostrado llena de moderacion y deseosa de toda transaccion razonable en su oríjen, brillante en su valor en los campos de batalla, noble y jenerosa despues del combate. Orgullosa puede estar de su bandera, y nos cuesta trabajo separarnos de tan grandioso espectáculo, dejando un pais en el cual reinan una industriosa actividad, amor al órden y á la libertad, una fe viva en el porvenir, y un sentimiento relijioso tan tolerante como profundo; para volver al centro de las luchas mejicanas de suyo tristes, personales, y tan desnudas de patriotismo como de grandeza.

Contaban los Tejanos con la situacion política de sus enemigos, y con el carácter de los partidos que los dividian, cuando habian dado la libertad á Santa-Ana. Miraban á este hombre entre sus compatriotas, como un elemento de discordia, y la guerra interior del Méjico, como una garantía de tranquilidad. Sin embargo, se equivocaban respecto á la influencia del ex-presidente; su popularidad se habia desvanecido con el prestijio de su gloria militar. Bien informado de la disposicion de los espíritus á su llegada á Veracruz trató desde luego de ocultar su vergüenza en una de sus tierras, despues de haber enviado al gobierno central declaraciones muy pacíficas. Algunos dias despues pudo convencerse hasta que punto le habian abandonado, pues al celebrarse la eleccion para presidente, solamente obtuvo cinco sufrajios, mientras Bustamante reunió cincuenta y siete, Bravo cincuenta y cinco, y Alaman cuarenta y cinco.

Bustamante marcó su instalacion con un manifiesto belicoso; prometió vengar á la patria de sus últimos reveses, restablecer la integridad de su territorio, ó sepultarse en los campos de Tejas. Para dar cima á esta empresa, añadia, he abandonado en Europa las dulzuras de una vida tranquila; acepto pues, desde luego la primera majistratura de mi pais. Seguidamente continuaban las frases de estilo, protestas de civismo, de respeto por la legalidad, por las cámaras, por el pueblo soberano, y demás cláusulas de política en arengas semejantes.

¡Pesada tarea tomaba Bustamante á su cargo! pues no eran solamente los asuntos de Tejas los que embarazaban al gobierno de Mejico. La California se ajitaba tambien por su independencia. Otra insurreccion en favor de la constitucion federal, progresaba en San Luis de Potosi, un preclaro nombre, el de *Motezuma* se habia pronunciado por aquel movimiento. Estas dos revueltas, contenidas á tiempo, no causaron ninguna nueva desmembracion, pero una tercera insurreccion en el nuevo Méjico fué mas feliz. En ella tomaron parte los Indios, y las tropas allí enviadas para combatirlas, hicieron lo mismo alistándose en su bandera, que entró triunfante en Santa-Fé de donde fué nombrado

gobernador, un coronel llamado Gonzalez, jefe de este movimiento. Tambien en el Yucatan se observaban síntomas de descontento: preparaban en él á una escision. y todo hacia presumir que no tardaria á proclamarse la independencia con las armas en la mano.

Ocupado en defender tantos puntos, fué imposible al presidente dirijir contra Tejas operacion alguna seria. Unos cuantos batallones llegaron á sus fronteras, es cierto, pero no hicieron mas que movimientos de parada, y se retiraron sin avanzar.

Muy exhausto estaba el Méjico y por demás atormentado en el interior paraque pudiese emprender una guerra de invasion. Nada pudo tampoco adelantar su marina. Espedida esta hácia las costas de Tejas para vijilarlas, se apoderó de un transporte de Nueva-Orleans cargado de armas y municiones para Galveston. Los cruceros de los Estados Unidos tomaron como causa propia la presa del buque, y destacaron una corbeta que atacó por represalias á un brik mejicano, al que obligaron á arriar bandera, conduciéndolo á Panzacola. El gabinete de Méjico dirijió vivas reclamaciones al de Washington, el cual se quejó á su vez de los insultos, pérdidas y confiscaciones que los Americanos esperimentaban en Méjico. El negocio del brik se arregló, pero la cuestion mas grave, la de las indemnizaciones quedó reservada.

No era esta cuestion aislada á los Estados-Unidos. Otras quejas se dirijian por motivos idénticos. Entre las mas lejítimas, las de la Francia estaban en primer término. Los Franceses establecidos en Méjico sufrian mucho tiempo habia el odio envidioso que el mejicano holgazan alimenta contra el estranjero que lleva su industria á aquel pais. Para dar apoyo á sus reclamaciones, la Francia hizo salir de Brest una escuada encargada de cruzar las aguas de Veracruz y demás puertos del golfo. Sin embargo, su actitud nada tenia de hostíl; demostraba por el contrario, la paciencia de la fuerza, y soportaba con decididas miras pacíficas las formas tortuosas, las falsas denegaciones, y la lentitud calculada de un gabinete astuto. Pero esta jenerosa dilacion debia tener un término: llegó por fin el momento de hablar con firmeza y el baron Deffaudis fué encargado de manifestar al gobierno mejicano el *ultimatum* de la Francia. Aquel documento reasume las principales quejas de esta potencia. Márcanse en él cobardes asesinatos; los de Atencigo por ejemplo, en 1833 en cuyo punto gozaban los Franceses de la jeneral estimacion, ejerciendo una industria útil al pais, y no obstante fueron degollados y hechos pedazos á los gritos de *mueran los estranjeros*, y los autores de este crímen quedaron impunes. En Tampico otros Franceses fueron aporreados en un patio, y muertos á fusilazos, en presencia de oficiales que aplaudian estos asesinatos. Otro francés condenado á diez años de presidio por un juez de la capital en virtud de una simple sospecha de homicidio, sin prueba alguna: en Colima, un médico de la misma nacion, atacado en medio una calle, atravesado á estocadas por el coronel Pardo comandante de la plaza, al cual habia rehusado prestar algun dinero. Sigue la relacion de los robos, destruccion de propiedades, empréstitos forzosos, confiscaciones de cargamentos, cierres de establecimientos industriales, destierros. prisiones arbitrarias, en fin, toda suerte de vejaciones ejercidas contra los comerciantes franceses establecidos en Méjico.

Semejantes crímenes exijian una pública reparacion. Reclamáronse seiscientos mil duros en el mismo *ultimatum* por via de indemnizacion, pediase asimismo la destitucion y castigo de los oficiales y majistrados culpables para con los Franceses, y para estos el derecho con que les garantizaban los tratados anteriores de establecerse en todo el territorio de la república; de hacer en ella libremente el comercio en detall; la exencion de los impuestos estraordinarios de guerra, y de todo empréstito forzoso, á los cuales se les

habia sometido, contrariando las convenciones que reglaban las relaciones de ambos estados.

Estas reclamaciones llenas de moderacion fueron rechazadas con altanería. El gobierno mejicano fiel á su sistema dilatorio, queria retardar las negociaciones, y el tiempo era para él el mejor auxiliar. Dábale éste por aliados las tempestades del Norte, y la fiebre amarilla que le sirvieron perfectamente. La escuadra mandada por el capitan Bazoche, tuvo que sufrir el escorbuto, provenido de la falta de agua dulce y víveres frescos; por la necesidad de lavar la ropa con agua del mar, y por el penoso servicio en una costa tan ardiente. La fiebre amarilla hizo tambien estragos. La *Ifijenia* perdió cuarenta y cinco marineros y cinco oficiales; la *Herminia* no fué mejor tratada; y si proporcionalmente tuvo menos muertos, contó mas enfermos. Lo mismo sufrieron los demás buques. En la isla de los Sacrificios descansan para siempre estas numerosas víctimas del cruel azote, aquellos jóvenes franceses, que pensaban al dejar el suelo patrio, en la gloria de sus nombres, y en el campo de batalla que les preparaba un lecho mortuorio. Allí se eleva una pirámide de piedra en la que se hallan grabados sus nombres. Unas cruces de madera indican el lugar que cada uno ocupa: una pared rodea este último asilo colocado bajo los auspicios de la relijion (1).

A pesar de los estragos de la epidemia, y de las mas duras privaciones, la escuadra cumplia su mision con un celo bien sostenido. El gobierno mejicano por su parte, trabajaba asiduamente para interesar el orgullo nacional; un terrible manifiesto del presidente llamaba á las armas á todos los ciudadanos para defender la dignidad y honor del pais. En él se quejaba amargamente de las exijencias de la Francia, relativas á la indemnizacion, á las destituciones de los funcionarios, y á otras concesiones pedidas. Dirijiase al patriotismo de las masas para rechazar á un enemigo poderoso, y no disimulaba los peligros de la situacion.

Este manifiesto era como una declaracion de guerra. Reunióse el congreso, y el ministro de hacienda reproduciendo ante la asamblea los esfuerzos de Mr. Canning para asegurar la independencia de Méjico, espresó su sentimiento de no ver que la alianza de la Gran Bretaña y la república se estrechase mas, en vista de los acontecimientos actuales. De aquella parte podia únicamente esperar el Méjico alguna proteccion, y como su interés estaba de acuerdo con el del comercio británico, la intervencion inglesa se hacia desde entónces probable.

Sin embargo, habiendo transcurrido el término prefijado en el *ultimatum*, sin que la Francia hubiese recibido la menor satisfaccion, se declararon en estado de bloqueo todos los puertos de la república. Los exaltados del congreso, en el primer momento de efervescencia propusieron la espulsion de todos los Franceses, medida que no fué rechazada, y si solamente aplazada. Los interesados, temiendo entónces los escesos del populacho y la debilidad del gobierno, se apresuraron á remitir á los cónsules de Francia el inventario de sus propiedades, que se elevaban á once millones de pesos. Todo tomó en Méjico un aspecto guerrero. Fortificáronse los puntos accesibles de la costa, reuniéronse algunas tropas en los alrededores de Veracruz, y se puso en San Juan de Ulua una guarnicion de quinientos hombres con numerosa artillería. Todos estos grandes

(1) Este pequeño islote, basado sobre corales, madréporas y arena conducida por los vientos y y las mareas, se eleva á las inmediaciones de San Juan de Ulúa. Obsérvase como á una legua á la izquierda de la fortaleza. Su superfue es árida y pedregosa. Se ven algunas cañas amarillentas á causa del ardor del sol, tambien algunas higueras, aunque muy pocas, uno que otro aloe, y un charco de agua salobre. Este banco de arena, á causa de su aislamiento y aspecto lúgubre, les pareció á los indíjenas un sitio propio para los sacrificios humanos. Grijalba que lo descubrió notó en él señales recientes de tan horrible culto, lo que le llevó á darle el nombre que hoy dia tiene.

preparativos se hacian contra una escuadra de dos fragatas de 60 cañones, ocho briks y una corbeta. Los soldados mejicanos tomaron la iniciativa de las hostilidades hiriendo, el 25 de julio, delante de Tampico algunos hombres del *Eclipse*, en el momento en que el brick francés se oponia al paso de una goleta enemiga, que intentaba escaparse á la vijilancia de los cruceros.

Ya hacía muchos meses que continuaba el bloqueo sin otros resultados que empobrecer las aduanas mejicanas, de agobiar el comercio neutral y de esponer los buques Franceses á la funesta influencia del clima. Durante todo este tiempo la fiebre amarilla no dejaba de maltratar. La debilidad de la division francesa la impedia el emprender operacion alguna importante, mucho menos contra San Juan de Ulúa. Túvose un consejo á bordo del comandante y se decidió que el ataque de esta fortaleza seria prematuro. Entónces el brick *el coracero* condujo á Francia, al baron Deffandis, ministro de Francia y de resultas de la llegada de este diplomático, el gabinete de las Tullerias resolvió enviar á Méjico una nueva espedicion, cuyo mando se confió al contra-almirante Cárlos Baudin, con órden de dirijir la última intimacion al gobierno Mejicano, y si la rechazaba, no haciendo justicia á las reclamaciones de la Francia, atacar á San Juan de Ulúa, y apoderarse á toda costa de aquella formidable posicion.

El 31 de agosto de 1838, la rada de Brest presentaba un espectáculo animado: la Fragata *Nereyda* de cincuenta cañones, mandada por Mr. Turpin, capitan de navío: la corbeta *Criolla* de 24 cañones á las órdenes del príncipe de Joinville; los bricks *Coracero* y *Faeton* concluian sus preparativos de marcha. Embarcábanse trescientos artilleros de marina, veinte y cinco soldados de injenieros, y todo cuanto necesita un armamento de guerra. El 9 de setiembre hacía escala en Cádiz esta division, en donde reunía las fragatas *Gloria* y *Medea*, algunos bergantines, y un buque de vapor, y á fines de octubre se hallaba delante de Veracruz, reunida á las embarcaciones del comandante Bazoche, y pronta para la guerra. Antes, empero de atacar, el almirante Baudin; sujetándose á las instrucciones, envió al capitan Leray á Méjico, para ensayar todavía el medio de la negociacion. Esta delicada mision, resultado de una política clara, prudente y firme, no podia estar en mejores manos, pero para cualquier conocedor del orgullo del gabinete mejicano, y de su esperanza en los buenos oficios de la Inglaterra, era fácil predecir su ningun resultado. Mr. Leray concedió tres dias al ministro de negocios estranjeros Cuevas para obtener una respuesta categórica; y al espirar este término, no se obtuvo mas que una carta para el almirante, con muchas protestas personales de un vivo deseo de mantener la paz. Pronto veremos á este mismo ministro en las conferencias de Jalapa, y allí tendremos su verdadera opinion, y los grados de su adhesion á la Francia.

Previendo un rompimiento, juzgó el almirante conveniente hacer un reconocimiento en el banco de la Gallega que se estiende al norte de San Juan de Ulúa, y del cual daban los mapas un diseño con algunas probabilidades de inexacto. Algunos saltos de aquella playa eran indispensables, por este lado se propusieron operar un desembarco. Era aquel el único flanco por donde podia intentarse el asalto, era preciso, además, asegurarse de la distancia á la que los barcos de vapor encontrarian bastante agua para acercarse al glasis de la fortaleza. El príncipe de Joinville fué encargado de esta dicfiil operacion, que desempeñó con admirable valor, y con tanta sangre fria como un marino antiguo. Su lancha dió casi la vuelta al fuerte; en seguida el príncipe seguido de sus oficiales avanzó por el agua hasta el pié del glacis. Ya estaba concluido el reconocimiento, cuando un centinela los percibió y dió la voz de alarma, desembocaron como unos treinta soldados por el camino cubierto, y los persiguieron durante algunos momentos, en su manio-

bra de retirada, pero se detuvieron muy luego, temiendo sin duda alguna emboscada. Una accion tan audaz podia hacerlo creer, el príncipe regresó sin otro impedimento. La llegada del comandante Leray á bordo de la Nereyda, fué un verdadero festin. No pudo disimular que las probabilidades estaban por la guerra. A tal noticia brilló la mas viva alegría en los rostros de aquellos jóvenes oficiales sedientos de combates y de gloria; el príncipe de Joinville sobre todo, no podia disimular su placer. Queria vengarse en Veracruz de haber llegado demasiado tarde á Constantina.

La contestacion del ministro de negocios estranjeros guardaba silencio por lo respectivo al fondo de la cuestion, y se limitaba á proponer se abriesen nuevas conferencias para terminar amígablemente las desavenencias entre ambos paises. Aunque el almirante no vió en esto, mas que un medio de ganar tiempo, convino desde luego en aceptar esta nueva apertura, dando de tal modo una doble prueba de la grandeza de alma de la Francia. Trasladóse á Jalapa, sitio indicado por Cuevas. Allí los dos plenipotenciarios hicieron un canje de notas, de contra-notas, de proyectos, de contra-proyectos, y la cuestion no adelantó un solo paso. La Francia tomaba por base el *ultimatum* del 21 de marzo anterior, que el Méjico combatia con los argumentos que antes habia emitido. Si consentia en pagar seiscientos mil pesos como indemnizacion de las pérdidas sufridas por los Franceses, queria la dilacion de seis meses, sin dar garantías. Nada concedia referente á la libertad del comercio en detall; miraba como un derecho, el imponer contribuciones forzosas á los estranjeros, declarando al propio tiempo, que no estaba en su intencion usar de semejante derecho en lo sucesivo. El almirante comprendió muy pronto, que no era posible acomodamiento alguno y que su verdadero lugar estaba á bordo. Dejó Jalapa el 21 de noviembre, y para que recayese la responsabilidad de las resultas en su adversario, y probablemente tambien, para prepararse al combate, anunció que las hostilidades no empezarian hasta el 27 á medio dia. Este dia 27, es glorioso en los fastos de la marina francesa. Este dia, en que iban á cesar todas las incertidumbres, se elevó el sol resplandeciente y sin ninguna nube. El viento era ardiente; la mar se hallaba en calma, unida y transparente. La rada de Veracruz surcada por embarcaciones que la recorrian en todas direcciones, iban llevando órdenes á todos los puntos: los barcos de vapor se iban calentando; las bombarderas anclaban al norte de la fortaleza; todo se ponia en movimiento, y el ojo menos práctico, reconocia los preparativos de un combate. Echemos una ojeada sobre el campo de batalla. Ya estamos al frente de San Juan de Ulua objeto de todas estas maniobras.

Esta fortaleza, orgullo de Méjico, está sentada sobre un islote, como á media milla nordeste de Veracruz. El banco de la Gallega, rodeado, de rocas hácia el norte, y á veces seco en las grandes mareas, por lo comun escondido bajo el agua viene á morir á sus piés. Dilátase sobre el islote, cuya estension cubre, y sus murallas de una mediana altura, erizadas de troneras. parece se levantan del seno de las olas, ofreciendo un lujo de solidéz, que los Españoles habian desplegado en sus construcciones civiles, y militares del Nuevo Mundo. En ellas abundan las madreporas, á escepcion del lado que domina la villa, conteniendo desahogados almacenes é inmensas cisternas, que proveen á la guarnicion de una agua mucho mas saludable, que la que los habitantes de Veracruz estraen de los lagos estancados que circuyen la poblacion. San Juan de Ulua se muestra bajo la forma de un paralelogramo lijeramente irregular, del que, cada ángulo está flanqueado de un bastion; sobre uno de ellos se eleva el faro, prisma cilíndrico; el otro se halla dominado por el caballero, alta torre cuadrada, sobre la cual hay una azotea, en donde se señalan los bu-

ques, y sobre el cual flota el pabellon nacional. Esta lijera azotea, esta alta torre de noventa piés, cuya blancura embarga la vista, contrastan de un modo pintoresco con el Faro, masa rojiza, que parece pertenecer al suelo de cuyo color goza. Un ancho foso, casi relleno por los aluviones, sin tener agua mas que en las altas mareas; á la otra parte dos baterías bajas, una al nordeste, y otra al sudeste, y en fin, una media luna, y dos reducidas plazas de armas al entrar, completan las obras defensivas de aquel fuerte cuya nombradía era colosal en toda la América Española, pasando por una de aquellas maravillas del arte, contra la cual todas las flotas de Europa atacarian sin resultado.

Previendo el sitio, los Mejicanos se habian apresurado á reponer los ultrajes que el tiempo y las guerras con los Españoles habian causado á su proverbial Jibraltar, cuyo epiteto les place dar á San Juan de Ulúa. El almirante francés, por su parte, habia escojido su punto de ataque de manera de poder batir la mayor línea posible, recibiendo el fuego del menor número de cañones. Las tres fragatas se colocaron al nordeste de la fortaleza, á diez ó doce cables de distancia. (1) Asimismo, y hácia el norte, las dos bombarderas quedaron ancladas en un estrecho canal. Tres corbetas se colocaron fuera del alcance del cañon, para observar la direccion de las balas, y hacer, por medio de señales convenidas, rectificar la punteria. La *criolla* se mantenia á la vela, mientras que algunos bergantines cruzaban entre el arrecife de los Pájaros, y las fragatas ancladas. Eran las once y media y el término espiraba al medio dia, cuando se observó avanzaba desde el muelle de Veracruz un bote con bandera parlamentaria. Eran nuevas comunicaciones del Señor Cuevas que debian entregarse al almirante. Este recibió á los comisionados con política, leyó los oficios con rapidéz, y como no contenian ninguna nueva proposicion, limitándose á discutir lo mismo que se habia anteriormente debatido sin resultado, respondió desde luego al ministro; que habiendo fenecido la última dilacion concedida, sin que la Francia hubiese recibido la menor satisfaccion, su mision de paz quedaba concluida, y empezaba la de guerra.

Despedidos los parlamentarios, no tardó la señal de romper el fuego. Una andanada de cien piezas de cañon respondieron á ella, mandando una lluvia de balas hácia el fuerte, que las bombarderas secundaban tambien. Aquel respondió vivamente, pero se ocultó a la vista á causa del espeso humo que envolvia todos los buques Franceses. Algo perezosa la brisa lo dejaba estacionado al rededor de su arboladura y de sus flancos. Repetidas veces el almirante dio la órden de suspender el fuego, durante algunos minutos, para rectificar la puntería, pero era tal el ardor de los artilleros, que apenas se podia obtener este intervalo por algunos momentos. Ya hacia una hora que duraba el combate. La *Criolla*, esta lijera corbeta del Príncipe de Joinville, tomaba en él una parte activa, y dirijia un fuego bien sostenido sobre las baterías bajas del Sudeste. El espantoso cañoneo repetido por el eco, parecia el estrepito del trueno. De repente se oyó una detonacion terrible que dominó el ruido del cañon. Esta lo habia causado el almacen de polvora, y el parque de las bombas que incendiadas volaron. Algunos momentos despues una tromba ó manga de fuego, de humo, piedras, cañones, cureñas y miembros ensangrentados de cuerpos humanos se elevó por los aires. Esta era la Torre del caballero, batida por las bombas que volaba tambien con su lijera galería y una multitud de artilleros y soldados. Unicamente el pabellon nacional se mantuvo firme, porque el trozo de muralla que lo sostenia habia quedado en pié. Esta doble es-

(1) Segun náutica cada cable se reputa como de unas sesenta brazas, y la voz francesa *encablure* de que usa el autor, equivale á dos cables ó sean 120 brazas.

Nota del traductor.

plosion acabo de aterrorizar á los Mejicanos Sus fuegos se disminuian gradualmente, pero el de las fragatas Francesas, aunque acribilladas á balazos, continuaba siempre vivo y mortífero. Los estragos de su artillería estaban grabados en las murallas de San Juan de Ulúa. La noche puso término á esta obra de destruccion : vencedores y vencidos pudieron entónces contar sus pérdidas. Las de los mejicanos eran inmensas; los buques franceses habian padecido, pero no bastante para impedirles la continuacion del ataque al dia siguiente. Prepáráronse á él, sucediendo á la actividad del dia, la actividad de la noche. Las baterías comenzaron sus animados fuegos; y en este momento se acercó un bote á la *Nereyda*, y al grito del quien vive del centinela, se le respondió « *parlamentario*. » Bien pronto se vieron subir al puente dos oficiales superiores mejicanos; venian estos de San Juan de Ulúa para entregar al almirante una nota del Jeneral Gaona. Pedia este una suspension de hostilidades, con el pretesto de retirar los heridos y muertos de debajo los escombros. No se veia en este paso, sino un medio de entrar en correspondencia, un preliminar de capitulacion. El almirante francés no se equivocó, y por de pronto ofreció esta capitulacion honrosa, añadiendo que si al dia siguiente al amanecer no se aceptaban sus condiciones, concluiria la destruccion de la fortaleza. Aceptáronse despues de algunas horas de negociaciones, y prévia la primera negativa del valiente y leal gobernador. La plaza no podia ser socorrida, ni su defensa prolongada con la menor esperanza de buen resultado. En la mayor parte de las baterías estaban las piezas desmontadas, ó faltaban municiones desde la esplosion de los depósitos de pólvora. Apenas quedaban seiscientos hombres, mal disciplinados, y peor dispuestos para rechazar un asalto, y sostener una sola hora el fuego enemigo. Los diferentes consejos de guerra celebrados en la fortaleza, reconocieron el deber de rendirse. El jeneral Gaona tardó algun tiempo en decidirse. Parecíale duro entregar el fuerte al enemigo despues de un solo combate, pero este combate habia sido decisivo, y á pesar de sus sentimientos se vió obligado á firmar la capitulacion que concedia á la guarnicion los honores de la guerra, aunque imponiéndole la obligacion de no servir contra la Francia por el término de ocho meses.

Tan ventajoso resultado se asemejaba á la velocidad del rayo por su rápido desenlace. Veinte y cuatro horas despues de tirado el primer cañonazo contra el *Jibraltar* mejicano, el pabellon francés tremolaba en sus murallas, y recibia los saludos de la reducida escuadra victoriosa. Quiso ver el almirante por sí mismo lo que sus cañones y bombas habian hecho en tan corto tiempo. Trasladóse al fuerte, y pudo convencerse por las murallas destruidas, por los montones de escombros, y por los cadáveres de los artilleros tendidos al rededor de las piezas que habian servido, que la plaza nopo dia ya sostenerse, y que se habia batido con tropa valiente y decidida.

La caida de San Juan de Ulúa arrastraba necesariamente la de Veracruz. El almirante podia batirla en pocas horas, ocuparla, y enarbolar en ella su estandarte; nada de esto hizo, pues la política y la humanidad le aconsejaron una conducta muy diferente. Desde el 28, y al momento mismo de la ocupacion de la fortaleza, se apresuró á probar al mundo que ninguna idea de conquista interesaba esta guerra. La convencion de este dia entre él y el jeneral Rincon, dejaba á Veracruz enteramente mejicana. Conservaba su gobernador, sus funcionarios públicos, sus leyes; únicamente su guarnicion quedaba reducida á mil hombres, sin poder esceder de este número, harto suficiente para mantener el órden. Su puerto estaria abierto á todos los pabellones estranjeros. Devolvíasele en el mismo instante su vida y su comercio. En fin, la guarnicion de San Juan de Ulúa tenia el derecho de pasar allí á aprovisionarse de víveres frescos. La devolucion de aquella

fortaleza al hacerse la paz, se hallaba asimismo estipulada en el tratado, muy honroso para el Méjico, y sobremanera jeneroso de parte de la Francia.

No lo juzgaron así los miembros del congreso de Méjico. Rehusaron su ratificacion, y el orgullo nacional herido apeló al grito de traicion, y para hacer creer que se habia hecho el ataque improvisadamente, sin estar en guerra con la Francia, se la declaró tres dias despues de la toma de San Juan de Ulúa. Miserable artería que á nadie engañó, pues ninguno ignoraba la época de la dilacion concedida por el almirante Baudin, y su declaracion de principiar las hostilidades concluido dicho término. Pero si todo esto no fué mas que rídiculo, lo que sigue fué bárbaro. El gobierno mejicano se vengó de su derrota con los desdichados Franceses establecidos en el pais, á quienes intimó, por su decreto de 1º. de diciembre salir de la república en el término de quince dias, no dándoles mas que tres para dejar las poblaciones. Tratóse de dirijirlos por Acapulco, es decir, de h cerles recorrer los caminos mas peligrosos, y los sitios habitados por los Indios feroces, no sometidos, para llegar al punto mas enfermizo del globo, allí donde las calenturas mortales reinan todo el año. Esta medida salvaje escitó la indignacion de los ministros estranjeros autorizados en Méjico, y mediante sus vehementes reclamaciones el plazo de quince dias se dilató á sesenta, variándose el puerto ó punto de embarque, permitiéndose por fin á los desterrados pasar á la escuadra de bloqueo.

Mientras tales cosas sucedian, llegaron otros acontecimientos á complicar la situacion, ya apuradísima, del gobierno de Méjico. Los dos partidos políticos en que se divide el pais, centralistas y federalistas, volvieron á las manos: los primeros con el poder en la mano, los otros espiando el momento de apoderarse de él, creyendo haberlo hallado en la lucha empeñada con la Francia. Reinaba una grande ajitacion en la provincia de Tamaulipas. Tampico estaba en completa insurreccion, y Santa-Ana que no era el menor embarazo para el gobierno reaparecia en la escena política. Este hombre que mostraba haberla abandonado para siempre desde la vergonzosa campaña de Tejas, viviendo retirado en su habitacion de Manga de Clavo. Apenas hubo oido el primer cañonazo de la escuadra francesa, juzgó que era el momento oportuno de salir de su retiro, y reconquistar algo de su antigua popularidad. Trasladóse apresuradamente á Veracruz, y se puso á disposicion del jeneral Rincon. El gobierno lo hubiera pasado muy bien sin sus servicios, pero despues de la convencion del 28, peor recibida aun que la capitulacion de San Juan de Ulúa, y en los momentos de efervecencia, que se oyeron en los bancos del congreso los gritos salvajes de « *mueran los Franceses*, *mueran los estranjeros*, » Santa Ana fué elejido para reemplazar al jeneral Rincon, ya desgraciado, y mandar algunos batallones reunidos en las inmediaciones de Veracruz, que tomaban el pomposo nombre de ejército de vanguardia. En calidad de tal jeneral del ejército notificó Santa Ana al almirante Baudin la negativa del presidente Bustamante al tratado convencional que nos ocupa. Volvia con esto Veracruz á ser una ciudad enemiga que pudiera destruirse en pocos instantes; pero esta venganza bárbara que hubiera castigado toda una poblacion inocente por los errores de su gobierno, no era digna de la Francia: el partido que tomó el almirante, fué solamente propio de su dignidad. Resolvió, pues, desarmar á Veracruz y poner su artillería y fortalezas en estado de no poder ofender. Era esta la mas atrevida empresa de toda la campaña bien concebida y admirablemente ejecutada. Una parte de los marinos de la escuadra, los soldados de marina, los artilleros y los minadores divididos en tres colunas, se pusieron en marcha, bajo una espesa niebla, que protejia las embarcaciones. Cada una de estas colunas tenia su encargo. La una debia desarmar el fuerte

del este; la otra el del oeste; todo esto se hizo. Los soldados mejicanos tomaron la fuga., enclaváronse los cañones, y fueron arrojados por encima las murallas, y las cureñas hechas pedazos por las hachas. La coluna del centro, mandada por el príncipe de Joinville, asaltó el muelle y penetró en la ciudad, despues de haber derribado la puerta con el auxilio de un petardo preparado de improviso, apoderándose de una pieza de artillería que defendia la entrada, dispersando á todo cuanto se le puso delante, llegando al fin hasta la casa habitada por los jenerales Santa-Ana y Arista, antiguos enemigos, pero combatiendo entónces por la misma causa. El primero, al ruido del petardo habia emprendido la fuga, el segundo, menos advertido, habia quedado en su cama dormitando é imajinándose que aquel ruido era el cañonazo de la diana que se disparaba todas las mañanas á bordo de la escuadra francesa. Pronto le desengañó la fusilería de los agresores y la del cuerpo de guardia de los Mejicanos que intentaban vanamente detenerlos. La coluna francesa penetró vivamente, bajo una lluvia de balas, en el aposento del jeneral, quien fué cojido por el segundo comandante de la *Criolla*, y conducido despues á la presencia del príncipe de Joinville, se le trasladó á bordo del *Coracero*. Verificada esta captura, la coluna pasó á desarmar los pequeños fortines que se elevan á la parte del sur, reduciéndolos á pocos instantes á la nulidad. Durante esta operacion algunos soldados mejicanos perseguidos, se refujiaron en el hospital. Iban los Franceses á penetrar en ellos, cuando los enfermos levantándose de sus lechos como espectros, se arrojaron á los piés del jóven príncipe de Joinville, el cual no escuchando mas que la voz de la humanidad, mandó se respetase aquel asilo del dolor.

Entretanto, todas las pequeñas fracciones dispersas arrojadas de sus posiciones hácia las murallas, se habian reunido en el vasto cuartel de la Merced. Es aquel un edificio de dos cuerpos montados de un terrado ó azotea, con varias salidas á la ciudad y al campo, cuya puerta principal hace frente á una de las calles principales de ella (la calle de las Damas). Esta puerta fué barricada. Las diferentes colunas debian necesariamente, dando la vuelta á las murallas, replegarse sobre aquel punto. Llegó la primera la coluna del centro, que fué recibida con un vivo fuego de fusilería; los Mejicanos bien resguardados tiraban á golpe seguro: los sitiadores con un obus de campaña, hacian algunos ahujeros en la puerta, sin derribarla: tuvieron muertos y muchísimos heridos, hasta que la llegada del almirante puso fin á este combate sin objeto. No teniendo ni los medios, ni el proyecto de ocupar la ciudad, dió la órden de retirada, que se hizo con calma, y sin obstáculo. Reembarcaron el obús, colocaron á la estremidad del muelle una pieza mejicana de á ocho, cargada de metralla para protejer el embarque, y entónces los Mejicanos que no se habian atrevido á moverse de su casa fuerte improvisada, desde la retirada de los Franceses, sabiendo sus preparativos de embarque, se trasladaron en masa á la escollera. El almirante dió la órden de que se les dejase aproximar, y en seguida, apuntando él mismo la pieza de á ocho, mandó el disparo. El efecto fué terrible contra aquella masa de tropa, que no recobró su ánimo hasta haber visto á sus enemigos entrar en las chalupas. Estas rompieron al instante un fuego muy vivo de carronadas cargadas á metralla. Estas nuevas descargas hicieron segundas y numerosas víctimas, entre las cuales es preciso contar al mismo Santa-Ana, quien se dejó ver y fué reconocido por su caballo blanco, y su brillante armadura. Una bala rasa le rompió la pierna izquierda, otra la mano del mismo lado, y su caballo cayó muerto. El fuego de los Mejicanos contra las chalupas, demasiado sobrecargadas, y por lo mismo difíciles de mover, fué igualmente mortífero. Los Franceses tuvieron ocho muertos y sesenta heridos. La pérdida de los Mejicanos fué infinitamente mas nume-

rosa, y sin la niebla espesa que se levantó, Franceses y Americanos hubieran esperimentado mayores pérdidas. Apenas las últimas lanchas del almirante Baudin hubieron llegado á su destino, cuando la niebla á impulso de un lijero viento de sudeste se disipó en pocos minutos, y brilló el sol con todo su esplendor. La ocasion se presentó á propósito para derribar la caserna ó cuartel de Veracruz, fácil de transformar en verdadera fortaleza, y muy perjudicial á la sazon, caso de renovarse las hostilidades. Durante dos horas, las baterías de S. Juan de Ulúa, las de *la Criolla, el Voltigeur, el Coracero y el Rayo,* enviaron una granizada de balas rasas hácia el grande edificio, que fué su golpe mortal. La ciudad no podia ya sostenerse: los Mejicanos se apresuraron á abandonarla, y fueron á campar á dos leguas de ella entre unas colinas arenosas que rodean la playa del sudoeste.

De este modo terminó el ataque de Veracruz, honroso para la escuadra francesa, y tan estrañamente desfigurado en el parte de Santa-Ana, miserable fanfarronada digna del héroe de San Jacinto. Este documento falso en todas sus partes, fué sin embargo fijado en todas las calles de Méjico por órden del gobierno. En él acusaba el jeneral mejicano, al almirante, de haber invadido la villa en el momento en que todavía seguian las negociaciones; se atribuia todo el honor del triunfo; trataba de cobardes á los Franceses, que, decia, haber perseguido con espada en mano obligándolos á reembarcarse: tampoco dejaba en silencio la toma de la pieza de á 8 que hacia pasar por un cañon francés. Ultimamente declaraba que si él no habia respetado á un parlamentario enemigo, era, porque este enemigo no merecia ninguna de las consideraciones debidas á las naciones civilizadas. Un lenguaje tan insolente no se ha usado jamás para apoyar la calumnia y la mala fe.

Desde este momento podia considerarse como terminada la guerra activa. La posesion de San Juan de Ulúa, el desarme de Veracruz, el alejamiento de las tropas mejicanas, garantías todas de seguridad para la Francia, la permitian aguardar tranquilamente el resultado de las negociaciones, que la abatida vanidad del congreso debia aun diferir mucho tiempo. A la apertura de la sesion de 1839, el presidente se mostró muy adicto á este ridículo del cual no se hallaba mas esceptuado que los demás. En un discurso largo, difuso y declamatorio reproducia una parte de las mentiras oficiales: canonizaba esta guerra de escándalo de los tiempos modernos: en seguida acariciaba á las potencias neutrales con palabras alhagüeñas, en particular á la Inglaterra, en la que parecia fundar toda su confianza. Aumentóse esta con la llegada de M. Packenham, ministro de S. M. B. en Méjico. Este diplomático llegado solo en la fragata *Pique* traia la órden de ofrecer sus buenos oficios al almirante para promover las negociaciones, y este ofrecimiento hecho con mucha moderacion y reserva, y en los términos mas propios fué aceptado, pero algunos dias despues apareció una flota inglesa de once navíos, dos de ellos de setenta y cuatro. Esta escuadra mucho mas fuerte que la francesa, parecia dar á la mision del enviado inglés un color casi hostil. Los ofrecimientos del enviado, aunque leales y de buena fe se hacian inaceptables en virtud de este incidente. El almirante se lo manifestó desde luego diciéndole, que no podia llevar la palabra en su nombre cerca del gobierno mejicano, hasta que ambas escuadras nivelasen perfectamente sus respectivas fuerzas, haciendo por consiguiente retroceder o alejar los dos navíos de línea que hacian superiores las fuerzas inglesas. Esta demanda era justa, M. Packenham la reconoció así, y los dos navíos se alejaron. El honor de la Francia no pedia otra cosa, y cuando al principio de la guerra rehusaba la mediacion de la Inglaterra demostraba un acto de enerjía y de independencia; entónces necesitaba probar con las armas en la mano su fuerza y su derecho, pero despues de la victoria cuando su pabellon tremolaba en la

principal fortaleza de Méjico, que tenia distante el ejército enemigo, y á Veracruz bajo tiro de cañon, podia muy bien, sin debilidad, y consecuente con ella misma, aceptar los buenos oficios de la Inglaterra. El vencedor es siempre graciable, si se presta á todo cuanto contribuye á acelerar la paz. M. Packenham puso manos á la obra, y empezaron de nuevo las negociaciones. Para hacerse una idea de los obstaculos que hubo que vencer, es preciso transportarse á Méjico al centro de las pasiones políticas que fermentaban en aquella capital, y de los movimientos revolucionarios de que era teatro.

Los Federalistas de las provincias del norte habian sancionado sus principios con una victoria. Los Federalistes de Méjico, respondieron á su llamada por una doble hostilidad contra el gobierno. Combatian con la pluma en la mano; insertaban artículos en los periódicos, libelos, acusaciones, como acostumbran los partidos vencidos, conmovian las masas, y las preparaban á una revolucion. Tanto hicieron, que Bustamente para transijir con ellos, se creyó obligado á despedir su ministerio y formar otro nuevo en el que se introdujo Pedraza, el antiguo presidente, alma de los partidarios del federalismo. Esta concesion aumentó su número. El pueblo manifestó sus simpatías por las reformas que la nueva administracion iba á proclamar, y bajo semejante influencia la insurreccion debia muy pronto organizarse. En efecto, estalló el 12 de diciembre á los gritos de «viva la federacion! viva la libertad! viva la constitucion sin mácula! viva la carta de 1824! Mueran los centralistas!» Sonaron todas las campanas de la catedral. Una inmensa multitud recorria las calles que se agolpó al fin en el palacio de la presidencia: lo que asustó algo mas que medianamente á Bustamente, quien asomándose al balcon gritó tambien: «Viva la federacion... tendréis la federacion. Satisfecho el tropel, lo dejó para dirijirse al convento de Santo Domingo y poner en libertad á Gomez Farias antiguo ministro, ardiente demócrata, que hacia tres meses se hallaba allí preso. Farias no salió solo, se hizo acompañar del ciudadano José María Alpuche é Infante, otro demócrata, preso como él, y ambos subidos en un birlocho, despues de correr el peligro de morir sofocados con la opresion de sus amigos, se vieron objeto de una de esas ovaciones populares, pequeño drama de las conspiraciones triunfantes. Esto duró poco. Las tropas permanecieron fieles al gobierno, y este incidente era de grande importancia. Las intrigas del partido levítico hicieron abortar esta insurreccion. No obstante, fué preciso entrar en la via de las concesiones: el poder se confió á los liberales. Gorostiza se encargó de los negocios estranjeros, Cortina de Hacienda, y Lebrija del Interior. Este nuevo ministerio puso en libertad á los detenidos políticos, y declaró nulas las pesquisas empezadas contra ellos; á pesar de estas medidas conciliadoras, los partidarios de la constitucion de 1824 dirijian frecuentes y serios ataques contra el presidente. Los demás partidos mas astutos se aprovecharon de ellos para separarlo de los negocios, y el hombre que habia sabido hacer olvidar la malhadada espedicion de Tejas, lisonjeando la vanidad mejicana, fué elejido para reemplazarlo. Santa-Ana, apoyándose en el partido eclesiástico cuya bandera representaba, gozando en aquellos momentos de una ardiente popularidad, debia ejercer grande influencia en la marcha de las negociaciones. Su posicion era delicada. Tenia que manejar hábilmente, y á un mismo tiempo, lo que los Mejicanos llaman *decorum*, y las antipatías de los ultrademócratas. No hay duda, que la necesidad de disponer de todo el ejército contra los federalistas, no sirvió poderosamente á abreviar el decurso y la lentitud de la diplomacia mejicana. El gabinete mostró al pronto alguna repugnancia en tratar con el almirante, so pretesto que haciendo la guerra parecia haber renunciado á su carácter pacífico. Echá-

bale en cara sus relaciones con los federalistas, y su correspondencia con el jeneral Urrea, en la cual, los hombres que ocupaban el poder eran severamente juzgados (1). Se sabia que ni una sola palabra de esta correspondencia se hubiera borrado. Fué necesaria toda la finura de M. Packenham, y sobre todo la necesidad de la paz para triunfar de la vanidad herida. El tono de la prensa oficial aun presentaba un obstáculo; los periódicos continuaban ensalzando el triunfo de San Juan de Ulúa, y ultrajando groseramente á la Francia. Cansado el almirante de tan ignoble lenguaje y tantas vulgares calumnias, amenazó con romper toda negociacion. Bien convencido el gobierno de no ser esta una vana amenaza, impuso silencio á sus torpes ajentes, y las negociaciones empezaron. Dos plenipotenciarios fueron encargados de los intereses de Méjico: estos eran el ministro Gorostiza y el jeneral Guadalupe Victoria. El almirante Baudin representaba á la Francia. Reuniéronse en Veracruz, punto que los Mejicanos no ocupaban sino con el beneplácito de este último, y bastaron dos dias para arreglarlo todo; en el tercero se hicieron las copias, y en la noche del mismo dia, el ministro de negocios estranjeros, portador del tratado, pasó á Méjico para someterlo á la ratificacion del congreso. Lo comentó ante las dos cámaras, disimulando en lo posible, cuanto contenia de desfavorable al orgullo mejicano, y aun se estendió mucho mas, esplicando las causas relativas á la indemnizacion de los seiscientos mil duros. Hízose cargo del imprudente empeño de protestar contra el sentido que podria darse á la palabra *pagar*. El gobierno, añadió, no toma esta espresion sino en el sentido de *entregar*, sin ningun reconocimiento de justicia ó injusticia por parte de las reclamaciones de la Francia. Pero semejante interpretacion no podia ser admitida; el almirante lo indicó tan luego como tuvo de ello conocimiento, y declaró que no consideraria como regularizada la ratificacion, hasta que hubiese recibido un acta en buena forma, en virtud de la cual, el gobierno mejicano renunciase todo jénero de protestas, restricciones ó reservas, ya públicas, ya secretas que pudiesen atenuar el sentido literal del tratado y entorpecer sus efectos tanto en lo presente como en lo futuro. Este lenguaje firme y franco se hizo escuchar, y sin perder correo, cinco dias despues de esta imprevista dificultad, llegaron las ratificaciones puras y sencillas desistiendo de toda protesta, y en los mismos términos que el almirante solicitaba.

Este fué el desenlace de una guerra emprendida para vengar á los Franceses de los insultos salvajes y procederes revolucionarios de Méjico: guerra, que la ceguedad y presuncion del gobierno de aquella república, sostuvieron sin viso alguno de ventaja; que paralizó su comercio, y lo hubiera completamente aniquilado, si lucha tan desigual se hubiese prolongado, y si la Francia no hubiese empleado, tanta enerjía, para dar un golpe decisivo, como para usar de moderacion despues de la victoria (1).

Vamos á dejar el Méjico volviendo contra sí mismo, las fuerzas que acababa de emplear contra los es-

(1) Estas relaciones no tenian ningun carácter hostil al gobierno establecido. Los Federalistas no participaban en verdad de las antipatias de sus adversarios contra la Francia, y nadie duda que si ellos hubiesen estado en el poder la guerra no hubiera estallado, y las desavenencias entre ambos paises se hubieran fácilmente transijido.

(1) Véase, acerca los acontecimientos de esta campaña, la relacion publicada por M. M. Blanhard y Dauzats, bajo este epígrafe San Juan de Ulúa, ó relacion de la espedicion francesa á Méjico, á las órdenes del Contra-Almirante Baudin, por los S. S. Blanchard y Dauzats, acompañada de notas y documentos con una reseña jeneral sobre el estado actual de Tejas por M. E. Maissin, teniente de navío, ayudante de campo del almirante Baudin, publicada de órden del Rey, bajo los auspicios de M. el baron Tupinier, á la sazon ministro de marina. Paris, Gide, Editeur 1 vol. gran in 8.° avec de nombreuses vignetes.

Me he dedicado muy á menudo á la lectura de esta obra llena de hechos curiosos y de documentos oficiales.

tranjeros, y decidir con las armas, cual de los dos grandes partidos en que se divide el pais obtendrá el poder. Esta guerra civil dura tres años hace, con ventajas de partidos diversos, y es de temer que su resultado no sea otro, que el de dar mas influencia al ejército y hacer imposible un gobierno estable. Mas, sea de ello lo que fuere, los acontecimientos que se han sucedido en Méjico en estos últimos tiempos, no pertenecen todavía á la historia (2).

(2) Para esta historia de Méjico hemos consultado las obras siguientes:

BARCIA. Historiadores primitivos, 3 vol. in fol.

GOMARA. Crónica de la Nueva España 1554.

SAHAGUN. Historia del antiguo Méjico (en español) en el 5.° y 7.° vol. de la coleccion de Aglio.

TORQUEMADA. Monarquía Indiana 3 vol. in fol.

CORTES. Carta 2, 3 y 4 de la relacion enviada á la Sacra Majestad del emperador N. S. por el capitan jeneral de la Nueva España.

D. Fernando Cortés. (en el 1. vol. de los historiadores, prim. de Barcia.)

Las mismas cartas publicadas en 1790, con notas y adiciones, por el arzobispo Lorenzana, bajo el título de « historia de Nueva-España etc. etc. 1. vol. in fol. El comentario de Lorenzana ha sido vigorosamente criticado por Clavijero, y con fundamento.

HERRERA. Historia jeneral de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano 4 vol. in fol.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO. Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España, in fol.

LAS CASAS. Brevísima relacion de la destruccion de las Indias, 1552 in fol.

GARCIA. Orijen de los Indios del Nuevo Mundo 1 vol. in fol. 1729.

HORNK. De Orijinibus Americanis 1552 in 8.°

IXTLILXOCHISL. Histore des Chichimèques, ou des anciens rois de Texcuco, traduit sur le manuscrit espagnol, par H. Terraux-Compans, 2 vol. in 8.°

EL MISMO. Cruantes horribles des Conquerants de Mexique etc. publié en Espagnol par Ch. M. Bustamante et traduit par H. Ternaux, 1 vol. in 8.°

TERNAUX-COMPANS. Recueil de pieces relatives á la conquète du Méxique 1 vol. in 8.°

EL MISMO. Segond recueil de pieces sur le méxique 1 vol. in 8.°

SOLIS. Historia de la conquista de Méjico 1 vol. in fol. 1704.

BOTURINI. Idea de una nueva historia de la América septentrional 1 vol. in 4.° 1746.

CLAVIJERO. Storia antiqua del Méjico 4 vol. in 4.° 1780. (El mejor trabajo acerca del antiguo Méjico.)

M. de Humboldt, vues des Cordilleres et monuments des peuples indijénes de l' Amérique 1 vol. grand. in fol.

BARADERE WARDEN ETC. ETC. Antiquités mexicaines, comprenant la relation des trois expeditions du Capitaine Dupais en 1805, 1806 et 1807 etc. etc. Paris 1834 et années suiv. 2 vol. in fol.

NEBEL. Voyage pittoresque et archéologique dans le Méxique 1835, 1 vol. in fol.

ICAZA Y GONDRA. Coleccion de las antigüedades mejicanas que existen en el museo nacional. Litografiadas por F. Waldeck in fol. 1827, 1835.

AUGUSTINE. Aglio, Antiquities of México, etc. 7 vol. imperial in fol. Lond. 1829.

Esta esplendente obra, publicada á espensas de lord Kingborough reune todas las pinturas jeroglíficas mejicanas conservadas en las bibliotecas de Paris, de Berlin, de Dresde, de Viena, del Vaticano, de Bolonia, de Oxford, del museo Borjia, como así mismo las colecciones de Dupaix, y los monumentos de la América de M. de Humboldt. La coleccion de Mendoza de la cual Purchas y Thevenot habian dado una parte, se encuentra allí reproducida, con un cierto número de láminas nuevas, entre otras las relativas á las tribus que Lorenzana habia ya publicado aunque muy inexactamente. La ejecucion de todas estas pinturas es admirable, y fuera de comparacion con los antiguos diseños conocidos. Van acompañadas de las sabias observaciones de M. de Humboldt; de los comentarios de Dupaix, y de un gran número de notas y análisis detallados. Hállase en el 5.° volumen la parte de la historia de Sahagun, que trata de la retórica de la filosofia de la moral y de la relijion de los Mejicanos. El resto de la historia del sabio Franciscano está impresa en el 7.° volúmen. El 6.° encierra una estensa memoria de lord Kingsborough, que tiende á establecer, que los judíos en tiempos remotos colonizaron la América. (Esta opinion se habia adelantado ya por Tomás Thorowgood en su obra publicada en Lóndres en 1650, con el título de: Jews in Americæ or probabilities that the Americains, are of that race, 2.ª edition aug, 1660.)

GAJE. New Survey of the west Indies, 1648 et 1655, in fol. et 1677, in 8.°

ROBERSTSON. History of América, nouv. édit. 1800 ou 1812, 4 vol. in 8.°

Humboldt. Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne, 2 edit. Paris 1827.

Méjico and Guatemala, 2 vol. in 18 Formant les 11, 12, 13 et 14 parties du Modern Travellers.

BULEOC. Le Mexique en 1823, ou relation d' un voyage dans la Nouvelle-Espagne, trad. de l' Anglais, 2 vol. in 8.° et atlas 1824.

BELTRAMI. Le Méxique 2 vol. in 8.° Paris 1830.

Lion. Journal of a residence and Tourin, the republic of México, London 1828, 2 vol. in 8.°

H. G. Ward. México during the years 1825. and part. of 1827, second edit. enlarged, 2 vol. in 8.° fig.

Poinsett. Notes on México, by a citizen of united States, 1 vol. in 8.° 1824.

Robinson. Memoirs of the Mexican, revolution, 2 vol. in 8.°

Bustamante. Cuadro histórico de la revolucion de Méjico.

Mendibil. Resumen histórico etc. London 1828, (Es un estracto del precedente.)

El Español. Lond. 1810, 1815, 8 vol. in 8.°

Memoires autographes de D. Augustin Iturbide ex-empereur du Méxique, trad. de l'anglais de M. J. Quin, par Parisot. Paris 1824, 1 vol. in 8.°

Michel Chevalier, lettres sur le Méxique publieés dans le journal des Debats números des 20 juillet, 1, 7 et 15 aout. 1837.—Estas cartas escritas en los mismos paises en 1835, por uno de nuestros mas profundos publicistas; sabio tan distinguido, como escelente observador; nos muestra esta grande rejion en las diferentes épocas de su historia. Los resultados de la conquista, y la obra de la colonizacion española son allí observadas bajo un nuevo carácter, y el estado del pais, á que le ha traido la revolucion, aparece en el mas triste aspecto, aunque por desgracia muy cierto.

A visit to Texas, New-York, 1834.

Texas. Observations hist. and geog. during à visitta austin's colony in the autumn 1831. Baltimore 1833.

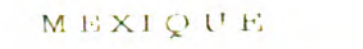
Frederie. Leclerc, le Tejas et sa revolution, 1 vol. in 8.°

Paris 1840. Escelente obra llena de noticias curiosas y de notas nuevas.

Henri. Fournel, coup d'œil historique et statistique sur le Texas. Paris 1841, 1 vol. in 8.°

W. Kennedy. The rise progress and. prospect of the, republic of Texas, Lond. 1841.

FIN DE MÉJICO.



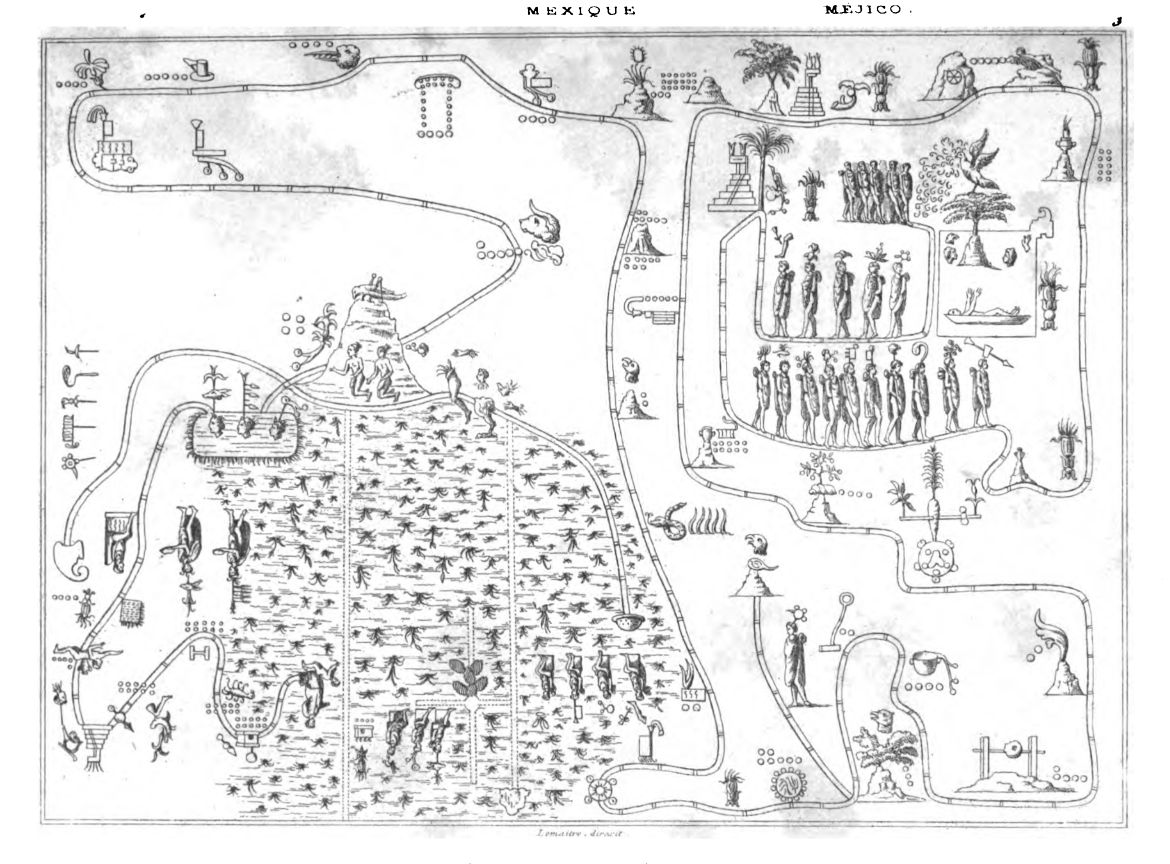
Vanderburch. del. Lemaitre direxit. Ch. Lalaisse Sc.

Coffre de Perotte. Cofre de Perote.



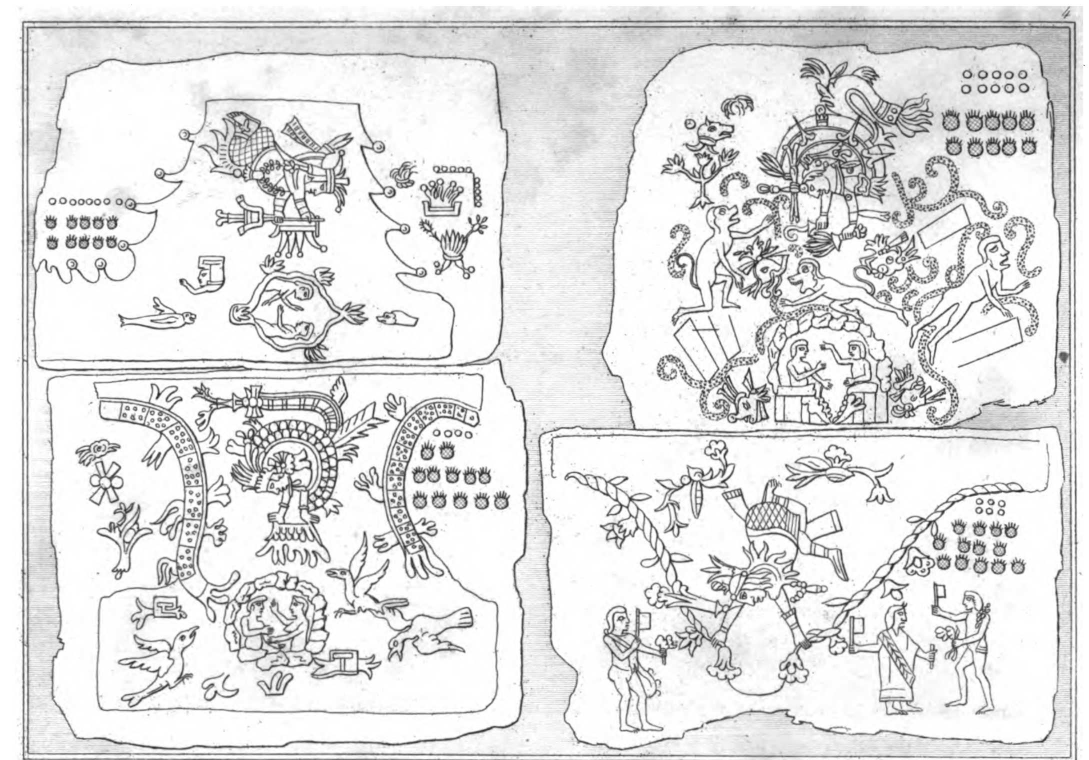
Arnout, del. Lemaître, direxit

Pyramide de Cholula. Pirámide de Cholula.



Migration des Aztèques. Migration de los Aztecas.

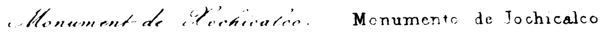
MEXIQUE MÉJICO.



Lemaitre direxit.

Époques de la Nature chez les Mexicains.

Epocas de la Naturaleza entre los Mejecanos.



Nebel del. Lemaitre direxit. Chelet Sc.

Monument de Xochicalco. Monumento de Jochicalco.

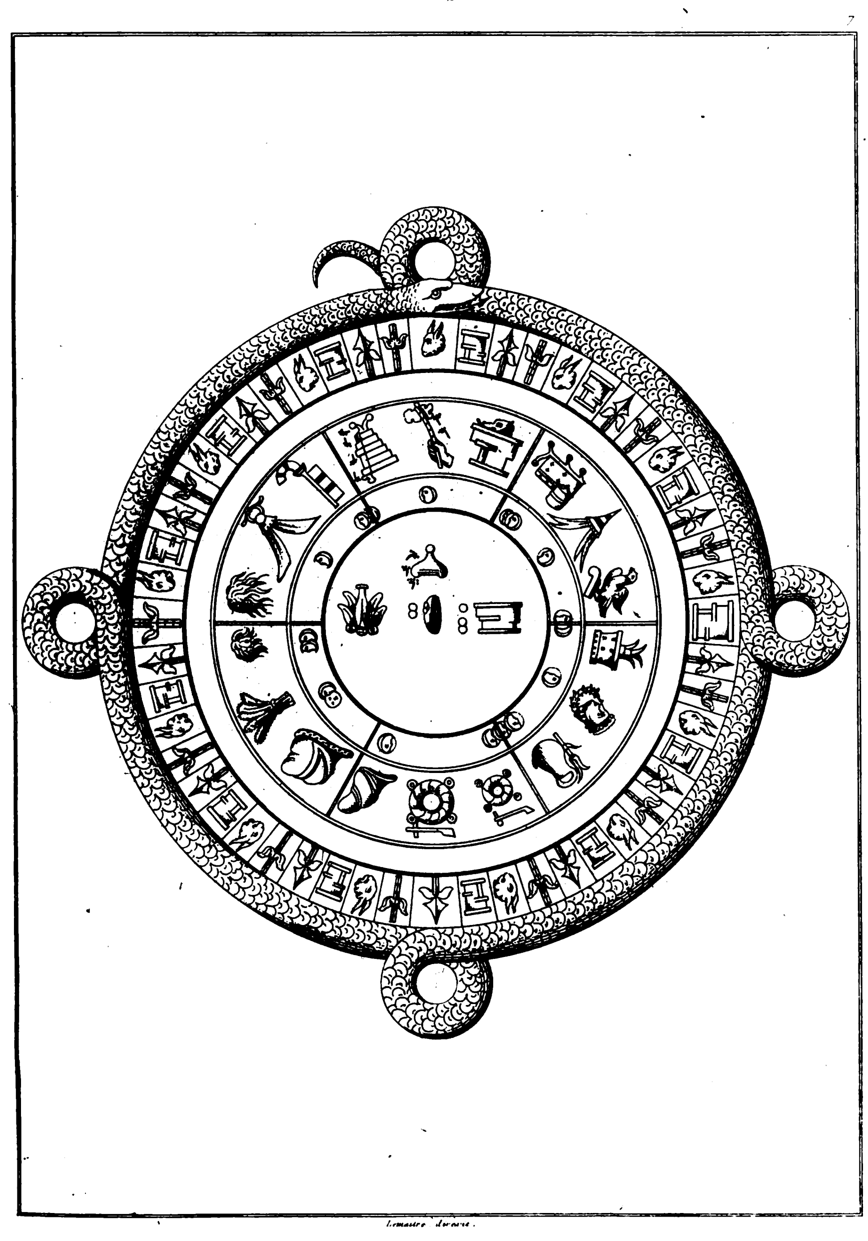


Lemaitre, direxit.

Calendrier Mexicain.

Calendario Mejicano.

7

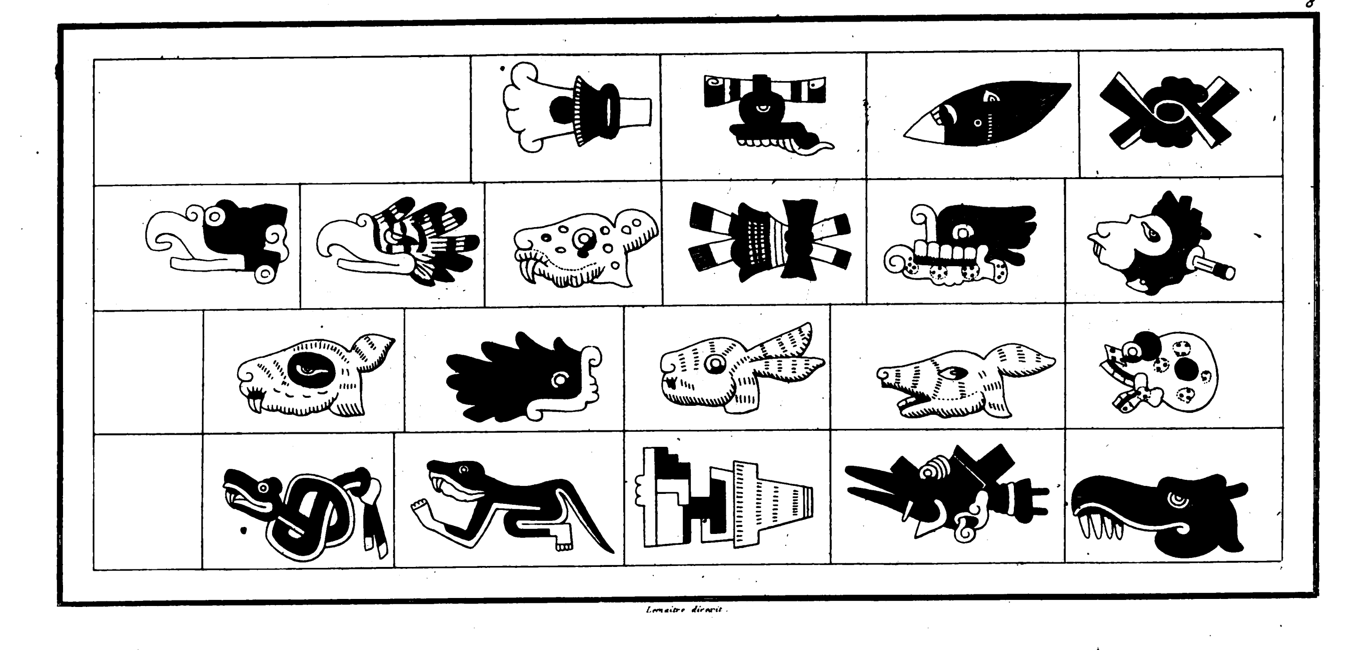


Lemaitre direxit.

Année Mexicaine.

Año Mejicano.

8

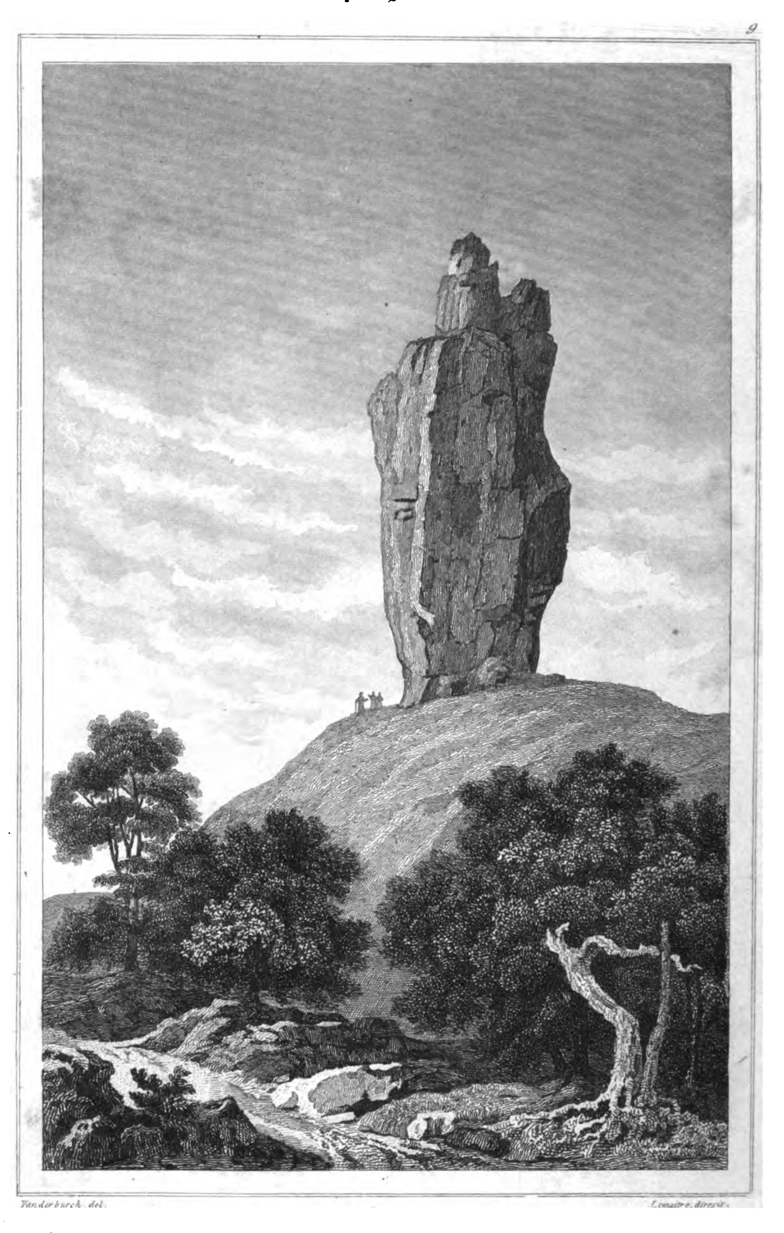


Lemaitre direxit.

Signes hiéroglyphiques des jours de l'almanach mexicain.

Signos hieroglíficos de los dias del calendario mejicano.

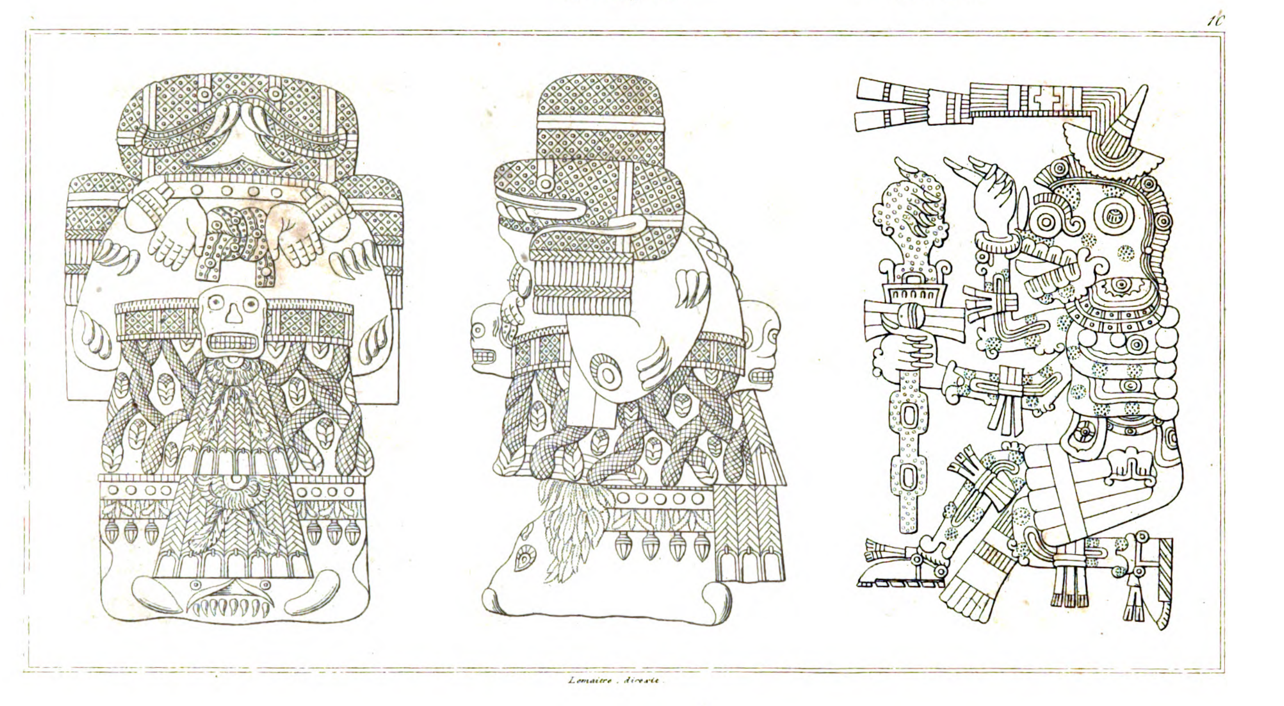
MÉJICO.
MEXIQUE.



Montagne des Organos.

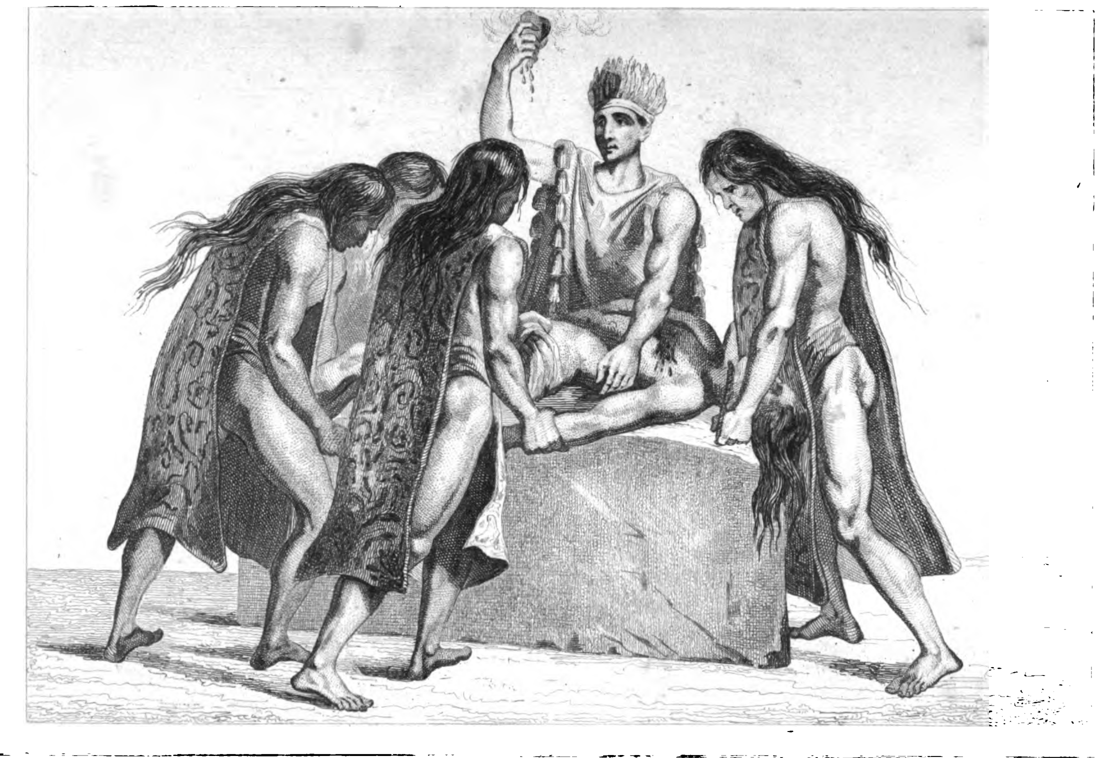
Montaña de los Órganos.

MEXIQUE. MÉJICO.



Lemaitre, direxit.

Idoles.



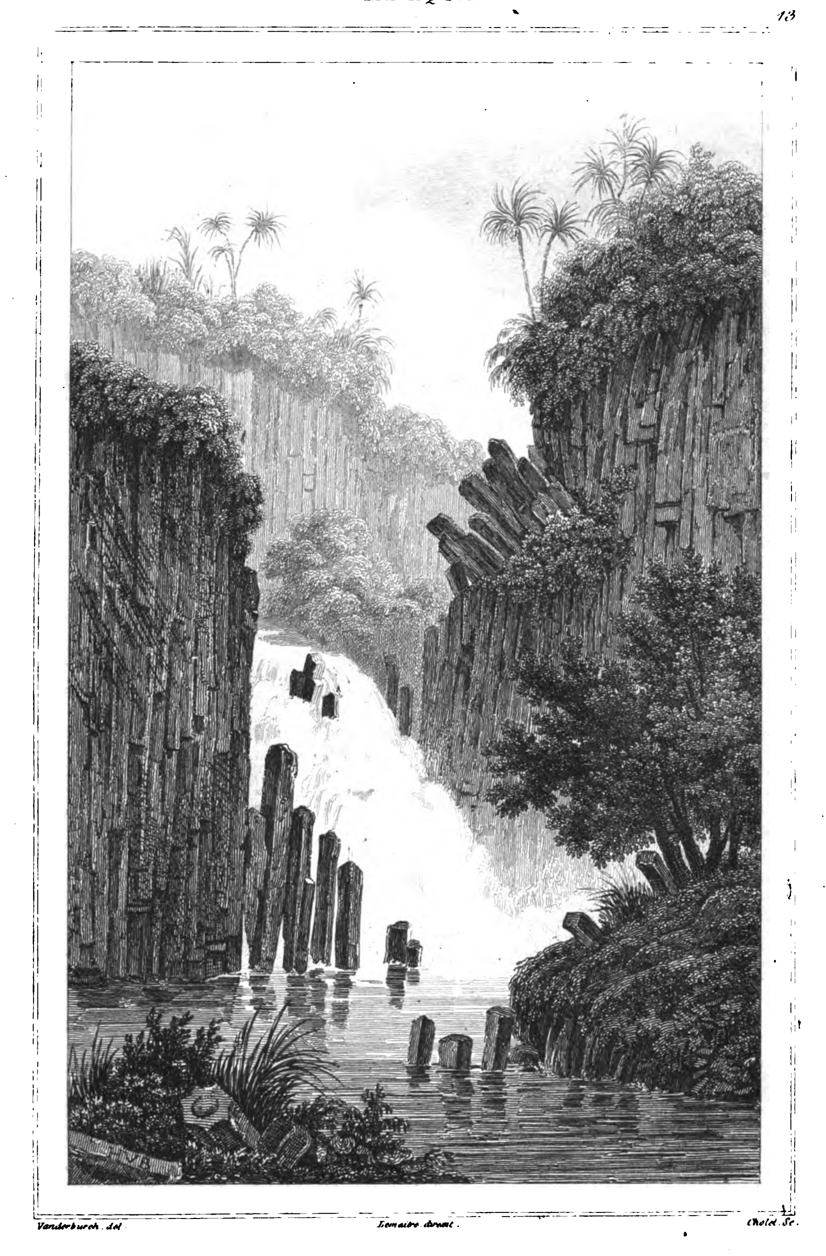
Vernier del. Lemaitre direxit. Monnin Sc.

Sacrifice ordinaire. Sacrificio ordinario.



Vernier, del. Lemaitre, direxit. Monnin, Sc.

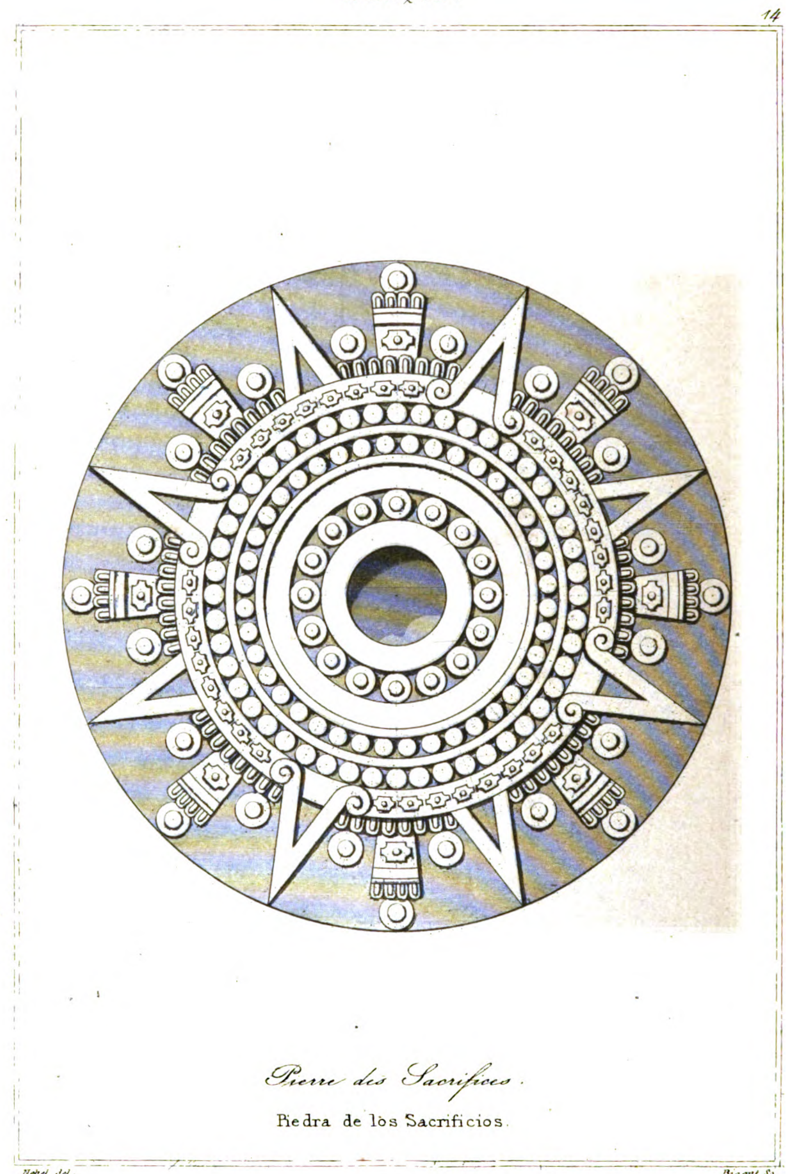
Combat de Gladiateurs. Combate de Gladiadores.



Vanderburch. del. Lemaitre direxit. Chollet. Sc.

Cascade de Regla.

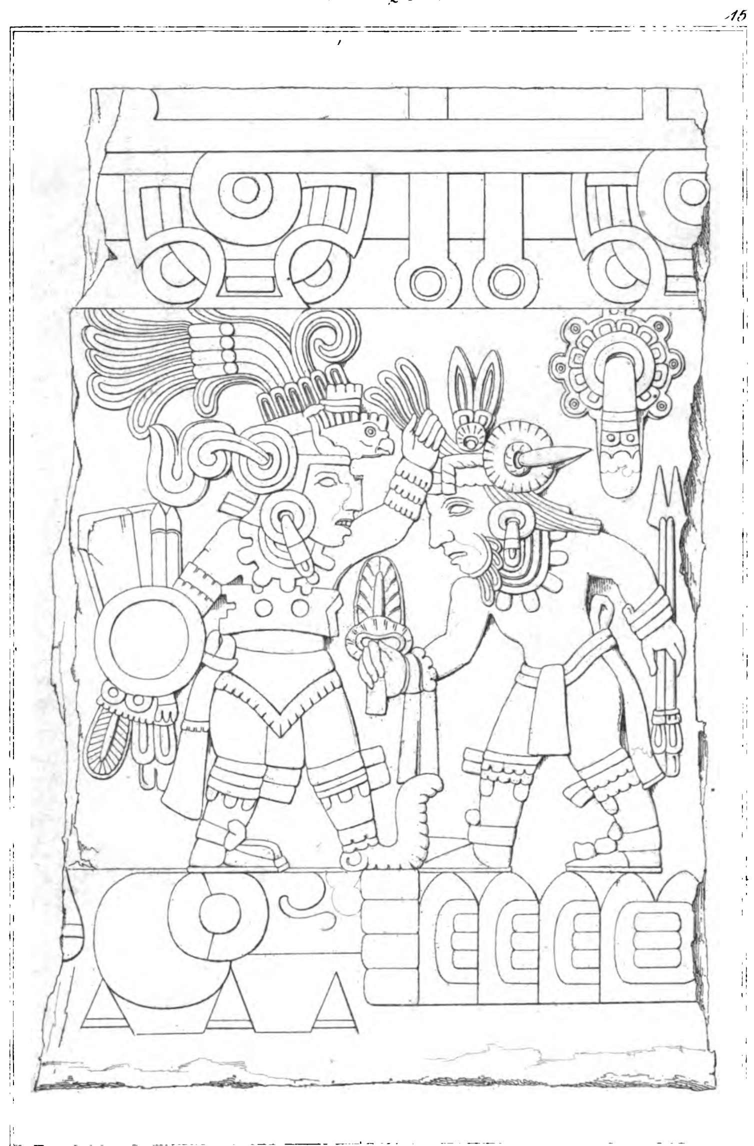
Cascada de Regla.



Pierre des Sacrifices.

Piedra de los Sacrificios.

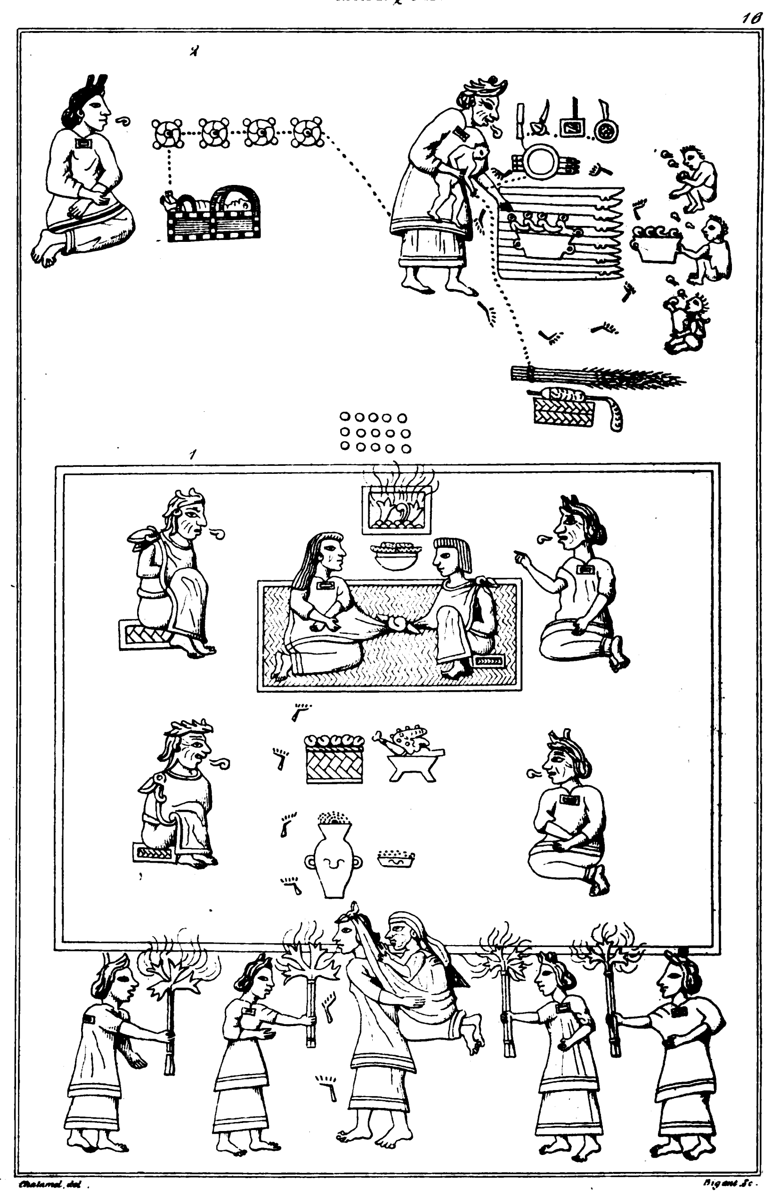
Nebel del. Bigant Sc.



Nebel del. Pigant Sc.

Bas-relief Aztèque de la pierre des Sacrifices.

Bajo relieve Azteca de la Piedra de los Sacrificios.



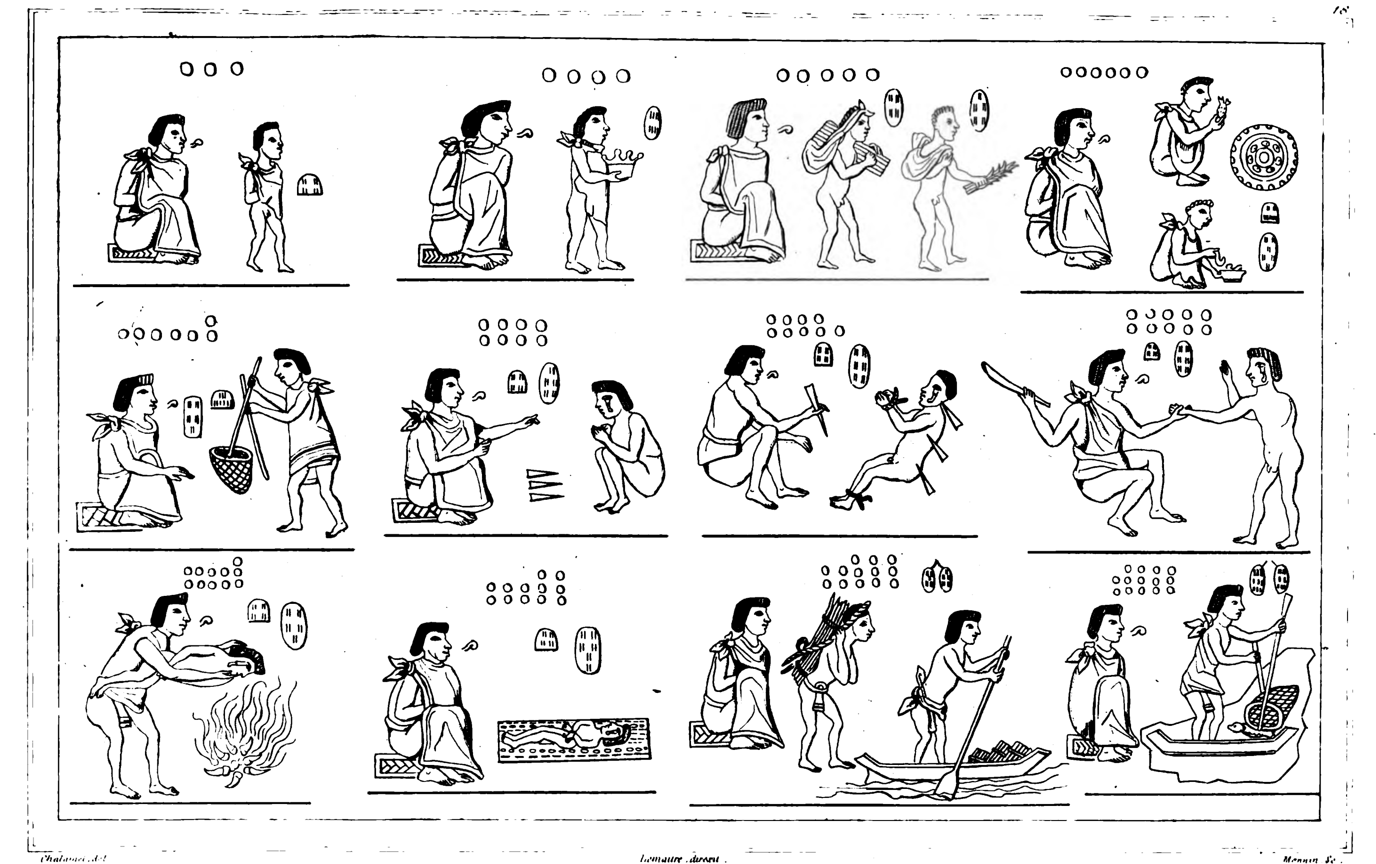
Chalamel del. Bigant Sc.

1. Mariage. 2. Naissance.

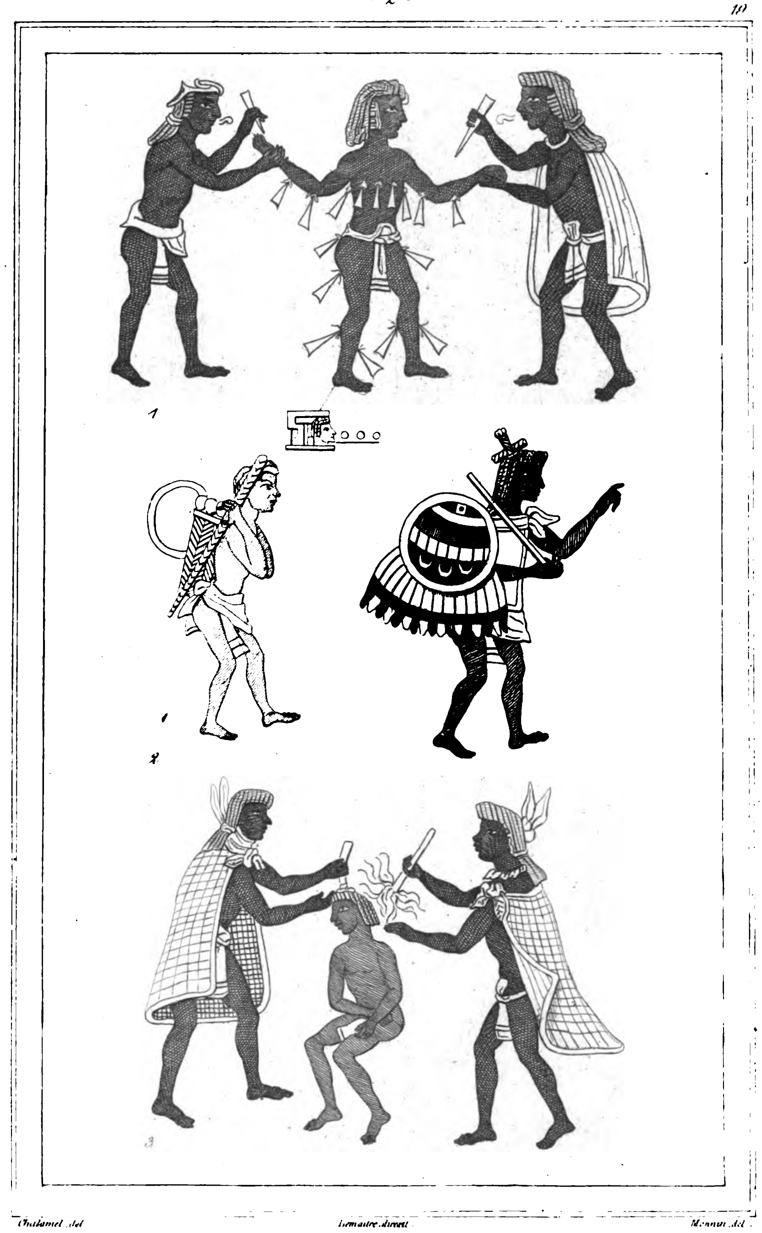
1. Casamiento 2. Nacimiento.

Arnout, del. Lemaitre, direxit. Cholet, Sc.

Volcan de Jorullo. Volcan de Jorullo.



Chalamet del. Lemaitre direxit. Meunier Sc.

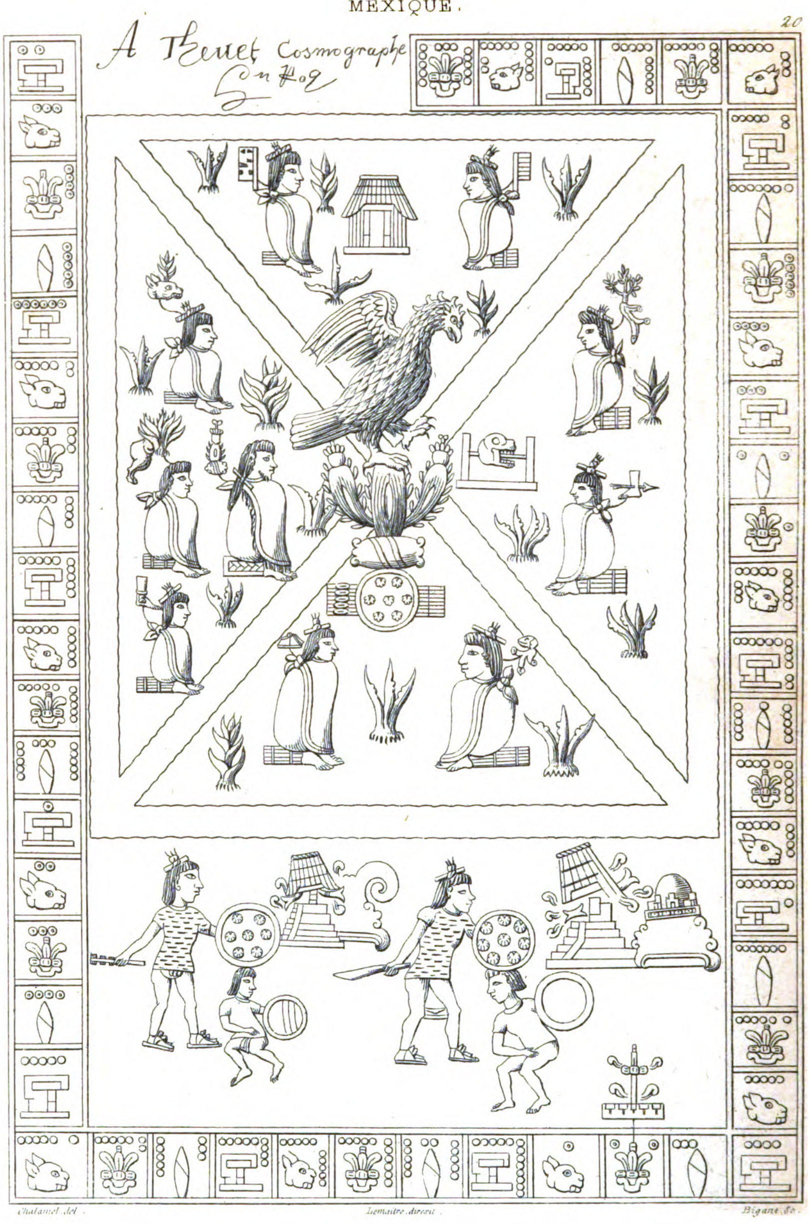


Chalamel del. Lemaitre direxit. Monnin del.

Education.

Educacion

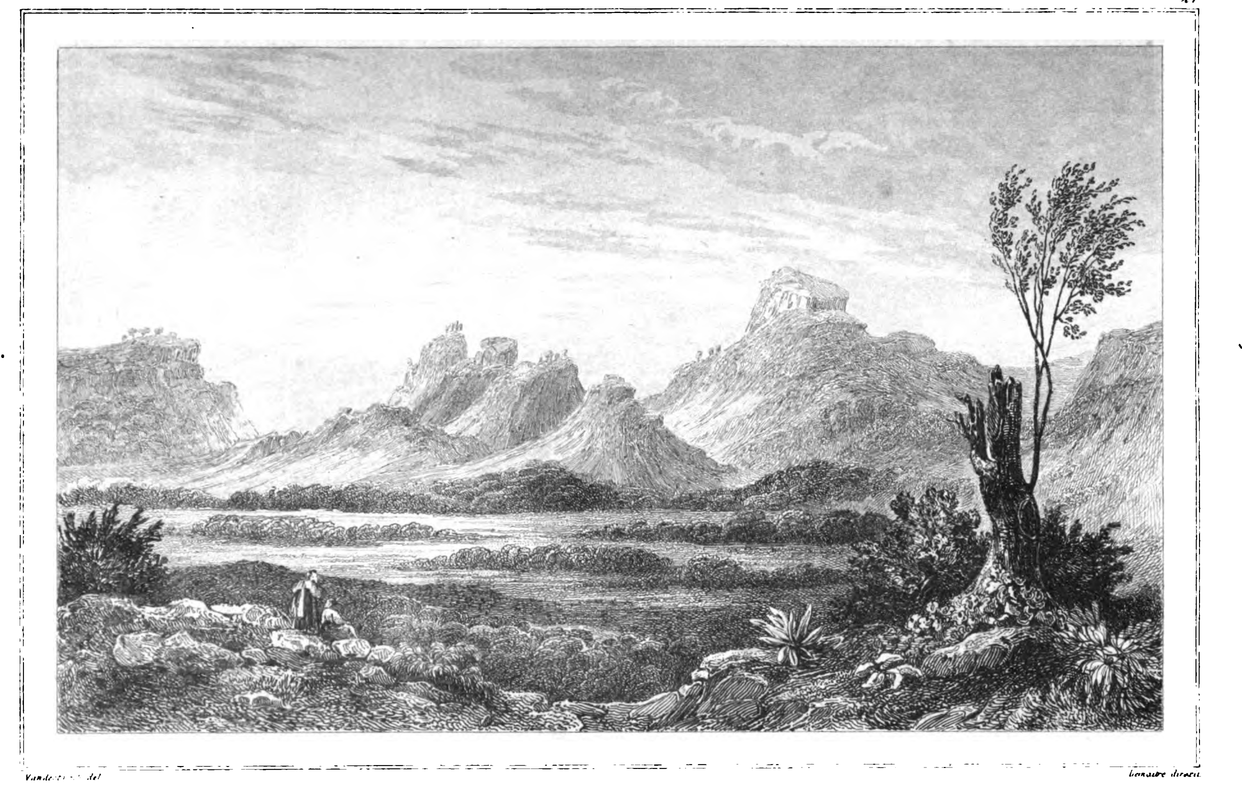
20



Chalamel del. Lemaitre direxit. Bigant Sc.

Topographie symbolique de Mexico.

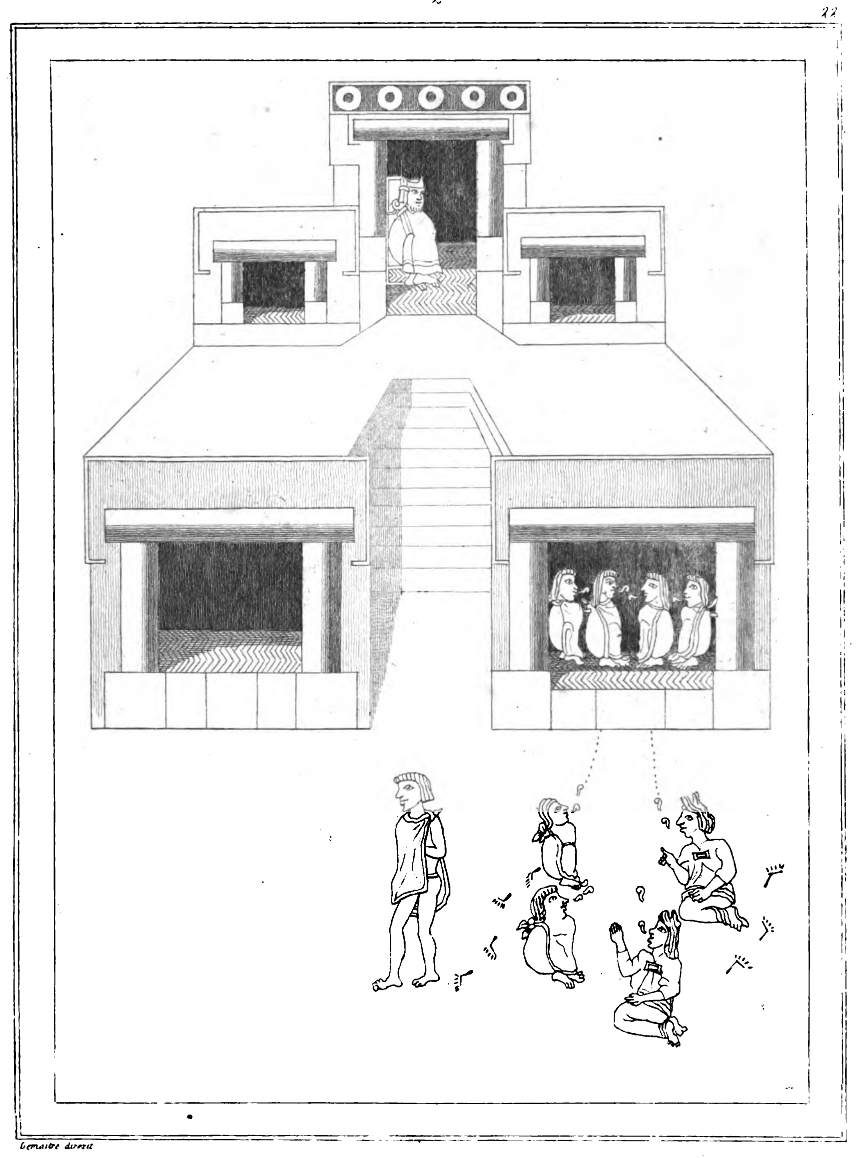
Topografiá simbólica de Méjico.



Vandertin del. Lemaître direxit.

Montagnes de Porphyre Colonnaire du Tacal.

Montañas de Pórfiro Colunario del Tacal.



Lemaitre direxit

Montezuma sur son Trône.

Montezuma en su Solio.

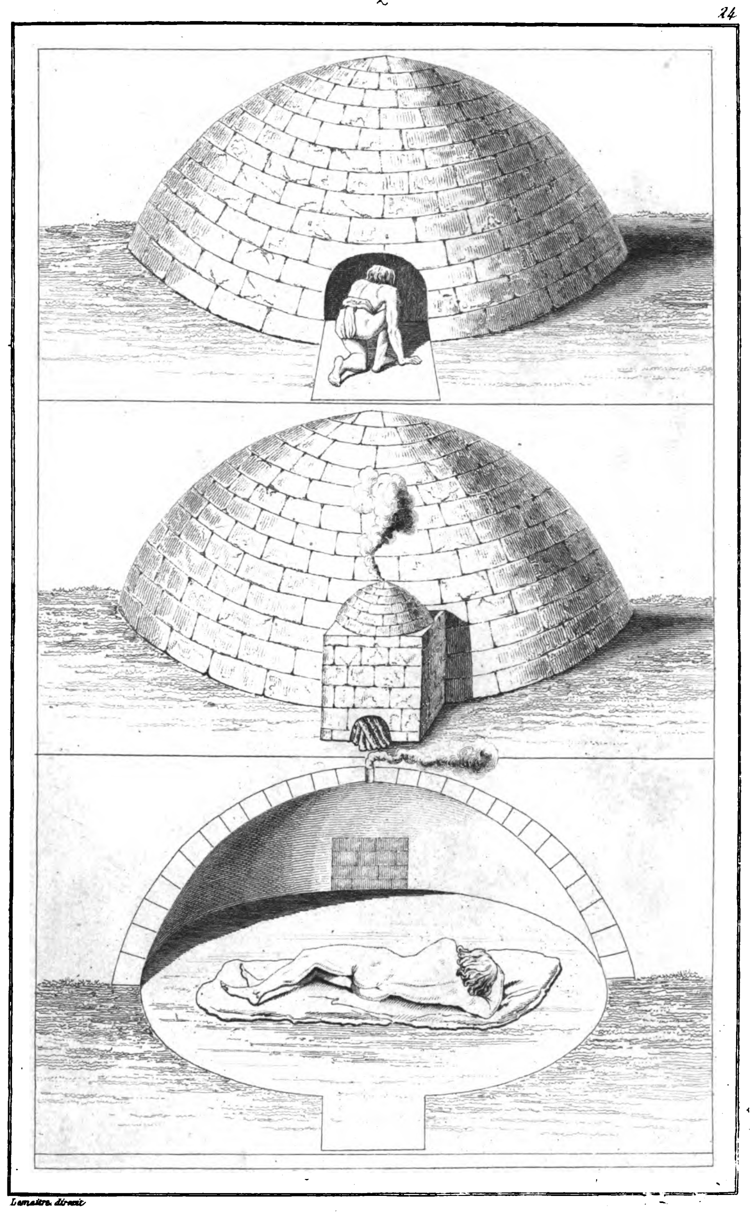


Guerriers & Prisonniers.

Guerreros y Prisioneros.

MÉJICO.
MEXIQUE.

24



Lemaître direxit

Bains de Vapeur Mexicains.

Baños de Vapor Mejicanos.

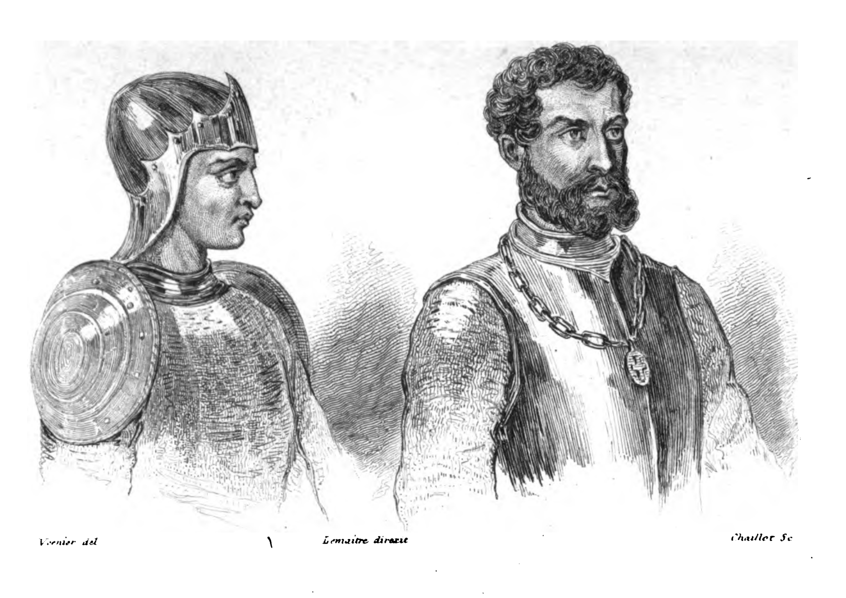
CONQUÉRANTS DU MEXIQUE.



Cortès. Cortès

Sandoval. Sandoval.

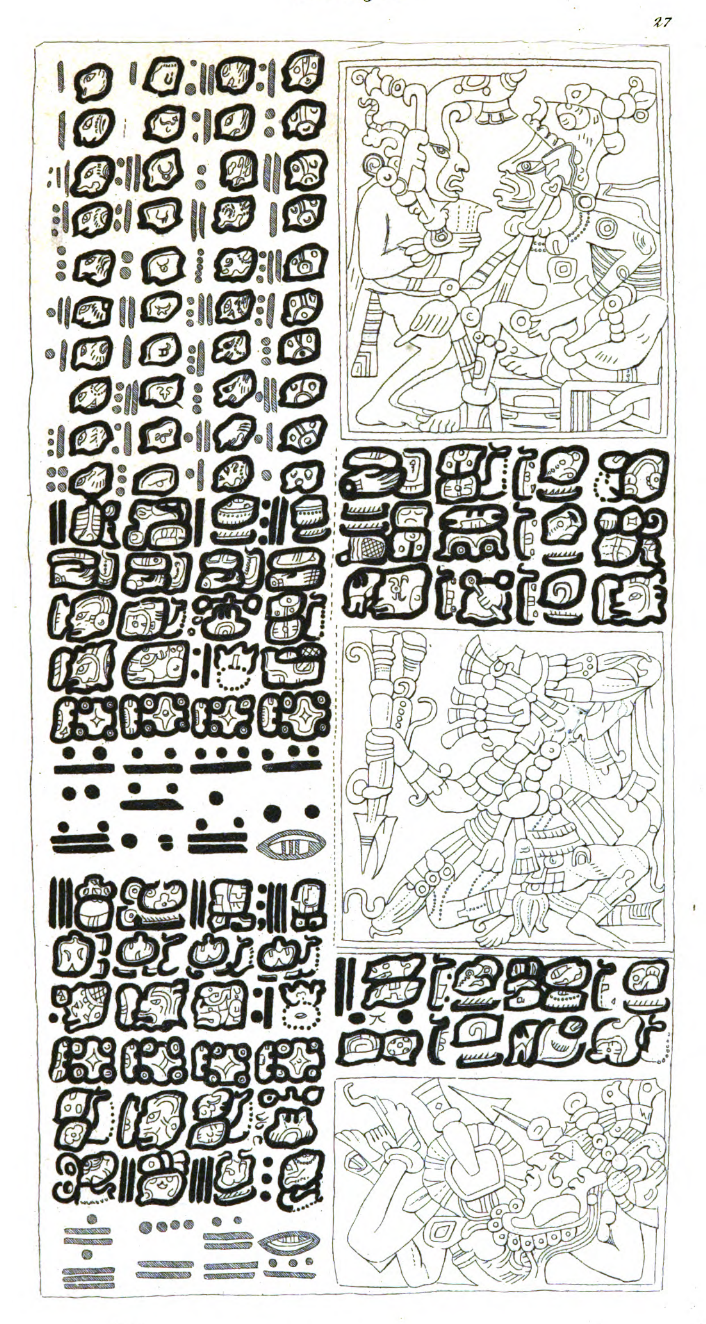
CONQUÉRANTS DU MEXIQUE



Vernier del — Lemaitre direxit — Chaillot Sc

Olid. — *Alvarado.*

Olid. — Alvarado.



Manuscrit Azteque.

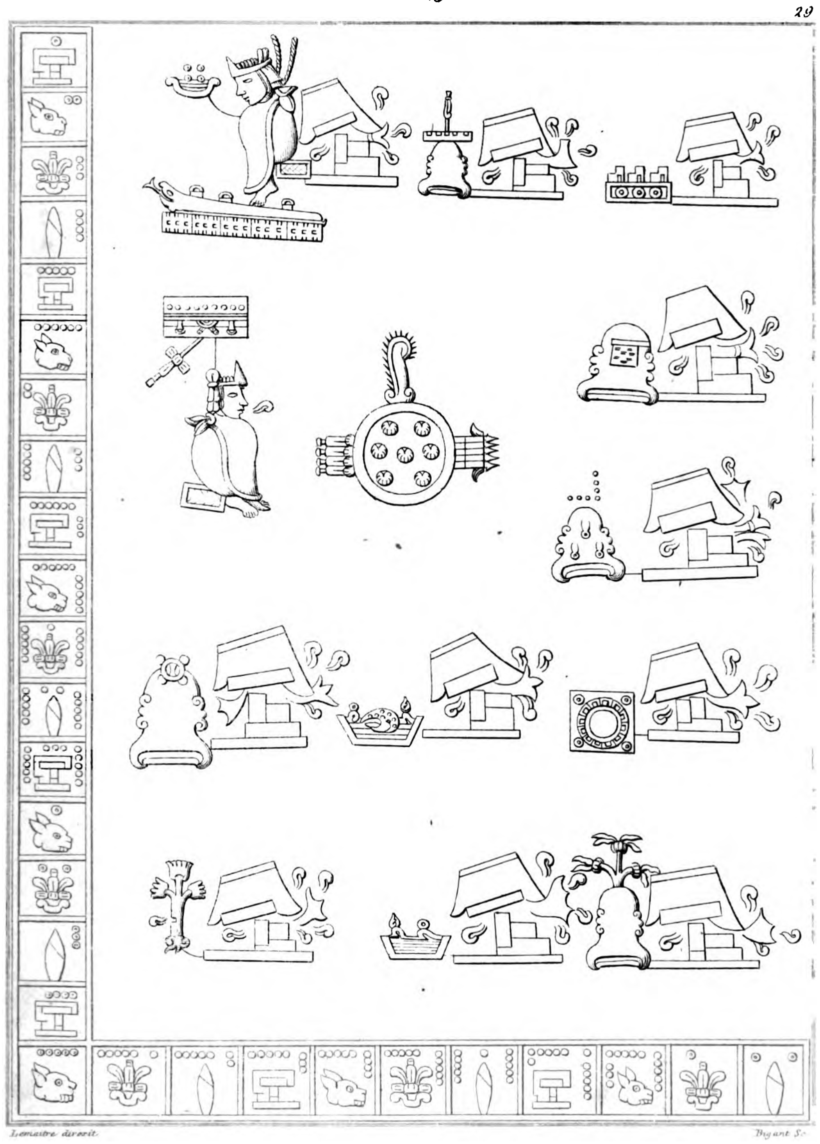
Manuscrito Azteca.



Lemaître direxit — Monnin Sc.

Buste d'une Prêtresse Aztèque.

Busto de una Sacerdotisa Azteca.

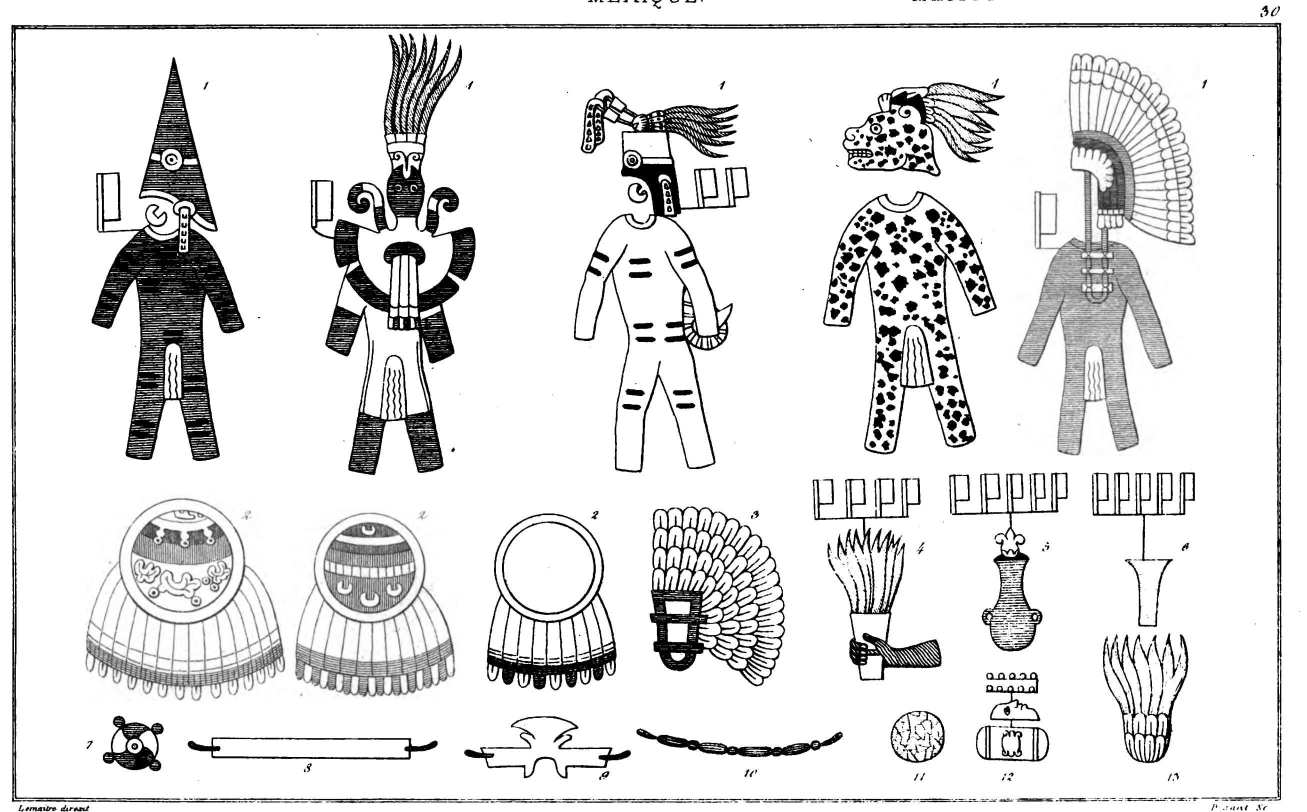


Lemaitre direxit.

Bigant Sc.

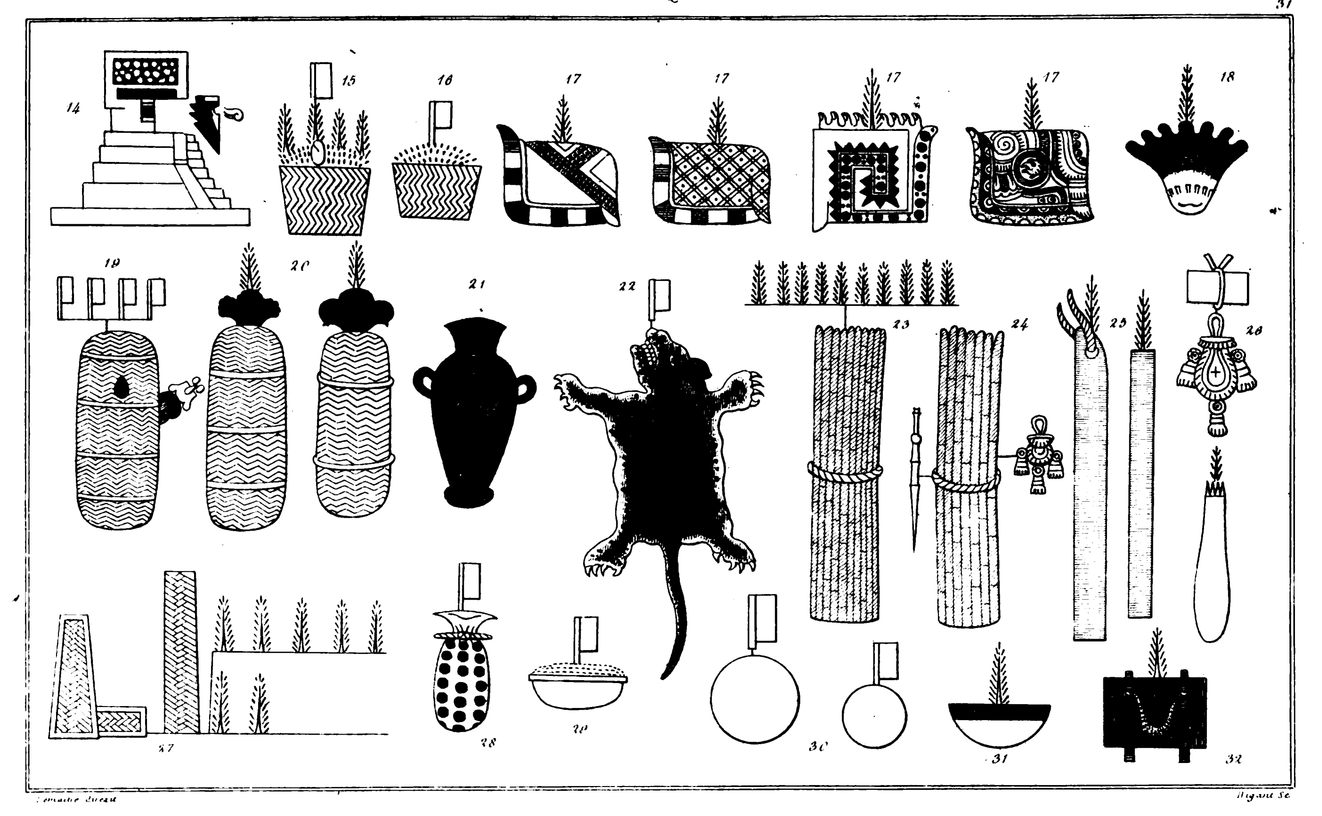
Regne de Montezuma.

Reinado de Montezuma.



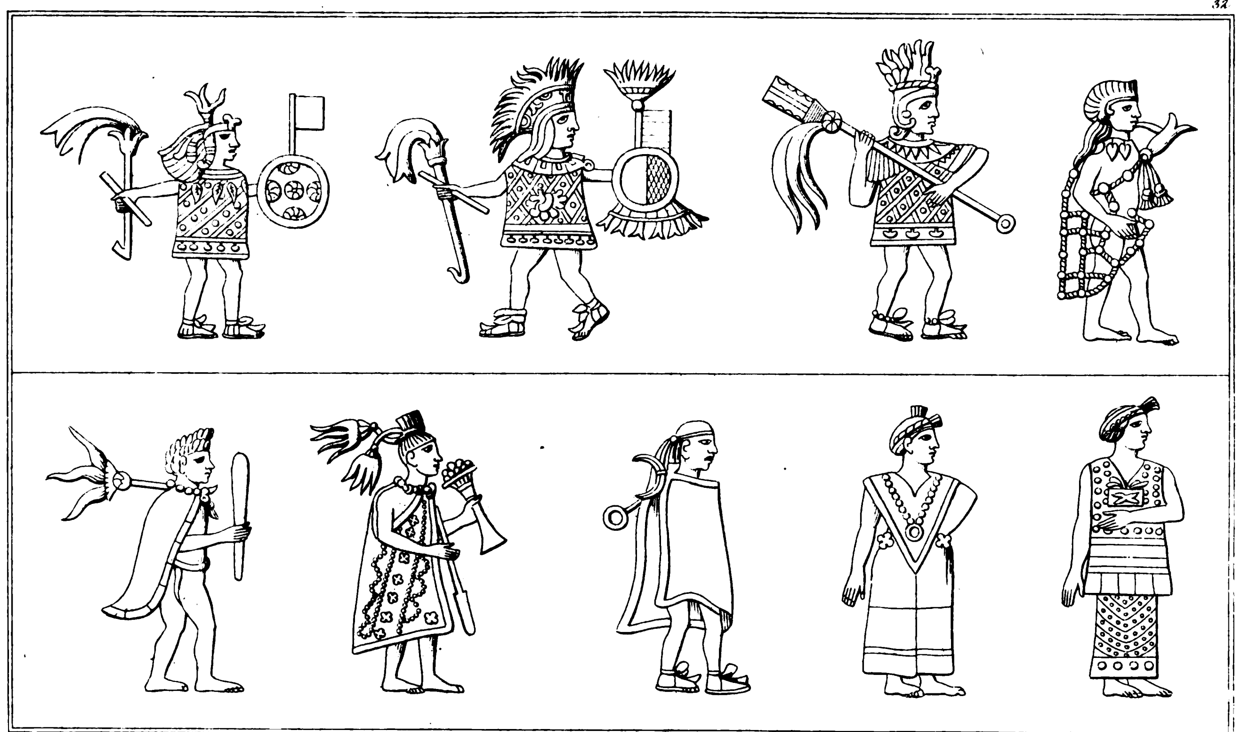
Lemaitre direxit

P...ant Sc



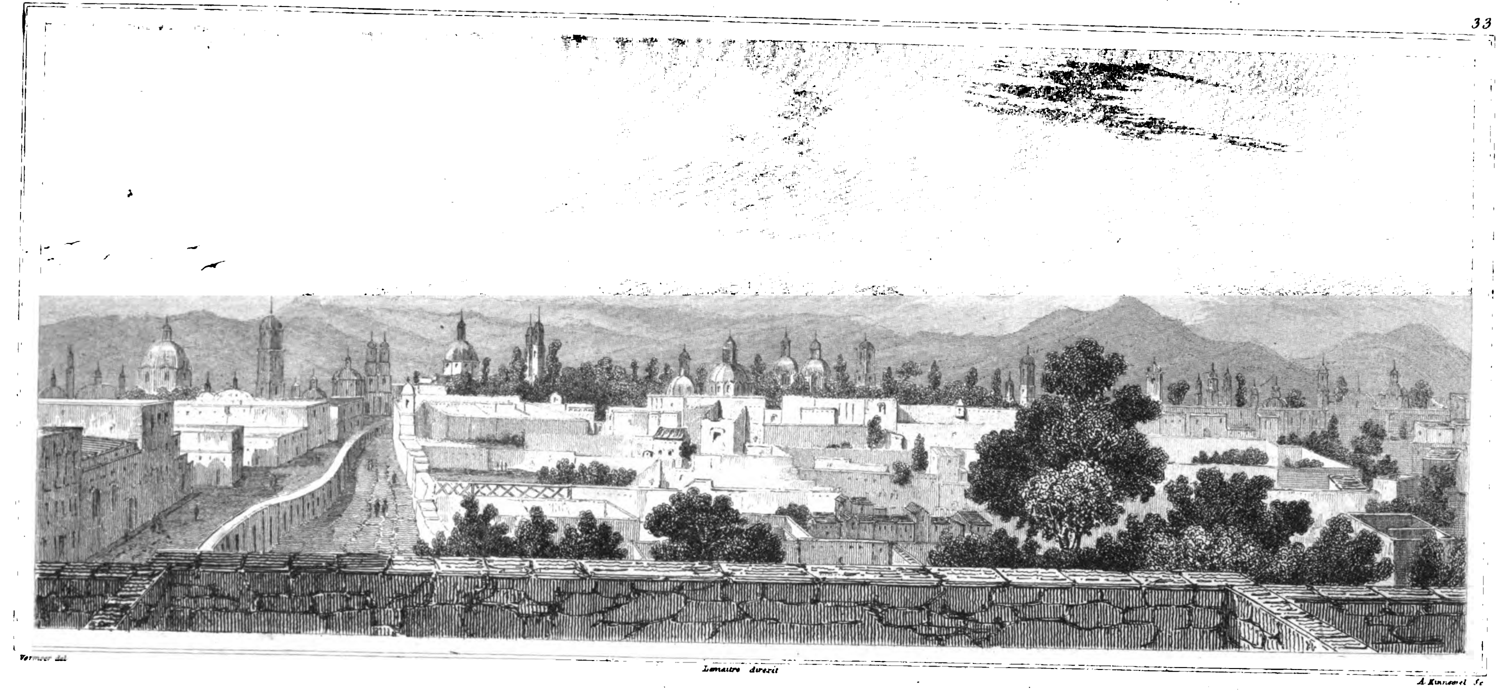
Lemaître direx. Bigant Sc.

Tributs Tributos



Lemaitre direxit Vigan Sc.

Costumes dessinés par des Peintres du temps de Montézuma.



Vermeer del. Lemaitre direxit A. Kinnewel Sc.

Vue générale de Mexico.

Vista general de Méjico.



Vormser del — Lemaitre direxit — Lepetit Sc

Guanaxuato.

Guanajuato.



Arnout del. Lemaitre direxit. Traversier Sc.

Place de Mexico.
Plaza de Méjico.



Vormser del. Lemaitre direxit. Lepetit Sc.

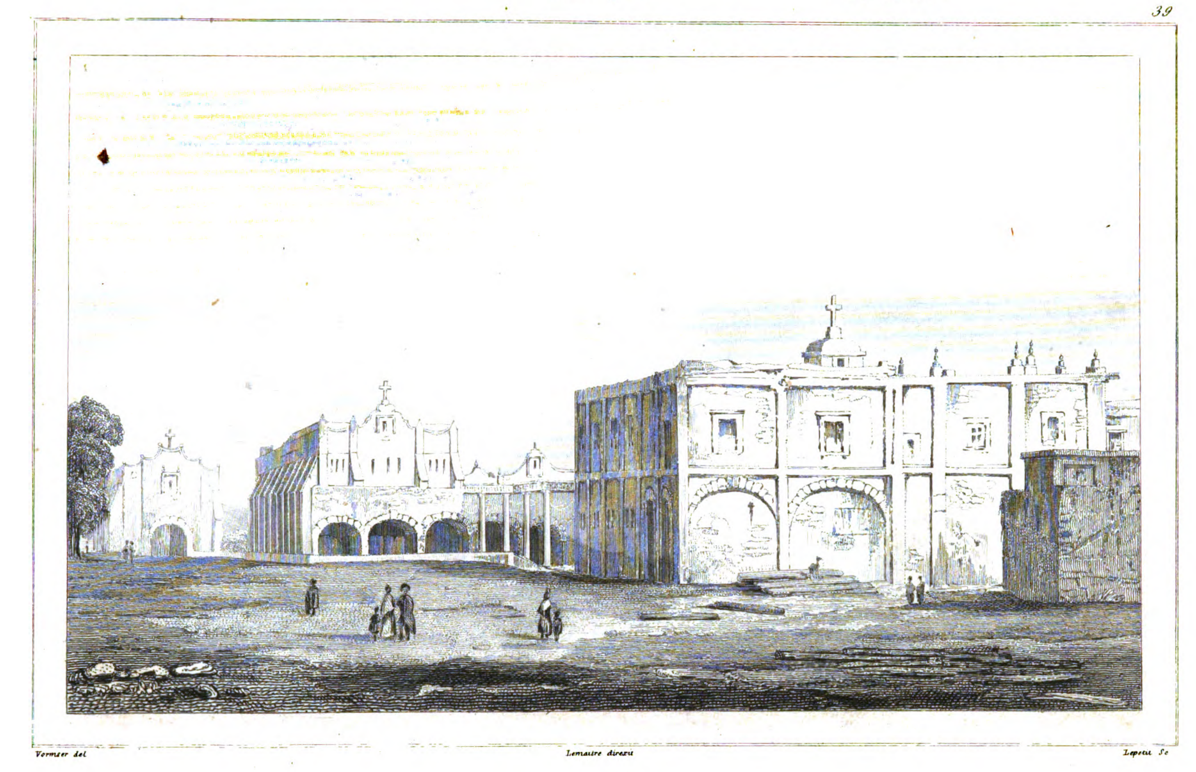
Puente del Rey.

Puente del Rey.



Vormser del. Lemaitre direxit. Ales Sc.

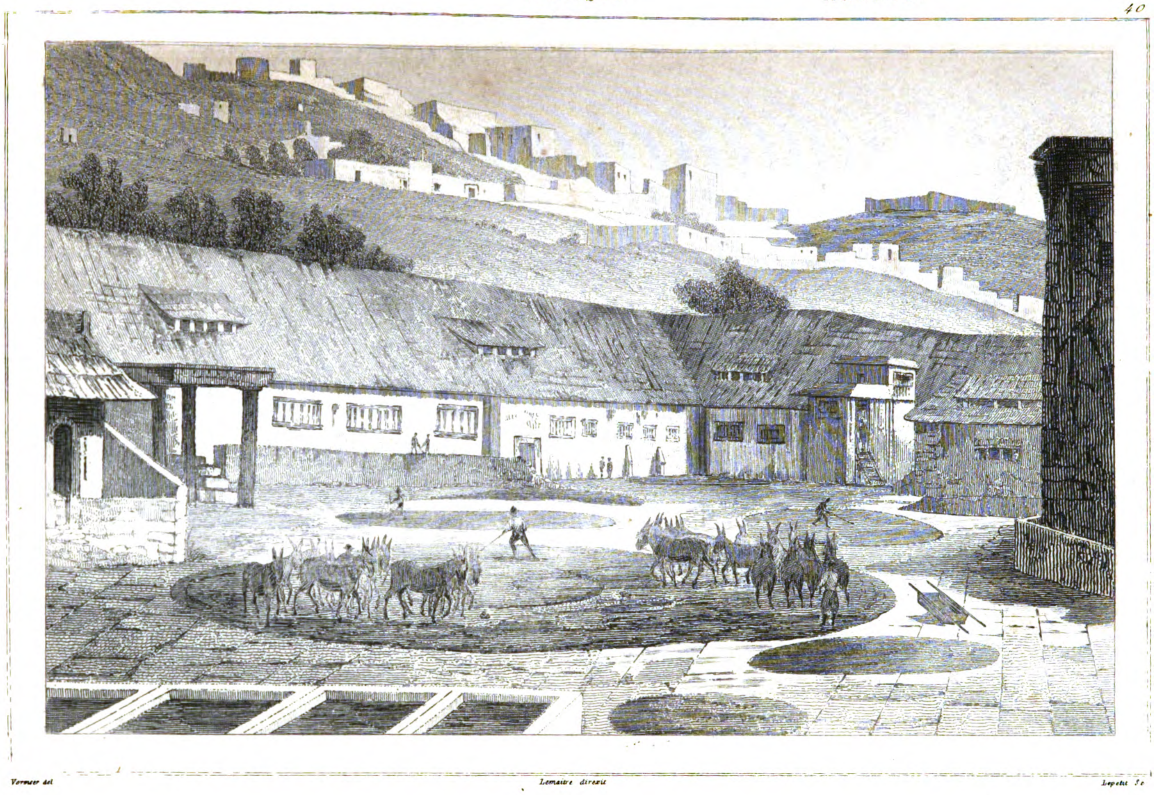
Jalapa. Jalapa.



Vormser del. Lemaitre direxit Lepetit Sc.

Ferme de Chapingo.

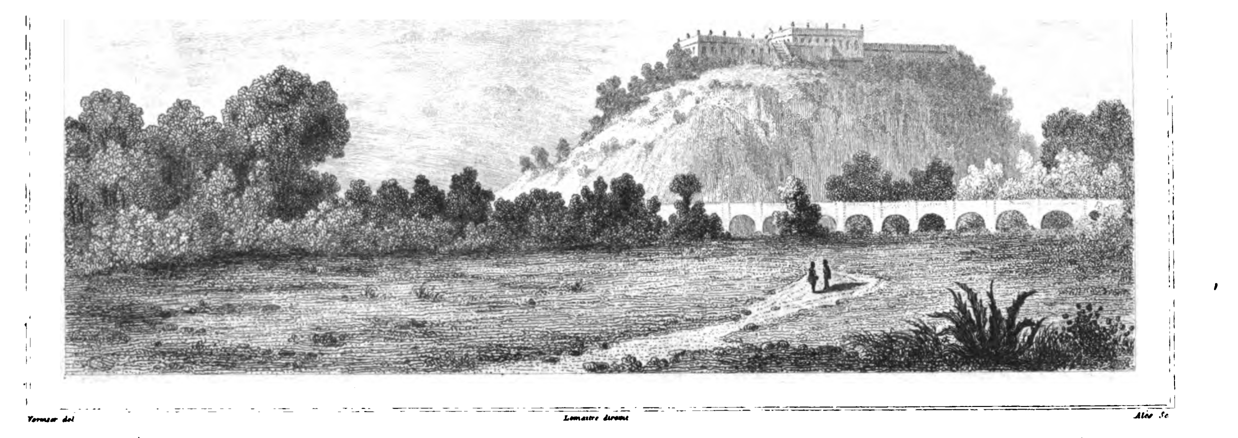
Granja de Chapingo.



Vernier del. Lemaitre direxit. Lepetit Sc.

Cour de la Ferme de Salgado.

Patio de la Granja de Salgado.



Vernier del. Lemaitre direxit. Alés Sc.

Chapoltepec. Chapoltepec.



Vernier, del. Lemaitre, direxit. Alès, sc.

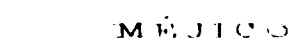
Montagne de Catorce. Montaña de Catorce.



Vormser, del. Lemaitre, direxit. Lepetit Sc.

Eglise Collégiale. Iglesia Colegial.

MEXIQUE. MÉJICO.



Indiens. Indios.



Lemaitre direxit. Chaillot. Sc.

Mexicains. Méjicanos.



Gaucherel del. Lemaitre direxit.

Tombeaux des Rois.

Sepulcros de los Reyes.

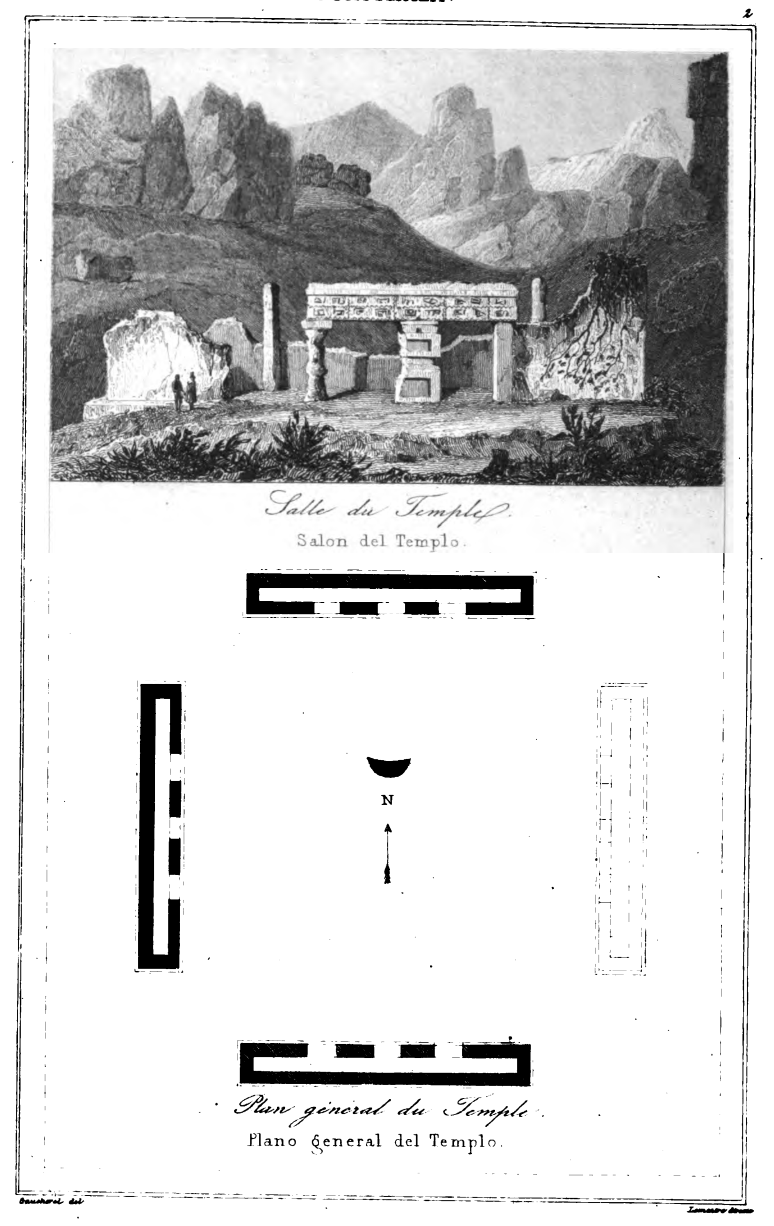


Gaucherel del. Lemaitre direxit

2.e Salle du même Temple

2.º Salon del mismo Templo.

2



Salle du Temple.
Salon del Templo.

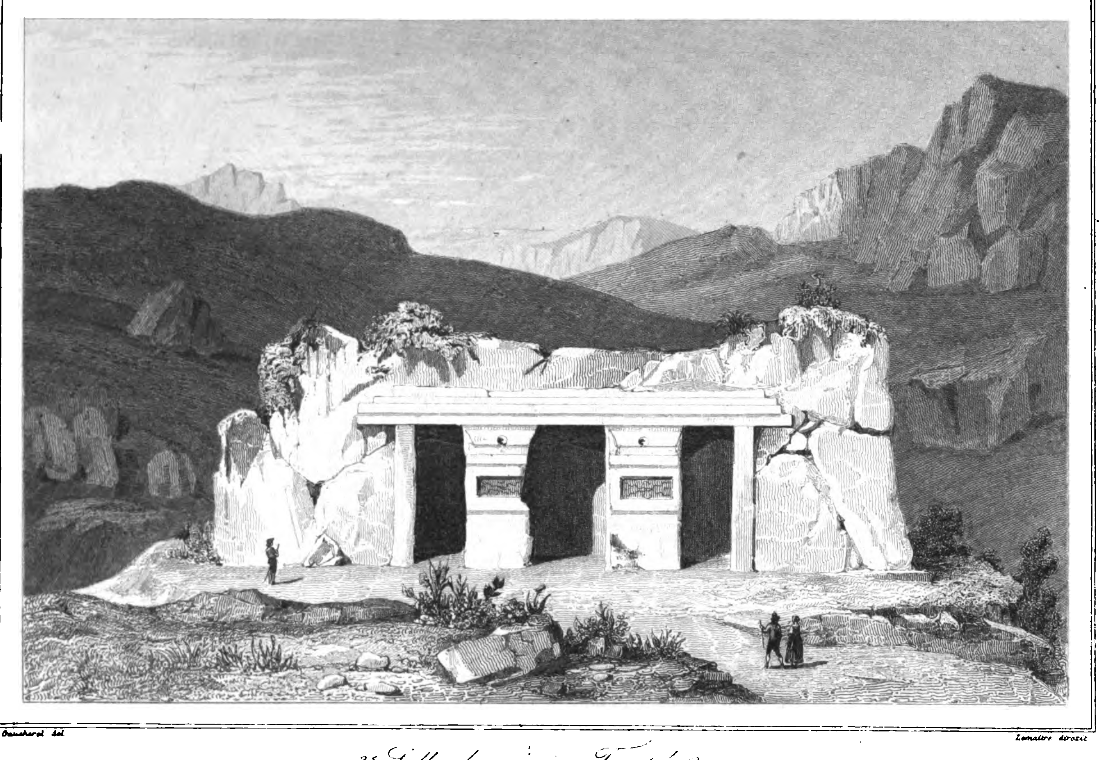
Plan général du Temple.
Plano general del Templo.

Temple à Mitla.

Templo en Mitla.

GUATIMALA. GUATEMALÁ.

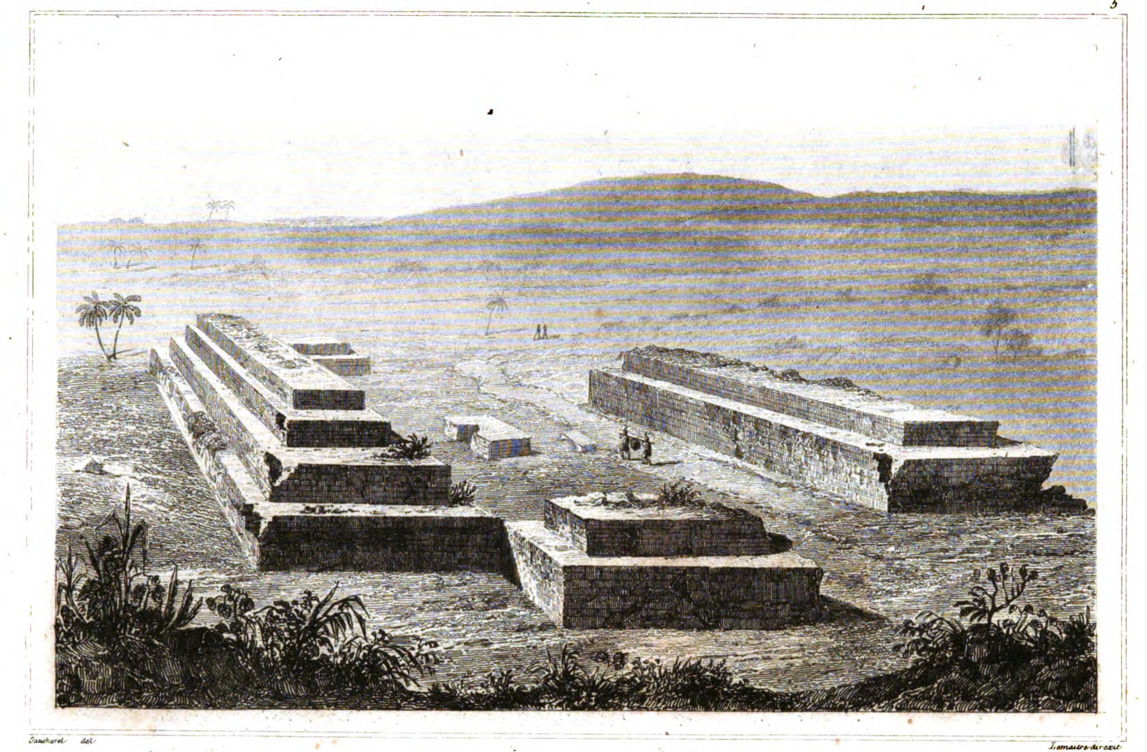
4



Gaucherel del. Lemaitre direxit

3e Salle du même Temple.

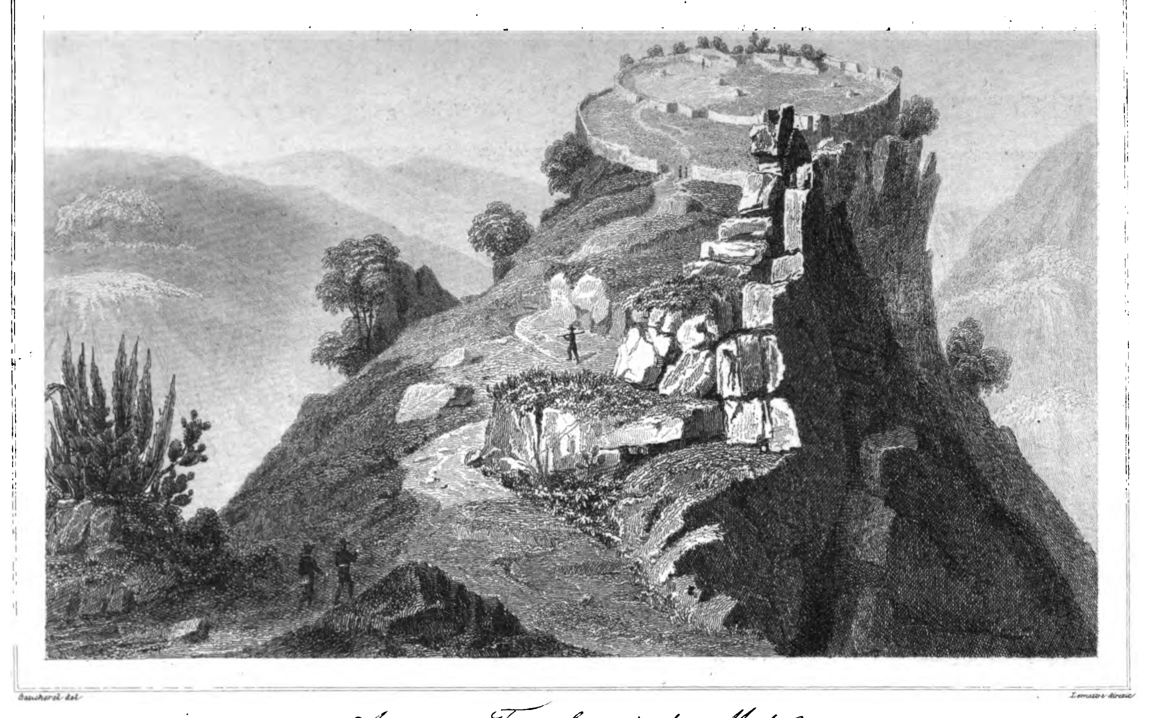
3º Salon del mismo Templo.



Gaucherel del. Lemaitre direxit.

Ancien Oratoire à Mitla.

Antiguo Oratorio en Mitla.



Gaucherel del. Lemaître direxit

Ancienne Forteresse près de Mitla.

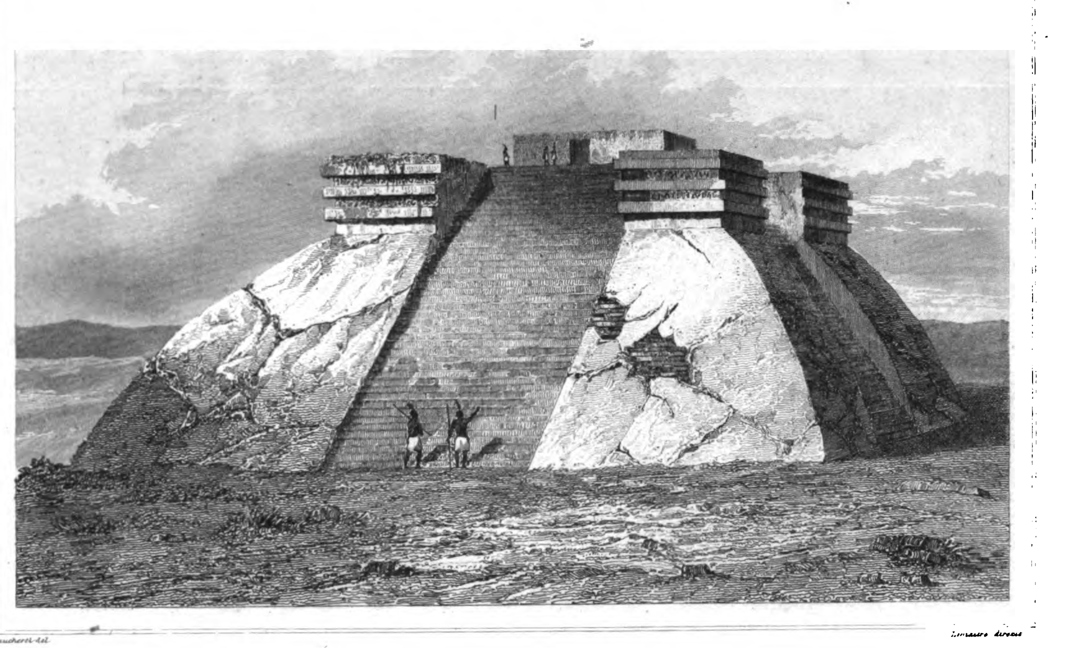
Antigua Fortalesa cerca de Mitla.



Gaucherel del.   Lemaitre direxit

Pont dans la province de Tlascala près de Los Reyes.

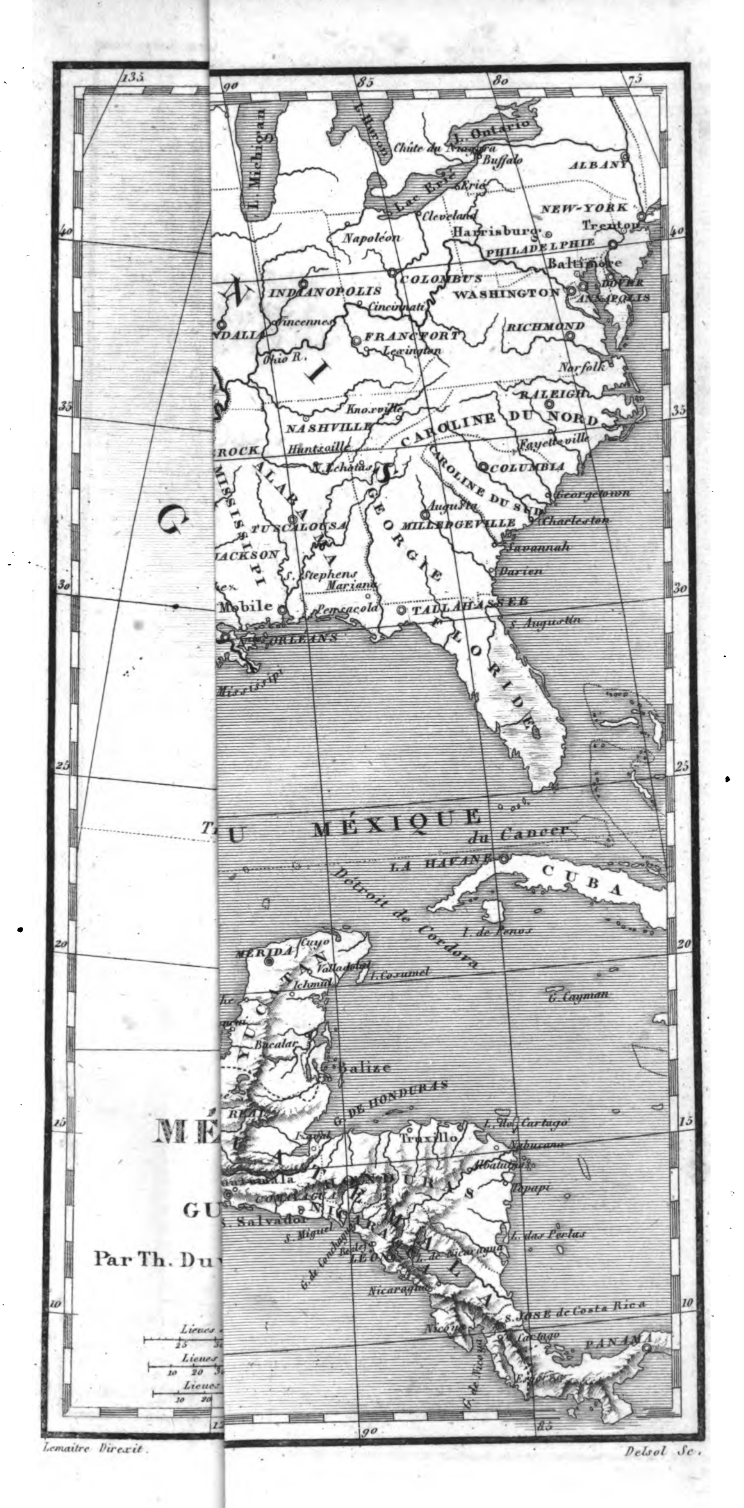
Puente en la provincia de Tlascalá cerca de Los Reyes.



Gaucherel del. Lemaitre direxit

Teocali dans la province de Techuantepec.

Teocali en la provincia de Tehuantepec.


L. Michigan
L. Huron
L. Ontario
Chûte du Niagara
Buffalo
Lac Erié
Erié
Cleveland
ALBANY
NEW-YORK
Trenton
Harrisburg
Napoléon
PHILADELPHIE
Baltimore
INDIANOPOLIS
COLOMBUS
WASHINGTON
DOVER
ANNAPOLIS
Cincinnati
Vincennes
FRANCFORT
Lexington
RICHMOND
Ohio R.
Norfolk
RALEIGH
Knoxville
NASHVILLE
CAROLINE DU NORD
Fayetteville
Hantsville
COLUMBIA
CAROLINE DU SUD
Georgetown
Augusta
MILLEDGEVILLE
Charleston
TUSCALOUSA
Savannah
JACKSON
Stephens
Mariana
Darien
Mobile
Pensacola
TALLAHASSEE
S. Augustin
ORLEANS
Mississipi
GEORGIE
FLORIDE
MEXIQUE
du Cancer
LA HAVANE
CUBA
Détroit de Cordova
I. de Pinos
MERIDA
Cuyo
Valladolid
I. Cozumel
G. Cayman
Bacalar
Balize
G. DE HONDURAS
Truxillo
Cartago
HONDURAS
S. Salvador
S. Miguel
LEON
Nicaragua
S. JOSE de Costa Rica
Nicoya
Cartago
PANAMA
Lieues
Par Th. Du
Lemaitre Direxit.
Delsol Sc.





